

GLORIA V. CASAÑAS

Y porã

AMOR Y GUERRA
BAJO EL SOL GUARANI



La sangre de cuatro pueblos tiñe de rojo las aguas de los grandes ríos. La Guerra de la Triple Alianza extiende un manto de tragedia sobre la cuenca del Plata y deja profundas huellas en el suelo guaraní. En ese temible escenario, por donde desfilan desde Bartolomé Mitre y Francisco Solano López hasta futuros presidentes, como Carlos Pellegrini, artistas desconocidos y un gaucho milagrero, como Antonio Gil, las vidas anónimas se vuelven protagonistas.

Bautista Garmendia, un hombre manso de la ribera correntina, se ve de pronto arrancado de su aislamiento y empujado a una contienda que lo enfrenta a sus propios fantasmas, sin sospechar el destino que lo aguarda en la trinchera enemiga. Desde la dulce tierra paraguaya, Muriel Núñez Balboa, desafiante en su hermosura, pone en tela de juicio todo lo que Bautista juzga correcto. Ambos se verán sacudidos por un amor prohibido que trasciende las fronteras.

La guerra es el gran personaje de esta novela, y ella removerá sin piedad las entrañas de otros hombres y mujeres que, junto a Bautista y Muriel, también se debatirán entre la intriga, las pasiones, la traición y el heroísmo. ¿Puede haber amor en medio del espanto? Es la gran pregunta que todos los protagonistas de esta historia tendrán que responder por sí mismos, cada uno a su manera, antes de que caiga el telón de la última batalla.



Gloria V. Casañas

Y porã

Amor y guerra bajo el sol guaraní

ePUB r1.0

Accumbens 13.07.13

Título original: *Y porã*
Gloria V. Casañas, 2011
Retoque de portada: Accumbens

Editor digital: Accumbens
ePub base r1.0



«¡Qué triste cosa es morir lejos de la patria!»

BARTOLOMÉ MITRE

*Para Rosalía, mi hada cibernética,
y Pablo, el mago del suspenso.
Mis hijos son escritores sin saberlo.*

Prólogo

En la Tierra de las Misiones, Año del Señor de 1631

La noche envolvía el campamento junto al río. El fragor del agua ahogaba los sonidos provenientes del monte. La oscuridad era completa, pese a que las estrellas se derramaban sobre balsas y canoas, hombres y animales.

Muchos habían quedado en el camino, perdidos en los remolinos traidores o carcomidos por la peste. Hubo un día en que contaron cuarenta cadáveres. Los habían metido en urnas de barro y sepultado en pozos poco profundos. Algunos, con la compañía de sus arcos, sus flechas y sus *macanas*; otros, sin nada que llevar al otro mundo, nada que atestiguase su valor o contase su linaje de bravos caciques. Desnudos y solos, quedaron allí, a medio camino entre la aldea que antes poblaron, más al norte, y el destino que los *karai guasu* les señalaban, más al sur. Iban camino a la Tierra Sin Mal de la que siempre supieron, a la que todo hombre debía llegar algún día.

Entre saltos y cascadas, orillando el agua a través de espesos montes donde los ojos ambarinos del yaguareté los acechaban, vadeando pantanos custodiados por yacarés, hacia donde el río se agigantaba, turbulento, y nunca se atisbaba la otra orilla, rumbo a la Tierra donde el hombre se libera del trabajo y de las reglas, el maíz crece sin que lo cultiven y las flechas cazan solas. Sólo los que viajaron «por dentro y por fuera» pueden arribar, los que alcanzaron el *aguyje*, la plenitud.

De eso les hablaba, en susurros, *Avandu*. Con su tocado de plumas azules, su collar de semillas y su rostro tatuado, hechizaba la atención de los chiquillos que seguían, con sus ojos negros y oblicuos, el tintineo de los brazaletes. La fogata chispeaba en las caritas morenas, iluminando su

sorpresa al escuchar las palabras del *paje*:

—Cuando llegue el amanecer —les dijo en la lengua de sus padres y la de los padres de ellos, que a su vez era de la sus abuelos y los abuelos de ellos— nos dirá si estamos sobre el rumbo verdadero, y cómo haremos para entrar. Y si falta mucho, y el camino es difícil, haremos puentes con las lianas y los troncos, y lucharemos contra los guerreros que pretendan cortarnos el paso.

—¿Quién, Avandu? ¿Quién es el *karai guasu* que nos dirá eso?

La respuesta interesaba a toda la ronda de pequeños guaraníes que escuchaban con atención al chamán. Avandu desvió la mirada reluciente bajo la luz de las llamas y la clavó en una figura alta y delgada, envuelta en un sayo oscuro, que avanzaba con lentitud sobre las piedras húmedas, inclinándose para apoyar su mano sobre alguna cabeza afiebrada o bendiciendo con la cruz a un pequeño que tosía a causa del frío que traían las lluvias.

El Padre Antonio se detenía ante cada uno, procurando brindar consuelo e insuflar ánimo en ese éxodo infernal al que los empujaba la codicia de los bandeirantes de San Pablo y la indiferencia de algunos españoles encomenderos, resentidos porque los indios de las misiones no podían ser tocados y los padres jesuitas respondían de sus acciones sólo ante la Corona. Atrás quedaban las selvas del *Guayra* donde se habían establecido. Dejaron todo cuanto construyeron: casas, sementeras, talleres... Sólo cargaron con las semillas, los animales que pudieron —los que no, los dejaron pastoreando a su antojo—, la imagen de la Conquistadora y el madero con el Jesús pintado. Sobre balsas y canoas emprendieron el camino del río abajo, buscando nuevos asentamientos para continuar con el Reino de Dios en la Tierra.

«Dios proveerá», había dicho el Padre Antonio, y todos acataron la sentencia del Superior de la Orden.

Avandu meditó la respuesta unos segundos. No había otro *Karai Guasu* tan poderoso, aunque luciera más pobre que los mismos indios, con los zapatos remendados con trozos de su manto raído. El Padre Antonio Ruiz de Montoya les hablaba en *avañe'e*, lengua que habían aprendido todos aquellos hombres que un buen día penetraron en la selva y los buscaron, mostrándoles cruces de madera y arrancando música de unas pipas enceradas. Tenía que ser

él el profeta que les enseñara el rumbo, el que los arengó para que abandonaran sus ranchos y emprendieran esa penosa marcha que padecían desde hacía tantas lunas.

Los *paje guasu* solían llevar vidas errantes, difundiendo sus milagros y su sabiduría de una aldea a otra; podían resucitar a los muertos, hacerse invisibles, acelerar el crecimiento del maíz y también comunicarse con los espíritus, algo que un *paje* de menor categoría, como era él, no podía lograr. A él sólo le era posible curar chupando el mal de los cuerpos enfermos, nada más. Él era un «chupador».

El Padre Antonio, en cambio, había intercedido muchas veces entre los hombres y *Ñandejara*, Origen y Principio de todo. Hasta lo habían visto curar a los moribundos.

Él era el sabio hechicero entonces, el jefe espiritual de los guaraníes del *Guayra*, no cabía duda.

—Él es *Karai Guasu* —dijo Avandu a los niños—. El que nos va a llevar a la Tierra Sin Mal.

Capítulo 1

El rumor que trajo el río

Provincia de Corrientes, Argentina, marzo de 1865

—«Krrrrrríííí... Krrrrrríííí...»

El graznido detuvo el hachazo que el hombre estaba a punto de asestar al tronco. Se quitó la boina, dejando al descubierto el cabello negro, y elevó al cielo su rostro de pómulos vigorosos.

—Baja ya, Violeta, o tu madre te dará una tunda.

Del ramaje se desprendió una silueta menuda que cayó entre los pastos. La niña rondaba los seis años, y aunque su cuerpecito delgado aparentaba menor edad, las rodillas prominentes y las manos alargadas prometían un desarrollo interesante.

Bautista contempló a su sobrina con orgullo.

—Te vas a romper la crisma —se obligó a decir, pese a que sus travesuras lo divertían.

—Estoy aprendiendo a cantar como la urraca, Batú.

—Si eso es cantar, yo soy un cisne.

Violeta prorrumpió en carcajadas, rodando entre los tocones donde su tío cortaba la leña que vendería río arriba, convertida en gráciles canoas.

—Vamos —ordenó Bautista, sólo por decir algo, ya que el uso del nombre con que su sobrina lo llamaba cuando era un bebé lo había desarmado por completo.

La niña y su madre, la dulce Rosa, eran su único tesoro. Por ellas había regresado del obraje, para hacerse cargo de la difícil situación en que Rosa se

había puesto al quedar encinta de un soldado raso que ni siquiera debía de saber que tenía una preciosa hija. Los ojos de matiz violáceo habían dado razón al nombre con que bautizaron a la pequeña. Su tío la amó desde el primer día, la custodiaba con celo y vigilaba como halcón los progresos de su crecimiento. Temía que Violeta pudiese correr la misma suerte y devenir madre soltera en aquellas soledades ribereñas.

La pequeña lo observaba desde el suelo, con su cabellera oscura desparramada en torno al rostro delicado. Poseía una seriedad extraña, como si comprendiese, más allá de su normal entendimiento, cosas que nadie le había explicado. El tío Batú se veía poderoso desde allí, con las copas de los sauces meciéndose a sus espaldas. La brisa le revolvía el pelo duro, de meciéndose a sus espaldas. La brisa le revolvía el pelo duro, de carpincho. Ella deseaba ser fuerte como él, remontar el Paraná llevando la jangada, jugar a los naipes con los hombres del pueblo y beber caña. Había nacido mujer, sin embargo, y esa condición le pesaba. «Violeta, no subas a los árboles, que no es propio»; «péinate, niña, que pareces un nido de caranchos»; «¿acaso no tienes zapatos? Se te formarán callos en las plantas, como a las indias». Si tan sólo fuese india... nadie objetaría que vistiese con trapos sueltos y no se peinase. Su madre la reprendía por todo. Y ella odiaba parecerse a la mujer sumisa y triste que era Rosa.

Escondió la sonrisa entre sus dedos finos y silbó como un zorzal.

—Ése está mejor, pero cuidado, no vaya a escucharte el *jasyjateré*. ¡Vamos, arriba! Tengo que terminar la pila para cuando venga Anselmo.

La mención del *jasyjateré* puso seria a Violeta. Se decía del mítico personaje que tomaba la forma de un ave y silbaba con tan perfecto canto que las niñas, hechizadas, lo seguían hasta el fondo del monte, donde él recuperaba su fisonomía de enano rubio y abusaba de ellas. Nadie lo atrapaba nunca, ya que se tornaba invisible gracias a un poderoso *paje*.

El negrito Anselmo apareció de pronto, como si lo hubiesen convocado al nombrarlo, abriendo surcos con su balsa entre los camalotes de la orilla y agitando el remo al ver a Bautista. La embarcación iba cargada de naranjas y, a juzgar por su aire satisfecho, Anselmo debía de haberse comido varias. Afirmó el remo en los pajonales y se aproximó la distancia justa para saltar a

tierra firme.

—Gurisa... —dijo con solemnidad, mientras ensayaba una cómica reverencia dedicada a Violeta.

La chanza dio resultado, pues ella echó a correr hacia la casa muerta de risa, levantando terrones a su paso. Bautista sacudió la cabeza con resignación y soltó, por fin, el hachazo suspendido minutos antes. Enderezó los trozos del tronco partido para asestarles otro golpe, mientras que Anselmo silbaba una tonadita.

El muchacho acudía cada semana a ese rincón oculto de la ribera, llevando frutos de las soleadas tierras del interior, para recoger la nueva barca que Bautista Garmendia guardaba en su patio. Hacían un intercambio simple: lo que sobraba en un lado por lo que faltaba en el otro, y todos contentos. Las casas solariegas que ribeteaban la costa río arriba precisaban de las fuertes piraguas que lograba aquel «maestro de ribera», en tanto que los pobladores dispersos Paraná abajo, anhelaban las prendas finas de las hilanderas guaraníes. La balsa transportaba a veces sólo leña, rollos de hojas del preciado tabaco de Goya, y preciosas filigranas que los enamorados solían regalar a sus queridas cuando se comprometían. Anselmo se preguntaba si alguna vez Bautista le encargaría alguna de esas joyitas del Paraguay. No le conocía novia, siempre lo veía junto a su hermana y a la sabandija de su sobrina. Sabía, al igual que todos, que la bella Rosa criaba una hija que le habían sembrado en el vientre mientras el hermano se hallaba en la región de las cascadas, trabajando para sostener la casa. Aquella desgracia lo obligó a volver antes de juntar el dinero suficiente, de modo que los Garmendia vivían del intercambio y las artesanías sencillas de la región. Una vida austera en la que nada les faltaba.

—Tenés suerte de vivir acá, en el monte. Hay naranjas, mucha leña, pájaros... —y Anselmo tensó su honda para apuntarle a un mirlo de agua que pasaba.

Bautista desvió el tiro de un manotazo.

—Cuidado, mi sobrina anda trepada a los árboles. Además, no me gusta matar porque sí.

—Qué, ¿te has convertido en santo, ahora? Allá, en la selva...

—Allá era distinto, había que comer. Eran tiempos de pobre. Anselmo se encogió de hombros para disimular la desazón que le producía el recuerdo.

—Y cazábamos carayá, ¿te recuerdas? Como tu sobrina, que parece un mono. Le falta aullar, nomás.

—Ayúdame con esto, Anselmo. ¿Aguantará la balsa? —lo interrumpió Bautista, pues sabía que el negrito enlazaba un tema con otro y no había quién lo parara una vez que empezaba.

Apurado por demostrar su eficiencia, el muchacho cargó dos brazadas de troncos y arremetió hacia la orilla, encorvando su cuerpo bajo el peso desmedido. Bautista lo secundó, tratando de llevar la mayor parte sobre sus espaldas. Una vez terminada la faena, ambos se dispusieron a fumar, echados sobre la balsa que los mecía con cadencia perezosa. Las golondrinas surcaban el cielo diáfano y sólo se escuchaba el lamido de las olas entre los troncos. Bautista permaneció adormilado de cara al sol, disfrutando la sensación de perderse flotando en el río.

El río. Inmenso, devorador, traicionero. Todos, hombres y bestias, se rendían ante su fuerza colosal. El río obraba su voluntad, despedazando la de aquellos que osaban desafiarlo. Signado por el fatalismo de su sangre, Bautista estaba moldeado por la violencia de la naturaleza indómita: los esteros, el monte, habían fraguado su carácter sufrido. A pesar de eso, una pasión turbulenta corría bajo el temple callado, como las aguas que en turbulenta corría bajo el temple callado, como las aguas que en torbellino corren bajo la superficie. Su vida en la costa, tan apacible para él, escondía una veta trágica de la que no era consciente. Le gustaba recorrer el monte con su hacha y respirar el perfume de los azahares al atardecer, mientras Rosa amasaba las tortas de maíz que cocinaría en el horno de barro. En otros tiempos había soñado con tener mujer, hijos, construir un ranchito y conchabarse para ganar más dinero; las circunstancias lo habían obligado a recluirse en aquel recodo sembrado de naranjales y surcado por riachos serpenteantes. Algunas mañanas salía de pesca y regresaba con dos o tres surubíes resplandecientes que su hermana preparaba sobre piedras, envueltos en hojas de plátano. Otras veces, Violeta lo acompañaba a recoger huevos de codorniz entre las matas, y siempre dejaban alguno en el nido, por respeto a

la madre que con tanto esfuerzo los empollaba. Esos días solían terminar con un chapuzón, mientras el ocaso encendía de rojo la ribera y las aves alborotaban. Al anochecer, Bautista tomaba la guitarra y tocaba polkas y valsecitos aprendidos en los fogones de las estancias.

Si existía la felicidad sobre la tierra se hallaba allí, en la costa dulce del Paraná.

—Corren rumores —dijo de pronto Anselmo.

Bautista aguardó, paciente, a que finalizara la frase.

—Dicen por allá que *Karai Guasu* quiere armar la guerra.

No necesitaba preguntar a quién se refería, pues era sabido el apodo que los paraguayos daban a su presidente, Francisco Solano López.

Hacía mucho que el Paraguay se hallaba gobernado por una dinastía de hombres fuertes: los jesuitas con su férrea disciplina en tiempos de la colonia, José Gaspar Rodríguez de Francia, el solitario y temido dictador Carlos Antonio López y por fin su hijo, Francisco.

Para Bautista, eran sólo nombres. De la otra orilla conocía sólo los palmares y las islas, pues había navegado hasta Tuyutí y se había extasiado con los lapachos florecidos, y en especial con la flor violeta del jacarandá, que le recordaba los ojos de su sobrina. No le interesaba la política, y cada vez que en el poblado surgía el tema, él se apartaba para degustar su caña. Era un hombre manso, incapaz de soliviantarse hasta el punto de golpear a alguien, y no entendía que otros hombres demostrasen su valía con la fuerza de sus puños. Mucho menos comprendía la necesidad de declarar la guerra cuando los pueblos solían ser pacíficos. Los gobernantes obraban movidos por sus propios intereses y resolvían sus asuntos comprometiendo a la pobre gente que sólo buscaba sustentarse y, de paso, disfrutar un poco de la vida.

Él también había escuchado los rumores que corrían río abajo con la velocidad de los caimanes.

—¿Y por qué ha de ser?

Anselmo se regocijó de haberlo interesado con las noticias que traía.

—¡Pues porque los *kamba* nos quieren robar la tierra, por eso!

Bautista chupó su cigarro y dejó que el humo le calentase la garganta.

—No es bueno alimentar el odio entre los pueblos.

—¡Es que ellos nos odian, *chamigo!* Desde que los padrecitos educaban a los indios en las misiones, los chuceaban para tomarlos como esclavos. Mirá lo que pasó entonces, diz el patrón que los jesuitas tuvieron que bajar por el río en jangadas enormes, con todo lo que poseían, para salvarlo de los bandeirantes. Y los indios los defendieron, que si no...

—Eso pasó hace mucho, en tiempos de la colonia.

—Sí, pero queda grabado acá —y Anselmo se tocó el pecho.

Era comprensible que la idea de la esclavitud horrorizara tanto a Anselmo, descendiente de los antiguos esclavos de la región. Bautista no creía que semejante anacronismo perdurase en los tiempos que corrían, cuando las naciones liberadas se afanaban por seguir las modernas tendencias. Sin embargo, conocía las apetencias esclavistas del Imperio del Brasil, que tenían a maltraer sobre todo a los nativos.

También había sabido del ataque al Uruguay el año anterior. Todo el litoral se horrorizó ante la masacre de Paysandú. La heroica defensa de la ciudad era una herida abierta, así como la brutalidad de los asesinatos cometidos por los soldados brasileños.

—¿Y qué se dice, Anselmo?

—Que le pidieron a tu presidente dejar pasar las tropas para el Uruguay. Y Mitre dijo que no.

—¿Entonces?

Anselmo se sentó en la balsa para gesticular mejor cuando hablaba.

—¡Que *Karai Guasu* va a pasar igual, carajo! ¡Naides lo va a detener!

—Pero eso es lo mismo que declarar la guerra, negro bruto, ¿no te das cuenta?

—Ya estamos en guerra, mi amigo. Sos vos el que no se da cuenta.

Con su filosofía sencilla, Anselmo expresaba tanto coraje como resignación ante lo inevitable. Bautista pensaba que las cosas no llegarían a ese extremo. ¿Una guerra entre los pueblos del litoral? ¡Imposible! ¡Si vivían hermanados, navegando aguas arriba y aguas abajo, comerciando sus bienes! ¡Si hasta compartían la lengua y la sangre guaraní! El negrito era exagerado e impresionable, le gustaba alardear ante todos con las novedades que iba recogiendo en su jangada a lo largo de los días. Además, Anselmo había

nacido en el Paraguay, y aunque viviese en el país de más abajo, como llamaban al litoral argentino, su corazón sangraba por su tierra.

Acabados los cigarros y las ganas de holgazanear, los amigos comenzaron el trámite de la despedida, que les llevaría varias horas.

—¿No habrá unos mates? —propuso Anselmo.

—Rosa ya debe tener la pava lista. Vamos.

Amarraron la balsa para que las corrientes no la zarandeasen y se encaminaron hacia la casa de los Garmendia.

La vivienda, como todas las de la zona ribereña, era chata y alargada, con galería en el frente. Un alero sostenido por pilares de ñandubay la protegía del sol y daba cobijo a una hamaca que se mecía indolente, acusando la presencia de una persona menuda en su interior. Sobre la vereda de ladrillos Rosa aguardaba a su hermano, mate en mano, mientras vigilaba el horno de barro. Anselmo sintió que sus tripas se revolucionaban al percibir el aroma de las empanadas dorándose. Ella le sonrió apenas, con los ojos bajos, y regresó a su tarea. El rezongo de la bombilla acompañó el arrullo de dos torcacitas instaladas en la techumbre de hojas de palmera. De la tierra húmeda emanaba un vapor denso que enturbiaba el aire, pues muy cerca de allí se extendía un bañado y más lejos, la misteriosa laguna del Diamante.

¿Quién podía creer en una guerra, reinando aquella paz aletargada y deliciosa?

Anselmo aludiría sólo a escaramuzas, pues el general López era amigo de Urquiza, había ayudado a disolver los enfrentamientos entre Buenos Aires y las provincias del interior tiempo atrás, ofreciéndose como mediador.

Bautista se tranquilizó con ese pensamiento y, con ayuda de la pala, extrajo del horno la bandeja de empanadas. Anselmo aguardó el convite con ojos desorbitados. Rosa cocinaba como nadie, y él estaba siempre dispuesto a hacerle los honores.

Violeta saltó de la hamaca y reclamó su parte. La madre la miró con severidad. En su pecho latía un presentimiento con respecto a esa hija, una sensación que no se atrevía a confesar a su hermano.

Rosa había consultado, en secreto, a un brujo que le vaticinó desgracias. ¡Ay, si el tiempo pudiese retroceder, no iría jamás a la laguna del Diamante

para buscar la confirmación de la desdicha! Había acudido aquella tarde con la pequeña en brazos, envuelta en un paño que la ocultaba a los ojos de los espíritus del monte. Tuvo que atravesar pajonales y surcar los esteros en una piragüita, soportando el calor y los mosquitos que a su paso se desprendían de las matas de las orillas. Por fin, la laguna del Diamante se ofreció a su vista, reluciente bajo el sol impiadoso. Un caminito sembrado de cruces la guió hasta la choza del *paje* José que, como buen adivino, la esperaba en la puerta. El anciano patizambo, que ostentaba los rasgos de los *mbya*, aquellos indios que los españoles llamaron «montaraces», pues se habían refugiado en la selva y jamás aceptaron la vida en las reducciones, poseía en su esmirriado cuerpo más energía que muchos jóvenes, y con sus piernas torcidas recorría, incansable, los alrededores de la laguna, día y noche.

—¿Querés *karaguatay*? —le había dicho, y Rosa retrocedió, espantada.

Jamás se le hubiese ocurrido preparar un maleficio semejante al padre de su hijita, aunque la hubiese abandonado en la vergüenza. Otras mujeres despechadas solicitaban brebajes fabricados con esa planta venenosa, pero ella saldría adelante con la ayuda de su hermano y la protección de la Virgen. Apenas supo de su preñez, Rosa había suplicado el perdón, diciendo en su defensa:

—¿Qué culpa tengo yo, si él tenía *paje* de bermellón y caburé?

Bautista había levantado la mano, obligándola a callar en medio de su queja.

—El niño nacerá y será bautizado. Jamás se mencionará al padre. Con la ayuda de la Virgen serás la madre más cariñosa y si no, yo mismo te pondré en una balsa, te mandaré a la otra orilla con las malas hembras y me quedaré con el bebé.

Después, sin que su hermana advirtiera que tenía los ojos anegados en lágrimas, Bautista se había internado en el monte, donde pasó la noche entera, para aparecer al día siguiente con el semblante despejado y una férrea determinación: vivirían en la ribera, para que el niño creciese protegido y Rosa no se expusiese a la maledicencia del poblado.

Un mes después del nacimiento de Violeta, ella la había llevado ante José para que le vaticinase su suerte. Y lo que el hombre le había dicho laceraba su

corazón desde entonces.

—Veo mucha desgracia —murmuró él en un trance, mientras aspiraba el humo de la yerba canchada quemándose—, mucho sufrir, por culpa de la espada.

A Rosa le vino a la mente la imagen de su rubio soldado dejando a un lado la espada para tomarla en sus brazos. Había sido tan tierno, con tanta delicadeza había susurrado elogios a su piel tersa y sus ojos de gacela que ella, indefensa ante la viril prestancia, se dejó embaucar. Qué tonta. Lo único que buscaba aquel galán era seducirla, para luego esfumarse en el amanecer, sin decirle siquiera su nombre completo. Sólo recordaba el brillo de sus ojos celestes y la sonrisa encantadora cuando se presentó pidiendo agua.

En aquel entonces aún vivía la mamá, doña Cristiana, que tampoco intuyó la intención del joven soldado tras el pedido. Ambas se descuidaron, una por buena y la otra por zonza.

Rosa temía que su hijita hubiese nacido bajo un mal signo, por la manera en que había sido concebida. Esa duda la carcomió desde el principio. Y José no había ayudado mucho, al confirmar sus sospechas.

—Te voy a dar este rosario, para que lo lleve el padrino de la criatura. Con él, quedarán todos protegidos de la mala señal. Cuidado, no debe quitárselo nunca —aseveró.

Desde entonces, a pedido de Rosa, Bautista llevaba colgado al cuello un rosario hecho con huesitos del urutaú, el pájaro que llora, y no se lo quitaba ni para bañarse en el río.

Aquella prenda bendita los había mantenido al margen de cualquier desgracia, después del sufrimiento de quedar huérfanos. Doña Cristiana enfermó de gravedad a poco de conocer el estado de su hija, y cuando el joven regresó del obraje con la noticia de la muerte del padre a causa de la picadura de una yarará, los Garmendia, que habitaban entonces una sencilla casa en el pueblo, se recluyeron en la región de los bañados, donde apenas veían a nadie. Sólo la misa y algunas festividades los convocaban, de tanto en tanto, junto a la gente de la zona. Al poco tiempo, doña Cristiana falleció también, de pena y de tormento. Rosa se culpaba de la reclusión y a la vez, no deseaba otra cosa que dedicarse a su pequeña familia y a ofrendar velas y

flores a la Virgen, en su nicho de la pared del patio. Ella misma le lavaba la mantilla blanca y la túnica azul, y rezaba cada día pidiendo protección para los suyos. Nada para ella, que apenas podía, desde lo ocurrido, mirar de frente a un hombre que no fuese su hermano. Sólo resistía los ojos de Bautista, bondadosos como los de doña Cristiana, a quien tanto se parecía.

Despidieron a Anselmo cuando el sol teñía de rosa las plumas de las garzas en la orilla. La balsa se deslizó, llevándose el silbido del negrito y dejando un silencio interrumpido sólo por el grito de los teros.

Bautista permaneció un rato frente al Paraná, contemplando las corrientes que arrastraban juncos y camalotes hacia otro recodo, donde otros sauces besarían las aguas y otras gentes vivirían como ellos, pescando y hachando, tejiendo cestos o cocinando tortas. Un colibrí aleteó delante de su vista y se lanzó como saeta hacia el alero, cubierto por una enredadera florida. Bautista miró, hipnotizado, cómo se llevaba el último destello de sol en su plumaje esmeralda. Un atisbo de inquietud lo invadió. En la creencia popular, la presencia del colibrí junto a la casa significaba novedades. De modo inconsciente, palpó el rosario bajo la camisa.

«Buenas nuevas han de ser», se dijo, «tienen que ser».

Permaneció junto a la orilla hasta que el río se tragó el último resplandor y entonces, siguiendo un impulso, se despojó de sus ropas y se zambulló. El agua fresca reanimó su espíritu, y nadó hacia donde las corrientes formaban peligrosos remolinos. Allí midió su fuerza con el Paraná, luchando a brazo partido hasta llegar a un terraplén donde solían trepar los lobitos de río para asolearse. Trepó también y se tendió, desnudo como un fauno, sobre la alfombra musgosa, de cara al cielo. Despuntaban las primeras estrellas. Descansó la cabeza sobre sus brazos y trató de encontrar aquellas que de niño consideraba suyas. Había tenido una infancia dichosa, sintiéndose seguro del amor de sus padres y orgulloso de su apellido. La rama paterna, aunque empobrecida a lo largo de las generaciones, se remontaba hasta el mismísimo Juan Torre de Vera y Aragón, fundador de la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, como la llamaron en aquel entonces. Ángel Enrique Garmendia, lugarteniente del Gobernador, había integrado la cohorte de colonizadores que bautizaron la tierra guaraní con nombres hispanos. Los

años transcurridos oscurecieron las pompas del linaje y en el presente, Bautista se sentía tan orgulloso de esa prosapia castellana como de la sangre guaraní que doña Cristiana le había aportado. De ella heredaba sus pómulos altos, la tez morena y los ojos renegridos de mirada dulce. El padre, Clemente Garmendia, le había legado cierto aire señorial que Bautista no podía disimular bajo las rústicas ropas de campesino.

Encontró bien pronto a las Siete Cabritas y las contó con entusiasmo infantil. Luego, su ojos hurgaron la negrura en busca de «la otra», la estrella que había elegido siendo ya mayor, cuando tuvo su primer amor entre los juncos, una noche de verano. Ella se llamaba Dionisia y era una muchachita tímida y encantadora. Se conocieron durante un baile de carnaval, en el club del poblado, y desde entonces habían recorrido todos los rincones de la laguna del Diamante en procura de intimidad para sus encuentros. Hasta que la familia de Dionisia viajó a la capital y se llevó de allí a su novia, sin reparar en el desgarró de los jóvenes. La pena coincidió con la necesidad de don Clemente de conchabarse en los yerbatales y hacia allá fue Bautista, tratando de olvidarla. Luego sucedió la desgracia de Rosa y ya nada volvió a ser igual.

—Dionisia —murmuró, al distinguir la brillante luz del astro—. Ahí estás.

Ya no recordaba con nitidez el rostro de la amada, sólo su pálida piel y sus ojos agrandados por el temor al descubrir su placer bajo las manos de Bautista. Habían disfrutado de un amor puro en medio de la salvaje naturaleza de los esteros. Ambos creían que su vínculo era sagrado, pues los espíritus del monte los habían visto acariciarse y prometerse fidelidad, sin demostrar enojo. Pensaban casarse cuando el padre de Dionisia diera su aprobación, y soñaban con un ranchito cerca del sitio donde se habían amado por primera vez. El sueño se deshizo como la espuma, y Bautista sufrió en corto tiempo la pérdida de su novia, la de sus padres, y la carga de la hermana preñada por un desconocido. El nacimiento de Violeta suavizó su vida, pues la pequeña era su fuente de alegría aunque, a medida que crecía, esa felicidad se opacaba por el temor a perderla de algún modo.

La brisa del río se tornó más fresca y lo despabiló de su ensoñación.

Había que nadar de regreso, lidiar otra vez con las aguas oscuras y desafiar a las víboras que ondulaban bajo la superficie. El frío reanimó su sangre y le permitió llegar a la costa en menos brazadas que antes. Se quedó de pie, contemplando el anochecer, y luego se vistió, más relajado después del esfuerzo.

A lo lejos, bordeando una de las curvas caprichosas de la costa, parpadeaba una luz rosada: La Loba Roja, el lupanar de la zona. La vista de aquel sitio le produjo disgusto. Se trataba de la casa de las malas hembras, aquellas cuya presencia era tan necesaria como la de los sapos o las lechuzas. Él las había frecuentado también, sin poder evitar que el contacto con las mujeres de vida alegre le recordase la situación en la que se había puesto su propia hermana, que ni siquiera recordaba el nombre del padre de su hija. Odiaba que la gente pudiese pensar en Rosa como en una de las mujeres de La Loba Roja y, sobre todo, odiaba el íntimo reconocimiento de que, en el fondo de su ser, jamás le había perdonado su desliz.

Regresó a la casa, donde un zorzal acababa de posarse en el patio de tierra. La presencia de Bautista no lo espantó, sino que lo animó a avanzar a los brincos. Hinchido su pecho rojizo, soltó el último silbo melodioso para despedir al día. El hombre lo contempló unos momentos, embargada su alma por las emociones.

Rosa ya había tendido el mantel floreado y estaba llenando los tazones con la sopa de mandioca. Bautista se detuvo ante el altarcito de la Virgen, rodeada de flores silvestres, y murmuró una oración de arrepentimiento por su corazón mal dispuesto.

Si tanto le costaba perdonar, no era un hombre bueno como suponía. Lo único que lograba hacer para compensar su mezquindad era amar a su sobrina con toda su alma.

Entró, por fin, y Violeta lo recibió con una sonrisa deslumbrante.

«Qué linda se está poniendo», pensó Bautista, y el resquemor volvió a latir en su pecho.

Ciudad de la Asunción del Paraguay, marzo de 1865

Muriel se abanicaba frente a la ventana por donde el perfume de magnolias se colaba, sin permiso ni decencia, inundando la alcoba de la casa colonial. El calor agobiante, y aquel vestido de pechera labrada y cuello alto, amenazaban con quitarle el aliento. Pensar en su nueva situación la turbaba. Tres meses de casada, una eternidad.

Entregó el abanico a Dalila, la mulata que la atendía, y acomodó el espejo del tocador mientras la muchacha continuaba dándole aire. El óvalo enmarcado en pan de oro le devolvió la imagen de su rostro pequeño, aureolado de bucles, en el que se destacaban los ojos grandes y acaramelados, y la boca de comisuras risueñas. Muriel frunció los labios en un mohín y contempló el hoyuelo que se formaba en su barbilla. Luego, deslizó el cepillo de mango de marfil por la cabellera enrulada. Una, dos, tres... veinte... cincuenta... cien cepilladas era la receta infalible para lucir el cabello lustroso y suelto, listo para ser acariciado por los dedos de un hombre. Su esposo.

Se removió, incómoda, y de reojo observó a la mulatita que la miraba con embeleso. Dalila tenía los rizos tan prietos, que su cabecita morena parecía una mazorca. De nada valía que ella le regalase cintas o peinetas, pues desaparecían entre sus motas.

—Toma, pásame el cepillo por la parte de atrás —le ordenó.

La muchacha se detuvo, con el abanico en una mano y el cepillo en la otra, sin saber qué hacer. Sus ojos se agrandaron ante el dilema. Muriel la miró con aire reprobatorio.

—¿Y bien?

Dalila parecía una estatua en oración, con los brazos en cruz sosteniendo ambos objetos, y la mirada fija.

—Pero bueno, ¿qué te pasa? Dije que me cepillaras el pelo, zonza.

—Es que... se mueven distinto.

—¿Qué es lo que se mueve?

—El abanico, amita, y el peine. ¿Ve? Así —y simuló el movimiento de peinar con el abanico, a la vez que sacudía el cepillo provocando viento—. Se mezclan.

Muriel no daba crédito a lo que oía. Le arrebató el abanico y le colocó el

cepillo bien firme en una de las manos.

—Ya está. Ahora péiname. ¡Y no me arranques ni un pelo!

Dalila se esmeró en estirar los bucles con cuidado, divirtiéndose al ver que, cada vez que llegaba al final, volvían a enroscarse como tirabuzones.

—Usted tiene la pelambre muy parecida a la mía, amita.

Muriel la clavó con la mirada en el espejo.

—La boca se te haga a un lado.

Dalila apretó los labios y continuó, concentrada en la tarea. Al cabo de un buen rato, el cabello de la patrona lucía brillante, sedoso y ...enrulado. Tomó una de las cintas que pendían del tocador y ensayó un moño flojo en la nuca. Luego, siguiendo la rutina a la que estaba acostumbrada, ayudó a Muriel a quitarse las zapatillas de raso y a desabrocharse el vestido. La señorita gustaba de tomar siestas con la ventana abierta y la ropa ligera, algo que ella nunca había visto entre las damas de la familia Vallejo Flores. Claro que las otras señoras de la casa eran mucho más viejas y no poseían el cuerpo esbelto de la señorita Muriel. Le costaba llamarla «señora», pues era muy joven y, por momentos, actuaba como una niña, bailando frente al espejo o pateando el suelo con sus tacones para expresar su disgusto.

—¿Suelto las cortinas, amita?

—No, déjalas así, me gusta ver el jardín mientras descanso.

Muriel se recostó sobre la colcha de ganchillo de hilo y remitió los pies descalzos bajo la falda. Apoyó la mejilla en las manos y cerró los ojos, esperando a que la mulata se retirase. La muchachita anduvo de puntillas por un rato, ordenando las ropas y los enseres, hasta que por fin se escuchó el cerrojo de la puerta. Sólo entonces Muriel dejó de simular que dormía y se sentó en el borde del lecho, de cara a la ventana.

La casa de los Vallejo Flores se encontraba edificada sobre un terreno elevado desde el que podía verse el río y más allá, adivinarse la costa argentina. Muriel disfrutaba de los privilegios de recién casada: tenía la alcoba principal en el primer piso, con una balconada circular en cuyas rejas de hierro forjado se entrelazaban las petunias y los geranios. Esa guirnalda de azules y rosados era su visión preferida de cada mañana, y solía pedir el desayuno en la habitación con el pretexto de encontrarse indispuesta, cuando

lo que en realidad deseaba era disfrutar de sus fantasías en soledad. Se había imaginado casada, dueña de una elegante mansión y centro de reuniones donde desplegaría su gracia y sus encantos; toda la sociedad la mencionaría como la más hermosa de las jóvenes matronas de la Asunción, y los artistas le rogarían pintarla en sus lienzos, para inmortalizar su belleza. Esos sueños, acunados desde la infancia, fueron apuntalados con cuidado por su madre y cristalizados gracias a los buenos oficios de su padre. Muriel anhelaba un matrimonio perfecto, con un heredero de la flor de la sociedad asuncena. En lugar de eso, se casó con un coronel viudo, de ilustre apellido, que le llevaba más de veinte años: Eladio Vallejo Flores, amigo personal del general López. A los ojos de todo el mundo que contaba, aquél era un excelente matrimonio. Para Muriel, una fuente inagotable de desilusión. El coronel Vallejo Flores era un hombre elegante en sus modales, discreto en sus amores clandestinos, y dotado de riqueza. Esa casa de muebles imponentes y mármoles antiguos, añadida a sus carruajes y sus caballos, daba muestra de ello. Muriel no objetaba tampoco el porte de su esposo: delgado, alto y de cabellos canos que le otorgaban hidalguía, el coronel podía seducir a cualquier dama que quisiera con su galantería innata y sus penetrantes ojos grises. En el uniforme del ejército lucía inmaculado e imponente, con su espalda recta y su cintura fina, de la que pendía una espada con empuñadura de plata. Era, de todos los oficiales, el único que competía con el general en la riqueza de sus armas. López lo apreciaba y, en secreto, admiraba su impecable aspecto, que a él le costaba lograr con su estatura mediana y su abdomen algo prominente. La gentileza y la fidelidad del coronel impedían que esa admiración se trocase en envidia y se tornase peligrosa.

Pese a tales cualidades, aquélla era una unión desgraciada, al menos para Muriel.

Una de las razones de su desdicha residía en tener que compartir la casa con las mujeres Vallejo Flores. La madre y la hermana del coronel debieron de haber causado la muerte de la primera esposa, sin dudas. Una dama sensible no podía soportar durante tanto tiempo a semejantes esperpentos entrometidos en el lecho nupcial. Aunque poco sabía de la «delicada Anabela», como la mentaban todos, Muriel suponía que aquellas brujas

habrían minado, poco a poco, la frágil salud de la esposa. Les plantó pie de guerra desde el primer día. Con ella no usarían sus argucias monjiles ni sus empalagosas palabras, que escondían el desprecio con que la miraban.

Suegra y cuñada coincidían en una sola cosa: consideraban que Muriel Núñez Balboa era poco para el hijo y hermano consentido. Recordaba sus gestos agrios durante el compromiso y la displicencia con que saludaron a su familia después de la boda.

—A partir de ahora, ustedes allá y nosotros acá —había dicho la madre.

—Y después, Dios dirá —añadió la hija.

Con esa profecía, Muriel rara vez veía a su propia familia, ya que su madre se había retirado muy ofendida al recibir tal desplante.

En esa tarde de marzo, el calor de la siesta y el aroma de los naranjos entraban a raudales por la ventana, invitándola a correr descalza sobre el césped. El sol arrancaba destellos al río Paraguay y la brisa traía el bullicio de los niños correteando en la orilla. A menudo las corrientes se llevaban pedazos de tierra húmeda, como trofeos sobre las aguas, pequeñas islas rebosantes de hierbajos y mariposas. Muriel se acercó a la reja y dejó que el vestido resbalase de sus hombros y se amontonase a sus pies. Por fin podía respirar. La cubría apenas una camisa de satén de finos breteles y debajo del viso no acusaba crinolina, lo que dejaba su cuerpo holgado.

«Cuerpo holgado, mujer holgada», había sentenciado su suegra cuando ella apareció sin corsé a la hora de la cena. Por un momento, la anciana sospechó que podía deberse a un incipiente embarazo, pero al recibir la rotunda negativa de Muriel, se erizó como un cardo y soltó aquella sentencia.

—Querida.

La voz modulada del esposo la sacó del ensimismamiento. Por instinto, se cubrió con los brazos, aunque en el espejo el coronel gozaba de una vista privilegiada de su cuello fino y sus senos erguidos. El hombre avanzó y sus botas crujieron sobre el piso de madera cuando se inclinó para recoger una prenda. Se la tendió en la mano abierta, en un gesto de ofrenda y súplica.

—Se te ha caído.

Muriel miró la cinta que Dalila le había colocado con descuido y la enrolló en su muñeca sin mirar los ojos del esposo.

—Gracias.

—¿Tomaste tu siesta?

La joven maldijo su distracción al no echar llave en la puerta que comunicaba ambos cuartos. Lo último que deseaba era ver interrumpidas sus fantasías por la insistencia de aquel hombre. Se preparó para mentir, una vez más.

—Quise recostarme un rato, me dolía la cabeza... —y se tocó la frente, como si estuviese afiebrada.

El coronel debía de padecer otro tipo de fiebre, pues no acusó la indirecta y en cambio, rodeó la cintura de su esposa con ambas manos.

—Eres tan delicada —murmuró.

—No lo soy —se empacó ella—. La delicada era Anabela. Recuérdelo, señor.

¿De dónde sacaba las agallas para contradecirlo, a él, un coronel del ejército del Paraguay, respetado por todos, empezando por el mismísimo general López?

Sin embargo, a Eladio le divertía el desparpajo de la joven con la que se había casado. La veía fresca y original, mucho más estimulante que Anabela, que lloraba en silencio si la tocaba. Muriel era una piedra preciosa en bruto, llena de aristas difíciles que presagiaban un fulgor interno.

—Pobrecita. Ven, recuéstate de nuevo.

La obligó a regresar al lecho y se sentó a su lado, contemplándola con amor. Ensayó tenues caricias, desde las sienes hasta los hombros, rozando la clavícula y deteniéndose en el nacimiento de los senos. Las manos del coronel eran tibias y algo temblorosas. Muriel cerró los ojos. Comenzó a imaginar que la acariciaba Álvaro del Cerro, un oficialito de la guardia de su esposo, un joven fornido que de seguro no tendría las manos suaves sino ásperas y más torpes que las del coronel. Al sentir que aquellas manos indiscretas la tocaban en sus partes más sensibles, Muriel apretó los ojos e insistió en convocar la imagen de Del Cerro. Entreabrió las piernas y dejó que los dedos se detuviesen en su centro de mujer, a través del satén. Una humedad que no le era desconocida fluyó, incontenible, y sus ansias se precipitaron.

—Así, vente hacia mí.

La voz enronquecida detuvo al principio su ímpetu, pues le recordó quién la estaba tocando, pero enseguida retomó la sensación ante la insistencia con que el coronel frotaba su pubis. De nuevo construyó en su mente la figura del oficial y deseó, en un arrebató, que la besara para completar el goce con el contacto de sus labios, que ella imaginaba agrietados por la vida al aire libre. De modo inconsciente, frunció los suyos a la espera del beso. Loco de alegría, el coronel apretó su boca contra la de Muriel, intentando que le dejase sitio para hurgar en su interior. Ella se sobresaltó, aunque un sentido interno le advirtió que no era buen momento para fingir desmayos.

—Querida, déjate llevar.

Y Muriel obedeció, a pesar suyo. La ola de excitación creció hasta hacerse insoportable, y entre gemidos y espasmos, dejó correr su sensual juventud entre los dedos del coronel.

Él se mostró satisfecho.

—Muy bien, así me gusta.

Recorrió su rostro con pequeños besos que llegaron hasta el cuello y lamió sus párpados, aún cerrados.

—Eres hermosa. Y sólo para mí.

Muriel entreabrió los ojos velados por el placer que había sentido y miró los de su esposo, fijos en ella. ¿Estaba advirtiéndola de algo? Aquel hombre era enigmático. Podía manipularlo sólo hasta cierto punto, se daba cuenta, y jugaba con fuego al mantenerlo a raya todo ese tiempo. Él se mostraba indulgente en beneficio de su juventud, aunque sus avances eran cada vez más audaces, y ella no sabía por qué no se resignaba por fin a ese matrimonio desparejo que su padre le había forjado sin consultarla.

—Tendrás que vestirte —la amonestó mientras acomodaba su chaqueta—. Esta noche tendremos visita importante.

Se mantuvo de espaldas a ella, con la vista fija en el espejo de óvalo. Desde allí Muriel se veía gloriosa, las piernas abiertas bajo el recogido viso y los senos desbordantes.

—Vendrá el mismísimo Presidente, con Madame y algunos oficiales más. Espero que te comportes como buena anfitriona, querida. Un esposo necesita

de una mujer que lo secunde en su carrera.

Muriel sintió derrumbarse el ánimo. Detestaba esas reuniones donde el rango de los invitados le impedía destacarse con su locuacidad y su coquetería. Ella prefería las tertulias de la alta sociedad; allí sí valoraban sus dotes y la halagaban con piropos.

De nuevo el recordatorio del papel que debía desempeñar como esposa de un coronel del ejército imperial.

—Ponte el vestido que te regalé la semana pasada —siguió diciendo Eladio—. El gris plateado sienta bien a una dama.

Muriel torció el gesto para que no se notara su desilusión. Era un vestido demasiado sobrio para su gusto, elegido por un hombre mayor que no aprobaba los escotes ni los drapeados. Ella deseaba bajar las escaleras con el vestido de terciopelo borgoña, el que su suegra calificaba «de baja estofa», más apropiado para los burdeles.

—A las siete en punto —anunció el coronel con la mano en el pomo de la puerta—. Le diré a Vicenta que te ayude.

Muriel alzó una mano, espantada.

—No hace falta, me las arreglo con Dalila, que conoce mis gustos. Deje que su hermana se ocupe de su propio atuendo.

—Ella no vendrá a la cena, tampoco mi madre. Esta noche se reza el rosario en la catedral para pedir por nuestros soldados, y ambas están encargadas de ayudar al obispo. Les dije que te necesitaba a mi lado para impedir que te llevaran con ellas. ¿Hice bien?

Como si esperase la recompensa por una buena acción, el coronel inclinó su rostro sobre el de Muriel y ella, adivinando de qué modo sacárselo de encima, depositó un beso suave como pluma sobre los labios sonrientes.

—Muy sabio, señor.

Orgullosa, Eladio abandonó la estancia, dejando a la joven sumida en la turbación y la rabia. Odiaba ceder a sus requerimientos amorosos, detestaba la sonrisa complaciente que bailaba en el rostro del coronel cuando la vencía en esas lides, y lloraba en su interior la desgracia de pertenecer a una familia venida a menos, que había visto en el matrimonio con un oficial del ejército la respuesta a su endeble situación.

Sobre todo se odiaba a sí misma, por no haber tenido la entereza de oponerse a los designios de su padre, tentada, a su pesar, por los lujos y comodidades que los Vallejo Flores ofrecían. Merecido lo tenía. Y las cosas podían resultar aún peor, cuando el coronel perdiera la paciencia con ella. Su única esperanza era que los rumores de guerra lo mantuviesen ocupado y se retirase a los cuarteles por largo tiempo. A juzgar por lo que oía entre la servidumbre, era probable que ocurriese.

Muriel se asomó a la ventana y contempló una bandada de cormoranes que volaba rumbo al sur, hacia la costa extranjera. Se marchaban lejos, como sus sueños juveniles de amores y riquezas. Estaba segura de no verlos regresar jamás.

Capítulo 2

La princesa de Ultramar

Algunos años antes...

La mujer contempla las calles desde su recinto en sombras. La ciudad duerme su larga siesta provinciana y ella se resiste a caer en su letargo.

Se halla enterrada en aquel rincón salvaje adonde el amor y la codicia la llevaron, quizá empujada por la desesperación. Julie, su doncella, el único lujo parisino que pudo traer en ese viaje alocado, le ofrece una jarra con té que ella rechaza. No siente deseos de beber ni de comer. Hace tanto calor... Ahora entiende la razón de que las mujeres del país vayan descalzas, aun las damas, cuando están en sus casas. Es inhumano ese clima húmedo y enervante. Piensa en las calles lluviosas de la ciudad que dejó atrás y le parecen un paraíso comparadas con aquellas de Asunción del Paraguay, yermas bajo el sol del verano. La única vida está representada por los soldados que van y vienen, llevando informes. Chismes, más bien. Elisa jamás conoció gente más aficionada al chisme que ésa. El gobierno mismo es el principal chismoso.

Don Carlos, el padre de su amante, qué hombre grosero y vil. ¡Atreverse a llamarla «la hembra de mi hijo» en su propia cara! Se le frunce el ceño al recordar esa desafortunada entrevista. Sabe que no puede enfrentarlo, es el Presidente de ese país extraño donde las personas actúan como si él fuese un rey o algo así. Todos se quitan el sombrero a su paso, o desmontan si van a caballo. Menos mal que ella sale a cabalgar al atardecer y junto al río, para no verlo. Por el momento, nada puede hacer. Sería un suicidio arriesgarse a

enemistar a su Pancho con el padre, sabiendo que él será el heredero. Podría causar una ruptura que acabaría por desplazar a Francisco de la sucesión. Y Dios la librara de que alguno de sus odiosos hermanos fuese el próximo presidente. Todos la detestan, empezando por Benigno, el menor. Claro que él fue quien la conoció allá, en Francia, cuando ella y Francisco se encontraron. Tiene mala opinión de ella, la considera una *cocotte*. ¿Es que no hay *cocottes* allí también? ¿Quiénes son, si no, esas mujeres que viven en casitas burguesas en las afueras, llenas de hijos, a quienes los oficiales y autoridades visitan a diario? Elisa no tiene un pelo de tonta. Conoce mejor que nadie la naturaleza humana, sobre todo la masculina.

Pancho la ama. Él le construirá una nueva casa, mucho más lujosa que ésta donde mora, prestada por un orfebre y su esposa, la pobre, que apenas puede hacerse entender. Nadie habla francés, ni siquiera inglés. Elisa tendrá una casa a tono con su pasado parisino, más céntrica, cerca del Palacio de Gobierno, con muebles de estilo y salones para recibir. Las damas de Asunción no reciben ni organizan tertulias en sus casas oscuras, no entienden que los hombres de posición necesitan armar sus negocios políticos a través del encanto de sus mujeres. Allí, en el Paraguay, no hay teatros, ni salones de té, ni conciertos al aire libre, ni jardines de placer, ni nada. Ella sólo puede salir a cabalgar acompañada por un guardia. Y sola, siempre sola.

Le han cerrado puertas y ventanas, las muy santurronas... ¿Ignoran, acaso, que sus maridos tienen amantes entre las mismas damas de su escala social? ¿Por qué le hacen pagar a ella su condición de mantenida? ¿Es por ser extranjera?

Elisa se queda meditando unos momentos. Sí, es por eso. «La inglesa», la llaman, cuando no cosas peores. La culpa la tiene doña Pura, que mal puesto tiene el nombre.

Ella fue la que hizo correr las primeras calumnias, y esa sociedad aburrida no encontró mejor diversión que crearlas y divulgarlas. ¿Que si tuvo un esposo francés? Sí, lo tuvo. Quatrefages no era un mal marido, aunque la vida con él en Argelia se le tornó insoportable. ¿Que se fugó con un ruso, hombre de negocios y fortuna? Sí, también es cierto. ¿Y qué podía hacer ella? Joven y hermosa, casada con un médico del ejército, en un país desierto y feroz.

Lástima que su ruso duró poco, tuvo que huir cuando Francia declaró la guerra. Así es la vida, hoy se tiene, mañana se pierde. ¿Qué le pueden reprochar? Hizo lo que cualquier mujer hace para sobrevivir. En ese sentido, París era un sitio mucho más solidario, aceptaba el *demi monde*. Ese concepto no existía en Paraguay, donde ni siquiera comprendían la idea de *maîtresse en titre*.

Cuando tomó la decisión de seguir a su Pancho a través del mar, creyó que llegaría al puerto como una princesa, llevando en su regazo al hijo del heredero. No imaginó que sería soslayada de la vida pública del país donde el padre de su amante gobernaba como amo y señor. Tuvo que declarar en la aduana como cualquier pasajero, qué oprobio. Menos mal que se le ocurrió decir que llevaba quinientas onzas de oro, pues supo más tarde que no se podía salir del país con más dinero del que se entraba. Por lo menos, si regresaba, no lo haría desamparada y mientras tanto, tomaría de Pancho lo que le diese. Él la amaba y ella también a él. Era, a su modo, un hombre cautivante. Ni muy alto ni muy apuesto, pero encantador. Y dotado de gran fortuna, según pudo ver ella en París. Sus costosos regalos, sus carruajes, su delegación, el orgullo con que portaba el uniforme, todo hablaba de riqueza y condición. Además, si había ido a Europa en misión diplomática, algo estaría tramando, porque ella escuchó decir de boca del mismo Francisco que su meta era transformar el Paraguay. Y sabía que, después de haber residido en París, la transformación no podría tener otro modelo que el de la ciudad brillante. Todos los extranjeros regresaban embelesados de París, y las grandes ciudades europeas seguían el ejemplo de la urbanización parisina.

—Señora, ¿quiere cargar al niño?

Elisa mira el bulto que Julie le ofrece envuelto en un lienzo fino. Su Panchito, nacido en Buenos Aires cuando iban camino de la Asunción. Es un lazo que ancla a Francisco, lo compromete con ella. Un hijo, un heredero, no se ignora. Toma al pequeño y lo acuna entre sus brazos.

—*C'est mignon, n'est-ce pas?*

Julie sonrío. Es tan bonita su señora... y cuando suaviza el semblante, como en ese momento mirando a su hijo, se la ve más joven todavía. La pobre, tan sola en ese lugar infernal. Están solos los tres, pues el general los

visita sin intención de llevarlos a su casa. Julie piensa que tal vez el general esté casado y su señora no lo sepa, o que deba ablandar a su familia para que la reciba. Hace mucho que residen en esa casa despojada, sin otra compañía que una mujer amable y aturdida, que sólo sabe decirle «Madama» a Elisa.

—Julie, alcánzame mi diario, el que está sobre el tocador. Voy a sentarme aquí, al fresco de la galería, donde pueda mirar por la ventana. ¡Qué ventanas estrechas, *mon Dieu!* —se lamenta Elisa, mientras se acomoda sobre una tumbona.

Julie toma al niño y corre a satisfacer el pedido. Desde que llegaron, su señora escribe lo que sucede cada día, lo que ve o lo que piensa. «Poco será», supone Julie, «en un sitio tan aburrido como éste». Elisa toma la pluma y escribe sobre su regazo:

Hoy descubrí que existen espías en toda la ciudad. Los llaman pyraque, o «pies de pluma», pues se deslizan en silencio por doquier. En mi casa también están, los que envía don Carlos y los que envía el propio Pancho, aunque no sé si para espiarme o para espiar a los espías de su padre. Si no fuera patético, me resultaría cómico.

Descubrí también la fuente de los infundios que circulan sobre mí. Una cierta dama de sangre española, a la que llaman con respeto doña Purificación, me odió desde el instante en que bajé del bote, sin que yo supiese nada de ella; al parecer, es la prometida de un hombre de letras muy apreciado también, que convive con ella en la casa misma de mi amado. ¡Quelle audace! Criticarme por lo que ella hace a la vista de todo el mundo. ¡Qué gente atrasada!

Muy bellas las mujeres que veo pasar por mi ventana, aunque no sepan usar zapatos y vistan como bolsas, con unas túnicas sueltas que dejan ver mucho más de lo que mostraríamos allá en París, en los bailes de medianoche. Tampoco saben peinarse.

Fue providencial que viajase con mi fiel Henri, pues aquí no se encuentran peluqueros, y las mujeres sólo enrollan sus trenzas en la nuca; las de baja condición usan los cabellos sobre la espalda, a lo sumo, adornados con alguna flor.

Las flores son hermosas en este país, están por todas partes. A pesar de que no me invitan a ninguna casa, sé que es costumbre enviar flores o llegar con ellas en la mano. Mi Pancho me manda bellos ramos a través del capitán Aguiar. Pobre hombre, se ruboriza cuando me ve, como si creyese que yo me avergüenzo de mi posición. Otro que no entiende cómo son las cosas entre hombres y mujeres.

Debo admitir que muchos de los extraños hábitos que observo se atribuyen al calor espantoso, que oprime las sienes y espesa la sangre en las venas. Imposible salir a la hora de la siesta, hay que aguardar el atardecer.

Soy una mujer fuerte y sobreviviré a esto, así como al desprecio de todos, pero a veces me encuentro tan sola...

Recuerdo mis sentimientos a bordo del Ville de Marseille, sabiendo que atrás venía Francisco en su nuevo barco, cargado de ingleses contratados para trabajar en su tierra. Podíamos ver el Tacuarí a la distancia, balanceándose como leal custodio, y hasta me parecía percibir el brillo de un catalejo. Me gustaba imaginar que era mi Pancho, intentando verme desde la proa.

En Buenos Aires sostuve mi cobertura de esposa de un francés con toda naturalidad. ¡Es que lo soy! Y nadie objetó que viajase sola, puesto que Buenos Aires es una ciudad a la europea, entienden que una mujer pueda tener medios como para moverse de manera independiente. Además, inventamos el pretexto de que mi esposo era uno de los extranjeros contratados, y que vendría más tarde.

Aquí ya no sirvió esa excusa, todos saben que soy la maîtresse de Francisco.

Me gustó remontar ese inmenso río que el oficial que me acompañaba llamó con un nombre dulce que no recuerdo. El hombre hablaba francés, aunque por momentos sostenía conversaciones con la tripulación en un lenguaje que jamás escuché antes. Parecía cantar en lugar de hablar, qué curioso. Iba descalzo, por supuesto, como todos los demás en el barco, y daba las órdenes en ese idioma extraño, sentado en la bita de proa.

Mi doncella se asustó al ver que en ambas riberas había guarniciones con cañones apuntando a la costa. Sospecho que hay intrigas entre los países que nos rodean. Por algo Pancho compró armamento antes de venir.

Llegamos a un cruce de ríos y tomamos el que nos llevaba hacia el norte. Allí, las aguas se tornaron amarillas y nos cruzamos con islas repletas de flores, con penachos de plumas. Julie, que tiene arte para el dibujo, hizo algunos bosquejos interesantes. Imposible recordar todos los nombres que me decía el amable oficial. Algunos, sin embargo, me quedaron grabados, como el ibis (qué palabra tan suave), que se parece a la cigüeña, más delicado aún. También me mostró unos monos pequeños que chillaban en lo alto de las palmeras, y una especie de tigre con manchas, que apenas pude ver, pues su piel se confundía con la vegetación. Jaguar, lo llamó. Las plantas y los animales son una versión fantástica de los que se conocen en Europa, como salidos de un cuento, o de una pesadilla.

Me disgustó adentrarme en la costa fangosa, cuando el río se volvió tortuoso y aparecieron aldeas miserables, puñados de casas blancas entre los árboles, y siempre los cañones... Creo que pude ver una fortaleza, si bien el oficial trató de disuadirme. ¡Ni que yo fuese una espía! Hasta recuerdo el nombre, bien sonoro: Humaitá.

El paisaje perdió su encanto al llegar a Asunción. El puerto estaba repleto de barcos y redes de pesca, muchos botes con techo y un astillero. El oficial se puso algo nervioso cuando le pregunté si era un astillero. Todos los puertos son iguales, abarrotados de gente, pero en éste llaman la atención las calles rojas que suben hacia las casas que miran al río, con escalinatas y pórticos. Los hombres estaban tirados sobre los escalones, bebiendo siempre de un vaso con una pajueta. Todos aquí beben ese líquido de manera incesante. Y las mujeres, cargando canastos en la cabeza y ¡fumando! Cigarros como los cubanos, tan apreciados por los señores, colgando de sus labios sin ningún pudor. En los boudoirs he fumado cigarrillos turcos, pero esto... jamás.

Todos visten de blanco, hombres y mujeres, y se mueven con lentitud, como si tuviesen el tiempo del mundo. Y quizá lo tengan en este sitio tan antiguo, tan aislado.

No soporto la soldadesca, desparramada por todas partes: en las plazas, en las calles, asomados a los balcones del Palacio de Gobierno, a las puertas de la Catedral, en los umbrales de las casas... Llevan uniformes chillones y casi todos van descalzos.

Francisco les ha dado los colores de Francia y resaltan como antorchas en medio del verde que los rodea. Se los ve orgullosos, y son gentiles cuando se dirigen a mi persona. Saben que tengo el respaldo del general. Es lo que no debo perder nunca, es mi salvoconducto en este mundo incivilizado. Es mucha tarea la que le aguarda a mi Pancho...

—Señora, llegó el general.

Elisa cierra el libro de tapas nacaradas y se pone de pie. Sabe que Julie ofrecerá a su amado un refresco mientras ella se prepara para recibirlo. Se dirige a su cuarto, después de echar un vistazo sobre la cuna de Panchito, y se acomoda el cabello frente al espejo, ensartando alguna de las flores que cada mañana encuentra en un jarro de porcelana. Perfuma el valle entre sus pechos y el hueco cálido tras las orejas. Desliza el borde del vestido bajo los hombros y, en un arranque de pasión, mete un dedo en un bote de crema y dibuja la línea de sus labios con color rojo, como una cereza.

Satisfecha con el resultado, se vuelve, dispuesta a acoger a su Francisco, el general de la República del Paraguay, el padre de su hijo, el hombre que eligió para compartir su destino. Su salvador.

Capítulo 3

Juego de damas

El recodo donde vivían los Garmendia era conocido como la Punta del Tigre, debido sin duda a que en otros tiempos había sido dominio de algún yaguareté. Desde allí la costa, siempre a merced de los caprichos del río, serpenteaba hacia los terrenos de la capilla del Diablo, y más al norte, hacia el mismísimo lupanar de la Loba, que se erigía sobre un médano cubierto de pastizales, de modo que su luz rosada pudiera verse desde el camino de las carretas. Era una construcción sencilla, con pretensiones de fino burdel. Su dueña y administradora había cubierto las ventanas con cortinas de raso y tapizado los sillones con brocato, todo en subido tono coral, a juego con el nombre del lugar. Edelmira Guzmán, la del pelo en llamas, que por delirios de refinamiento se hacía llamar Delia Guzmán, era la Loba Roja. Su establecimiento abastecía las necesidades de los gauchos de la zona y también las de los viajeros ocasionales. Presumía de higiene y de buenos modales, y ostentaba el dudoso prestigio de ofrecer las mujeres más jóvenes de toda la región. Delia era muy estricta con sus «discípulas», no permitía que difamasen con groserías la casa de citas que tanto le había costado edificar. A su modo, era sincera. Cuidaba de las muchachas que contrataba, les enseñaba a protegerse del maltrato y también a saber cuándo sus carreras se hallaban en el cenit, a fin de proveerse para no sufrir una vejez de oprobio y padecimientos.

—Nuestra carrera es corta —les decía—, y no podemos descuidar los años futuros, que serán más largos que éstos. Ésta es su familia y acá tendrán

siempre un techo, pero si por desgracia yo les falto, ustedes tienen que poder salir a flote, como el irupé. ¿Me entienden?

Ninguna entendía, pues a sus pocos años, aquellas muchachitas soñaban con pescar algún viajero de buen ver y bolsillo pesado que las convirtiese en verdaderas damas. La Loba era más realista; su principal temor era que cayesen en manos de algún inescrupuloso que viviese a costa de ellas.

Esa noche de marzo del único día de descanso de La Loba Roja, se encontraban en el patio trasero, donde Delia solía sentarse en un sillón de mimbre cubierto de almohadones, como una reina rodeada de súbditos, y las muchachas se echaban a sus pies, cebando mate y repartiendo bizcochos dulces, mientras salpicaban la charla con chismes jugosos. Todas se veían frescas e inocentes en esa ocasión, pues los artificios para seducir hombres eran una herramienta de trabajo y no los necesitaban cuando se hallaban en confianza, libres para mostrar su naturaleza femenina sin tapujos.

La «chuequita» Lily las divertía imitando el hablar pomposo de un caudillo de la región, antiguo juez del crimen que las visitaba con puntualidad los miércoles; sabía también remedar la rigidez de los milicos o la falsa arrogancia de los iniciados, jovencitos que llegaban empujados por sus propios padres o por sus superiores, si se hallaban conchabados en el ejército. Esos días, las chicas de La Loba Roja se volvían maternas y no reparaban en horarios ni en servicios. Lily jamás se burlaba de aquellos que padecían algún mal físico; bien sabía ella lo triste que resultaba ser el blanco de las burlas por haber nacido con estigmas. Morena, una joven espigada de ojos de cierva y cabello matizado de amarillo como barbas de choclo, reía sin cuidarse de mostrar sus dientes manchados. Alicia, la tímida, que deseaba parecerse a la Loba imitando su color de pelo y sus modales de princesa, se tapaba la boca con una mano para disimular la gracia que le causaba la actuación de Lily. Clotilde y Lavinia, que habían ingresado juntas a la casa de citas y se mantenían unidas hasta en el momento de atender a los clientes, acompañaban con palmas las ocurrencias y engullían bizcochos mientras vigilaban que se cumpliera la ronda del mate. Araceli, la más codiciada, abrió la caja de cigarros y convidó a todas con el aromático tabaco. Pronto estuvieron envueltas en una nube perfumada, paladeando ese vicio que las

unificaba a todas, damas y putas, en una misma condición, pues hasta en las casas de más rancia estirpe, las mujeres acostumbraban a fumar cuando estaban solas compartiendo confidencias, como esa noche en el burdel de la Loba.

Una silueta apareció de improviso, doblando la esquina de la casa.

Delia y las muchachas soltaron un gritito de sorpresa. No esperaban a ningún cliente y la Loba era estricta en eso: cuando se descansaba, se descansaba.

—Está cerrado, señor.

El hombre avanzó hasta quedar bajo el arco de luz de la farola, y todas reconocieron a Rete Iriarte, dueño de El Aguapé. Al comprobar su identidad, Delia lamentó haberse precipitado a negarle la entrada. El hacendado jamás visitaba su establecimiento, y si pensaba hacerlo esa noche, ella no podía desaprovechar la oportunidad de recibirlo con todos los honores. Se levantó, ajustando su bata sobre el pecho voluptuoso, y con una seña ordenó a sus empleadas que se retirasen. Las jóvenes recogieron los restos del improvisado tentempié y desaparecieron con premura. Permanecerían atentas, en caso de que el recién llegado requiriese a alguna en particular, aunque, a juzgar por la expresión de la Loba, sería ella la encargada de hacer gozar al estanciero más poderoso de la región de los esteros. Cuchichearon en la oscuridad, excitadas por la presencia de aquel hombre, anhelando en secreto ser elegidas por su recia mirada. Araceli se acercó a la ventana, procurando que la luz de la luna resaltase la blancura de su seno, rebosante sobre el escote de su bata floreada.

—No vino solo —anunció, al ver que un muchacho flaco acompañaba al hacendado.

Le calculó unos catorce años, tal vez quince. Supuso que se trataría de un caso de bautismo de hombría y sonrió, segura de que la Loba la llamaría, pues Araceli ofrecía un aspecto dulce y aniñado, muy a propósito para los jovencitos sin experiencia.

La dueña permaneció hablando con Rete Iriarte sin ademán de invitarlo a pasar, y eso aguijoneó la curiosidad, ya exaltada, de las cachorras de La Loba Roja.

La misma curiosidad que en Delia Guzmán dio paso a la desilusión, al

escuchar de boca del hacendado las razones de su presencia.

Rete Iriarte preguntaba por su peón de confianza, que aún no había regresado. Díscolo como era, el negrito Anselmo jamás faltaba sin una buena razón. Y en esos tiempos revueltos, no sólo llevaba y traía productos a lo largo de la ribera, sino preciosa información que Iriarte aguardaba en su hacienda.

El Aguapé se extendía a lo largo de cientos de hectáreas surcadas por riachos y pastizales, buena tierra para el cultivo del arroz y generosa en árboles frutales, cubierta en parte por un monte impenetrable y por aguadas donde bajaban a beber los carpinchos. El camalotal que le daba nombre era tan grande, que muchos se habían extraviado en el laberinto de canales que formaba, y esa dificultad, unida a la existencia de traicioneros pantanos, hacían de la casa principal una verdadera fortaleza.

La Loba también calculaba, mientras contemplaba al hombre que tenía enfrente.

En Rete Iriarte se combinaban dosis parejas de civilización y salvajismo de modo inquietante. Esas cualidades le habían permitido sobrevivir en una tierra bárbara, donde la naturaleza era un enemigo más.

Había llegado entre los mil vascos franceses que convocó Francisco Solano López cuando todavía era un joven general, imitando los proyectos colonizadores de Argentina y Uruguay. Aquel proyecto sudamericano para civilizar la ribera del Chaco se había visto frustrado por el propio padre de Francisco, don Carlos, que no soportaba la presencia extranjera, como no fuese la de quienes contribuían al armamento paraguayo.

Iriarte comprendió, a poco de llegar, que las promesas de combustible, ayuda médica y herramientas no serían satisfechas, y que de nada valdría quejarse ante el cónsul francés, puesto que el contrato los obligaba a permanecer y aún a pagar al gobierno un porcentaje de las cosechas, más el precio del pasaje y de cualquier beneficio alcanzado, antes de volver al país de origen. El Chaco era un territorio hostil, plagado de indios feroces que al gobierno no le interesaba controlar, y de alimañas ponzoñosas.

Rete Iriarte huyó. Acostumbrado a valerse por sí mismo, partió aguas abajo hacia otra tierra donde el gobierno, si bien no colaboraba, tampoco

interfería.

Se instaló en Corrientes.

—Le digo que no vino por acá. Mis chicas me lo habrían dicho. Además, si usted dice que estaba trabajando...

Delia procuraba vengarse con el comentario malicioso; se sentía algo tonta por haberse decepcionado, justo ella, que no tenía edad para los remilgos ni las ilusiones.

Iriarte se tocó el ala ancha del sombrero, echándolo hacia atrás. Tenía un rostro cetrino y enjuto, de nariz afilada y ojos oscuros y penetrantes. A pesar de haberse educado con los jesuitas franceses y dominar idiomas, hasta el latín, Rete jamás abandonaba las ropas de paisano: usaba chiripá tanto en verano como en invierno, rastra, botas de potro y chaqueta corta con pañuelo al cuello. Delia se preguntaba si ese hijo que lo acompañaba sería de alguna de las chinas que trabajaban en su hacienda, pues ella no le había conocido esposa. El muchacho alcanzaba casi la misma altura que el padre, aunque era menos fornido. Se les notaba la sangre vasca, no sólo en el apellido sino en la fortaleza y la postura altiva. «Capaces de todo», pensó Delia, y sintió un escalofrío.

—Me dice entonces que no ha venido.

Parecía que intentaba sacarle de mentira verdad.

—Puede pasar, si quiere —replicó, haciéndose la ofendida.

Ya le gustaría verlo en su redil, pisando con sus botas la alfombra de flecos o subiendo los peldaños de la tarima donde estaba el piano. Se lo imaginaba quitándose el sombrero con parsimonia mientras la miraba reflejada en el espejo de pie, de arriba abajo; ella abriría el escote de su bata y se rociaría el nacimiento de los pechos con perfume, para que él se embriagara cuando se los chupara. La fantasía le hizo perder noción de lo que estaba diciendo y se sobresaltó cuando Iriarte habló.

—Nos vamos, pues. Se lo recomiendo, por si lo ve mañana o pasado. Dígale que lo estoy esperando.

Delia no deseaba encontrarse en el pellejo del negrito cuando le tocara presentarse ante su patrón. Conocía bien a Anselmo, era asiduo visitante de La Loba Roja; de tanto ir y venir por esos pagos hasta dos veces por día

pasaba, y las chicas se turnaban para atenderlo, pues siempre les llevaba algún regalo: naranjas dulces, puntillas, o chucherías brillantes que ellas tanto amaban.

—Yo lo que sé —le dijo, procurando retenerlo un instante— es que acostumbra a quedarse largo rato en lo de Rosa Garmendia.

Al hombre le resultó extraño que aquella madama mencionase a la hermana de Bautista, pues por lo general se mencionaba al jefe de familia. Le dedicó una inclinación de cabeza que a Delia le resultó ofensiva y partió con su muchacho, sumiéndose en la oscuridad sin decir palabra. Recién entonces Delia advirtió la presencia de dos gigantescos perros que flanqueaban a los hombres como escoltas. Los mastines se fundían con la noche, y su aspecto feroz impresionó a la mujer, sobre todo sabiendo que habían estado a su lado sin que ella se diera cuenta.

Se apresuró a entrar en la casa, no sin antes persignarse.

Rosa acababa de acostar a Violeta y de rezar junto a ella las oraciones cuando escuchó las palmas en la puerta. Le había parecido oír el retumbar de los cascos de caballo, aunque a esas horas tardías era mejor ignorar cualquier sonido que proviniese del monte. Desde su ventana, observó a su hermano saludar a un hombre que se acercaba a la galería con el sombrero entre las manos, acompañado de un muchacho y dos perros. Aunque no hubiese visto a los perros, Rosa habría reconocido la figura de Rete Iriarte.

Aquel hombre la intimidaba. Jamás le había dirigido la palabra y sin embargo, ella sentía que estaba pendiente de sus movimientos: cuando iba a la misa, si la cruzaba en el camino de tierra roja, o en las pocas veces que había navegado. Hasta en ese momento, mientras conversaba con Bautista, ella percibió que el hacendado la había descubierto espionando por la ventana. Rosa evitaba la compañía de los hombres, sobre todo de hombres como aquél, que parecía de frío pedernal y a la vez, echaba fuego por los ojos. Tan diferente a Bautista, que apaciguaba sus temores con sólo mirarla, como diciéndole: «Todo va a andar bien, *che reindy*, acá estoy yo».

Después de despedirse y antes de perderse en la espesura, Iriarte echó una

mirada hacia la ventana de Rosa. Ella se sintió desfallecer y se deslizó bajo la sábana con la sensación de que había cometido un pecado al espiarlo. Como no podía salir al patio a rezarle a la Virgen, abrió el cajón de su mesita y sacó una ajada estampa donde un ángel aplastaba a la serpiente de la tentación con sus sandalias y ahuyentaba a los demonios con su espada. Se durmió murmurando una oración.

—Ay, mi amita, que ya están llegando los invitados principales, y usted acá, en cueros todavía...

El lamento de Dalila resultaba cómico en medio del desorden del vestidor donde Muriel reinaba despótica, desechando una prenda tras otra, arrojándolas sobre el sillón. La criada alzaba los brazos desnudos en muda súplica, temiendo que los caprichos de su señora desataran la ira del coronel.

Muriel se hallaba en enaguas. La fina seda se adhería a sus formas sinuosas y dejaba ver la piel que asomaba por sobre las ligas de raso que sujetaban las medias.

—Cállate y ayúdame, zonza. No encuentro nada que ponerme, todo es soso y apagado, ropa para viejas —y arrancó con furia la percha de la que pendía el vestido gris que su esposo le había comprado. Era una prenda suntuosa, con el refinamiento de la discreción: la falda platinada culminaba en una faja ancha sobre la cintura, rematada por un broche, y el escote era velado con pudor por un chal de organza.

Muriel resopló con disgusto. Dalila la contemplaba con temor religioso.

—Dime algo. ¿Te animarías a espiar cómo vino vestida la Madama Lynch?

Los ojos de la mulata se abrieron como lirios de agua. Antes de que soltara su consabida exclamación, Muriel la tranquilizó.

—Desde acá arriba, en el rellano de la escalera. Nadie te verá porque está oscuro, mientras que abajo estarán los candelabros encendidos con todas las mechas, hasta las arañas de lágrimas. Te daré esto, mira... —y extrajo de un cajoncito un prendedor con forma de lagarto, cuyos ojos brillaban con un par de turquesas.

La expresión de Dalila se tornó más espantada aún, y retrocedió un paso.

—Ay, no, mi ama, que ésa es prenda de la finada del coronel. Yo no la toco, ni loca.

Muriel observó con detenimiento el broche. Era sin duda una joya, pues no había en aquella casa nada que fuese baratija. Ignoraba que hubiese pertenecido a la delicada Anabela, pero si así era, nadie podía reprocharle que se deshiciera de ella. Un ataque de celos podía tenerlo cualquier esposa.

—Quédatelo —insistió—, y cúmpleme el pedido, que conmigo estarás bien recompensada. Acá te espero, anda.

Dalila avanzó hacia la oscuridad empujada por su ama, que luego se recostó sobre la puerta, suspirando. Ninguna joya la compensaría del aburrimiento de la velada. Ya podía imaginar a los vetustos oficiales amigos de su esposo, acompañados por mujeres gordiflonas que se creerían la nata de la sociedad asuncena. Bien sabía ella que las familias aristocráticas rehuían la presencia de Francisco Solano López si no compartían sus ideales, pues era peligroso en aquel tiempo oponerse a los designios del gobierno. Y la Madama, sospechaba, era aún más perceptiva que él para detectar traiciones. La de los Vallejo Flores era de las pocas casas a las que los amantes podían asistir tomados del brazo, pues el coronel había sido compañero de armas del general y lo había acompañado en la legación que viajó a Europa en misión diplomática, cuando López era sólo el futuro sucesor en la presidencia.

De Madame Lynch se decían muchas cosas, y Muriel estaba al tanto por la servidumbre, que gustaba de esa clase de comidillas. Mientras bordaba o tecleaba sobre el clavicordio, distraída, escuchaba con disimulo y agregaba algún desvaído comentario que desataba una catarata de chismes jugosos. Fue en la cocina, tomando leche con canela y miel de caña, donde oyó cierta vez que López había regresado de Europa del brazo de una extranjera hermosa sin que hubiese sacramento de por medio. Algunas de las mujeres del servicio la admiraban, tomándola por princesa europea y elogiando el buen gusto del general; en su ingenuidad, veían bondad en la belleza y virilidad en el ojo del hombre que sabía apreciarla. Otras se horrorizaban del mal ejemplo que daba López al vivir en concubinato y hasta concebir hijos fuera del matrimonio,

pero como la mayoría de las criadas se había visto en similar situación con los hombres de su propio pueblo, esas críticas no prosperaban demasiado.

Muriel menospreciaba aquellos comentarios sencillos, fruto de la ignorancia. Le interesaban más los que compartía con sus amistades. Dichos en voz baja, a espaldas de la madre y la hermana del coronel, las amigas que visitaban a Muriel en las tardes amenizadas con jugos de lima y bordado, murmuraban tras sus abanicos los detalles que Muriel apreciaba:

—Madame tiene las uñas pintadas de rojo. Dicen que se hizo traer un maletín de polvos y tinturas de la Francia, donde las mujeres se dibujan lunares de fantasía junto a la boca.

Y la autora del chisme fruncía los labios para acentuar el sitio donde, a su entender, debían colocarse los lunares que volvían locos a los hombres.

—También dicen que su cabello no es natural, que se lo tiñe con polvo de oro.

—No sólo eso —murmuró otra, inclinando la cabeza—. También dicen que es calva, que usa peluca.

—Mentira. Una vez, mi madrina pasaba frente al Palacio de Gobierno cuando la vio con el pelo mojado, secándolo al sol. Ése es el secreto de su color dorado.

—Más que dorado, es rojo —reconvino otra—. Como las llamas del infierno.

—Yo no creo que Madame Lynch sea una mujer del demonio —y haciendo señas para que las demás se acercaran, concluyó:

—Era una «*lorette*».

Las caras de las demás demostraron que no conocían el significado del término, así que, esponjándose para crear más misterio, la chismosa explicó:

—En la Francia hay una iglesia llamada Notre-Dame de Lorette y las mujeres que revolotean por allí buscan a un protector rico que las mantenga. Yo lo sé por mi hermano, que está estudiando allá.

—¿Y tiene él una *lorette*?

—¡Claro que no! Si mi padre debe mantenerlo con diez mil francos por mes, y una *lorette* de calidad pide eso, más dos carruajes con caballos, lacayo y chef.

—Pareces muy versada en las condiciones de una *lorette*, Jacinta — comentó la amiga—. ¿Cómo es eso?

Las risas de las jóvenes habían llamado la atención de la madre del coronel, que dirigió sus ojillos de yarará hacia su nuera, en claro reproche. Muriel dio entonces unas puntadas inútiles en su lienzo, bajando la vista para no toparse con la de su suegra.

Eran pocas las ocasiones en que podía departir con gente de su edad, pues su condición de mujer casada exigía que se convirtiese en anfitriona de reuniones donde se codeaba la oficialidad y, de vez en cuando, algún magnate extranjero radicado en la Asunción con el beneplácito del Presidente. Como esa noche.

Muriel se separó de la puerta y se contempló en el espejo de pie. Se sabía hermosa y rabiaba por no poder salir de su jaula de oro, custodiada por los cancerberos de su esposo: Doña Melchora Dorotea Flores y su hija Vicenta, un par de cuervos en eterno luto por el venerado Nemesio Nicasio Vallejo, un hombre que, al decir de todos, era un dechado de sapiencia y virtud. Muriel dudaba de que lo hubiera sido, pues los chismes en la cocina hablaban de una criadita, hija natural del patrón, que era maltratada por las harpías, en tanto que al viejo se le nublaban los ojos de cariño cada vez que la veía servirle la merienda o esponjarle las almohadas. Muriel no lo culpaba por haber tenido amoríos fuera del lecho conyugal; a ningún hombre podía pedírsele fidelidad a semejante estaca.

Doña Melchora era una mujer hecha para el sufrimiento propio y la constatación del sufrimiento ajeno. Había proyectado sobre su hija toda la rabia trasegada durante los años de matrimonio, y la pobre Vicenta reflejaba en su semblante contraído la frustración de rechazar algo que nunca había conocido ni llegaría a conocer: las caricias de un hombre. Muriel podría haber ofrecido amistad a su cuñada, pero desde el principio Vicenta la trató con desprecio, incapaz de elaborar un sentimiento o un juicio que no le fuese transmitido por su madre. Había momentos en que ambas mujeres parecían hermanas, pues Vicenta, enfundada en ropones negros y con peinados severos, aparentaba casi la misma edad de su madre. Idénticas en su aspecto flaco y desabrido, así como en sus miradas aviesas de ojos pequeños bajo

cejas sin afeites, lo único que las diferenciaba eran las canas que matizaban la cabeza de doña Melchora. Y Muriel sospechaba que hasta en ese detalle pronto se asemejarían, pues no sólo los años tornaban grises las cabelleras, también los disgustos y los rencores podían lograrlo. Dalila regresó, presa de gran conmoción.

—Amita —suspiró, agotada por el nerviosismo—. Ay, amita...

—¿Qué pasa? Vamos, cuéntame, infeliz. ¿Qué viste? ¿Cómo estaba ella?

—No se va a creer, mi ama, lo que le viá decir. La Madama esa, que vino de las Uropas... ¡Está vestida de novia! A lo mejor, se está por casar con don López, y por fin se acristianan los dos, dejan de vivir en pecado, como dice la señora.

—Baja la voz, Dalila, recuerda que al coronel no le gustan los chismes.

La mulata se tapó la boca con ambas manos. La servidumbre estaba bien aleccionada. Una criada deslenguada podía condenar a toda la familia.

—¿Cómo va a estar vestida de novia, qué disparate es ése?

—Lo que le digo, mi ama, todita de blanco está, con un velo y flores en el pelo, una preciosura. Como es tan linda...

Muriel estuvo a punto de empujar a Dalila y salir ella misma a espiar desde el rellano, cuando de súbito recordó que, en los figurines de modas europeos, muchos vestidos llevaban tules y flores, sobre todo si se destinaban a las más jóvenes. Era la moda «emperatriz», en honor a Isabel, que en su gala había llevado una nube de tul ilusión, abultada en la parte de atrás, como avanzada del traje que ya se estaba imponiendo.

Muriel no podía competir con semejante ostentación del buen vestir, a menos que...

Su mirada vagó por sobre la pila de vestidos acumulados en el sillón, y recayó en el único que aún no había sacado del ropero: el borgoña.

Una idea maliciosa ocupó su mente. Si bien carecía del refinamiento europeo de la Lynch, sin duda poseía mejor silueta y más juventud, y a nadie le parecería mal que, vistiendo de blanco puro la esposa del principal invitado, ella buscara el contraste, de modo que descolgó el atrevido vestido con plumas en el escote y se lo tendió a Dalila.

—Plánchalo ahora mismo, éste es el que me pondré.

Los ojos negros de la muchacha no pudieron dilatarse más, a riesgo de salirse de la cara. Con un temblor en las manos y una oración en los labios, Dalila tomó la prenda y se encaminó al cuarto de costura con el aire de quien acababa de recibir su condena.

Bautista se encontraba despierto, pese a lo avanzado de la hora. La noticia de la misteriosa desaparición de Anselmo le devolvió ese malestar que lo había perturbado más temprano. Su amigo trabajaba para Iriarte desde hacía tiempo y, por lo que se sabía, el vasco era buen patrón, de modo que no podía haber huido de él. Además, Anselmo era audaz, no tonto, y si había sobrevivido era gracias a su astucia, así que estaba descartado cualquier entuerto con gente de avería. Hubo épocas en que el río llevaba, amortajados entre los juncos, cadáveres de ajusticiados, víctimas de entreveros o deudas impagas. El propio Anselmo se había topado con ellos en sus idas y venidas, y el espectáculo de los cuerpos hinchados y las caras abotagadas había hecho mella en su carácter supersticioso, de modo que jamás se arriesgaría a semejante destino. ¿Dónde estaba, entonces? Lo había despedido al atardecer y seguido con la vista hasta que su balsa dobló el recodo. Podría haberse detenido en La Loba Roja aunque, de ser así, Iriarte ya lo habría sabido. Sin duda, el hacendado había visitado a las mujeres de la orilla antes que a él. Se levantó y se encaminó a la cocina, dispuesto a prepararse un reconfortante cocido. El frío se había adueñado de su cuerpo.

La luna se derramaba sobre la vereda y su resplandor blanqueaba los bordes del alero, las piedras del cerco y los árboles que preludiaban el monte. Era una noche quieta, en la que los espíritus parecían aguardar, agazapados. La niebla que emanaba de los bañados colgaba de la maraña como un sudario gigantesco, acallando las voces nocturnas, tan familiares para Bautista. Dotado de un oído formidable, podía distinguir el trino de cualquier ave y adivinar la presencia de los zorros por el rumor de las pisadas; el crujido de una rama, el arrullo del agua, nada escapaba a su sentido. Aquella facultad los salvó de morir, la vez en que el Paraná se desbocó en plena noche. Él se había despertado al notar que el rumor de la corriente se tornaba ahogado, como si se atragantase al devorar la costa, y pudieron huir hacia donde crecían los árboles altos. Aquella vez lo perdieron todo, aunque la dicha de

saberse a salvo bastó para reponerse. Con el carácter propio de la gente de la costa, volvieron a construir su casa, insistiendo en permanecer en la tierra castigada por el río.

Esa noche, Bautista percibía corrientes profundas que no provenían del Paraná.

Salió al porche y la humedad, impregnada de olores silvestres, se pegó a su piel. Las hojas del alero delataron la presencia de las torcazas, justo cuando la luna desnudaba el paisaje ribereño y lo exponía como en un teatro, petrificando cada piedra, cada rama y cada insecto bajo su luz espectral.

Fue entonces que un bramido agónico, desgarrador, se elevó de la espesura, desde la laguna del Diamante, quebrando la quietud y paralizando a Bautista que, por instinto, se aferró a las cuentas de su rosario. El grito se prolongó durante segundos interminables, se multiplicó en ecos a través de los sauces y los juncos, por sobre las aguas rugientes y los guijarros. Le siguió un silencio extraño, cargado de premoniciones. La vida nocturna se acalló por completo.

—Batú, ¿qué es eso?

Bautista contuvo a Violeta antes de que irrumpiera más allá del porche.

—Nada, algún animal.

—¿Cuál?

Su tío se encogió de hombros, fingiendo desinterés.

—Algún tigre herido ha de ser.

—¿Podemos verlo? —y, con la imprudencia propia de los niños, se arrojó fuera de la protección del alero.

—¡*Chake!* —le gritó, con voz firme que retumbó en la soledad del monte.

La niña se detuvo, más por el tono de su tío que por haber recapacitado. Pocas veces lo había visto enojado, mucho menos asustado, y en esa ocasión parecían combinarse las dos emociones. Permanecieron en silencio, aguardando, como si aquello fuese el comienzo de un acto macabro, el telón que, una vez descornado, impidiese ignorar lo que estaba sucediendo en la escena. Bautista atrajo a su sobrina hacia él. Presumía que podía tener miedo, a pesar de saberla capaz de actos descabellados, porque aquel grito no parecía humano, ni era de animal conocido. Bautista se postraba ante lo sobrenatural

con la humildad propia de la gente que depende de su entorno para sobrevivir. No se le ocurría dudar de la existencia de los espíritus de la selva o del poder de un *pajé*, puesto que con esas convicciones había crecido. Se rendía ante la superioridad de las fuerzas naturales.

Y nada natural había en aquel aullido.

A la mañana siguiente, Rosa recibió una visita inesperada. La mismísima Loba se allegó a la casa del recodo en compañía de una de sus favoritas, Araceli, con una canasta de dulces preparados por ella y sus protegidas. La mujer había vigilado de lejos el momento en que Bautista salía rumbo al norte en compañía de su sobrina, para presentarse en la vivienda. Encontró a Rosa sentada en un banquito, colando el suero de un queso criollo con un cedazo de lienzo, en el patio de tierra.

—Buenas y santas, querida —la saludó con afabilidad, como si se tratasen.

Rosa se quedó de piedra. Conocía bien la fama de la Loba, sabía que sus *guainitas* eran mujeres perdidas, y si bien ella no mezquinaba a nadie el saludo, tampoco propiciaba la compañía de cualquiera.

—Pasábamos —continuó Delia— y nos dijimos: ¿Por qué no convidar a nuestra buena vecina con *chipa mboka*...?

—*Mahe'e* —agregó Araceli, tendiéndole un frasco con un almíbar turbio en su interior.

Rosa no sabía si aceptar aquellos productos que tan bien le venían, o rechazarlos con dignidad, por provenir de mujeres de una clase que Bautista veía con malos ojos. Mientras lo decidía, la Loba se acomodó en su patio con familiaridad.

—Permisito —dijo, haciendo señas a la muchacha bonita para que la siguiese.

Ambas se sentaron, la más vieja en un tocón y la más joven en el suelo de tierra, cruzando los pies desnudos bajo la falda amplia.

—¿Y cómo le andan las cosas por acá, vecina?

Algo azorada por el interés de las mujeres, Rosa atinó a responder:

—Vamos tirando, con lo que hay.

—Qué pena. Una *kuñatai* como vos, tan bonita, pudiendo estar como una reina, tener que barrer los pisos y cocinar el santo día —y chasqueaba la lengua, como disgustada.

Delia observaba con ojos de comerciante a Rosa Garmendia: la melena oscura, sujeta por una cinta, escapaba en hebras que se adherían a las mejillas acaloradas; los dedos finos, de artista; los ojos almendrados, la nariz delicada y la boca suave, de dientes parejos; el talle esbelto, todavía no deformado por la edad ni los partos sucesivos. Rosa Garmendia era una joyita que le redundaría pingües beneficios en su burdel, sobre todo porque en ella no se revelaba la sangre india. Rosa marcaría la diferencia entre sus chicas. Mientras que Bautista, con su tez morena, acusaba la herencia guaraní de la madre, en Rosa prevalecía la española del padre. La palidez de su semblante sereno y su aire melancólico cautivarían a cualquier hombre.

—Yo puedo, si querés, ponerte así —y levantó la mano a cierta altura, como indicando un nivel por sobre los demás mortales—. Y no te costaría nada, sólo atender mis consejos. Pensá en tu *memby kuña*, pobrecita, qué vida le vas a dar en medio de la tierra.

Rosa continuaba con su labor, incómoda y aturdida ante la propuesta de la Loba. Se explicaba ahora las miradas que le dirigía cuando la veía pasar por la ribera, acompañando a Violeta, y la intención en el saludo amistoso que le obsequiaba. Rosa sintió que el rubor le inundaba el rostro. La consideraba una puta, como ella. Por haber tenido a su Violeta sin padre conocido, era como las demás de La Loba Roja. Todos pensarían lo mismo, entonces: Anselmo, Bautista, el señor Iriarte...

El recuerdo de la mirada que el hombre había lanzado sobre su ventana tuvo otro cariz, a partir de ese descubrimiento. Aquel hombre la buscaba porque la creía capaz de revolcarse cuando a él le viniera en gana. Una furia desconocida se apropió de su pecho. Rosa jamás había sentido semejante furor, si ni siquiera había podido desear el mal a quien la puso en esa situación. Sintió el sabor acre del despecho y apretó los dientes para contener una réplica indigna de la educación que sus padres le habían proporcionado.

Los Garmendia habían sido gente de modales y cierta instrucción.

Mientras vivieron en el poblado, ella y su hermano disfrutaron de las lecciones de un maestro que viajaba por la zona y recalaba un tiempo en cada sitio. Aquel hombre de manos suaves la distinguía por su facilidad para aprender, en especial la música. Su padre, entusiasmado, le había comprado en la ciudad un viejo violín al que ella arrancaba alguna melodía, pese a lo desafinado del instrumento. Eran tiempos felices, antes de la desgracia de la que era la única culpable, y antes de que la muerte se enseñorease de su casa.

Rosa percibió que las mujeres aguardaban su respuesta o algún signo de entendimiento, así que dejó su labor y se secó las manos en una servilleta, antes de levantar la vista.

Reuniendo los trozos de su dignidad perdida, recordando la manera altiva en que su padre trataba a los que se pasaban de la raya, dijo con voz clara:

—Me parece que no la entiendo, señora. Yo trabajo acá, en mi casa, y a mi hija no le falta nada porque mi hermano es un hombre trabajador también. Ni ella ni yo precisamos de la ayuda de nadie. Gracias. Y no se moleste en traerme regalos, que no nos sobra, pero tampoco nos falta.

Temblando de ira y de pavor por haberse atrevido a tanto, Rosa volvió a su quehacer, fingiendo no advertir que la Loba y su cachorra se levantaban, recogían en silencio sus dulces y se perdían en el camino de la ribera, sin una palabra de cortesía ni de disgusto.

Bautista llegó un rato después, precedido de una Violeta entusiasta que mostraba su regazo repleto de limones y señalaba eufórica la caña de pescar, de la que pendía una enorme boga.

—¡Mamá! Hoy comemos rico, y recogí limones para el tereré. ¿Puedo hacerlo?

Rosa, emocionada, le tendió los brazos y la niña corrió a refugiarse en ellos, entre sorprendida y encantada, dejando caer los limones, que rodaron por la tierra.

Bautista las contempló, orgulloso. Eran las mujeres de su vida, las únicas, daría su sangre por ellas. Que *Tupa* no quebrase la belleza de ese momento, jamás.

Capítulo 4

Libres como las aves

O dio este país, su calor malsano, su dictador... Odio que el general tenga ojos para todas las mujeres. Sé que Julie le reprocha en silencio que no mueva un dedo para darme mi lugar en esta sociedad, pero sé también que él debe comportarse así para heredar a su padre, no lo culpo por acatar las convenciones.

Ya tendremos ocasión de favorecernos el uno al otro.

Ha muerto mi hijita, mi pequeña Corinne, de seis meses. De unas fiebres tropicales, dijeron. Apenas pude bautizarla, pues Francisco temía que un acto oficial le causara descrédito entre su familia.

Las damas López me producen náuseas. Ni siquiera el dolor de una madre las conmueve. Ni la Presidenta, tan corpulenta y antipática como su esposo, ni las hijas, que bien podrían ser más compasivas, dada mi situación de duelo, ninguna ha preguntado siquiera por la nieta y sobrina muerta.

Desde que llegué a la Asunción intenté congraciarme con la familia de Francisco. Una y otra vez envié recados con invitaciones que me fueron devueltas sin abrir, en franco desdén hacia mi persona. Y si la familia del general no me acepta, nadie aquí lo hará, pues todos forman una corte de aduladores que evitan caer en desgracia.

Los pyraque se aseguran de que nadie opine a mi favor.

¿De qué me sirve la hermosa casa que me ha construido, si no puedo lucirme del brazo de mi amante fuera de ella? Mis únicos amigos son los residentes, sobre todo los ingleses, que me estiman. Con sus esposas y sus hijas, he formado un círculo como los de París. Inventamos sombreros y organizamos talleres de costura con los materiales que llegan en los barcos europeos: hay muselinas, encajes, terciopelos y satenes, abanicos de sándalo, gamuzas perfumadas... Todo gracias a los buenos oficios de mi amigo, William Whytehead, que me trajo dos máquinas de coser de Inglaterra.

Creo que voy a crear piezas de teatro. Si no puedo ir a una sala de espectáculos, montaré los míos propios acá, en casa. Para eso tengo mi piano de cola, el único de la Asunción y, me atrevo a decir, de todo el Paraguay. Estas reuniones me compensan del dolor y el aburrimiento, otra forma de dolor.

Por las noches jugamos al whist con los esposos, mientras mi chef prepara los platos a la francesa que tan valorados son, en especial el postre predilecto de Francisco, el budín de naranjas. Algo bueno hay aquí: la fruta es deliciosa.

Quisiera quedar encinta de nuevo. Extraño cargar un bebé en los brazos, pues Panchito está crecido. Y mi Corinne... mi bebida, mi única hija...

No puedo seguir, estoy demasiado triste. (1857)

Muriel caminaba rumbo al mercado, flanqueada por Dalila y otra esclava de la casa como compañía, más la protección de un oficial que las seguía a prudente distancia. Álvaro del Cerro, la mano derecha de su marido.

De la casa de la colina hasta el Mercado Guazú, donde se exponían las mercaderías que todo Asunción compraba, había un largo trecho, pues tenían que cruzar la plaza, que culminaba en el Palacio de Gobierno. Más allá, la bahía reluciente bajo el sol mostraba con orgullo los navíos que ondeaban sus banderines. Soldados por todas partes, subiendo y bajando las escalinatas, en los pórticos, llevando y trayendo pliegos, como era costumbre. Había, sin embargo, una agitación distinta que Muriel percibió, quizá en la prisa de los

mensajeros, o en los gritos de los ministros que, asomados a los balcones del Palacio, arengaban a los pobres soldados con insultos. Algunos chupaban naranjas mientras contemplaban absortos las aguas, como si de allí pudiese provenir algún peligro. Muriel se detuvo y aguardó la llegada de Del Cerro mientras taconeaba impaciente y giraba el parasol entre sus dedos. Debajo de la sombrilla, su rostro se veía sonrosado y fresco, tentador como una fruta en verano.

El oficial se tomó su tiempo para avanzar, aun sabiendo que la esposa de su superior lo esperaba para decirle algo. Parecía adivinar en ella a una mujer insatisfecha y disfrutaba de la situación. Ella alzó los ojos y lo enfrentó con autoridad.

—Dígame, ¿qué es todo este alboroto? ¿Sabe usted?

Del Cerro se encogió de hombros.

—Su Excelencia habrá ordenado reforzar alguna guarnición del río. Nada del otro mundo.

—Pues a mí me parece que ha sucedido algo serio. Averígüelo, lo esperaremos aquí.

Y para apuntalar la idea, ahuecó la falda y se sentó sobre la base de una columnata.

El oficial maldijo en su pensamiento los caprichos de aquella mujercita. Él no podía irrumpir en la sala del Congreso, y mucho menos solicitar una audiencia con alguien para saber qué estaba pasando. Como si a cualquier soldado le brindasen explicaciones. La fidelidad de los paraguayos era tal, que si el general ordenaba arrojarse al río para montar guardia en la orilla extranjera, nadie dudaría en hacerlo.

—Su esposo me dio orden de no dejarla sola ni un segundo, señora. No me obligue a faltarle.

Muriel contempló las facciones aguerridas del joven y volvió a lamentar su precipitación al aceptar casarse con un viejo. Álvaro del Cerro era un hombre de los que a ella le gustaban: fornido, audaz, algo chúcaro quizá, aunque ella lo sabía fiel a su marido. Más de una vez se había contoneado delante de él para ponerlo a prueba, y siempre mantuvo la distancia apropiada.

—No le diré nada. Además, estamos en plena plaza, rodeados de soldados. ¿Qué podría pasarnos? Si hay algún sitio donde nadie se atrevería a mostrarse irrespetuoso con la esposa de un militar, es éste. Y ya me duelen los pies de caminar. Voy a quedarme sentada un rato, de todos modos. Tilda, acompaña al oficial —añadió, dirigiéndose a la esclava de mayor edad.

—De ninguna manera —protestó él—. Yo a usted acá sola no la dejo, diga lo que le diga a mi coronel.

Muriel casi disfrutaba de la contienda. Quería vengarse de su esposo, que le mandaba custodia para poder salir, incapaz de hacer frente a la sierpe de su suegra cuando le llenaba los oídos de críticas, y de tomarla como un hombre, a pesar de que ella tampoco lo deseaba.

—Muy bien —cedió, un poco aturdida por el calor que ya apretaba sobre sus cabezas—. En ese caso, concédame al menos la intimidad de elegir prendas femeninas sin su presencia. Puede quedarse acá mismo, que yo iré con Dalila entre las *kygua vera*.

Si Álvaro del Cerro se escandalizó por el desparpajo de la joven, no lo demostró en absoluto: permaneció de pie, descansando la bayoneta sobre una de sus botas, y la mano en el bolsillo, buscando la mecha para encender un cigarro.

Muriel se encaminó hacia la zona de la plaza donde se amontonaban las bellas mujeres del país, con sus trenzas clavadas con peinetas, envueltas en el clásico *tipoy* blanco y cubiertos los hombros por chales coloridos. Llevaban anillos en cada dedo, muchas pulseras y pendientes de piedras preciosas que zarandeaban con gracia al compás de su hablar cantarino. Las *kygua vera*, como las llamaban por el uso de peinetas brillantes, vivían en la libertad más absoluta para escoger a un hombre como amante por el tiempo que durase el amor, sin importarles legitimar su unión ni cargar con los hijos que surgiesen de ella. Su vida se deslizaba feliz de hombre en hombre, libres como pájaros, en una versión guaraní del matriarcado más digno. Los extranjeros que por esos tiempos pululaban por Asunción solían considerarlas prostitutas, sin comprender la esencia de esa forma de vivir. Muriel sabía que esas mujeres de cabellos renegridos no eran sino concubinas honestas, que no admitían atarse a un marido al que sin duda acabarían por detestar. ¡Cómo las

envidiaba! Se imaginó vestida de blanco como ellas, con sus brazaletes y sus chales, sentada sobre una lona o caminando descalza con un canasto en la cabeza. ¿No eran más felices? ¿Acaso ella gozaba de tal libertad, con todo su oro y el prestigio comprado en su matrimonio?

Una de las *kygua vera* se le acercó, mostrando en su palma un pequeño brazalete de hilo trenzado. Llevaba encajado en la cadera a su hijo, una criatura de pecho que miraba a Muriel con ojos asombrados.

—¿Cuánto? —preguntó ella al ver el objeto.

—Un centavo de libra, *kuñakarai*, para usted, tan bonita.

Muriel hizo señas a Dalila de que abriese el monedero y dejó que la mujer le colocase el brazalete en la muñeca.

Siguieron caminando a través del despliegue de vendedoras y objetos: manteles de *ñanduty*, el encaje paraguayo, zarcillos de plata, crujiente *chipa* en canastillas, mantas de colores, pasteles de mandioca, coronas de flores entrelazadas con cintas... todo ofrecido entre sonrisas y dulces acordes musicales de violines o guitarras.

Otra de las *kygua vera* mostró a Muriel su artesanía: un delicado cordoncillo de seda del que pendía una medalla de la Virgen de Itatí. La mujer, de rostro franco y ojos vivaces, llevaba el flequillo recortado sobre la frente y muchos dijes desparramados sobre su escote voluptuoso. Muriel compró la medalla y un dije que representaba una lágrima. Era más acorde con su sentimiento.

La marea del mercado se extendía hasta las puertas de la imponente Catedral de estilo neoclásico, y hacia allí se dirigió Muriel con las mulatas, pues en el portal vendían fruta y tortas de maíz. Se encontraba eligiendo un canasto de naranjas cuando irrumpió Álvaro del Cerro con el rostro sofocado y sin cuidar sus modales.

—¡Señora! Deje eso y vámonos ya, que hay orden de presentarse en el cuartel. Debo llevarla hasta la casa antes.

El paisaje de la plaza había cambiado sin que ellas reparasen: ya no se veía el ir y venir incesante de los soldados, sino pelotones que se dirigían con aire marcial hacia la costa. Lucían sus quepis azules con borlas, sus camisas rojas y sus pantalones blancos, y alzaban sus bayonetas, mientras la gente que

se encontraba comprando y vendiendo se acercaba, curiosa, a contemplar el improvisado desfile.

Se escucharon voces de mando, algún clarín y luego, tres salvas de cañón que sobresaltaron a Dalila.

—Ay, amita, ya lo decía yo, que este día no traía nada bueno. La cara del coronel por la mañana, ¿vio? Como si se le hubiese agriado el mate en el estómago.

—Cállate, no digas zonceras.

Muriel había visto también la expresión grave de su esposo a la hora del desayuno, y se cuidó bien de preguntar qué sucedía, ya que la noche anterior, durante la cena que ofrecieron al general López, ella lo había desairado al presentarse con el vestido borgoña. Se arrepintió no bien descendió los primeros peldaños de la escalera que conducía al vestíbulo. Disfrutó de la mirada apreciativa de los caballeros, sobre todo de la de Mr. Washburne, un extranjero que solía reunirse con los hombres del gobierno y frecuentaba la casa de Madame Lynch. Muriel supo que aquel vestido dibujaba sus curvas mejor que ninguno de las damas presentes, y que el color contrastaba con su piel clara de modo lascivo. Las plumas rozaban el borde de sus senos, dejándolos casi al descubierto, y los pendientes de ágata que se había puesto para la ocasión producían destellos que atraían todas las miradas. Supo también que había llamado la atención de la propia Madame, vestida como princesa entre los oficiales que la galanteaban. Lo que más la perturbó fue advertir que el mismo Francisco Solano López la contemplaba de arriba abajo con lujuria. Las andanzas del Presidente con mujeres de todo tipo eran ya una voz popular, aunque de seguro le atribuirían más amantes de las que realmente tenía. Aquellos ojos oscuros no mentían, sin embargo. Había logrado despertar el interés del general López, y eso constituía un problema, tanto para el coronel como para ella, dada la situación de Elisa Lynch, ahora elevada a la categoría de «mujer del Presidente», aunque sin título ni bendición.

Al sentir la mirada de hielo que le dirigió su marido, supo que había llegado demasiado lejos.

Del Cerro las arrastraba sin ninguna consideración a través de la multitud que ya se reunía junto al río, observando entre consternada y entusiasta el despliegue de veleros y vapores que allí confluían. Era la flota que regresaba, victoriosa, de la invasión al Mato Grosso, un inesperado ataque al imperio del Brasil que precipitó los rumores de los que Muriel ya tenía noticias.

—¿Qué sucede? ¿Estamos en guerra?

Del Cerro apretó los labios. Su posición de soldado le impedía dar cuenta de las acciones militares, aunque su juventud y su lugar como escolta de la esposa del coronel le disculparían la infidencia.

—Así parece. El general López acaba de anunciar que ofrecerá ayuda a Montevideo, sitiada por los «macacos».

No hacía falta preguntar, Muriel sabía que ese mote desdeñoso se aplicaba a los brasileños, eternos enemigos del Paraguay.

—¿Mi esposo irá a la guerra?

El joven la miró, intrigado. ¿Sufriría ella la ausencia del marido, o la pregunta tendría un tono esperanzado? Daba lo mismo, él sólo podría custodiarla, si es que le tocaba esa misión en lugar de acompañar a su jefe en la campaña.

—Eso lo decidirá el Presidente. ¡Vamos! —y volvió a tironear de ella, pues a medida que transcurría el tiempo se hacía más difícil abrirse paso entre la gente. Hubo gritos de júbilo al ver desplegarse banderas tricolor en los palcos del Palacio de Gobierno, y vivas a López, así como mueras a *Dom Pedro*, emperador del Brasil. Algún que otro grito denigró también al gobierno de Buenos Aires que, por rencillas personales, colaboraba con el sitio de Montevideo abasteciendo a las tropas brasileñas.

La algarabía aumentaba al pasar la noticia de boca en boca, y Muriel no entendía que aquella gente festejase el comienzo de una guerra. Soltaron fuegos de artificio, hubo redoble de tambores en alguna parte, y se encendieron antorchas en los frentes de las casas, como muestra de apoyo y de entusiasmo. Durante todo el trayecto, escucharon voces que exclamaban: «¡Viva el mariscal!», y más de una vez debieron hacerse a un lado para dejar pasar la turba, que clamaba venganza al tiempo que glorificaba a López y a

su Madama. Esto último llamó la atención de Muriel, ya que Elisa Lynch no formaba parte, hasta ese momento, de la corte oficial. Por eso se sorprendió al comprobar que una gruesa columna, encabezada por un hermano de López y miembros de su familia, se dirigía a la puerta de la casa de la calle Fábrica de Balas, con el fin de halagarla con una serenata. Quiso quedarse para verla aparecer en la balconada, pero Del Cerro la obligó a seguir, implacable.

Llegaron a la base de la colina donde se alzaba la vivienda de los Vallejo Flores y comprobaron que ya sabían lo ocurrido, pues también allí habían encendido lámparas de bienvenida. Subieron de prisa los peldaños de piedra que conducían al gran pórtico de columnas, cuyo frontispicio lucía bajo relieves con ánforas griegas, centauros, doncellas de túnicas y, de manera incongruente, el medallón con el emblema de la Compañía de Jesús, todo mezclado en profusión de formas clásicas y barrocas.

El coronel aguardaba con impaciencia en el vestíbulo. Llevaba el uniforme completo, con sus armas, y había un pequeño bolso de lona a sus pies.

—Era hora —fue todo lo que dijo al verlos—. Debemos presentarnos en el Palacio ya mismo. Señora, suba a su cuarto, que en un momento iré a despedirme.

La forma fría en que la despachaba le indicó a Muriel el grado de enojo que había alcanzado su marido y, advirtiendo que no era buena la ocasión para sus desplantes, se recogió la falda y subió, sin que sus zapatitos de raso hicieran un solo ruido.

Una vez arriba se descalzó, se quitó la chaquetita de encaje con que cubría su escote y con rapidez se enfundó en su bata de cama, procurando verse lo menos atrayente posible, no fuera a ser que su esposo quisiera despedirse de un modo que a ella no le cuadraba. Los pasos en la escalera lo anunciaron minutos después.

El coronel contempló la imagen de Muriel de pie junto al tocador, aferrada al cordón de su bata y, por primera vez, muda y seria. Entró y cerró la puerta.

—El asunto es, señora mía —comenzó con lentitud, eligiendo las palabras—, que nos vemos obligados a entrar en una contienda que nuestro

Presidente no quiso, pero que no puede eludir, dadas las circunstancias —no aclaró cuáles eran—. Debo partir con el ejército, pues habrá reunión de oficiales en Cerro León, antes de tomar la decisión final. He dado órdenes para que en la casa monten una guardia permanente y, por supuesto, las salidas como la de hoy quedarán canceladas hasta mi regreso.

Los ojos de Muriel, asombrados al principio, se velaron con furia mientras escuchaba las directivas.

—Mi madre se ocupará de que no falte lo indispensable, como siempre lo hace, y debo pedirle, señora esposa, que colabore con ella en lo que necesite, ya que la servidumbre no dará abasto en el caso de que esto se prolongue y haya que acuartelarse dentro de la casa. No hay peligro —se apresuró a añadir, al ver el espanto en la cara de Muriel—, ya que a la Asunción no se llega con facilidad. La perfidia de nuestros enemigos, sin embargo, puede recurrir al espionaje y a la traición. No debe confiar en nadie, salvo mi madre, mi hermana, y el oficial Del Cerro.

El coronel confundió la expresión de Muriel, creyéndola de pavor por la guerra, cuando en realidad ella estaba espantada ante la idea de no salir de aquella casa durante el tiempo que se les ocurriese jugar a los soldaditos. Tampoco advirtió el gesto de asombro ante la mención del oficial como custodio. Muriel no esperaba que su marido la confiase al cuidado de un hombre apuesto y viril. Un rictus de menosprecio jugó en sus labios un instante, hasta que el coronel prosiguió:

—Tomará sus comidas en esta habitación, y sólo bajará cuando mi madre solicite su presencia. Mi hermana puede actuar de intermediaria de sus deseos, que la esclava a su servicio podrá complacer. Por ningún motivo debe usted estar en contacto con otras personas. Del Cerro me enviará informes de todo lo que ocurra en la casa y en la ciudad, por eso queda aquí. Le prohíbo que lo utilice como mensajero personal, para tratar con sus amigas o comprar chucherías. De esas banalidades se ocupará mi madre, si es que se ofrecen. Recibiré con agrado alguna carta suya, cuando tenga a bien escribir. Esos mensajes amorosos en la frontera son bien recibidos, sobre todo cuando se está en lucha por un ideal patriótico. Espero sepa comportarse como amante esposa y fiel compañera de infortunio. Una guerra es siempre difícil para los

que esperan noticias del soldado. Yo también tendré la consideración de escribirle, aunque no puedo garantizar la llegada de las misivas en medio de la contienda.

El coronel avanzó unos pasos y se colocó frente a Muriel, dominándola con su altura. Ella hizo esfuerzos para no retroceder ante la gélida mirada de sus ojos grises.

—No he olvidado el desafío que me lanzó anoche, cuando intentó ridiculizarme ante el Presidente y mis amigos, vestida como una puta. Prefiero pensar que la educación que recibió no la ha preparado para ser una dama, puesto que el gusto se afina desde la infancia, con la guía de una mano adecuada. Confío, a diferencia de mi madre, en que la hija de un comerciante empobrecido sabrá elevarse a las alturas requeridas por el rango en que la colocó su matrimonio. Dejo eso en manos de ella y de mi hermana, que jamás dieron motivos para denigrar el apellido Vallejo Flores.

El coronel acarició un seno de Muriel bajo la bata, gozando de la incomodidad de ella, todavía aturdida por la magnitud del castigo que le había impuesto.

Él no era un hombre que diera escenas de celos ni se rebajase a cuestionar a su mujer una mala actitud. Prefería la estrategia, tanto en el campo de batalla como en el lecho nupcial. La mano dura, si era inesperada, producía mejores resultados.

Muriel estaba desolada. Su vida había tomado el peor de los rumbos. Si hasta ese día había sido infeliz, el panorama que se abría ante ella era devastador: prisionera en la jaula de oro, dependiendo de su suegra y de su cuñada para todo, impedida de desahogarse con sus amistades. Ahora entendía el carácter de su esposo. Lo había juzgado con liviandad al creerlo un viejo impotente. El coronel Eladio Vallejo Flores era cínico y cruel. Era él, y no las mujeres de su familia, quien había causado la muerte de Anabela. Y ella estaba en sus manos.

Al verlo marcharse, Muriel se dejó caer sobre la alfombra, deshecha en llanto. Lloraba con desesperación. Reprochaba a sus padres el haberla arrojado a las fauces de las fieras por unas monedas, y sentía que los odiaba casi tanto como odiaba a su familia política. Por primera vez, vio a su madre

como lo que era: una mujer frívola e interesada; y a su padre, como un pusilánime que se dejaba manipular por su esposa y por la codicia. Lloraba como cuando era niña, con la rabia desgarrándole el pecho, sintiéndose la persona más solitaria y desdichada.

Se durmió en el suelo, mientras la tarde se colmaba de estampidos, y no escuchó las voces que coreaban:

—¡Que viva el mariscal y la mariscal!

—¡Que viva el Paraguay!

Capítulo 5

Bajo un mismo sol

En ese amanecer de abril, Bautista contemplaba la majestuosidad del Paraná, sereno como nunca. Las aguas se rizaban con el roce leve de las garzas, que al alba ya procuraban su alimento; jilgueros y zorzales competían con sus trinos en la enramada, y una brisa en las alturas arrancaba rumores a los sauces de la orilla. El paisaje poseía una nota mística que llamaba al silencio y a la reflexión. Sería una jornada calurosa, con una larga siesta, arrullada por las cigarras.

Después de comprobar que Rosa y Violeta se encontraban distraídas en el huerto trasero, buscó la piragua que escondía entre los juncos. Iría de recorrido en busca de señales de Anselmo. La ausencia prolongada de su amigo lo preocupaba más de la cuenta. Había algo extraño, podía percibirlo en el aire como un perfume malsano. Al igual que su madre guaraní, Bautista era intuitivo. La llegada de Rete Iriarte había sido una señal: si el hacendado buscaba a su empleado por unas horas de retraso, algo grave ocultaba, y él temía que Anselmo estuviese en apuros. Saltó al interior del bote cuando se mecía sobre las aguas. Cargaba un zurrón con pan, queso y pastel de mandioca, por si se demoraba, y había tenido la precaución de llevar la red de pesca, pues no iba a desperdiciar el pique que pudiera presentarse. A Rosa no le extrañaría su partida, ya que él acostumbraba salir durante jornadas enteras y, por otro lado, sabía que ellas irían a la misa en la capilla, pues era Jueves Santo. Con suerte, estaría de regreso antes de que volviesen.

La piragua remontó el río con rumbo norte. La costa correntina, sembrada

de recodos, mostraba los caprichos del Paraná, que se adentraba en ella para retroceder después. Las suaves ondas ahuyentaron a las nutrias y a los yacarés, y removieron los juncuales de la orilla. La vida despertaba, perezosa, junto al río. Aquí y allá, montecitos de palmeras alternaban con árboles frondosos, deformados sus troncos por los surcos de resina. El zumbido de las abejas, el rumor del agua, y un aroma denso se desprendían de los pastizales húmedos del interior. Bautista clavaba el remo en el lecho arenoso y continuaba, firme en su propósito de remontar el río para encontrar rastros de Anselmo. La camisa se adhería a su torso y bajo el sencillo pantalón de lienzo se marcaban los músculos que lo mantenían en equilibrio. Lidiar con las aguas serenaba su espíritu, ya que su mente era un torbellino. El espeluznante grito que había escuchado la otra noche bastó para turbar su sueño desde entonces, y si a eso agregaba la desaparición de Anselmo y la presencia de su patrón en la casa, estaba completo el cuadro premonitorio. Vio de lejos la torre de la capilla del Diablo y saludó con la mano a los pobladores costeros que ya se acercaban al río para pescar o darse un baño; las casitas salpicaban la ribera con notas blancas, rosadas y celestes; algunos niños corrían, intentando seguirle el ritmo desde la costa, y alcanzó a vislumbrar a las familias mateando bajo el alero, aprovechando el fresco antes de que el sol obligase al reparo.

La barca se deslizaba con la suavidad de una víbora de agua, emergiendo apenas de la superficie. Bautista se sentó en el travesaño y dejó que la corriente rápida lo llevase. Disfrutó entonces de la visión de la tierra misteriosa, donde pocos hombres se atrevían a vivir. Bajo la luz fantasmal captó la luminosidad de la laguna del Diamante, inmensa y estática. Las aves no se aventuraban hasta allí, otro signo de que moraban espíritus malignos. Bautista se santiguó. Era un hombre simple, imbuido de las creencias de los lugareños y de limitadas ambiciones. Había querido prosperar en los yerbatales con la intención de edificar su propia casa y formar familia, hasta que las desgracias que ocurrieron, una a una, torcieron el rumbo de su vida. Ya no deseaba otra cosa que sustentarse y vivir de modo apacible, reír de las ocurrencias de Anselmo, ver crecer a Violeta y procurar que Rosa se sintiese protegida. En los últimos tiempos se había forjado una meta nueva: dar a su

sobrina una educación superior. La niña recibía lecciones en el pueblo, gracias a la asistente parroquial, una mujer de letras dispuesta a enseñar a los niños que lo quisieran. Él mismo la llevaba en su barca y la esperaba en el almacén, mientras compraba algunos artículos, o bien en la pulpería. Otras veces se quedaba en la plaza, participando del espectáculo de las carreras de sortija o de la doma. El peón correntino montaba con bravura y era un lujo contemplar el corcoveo del potro cuando lo taloneaba con los pies descalzos.

La corriente lo arrastró con rapidez, dejando atrás las poblaciones cercanas: Goya, Bella Vista, Empedrado... Las aguas se tiñeron de dorado y Bautista se caló el sombrero de paja y se puso de pie, decidido a avanzar más con ayuda del remo. Quería alcanzar los sitios donde el negrito solía detenerse con su balsa para el mercadeo. A su izquierda, ya se perfilaba la línea baja del Chaco, sus encrespados matorrales y la tierra roja que coloreaba las aguas. Habría que detenerse para un tentempié. Llevó la piragua hacia una saliente boscosa y fondeó allí. Sacó de su bolsa el pan y un trozo de *chipa kesu*, y se sentó con los pies en el agua, degustando el sencillo placer de la comida casera. Pensó en Rosa, que tanta habilidad tenía para la cocina. ¿Se casaría alguna vez? ¿Algún hombre posaría sus ojos en ella? Y lo más importante: ¿estaría dispuesto a cargar con la hija de otro hombre? Bautista no se engañaba: la situación de Rosa era bastante común en la ribera, sólo que él la consideraba indigna de una muchacha como ella, criada de otro modo. ¿Qué habría dicho su padre, si lo hubiese sabido? Don Clemente murió antes de conocer la deshonra de su amada hija, y doña Cristiana había sufrido por partida doble: la muerte del esposo y la humillación. Un resabio de rencor le atravesó el bocado en la garganta. Más le valía no pensar en cosas que no tenían remedio. Debía concentrarse en el futuro, sobre todo el de Violeta, que no tenía la culpa de haber nacido sin padre.

Retomó la travesía. A medida que seguía el rumbo norte, el paisaje se tornaba selvático: pasaban junto a él islotes florecidos, y las orillas desbordaban de juncos y totoras. Algunos barquitos se cruzaban en su trayecto, y sus tripulantes saludaban, seguros de que estaría pescando como ellos o comerciando con yerba mate y naranjas. Nada perturbaba la calma de esa mañana, sólo los patos almizclados alborotaban. Cuando el calor apretó,

Bautista se quitó la camisa y se zambulló junto a su piragua. Permaneció sumergido, contemplando a través del agua barrosa la vida que animaba el fondo, tan intensa como la de la superficie: bogas, surubíes, y hasta una tortuga chata que huyó despavorida ante la intromisión. Al emerger, escuchó el inconfundible chasquido del yacaré en el agua y de un salto volvió a la seguridad de su barquita. El pelo se adhirió a sus pómulos anchos y a sus hombros. El pantalón revelaba el volumen entre sus piernas y la solidez de sus muslos. Se sintió renovado. Extrajo de su bolsa una calabacita y un pellejo, y tomó tereré durante un rato. Luego cortó uno de los limones que había recogido Violeta y chupó su pulpa jugosa hasta sentir que las mejillas se le contraían. La barca continuaba su ritmo constante, cerca de la costa, a fin de poder guarecerse y dormir una siesta, si se cansaba. Trataba de mirar todo con los ojos de Anselmo, ya que ésa era la ruta que el negrito recorría cada semana. Le llamó la atención que no hubiera demasiados lugares poblados donde vender las mercancías que solía llevar. Anselmo trabajaba para Rete Iriarte, se suponía que comerciaba con los productos de El Aguapé. ¿Se aventuraría en la tierra de más adentro? Eso le llevaría bastante más tiempo del que por lo habitual disponía. Mientras rumiaba ese pensamiento y trataba de eludir las espesas nubes de mosquitos que brotaban de la foresta, seguía remando siempre hacia el norte, hacia el calor y la espesura. Reconoció en la anchura del Paraná la cercanía de la ciudad y condujo la embarcación hacia la ribera, para no aventurarse en los remolinos del centro del río. En la ensenada se balanceaban barcos de diferentes tamaños, y allí donde el agua fluía hacia el cruce con el río Paraguay, dos naves parecían detenidas, quizá en reparación. Estaba a punto de adentrarse en la cala cuando escuchó un estampido, seguido de una serie de repiqueteos. El aire se ensució con humo y el olor acre de la pólvora llenó su nariz. Al maniobrar la piragua para esquivar un islote desprendido, vio un espectáculo inesperado: una de las naves acababa de ser bombardeada: su flanco derecho ostentaba un boquete grande como un cráter de volcán. A escasos metros, la otra, que enarbolaba la bandera paraguaya, repetía el ataque, inutilizando por completo al *25 de Mayo*, en cuyo mástil Bautista pudo ver la celeste y blanca. El ensordecedor disparo de los cañones todavía retumbaba en su cráneo cuando

al asombro por lo ocurrido se sumó el espanto: del buque paraguayo emergieron soldados que abordaron la nave argentina, conduciendo a sus tripulantes a través del puente hasta la proa. Allí, en medio de salvajes alaridos, alzaron sus sables y los degollaron. La sangre se derramó sobre el río, formando círculos rojos que la corriente diluyó con rapidez, y los cuerpos arrojados por la borda también se fueron, presa de los remolinos, hacia las pacíficas tierras que Bautista acababa de dejar atrás. Sin acertar a reponerse, presencié otro suceso horroroso: una nave paraguaya se acercaba a gran velocidad a otro buque argentino, amarrado en el puerto; varios botes intentaban abordarlo sin éxito, ya que desde la cubierta del *Gualeguay* la tripulación respondía con fuego graneado. De pronto, alguien cortó las amarras y valiéndose de un calabrote tendido hasta el buque paraguayo, consiguió arrastrar al vapor argentino aguas afuera. Bautista atinó a esconder la piragua entre los malezales, saltar a tierra y echarse boca abajo. Por fortuna, la barca se atascó y no tuvo que amarrarla, pues cualquier movimiento podría haber sido captado desde las naves piratas, dada su cercanía. Un clamor de furia atrajo su atención. Antes de partir, el barco escupió fuego sobre los pobladores que, alarmados por la presencia de la escuadra paraguaya, lanzaban exclamaciones desde la costa, al presenciar el abordaje. Hubo una desbandada, gritos seguidos de insultos y alaridos, y Bautista alcanzó a ver a un hombre que resbalaba en su propia sangre y caía al agua. Le habían dado. Escuchó llantos de mujeres, chillidos de niños, se le nublaron los ojos ante la atrocidad que veía y, en un raptó de cordura, se arrastró hacia donde la vegetación se hacía más densa y permaneció oculto, en medio de la calma que sobrevino.

Ignoraba cuánto tiempo había pasado hasta que su corazón volvió a latir con normalidad. Las sienes le dolían y no podía respirar a causa del humo. Justo entonces, vio que un puñado de soldados arribaba a la playita, a bordo de unas chalupas. Las palabras del negrito Anselmo acudieron a su memoria: «*Karai Guasu va a pasar igual, quiere armar la guerra*».

La enormidad de lo ocurrido comenzó a penetrar en su mente, inundándola, colmando la medida de su resistencia. No se sabía capaz de ese dolor tan hondo, mezclado con furia e impotencia. En un santiamén, el

hechizo de aquellas tierras amadas había sido destrozado. Aunque estaba al tanto de los rumores, en la plaza, en las calles y en los embarcaderos, donde todos comentaban, mate en mano, las disputas que mantenían los gobernantes del Plata, nunca pensó que aquellas diferencias pudieran tomar la forma de un ataque naval ni que le tocaría presenciar la muerte cruda y sin sentido. Aturdido, asqueado, se deslizó de su escondite y volvió al sitio donde había dejado la piragua.

La cala tenía un aspecto extraño: las aves habían desaparecido y una quietud anormal se tendía sobre el agua. El paisaje era una acuarela vacía de sentimiento. Bautista caminó hacia la piragua, de la que ya veía emerger la punta en el matorral, cuando su sentido alerta le indicó que no estaba solo, pese a la impresión de abandono del lugar. Una ramita crujió y se volvió, veloz, para encontrar la cara de un soldado que sonreía de modo cruel. Alzó un puño para rechazarlo y algo macizo golpeó su cabeza desde atrás, aflojándole las piernas. Se derrumbó sobre la orilla sin un sonido, como un títere viejo, mientras alcanzaba a oír a los soldados carcajeándose en guaraní.

A escasos metros, su barca lo aguardaba con la red de pesca en el fondo.

La mañana prometía una jornada calurosa en la Asunción. Sólo los soldados se hallaban en la plaza, y hasta en el mercado había poca gente ofreciendo sus productos. Ya todos sabían que el mariscal López había declarado la guerra con sus actos, al Imperio del Brasil primero, y a la Argentina después. Faltaba ver qué respuesta darían esos países, y la expectativa colmaba las conversaciones de los paraguayos en el interior penumbroso de sus casas. La de los Vallejo Flores era manejada por la mano férrea de doña Melchora, como si ella fuese el general de su pequeño ejército de servidores.

—¿No le parece extraño que la esposa de Eladio se haya vuelto sumisa, madre?

Vicenta daba puntadas en una funda para almohadones, sentada junto a la ventana. Doña Melchora hacía lo propio, doblando vendas y cosiendo parches, pues desde que su hijo le había confiado que atacaría la provincia de Corrientes para abrirle paso al mariscal, ella se puso al servicio de la patria, fabricando lo necesario para los soldados.

—Sabe lo que le conviene —fue su ácida respuesta.

Vicenta contempló con ansia el jardín y más allá, la calle que se abría hacia el río. Ella también deseaba salir a tomar aire y no se atrevía a confesarlo. Fingió interesarse en la costura de las vendas.

—Podría ponerla a ella a hacer eso, madre. Es tan vaga, que ni debe saber enhebrar la aguja. Doña Melchora hizo una mueca.

—Aún así, prefiero ocuparme yo de estos menesteres. Saber que nuestros soldados y quién sabe, hasta nuestro Eladio, podrían necesitar de estos parches...

—Dios no lo quiera —se santiguó Vicenta—. Pero ella podría hacer algo, ¿no le parece, madre? Respetarle esa indolencia que tiene... no sé, creo que hacemos mal. Estamos en guerra y todos debemos compartir el esfuerzo.

—Cuanto menos vea a esa descastada, mejor será. Ya tengo suficiente con la hora de las comidas.

—Hizo bien en no permitirle que las tomara todas en su habitación —comentó satisfecha Vicenta—. Era una manera que tenía de marcar la distancia con nosotras, su familia.

La madre torció el gesto.

—Su familia política, no más que eso, que si por mí hubiera sido... Eladio estaría muy bien casado con alguna de nuestras herederas. Maldigo el momento en que conoció a la hija de un comerciante.

—¿Usted cree...? —y Vicenta se detuvo, indecisa sobre el cariz de la pregunta—. ¿Usted cree que ella se casó con Eladio por dinero, madre?

La viuda alzó su rostro afilado y lanzó una mirada aviesa a su hija. Era una cuestión que se había dado por sobreentendida.

—Si es así, se llevará una sorpresa, pues la fortuna de tu difunto padre no irá a parar jamás a sus manos. Ya tenemos bastante con una ramera... —y calló de improviso, espantada por lo que había estado a punto de decir.

Vicenta guardó prudente silencio sobre ese tema. Las damas de corte de la Asunción no visitaban a Madame Lynch. Si acaso la cruzaban en la calle, solían dar vuelta la cara, fingiendo que miraban a otra persona, y hasta torcían sus miriñaques para quedar de espaldas. Algunas habían llegado al extremo de retirarse de una reunión cuando ella aparecía. A partir del

momento en que el general López se convirtió en Presidente de la República, la situación de su amante cambió, pues desde el principio quedó claro que Elisa Lynch no pensaba quedarse escondida en su casa de la calle Fábrica de Balas. Si antes la frecuentaban los ingleses llegados al país, invitados por don Carlos, ahora ella podía regodearse recibiendo y humillando a las familias que la habían despreciado.

Los Vallejo Flores tenían la ventaja de ser una familia querida por el general, lo que los ponía a salvo de las pequeñas venganzas de su mujer. A los oídos de doña Melchora llegaban referencias de quienes ya habían visitado la lujosa casa de la Lynch, amueblada al estilo parisino, con una ostentación de riqueza desconocida. Todos coincidían en que Madame no era tan antipática como se creía, que tenía modales exquisitos y se mostraba siempre solícita con sus invitados y con el propio mariscal, a quien honraba con su admiración. Poco a poco, la aversión hacia la concubina de López se diluía, en gran medida por el temor a la represalia, y también porque, al conocerla, muchos quedaban cautivados por su encanto. Además, nadie quería quedar afuera de sus veladas de gala, que se habían convertido en el toque de distinción de la ciudad. Allí se tocaban temas de actualidad, se reía y bebía champán, se danzaba al compás del piano de cola y se efectuaban graciosas interpretaciones de ópera y de teatro, toda una novedad. Los hombres de negocios comenzaron a advertir la utilidad de codearse con los ingleses y descubrieron que la mejor manera de prosperar era cultivar la amistad de Madame, que protegía a sus amigos y tenía una cualidad insólita: ella misma era una mujer de negocios. Desde que pasó a ser la «mariscala», comenzó a adquirir fondos a su nombre. Decían por lo bajo que las nuevas tierras confiscadas a los brasileños en el Mato Grosso y en Río Grande habían pasado a ser de su propiedad.

La matrona de una de las familias que frecuentaba a los Vallejo Flores había dicho una vez: «Madame Lynch ha logrado que el general coma de su mano como un mono amaestrado». Por supuesto, aquellos comentarios no salían de las cuatro paredes.

—¿Adónde vas, Dalila?

La mulata se paró en seco, a punto de subir la escalera.

—Al cuarto de mi amita, señora. Le llevo el desayuno.

—Ven acá. Qué horas son éstas de desayunar...

La muchacha se volvió, sumisa, y mostró la bandeja a su patrona. La viuda levantó el liencillo y contempló la fruta cortada en gajos, el chocolate espeso, el dulce de guayaba...

—Faltaba eso, que comiese como una reina cuando nuestros soldados pasan hambre.

Dalila abrió los ojos con horror.

—¿Pasan hambre, señora? Yo creía...

—¡Cállate! Ve a la cocina y devuelve lo que llevas. Tu «amita» comerá pan de maíz y té helado.

—Sí, señora.

—Y no tardes, o el desayuno se confundirá con el almuerzo.

—Sí, señora.

Dalila se marchó, preocupada por lo que diría Muriel cuando viese que sus manjares se habían transformado en comida de pobres. Pero si era cierto que los soldados del Paraguay sufrían...

—¿Ha visto, madre? Para ella nada ha cambiado. Insisto en que deberíamos obligarla a salir de su cuarto. Que comparta las penurias de la guerra.

Doña Melchora estaba a punto de replicar cuando sonó la aldaba con fiereza. La mucama dio paso a un hombre vestido de fajina que pedía hablar con el oficial Del Cerro.

—¿Qué novedades tiene, señor? —lo increpó, tratando de guardar compostura frente a cualquier adversidad.

—Noticias de mi capitán, señora. Dice que ordene a los oficiales que custodian las casas que refuercen las guarniciones de río. Se espera un ataque de los de abajo en cualquier momento.

Dalila, que no había llegado aún a la cocina, escuchó la noticia y se escabulló escaleras arriba, aprovechando la confusión.

Su ama se hallaba recostada, abanicándose con languidez mientras hojeaba *El Semanario*, el periódico oficial de Asunción, en busca de la página de sociales y de moda. Al ver a la mulata, frunció el ceño:

—¿Qué se ha hecho de mi desayuno?

Dalila cruzó las manos en actitud de súplica y gimió:

—¡La guerra, mi ama, la guerra que toca a nuestra puerta! ¡Parece que nos van a invadir!

Muriel se incorporó, incrédula.

—¿Quiénes van a invadir, infeliz? Estás desvariando.

—¡Los del país de abajo, mi ama! Se lo escuché decir al mensajero, reciencito...

Muriel saltó de la cama y se asomó al balcón, desde donde podía ver las escalinatas de la entrada. El portal se abrió y vio salir a Álvaro del Cerro, seguido de un muchachito descalzo que portaba la chaqueta roja y un morrión con borla, camino de la plaza. Aquella circunstancia desgraciada para el pueblo de Asunción podía ser salvadora para ella. Desaparecida la custodia de Del Cerro, le resultaría fácil burlar a las brujas de la familia. Lo había intentado todo con el oficial, hasta el coqueteo descarado, y el muy imbécil se había resistido; su esposo podía vanagloriarse de la fidelidad de aquel hombre. Ella no iba a cejar tampoco. Dalila acababa de darle una información muy valiosa en ese sentido.

—¡Rápido, vamos! Dame el vestido rosa y el chal.

Atontada, la mulata obedeció, incapaz de entender la prisa de su señora. Cuando Muriel estuvo vestida, tiró de su criada hasta el rellano de la escalera. Podía escuchar las voces de doña Melchora y de su hija, lamentándose de la situación.

—Hay que advertir a los sirvientes, para que no salgan —decía la viuda.

—Yo lo hago, madre, descuide.

Y luego, la respuesta cortante de doña Melchora:

—Quédate. A los sirvientes hay que tratarlos con mano dura y para eso soy mandada a hacer. Entorna el postigo y consérvate vigilante.

Le siguió un silencio resignado y luego un suspiro melancólico. Muriel sabía que Vicenta era otra víctima de su madre, con el agravante de que le resultaba imposible escapar, mientras que ella...

Bajó los escalones con los zapatitos en la mano, pegándose contra la pared para no hacer sombra sobre el piso del vestíbulo. Al llegar, vio la

espalda rígida de su cuñada, que miraba hacia afuera como le habían encomendado. Llevaba el cabello tieso sobre la nuca y sus manos jugueteaban con una labor de aguja. Muriel observó su perfil anguloso, sin gracia, los labios apretados que acentuaban la tensión del rostro y los ojos chiquitos como cuentas de collar, fijos en el horizonte del río. Vicenta no vigilaba, *huía* de allí con el pensamiento. Pues ella huiría de veras, aunque fuese por unas horas, para asolearse y lucir sus ropas nuevas. Se deslizó por detrás de la mujer y llegó al portal. Abrirlo sin que hiciese ruido sería una hazaña, pero de nuevo recurrió a su criada.

—Finge que corres para cumplir con un recado —le susurró—. Y luego te vienes conmigo para acompañarme.

—Ay, no, mi amita, no me obligue a eso... que si la patrona me pesca desobedeciendo las órdenes que me dio...

—Las órdenes son de vigilarme, ¿recuerdas? Entonces, hazlo.

—Pero...

—¡Hazlo!

La furia que emanaba de los hermosos ojos de Muriel acabó por decidir a Dalila, que salió a todo correr por el pasillo, como era su costumbre. Fue hacia el borde de la escalera haciendo el mayor ruido posible y luego volvió al portal, que Muriel ya había abierto lo suficiente como para colarse por él.

Vicenta ni siquiera miró. Conocía las idas y venidas de la mulata de memoria, todas ligadas a los caprichos de su cuñadita. Si bien Dalila formaba parte de la servidumbre de la casa, desde que Muriel Núñez Balboa contrajo matrimonio su hermano la había destinado a su servicio exclusivo. A Vicenta le dolía pensar que ella nunca había gozado de una sirvienta personal. Ni de los hermosos vestidos que Eladio compraba para Muriel. Ni se le había permitido jamás cenar en el cuarto. Poco a poco, fue alimentando en su pecho plano un encono desconocido. La presencia de la joven cuñada había puesto de relieve el modo austero en el que se veía obligada a vivir, por guardar el luto de su padre y por pertenecer a una rancia familia aristocrática. Era injusto, ella todavía era joven, y podía ser linda si usaba los trajes adecuados. Los celos y la influencia de su madre impidieron que ese descontento pudiera transformarse en complicidad con la cuñada. Eran enemigas.

La luz del sol iluminó el semblante de Muriel, cambiando su estado de ánimo de inmediato. Desde que el coronel salió para embarcarse, ella no había vuelto a la plaza ni al mercado, ni caminado por la calle Palma, la principal de Asunción, ni se había encontrado con sus amistades. Su vida transcurría peor que antes, pues al verse dueña de la situación, su suegra se vengaba sometiéndola al martirio de compartir las comidas familiares y al rigor de los horarios que ella misma imponía.

Seguida de una temerosa Dalila, Muriel caminó por la parte de atrás, evitando ser vista desde la casa, y se encaminó hacia un riacho oculto, un rincón embellecido por un montecito selvático que formaba una pequeña cascada. Lo había descubierto una vez que intentó regresar a escondidas para eludir a las matronas con las que doña Melchora solía reunirse a rezar el rosario. Lavó en el agua clara sus pies, se puso las medias y se calzó sus zapatos de cabritilla. Se refrescó las mejillas y acomodó sus bucles, antes de abrir la sombrilla y ensayar la postura con la que caminaría por las calles, en busca de alguna diversión.

—¿Trajiste el monedero?

Dalila se lo mostró y la siguió, aturdida, a través del sendero que desembocaba en una esquina de la bahía. Las aguas relumbraban bajo el sol de abril, acunando a cinco barcos que permanecían muy juntos. Sobre la cubierta de uno de ellos se advertía gran movimiento de soldados que corrían dando voces, y empujaban a unos hombres de aspecto desaliñado que iban maniatados. Distraída con ese espectáculo, Muriel no se dio cuenta de que no había nadie más en las calles. La gente se recluía para pasar la siesta y los vendedores se tendían a la sombra a beber tereré o chupar naranjas para refrescarse.

Dalila fue la primera que alertó a Muriel:

—¡Aña! Estamos solitas, que la Virgen nos ampare...

—¡Shhh! Allá, esos hombres, parecen prisioneros.

—Por eso mismo, patroncita...

—¿Serán cautivos de mi esposo? A lo mejor está aquí Álvaro del Cerro.

Al no encontrar nada mejor que hacer, Muriel se acercó, siguiendo la línea de la playa, con la vista fija en los sucesos que se desplegaban a bordo.

Por lo menos, disfrutaría de la visión del oficial Del Cerro sin que él lo advirtiese.

Cuando Bautista despertó, supo que estaba en la otra orilla al escuchar las órdenes en guaraní y sentir la cuerda que aprisionaba sus muñecas y sus tobillos. *Karai Guasu* se había salido con la suya y los demás cayeron en la trampa. Su primer pensamiento fue hacia Rosa y Violeta, solas en el recodo, sin saber lo que sucedía ni poder guarecerse en ningún sitio, ya que no se aventuraban más allá del mísero poblado. Ni siquiera contaban con un sacerdote regular en la capilla del Diablo que pudiese darles protección y abrigo. Su única esperanza era que la gente de López no llegase a la región de los esteros. Por lo que pudo entender, habían tomado por asalto la ciudad de Corrientes. Y pensar que él había ido en busca de Anselmo...

Un soldado le pateó la espalda para obligarlo a levantarse y luego lo empujó a través de la cubierta. Bautista temió que hiciesen con él lo mismo que había visto desde la playita y que allí terminase todo, degollado sin motivo a bordo de un buque paraguayo, sin poder ver por última vez a su familia.

—*¡Jaha, jaha!*

Soldados de ojos felinos lo miraban con encono. Toda la fuerza de la raza estaba a flor de piel en aquellos hombres morenos de rostro como el suyo que lo veían, sin embargo, como a un enemigo. Bautista iba descalzo como ellos y vestía ropas de pescador, era imposible que representase un peligro para el ejército de López, y aquellos soldados parecían pensar que sí, pues se apartaban para dejarlo pasar, gozando de su incomodidad y riendo cuando tropezaba. Un oficial superior lo encaró con desprecio, propinándole un golpe que casi lo tumbó.

—*Ñe engaipyre.*

Cada vez comprendía menos. Lo maldecían sin que él hubiese hecho nada. ¿Lo confundirían con alguien? Su inquietud se confirmó cuando escuchó que el oficial ordenaba llevarlo ante el mismísimo mariscal López, lanzándole su sentencia como un escupitajo:

—*Pyraque... povev'yi.*

Lo consideraban un espía. Fue llevado a la rastra, entre maldiciones e insultos, hacia una barcaza que lo conduciría a la costa, al Palacio de Gobierno donde el Presidente del Paraguay decidiría su suerte.

Una suerte que Bautista ya podía anticipar.

En Corrientes...

Jueves Santo. Una procesión de fieles y plañideras recorría las calles de arena suelta calcinadas por el sol. Caminaban desde San Francisco hasta La Merced, al compás de las tristes campanadas de la Iglesia Matriz, donde se celebraría la Misa. Una inmensa Cruz, rodeada de cirios, abría paso a la Dolorosa, que reposaba sobre los hombros de los más devotos vecinos de la ciudad de Corrientes. Ya se refugiaba la multitud en la frescura del templo, dispuesta a escuchar el sermón, cuando sucedió lo inesperado.

Los paraguayos. Interrumpieron el salmo con el aleteo de sus pies descalzos y el entrechocar de los sables, justo cuando el sacerdote avanzaba seguido del Nazareno. Aquella Cruz enorme, que parecía moverse por sí sola en la estrecha nave, causó un temor religioso entre los soldados, que huyeron despavoridos. El singular hecho se conoció en toda Corrientes en un santiamén, y muy pronto los caudillos galoparon entre la casa del gobernador Lagraña y los ranchos más alejados, llevando proclamas selladas, alertando sobre la invasión y llamando a la defensa. Del interior de las casas, cerradas a cal y canto, brotaba la letanía de los rezos. Un manto de silencio envolvió a la ciudad, antes risueña e indolente sobre el río. El único sonido constante, lúgubre y fatídico, era «la llamada», el tambor que convocaba a los hombres a la lucha. Su repiqueteo atravesaba las paredes encaladas y se perdía en las playas mansas. De tanto en tanto, algún clarín reforzaba la triste melodía y se redoblaba el murmullo de los rezos.

—La bendición, mama —se oía decir en algún patio cuando un mozo partía, dispuesto a luchar contra el invasor.

Y luego la temblorosa despedida, con el rosario en las manos y votos en

los labios para que regresara sano y salvo. Los hombres duros y decididos; las mujeres, llorosas y afligidas. La sociedad correntina se hallaba desconcertada y furiosa. Muchos partidarios de López, que compartían el rencor hacia Buenos Aires, quedaban malparados ante la invasión a la provincia, que de pacífica no había tenido nada, al menos para los tripulantes de los barcos capturados. Y los caudillos, que los conocían bien, se dedicaban a hostigarlos y a exigirles fidelidad a la tierra y al gobierno.

—Usted no se me manda al Paraguay mientras dure esta guerra, ¿me entiende? —le decía con voz de mando un correntino a otro que se sabía amigo de los paraguayos.

—¿Quién lo dice? —retrucaba el aludido, ofuscado.

—El que le va a sobar el cuero, si no... —y la rabia muda seguía a la amenaza.

En las pulperías, donde solían reinar las chanzas, los parroquianos bebían su caña en silencio, mirando de reojo al de al lado, temiendo que fuese a denunciarlos por tener mujer en el país vecino. Y de a poco se iban vaciando, porque los hombres, ya fuesen voluntarios o presionados, terminaban engrosando las tropas que iban a defender la patria. A todos se los convocaba en Lomas, adonde se esperaba que fuese el ejército de Buenos Aires, pues nadie dudaba de la respuesta del gobierno nacional, no bien supiese de la agresión.

Cientos de velas alumbraron las casas aquella noche, adorando la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. La religiosidad del pueblo, amasada durante siglos desde los tiempos en que imperaba orgullosa la raza guaraní, afloró con naturalidad, y las plegarias cristianas se confundieron con las invocaciones paganas. Los patios, rebosantes de jazmines y naranjos, ya no albergaron la tertulia familiar, ni se escuchaban las risas de las niñas cuchicheando con los enamorados a través de las rejas. Nadie durmió en Corrientes. Y en las calles, que solían ser testigos del último mate bajo el alero, sólo se veía la figura triste del hombre del tambor que seguía llamando, mientras miles de luciérnagas encendían el monte, a lo lejos.

Muriel se escabulló para observar sin ser vista. Los soldados habían descendido de una chalupa y llevaban cercado a un prisionero. Desde su escondite, tras la balaustrada cubierta por arbustos y palmeras, pudo contemplarlo de cerca. Era un hombre alto y fornido, de los que a ella le gustaban, vestido con harapos y descalzo. Llamó su atención la postura erguida del cautivo, como si aquellas ropas disimulasen su verdadera naturaleza. Quizá fuese peligroso, después de todo, y por eso iba maniatado. Delante marchaba Álvaro del Cerro, también erguido, aunque a Muriel le pareció que su pose era forzada y que la del hombre desconocido obedecía a una seguridad interior, no al rango militar. A todas luces se veía que se trataba de un pobre pescador, sin embargo, ella no podía evitar pensar en él como alguien de importancia. ¿Un espía? Tal vez, a juzgar por la escolta.

Dalila temblaba detrás de su ama, murmurando desgracias:

—Nos van a ver... nos van a dar de garrotes... Ese oficial es malo, mírelo nomás, y el otro... *Tupásy*, qué hombre... *kuimba'e*.

Muriel la hizo callar con un pellizco.

El prisionero avanzó a los empujones, y justo cuando se encontraba a la par de las mujeres, respondió a la agresión de un soldado con un formidable mazazo de sus brazos atados, lo que le valió una retahíla de golpes. Del Cerro se veía contrariado. Aquélla no era la misión que esperaba, sin duda se sentiría disminuido. Muriel disfrutaba de su disgusto, pues le fastidiaba la actitud displicente del subordinado de su esposo. Parecía que la miraba con desprecio, o que calculaba de antemano todos sus trucos. En su fuero íntimo, deseó que aquel prisionero le causara problemas. Una vez que la comitiva pasó, Muriel observó un objeto que yacía en el polvo. Extendió la sombrilla y a través de la vegetación pudo atraerlo hacia ella. Era un rosario hecho de diminutas cuentas, una artesanía indígena. Lo palpó, pensativa. Aquel hombre valiente se merecía una oportunidad, más cuando eso podía significar un baldón para el oficial Del Cerro. Satisfecha con su pensamiento, hizo señas a Dalila y volvió sobre sus pasos, en dirección a las mazmorras.

Bautista fue engrillado en un cepo y dejado a cargo de un mozalbete de

guardia que escupió con rabia a los pies del prisionero y luego se tumbó, agotado de tanto caminar y deseando beber algo fresco. Su deseo tomó la forma de una bella mujer vestida de rosa, que se acercó girando un parasol sobre su melena oscura. El joven no daba crédito a sus ojos. ¿De dónde había salido aquella aparición, lozana y fresca como una flor, en medio de los vapores del mediodía? Parpadeó, aturdido, y quedó de piedra cuando escuchó la voz exquisita con que se dirigió a él. ¡A él, que vestía de prestado y sólo ayudaba en las tareas más denigrantes!

—Disculpe, soldado, necesito preguntar algo o me volveré loca.

«Loca ya está», pensó Dalila, a quien Muriel había ordenado permanecer tras los arbustos y no intervenir, a menos que ella lo requiriese.

El soldadito se puso en pie de un salto, se quitó la gorra con borla y ensayó una reverencia.

—Lo que desee su mercé.

Sin darse cuenta, había asumido que se trataba de una señora de calidad.

—¿Es cierto que habrá una guerra?

El muchacho se rascó la cabeza crinuda. ¿De dónde había salido esa mujer, que no estaba al tanto de los acontecimientos? Aunque si se trataba de una dama, como parecía, debía de ir siempre acompañada de escolta masculina que la preservara de cualquier incomodidad. Después de todo, la guerra era cosa de hombres y las mujeres sólo rezaban, sin saber bien qué ocurría en los campos de batalla. Así lo hacían su madre y sus tres hermanas.

—Así es, «Madama» —para él, las Madamas eran mujeres como la Lynch, hermosas y de modales europeos.

—¿Y le parece que correremos peligro? —insistió con fingida preocupación Muriel.

El joven no quiso asustarla más de la cuenta, si bien se moría por contar los últimos sucesos, para darse corte.

—Si se queda en su casa no, señorita. Ésas son las órdenes de nuestro general, que las mujeres cuiden las espaldas de los hombres.

—Ah, pero qué bien pensado... Y dígame una última cosa.

Muriel avanzó con sigilo, como si fuera a compartir un secreto.

—Este pobre hombre... ¿Qué ha hecho para estar así, atado y al sol?

Mientras miraba a Bautista, se admiraba de la intensidad de sus ojos negros, que aún a la distancia podía percibir fijos en ella.

—Es un maldito espía. ¡Ñaña pyraque! —gritó, girando la cabeza para insultar al prisionero.

Fue la circunstancia que aprovechó Muriel para asestarle un soberano golpe con la sombrilla en el cráneo, dejando al muchacho tendido en el suelo. Sin inmutarse, se inclinó y rebuscó entre las ropas del soldado, hasta que dio con la llave del cepo. Se encaminó hacia el rincón donde yacía Bautista y se la mostró con una sonrisa.

—¿Qué me daría usted por esto?

Bautista no había escuchado el intercambio entre aquellos dos, aunque sí había captado la intención de la joven de seducir al soldado. Debía de ser una «soldadera», esas mujeres que acompañaban a las tropas durante las guerras, si bien ésta vestía de manera espléndida. Los requiebros y el atrevido escote hablaban por sí solos. Era una mujer despreciable que le ofrecía la salvación. ¿A cambio de qué? Bautista no tenía nada que dar a alguien codicioso como sin duda lo sería aquella beldad, pues tampoco había podido ignorar la belleza de la joven, que le sonreía con impudicia.

Muriel no tenía mucho tiempo. Alguien podía venir en busca del prisionero para llevarlo a declarar, o bien en reemplazo de la guardia, así que dejó de jugar con él y buscó el sitio donde encajar la llave. El cepo estaba hecho de gruesos troncos de ñandubay de forma irregular, así que le costaba acertar en el lugar justo. Al cabo de varios intentos infructuosos, los troncos se separaron y Bautista pudo recobrar la circulación de la sangre. Dolorido y apurado por irse de allí se incorporó, dispuesto a desaparecer.

La joven tenía otros planes.

—Usted es un desagradecido. Acabo de salvarle la vida y se va sin saludar. ¿Qué se dice, señor?

Bautista contempló los ojos encendidos por el resplandor del sol, los cabellos enrulados en torno al rostro suave, las curvas insinuantes bajo el vestido, y la boca, de labios rosados, humedecidos por la lengua de la pérvida, que sabía bien cómo hacer vibrar a un hombre. Y él era uno, aunque estuviese maltrecho por los golpes y en calidad de fugitivo. A pesar de que

despreciaba a las mujeres que vendían su cuerpo, cayó bajo el embrujo de ésta que, al fin y al cabo, había obrado en su beneficio, quizá por piedad, tal vez por burlarse del soldado, qué importaba... La tomó por los hombros con fuerza y, antes de que ella pudiese reaccionar, oprimió su boca contra la suya en un beso donde confluían su deseo de escapar con el deseo de otra índole, salvajemente reprimido durante mucho tiempo, por no recordar, en cada acto lujurioso, que su propia hermana había actuado con la ligereza de las mujeres fáciles. Hundió la lengua hasta la garganta de la joven, y apretó su cuerpo contra la grácil figura, sintiendo el ardor del contacto con lo femenino. Muriel parecía haber olvidado cómo se besaba, pues se dejó invadir, en un estado de vulnerabilidad que sorprendió a Bautista. No había tiempo de insistir. Luego del beso devastador separó unos centímetros su rostro y, fijando en ella sus ojos negros, que habían adquirido un matiz acerado bajo la pasión que lo consumía, le espetó:

—Dese por pagada, señora.

Salió corriendo hacia la orilla, buscando una chalupa que le permitiese lanzarse río abajo, de vuelta a su amada tierra, a su familia, a la vida plácida que, por lo que entendía, ya no volvería a ser la misma. Dalila lo vio pasar y se hundió entre los helechos, impresionada por la expresión decidida de aquel extraño al que su amita había querido liberar quién sabía por qué razón. ¿No venía del país de abajo?

Muriel quedó congelada por la impresión también. A sus pies yacía el soldadito, que recobraba el sentido de a poco. Buscó con la mirada señales del fugitivo y no pudo encontrarlas. Aquel hombre debía de conocer muy bien los recovecos del río. Esperaba que pudiese burlar la guardia costera, aunque se merecía un castigo por atreverse a besarla de aquel modo. ¿Qué se habría creído? Se llevó un dedo a los labios y los sintió hinchados, magullados por la fuerza del beso inesperado. Cuando le preguntó qué le daría a cambio, no pensó que el prisionero tomase la pregunta como un desafío, sólo había querido reírse a su costa, mostrarse dueña de la situación, y aquel hombre no se había detenido ante su avance, todo lo contrario. Le había quitado la oportunidad de humillarlo. Un nuevo encono, fruto del despecho, se fue desarrollando en su interior. ¡Ni siquiera sabía quién era el

prisionero, y le había robado un beso como jamás había recibido en toda su vida, ni aun de su esposo!

Dalila la llamó desde lejos y Muriel reaccionó. Debían irse de allí antes de que alguien apareciese. Arrojó las llaves, respiró hondo y se encaminó hacia la casa por el camino más seguro, el de la cascada. Mientras marchaban en silencio, metió su mano en el bolsillo del vestido y tocó el rosario que el hombre había perdido. Contempló en su palma el montoncito de huesos y luego lo guardó. Tendría esa prenda como recuerdo de un beso inolvidable.

De a poco y sin advertirlo, la imagen de Álvaro del Cerro iba siendo sustituida por la del extraño de ojos negros y dulces.

Bautista no llegó lejos. Advertida la guardia costera, varios soldados de uniforme rojo lo alcanzaron cuando intentaba hacerse de una barquita de la bahía. Lo molieron a golpes de bayoneta, uno de ellos le dio cintazos en la espalda, desgarrándole la camisa y la piel a jirones, y le patearon la cara cuando cayó de bruces. En la nebulosa de su mente, la figura de la mujer hermosa tomó la forma de una diablesa que le tendía una trampa para hacerle más doloroso el cautiverio. Pasó la noche en la mazmorra del Fuerte, engrillado de nuevo y sobre los orines secos de los prisioneros anteriores.

Ignorando la suerte de su cautivo, Muriel bajó a cenar envuelta en aroma de rosas blancas y luciendo un modelito de figurín que el coronel le había hecho traer de Europa. En cierta forma, Eladio Vallejo Flores competía con el mariscal a través de los lujos que ofrecía a su esposa. Vicenta se tragó la bilis que le subió hasta la garganta al ver a su cuñada en ese vestido de seda celeste, con mangas cortas y pechera labrada de encaje blanco.

—Te pusiste la bandera argentina —le soltó, sin disimular su veneno.

Muriel alzó los hombros, despreocupada.

—Mañana me pondré la paraguaya y todos en paz —la desafió.

Doña Melchora entró al comedor, evitando con su presencia que siguiera la discusión. Se la veía perturbada, lo que alivió a Muriel, ya que de ese modo no centraría la conversación en ella y sus supuestas desobediencias. Debería agradecerle que la hubiese autorizado a cenar con ellas, ya que la orden del coronel había sido de reclusión absoluta, aunque Muriel sabía que no lo hacía por favorecerla, sino para tenerla bien vigilada. De su suegra sólo

cabía esperar venganza.

—Esta tarde el oficial Del Cerro me ha dicho que estuvo a punto de escapar un peligroso espía correntino. Por fortuna, los soldados del Fuerte lo han capturado cuando estaba robando una barca y ya está de nuevo en prisión.

Muriel sintió una tenaza oprimiendo su estómago. ¿Qué había hecho? Agravar la situación del prisionero, de seguro. Simuló desinterés por la noticia.

—¿Y qué harán con él? Fusilarlo, supongo.

—No deberías hablar así —le espetó Vicenta—. A los espías se les hace juicio primero.

Doña Melchora contempló con suspicacia a su nuera.

—Cualquiera que trame o conspire contra el Paraguay merece morir, sea hombre o mujer. Y los correntinos... quién lo diría. Hay que aprender de esta lección, desconfiar hasta de los más íntimos.

—Madre —objetó Vicenta—, de nosotras nunca podría esperar traiciones. Al menos, de mi parte —añadió.

Muriel levantó la vista de la sopa y la fulminó con su mirada.

—Yo sé mejor que nadie con qué bueyes aro. Ya notifiqué a mi hijo que venga a interrogar al espía, es un dato que el mariscal necesita con urgencia.

La noticia sumió a Muriel en el agobio. Acababa de empezar a gozar de su tranquilidad y ya tendría al esposo de vuelta en la casa... y tal vez, en su lecho. Retornó a la sopa, a fin de evitar que la desilusión se reflejase en sus ojos. Sentía los de Vicenta clavados en ella con maliciosa comprensión. El resto de la cena —las verduras asadas, el estofado y las natillas con naranjas — transcurrió en incómodo silencio. Doña Melchora parecía enfrascada en sus planes y Vicenta disgustada por la poca atención brindada a sus declaraciones. A veces sentía que, a fuerza de odiarla, su madre prestaba más oído a su nuera que a ella, su propia hija.

Ya en su habitación, Muriel se retorció las manos, lamentando su estupidez.

—Cavé su tumba, Dalila, eso hice al intentar liberarlo. Ahora no sé cómo enmendar mi tremendo error. Pobre hombre, si él supiese...

La mulata encendió la mecha del candil y lo colocó sobre la repisa de mármol junto a la cama. Acomodó el dosel mosquitero y abrió las cobijas. Su ama, sin embargo, no tenía intención de acabar el día aún.

—¡Qué torpe fui! ¿Cómo se me pudo ocurrir que escaparía delante de las narices de los soldados? Si hubiese sido de noche, al menos... —y esa idea detuvo su discurrir—. ¡Claro, qué tonta, de noche!

Dalila abrió los postigos para que el perfume de las magnolias se derramara por la habitación en penumbras y echó un jergón de espartillo bajo la ventana.

—¿Qué haces? —le dijo sorprendida Muriel, pues la mulata dormía en las dependencias de la cocina.

—No voy a dejarla sola, mi ama, no con esas ideas que se le cruzan por la cabeza. Usted perdone. Esta noche duermo acá.

A Muriel le resultó gracioso verla así, empacada.

—Si yo quisiera salir por la ventana, no podrías impedírmelo —la desafió.

Dalila parecía a punto de llorar.

—Pué ser, pero tendría que pisarme para salir, y no creo que le guste escuchar el grito que viá dar entonces.

La joven optó por endulzarle el carácter para conseguir lo que deseaba.

—Es cierto, no me gustaría pisarte, zonza. Además, quién sabe, podrías vomitar y ensuciar mis zapatos nuevos —y estiró la punta del pie para mostrar sus preciosos zapatos forrados en seda azul—. Lo que ocurre es que me pesa en la conciencia haber liberado a ese pobre cristiano para que ahora lo castiguen más por mi culpa —se apresuró a decir al ver la mueca de disgusto de su criada—. Quizá no sea un espía, tal vez esté visitando a sus parientes y la guerra lo tomó por sorpresa. ¿A cuántos podría haberles pasado eso? Sólo quiero asegurarme de su identidad. ¿Podrías hacerme un favor, Dalila?

La muchachita sintió que se le paralizaba el corazón.

—No es nada difícil, se trata de hacerle llegar un mensaje para que él conteste en el revés del papel. ¿Podrás? Mira, puedo regalarte otra de mis alhajas.

—¡No, no me dé nada, amita, se lo pido! No quiero nada de nada, menos a cambio de una barbaridá como ésa. ¡Si la patrona anda espiando por las cuatro puertas! Hoy ni pudimos salir a comprar harina de mandioca, que ya nos estaba viendo desde su ventana.

—De noche dormiré como todos, a menos que sea un murciélago... o una lechuga —y Muriel soltó la risa al encontrar graciosa la comparación—. Vamos, lo haría yo si pudiese, pero el centinela puede reconocerme, y además, Del Cerro me vigila a mí, no a ti. Puedes entrar y salir de la casa sin problemas. Toma —y le puso sobre los hombros un rebozo de paño negro que ella usaba muy poco—. Esto te protegerá de la luz en las calles, sobre todo en la plaza. El Fuerte estará más oscuro. Por si te detienen a preguntar algo, lleva esto —y depositó en la palma de la jovencita un anillo con una piedra preciosa.

Era frecuente que las mujeres anduviesen alhajadas por las calles de Asunción, de manera que la posesión de una pieza como aquélla no comprometía a Dalila. Muchas mulatas gozaban del favor de hombres adinerados que premiaban sus servicios con objetos costosos.

—Quiero saber quién es, de dónde viene, y si es cierto que actúa como espía.

—Como si lo fuera a decir... —gruñó Dalila.

—Se lo sonsacas, tonta. Y apúrate, antes de que el silencio reine en la casa y sea difícil caminar sin hacer ruido. Del Cerro no te molestará, él sabe que duermes en la cocina. Dile también que no fue mi intención perjudicarlo, que no me guarde rencor.

Muriel no supo por qué había agregado esa petición a último momento, si nunca antes había visto al prisionero y nada significaba para ella. Lo único que habían compartido era un beso devorador bajo el sol del mediodía.

Capítulo 6

Noticias del mundo «de abajo»

Buenos Aires, abril de 1865

Un hombre abrió el diario sobre la mesa del café, fijando su atención en un párrafo escrito por un tal Héctor Varela:

Si existen mujeres capaces de seducir y despertar ternura a la vez, que con sólo mirar nos horadan el alma, Madame Lynch es una de ellas. Cuesta creer que una dama con su encanto y savoir faire se desenvuelva a gusto en un país como el Paraguay, al cual ella, con su presencia, agracia y ennoblece. ¿Qué hace una mujer así en un pueblo sumido en la esclavitud por un bárbaro?

—Tilingo... —murmuró el hombre, y arrojó el ejemplar de *La Tribuna* lejos de sí con desprecio.

El mozo se acercó, solícito, y el hombre pidió una medida de caña. Desde su mesa, podía ver el trajinar en las calles de la ciudad, y a través de los vidrios biselados distinguió la figura de don Claudio, que ensombrecía el zaguán de la confitería con su corpulencia. Claudio Santander Olmos era un castellano de pura cepa, rotundo y enérgico, lleno de opiniones y dispuesto a lanzarlas todas en la cara de quien fuere. Poseía esa franqueza, a veces brutal, de los que viven los sucesos como si ocurriesen a causa de ellos y para ellos.

Don Claudio lo había visto también, y haciendo aspavientos, se dirigió a su mesa.

—¿Por qué anda usted con esa cara de vinagre, mi amigo? —y lo palmeó con efusividad mientras ocupaba un asiento, sin esperar invitación—. ¿Acaso el matutino le ha aguado el café con leche?

El otro rumió una respuesta evasiva y se dispuso a soportar una andanada de consejos.

—Ah, es que está leyendo uno de esos pasquines de mala muerte —siguió el castellano—. Hágame caso, no desperdicie su tiempo y busque la verdad de los hechos.

—*La Tribuna* es un diario muy leído... —comenzó el hombre, algo fastidiado.

—¡Hablillas! —y luego, con el mismo tono de voz—: ¡Mozo! ¡Lo de siempre!

El aludido se volvió hacia el sector de los licores y bajó la última botella de Hesperidina, el descubrimiento que causaba furor entre los clientes. Llevó el pedido en una bandeja de peltre y distribuyó los vasos con lentitud, intentando escuchar los comentarios de los parroquianos.

—Usted no estaría tomando eso si no fuese por *La Tribuna* —objetó el primer hombre sólo por enfurecer al viejo, ya que en aquel diario había aparecido la primera indicación sobre dónde conseguir la bebida, después de que Melville Bagley la anunciara por las calles en misteriosos carteles. Los porteños, siempre pendientes de las novedades, la adoptaron con pasión.

Don Claudio lo ignoró y extrajo de debajo de su brazo otro periódico.

—Mire usted acá —dijo con aire triunfal.

En el ejemplar de *La Nación Argentina* se leía:

Hace pocas horas, el representante británico en el Río de la Plata, Mr. Edward Thortorn, ha confirmado lo que tanto se temía: el caudillo paraguayo Francisco Solano López, continuador de la dictadura de su padre, justifica sus acciones bélicas con argumentos personales, y se atreve a explicar al norteamericano Charles Washburn, quien se halla en ese país como enviado del Presidente Lincoln para resolver uno de los tantos entuertos que causó el Paraguay con su desatinada política diplomática, que se vio obligado

a declarar la guerra al Imperio del Brasil para demostrar al mundo que la República del Paraguay no es un país impotente y aislado, sino una fuerza a tomar en cuenta y respetar.

Y más abajo, en un recuadro, una ironía del autor del editorial:

No se precisa de fina inteligencia para advertir que el general López habla de sí mismo cuando dice que «sólo una hazaña armada obligará a las demás naciones a respetarla». No se refiere en realidad a la República sino a su persona, que necesita de la ostentación de la fuerza para hacerse valer.

—¡Éstas son noticias, no las fruslerías que lee usted! —concluyó gozoso don Claudio.

—¿No es este Washburn aquel sujeto que pasó por nuestro puerto, vestido con sombrero y botas tejanas?

—El mismo.

—¿Y puede darse crédito a los dichos de un ridículo yanqui?

—¡Pero qué dice, hombre! —bramó don Claudio—. ¿Acaso está usted de acuerdo con el déspota paraguayo?

El otro se vio en un aprieto, ya que toda Buenos Aires bullía de indignación. López había pasado de ser el héroe mediador de la paz en los pleitos entre la Confederación y Buenos Aires años atrás, a convertirse en un reyezuelo despreciable. Los liberales de Mitre lo escarneían con insultos y burlas, y no pasaba un día sin que apareciese alguna caricatura en la que de su barba salían cañones apuntando hacia todos lados, o bien se lo veía sentado en un trono, disfrutando de las atenciones de varios esclavos que lo apantallaban. Se lo tenía por soberbio y cándido a la vez. Un sonado dibujo lo mostraba como un títere cuyos hilos manejaba una mujer hermosa de expresión astuta. No cabían dudas: se referían a Madame Lynch.

El hombre que conversaba con don Claudio tenía otra opinión. Severino Frías había cabalgado con Urquiza en los tiempos en que las provincias se

alzaban para destronar a Buenos Aires y luchaban a brazo partido para crear una unión equilibrada. Eran otras guerras, de alianzas de caudillos que anteponían a veces su orgullo, y habían salido airoso de todo aquello gracias a la fortaleza de don Justo, que no había cedido al viejo encono. «Basta de unitarios, basta de federales», había dicho, cuando Francisco Solano López viajó para conciliar los intereses contrapuestos.

Y así nació el pacto, después de la batalla de Cepeda, que preparó la unión del país.

Para Severino Frías, López era un hombre íntegro que por años se vio obligado a secundar los caprichos de su padre, una especie de monarca encubierto, tan ladino como obtuso, aunque debía reconocer que el Paraguay había prosperado bajo su mandato.

Él lo conoció durante un viaje de negocios encomendado por Urquiza, pues el entrerriano poseía un buen número de cabezas de ganado y comerciaba con sebo, cueros y carne seca a través de los ríos. Severino no tuvo inconvenientes en moverse con libertad por Asunción; los que llegaban para favorecer el comercio o introducir mejoras eran bien recibidos o, al menos, tolerados. La aversión de don Carlos Antonio López hacia los extranjeros era proverbial, pero su hijo no compartía el mismo rechazo. Había viajado en misión diplomática y se había ganado buenos amigos en Francia y en Inglaterra, sobre todo en Francia. Hasta una amante se había agenciado allí. A Severino no le importaban los asuntos de faldas, aunque se tratase del mismísimo Presidente. Veía en López a un hombre progresista, con muchas ideas que no había logrado poner en práctica durante el ejercicio de su padre, pues el viejo era capaz de boicotear al propio hijo con tal de salirse con la suya. Francisco no era como don Carlos. Su naturaleza, amable y cordial, gozaba de prestigio entre los europeos que lo conocían.

Y si había decidido poner freno a las apetencias del Brasil, merecido lo tenían.

—Sólo digo que los periodistas son tendenciosos —arguyó.

—¡Bah! Cuando el río suena, es que lleva muchas piedras, mi amigo.

Un tumulto distrajo la atención de todos en la confitería El Imparcial, inaugurada hacía poco. Sobre la calle Victoria, un grupo alborotador

avanzaba portando un estandarte y coreando una estrofa grosera, a juzgar por las expresiones de los paseantes. La exaltación fue aumentando a medida que la gente comprendía el significado del cántico, y pronto se formó una multitud que gesticulaba y gritaba a voz en cuello.

—¿Qué diantres...? —exclamó don Claudio aparentando disgusto, cuando en realidad gozaba de cualquier episodio turbulento.

El mozo corrió a asomarse, seguido de varios parroquianos.

—¡Al garrote, al garrote!

—¡Abajo el dictador!

—¡Salvemos al Paraguay!

Severino captó los colores de la bandera paraguaya en el estandarte del que los hombres tironeaban, y se topó con un rostro rojo de ira que le espetó:

—¡A la casa de Mitre, vamos!

Sin saber cómo, se vio empujado y arrastrado por gente que corría de un lado a otro, sabiendo a medias lo que sucedía. El gentío continuó reclutando adeptos en su marcha, alentados por nuevas loas que aludían al viejo enfrentamiento de los dos partidos uruguayos, causante de la invasión de López al país oriental:

—¡Que vivan los colorados! ¡Abajo los blancos!

La columna avanzó por Rivadavia, entre gritos de júbilo que caían desde los balcones, como si se tratase de alguna fiesta patronal. Hubo una pequeña discusión, y la multitud torció su rumbo para pasar ante la Pirámide de Mayo, donde había nacido la Patria. El tumulto enfervorizado se aquietó ante la imagen del símbolo sagrado y la muchedumbre contempló con respeto religioso el monumento que recordaba aquella época. De manera desordenada, se entonaron las estrofas del himno y luego una voz prevaleció sobre las otras, recordando que se dirigían a la casa del Presidente.

La casona que alquilaba Mitre se erguía sobre la calle de San Martín. En su portón colonial, pintado de verde, la turba se atrevió a hacer sonar la aldaba. Hubo aplausos y vítores. Al cabo de unos momentos, algunas figuras familiares surgieron en las ventanas de rejas y Severino pudo ver la efigie del mismísimo don Bartolo, que salió a la vereda como cualquier vecino. Una oleada de fervor sacudió a la multitud, y se escucharon clamores de venganza

y alardes patrióticos, a los que siguió un silencio conmovedor. Un nudo de emoción se atascó en la garganta de Severino Frías. Él era un gaucho avezado, hecho en el rigor de las batallas y en cierto modo, despreciativo con los «caballeritos de letras», categoría en la que había situado a Mitre. Todos sabían que, a pesar de su formación militar, el Presidente era un hombre amante de la literatura, aficionado al periodismo y estudioso de la geografía y de la historia. Se decía que en su casa estaba construyendo un despacho sólo para ubicar sus mapas y sus archivos de documentos. El hombre que Severino tenía ante sí, vestido con un chaleco de entre casa y una camisa sin cuello almidonado, parecía más bien un filósofo al que hubiesen interrumpido en un momento de reflexión profunda.

Mitre ya sabía lo ocurrido, que Francisco Solano López, en un alarde de bravura, había invadido la provincia de Corrientes, ignorando la negativa del gobierno argentino, para prestar ayuda al partido blanco, sitiado en Montevideo. López había elegido el camino que durante años eludió su padre, más amigo de los subterfugios y los sobornos.

Como buen militar, eligió la batalla.

El rumor que en los últimos días circulaba por calles y bares, plazas y clubes, se volvió certeza: sonaban clarines de guerra. No se trataba ya de las interminables reyertas provinciales, ni de los enfrentamientos de la sediciosa Buenos Aires con el interior, ni siquiera de las escaramuzas navales frente a la codicia europea; se trataba de una contienda que volvía las armas contra una nación hermanada en las luchas de la independencia y que compartía lazos de sangre con el país, en especial con el litoral, dominio de Urquiza. ¿Qué diría don Justo?, se preguntaba Severino, mientras contemplaba por primera vez de cerca la figura del Presidente.

Vio un rostro delgado, de mejillas hundidas, poblado de barba y patillas, con melena discreta y aire pensativo. Sus ojos, sobre todo, poseían una mirada lejana que le otorgaba serenidad a la expresión, como si el hombre se hallase muy por encima de las miserias cotidianas. Las palabras que dirigió a la improvisada revuelta, sin embargo, mostraban un espíritu enérgico y decidido.

—Compatriotas, no hemos querido una guerra a la que nos arrastran la

ambición y la terquedad —comenzó diciendo con voz sonora—, pero las naciones deben ejercer sus derechos frente a la injuria grave cometida por otra, aunque en ella no vaya la voluntad del pueblo, sino la de un solo hombre. Yo les prometo que este conflicto será breve, Dios mediante. Es necesario estar en veinticuatro horas en los cuarteles, dentro de quince días en campaña, y en tres meses en la Asunción, capital del Paraguay.

Una ovación enfebrecida saludó aquel discurso lapidario. Nadie escuchó más, todos comenzaron a vivir a Mitre y a la juventud porteña, decidida a marchar a la guerra. Severino tropezó con un hombre que miraba la escena con ojos llenos de lágrimas.

—Insensatos —le oyó decir en voz baja.

Poco más pudo advertir, ya que la multitud volvía a movilizarse, proponiendo distintos puntos de reunión. Severino no recordaba si don Claudio había logrado salir de la confitería o no, y como no lo veía por ninguna parte, dedujo que estaría mezclado con algún grupo alborotador, intentando darle lata con sus consejos. Marchó hacia la plaza donde se encontraban los cuarteles militares y allí presenció el despliegue de una banda enviada por el jefe de la Legión. La música siguió a los manifestantes hasta el Teatro de la Victoria, donde se preparaban para una función de gala. Algunos espectadores curiosos alternaron con ellos y, al conocer el motivo que los llevaba, entraron al teatro para anunciar la buena nueva.

Todo Buenos Aires había caído presa de un fervor patriótico que rayaba en el fanatismo.

Severino Frías deambuló por las calles, sin rumbo, hasta llegar al café Garibaldi, donde entró para recomponerse con un trago, ya que las emociones se le habían contagiado. Él tenía familia en Corrientes, y la noticia empezaba a producirle malestar. Quién sabía qué podía ocurrir una vez que la soldadesca invadiese. Aunque no esperaba bajezas de Francisco Solano López, conocía a algunos oficiales de su ejército que no le inspiraban confianza. Sin ir más lejos, la mano derecha del general, un tal Eladio Vallejo Flores, tenía fama de hombre cruel y repulsivo.

El humo y el bullicio en el café habían creado una atmósfera agobiante. Se sentó en una mesa de la esquina, procurando aislarse para ordenar sus

pensamientos. Un mozo mal entrazado, con los faldones de la camisa por afuera y arremangado, se le acercó, mordiéndose un cigarro.

—¿Señor?

—Una caña.

—Está festejando, ¿eh?

Severino ignoró el comentario y se dedicó a observar. Los parroquianos ya no guardaban sus lugares, iban de mesa en mesa, compartiendo los tragos y las chanzas, sintiéndose amigos de quienes ni siquiera conocían de vista. La situación crítica los había igualado a todos. Algunos, medio alegres, se subían a las mesas y ensayaban un zapateado mientras los otros palmeaban al compás. La jarana se incrementaba.

Un hombre vestido con uniforme de la patria se aproximó a él, los ojos celestes brillantes de emoción desbordada. Era apuesto y ostentaba la soberbia de la juventud inconsciente.

—¡Brindemos por la victoria! —le gritó, extendiendo su vaso.

Severino eligió no responder, esperando que se dirigiese a otro parroquiano, pero el hombre era insistente.

—¡Qué! ¿No desea usted el triunfo de Mitre? ¿Será un federal resentido, acaso?

Y sin que mediara respuesta del otro, siguió:

—Sí, ha de serlo, por la jeta. ¡Amigos! He aquí un enemigo de la Nación, un hombre que aboga por el dictador del Paraguay, con tal de ver caer a Mitre y a Buenos Aires.

Se produjo un insólito silencio en medio del bullicio infernal, y todos los ojos convergieron sobre la escena. Severino continuó bebiendo, impertérrito. Había calado bien al soldado, era un lechuguino de los que él detestaba. No iba a darle el gusto de aceptar su provocación. La bebida obró, ahogando toda prudencia, y el joven se abalanzó sobre él, llevando su mano a la cartuchera. Severino, de un salto, se puso de pie y peló el facón en un solo movimiento, veloz y letal, que recordaba al puma de la montaña. La silla rodó con estrépito y hubo un rumor de voces que pedían medida, junto al ruido de copas que caían y mesas que se tambaleaban.

El soldado se encontró de pronto frente a una situación indeseada, fruto

de su propia insensatez. Aquel gaucho, al que él había tomado por un viejo federal, era un tigre cebado. Había matado hombres, algo que él todavía estaba por probar. Y no se veía acabado en absoluto, con sus ojos fieros bajo las cejas espesas, el bigote caído y un tinte de furia en sus pómulos. Sin duda, habría peleado en las fronteras durante las luchas provinciales, tal vez con unos y luego con otros, como solía ocurrir. Su lealtad se debería al caudillo que le inspirase confianza, y daría la vida por él.

El soldado entrevió todo eso en un instante, así como su propia muerte, por culpa de una bravuconada.

—Cabo Cáceres.

La voz templada detuvo la acción y alivió a la concurrencia, que dejó escapar un suspiro. El oficial se hizo cargo de la estupidez de su subordinado.

—Discúlpese con el señor.

La orden sonó como si gritasen «fuego» ante la boca de los cañones, imposible de desoír. El cabo, con el bigote rubio todavía tembloroso, se ruborizó hasta las orejas. Aún retobado, miró de reojo a su superior y luego al hombre al que había desafiado.

El gaucho permanecía en la misma posición, con las piernas separadas, el facón en una mano y el poncho enrollado en la otra, arqueada la cintura hacia adelante, el cuello tenso y los dientes apretados. Cáceres había estado a punto de morir sin haber escuchado ni el estampido de su arma.

—Me disculpo —se oyó decir en el recinto silencioso.

—Retírese.

Sólo entonces, Severino aflojó su postura y encaró al oficial que le había ahorrado el disgusto de despachar a un mozalbete impulsivo esa noche.

—Con soldados como éste —le dijo—, no estoy seguro de que pueda usted ganar esta guerra. El oficial sonrió a medias.

—Sargento mayor Atilio Mendoza, a sus órdenes —y extendió la mano para el apretón amistoso—. Tiene razón, a estos muchachos les falta curtirse, creen que la guerra es un juego de estrategia. Por desgracia, ya tendrán ocasión de desasnarse.

Luego, mirando en derredor, reclamó:

—Otra caña para el señor. Yo invito.

Severino se encontró compartiendo la mesa con ese militar desconocido que lo estudiaba en silencio.

—En algo acertó mi cabo, creo yo —le dijo de pronto—. Es usted un federal, aunque no resentido. ¿Me equivoco?

Severino aceptó el cigarro que el militar le ofrecía y a través del humo contempló su rostro de facciones elegantes. El sargento Mendoza debía de pertenecer a alguna familia patricia de las que se aseguraban tener entre sus miembros un cura, un milico y un abogado, por lo que pudiera presentarse. Con todo, le caía bien el hombre, sereno y sin alardes.

—Habrá visto que vamos a la guerra sin remedio —continuó Mendoza—. Me pregunto qué posibilidades tengo de tentarlo para que integre mi batallón.

Como Severino aún no respondía, el militar se despachó por completo:

—Mis hombres son, en su mayoría, mequetrefes como el que usted acaba de ver, llenos de entusiasmo y por eso mismo peligrosos. Me ordenaron concentrarme mañana mismo en los cuarteles, para recibir instrucciones. Un baquiano no me vendría mal, sobre todo si ya ha participado en guerras, aunque sean internas. Si algo he aprendido en mi carrera, es que cuando se está en el campo de batalla huelgan las enseñanzas; uno se las arregla como puede y a menudo salva la vida siguiendo el instinto, antes que los códigos de armas. No divulgue esto que le digo, mi amigo, ya que debemos hacer profesión de entendidos, para eso nos enrolamos en el ejército. Le prometo paga puntual, en la medida que yo mismo la reciba, y trato justo. Cualquier otra cosa, está fuera de mi control. ¿Qué me dice? ¿Anda usted de regreso a su provincia?

—Soy de Corrientes.

—Ah, entonces con mayor razón querrá defender su tierra, invadida por los paraguayos. Entiendo que sabe lo ocurrido, ¿no es así?

—Lo supe por la gente que iba a aclamar a Mitre.

Mendoza reflexionó unos momentos.

—El Presidente tiene mucha fe en que esto se resuelva pronto. Yo no sé si tanta... En Buenos Aires hemos visto pasar muchos barcos con extranjeros a bordo, contratados por don Carlos para construir astilleros y polvorines en el Paraguay. ¿A qué armarse tanto si no se piensa hacer la guerra?

—A lo mejor... el hombre temía que la guerra se la hicieran a él.

—Usted se refiere al Imperio del Brasil.

—Quizá...

El sargento Mendoza sonrió con malicia.

—No fuimos nosotros los que navegamos los ríos con fusiles escondidos bajo la cubierta.

—Yo creo que los López en el Paraguay miran con desconfianza las relaciones que los porteños tienen con los brasileños —aventuró Severino.

—Y con los ingleses también, para qué disimularlo.

—Con ellos también. Vea, sargento, yo soy un hombre tranquilo mientras no me busquen, y no tenía pensado armarme en contra de mis vecinos, sobre todo porque allá, en mi tierra, vamos y venimos de una orilla a la otra, como si fuesen aldeas distintas de un mismo país. Ahora, si la cosa es que los paraguayos ponen pie en suelo correntino para apropiárselo, ahí me salta la vena que llevo dormida y me planto donde sea.

—Dicen que sólo quieren pasar hacia el Uruguay, en ayuda de los blancos, y que la invasión es «amistosa». Yo me pregunto: ¿cómo se puede usar la fuerza amistosamente? ¿Acaso van a retroceder después?

—Ahí se equivoca fiero el general López, y no vaya a creer, le tengo aprecio, pero si se piensa que los correntinos van a dejar que los pasen por arriba así nomás, está confundido el hombre, o enceguecido en su afán de oponerse a Buenos Aires.

—No sé si confundido, pero sí agrandado por el poderío paraguayo. ¿Sabía usted que ya no es sólo «general»? El Congreso lo ha designado «Mariscal de Campo».

Severino no lo sabía. La dinastía de los López siempre había tenido un perfil imperial, aun cuando el país se organizaba de forma republicana, pero bajo el gobierno a veces dictatorial de don Carlos había reinado la paz. A él le constaba que el viejo era más zorro que los otros, y lograba torcer las cosas en su favor sin cruzar las armas. El hijo, en cambio, era militar de carrera y tenía otro carácter, más frontal y tal vez más orgulloso. Quizá fuese cierto que el Paraguay estaba en expansión, que no sólo cuidaba sus fronteras. Existían problemas no resueltos en ese sentido, tanto con el Brasil como con

la Argentina. Una pregunta rondaba todavía en su mente: ¿qué diría Urquiza?

Como si leyese su pensamiento, el sargento Mendoza dijo:

—Tengo entendido que ya le han dado el parte al gobernador de Entre Ríos. Ahora que los resentimientos entre él y Mitre se han disuelto, no dudará en ofrecer su ejército en apoyo de esta causa. Y Dios sabe que, con el ejército grande, ya la batalla podría estar ganada, como dice el Presidente.

Severino también lo creía así. Si Urquiza apoyaba a Buenos Aires en esa declaración de guerra, y si los paraguayos habían osado invadir la tierra de sus ancestros, él no podía quedar afuera de la contienda. Se levantó, y erguido tan alto como era, tendió su mano a Mendoza.

—Ahora soy yo el que se pone a sus órdenes, sargento. Cuando guste.

Los hombres estrecharon sus manos con firmeza y se miraron a los ojos. Quedaba sellado el pacto de honor y fidelidad. Severino Frías conformaría el batallón del sargento mayor Mendoza, comandado por el general Paunero, olvidando los antiguos enconos entre su provincia y Buenos Aires.

Rosa y Violeta se encontraban en el huerto que se extendía detrás de la casa, generoso en naranjos y rebosante de begonias. En el patio de tierra picoteaban las gallinas y más allá, donde comenzaba el monte, pastaba Tutuna, la vaca lechera que le permitía a Rosa hacer el queso y batir la manteca, siempre que se le diera la gana de ofrecer su leche. Tutuna era caprichosa «como buena *kuña*», al decir de Bautista.

Esa mañana recogieron gran cantidad de fruta para hacer almíbar y dulce. Y si Bautista no volvía a tiempo con algo para el almuerzo, podrían cambiarla por algún pescado fresco a los tripulantes de los barquitos que pasaran.

Violeta seguía los brincos de un zorzal que cantaba sobre el muro de piedra. La niña poseía una habilidad asombrosa para imitar el canto de cualquier ave, y aseguraba que conversaban con ella. «Me entienden, mamita», sostenía. A Rosa la aliviaba verla feliz a su lado, pues cuando su hija se mostraba deseosa de salir en canoa a conocer otras regiones, la acometía el temor de que se cumpliera la maldición que le había presagiado el brujo del Diamante. En mañanas como aquella, en cambio, disfrutaba de su

compañía bulliciosa con el ánimo tranquilo.

De pronto, Violeta calló la imitación del trino y Rosa la miró. La niña elevó sus ojos al cielo y luego giró en derredor, desconcertada. Rosa sintió cierta alarma y se puso de pie.

—*Chake* —dijo la pequeña—. Viene alguien.

Rosa dejó caer la fruta y corrió hacia ella, tomándola de la mano. Poco acostumbrada a tratar con la gente, cualquier alteración de la rutina la ponía en guardia. Hubo un silencio tan prolongado que creyó que su hijita estaba confundida.

—Escucha, mamá. Se callaron todas.

Rosa entendió que se refería a las aves que habían estado alborotando la mañana. Una señal de peligro. El monte se apagaba cuando un extraño se aventuraba en él.

Emprendieron el regreso a la casa por la puerta de atrás, acelerando el paso a medida que el silencio retumbaba como el redoble de un tambor. Estaban a escasos metros, cuando de la espesura asomó una cabeza enrojecida y sudorosa, luego otra, y otra, y más cabezas con sus cuerpos vestidos de colorado, enarbolando lanzas y mosquetes, riendo con salvajismo unos, fruncido el ceño los otros, todos dirigiéndose hacia donde ella y su hija se hallaban, petrificadas por el espanto. Soldados.

—¡Corre, Violeta, corre! —gritó Rosa, empujando a su hija hacia el lado opuesto.

La niña dudó unos segundos, pues nunca había habido peligro adentro de la casa, pero la expresión angustiada de su madre le impidió desobedecerla. Corrió con toda la agilidad de sus pocos años, forzando las delgadas piernas a través de los arbustos y los charcos, saltando sobre el muro de piedra, internándose en un páramo donde había muchos escondites que conocía bien. Corría agachada, por instinto, aprovechando su corta estatura para desaparecer entre los matorrales, evitando caer en pozos o pantanos, sintiendo la agonía de no poder detenerse a cobrar aliento y el temor de no haber obrado bien al dejar a su madre sola en el huerto. Cuando ya no pudo correr más, se dejó caer, exhausta, con el rostro surcado de lágrimas y temblando de terror.

Las aves habían vuelto y el monte parecía ser el mismo. La mañana, sin embargo, se había manchado de sangre, ella lo sabía. Ocultó la cara entre los yuyos para ahogar su llanto, mientras clamaba:

—Batú... Batú... Cinco mujeres fueron llevadas en cautiverio ese día, y la sexta era Rosa Garmendia. Conducidas a las cárceles del Cabildo correntino y luego trasladadas en buque al Paraguay, río arriba, por orden del mariscal López.

Rosa no conocía a las demás ni entendía por qué la buscaron a ella, que no se daba con nadie ni estaba interesada en cuestiones políticas, y cuyo único y eterno error había sido dejarse preñar por un soldado, seis años atrás.

Su pensamiento durante la travesía fue una perpetua oración a la Virgen de Itatí, para que Bautista hallase a Violeta sana y salva al regresar de su viaje.

Capítulo 7

A la deriva

Por fin murió el viejo. Su rostro de buey no volverá a acechar mis sueños. Ya advierto algunos cambios, pese a que Francisco no me presenta en forma oficial, salvo en las reuniones que ofrezco en mi casa de Fábrica de Balas o en Patiño Cué, mon nouvel chateâu. Saben lo que les conviene: en los salones de mis casas van a conseguir más favores que en el Palacio de Gobierno.

También debo los cambios a mi situación de maîtresse consolidada, pues son cinco los hijos que le he dado al general: Panchito, mi recordada Corinne, Henry, Federico y el pobre Leopoldito, tan delicado. Aunque Francisco tenga otras amantes, que las tiene, porque conozco la existencia de la Pesoa y también la de la Burgos, ninguna le ha dado un hijo por año, como yo. Y sé que no visita de manera tan asidua sus otras casas. Yo soy la favorita.

Los funerales de don Carlos han sido con toda la pompa. Pude darme el gusto de aparecer en mi carruaje, algo que nadie en Asunción posee, salvo los López, y aunque tuve que soportar algunas presencias como la de Benigno, el hermano envidioso que a punto estuvo de frustrar la sucesión, llevé a cabo mi pequeña venganza. Por fin aparezco públicamente. El Congreso decidió lo que correspondía, según voluntad del propio don Carlos. Francisco era el delfín, como lo es ahora Panchito, su primogénito.

La cena y el baile en el Club Nacional fueron al estilo de Londres y París. Mi nuevo rango se advierte en que pude ocuparme de todo, incluida la vajilla, pues ofrecí mi platería para cubrir las necesidades de tanta gente.

Todo cuanto hay en el edificio del Club Nacional fue hecho a mi gusto: los tapices, los cortinados, los muebles, los cuadros, los candelabros, hasta los cristales, puesto que aquí las ventanas parecen troneras, no poseen cristales.

Ahora que el viejo no está y su viuda se llamará a retiro, no tendré necesidad de aguardar a la medianoche, momento en que ellos se marchaban, para hacer mi aparición. ¡Si he sido yo la artífice del Club!

Hoy el general me ha pedido que críe junto con mis hijos a Rosita Carreras, una niña habida con otra mujer, que hasta ahora estuvo a cargo de sus abuelos López. Lo haré con gusto. Me consolaré de la muerte de mi Corinne, será la hija que no me fue dado retener.

Organizaré un gran baile en honor a Francisco, y los invitados deberán atenerse a las normas de etiqueta que yo imponga. A ver si de una vez se logra civilizar a esta gente, acostumbrada a compartir patio y merienda con la servidumbre. A veces, no se distingue a las señoras de sus criadas, pues todas se hallan mal vestidas, mal peinadas y descalzas, bebiendo ese té al que llaman «mate».

Dispondré una tarima en el centro del salón, donde se levantará un sillón dorado, tapizado de damasco, bajo un dosel de terciopelo. Nadie podrá sentarse en presencia de Francisco ni darle la espalda. Así se estila en las cortes reales.

El baile será de disfraces. Mi Pancho podrá concurrir en su traje de gala y yo elegiré el de emperatriz. Los demás invitados llevarán el que se les indique en la tarjeta.

Me divierte ser el alma de las fiestas, pero no debo descuidar los bailes populares. En esto, Pancho es muy respetuoso. La plebe debe tener su festejo propio: carreras de caballos, corridas de toros, fuegos de artificio, caña y vino a discreción. También me gustan esas

fiestas, donde se baila y se tocan los tambores indios.

Ni el general ni yo nos engañamos: entre la corte regia de Asunción hay aduladores que pretenden apoyarnos, cuando en realidad están a disgusto. Hay que impedir que prosperen, por eso es importante que acudan siempre a los bailes de Estado, mantenerlos ocupados y vigilados. El pueblo es más sincero, muestra su devoción a través de sus cantos y sus bailes, y su fidelidad en el servicio militar.

Otro de mis proyectos es construir un centro de compras en la zona del mercado. La nueva Asunción debe tener edificios modernos y bellos. Cuento con el apoyo de un rico hacendado de Corrientes, Rete Iriarte, un hombre que comercia con Asunción, Buenos Aires y Montevideo, y no dudará en secundar mi plan, que otorgará charme y prosperidad a la ciudad más importante de Sudamérica.

Al fin puedo hacer lo que realmente quiero. (1862)

Era avanzado el día cuando Violeta, agotada y hambrienta, llegó hasta la otra orilla. Su intención había sido encontrar a su tío y contarle lo sucedido para que él le pusiese remedio, como hacía con todos los problemas que se les presentaban. Siguiendo la ribera y oteando el río, llegó a la conclusión de que Batú debía de haberse detenido en algún rancho, así que decidió presentarse en ése que se alzaba sobre un médano. Era probable que supiesen de él, si es que no lo encontraba allí mismo. Sentía el estómago aplanado por el hambre y la cabeza floja por el cansancio, pero en un último y desesperado esfuerzo por buscar ayuda, golpeó las palmas en la entrada de La Loba Roja.

Lily contempló con incredulidad la figura lastimosa que se hallaba frente a ella.

—¡Aña memby! ¿Qué hacés acá?

Violeta miraba con los ojos entornados por el agotamiento a la mujer emperifollada que había abierto la puerta del rancho. Era bonita, y por alguna razón afeaba su rostro con pinturas. Tenía ojos de lechuza y mejillas coloradas como si hubiese sufrido picaduras. A ella le habían picado las avispas una vez, y Batú fabricó un emplasto de miel y canela para aplacar el

dolor y la hinchazón. Tal vez aquella señora no sabía prepararlo. El recuerdo le avivó la mente.

—Busco a mi tío, Bautista Garmendia. ¿Acá está?

Lily estuvo en un tris de largar la carcajada. ¿Bautista? Ya quisiera ella verlo alguna vez en su cama... Le gustaba el hombre de Punta del Tigre, cómo no, sobre todo porque percibía en él un carácter bondadoso, y ella siempre andaba necesitada de cariño.

—No, querida, tu tío no viene por acá. Por lo menos, no viene a mí.

Violeta no entendió el comentario y se mostró desilusionada. A Lily no le pasaron desapercibidas las rodillas sangrantes, ni la carita manchada de lágrimas enjugadas con manos sucias. Aunque no visitaba nunca a los vecinos de la otra orilla, sabía quiénes eran, y la hija de Rosa Garmendia había sido motivo de chismes entre sus compañeras. Observó que la niña se llevaba una mano a la boca del estómago, como si estuviese a punto de vomitar, y se sobresaltó.

—¡Chake! ¡Delia, vení a ver, la hija de Rosa!

La puerta se abrió del todo y una mujer redonda, con aires de gran dama, se hizo paso a los empujones hasta quedar frente a Violeta.

—Pero ¿qué te pasó, *mita kuña*? ¿Dónde está tu madre? —y con una chispa de premonición en sus ojos pintarrajeados miró a su alrededor. Ya se sabía del ataque de los soldados paraguayos. Ella y sus cachorras se sentían a salvo, su presencia era necesaria para los dos bandos, a ninguno se le ocurriría atacarlas.

—¿Tu mama? Se la llevaron, ¿eh?

Violeta sintió derrumbada su fortaleza al escuchar de boca de aquella señora la certeza de lo ocurrido. Ella también temía que se hubieran llevado a su madre. La mirada cruel de los soldados no dejaba lugar a dudas y sabía, por instinto, que podrían haberla llevado a ella también, de no haber huido a tiempo. Su mamá la había salvado.

Un río de lágrimas anegó sus ojos y las mujeres se compadecieron.

—Vamos a llevarla adentro —ordenó Delia—. La chica está asustada y quién sabe qué más.

Lily se apresuró a obedecer. Cualquier forma de acercarse a Bautista

Garmendia la encontraba bien dispuesta.

Una vez adentro, las otras rodearon a Violeta y la acribillaron a preguntas. ¿Dónde habían ido los soldados? ¿Sabía ella que se habían llevado a otras mujeres? ¿Y por qué Bautista no estaba en la casa? La Loba las mandó callar con dos palmadas y arrastró a Violeta hasta su propio cuarto, donde la recostó sobre el edredón y le quitó las zapatillas.

—Traigan agua fresca y un paño. Lavinia, decile a Clotilde que hierva té de manzanilla. Lily, buscá una ropa adecuada para esta chica, es tan flaca que nada le va a servir, pero vos sos la más petisa. Morena, andá a ver si quedó *chipa* del desayuno. ¿Comiste, primor?

Todas corrieron a cumplir las órdenes, alborotadas por el suceso y con miles de preguntas sin responder en sus cabezas. Una, entre todas, se repetía de manera incesante: ¿qué harían con la chiquita cuando empezaran a llegar los hombres?

Araceli y Alicia permanecieron junto a la Loba, contemplando cómo la mujer limpiaba las mejillas sucias y aplicaba compresas de manzanilla sobre los labios hinchados y sus picaduras. Lily apareció con una blusita azul y una falda floreada. Era lo más apropiado para una niña que pudo encontrar en su guardarropa.

—Ta bien —aceptó Delia, después de echarle una ojeada.

Desnudaron a Violeta, que no estaba en condiciones de oponer resistencia, y la enfundaron en la nueva ropa. La falda le llegaba hasta los tobillos y la blusita se le escapaba por los hombros, así que la habilidosa Alicia se la ajustó con una cinta que quitó de su cabello rojizo. Lily, que se sentía responsable por haberla visto primero, le cepilló la hermosa melena negra con su propio cepillo de carey, regalo de un amante adinerado.

—Sos linda —le dijo—, más que tu mamá.

A Violeta le disgustó el comentario y la miró con dureza.

—Mi mamá es buena y linda —objetó.

Las mujeres se echaron a reír ante la bravata. A todas despertaba ternura la muchachita, sabiendo que había quedado sola de repente, y se preguntaban cuándo aparecería el tío para reclamarla.

—Acá no te podés quedar —le había dicho la Loba después de que la

alimentaron y compusieron—. Ésta es una casa para los hombres, ¿entendés?

Violeta frunció el ceño. ¡Si eran todas mujeres! Continuó bebiendo su cocido sin decir nada. Esperaba que alguna de aquellas amables señoras fuese a buscar a su tío y le contase lo ocurrido. Confiaba en Batú, tanto como para sentirse segura de que él solo arremetería contra los soldados que se habían llevado a su madre.

Al cabo de dos horas, el agotamiento físico y las emociones pudieron más que su empeño, y los hermosos ojos violáceos se cerraron, sumiéndola en un sueño pesado. Lily la arropó con una mantilla de su ajuar y las mujeres abandonaron la estancia, pues la tarde avanzaba y pronto llegarían los clientes. Debían acondicionar el salón y terminar de arreglarse. Delia echó llave para impedir que la niña apareciese en medio de alguna situación incómoda. Pese a que perturbaba su negocio, no había tenido corazón para largarla al monte antes del atardecer. Estaba segura de que Rosa había sido capturada, al igual que otras mujeres correntinas ese día, y lamentaba el hecho más de lo que podían suponer las demás, pues no había abandonado la intención de convertirla en una de sus chicas. Sabía que, tarde o temprano, la mujer sucumbiría a sus necesidades, y la vida regalada de las cachorras era conocida en los alrededores. Después de todo, Rosa ya estaba desgraciada. Una mancha más no le haría mella al tigre.

El primer cliente fue Edelmiro Cortés, un peón de El Aguapé que había sido enviado por su patrón para seguir en la búsqueda de Anselmo. Harto ya de andar entre los matorrales y de surcar ríos y riachos en busca del negrito, Cortés había decidido recalar en un sitio donde pasarla bien, en compensación a tantas incomodidades.

Lo recibió Alicia, ya que al hombre le atraía su cabello rojo y la muchacha se veía bella esa noche, con un vestido de zaraza verde y amarillo traído de la capital. Alicia era pecosa, otra rareza en aquella región, de manera que sobresalía entre las demás, aunque no tuviese la hermosura de Araceli ni la distinción de Morena. Edelmiro estaba satisfecho con su elección. Después de desahogar su natural necesidad, se solazó bebiendo en su compañía, pues las muchachas de la Loba tenían instrucciones de atender a los clientes sin considerar el tiempo transcurrido; debían hacerlos sentir

importantes y no mezquinarles el apoyo o la oreja, si les hacía falta.

Alicia encontró tan grata la conversación con Edelmiro, que acabó por contarle el mayor suceso de la jornada, la aparición súbita de la niña Garmendia en la casa, algo que Delia les había prohibido. Cuanto menos se supiese de la existencia de Violeta en el burdel, mejor. Cortés no estaba tan borracho como para no atar cabos, y en un segundo encontró relación entre el ataque paraguayo y la desaparición de Anselmo. Insistió en interrogar a Violeta, pese a las súplicas de Alicia, que comprendió su error en un instante, y reclamó a la Loba que lo pusiese en presencia de la niña. Delia lo echó sin contemplaciones, fulminando a Alicia con la mirada y castigándola con la limpieza del salón cuando la noche hubiese terminado. Las tareas eran rotativas, y aunque esa vez le tocaba a Clotilde y a Lavinia, Alicia entendió que no cabía replicar, puesto que había faltado a su palabra.

Al amanecer, cuando las mujeres se disponían a descansar, Delia entró a su cuarto, segura de que encontraría a Violeta dormida. Se sorprendió al verla subida a su cómoda, intentando huir por el tragaluz. Se había enrollado la falda en torno a las caderas para facilitarse los movimientos, y estaba descalza, a fin de afirmarse mejor en los huecos de la pared.

—¡*Aña memby!* Tenías que ser una Garmendia. ¿Adónde creés que vas?

—Quiero buscar a mi tío —porfió la niña—. Él me va a ayudar a encontrar a mi mamá.

Delia se conmovió ante la fe de la pequeña y la instó con dulzura a bajar.

—Yo también te viá a ayudar. Vení, vamos a tomar el mate primero, y después te llevo donde tu tío.

Ella era la primera en desear que la niña hallase un sitio donde quedarse. Violeta fue llevada a un cuarto abierto al exterior, con un horno de barro y una cocinita de hierro en la que las muchachas ya calentaban la pava. Comió una torta frita que preparó Lily y tomó mate de leche endulzado con miel. A medida que su estómago se tranquilizaba, recobraba el ánimo. Ya se veía en brazos de Batú, contándole todo, y también imaginaba la sonrisa de su madre al verlos llegar juntos, dispuestos a salvarla.

Comía y escuchaba el cotorreo de las mujeres, parecido al de las loras en las alturas, cuando el silencio repentino precedió a la aparición de un hombre

temible, acompañado de dos perros tan fieros como él.

—Es la segunda vez que nos visita, señor —dijo Delia, desconcertada.

Rete Iriarte miró a Violeta con interés. Delia sintió temor, supuso que Cortés le habría contado de la niña y este hombre, tal vez, quisiese llevársela, Dios sabía con qué fines.

—Violeta Garmendia está con nosotras, pues su madre...

—¿Qué pasó con su madre? —la interrumpió él con acento bravío.

La Loba y sus cachorras se asombraron de la violencia retenida en la expresión del hacendado. Ninguna sabía qué relación podía haber entre ese hombre y la tímida hermana de Bautista.

Ante la demora en responder, Iriarte se inclinó sobre Violeta, que observaba con asombro a los tremendos mastines que lo secundaban.

—No les temas —le dijo con suavidad inesperada—. Son perros guardianes, sólo atacan a mis enemigos. Y yo soy amigo de tu tío y de tu madre.

La niña lo miró, esperanzada.

—Dime lo que pasó con ella, pequeña, y podré ayudarte.

Al igual que un dique rompe sus compuertas, Violeta soltó su llanto con fuerza arrolladora al sentirse, por primera vez, comprendida en su desdicha. Lloró sin disimulo, con sollozos que desgarraron el alma de Rete Iriarte. Sus temores se vieron confirmados antes de que la niña hablase, y cuando ella, balbuceante, pronunció las palabras, el hacendado tomó la decisión que había rumiado de antemano:

—Toma —y atrajo hacia ella a uno de los mastines—, Dragón te cuidará mientras tu hermano y yo vamos a buscar a tu madre. Y estas señoras —añadió, mirando con severidad a Delia y a las otras— te cuidarán también, reservándote un lugar en la casa donde nadie más entre, o yo mismo las degollaré como a las gallinas antes del puchero, ¿queda entendido?

La mudez de las mujeres fue la única respuesta, hasta que la mirada del hacendado exigió saber si aceptaban las condiciones. Él no podía llevar a Violeta a su hacienda, pese a que le hubiese gustado, porque en su ausencia correría más peligro que allí. El Aguapé no era sitio para una niña sola. Mejor estaría con aquellas putas que, por lo menos, conservaban sus instintos

maternales. Era más seguro el burdel que una estancia correntina durante la invasión paraguaya. Y Dragón era el mejor cancerbero que una damita podía tener. Con él estaría a salvo, confiaba en su perro más que en cualquier hombre.

Una vez obtenida la promesa de la Loba de cuidar a la niña con su vida, Iriarte se despidió de ella. Violeta miraba aquellos ojos oscuros sobre los pómulos puntiagudos, y se sorprendió de la fiereza con que el hombre la escudriñaba mientras apretaba sus delgados hombros. Cosa rara en ella, sintió una oleada de confianza, como si se tratase de su propio tío. Rete se marchó con la sola compañía de su otro perro, que lo seguía con fidelidad pese a dejar atrás a su compañero. La niña se encontró frente al hocico de Dragón, que observaba la partida de su amo. El hacendado sólo le había ordenado «quédate», y el perro obedeció sin dudarle. Ella nunca había tenido una mascota, fuera de Tutuna, así que saberse dueña por un tiempo del enorme animal la colmó de expectativas. Con la rapidez con que los niños pasan de la tristeza a la alegría, el entusiasmo de convivir con Dragón le hizo olvidar, al menos por un rato, su situación desesperada.

Muriel se engañaba pensando que su interés por el prisionero del Fuerte era compasivo, que nada tenía que ver con la excitación que la recorría cuando recordaba el calor de su boca o la presión de sus grandes manos sobre su cuerpo. Para un temperamento fogoso como el de ella, desbordante de sensualidad no correspondida, el descubrimiento de la vibración íntima que aquel contacto fugaz le había proporcionado era como una droga. Soñaba con probarla de nuevo, y su mente caprichosa no aceptaba reconocerlo. Llamaba devoción cristiana a su preocupación, y dignidad ofendida a la atracción, matizada de odio, que la revolvía cuando recordaba el modo brutal en que aquel hombre le había robado un beso. «Bárbaro inculto», lo llamó para sus adentros, y a la vez se dejó mecer por la ensoñación cuando su piel se erizó ante el recuerdo del olor silvestre que lo envolvía. Dalila le había conseguido algo de información, no mucha, aunque lo más importante había sido aclarar que ella había querido liberarlo de verdad y que, si el intento resultó

frustrado, no fue por su culpa. Deseaba que no hubiera dudas sobre eso, y al mismo tiempo le fastidiaba depender de la aprobación del extraño.

«Quién es, acaso, apenas un pescador», se repetía, sin lograr convencerse.

Se contempló en el espejo de pie y con ojo crítico recorrió sus formas sinuosas, cubiertas tan sólo por la camisa de dormir. Lo que le faltaba en altura lo compensaba con gracilidad. Muriel se sabía bella, deseable, y anhelaba que un hombre al que ella pudiese respetar se sintiese atraído por sus encantos, alguien que no fuese el coronel, tan circunspecto y elusivo, frío como un reptil. Tenía las manos calientes y algo temblorosas, ella detestaba que la tocasen. Y él no hacía otra cosa que tocarla. Debería sentirse afortunada, ya que no se imaginaba perteneciendo en cuerpo y alma a un hombre como su esposo. Había en él una oscuridad que la repelía, pese a su aspecto pulcro y distinguido. En su fuero íntimo, debía admitir que él le había hecho sentir el desborde de la pasión, pero al goce de ese instante supremo le seguía, inexorable, la vergüenza y hasta la repugnancia. Muriel no sabía si era un defecto de ella, o la manera natural de concluir la excitación. Al revés que otras mujeres de su condición, sabía bastante de la vida marital pues, curiosa como era, se había procurado libros prohibidos que la aleccionaron, aunque no pudo poner en práctica casi nada de lo leído, ya que los encuentros con el coronel no tenían las condiciones que aquellos textos requerían. Tal vez no lo había leído todo, quizá existían libros que no conocía aún. Estaba dispuesta a suplir esa ignorancia. Aún antes de que Eladio la tomase por esposa, ya había experimentado las cumbres del placer por sus propios medios, en la intimidad de su alcoba, bajo las sábanas. Y lo había disfrutado más que con el coronel, porque podía imaginar un *partenaire* a su gusto, sin esforzarse por borrar de su mente la imagen del marido que le habían impuesto y que, por muchos afeites que usase, no podía disimular la rugosidad de la piel, cierto amarillo en los dientes, o la manera chusca en que su cabello canoso se erizaba si apoyaba la cabeza en la almohada.

Por eso, Muriel fantaseaba con Álvaro del Cerro. En los últimos tiempos, sin embargo, el encono hacia el oficialito había diluido su afán hacia él. Prefería tocarse y pensar en aquel pescador.

—¿Qué vestido se pone, amita?

La interrupción de Dalla le sirvió para disimular el rubor que se había extendido por su pecho y sus mejillas.

—Dame el blanco, y el chal de flores. ¿Ya desayunaron todos?

—La patrona debe de haber tomado el mate al amanecer, pues se metió en el estudio y no salió entoavía, y la señorita dice que se siente indispuesta. Le traje su chocolate, tibio porque hace calor, mi ama.

—Ponlo ahí. ¿Qué se sabe del hombre de abajo?

Ésa había pasado a ser la denominación con que ambas se referían a Bautista. Muriel se había paseado con disimulo por todas las estancias de la mansión, tratando de adivinar la suerte que podía haber corrido el prisionero, y como nada averiguó, hizo que Dalila sacase el tema en la cocina. Allí obtuvieron lo que deseaban: Álvaro del Cerro había decidido interrogar al fugitivo antes de que llegase el coronel, y esa decisión debía de ser obra de doña Melchora. Muriel sospechaba que la mujer anhelaba el reconocimiento del mariscal y, tal vez, aunque jamás lo reconociese, la admiración de Madame Lynch. Aquella dama provocaba sentimientos encontrados en quienes la trataban. Héctor Varela, un periodista que publicaba en diarios de Buenos Aires, la había visitado con frecuencia en su salón y elogiado con palabras de poeta, para luego condenarla por inmoral en sus artículos. Doña Melchora la criticaría por lo bajo hasta el día en que «la Linche», como le decían los paraguayos, la invitase a alguna de sus casas como huésped principal.

Si iban a interrogar al correntino, cabían dos posibilidades: que Del Cerro se trasladase al Fuerte, o que hubiesen traído al prisionero a los sótanos de la casa. Muriel sabía que abajo había una especie de mazmorra donde, al decir de los esclavos, funcionaban instrumentos de tortura. ¿Sería ese conocimiento lo que le producía escozor al pensar en su esposo? Completó su atuendo con dos peinetas de nácar que sujetaron sus bucles en lo alto, y pendientes del mismo material. Aunque no necesitaba pinturas de ninguna clase, le agradaba deslizar aceite coloreado por sus labios carnosos. Se envolvió en el chal y bajó las escaleras, seguida como siempre por Dalila. La joven se hallaba inusualmente callada, y si Muriel hubiese prestado más atención a los sirvientes, se habría percatado de eso. Y de que no había respondido a su

pregunta.

La mansión se hallaba silenciosa. Nadie del servicio limpiaba la platería ni sacudía los sillones, no había ruidos en la cocina ni tampoco aromas tentadores que permitiesen adivinar el almuerzo. En el patio del aljibe, donde los limoneros sombreaban los caminos de piedra, sólo se escuchaban trinos de aves y el gorgoteo del agua que caía del balde volcado sobre el brocal.

—¿Dónde están todos? —preguntó fastidiada Muriel, y se encaminó al patio trasero, segura de encontrar allí algún sirviente que le informase sobre el paradero del hombre de abajo. Todo se sabía en la casa, y el patio de la servidumbre era el mejor lugar para enterarse. Allí estaba Tilda, arrojando puñados de maíz a las gallinas mientras tarareaba: «*Tupásymi*, madrecita de mi devoción... *anga* soy, pero mi corazón te doy».

Al ver a la patrona con su criada, Tilda calló. Muriel, impaciente, la instó a que le informara lo que sucedía en la casa.

—Que *Karai Guasu* llamó a todos los hombres a servir, y fueron toditos al cuartel, para subir por el río.

—¿Todos? ¿Quiénes? ¡Si en la casa no hay más que dos viejos y los demás son niños!

—Los niños que usted dice, patrona, también van a servir a su patria.

—¡No puede ser! ¿Quién ordenó ese disparate?

La cara morena de Tilda se tornó color ceniza al escuchar la blasfemia. Ella, al igual que la mayoría de los criados, veía con naturalidad el sacrificio de tomar las armas cuando su mariscal lo pedía, y la actitud reticente de los patrones era considerada desleal. Tilda no tenía hijos, que si los hubiese tenido, estaría orgullosa de verlos con el uniforme del ejército paraguayo. Así se lo dijo a Muriel, que no podía creer lo que oía. Ella no entendía el heroísmo de ese modo, y como tampoco estaba dispuesta a discutir con una criada, giró sobre sus talones, dejando a Tilda amoscada y arrastrando a la compungida Dalila. La mulata sí sabía lo que estaba ocurriendo, su corazón se había estrujado de tristeza al ver partir a los muchachitos que trabajaban en los fondos de la casa, esa mañana.

Llevada por los demonios de su impaciencia e inquieta ante los cambios que la guerra pudiese provocar en su vida, Muriel descendió al depósito de

granos donde se almacenaban los víveres. El lóbrego cuarto se encontraba iluminado por la llama de una antorcha que agrandaba las siluetas de los sacos de lona sobre las paredes encaladas. Allí, sentado a medias sobre una pila de bolsas, Álvaro del Cerro jugaba con su rebenque mientras sonreía de modo cruel. Muriel siguió la línea de su mirada y no pudo contener un gemido. Bautista yacía tendido sobre un charco que podía ser de aceite o de su propia sangre, pues en la penumbra de la habitación no se distinguía su color. Habían atado sus brazos a un tronco que pesaba sobre su cuello y hombros, de manera que se veía obligado a mantener inclinada la cabeza; sus ropas eran sólo tiras sucias que casi no lo cubrían, y sus pies estaban llagados, de seguro por la huida a través de los campos. O quizá le hubiesen dado de latigazos en las plantas, como hacían los indios con sus cautivos para que no pudiesen huir. Muriel se llevó una mano a la boca pero ya era tarde, Del Cerro había captado su presencia. En lugar de disgustarse, vio propicia la ocasión para enseñar a las mujeres cuál era el trato que debía dispensarse a los prisioneros que se negaban a colaborar con el mariscal.

—Adelante —les dijo con falsa cortesía—. Les presento a nuestro invitado, que por ahora se niega a satisfacer nuestras dudas. Una falta de educación imperdonable, ¿no es así?

La pregunta iba dirigida a dos soldados que se encargaban de enderezar a Bautista cada vez que caía, y de sujetarlo para que el oficial lo golpease, como acababa de ocurrir. Muriel sintió náuseas ante la escena, y a causa también del espantoso olor que inundaba todo, mezcla de sudor, sangre y orines. El preso no parecía haberla visto y difícil sería, con esos ojos hinchados por los golpes. Una ráfaga de conmiseración sacudió a Muriel. En su candidez, creyó que podía interceder por el desdichado, dado su lugar en aquella casa. Grande fue su sorpresa al escuchar las burlonas palabras de Del Cerro.

—No se moleste en abogar por un espía, señora. El coronel dio órdenes de sacarle información a lonjazos y luego echarlo a los caranchos para que se den un festín. Ésa es la suerte de los malditos traidores.

—¿Dónde está mi esposo? Hablaré con él. Ningún cristiano debe ser tratado de este modo, por grave que sea su delito. ¿Acaso este hombre ha

tenido atención médica?

Las carcajadas de los soldados la abochornaron. Y la expresión del oficial, una que ella no le conocía, le produjo escalofríos en la espalda. Álvaro del Cerro se incorporó y se acercó, disfrutando de su conmoción. Llevaba la chaqueta desabrochada en el cuello, dejando al descubierto una porción de su bronceada piel en la que se veía una medallita de oro, de seguro la imagen de la Virgen, aunque al mirarla de cerca Muriel no distinguió los rasgos de la Inmaculada. Un olor almizclado se desprendía del hombre. Sus manos fuertes balancearon el rebenque, a modo de advertencia. Muriel casi pisó a Dalila, que se encontraba muy junto a ella, muda de espanto, y las dos retrocedieron hacia la pequeña puerta por donde habían entrado. No obstante, la orgullosa joven no pensaba ceder así como así ante las bravatas de un subordinado de su esposo; reunió el coraje que pudo y se paró en seco ante Álvaro del Cerro. Apenas le llegaba a la barbilla, de manera que alzó la cara hacia él para hablarle.

—Usted obra según sus órdenes, pero yo no pertenezco al ejército, así que obraré como me dicte mi conciencia. Y le exijo que trate al prisionero con dignidad. Aun si es un enemigo, tiene derecho a que se le interrogue como hombre, no como bestia.

Bautista reconoció la seductora voz de la mujer de la bahía, si bien no podía distinguirla debido a sus heridas y a la oscuridad del recinto. Tampoco había claridad en su cabeza a causa de los golpes, del hambre y de la sensación de pérdida que sufría desde que había caído en manos de los paraguayos. Todo aquel asunto, empezando por la desaparición de Anselmo, era un absurdo drama en el que se encontraba mezclado sin entender las razones. Le habían preguntado su nombre, a lo que él respondió con la verdad, puesto que sólo así se aclararía que no tenía apellido de importancia para los fines del general López, pero los soldados se habían tornado más violentos aún al saberlo, cosa que lo desconcertó. Luego, habían tratado de sonsacarle algo sobre su hermana, y cuando él, intentando proteger a Rosa, empezó a decir que ella no vivía en el Paraguay, una lluvia de latigazos matizada con improperios cayó sobre su espalda. Lo habían tratado de mentiroso. Cada vez entendía menos su situación. ¿Para qué querían saber de

Rosa? El miedo, unido a la indignidad de su condición, le produjo una tristeza infinita, como si la fatalidad, contenida durante años, hubiese caído de repente sobre su cabeza, demostrándole que él no estaba destinado a gozar de felicidad, que la poca que tenía era prestada y debía pagar por ella.

La mujer de la bahía seguía hablando y él no alcanzaba a entender lo que exigía. La noche en que la criada le había llevado el papel para que escribiese su nombre, él se había rehusado, y lo bien que hizo, ya que aquella bruja sin corazón quería cerciorarse de su identidad para disponer el castigo que ahora estaba sufriendo. Su única preocupación debía de ser que no lo liquidasen muy rápido, pues antes querría saber algunos secretos. Que él no poseía, por cierto. A menos que... y de nuevo revoloteó en su mente la idea de que Anselmo podía estar relacionado con todo lo que le sucedía, aunque no entendía cómo podía ser eso.

—Mejor vuelva a su cuarto, señora —estaba diciendo el oficial— o me verá obligado a pasar el parte de su rebeldía a mi coronel. No olvide que, cuando hay guerra, todos estamos en el ejército, de un modo u otro.

—Mi esposo sabe lo que pienso sobre algunas cosas —mintió ella— y entenderá que me preocupe por la salud de un prisionero. Dígale lo que quiera, no me importa. Yo también tengo cosas para informarle.

Muriel echó un último vistazo a Bautista. El hombre la miraba también, y aún bajo los moretones y la sangre, aquellos ojos negros tenían el poder de horadarle el alma, como la primera vez. Hubo un instante de comunión entre ellos, durante el cual Muriel dejó entrever la debilidad que le provocaba. Luego, simulando controlar la situación, hizo señas a Dalila de que la siguiese, algo que la mulata no necesitaba que le indicaran.

Estaba a punto de salir, cuando se le ocurrió la peregrina idea de que sus armas de mujer podrían bastar para disuadir a Del Cerro. Después de todo, ella lo había descubierto observándola más de una vez. Ante la consternación de su criada, Muriel caminó contoneándose hasta quedar cerca del oficial.

—Me disculpo por el tono que usé con usted —comenzó— y quisiera compensarlo.

Procuró que su falda rozase la pierna del hombre mientras hablaba con tono dulzón.

—Las mujeres somos más sensibles a los espectáculos de violencia, pero si este prisionero ha cometido una grave falta... Claro que en las condiciones en que está, es difícil que logre confesar. Sería mejor darle agua y algo de comer antes. ¿No lo cree usted?

Los ojos de Muriel, velados de inocencia fingida, recorrieron el rostro moreno del oficial, aguardando la indulgencia pedida. Del Cerro no demostró desconcierto ni satisfacción, su expresión era inescrutable. Los soldados, en cambio, intercambiaban guiños y se codeaban. Dalila estaba petrificada.

—Sé que es un buen hombre, Álvaro, mi esposo no me habría confiado a su cuidado de no ser así. Le imploro, como cristiana, que tenga compasión de este infeliz. Yo sabré ponderar su actitud ante el coronel.

Las palabras de Muriel sonaban en los oídos de Bautista con maliciosa cadencia. A pesar de que no la veía bien, distinguía la figura vestida de blanco junto a su torturador, y el tono de su voz, de inconfundible seducción. Ya no le cupo duda acerca de la condición de aquella mujer, si bien ignoraba el puesto que ocupaba en la casa.

—Señora —y Del Cerro la tomó con fuerza del brazo—, resérvese para su esposo.

Las duras palabras hirieron el orgullo de Muriel. Ella no estaba dispuesta a entregarse al oficial así como así, desde luego, pero el rechazo la colmó de ira.

—Veo que es imposible razonar con usted —escupió furiosa—. Lo dejo a solas con su conciencia, entonces —y desapareció en un revuelo de faldas.

Después de que las mujeres salieron del depósito de víveres, los soldados hicieron bromas subidas de tono acerca de ellas y todo retornó a su punto de partida.

El oficial acercó el rebenque al rostro del prisionero y mordió las palabras, disfrutando de antemano:

—A ver si ahora soltás prenda, traidor.

Con la vista clavada en el cielo raso, Muriel se devanaba los sesos inventando formas de liberar al prisionero. Ya no se trataba sólo de él,

aunque le dolía más de lo que quería reconocer verlo estropeado de ese modo, sino de perjudicar al oficial Del Cerro, que había sido grosero con ella, y hasta amenazador. No entendía cómo su esposo la dejaba en manos de un canalla como él. Había percibido una maldad recóndita en su naturaleza, lo mismo que le sucedía con el coronel, algo latente que ella no alcanzaba a discernir. Álvaro del Cerro debía de sentirse muy seguro de su posición para enfrentarla como lo había hecho, sin temer el castigo de su superior.

Era avanzada la noche y sólo se escuchaban los grillos en el jardín de adelante. Cada tanto, algún repiqueteo de fusiles a lo lejos. Por primera vez, Muriel tomaba conciencia de estar en medio de una guerra. Hasta ese momento, las idas y venidas de los soldados, los preparativos de su esposo y los comentarios sobre las órdenes del mariscal, habían sido como un escenario donde su vida transcurría sin sobresaltos, apenas modificada por la ausencia del coronel o por los hábitos en la casa, ya que doña Melchora solía atrancar ella misma las puertas y verificar que los postigos estuviesen cerrados antes de irse a dormir. Ese día, con la revelación de Tilda acerca de los niños que marchaban al frente y luego la brutalidad que había presenciado en el sótano, Muriel recibió el mazazo de la realidad en que vivía. Y aún estaba aturdida por el efecto.

¿Dónde dormiría el hombre de abajo? No creía que pudiesen trasladarlo al Fuerte en el estado en que estaba, era más lógico que lo dejaran tirado ahí, esperando quizá que muriera. Si quedaba bajo la guardia, ella no tendría ninguna oportunidad de ayudarlo, ya que ni loca se metería de nuevo en aquel averno en compañía de hombres tan brutales. Debía cerciorarse de que el prisionero dormía solo en alguna celda, aunque estuviese engrillado. Ya vería de qué modo ayudarlo. ¿Podría hacerlo? Estaba muy herido, y parecía ajeno a la realidad que lo rodeaba. Mejor para él, pobre diablo. Aunque a Muriel le costaba pensar en aquel hombre como alguien a quien compadecer. Herido, golpeado y desfigurado, aún denotaba cierta altanería que la admiraba. Quizás eso fuese lo que irritaba tanto a Del Cerro. Estaba visto que el oficial necesitaba doblegar a todos, incluida ella.

El reloj del vestíbulo dio las doce campanadas. La noche era calurosa y húmeda, y como debían dejar las ventanas cerradas por precaución, el

ambiente era sofocante. Muriel se ahogaba. En un raptó de desesperación, se levantó, mojó su cuello y sus muñecas con el agua de la jofaina de plata, y abrió los postigos, desoyendo los consejos. Aspiró con deleite el aire colmado de perfumes y se acodó en la barandilla, ofreciendo su delicada piel a los mosquitos. Llevaba sólo una túnica suelta, lo más cómodo para dormir fresca. Permaneció unos minutos así, ensimismada en su dilema, hasta que un murmullo entre las hojas de un rododendro llamó su atención. En la oscuridad pudo distinguir el brillo de un puñal, pero no llegó a gritar, pues el hombre que lo portaba saltó sobre la reja y le tapó la boca con una mano, mientras que con la otra amenazaba con rajarle el cuello.

—Quieta, o amanecerá ahogada en su propia sangre.

El susurro, cercano a su oído, la congeló de miedo. La tonada era distinta, quizá fuese un correntino que estaba atacando la ciudad de Asunción en plena noche. ¿Por qué habría insistido en que Dalila volviese a su sitio en el cuarto de los trastos? Sabía por qué. Había tenido la idea de liberar al prisionero ella sola, pues la mulatita no la dejaría esa vez, y prefirió mantenerla al margen de sus planes. Ahora estaba indefensa ante el enemigo. Sin embargo, el hombre no manifestó interés por ella.

—¿Dónde está el prisionero? —le exigió.

De modo que venía a liberarlo. Muriel casi rió de alivio. Le solucionaba su problema. Como pudo, hizo señas para que la soltara y así poder informarle lo que pedía. El intruso aflojó la garra sin liberarla. Muriel balbuceó:

—Lo tienen en el sótano, bajo la casa, del lado de atrás.

El hombre apretó su cintura.

—Si me engañas, vuelvo por ti y te despacho. Por ésta —y le juró la promesa besando su índice.

Recién entonces, Muriel advirtió que el atacante era alto y fornido, y que no hablaba como paraguayo ni como correntino, sino que tenía un acento extraño que ella jamás había escuchado. Sus ojos oscuros y rasgados eran penetrantes, y había en ellos tal pasión, que la joven se sintió ultrajada pese a que él no estaba haciendo nada aparte de entrar por la fuerza en su alcoba. Desapareció con la mirada fija en ella, recordándole su promesa, y pronto el

jardín volvió a ser el mismo, ni una rama caída revelaba la presencia del extraño.

Esa noche, Bautista Garmendia fue liberado, y dos soldados paraguayos yacían en el depósito de víveres, los ojos vueltos hacia atrás, como si hubiesen contemplado el rostro del demonio.

Capítulo 8

Atrapados en la trama

Buenos Aires hervía de excitación. A partir de la mañana del 16 de abril, en que se conoció la noticia de la invasión a Corrientes, la ciudad se debatía entre proclamas del gobierno, anunciadas con bombas de estruendo, y las disputas entre «crudos» y «cocidos». Esa antinomia, como un recuerdo del antiguo dualismo entre federales y unitarios, empañaba las cuestiones que el gobierno debía tratar para cumplir con la Constitución.

—Hay que ver adónde nos conduce una mala política exterior —señalaba un crudo autonomista acérrimo, en tanto que su interlocutor retrucaba:

—Qué sabrá usted, anarquista, si gracias a Mitre tenemos paz por primera vez.

—Sí, a costa de sacrificar los intereses de Buenos Aires. ¡Merece llamarse cocido!

—¡A mucha honra, si eso significa cocerse en el orden y la unión de los argentinos!

Y las discusiones se multiplicaban: a la salida del Franco-Argentino, exacerbadas por unas copas de más, en el paseo de Lorea, mientras los sones de una mazurca extasiaban a las niñas, en el café de Catalanes, en las tiendas de la calle de la Victoria, en los clubes y hasta en las tertulias familiares, en medio del juego del tresillo o de las prendas, donde algún que otro caballero aprovechaba el auditorio para lanzar sus diatribas contra el partido opositor al de sus ideales.

La ausencia de diarios durante la Semana Santa había sumido a la

población en una ola de rumores: que si López había envenenado la yerba mate que bajaba en los buques paraguayos, que si la declaración de guerra vendría, por fin, a justificar la respuesta del gobierno nacional... y la ansiedad convivía con las ganas de diversión. La juventud acudía a los bailes del Club del Progreso, o a parrandas *non sanctas* en El Alcázar, en tanto que la gente bien llenaba los palcos del Teatro de la Victoria o del Colón, para asistir a la representación de *El Paraíso perdido*, o a una flamante ópera de Verdi cantada por auténticos tenores italianos.

La guerra se percibía como algo distante, que ocurría en una provincia más cercana a López que alejada de él. Quizá por eso, los preparativos adquirían el carácter de una fiesta, como cuando la gente acudió a ver a la tropa de línea desfilar en el Vía Crucis, encabezada por el propio Mitre. Ese día, en la iglesia de Santo Domingo no cabía un alfiler.

Don Claudio se regodeaba a sus anchas organizando tertulias en su casa de la calle de Potosí, un reducto residencial algo pasado de moda, pues la gente de linaje ya se empezaba a trasladar hacia el barrio de la Merced o de San Miguel. Romilda, la resignada esposa, debía atender a los invitados que desfilaban sin cesar por su sala para satisfacción de don Claudio, árbitro de todas las discusiones, mientras que Balbina, la única hija del matrimonio, intentaba escoger entre los caballeros al que podría convertirse, Dios mediante, en su candidato. El decoro de la época y la rígida crianza española le impedían acudir a otros sitios aparte de la Iglesia.

Esa tarde se encontraba el viejo castellano rodeado de representantes de distinto color político, como a él le gustaba, para confrontar opiniones. En la abigarrada sala de cortinados oscuros y muebles fraileros, los hombres conversaban mientras la mulata de la casa ofrecía pasteles y licores.

—Habrán notado —soltó con satisfacción don Claudio— que ya el Presidente se prepara a partir rumbo al litoral, donde por fin se dará un escarmiento a esos felones y traidores paraguayos.

—Pues se toma su tiempo —resopló con desdén un hombre fornido que parecía estallar adentro de la levita—. Dicen que los correntinos han debido hacerles frente todos estos días, sin otra ayuda que la de los vecinos. ¡Hasta las armas tuvieron que fabricar!

—Eso no puede ser verdad. El gobierno anunció que proveería a los ejércitos.

—¡Qué ejército! ¡Si no tenemos nada! —gruñó un viejo de larga barba y cabeza calva—. No puede haber ejército sin armas, y acá, señores, la pobreza del Parque Nacional da lástima. Fusiles de chispa... qué vergüenza, menos mal que los paraguayos andan en cueros y con tacuaras.

Don Claudio lamentaba a veces la elección de sus invitados, como era el caso de don Filemón Bustamante, un escribano viudo y amargado, aplicado a enemistarse con todo el mundo.

—Se olvida usted del Ejército Grande —deslizó.

—¡De Urquiza, ni noticias tenemos! ¿Acaso se pronunció, como todos esperaban? No se sabe de qué lado está.

Las palabras del escribano calaron hondo en los ánimos. La población de Buenos Aires suponía que el entrerriano movilizaría a sus tropas en auxilio de la provincia del litoral; sin embargo, el caudillo se había mantenido a la expectativa. Por otro lado, los paraguayistas esperaban que Urquiza apoyase a López, pues los tratos previos y los intereses comunes así lo hacían suponer. Esas dilaciones alimentaban sospechas y enfrentaban aún más a los partidarios de unos y de otros.

—Yo creo que el muy ladino está evaluando si puede vender su caballada al ejército brasileño, antes de decidir a qué bando ayudar.

—¡Eso sería traición! —bramó el otro.

Don Claudio se dirigió con rapidez al tercer hombre, un tipo alto y de melena rubia unida a unas patillas frondosas. Sus ojos celestes, pequeños y agudos, recordaban a los de Rosas por el pliegue de sus párpados. Ese leve parecido provocaba respeto y temor entre quienes lo trataban, pues el recuerdo de don Juan Manuel se encontraba fresco todavía.

—Explíquenos, don Nicanor, qué es lo que piensa usted de la prudencia de Urquiza —dijo, intentando derivar la conversación hacia alguien menos efusivo, aunque no pudo evitar que don Filemón acotara:

—¡Prudencia lo llaman! ¡Ja!

Nicanor Céspedes, estanciero de Tres Arroyos que solía pasar temporadas en la ciudad en pos de una candidatura política, había tomado el partido del

nacionalismo porque, a su juicio, los tiempos del caudillaje habían pasado. Recién empezaba a vislumbrarse un proyecto de nación, pues hasta entonces había imperado el localismo cual si fuese una ley: los porteños amaban a su ciudad y por ende a Mitre, mientras que los pueblos del litoral idolatraban a Urquiza. En aquel panorama de terruños enfrentados por la personalidad de sus caudillos, el vencedor de Pavón había marcado el rumbo definitivo, y Buenos Aires levantaba orgullosa su testuz, una vez más.

Nicanor Céspedes carraspeó, midiendo las palabras que diría. Si bien don Claudio era español y no ostentaba banderías políticas, sus otros interlocutores eran exponentes de los partidos enfrentados, de manera que debía ser discreto.

—La política es el arte de obrar según las circunstancias, caballeros. Me permito suponer que Urquiza le deja el camino libre al Presidente para que actúe en nombre de todos los argentinos, ya que en estos tiempos no deben alimentarse rencores...

—¡No pensó así cuando entró en Buenos Aires con su divisa roja y de a caballo! —bufó el escribano. Poseía una energía extraordinaria pese a sus años y a sus achaques.

—Eso ocurrió hace años, después del triunfo de Caseros.

—Pues lo recordamos muy bien —insistió don Filemón—. Y no le perdonamos la humillación.

—Insisto en que se trataba de otras circunstancias —contestó Céspedes, intentando conservar la calma.

Era cierto que el rencor hacia el caudillo persistía en los corazones porteños. Si había algo en lo que autonomistas y nacionalistas coincidían era en el odio a Urquiza. Aquel desfile triunfal, a lomos de su brioso moro, con su poncho de vicuña ostentando el cintillo federal y la galera de felpa negra, cayó mal a los ciudadanos de Buenos Aires, que veían en el entrerriano al futuro déspota, en lugar del libertador del tirano.

Nicanor Céspedes había adoptado una postura neutra en los enfrentamientos partidistas, abogando por la organización nacional. Crudos y cocidos eran un problema de los porteños furiosos. Daba, así, una imagen de equilibrio y legalidad que don Claudio admiraba.

—Siga usted —lo alentó éste—. Háblenos del tiempo que se viene.

—Henos aquí en una encrucijada interesante: Urquiza debe elegir entre protagonizar esta nueva batalla o mantenerse a las órdenes del Presidente Mitre, que ha resignado todo partidismo para abrazar la causa argentina sin distinciones.

A esta altura del discurso, el rostro del hombre restallante en su levita adquirió un tono carmesí que hacía temer una apoplejía.

—¿De cuándo acá se defiende a un traidor? Urquiza traicionó a Rosas luego de servirle como faldero, y ahora se lo alaba por su coraje y su ecuanimidad. En cuanto a Mitre, traicionó a los mismos porteños que confiaban en él como su representante. ¡El único que sigue en la brecha de la defensa de Buenos Aires es Alsina!

—¡No injurie usted a Mitre! Él es jefe de un partido, pero Presidente de la Nación —gritó, exaltado, don Filemón.

—No será por mi gusto —retrucó el de la levita—. Y no se fíen de Urquiza, que anduvo a los abrazos con el tirano del Paraguay. ¡No se puede confiar en los políticos, que todo lo embarran, hasta su dignidad!

—¿Quién es Alsina, entonces, un danzarín de feria?

Los hombres habían perdido toda compostura. Don Filemón enarbolaba su bastón como una espada y golpeó una estatuilla de mármol que voló por los aires, en tanto que su contendiente aporreaba la mesita de arrime, provocando que los vasos saltaran y cayesen al piso. Nicanor Céspedes luchaba por mantener su estudiada postura de observador crítico y distante, aunque se mordía la lengua de ganas de responder a la manera insultante con que los otros habían desechado sus opiniones.

Don Claudio sólo atinaba a recoger las cosas que se caían y a mirar de reojo hacia la otra sala, temiendo que su esposa apareciese de improviso.

—Señores, señores... —intervino, conciliador—. Piensen que una guerra nos une a todos en contra de un enemigo común.

Aquellas palabras obraron como un paño de agua fría y todos se acomodaron en sus asientos, aunque refunfuñando y respirando acalorados.

—Al final de cuentas, se trata de un asunto militar, no de rencillas partidarias. Eso puede esperar —insistió, gozoso al ver que había obtenido

resultados.

Se escuchó una nueva bomba y don Claudio corrió hacia la ventana.

—¡Otro boletín! ¿Qué pasará ahora?

Los invitados permanecieron expectantes, aguardando a que alguien en la acera vocease la noticia. Balbina entró en la salita portando una bandeja de finas masas de hojaldre.

—Mi madre les envía éstas, recién salidas del horno. Aprovecho para saludar a los señores. Don Nicanor, qué gusto verlo por acá. ¿Cómo siguen las cosas en la estancia?

Don Claudio contempló atónito a su hija oficiando de anfitriona y tendiendo su mano cubierta de encajes al caballero de Tres Arroyos. ¿Desde cuándo se había vuelto tan sociable?

En las calles, el estrépito de las bombas se mezclaba con las voces que coreaban la última noticia:

—¡Acuartelados en el Retiro! ¡Llaman a la Guardia Nacional!

Y un muchacho delgado que pasaba corriendo lanzó a la cara de don Claudio, asomada a la ventana:

—¡Se viene la guerra, señor! ¡El gobernador oriental está llegando a Buenos Aires!

Un estremecimiento sacudió al viejo castellano. Después de todo, peinaba suficientes canas como para saber que hay situaciones en las que siempre se pierde.

Tres años. Y ya tenía entre manos una guerra.

Inclinado sobre su escritorio, rodeado de documentos y ajeno a las febriles disputas en las calles, Mitre analizaba la difícil encrucijada que el destino le había arrojado al rostro. Una luz rosada teñía los postigos entreabiertos de su despacho en el primer piso. Se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de su sillón, y dejó vagar la vista por los techos de las casas vecinas. Le agradaba esa hora de quietud, previa al anochecer, anunciada por las campanas de la Iglesia de la Merced y el arrullo de las palomas en el alero de su propia casa.

¿En qué se equivocaba? Había momentos en que un hombre quedaba solo con su conciencia, y ésta le indicaba que los años de pacificación habían sido duros, hasta crueles. Los agentes militares que envió a las provincias para aplacar rebeliones se habían comportado muchas veces con salvajismo, desoyendo sus propias instrucciones, tratando a los rebeldes como si fuesen bandoleros. Aquel comportamiento sanguinario sembró el espanto y generó odio contra la misma autoridad en cuyo nombre obraba.

El mal estaba hecho, aunque él castigase a los autores e intentase enmendar los desaciertos. Y si las provincias se le enfrentaban, Buenos Aires no se quedaba atrás: los partidarios de Alsina le enrostraban el querer entregar la provincia al promover su federalización, como si convertir a la ciudad en capital equivaliese a perderla de algún modo. Postergaría esa decisión para más adelante, en aras de la paz que tanto anhelaba lograr. Veinte años de luchas sangrientas eran suficiente precio, y el país tenía otros problemas urgentes.

El Paraguay.

Y el litoral, que a veces era la misma cosa.

—Tatita...

Puntual como siempre, su hija Josefina traía la bandeja con el mate de la tarde. Prefería hacerlo ella misma para disfrutar de la intimidad del santuario de su padre, abarrotado de libros, globos terráqueos y recortes de periódicos. «Soy, ante todo, un tipógrafo», solía decir él. Y más de una vez anunció que vendería sus muebles de lujo y parte de sus libros para fundar su propio diario. Aquel sitio era el atrio doméstico, el sencillo templo donde su padre rendía culto al estudio. Ciertas almas parecen dotadas de un sincero amor al saber, y Josefina intuía que su padre poseía ese instinto. Para ella, como para su madre y sus hermanos, era admirable el anhelo de Mitre por comprender y sobre todo, la entereza con que afrontaba los conflictos que la presidencia le acarreaba.

—Para endulzarle los pensamientos, tatita —le dijo, consintiéndolo con una porción de bizcochuelo.

Don Bartolo se dejaba cuidar por las mujeres de la casa: su esposa, la bella Delfina de Vedia, «un ángel descendido de los cielos», como la

describió al conocerla en el Uruguay; la otra Delfina, su hija mayor, y Josefina, la hija nacida durante su forzoso exilio, la niña cuyos rasgos debió dibujar en su fantasía durante cinco años.

—Me hace falta algo de dulzura.

—No se queje, que bastante lo mimamos. ¿Acaso lo tiene preocupado esta guerra?

Mitre sorbió el mate y lo devolvió con su habitual parsimonia. Una de las cualidades que Josefina más admiraba en su padre era la serenidad que lo envolvía, pese a las tensiones que lo rodearan.

—Son tantas las preocupaciones, m'hija... aunque ésa es la peor de todas. ¿Ha venido ya?

Una nota de ansiedad brilló en los ojos verdosos y Josefina supo que preguntaba por Venancio Flores, el flamante gobernador del Uruguay, caudillo de los «colorados».

—El mozo que enviamos al puerto volvió con la noticia de que estaba por desembarcar.

—Que sirvan la cena en el comedor de adelante, así se sentirá más a gusto y ustedes podrán retirarse cuando quieran.

—Sí, tatita, descuide, se hará como lo desee.

Las sombras entraron por la ventana y Josefina encendió la mecha del candil. El resplandor parpadeó sobre las paredes cubiertas de libros y de mapas, para iluminar al fin una misiva que descansaba en la carpeta del escritorio, dirigida al ministro de Guerra y Marina:

Participo a V. E. que a las siete y cuarto de la mañana una escuadrilla paraguaya de cinco de los principales vapores de aquella marina, con numerosas fuerzas de desembarco, bajaban por frente de esta capital, regresando poco después y acometiendo al vapor 25 de Mayo.

Última hora: los vapores han sido tomados, y se los llevan.

Estaba fechada el 13 de abril. Eso significaba que llevaban ya casi una

semana de guerra. Josefina pensó que la vida en la ciudad no había cambiado en absoluto, fuera de los comentarios y noticias que circulaban. La de las mujeres correntinas, en cambio, debía de ser bien distinta. Imaginó la angustia de dejar las casas para impedir que el invasor tomase a sus moradores como rehenes o algo peor, la tristeza de perder los bienes a manos del enemigo, el llanto de los pequeños al verse zarandeados de un lado a otro, sin comprender la razón de tanto revuelo. Pensó en cuántas hijas ya no podrían cebar el mate al padre al atardecer, pues se encontraría enrolado en las fuerzas defensoras.

—Tata, ¿usted puede evitar esta guerra?

El Presidente contempló el rostro joven y delicado y, por primera vez, estuvo tentado de mentir, de borrar con palabras tranquilizadoras la arruga de preocupación que nublaba la frente cándida. Él había elegido el camino difícil, sin embargo, el de afrontar las consecuencias de sus actos, y tuvo que admitir:

—Ya no, m'hija. El Presidente López ha roto los pactos de soberanía y una injuria tal no se puede ignorar. Sería signo de debilidad o, peor aún, de connivencia, permitir que se utilice el territorio nacional para invadir un país vecino por razones partidarias.

—Y usted, ¿va a ir también?

El ligero temblor de su labio inferior tocó el corazón de Mitre. Como militar, su lugar estaba en el campo de batalla, en especial si la responsabilidad de la guerra le incumbía como Presidente, de modo que no quedaban dudas de lo que le correspondía hacer. Antes de que pudiese contestar, la propia hija, quizá temiendo haber perturbado al padre con la pregunta, agregó:

—Lo que usted haga será lo correcto, tatita.

Mitre contuvo la emoción al comprobar la fe que los suyos le prodigaban, mucho más firme que la de algunos partidarios, que a veces observaban con mal disimulada crítica su postura distante con respecto a los fervores políticos. Estaba convencido de que no debían abrirse abismos irreparables en las luchas cívicas de un pueblo, y ésa sería su conducta mientras estuviese a cargo de la Nación. También solían condenar sus silencios y sus discursos

medidos, como si de ellos se desprendiese cobardía o cinismo.

En medio de la soledad de todo hombre público, la tierna confianza de su hija lo conmovió en lo más hondo.

—También me equivoco, m'hija. Vea, voy a contarle un cuento y usted me dirá si el protagonista merece tanta simpatía. Hubo una vez un muchacho, aún en trance de convertirse en hombre, al que su padre envió a una estancia para que aprendiese los oficios del campo. El capataz hizo lo posible por introducirlo en la doma, el arreo de las reses, la yerra o el tambo, pero este joven no podía con su genio, y se dejaba llevar por su delirio poético, hasta que el dueño de la estancia se cansó y lo devolvió a su casa, con una carta dirigida al padre, que decía: «Aquí le devuelvo a este caballerito que no sirve para nada, pues donde ve una sombrita se baja del caballo y se pone a leer». ¿Qué me dice ahora? —concluyó, mirando risueño a Josefina.

La joven abrió grandes ojos y se echó a reír.

—¡No me diga que eso le sucedió a usted, tatita, nada menos! Pobre abuelo Ambrosio, de seguro se sintió ofendido. ¿Y quién era el dueño de dicha estancia, se puede saber? Ya me resulta antipático el hombre.

Mitre sonrió, enigmático. Para qué avivar rencores, si todo eso era agua pasada. A qué contarle que aquella estancia era El Rincón de López, una de las que poseía Rosas, regentada por su hermano Gervasio. Que quedara sólo la anécdota.

—Vaya uno a saber —dijo, mientras acomodaba los papeles—. Hace tanto tiempo ya... ni me acuerdo. Vamos abajo, m'hija, que quiero aguardar al general Flores en la salita.

Josefina levantó la bandeja del mate y precedió a su padre, que se demoró unos instantes para echar un vistazo a la correspondencia de guerra. Antes de salir, garabateó al pie del oficio que le enviaba el gobernador Lagraña:

«Hay que obstaculizar el avance del enemigo, hostilizarlo sin comprometer fuerza alguna, lo que conviene es retirarle las caballadas, yegadas, haciendas, en fin, todos los elementos de movilidad y consumo con eficacia».

El viejo ardid del general Belgrano en Jujuy, en tiempos de las luchas por la independencia, podía dar el mismo resultado ahora.

Bautista llegó a la costa correntina después de viajar dos días en una barcaza robada. Se había guarecido más de una vez en las entradas profundas del Paraná, para evitar ser visto desde los buques paraguayos que surcaban las aguas. Conoció otros recodos y se abasteció de frutos y plantas, ya que su bolsa de víveres había quedado en el fondo de la piragua. A pesar de que ésa era su tierra, la crudeza de lo vivido y la preocupación que lo embargaba impedían que se orientara. Hasta los pajonales y las aves con que se topaba se le antojaban extraños. Un estornino de cuello carmesí se pavoneó delante de él, mientras una bandada de rayadores rozaba la superficie del río con su pico, formando cientos de surcos brillantes en busca de peces. Eran estampas habituales en la vida de la ribera, y Bautista las contemplaba como si las viese por primera vez. Llevaba la ropa hecha jirones, pero era lo único que lo protegía del rayo impiadoso y no podía deshacerse de ella. ¿Dónde había dejado la piragua? Parecía tan familiar el sitio en aquel momento... ¿Y cuánto tiempo había pasado desde entonces? La idea de que hubiesen transcurrido muchos días sin que Rosa y Violeta supiesen de su paradero lo paralizaba. Ellas no tenían a quién recurrir y, dado el temperamento asustadizo de Rosa, estaba seguro de que preferiría esconderse antes que salir en busca de ayuda. Al menos, en el rancho había provisiones y el monte ofrecería sus frutos. Violeta sabía pescar, él se había encargado de enseñarle, y el río era generoso con quienes sabían entenderlo.

Se detuvo junto a un grupo de árboles repletos de monos que gritaban y parloteaban. Gruesos nubarrones se habían amontonado en el sur, anunciando tormenta. Si llovía en abundancia estaría más perdido aún, ya que los caminos empantanados tomaban a veces otras formas. Arrastraba consigo la barcaza, y aunque le costaba sortear con ella las raíces crecidas y los bañados, la angustia lo impelía a aferrarse a aquella seguridad; si lo atacaban en tierra, siempre le quedaba el recurso de echarse al agua otra vez. Un viento frío comenzó a soplar y los colibríes que revoloteaban entre las flores huyeron. Bautista buscó refugio bajo el techo de hojas y se metió adentro de la barca, ovillándose para mantener el calor. El aullido del viento le impedía escuchar el castañeteo de sus propios dientes. Se sentía miserable.

Hasta ese día fatídico, su vida se había deslizado por la pendiente del

cariño fraterno, monótona y rodeada de belleza. El ataque a Corrientes había caído sobre él como una cuchillada traidora, matando su confianza en el futuro. La gente de la Asunción no parecía preocupada por la guerra; sin duda, su Presidente les habría asegurado la victoria. El negrito Anselmo también lo creería así, ya que había hablado con orgullo de los propósitos de López. Pensar en Anselmo le dejó un regusto amargo. ¿Por qué había huido sin decirle? ¿No eran amigos, acaso? Y si lo habían capturado... ¿Quiénes? Anselmo era paraguayo, y a menos que declarase a los cuatro vientos que condenaba las acciones de López, no veía en qué podía importarle al ejército su presencia. Lo mismo que la suya. Bautista continuaba perplejo ante su captura, ya que él no era nadie ni poseía nada que se pudiese codiciar.

Un error, era la única explicación posible.

La lluvia se desató en torrentes y el monte se oscureció. El fragor de la tempestad lo llenaba todo, impidiéndole oír cualquier cosa que no fueran las cascadas que caían de las barrancas o los truenos que aturdían con sus estampidos. *Tupa* se hacía oír a través del trueno. Bautista se tocó el pecho y recordó afligido la pérdida del rosario protector, que yacía en tierra paraguaya. Él se hallaba ahora a merced de la naturaleza correntina.

El viento y la lluvia se detuvieron de pronto, y el aire se llenó de mosquitos. Los zumbidos y las picaduras lo obligaron a buscar un sitio más alto para pasar la noche, ya que no deseaba aventurarse a través de las tierras anegadas. A medida que ascendía por el médano el aire se tornaba más fresco, y llegó a la cima sintiéndose de mejor ánimo. Aunque tuvo que soportar el alboroto de las cotorras en un palmar cercano, antes del oscurecer, era nada comparado con la tortura de los mosquitos. Al caer la noche, la visión de las estrellas lo apaciguó. Cuando miraba el cielo la vida cotidiana desaparecía, se sentía pequeño, y en esa pequeñez captaba una inmensidad que daba sentido a su propia existencia y le brindaba seguridad. Bautista sentía que la fe colmaba su pecho y le hacía saltar lágrimas. En momentos así, hasta las penas más intensas encontraban consuelo en algo eterno que lo envolvía. Poco a poco, la paz nocturna y el cansancio acumulado en tantas horas de ir a la deriva lo vencieron y cayó en un sueño profundo. Desfilaban por su mente imágenes de tiempos felices: el día que su padre le permitió

acompañarlo en sus trabajos, confiándole su espalda cuando cortaban leña o cazaban; el rostro sereno de su madre cantando nanas guaraníes mientras lavaba o tendía la ropa; la sonrisa de Rosa al recibir el viejo violín; las tardes en que solía cebar el mate a su padre mientras el viejo descansaba en la galería... En aquel entonces eran una familia apreciada, y los vecinos se detenían a intercambiar noticias con ellos. Una fugaz visión de Dionisia lo asaltó, aunque no pudo retener sus rasgos. En lugar del rostro de su novia, se le aparecía el de aquella ramera de Asunción. Lo había salvado una vez y no entendía por qué oscura razón, si luego se ensañó con él ordenando su tortura. Era una hembra hermosa y él había disfrutado el beso, pese a su situación. Se sorprendió al sentirse excitado sólo con verla, ése no era su proceder habitual. Bautista seguía fiel al recuerdo de Dionisia, hasta esperaba encontrarla algún día y cumplir su sueño de formar una familia. Aquella mujercita de la bahía no era limpia, Bautista condenaba su forma de vida: coqueteaba con el guardia y con él. Era una enemiga, además, como bien lo había demostrado. Se entendía con el oficial torturador. Al despertar del sopor que siguió a la fiera golpiza que recibió, se había encontrado adentro de una barca, navegando río abajo, con la ropa mojada y un chifle con agua a su lado. Ignoraba quién había sido su salvador, pero una mujer como aquélla, que vendía su cuerpo, no podía haber sido, ella no. Las mujeres así no eran de confiar.

El sueño se volvió agitado y se removió, incómodo. Ése era su pecado: el no haber perdonado a Rosa.

Luego soñó con imágenes de los yerbatales: la selva cerrada en torno a ellos, los senderos rojos, el calor, el zumbido de los insectos, el olor de las raíces podridas y la humedad sofocante. Vio en sueños el retazo de cielo del día en que su padre fue picado por una *jararakusu*, la más mortífera de las víboras. Él marchaba adelante, abriendo paso con el machete. Su padre iba quedándose atrás; estaba cansado, podía notarlo, y en su afán por no verlo envejecido él no le daba respiro, lo instaba a seguir su ritmo. No quería admitir que su padre ya no era el de antes, el hombre enérgico y orgulloso que con sólo pararse en cualquier sitio imponía respeto. Bautista sufría al notar los pequeños signos de decadencia: la respiración densa, los silencios

opacos, sin luz en la mirada... Fue por eso que no se dio vuelta cuando escuchó el quejido. Siguió caminando, a los machetazos, hasta que comprendió que nadie lo seguía. Al volverse, fastidiado, vio a su padre tendido en el suelo y el rápido movimiento de la serpiente que huía. El sueño le hizo revivir la sensación de ahogo que lo acometió entonces. Se hallaban a leguas del poblado y solos en la selva, pues habían elegido el atajo para llegar antes a la plantación. Bautista palpó las ropas de su padre hasta encontrar la picadura, chupó el veneno y lo escupió una y otra vez, desesperado. Ya el rostro del viejo se tornaba lívido cuando lo cargó sobre sus hombros y corrió... Corrió sin ver las matas que lo arañaban, sin sentir las picaduras de los mosquitos, gigantes como tábanos, ni escuchar el cotorreo de las aves. Puñados de mariposas golpeaban su cara mientras corría, y no se dio cuenta de que, en medio de aquel rincón umbrío, estaba gritando como un poseído. Luego le dijeron que, desde la hacienda, muchos creyeron que algún jaguar estaría devorando a un hombre, mientras que otros escaparon, temiendo que se tratara del aullido del lobisón. Nada pudo hacerse. Su padre sangraba por los ojos, la boca, las uñas... Le aplicaron la cura del cuchillo calentado al fuego y espolvoreado de azufre, pero esos auxilios llegaron demasiado tarde y su padre murió, víctima del peligro que siempre acechaba a los trabajadores. «La naturaleza es cruel», le dijo un hombre a Bautista, a manera de consuelo.

Se despertó con el rostro bañado en lágrimas. Si hubiera seguido soñando, habría visto la expresión de dolor de su madre al mostrarle un papel con la indicación del sitio donde habían enterrado a su esposo. Demasiado calor, no podían esperar para sepultarlo.

Bautista aspiró con desesperación el aire nocturno. Quería olvidar aquel sueño, tan vívido. Contempló las estrellas para darse una idea de la hora.

Medianoche. La hora de las ánimas.

Un frío recorrió su espinazo. Su padre solía decir «caminaron sobre mi tumba», ante semejante escalofrío. La luna dominaba el cielo cuando escuchó un ruido que le congeló la sangre, un aleteo que no era el del *kabure*. Se le erizó el vello de la nuca y al tiempo que se volvía, decidido a enfrentarse a lo que fuera, la noche se quebró con el grito potente del *aguara guasu*, el gran

zorro de los esteros. Bautista sabía que aquel aleteo furioso y el aullido nada tenían en común. Entrecerró los ojos, procurando horadar la oscuridad. Los soldados lo habían despojado de su cuchillo de monte, estaba indefenso, pero contaba con sus puños, y al tomar conciencia de eso, los apretó con fuerza a los costados del cuerpo. Quizá se tratase de un soldado paraguayo que quería sorprenderlo dormido.

Lo que vio lo dejó mudo de espanto.

Muriel observaba con disimulo el semblante severo de Álvaro del Cerro. Qué tipo más odioso. Cumplía a rajatabla las órdenes del coronel y le dirigía a ella la misma atención que a un objeto de lujo que debiera proteger de la rapiña o del destrozo. Después de la huida del prisionero, el ceño de Del Cerro se había tornado más adusto. Sin duda, debía responder por la falla ante el coronel y quizá, ante el mismísimo mariscal. Pues bien, a ella le importaba un ardite lo que le ocurriese. Era un hombre tan apuesto como antipático. En cambio el otro...

Su mirada soñadora se perdió en la lejanía, abarcando la difusa línea de la orilla bajo el sol de la tarde. Hacía calor, como siempre, y la pesadez de la hora sumía en el letargo a toda la casa. Muriel y Dalila se habían instalado en el fresco de la galería, resguardada del rayo calcinante, adonde llegaba una brisa suave proveniente del río. Ella notaba que la vigilancia de las urracas se había acentuado, quizá debido a la guerra, o tal vez Del Cerro había contado a doña Melchora su incursión en la despensa del sótano. Muriel escuchaba atenta los chismes que Dalila le traía desde la cocina. Aquel prisionero debía de ser algún espía, pues la tropa se había movilizó en su búsqueda largo tiempo. Se balanceó en la hamaca mientras recordaba los rasgos del que le había robado el primer beso de su vida. Había en aquel hombre una fuerza contenida que la estremecía: la presión de sus manos callosas sobre sus hombros; la boca, de labios gruesos y ásperos, había dejado marcas en los suyos. Ella se había mirado en el espejo del tocador después, y le había parecido que llevaba el sello de lo prohibido. Su espíritu inquieto y sensual anhelaba revivir aquella sensación de ultraje tan placentera.

—Dalila, ¿qué decían hoy sobre la guerra?

—Que se trajeron barcos del país de abajo, amita, que los marineros ya

están dándole pasto a los peces y que nuestros soldados se han metido en la mismita tierra enemiga para dar el escarmiento.

—¿Un escarmiento por qué?

—Eso no lo sé, mi amita, no me lo dijeron. Lo que sí sé es que unas damas muy alzadas de por allá vinieron cautivas al Paraguay, y que *Karai Guasu* las quiere llevar a la mazmorra.

—¡Qué dices! —Muriel se incorporó, haciendo peligrar el equilibrio de la hamaca—. No puede ser, no va a cometer esa afrenta —exclamó, escandalizada.

La mulata asintió satisfecha.

—Sí puede, él es el mandamás y quiere dar el escarmiento.

—¡Otra vez con eso! Lo que no entiendo es a quién hay que escarmentar —y Muriel pensó en el hombre de abajo otra vez.

Dalila se encogió de hombros.

—A los que nos quieren quitar las tierras.

—Pero esas mujeres, ¿quiénes son?

—Yo sólo sé lo que escucho, mi ama, y esas *guainas* vinieron con lo puesto nomás, hasta en camisón, pa' que sepa, porque nuestros soldados las raptaron a unas en la noche, a otras en el día.

—Quiero verlas.

Dalila dejó caer la naranja que estaba pelando y soltó un gemido.

—Ay, no, mi ama, no puede ser eso, porque allá hay mucho soldado y nosotras no tenemos cómo llegar. A más, ¿a qué visitar gente que una no conoce?

—Es que no puedo creer que el mariscal haya capturado a damas de alcurnia. La mariscala no lo permitiría.

La mulata quedó pensativa. También creía que la Linche era una mujer generosa, que criaba los hijos de López y hasta alguno de otra, y las razones de la guerra eran demasiado tortuosas para su entendimiento. Ella sólo captaba los detalles, y sabía que aquellas distinguidas damas eran esposas de militares del país de abajo, y que aquel rapto podría traer consecuencias. No fuera a ser que a alguno del otro lado se le ocurriese hacer lo mismo y su ama corriese peligro. Menos mal que ese oficial las seguía a sol y a sombra. Él

evitaría que la señorita cometiese otro desatino como el de la vez anterior. Aunque a menudo dudaba de si correría más peligro con el oficial que con los soldados enemigos.

Si existía algo que acicateaba a Muriel, era la aventura. En un espíritu ávido de sensaciones como el suyo, la vida recatada impuesta por su esposo, y asegurada por los cancerberos Vallejo Flores, era la mayor tortura que podían infligirle. Hasta el destino de las cautivas de las que hablaba Dalila se le antojaba envidiable. Al menos, ellas vivirían algo que contar a sus nietos en la vejez.

—Averigua más sobre la suerte de esas infelices —le ordenó—. Y no se te olvide preguntar adónde las llevaron, cuántas son, quiénes las custodian, para qué las trajeron, todo eso.

—¡Pero me van a sacar a escobazos de la cocina, mi ama! —protestó la mulata, que recordaba las amonestaciones de la cocinera cuando quiso sonsacarle por cuánto tiempo estaría el coronel en la guerra. La había llamado lengua larga, lechuza, y varias cosas más. Dalila no deseaba enemistarse con la mujer gorda y de mal carácter que mezclaba los guisos con palabrotas y refunfuños. Sería por eso que la comida siempre les caía mal a las señoras.

—Haz lo que te digo. ¿O acaso no estás a mi servicio? Tu verdadera ama soy yo, así que obedece a quien te da trabajo. Esta noche, antes de irme a dormir, quiero saber dónde están las damas secuestradas y quién las custodia.

En su fantasía, ya se imaginaba deslizándose encapuchada por los húmedos pasillos de la fortaleza del río, llevando comida y trayendo mensajes cifrados para los amantes desconsolados. Podría enviar a uno de los tantos hijos de esclavos que pululaban por la casa con los mensajes. Como no sabían leer, no corría peligro de que contasen lo sucedido. Los más pequeños no habían ido a la frontera. No reparó en que tal conducta podía ser considerada traición, ni que eso comprometía a la familia Vallejo Flores. Suponía que el prestigio de su esposo los mantendría a salvo de cualquier intriga. En el fondo de su corazón, Muriel conservaba una nota de ingenuidad que la salvaba de caer en la depravación o el vicio. Era una coqueta, no una arrastrada. Le gustaba seducir, sentirse deseada, sin que esa debilidad implicase dar un mal paso a sabiendas. Y muy en lo hondo de su ser, aquellas

imaginaciones constituían la revancha que se tomaba por haber sido vendida por sus padres a un matrimonio de conveniencia.

La sirvienta bajó la cabeza y terminó de pelar la naranja que ofreció a su ama. Las dos permanecieron en un silencio cargado de premoniciones, excitante para Muriel, desgraciado para Dalila.

Rosa Garmendia se mantenía pegada contra la pared, intentando no llamar la atención de nadie. Habían viajado en la bodega de un vapor llamado Tacuarí, compartiendo la estrechez y el olor nauseabundo del recinto con algunos marineros y esclavos negros del Brasil. Todas entendían el guaraní, lo que las tranquilizaba ante los comentarios de los marineros, que no pasaban de ser intencionados, pero se espantaban al escuchar el parloteo en un idioma desconocido como el portugués. El coro de lamentos ahogaba el ruido de las paletas en el agua. Por las ropas de las otras infortunadas, Rosa dedujo que se trataba de damas de calidad, lo que tornaba inexplicable su propia presencia en la redada. Y más extraño aún le resultó que la desembarcaran en la Asunción, mientras que las otras cautivas siguieron río arriba, quién sabía adónde. Agradecía una y mil veces que su hijita hubiese escapado del ataque, pues algunas de las prisioneras iban con sus niños pequeños, y el llanto de los hijos se unía a las plegarias de las madres, temerosas de que en algún momento los separasen o reservasen para ellos algún tormento. Se alegraba también de que Violeta fuese rápida como un ciervo. Sólo nublaban su corazón el miedo de que Bautista no la encontrase antes de que algo malo le sucediera. Confiaba en la Virgen y rezaba. Ignoraba que el buque donde las habían secuestrado era la nave insignia de la escuadra que atacó a los vapores argentinos en la costa de Corrientes, y que el destino de las desventuradas era la fortaleza de Humaitá. Sólo sabía que las habían arrastrado como ganado, a algunas hasta por los pelos, escoltadas por una pequeña comitiva de soldados, junto con unos pocos bienes que los atacantes habían querido llevarse, entre ellos un piano que subieron con cuerdas a la cubierta. Las más atrevidas habían lanzado duros epítetos a los hombres de a bordo, reconocidos paraguayistas que, a la luz de los acontecimientos, resultaban traidores. Recordaba en especial el rostro de Carmencita Ferré que, mientras acunaba en los brazos a su bebita, insultaba a un tal Garrido.

Aquellos sujetos tenían negocios comunes con los paraguayos.

—Andan en la yerba —le había explicado un hombre de aspecto venerable que se había dejado capturar junto a su nuera, para protegerla.

Para Rosa, como para la mayoría de los correntinos, aquel ataque era incomprensible. Casi todas las familias emparentaban con los paraguayos, considerados más hermanos que los porteños, y era más común tener intereses en el floreciente Paraguay que en la inestable Confederación argentina. Claro que, ante la evidencia, los correntinos no se detuvieron a lamentarlo: tomaron las armas y constituyeron el Primer Batallón de Corrientes. Algo que Rosa, marginada en la Punta del Tigre, recién empezaba a conocer. Ella suponía que pedirían un rescate, y se devanaba los sesos tratando de imaginar cómo lograría su hermano pagar lo que le pidiesen. Su riqueza no consistía en monedas, sino en los bienes que la naturaleza pródiga les ofrecía.

En esos momentos ni siquiera contaba con la compañía de las otras cautivas, estaba sola en una celda maloliente, temblando de hambre, de frío y de miedo, sin saber qué le depararía la hora siguiente, su mente ocupada sólo por los rezos. Momentos antes de su desembarco, una de las compañeras en desgracia le había susurrado:

—Mi marido va a rescatarme. Él estaba reclutando gente en Itatí y San Cosme cuando pasó esto. Ahora, no bien lo sepa, armará un ejército para castigar a estos traidores.

—¿Un ejército? ¿Tu esposo es militar?

—¡Claro! Todos los hombres deben serlo en estos días. ¿No sabes que Corrientes fue invadida?

La expresión de Rosa fue tan elocuente, que la mujer se santiguó.

—Virgen Santa, ¿dónde vives, que no estás enterada? Toda la provincia está movilizadada, por eso nos secuestraron. ¿Cómo te llamas?

—Rosa.

—Pues bien, Rosa, encomiéndate a los Santos y ten fe en que nuestros hombres nos sacarán de ésta. ¿Estás casada?

—Vivo con mi hermano.

—Igual, un correntino no desampara a sus mujeres. Tu hermano también

acudirá. Quizá ya mismo esté enrolado en algún batallón.

Después, los soldados las separaron y Rosa no volvió a ver a Toribia, mucho mejor informada que ella de los sucesos terribles que, al parecer, estaban ocurriendo en la provincia.

La nueva prisión se reducía a un cercado en el patio trasero de un edificio junto a la bahía. Sólo un alero cobijaba a Rosa, tanto cuando llovía como cuando el sol apretaba. Ya ni recordaba el tiempo transcurrido. Le llevaban un caldo espeso y trozos de galleta por todo alimento. Sentía que las fuerzas la abandonaban y no hacía más que rezar, muchas veces con los ojos cerrados, para evitar ver algo que la pudiese atemorizar más de lo que estaba. Apenas desembarcó, un soldado con galones le preguntó en castellano si su apellido era Garmendia y ella asintió, pensando que tal vez eso obrase como salvoconducto. El hombre, sin embargo, no tuvo reparos en empujarla hacia esa celda que se le tornaba insoportable. La proveían de un balde para sus necesidades y a veces, hasta se olvidaban de retirarlo. En la noche, cuando las estrellas cuajaban el retazo de cielo que alcanzaba a ver, respiraba hondo para calmar la angustia que la oprimía. Sólo entonces dejaba correr las lágrimas, pues durante el día temía que cualquier gesto llamase la atención de alguien sobre ella. Hasta el momento, se había salvado de los vejámenes.

—¡Pst!

El chistido provenía de un hueco entre los pilares que la encerraban.

—¡Pst! Señora.

La voz era de mujer. Rosa se inclinó con disimulo y vio el rostro oscuro de una muchachita de grandes ojos.

—Venga —insistió la mulata.

Le costó arrastrarse hasta allí, pues el miedo a moverse la había entumecido. La muchachita que la contemplaba con aprensión era bonita, y llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo amarillo.

—Mi ama me manda preguntar quién es usted y por qué la tienen acá.

La debilidad de Rosa impidió que se echase a reír como una desquiciada. ¡Si ella supiera eso! La mulata miraba en torno, como buscando a alguien más.

—¿Dónde están las otras? —preguntó Dalila, confundida.

¿No había dicho la cocinera que cautivaron a cinco mujeres? Ella sólo veía a una.

Rosa pensó que quizá fuese alguien encargado de rescatarlas, como había dicho Toribia, y si así era no tendría suerte, ya que los salvadores estarían buscando a las demás.

—Se las llevaron río arriba.

Dalila sopesó la situación y, por fin, decidió que de todos modos aquello era una locura, así que daba lo mismo si la ponía en práctica con una o con veinte prisioneras. Extendió un papel y un trozo de carbón a través del hueco.

—Escriba el nombre de su amante y démelo, que mi ama se encargará de llevárselo.

La estupefacción se dibujó en el rostro pálido de Rosa. ¿Qué era todo aquello, una trampa? Si había sobrevivido hasta ese día sin mover un dedo, así le convenía seguir.

—¡Vamos, que mi ama está esperando! —la apuró la mulata.

Rosa tomó el carbón y lo contempló. Dalila pensó que esa pobre mujer estaría desvariando debido al cautiverio. ¡Lindo enredo había hecho su patrona, tramando la fuga del hombre de abajo primero y luego oficiando de espía! Mejor le iría sirviendo a ña Melchora, aunque fuese una bruja.

—¡Rápido!

—Yo no tengo hombre —balbuceó Rosa—, sólo mi hermano.

A esa altura, lo principal era volver con el escrito, de modo que Dalila azuzó con un gesto a Rosa y ella escribió con pulso tembloroso: «Bautista Garmendia».

Dalila miró el trozo de papel como si supiese leer, y asintió. Faltaba algo más.

—¿Su nombre de su mercé?

—Rosa Garmendia.

—Ya vuelvo —y la negrita se escabulló, dejando a Rosa contrita y asustada.

Pasado un rato, un nuevo chistido surgió del hueco. Esa vez, el rostro que asomó era el de una hermosa joven. A través de los pilares resaltaban sus ojos acaramelados, orlados de espesas pestañas que le otorgaban una mirada

sensual.

—¿Dónde vive su hermano, señora? —la voz seductora de la joven reconfortó a Rosa, si bien no tenía idea de lo que se proponía.

—Somos de la Punta del Tigre, cerca de los esteros, río abajo.

Muriel no conocía mucho más allá de Asunción y del pueblo donde había crecido, de modo que aquella información le resultaba inútil. La prisionera le parecía una dama, a pesar de los andrajos que vestía y del tono macilento de su piel, sin duda a causa del maltrato. ¡Qué perfidia, vejar así a una mujer de su condición! Observó su tez pálida y las facciones delicadas, el hermoso cabello, enredado y sucio, y sus manos finas, y sintió compasión por ella, tanta como aversión le produjo pensar que tal vez estuviese cautiva por orden de su esposo. La idea de frustrar los planes del coronel era tentadora, así como el peligro era un elixir en sus venas. Decidió tomar cartas en ese asunto y entregó a Rosa un paquete pequeño.

—Para que se arregle un poco, antes de encontrarse con los suyos —le dijo, y desapareció, al igual que la mulata.

Rosa se quedó contemplando el peine de carey, la hebilla incrustada de piedras, el abanico de nácar y el pañuelito perfumado. Le parecía estar metida en una escena de locos, un acto de comedia macabra urdido por alguna mente retorcida. Supuso que aquellas mujeres eran parte de ese escenario y aunque aprovechó los obsequios, pues anhelaba sentirse limpia, no albergó esperanza ninguna de verse libre, ni de que Bautista la pudiese hallar allí, en la bahía de Asunción, en mitad de una guerra descabellada.

Capítulo 9

«Ajerereko kuaa katu»

El general Paunero llegó a Corrientes con su tropa, por fin. Desembarcaron en Bella Vista cuando ya la avanzada del ejército paraguayo bajaba por Empedrado flanqueando los carrizales del Paraná y sosteniendo escaramuzas con la vanguardia correntina.

Huestes que arrastraban cañones y portaban bayonetas brillantes, moviéndose en rojas líneas de combate, rechazaban los ataques de un enemigo que no siempre veían y que caía sobre ellos como un zarpazo de gato montés. Guerra de montoneras a la que los argentinos estaban acostumbrados y la única posible, dada la demora del gobierno nacional en proveer los ejércitos.

Severino Frías se sintió atravesado por la emoción al pisar su tierra, aunque la villa no era la misma, notó de inmediato. De un vistazo captó la falta de hombres y la actitud asustadiza de las mujeres, que recogían a sus niños y se metían en las casas para espiar por los visillos. Cientos de ojos negros seguían los pasos del batallón por las calles polvorientas. Él vestía poncho y chambergo nomás, al igual que muchos de sus camaradas. Le habían dado una bayoneta, pero confiaba más en el «despenador» que llevaba cruzado en el cinto.

La caravana avanzó, levantando nubes de tierra y aturdiendo el silencio con los cascos de los caballos. Poco a poco, algunos postigos se abrieron y mujeres de renegridas trenzas sonrieron con timidez a sus salvadores. Los soldados alzaban el quepis en señal de saludo, admirando la belleza de las

correntinas y sintiéndose héroes, aunque aún no habían librado batalla.

El sargento mayor Mendoza marchaba al frente del piquete, envuelto en un mutismo que ya llevaba horas. Severino, que conocía su talante cordial, barruntaba algún entripado, y taloneando a su criollo se puso a la par de su superior, esperando la ocasión de abordarlo. A pesar de las jerarquías, Mendoza lo trataba como a un igual, pues había campeado la simpatía entre ambos desde el primer encuentro.

Compartieron la marcha en silencio. La plaza y sus adyacencias se veían desoladas, lo mismo que las calles donde las gentes habían acudido al llamado de generala para prestar servicio. Allí se habían acuartelado, engrosando las filas con vecinos de la campaña. A Severino le resultaban familiares esas estrategias, las había practicado durante casi toda su vida.

—Qué me dice, sargento —comenzó, tratando de sacarle el tema.

—Que no me gusta un carajo.

Severino no se inmutó ante la abrupta respuesta, estaba claro que Mendoza rumiaba algo desde hacía rato.

—Los pobladores se han ido —apuntó Severino— y se llevaron lo que pudieron, para no dejárselo al invasor. Quedaron sólo los que apoyan a López y los que no quisieron abandonar sus casas.

—Y nosotros, que somos carne de cañón. ¿A qué vienen tantas idas y vueltas, digo yo? Como si nos paseáramos delante de las fieras, antes de cuerpearlos. A mi entender, hay que atacar nomás, no dar resuello.

—A mí también me anda pareciendo que damos vueltas como perro tras la cola, pero el general Paunero ha de saber lo que hace, pienso yo. Así dicen los que cabalgaron con él en el interior, que es hombre de planear mucho.

—No me malinterprete, Frías. Yo soy milico y obedezco, pero esto de pasear por agua y por tierra me tiene hartito. Creía que encontraríamos la acción acá, en el muelle mismo.

—¿Está temiendo una emboscada, sargento?

El silencio elocuente de Mendoza sumió a Severino en la incertidumbre. Él también prefería el ataque antes que la defensa, y le cosquilleaban las ingles de ganas de espolear a su caballo en busca del invasor. Sin embargo, ésa era una guerra distinta, donde altos mandos de otros países coordinaban

sus planes en cumplimiento de un acuerdo, y de eso él no entendía mucho.

—No nos queda otra que confiar, sargento.

Mendoza soltó un gruñido y se adelantó para escuchar el informe de un chasqui que habían enviado para bombear al enemigo.

El enemigo.

Los mismos paraguayos con los que días antes jugaban a los naipes o tomaban mate; los que se visitaban, en días prefijados, para que los abuelos conociesen a sus nietos de la otra orilla. Las familias más antiguas de Corrientes tenían su tronco fundador en el Paraguay, y solían conciliarse matrimonios entre unos y otros, gestando camadas de hijos que hablaban guaraní y cruzaban el río en grandes balsas, hacia uno y otro lado. Esa gente con la que habían reído, llorado, rezado y bailado, era ahora el enemigo. Debían cerrarles las puertas de sus casas, esconderles sus niños y sus mujeres, enterrar los bienes como si se tratase de ladrones y, por fin, matarlos para evitar que se hiciesen con sus tierras. ¿En qué momento se había dado vuelta el mundo? Severino no lo sabía. Quizá por haber estado metido en otras guerras, confundido entre los caudillos que apoyaban a Urquiza y los que proclamaban a Mitre, esas rencillas internas no le permitieron entrever otras cuestiones que ya se estaban formando. Pero el Paraguay...

Aún podía recordar el sabor de su querida, la dulce Leonor, que vivía en el villorrio de La Trinidad. Ahora era su enemiga, y cualquier intento de acercamiento sería visto como traición. Lo mismo le sucedería a ella, pues sabía de buena fuente que muchas familias habían caído en desgracia sólo por conservar sus vínculos con la gente del país de abajo. Cosas de la guerra. «Cosas de los que mandan», pensó con tristeza.

El soldado Cáceres se acercó, atolondrado como siempre.

—¡Se llevaron a las mujeres! —gritó, entre escandalizado y eufórico. Estaba sediento de sangre y aplaudía cualquier acción del enemigo que le permitiese descargar su odio.

Severino lo ignoró y escrutó con la mirada al sargento Mendoza, que mostraba una expresión hierática.

—Ya va el vapor con el parte a Mitre. Secuestraron a cinco damas de la sociedad correntina, incluso a las que tenían familiares paraguayistas. Se cree

que es para dar una lección al gobierno, pero también podrían ser carnada, un señuelo para que perdamos los estribos.

—Hace bien entonces el general en no ofuscarse —aventuró Severino—. Y esas damas...

—No se sabe nada. Cayeron en sus casas y les ordenaron vestirse así, a la disparada. Dicen que algunas no pudieron dejar a sus chicos de teta y también se los llevaron.

—Malhaya... —murmuró Severino, horrorizado por aquel brutal hecho.

—Y lo peor es —prosiguió Mendoza— que consiguieron su objetivo, porque se están armando batallones para rescatarlas. Imagínese, un grupo de hombres contra un ejército.

—¡Hay que ayudarlos!

Mendoza alzó una mano aplacadora.

—Contraorden, mi amigo. Debemos embarcar de nuevo, esta vez para arribar al puerto de Corrientes, donde los paraguayos formaron un triunvirato compuesto por correntinos.

—Traidores.

—Así parece, no es más que un gobierno títere.

El desconcierto reinaba entre los hombres cuando regresaron a los botes y los rumores corrían como mecha encendida. Lo que no se sabía se inventaba, y la fantasía rivalizaba con los temores. El secuestro de las damas correntinas adquirió proporciones de tragedia griega, en tanto que la figura de Francisco Solano López, admirada por muchos, se convirtió en la de un monstruo sin corazón, capaz de atentar contra el pudor de mujeres cuyos esposos él mismo había tratado en calidad de amigos.

Antes de embarcarse, mientras envolvía sus pertrechos junto con los arneses de su montado, Severino percibió la presencia femenina junto a un árbol cercano.

Una correntinita de hermosa figura y rostro redondo, pleno de hoyuelos, le sonreía. Debía de haberse escapado de la casa, pues durante todo el trayecto las calles estuvieron desiertas. No tendría ni quince años. Severino se acercó, entre curioso y circunspecto, y la chinita lo envolvió en una sonrisa hechicera.

—Para vos, soldado —le dijo, mientras le tendía un objeto en su palma.

Severino contempló el escapulario que la joven le ofrecía. Era un medallón de bronce en cuyo interior se veía la deslucida imagen de una bella mujer.

—¿Quién es esta señora? ¿Por qué me lo das?

—Es la Virgen de la Mercé, pa' que te cuide y te devuelva a tu tierra.

—¿Y por qué a mí? —insistió Severino, avergonzado de no haber reconocido a la Virgen María en la figura.

—Porque me voy a casar con vos —contestó resuelta la niña, y echó a correr perdiéndose en la altura de los pastizales en pocos segundos.

Severino se quedó pasmado. En ese instante no existieron la guerra ni la tropa, ni siquiera el recuerdo de Leonor atizándole el pecho, sólo la sonrisa descarada de la traviesa muchacha. Volvió a mirar la medalla y luego el sitio donde la joven había desaparecido.

—Ni me dijo su nombre —murmuró hacia sus adentros.

Y se dirigió, algo cabizbajo, hacia el bote donde lo aguardaba el resto de su batallón.

Anselmo.

Allí estaba, desnudo y ensangrentado, la boca llena de espuma y la expresión enajenada, respirando con un extraño bufido en los pulmones. Un espinillo le brindaba refugio. El esfuerzo por tragar el aire se hacía visible en el revoleo de los ojos, fuera de las órbitas. Parecía que aquellos ojos eran lo único que quedaba de Anselmo, la única chispa de reconocimiento que cabía en su cuerpo maltrecho. Bautista se repuso del horror inicial y se abalanzó sobre él, dispuesto a ayudarlo. El negrito lo atajó con un brazo descarnado y la mirada enloquecida.

—*Chake* —gorgoteó.

La voz le salía cavernosa, desconocida.

—Anselmo, *chamigo*... ¿Qué te pasó? ¿Te agarraron los paraguayos?

Por un momento, la expresión volvió a ser la del negrito socarrón que él conocía, como si le dijese: «¡Si yo soy paraguayo, *v'yro!*!», pero de inmediato

retornó la máscara del sufrimiento indecible, la del que ha padecido los peores tormentos. Bautista no podía dejar a su amigo allí, a merced de los jaguares, así que pese a las protestas, lo alzó en sus fuertes brazos y lo metió adentro de la barca, con la intención de arrastrarlo hasta la orilla y seguir el rumbo hacia su casa, aún en la oscuridad. Anselmo pataleaba y lo arañaba con uñas de increíble dureza. Bautista tuvo que soltarlo, herido en varias partes.

—Qué haces, qué te pasa... Estoy llevándote a la hacienda, para que te curen. Estás peor que los soldados después de la batalla.

La mención de la guerra encendió la ira de Anselmo. Comenzó a dar gritos con una voz ronca, espeluznante, y soltaba a borbotones palabras que Bautista apenas entendía:

—Dejame... andá... co... el patrón no sabe... garrote... —y así deliraba, con frases entrecortadas en las que sonaba la advertencia y el miedo.

Bautista supuso que su amigo habría traicionado de algún modo la confianza de Rete Iriarte y que si lo llevaba sufriría un castigo, de modo que pensó con rapidez. La única persona capaz de curar a Anselmo sin escandalizarse y sin soltar la lengua, era el brujo del Diamante. Calculó que llegar hasta allí le llevaría sus buenas horas, aunque de todos modos el sitio le quedaba más o menos de paso. No podría utilizar la barca, ya que había que cortar camino a través de los esteros, rodear El Aguapé para no cruzarse con ningún peón y esquivar los pantanos y aguadas, verdaderas trampas mortales, sobre todo en la noche. Suspiró, resignado. Que Dios y la Virgen lo amparasen, él cargaría a su amigo adonde fuera y aun contra su propia voluntad. Lo alzó de nuevo, colocándolo cruzado sobre sus hombros como si fuese una pieza de caza, y avanzó decidido hacia los altos pastizales que jalonaban el médano, barranca abajo. Anselmo se resistía, pero las manos como tenazas de Bautista lo sujetaban por las muñecas y por los tobillos. Al cabo de un rato, el pobre se agotó por su propia lucha y quedó colgando como pellejo de chifle. La travesía fue dura. Hubo momentos en que Bautista se sintió desfallecer por el esfuerzo, ya que no había comido y ni recordaba cuándo había dormido por última vez. Sus propias heridas le escocían. Los zarzales lastimaban sus brazos desnudos y se enredaban en su pelo; se hundía

hasta las rodillas en la ciénaga por el peso agregado de Anselmo, a pesar de que el negrito estaba flaco como aguja de pajar, y cayó varias veces al tropezar con malezas que se ovillaban a sus pies.

Caminó durante horas, con la luna sobre su cabeza, hasta que el cielo dio la vuelta y asomó el lucero. Recién entonces percibió un cambio en su amigo, que soltó un suspiro y se durmió. Calado hasta la médula, temblando de frío y de premoniciones, Bautista arribó a la laguna del Diamante cuando la luz del alba clareaba las aguas dormidas.

La choza del *paje* era apenas un túmulo oscuro en la neblina lechosa. A su alrededor, las achiras peinaban sus cabezas bajo la brisa tenue. Bautista se dejó caer y depositó con toda la suavidad que pudo el cuerpo de su amigo sobre la alfombra musgosa. Anselmo parecía muerto. Su piel se había tornado cenicienta y ni un aliento escapaba de los labios resquebrajados. Bautista tuvo que pegar su oreja a ellos para percibir el hálito leve y el alma le volvió al cuerpo. Sus dedos ásperos tocaron los párpados del negrito con ternura, como si tuviesen el poder de devolverle la alegría con ese contacto.

A pocas personas podía llamar «amigo», y Anselmo era el primero en esa jerarquía. En los tiempos difíciles, cuando tuvo que levantar la casa en el recodo y procurarse el sustento para él y su hermana encinta, el negrito había sido puntual proveedor de los artículos que precisaba. Sin importar qué, él lo traía, como si le adivinara la necesidad. Y jamás le aceptó un centavo, hasta que Bautista pudo salir adelante y conchabarse en los trabajos de desmonte para las estancias. Sus brazos le abrieron camino cuando los patrones solicitaban la fuerza bruta, y luego, cuando por fin pudo abastecerse, Anselmo siguió pasando por la Punta del Tigre, más para fanfarronear que para comerciar, aunque compraba a menudo la leña que Bautista cortaba y algunos dulces y quesos caseros que preparaba Rosa. El mismo Iriarte solía encargárselos. Una temporada, Anselmo y él viajaron juntos a la selva en procura de mejores oportunidades, y Bautista recordaba que la presencia del negrito le había ayudado a sobrellevar la tristeza de verse solo, sin sus padres, a cargo de una hermana que se había vuelto sumisa y ermitaña. Mucho le debía a su amigo, porque tras la fachada pícaro y libertina, él veía la verdadera esencia de Anselmo, el alma sensible de un esclavo que, por la

gracia de su patrón, vivía en la libertad más absoluta.

José apareció en el hueco de entrada de su choza como si hubiese dormido vestido, con el chiripá que cubría sus piernas torcidas, su camisa sucia y su pelo duro, apretado con una vincha roja. Medía poco más de un metro, y su rostro estaba surcado por arrugas tan profundas, que en los pliegues se le acumulaba tierra.

El brujo los vio desde lejos con sus ojos achinados y acuosos y se limitó a quedarse ahí, esperando. Bautista hizo un último esfuerzo y se puso de pie.

—Te traigo un hombre herido, para que lo cures.

A José nada le sorprendía.

—¿Ande está su ropa? —preguntó.

Bautista contempló desconcertado la desnudez de Anselmo. No se le había ocurrido buscar la ropa cuando lo encontró, supuso que la habría perdido de algún modo, quizá lo habían asaltado, porque su amigo solía llevar buena plata a veces.

El viejo indio se metió en su choza sin aguardar la respuesta y Bautista lo siguió, cargando de nuevo a Anselmo.

El interior olía a hierbas húmedas y a cenizas. En el suelo, de tierra apisonada, había todo tipo de enseres: mantas tejidas, morteros, atados de cañas... De las paredes de adobe colgaban manojos de plumas, canastos de mimbre, y una vieja hamaca paraguaya en la que descansaba un perro escuálido. El animal huyó al ver entrar a los hombres y José indicó a Bautista que colocase allí a Anselmo. Luego, descolgó de un gancho un pellejo y se lo echó al hombro para beber un trago. Se limpió la boca con el dorso de la mano y encendió un fuego. El humo colmó la pequeña estancia, desdibujando los detalles que marcaban la pobreza en que vivía el anciano.

No había ventanas, sólo el hueco de la entrada, disimulado por una guía de calabazas secas que hacía las veces de cortina. El ruido que hicieron al entrechocarse cuando los hombres entraron ahuyentó a las gallaretas y todavía resonaban sus ecos cuando José empezó a recitar su diagnóstico.

—Huele mal y tiene gusanos. Algo se le metió adentro y no puedo sacarlo yo, pero sí puedo curarle las heridas y las picaduras.

En efecto, en la piel morena de Anselmo los mosquitos habían abierto

cráteres que se veían infectados. El *paje* salió un momento y regresó con un puñado de hojas de *aloe vera* de las que crecían en la orilla de la laguna. Fabricó un emplasto en el mortero y lo untó sobre cada picadura. Luego tomó una caña finita como un cigarro y chupó a través de ella el pus y los gusanos de las heridas del negrito, escupiéndolos sobre la tierra. Bautista miraba en silencio los pases curativos del brujo, confiando en ellos sin creer demasiado. Sin embargo, Anselmo pareció reanimarse y normalizó su respiración fatigosa.

—¿Estará bien?

José sacudió la cabeza.

—Depende de él —profetizó.

—¿Qué le ha pasado?

El viejo indio fijó sus ojos nublados en Bautista, y caló hasta el fondo de esos otros ojos negros, evaluando si era capaz de entender lo que sucedía. Tras segundos interminables de silencio, decidió que no era el momento, y se limitó a decir:

—El tiempo dirá.

Ese humo debía de tener propiedades medicinales, pues el propio Bautista se sintió aliviado del cansancio y los dolores, y al cabo de un rato los párpados le pesaron.

El anciano puso la pavita tropera sobre las ascuas y sirvió un mate cocido al que agregó azúcar quemada. El sabor de la bebida caliente reconfortó el espíritu de Bautista y le dio ánimos para continuar su viaje. Debía llegar a su casa, o Rosa y Violeta se preocuparían. Tenía que informarles de lo ocurrido en el puerto de Corrientes, ponerlas al corriente de la guerra. Quiso saber si José cuidaría de Anselmo por unos días. El brujo no opuso reparos, aunque aclaró que, si el paciente quería irse, ni el diablo lo detendría, enfatizando la palabra «diablo» de un modo extraño.

—¿Y tus heridas?

El anciano había adivinado el sufrimiento de Bautista.

—Ya están casi curadas —le respondió, quitándoles importancia.

Bautista se despidió de su amigo en silencio, prometiendo volver no bien tranquilizase a las mujeres de su casa. La laguna del Diamante no quedaba

tan lejos, y hasta podría traer a Rosa para que cocinase alguna de las tortas que tanto gustaban a Anselmo.

Con esa ilusión partió rumbo a la Punta del Tigre bajo el sol del mediodía, que evaporaba la niebla de los esteros.

La conmoción por todo lo vivido comenzó a penetrar en su alma, creándole un sinsabor extraño. El ataque a los navíos, el desembarco de los paraguayos, los gritos de los poblanos en la costa, su incomprensible captura y los azotes, luego su liberación, y aquella hembra... Qué linda era. El deseo de huir de allí lo antes posible le había impedido disfrutar de la belleza de la paraguayita. A pesar de todo, le molestaba pensar en ella como en una mala mujer. Era más fina que las cachorras de La Loba Roja y vestía ropas caras. Atrevido escote, eso sí, ese detalle la delataba. Si la hubiese encontrado en otras circunstancias, si durante un viaje a la otra orilla ella se le hubiese ofrecido, tal vez habría caído bajo su embrujo, pero ante la posibilidad de ser fusilado quién sabía por qué razón, no podía detenerse a gozar de sus encantos. Y para qué se engañaba... él no era un hombre que disfrutase de la compañía de las putas. Ellas le recordaban la inocencia de Dionisia... y la caída en desgracia de Rosa.

El pensamiento lo puso de malhumor y aceleró el paso a través de los pajonales que circundaban los esteros. Eran terrenos que lindaban con El Aguapé. Se le ocurrió que tal vez Rete Iriarte quisiese saber la suerte de su peón, y por un instante dudó, hasta que recordó la cara de espanto del negrito y decidió que habría tiempo para aclarar las cosas. Cuando Anselmo se repusiese, él mismo podría dar el parte a su patrón.

Se detuvo junto a una aguada para refrescarse. De rodillas, sumergió la cabeza hasta que los efectos del calor remitieron y luego echó el cabello hacia atrás, dejando correr el agua por su rostro y su pecho. Formó un cuenco con las manos y bebió. Con el estómago vacío, el líquido recorría su cuerpo con la velocidad de una serpiente.

Al inclinarse de nuevo, descubrió una sombra en el agua límpida. Dos, tres... varias figuras montadas se reflejaron en ella. Bautista levantó la cabeza y se topó con una partida de soldados. Una docena, al menos. Lo contemplaban en silencio y ceñudos, quizá desconfiando de su aspecto

deplorable. Bautista intentó levantarse y uno de ellos lo clavó en el suelo con la punta de su fusil.

—Cuidado, amigo. Qué anda haciendo por acá.

—Acá vivo —repuso con tranquilidad Bautista.

Ésos, al menos, no eran paraguayos. ¿Sabrían ya lo sucedido?

—¿Acá? ¿Dónde? —y el tono del soldado sonó sarcástico.

No se veía una casa en varias leguas, todo era una gran llanura verde con lagunas que azuleaban a la luz del sol. Bautista señaló hacia el oeste.

—Allá, en la Punta del Tigre, sobre el Paraná.

El que había hablado iba a replicar cuando se escuchó una voz tajante:

—Déjelo, es mi vecino, dice la verdad.

Recién entonces Bautista descubrió la presencia de un hombre de Goya entre los miembros de la partida. Iba sin uniforme, armado como los demás, y su expresión era sombría. A Bautista se le secó la garganta. El sinsabor de momentos antes retornó y antes de que el hombre hablara, supo que algo terrible había ocurrido.

En el hogar de los Vallejo Flores la vida transcurría entre las labores de remendar uniformes, fabricar vendas y rezar para que la victoria favoreciese al Paraguay. Doña Melchora había convertido su casa de la colina en un centro de espionaje, donde recibía los partes de las batallas como si fuese un general en su bastión. También se adjudicaba la tarea de organizar la ayuda al ejército, convocando a las otras damas asuncenas para que entregasen los donativos con puntualidad. Ninguna se atrevía a desairarla por miedo a que su hijo tomase represalias, y además, el espíritu patriótico imperaba entre la gente, tanto en los de alcurnia como en el bajo pueblo. Damas ataviadas con vestidos de bombasí, cubiertas por chales de seda y ostentando crucifijos y costosos anillos, se sentaban en la sala, en torno a la mesa de caoba en la que depositaban sus alhajas y monedas de oro para que doña Melchora las catalogase de acuerdo a su valor. Podría decirse que competían por entregar la joya de más categoría o la mayor cantidad de monedas, a tal punto llegaba su rivalidad femenina. A Vicenta le tocaba la tarea de recibir las

contribuciones de las campesinas, que se allegaban a la cocina con sus canastos de mimbre repletos de productos de las huertas. Esas mujeres, que vestían blusas blancas bordadas y faldas de muselina de gran vuelo, nada tenían que envidiar en belleza a las encoquetadas damas. Sus cabellos renegridos relucían en trenzas que enrollaban alrededor de la cabeza y sujetaban con peinetas o lazos de colores vivos. Aguardaban, pacientes y humildes, a que la señorita de la casa revisara sus ofrendas y hasta soportaban algún regaño, en el caso de que le pareciese poco. En su fuero interno, Vicenta resentía que su madre le adjudicase el control de las gentes del pueblo, en lugar de alternar con las de la sociedad. Y más aún resentía el hecho de que a Muriel no la llamasen para participar en la misión, como si por ser la esposa del hombre de la casa no tuviese obligaciones para con la patria. Esa y otras cuestiones, rumiaba mientras verificaba el contenido del canasto que un hombre le mostraba.

El campesino, descalzo y vestido con pantalones blancos y camisa, esperaba el veredicto.

—Trajiste sólo calabazas esta vez —le reprochó Vicenta—. Nuestros soldados no pueden vivir sólo de verduras, necesitan pollo, huevos, carne...

—El campito no da mucho ahora, su mercé, con esto de la guerra, quedamos los que estamos enfermos y los más niños, para ayudar en las labores.

—¿Y tu mujer?

—Ella tiene que criar a los hijos propios y a los de mi compadre, ahora muerto en el frente. Son siete en total, y la huertita no da más que limones, calabazas y algunas sandías...

—¿Y por qué no da más ese campo?

—Mucha lluvia, su mercé, se estropearon las verduras.

—Está bien, pero tienes que traer más que esto la próxima vez. ¿No eres un patriota, acaso? Mira el trabajo que hacemos acá, en la casa, recogiendo dinero y joyas para enviar al frente. El mariscal necesita del apoyo de todos, no sólo de los más pudientes.

—Sí, su mercé.

El campesino se retiró, doblando el sombrero de paja entre los dedos.

En la sala principal, el cotorreo de las mujeres se alternaba con los rezos, que doña Melchora también organizaba con férrea determinación: «Ahora, un Ave María», decía, y las voces de todas creaban una cadencia suave, musical, entonando las súplicas para que la Virgen amparase al soldado paraguayo y a sus oficiales.

En el centro de la gran mesa, sobre una carpeta de *ñanduty*, se amontonaban anillos de ágata, broches de topacio, crucifijos y escapularios de oro y plata. Doña Melchora rezaba y distribuía las joyas con ojo clínico.

—¿Qué noticias se tienen de nuestros ejércitos?

La viuda metió un aderezo de perlas en una bolsita de terciopelo azul, y contestó:

—Las cartas que me escribe mi hijo son tranquilizadoras. Nuestros oficiales tienen el control de la situación, ya que es imposible que el enemigo llegue hasta las baterías que están al norte del río.

La que había preguntado sacudió nerviosa su abanico de maderillas pintadas.

—Mi esposo, que está en la reserva, me escribió también, pero él dice que los aliados han tenido una importante victoria, al recuperar la ciudad de Corrientes.

El susurro de rezos se interrumpió y se formó un silencio ominoso que alentó a la dama a continuar.

—Dice en su carta que desembarcaron tropas de un general Paunero y que, a pesar de ser pocos, tras varios desembarcos lograron hacer retroceder a nuestros soldados.

—¡No es posible! —repuso otra de las aristocráticas señoras—. Nuestro ejército está muy bien pertrechado, y sé de buena fuente que hay más de mil hombres en esa ciudad, con piezas de artillería y todo...

Hubo un rumor de sorpresa y varias se santiguaron, pues la confianza en el poderío militar del Paraguay era muy grande, y aquella noticia causó resquemor.

Doña Melchora clavó en la que habló primero sus ojos pequeños y maliciosos.

—Dudo mucho que ésa sea la versión correcta de la historia. Mi hijo, que

es la mano derecha del mariscal, no me mentiría sobre algo así, y además, dónde se ha visto que unos pocos hombres puedan triunfar desde el río cuando hay un ejército armado hasta los dientes esperando en tierra.

—Eso es lo que dice la carta de mi esposo...

—Tu esposo está equivocado, o miente —concluyó tajante la señora.

Esa vez, el silencio trepó por las espaldas de las damas como una mano helada de premonición. Tachar de mentiroso a un oficial era el principio para considerarlo traidor después, y todas sabían que la traición, comprobada o no, acarreaba la desgracia para ellas y toda su familia. La primera de las damas se maldijo por haber sacado el tema de la guerra, cuando ellas no tenían suficiente información. Mejor haría en limitarse a colaborar con sus bienes y su trabajo, que era, en definitiva, lo que se esperaba que hiciesen.

—Tal vez el chasqui que enviaron dijo otra cosa, o no se hizo entender —respondió, conciliadora, y todas dejaron escapar un suspiro de alivio.

Siguieron bordando, rezando y comentando sucesos banales, mientras doña Melchora hacía tintinear las joyas en un cofrecito y miraba de soslayo a la imprudente. Memorizó el apellido del esposo oficial. Tenía que advertir a su hijo sobre los dichos de aquel sospechoso. Difundir noticias alarmistas era un modo de socavar la fe del pueblo en la victoria, y no podía permitirse.

Lo que la carta del esposo de la doña no decía, quizá para evitarle preocupaciones, era que aquel primer triunfo argentino había mermado en mucho las fuerzas paraguayas dotadas en Corrientes, y que el ejército de Robles había debido retroceder, liberando la ciudad que por fin quedó, después de tantas dilaciones, en manos de los aliados.

Ninguna de aquellas damas sospechaba lo que aquel enfrentamiento había sido: la lucha cuerpo a cuerpo, los gritos de aliento mezclados con los alaridos de dolor y de rabia, la sangre hermana empastando el suelo de la provincia, los clarines confundiendo a todos, el fragor de la artillería despedazando los penachos de las palmeras y los cuerpos, pisados por sus propios compañeros, que yacían sobre la ribera, mutilados, mirando al luminoso cielo de mayo con sus ojos yertos...

Vicenta salió de la cocina, una vez terminada su tarea de recaudación, y al pasar atisbó en la sala, donde su madre aún permanecía con las damas

asuncenas. Tuvo el impulso de entrar a saludarlas, desoyendo las órdenes recibidas, cuando un movimiento en el piso superior la distrajo.

Era la consentida de la casa, Muriel. Llevaba una sombrilla, como de costumbre, guantes cortos de raso y un vestido color limón que resaltaba el tono castaño de su cabello. Con cada paso que daba lucía sus zapatitos color crema y balanceaba su miriñaque con la gracia de una sultana. Vicenta se mordió los labios de rabia. Ella estaba harta de las ropas negras y los cuellos que le subían hasta la barbilla, como si fuese un buitre. Ya no recordaba cuándo se había vestido de colores por última vez, ni siquiera recordaba cuál era su color favorito. Giró hacia su cuñada y la encaró con su gesto más agrio.

—¿Adónde vas? Estamos en guerra.

Muriel contempló a Vicenta desde el penúltimo escalón y la notó más parecida a su madre de lo habitual: la barbilla se le había vuelto filosa y había sombras violáceas bajo sus ojos. Con todo, la joven mujer no era tan fea como parecía con aquellas prendas de luto sin forma y su peinado de convento. En una tierra de soles como aquélla, donde las mujeres solían llevar sus cabellos sueltos en exuberante cascada... ¿A quién se le ocurría ovillarlos en un rodete en la nuca? No pudo evitar un sentimiento de lástima hacia Vicenta.

—Salgo —fue todo lo que dijo, y acabó de descender los escalones.

La furia de la cuñada se desbordó.

—¿Con el permiso de quién? Mi hermano dijo que guardaras recato en la casa.

Muriel respondió con displicencia.

—Mi esposo sólo me dijo que no saliese sin custodia, y pienso recurrir al oficial Del Cerro.

—¡Claro que sí! Como que está a tu disposición, para cualquier capricho. ¡Es un soldado, no un valet! A menos que —añadió con tono venenoso— requieras su compañía para lucirte de su brazo por las calles.

Muriel sintió que se le calentaban las mejillas de indignación. ¡Tan luego Álvaro del Cerro, que la desairaba siempre que podía!

—Prefiero ignorar ese comentario —dijo, mordaz, y le indicó a Dalila

que la siguiese. Sin embargo, Vicenta no iba a claudicar tan fácil. Se interpuso en su camino y con los ojos inyectados le espetó:

—¡Te las verás con mi madre! ¡Ella le pasa el parte a mi hermano de tu conducta, desvergonzada!

Vicenta no parecía en sus cabales y Muriel tomó a risa el comentario.

—«Dígale al general, entonces», que salgo en misión de ventilarme los sesos, para no asfixiarme con el olor a hongos de esta casa.

Y salió, seguida por la espantada Dalila que, con la cabeza gacha, contaba las baldosas que la separaban de la puerta con puntillosa atención.

Aquella mañana, Muriel había urdido el plan definitivo para reunir a Rosa con su hermano, quienquiera que fuese. A pesar de los ruegos de Dalila y de las miradas aviesas de su suegra y su cuñada, había logrado salir otras dos veces antes, visitar a la prisionera para informarse de detalles y luego regresar, sin que ni siquiera su custodio se enterase. En aquella casa podía tramarse la estrategia de la guerra entera, pero ignoraban lo que ocurría bajo su techo y delante de sus narices. Burlarlos de esa manera la entusiasmaba como a una niña. La malicia, el deseo de perturbar la vida de su familia política, o el simple aburrimiento al que la guerra la confinaba, eran motivos suficientes para alimentar su imaginación y las ansias de aventura. Esas ideas descabelladas quitaban el sueño a la pobre Dalila, que vivía con el Jesús en la boca por culpa de su ama. Y como no podía abandonarla ni a sol ni a sombra, por orden del coronel, debía secundarla en cuanto disparate se le ocurriese. Cierto era que se había aficionado a la compañía de la señorita, más agradable que la de las brujas de la casa. Muriel compartía con ella sus dulces y solía contarle historias fantásticas que la mulata escuchaba pasmada.

Esa mañana le había dicho:

—Hoy es el día, Dalila —y le entregó un tipoy para que lo escondiese entre sus ropas.

La muchacha se horrorizó.

—Ay, amita, la van a confundir con una kygua vera.

—Ésa es la idea, pero no a mí, sino a Rosa Garmendia. Hoy pienso liberarla.

Dalila alzó los ojos hacia un crucifijo de oro y plata que pendía sobre el

reclinatorio de terciopelo, en un rincón del cuarto, y rezó un precipitado Padrenuestro. Luego, se dispuso a escuchar el plan que su ama le tenía reservado.

Que era muy simple: consistía en seducir al guardia de la prisión del patio para que no viese cómo Dalila lidiaba con los cerrojos de la puerta cancel. Simple y disparatado.

Podían caer en manos de la guardia, o bien ser vistas por cualquiera que recorriese la zona. Era difícil que Muriel pasase desapercibida, sobre todo en un sitio como el Fuerte. Inútil era discutir con la patrona cuando se le metía entre cejas un propósito, no paraba hasta cumplirlo, así el cielo cayese sobre ella. A Dalila sólo le quedaba el recurso que todas las mujeres aplicaban en esos tiempos difíciles: rezar.

Rosa se encontraba acucillada sobre el piso de arcilla, encorvada por la tristeza y con la mirada fija en algún lugar invisible para otros. Lo menguado de su alimentación y los padecimientos físicos y morales se habían ensañado con su cuerpo delicado. Muriel sintió pena por ella y, por primera vez, la idea de liberarla obedeció a un deseo más profundo, el de ayudar a alguien, o vengar una afrenta injusta. A pesar de sus caprichos y sus fantasías, no era tan tonta como para suponer que podía lograr tal hazaña por sí sola, aunque confiaba en su buena estrella para darle a Rosa la oportunidad de huir, ataviada como una mujer del pueblo de las tantas que iban y venían descalzas, vendiendo sus frutos. Para eso iba provista del tipoy y de una bolsa de lona donde había metido diversos objetos. Si la pescaban en los caminos, Rosa podía argüir que iba al mercado o que volvía de él.

El guardia de turno de la prisión era un mozo bastante avisado, para desgracia de las mujeres. Muriel evaluó cuál sería su punto débil y supuso que, al ser atractivo, le bastaría con fingir algún desmayo o solicitar información sobre alguien en el frente para captar su atención. Esto último se le antojó más adecuado a las circunstancias.

—Recuerda lo que te dije sobre los barrotes del rincón de atrás, los que están más separados. Primero intenta sacarla por allí, está tan flaca que podría pasar. Y si no se puede, hay que recurrir a la llave. Ten —y le extendió a la mulata un aro del que colgaban un par de llaves de hierro. En su última

incursión, había logrado hacerse de un juego de la puerta cancel que le robó al sereno mientras roncaba; sólo rogaba que fuera ésa y no la otra puerta la que estuviese cerrada. El patio constaba de dos accesos, y el de atrás era más vulnerable.

Muriel se colocó un pañuelito perfumado bajo el escote, para abultar la tela y aparentar senos más voluptuosos, se pellizcó las mejillas y luego empujó a Dalila hacia donde se hallaba la verja trasera. Cada una se dirigió a su objetivo.

A Dalila le intrigaba el paradero de las otras cautivas, de las que se hablaba en la cocina en voz baja, ya que de buena fuente se sabía que algunas señoras de los pueblos por donde habían pasado las habían albergado en sus casas. Lo que también intrigaba era el motivo de su cautiverio. Como el de Rosa Garmendia, tan inofensiva en su debilitado aspecto, sola y callada en aquel patio húmedo.

—¡Pst! ¡Señora!

Rosa ya estaba prevenida sobre las visitas esporádicas de aquella pareja desconcertante, la patrona y su criada, que se contentaban con llevarle baratijas y preguntarle cosas, muchas de las cuales quedaban sin respuesta, puesto que para Rosa su situación era incomprensible. Al parecer no era la única, las dos mujeres tenían la misma inquietud.

La mulatita le indicó que se aproximase, como las veces anteriores, y al tenerla cerca le susurró:

—Vamos a rescatarla, tiene que pasar por acá —y le indicó el espacio abierto entre dos barrotes rotos.

Si Rosa hubiese podido, habría escapado antes por allí. MoviÓ la cabeza en señal de desaliento, y entonces la esclava sacó unas llaves de su bolsillo. Con espanto, Rosa escuchaba el chirrido del roce del metal mientras Dalila luchaba por abrir la cerradura oxidada. ¿Sería ésa la llave?, pensó, y por un momento desfalleció al sospechar que su ama había cometido la torpeza de no verificarlo.

—No se apure, que ya casi...

El ruido se agrandaba en el silencio pesado de la tarde, y ambas mujeres temblaban de sólo imaginar que alguien las descubriese. Rosa tomó la llave y

lo intentó también, desesperada. Las manos se rozaban, húmedas de nerviosismo, las blancas de Rosa y las morenas de Dalila, en pos de una misma meta. Cuando la puerta cancel gimió en sus goznes, ya a punto de lograrlo, ambas recibieron el latigazo de una voz masculina que bramaba:

—¡Quietas! O disparo.

Permanecieron en su sitio como estatuas, con el gesto congelado, suspendidas en la irrealidad del drama inminente. El que ordenaba no era el guardia, sino Álvaro del Cerro, furioso al saberse burlado por su protegida y, tal vez, temeroso del castigo que le hubiera aguardado de haberse consumado la fuga. Llevaba cogida por un brazo a la insensata Muriel, sin ninguna consideración hacia su condición de esposa del coronel. Dalila se sorprendió al ver, por primera vez, un atisbo de temor en el rostro de su ama.

La seducción había fracasado. No por la falta de encantos de Muriel, ni por una falla en el arte de desplegarlos, sino porque Del Cerro, que se maliciaba las picardías de la joven, había sido alertado por Vicenta Vallejo Flores minutos después de que Muriel saliese de la mansión. La cuñada supo perpetrar su venganza en el momento indicado.

—¡Atrás! —le gritó a Rosa, que se separó de un salto de la reja—. Y vos —añadió, mirando con ojos de fuego a Dalila—, te vas para la casa a informar a tu señora que la esposa del coronel se quedará en el Fuerte por traidora.

Los ojos de la mulatita se agrandaron hasta lo imposible, y Muriel habría jurado que hasta titilaron de lágrimas contenidas, pero había que obedecer al mando, y la muchacha partió rauda a dar su parte desdichado. Rosa volvió a su cautiverio, del que no había salido sino con la imaginación, y Del Cerro empujó a Muriel hacia la puerta del edificio, donde el guardia la miraba con mal disimulado rencor. Había estado a punto de desgraciarse él también.

Muriel se halló en un recinto pequeño, de paredes de piedra por donde corrían regueros de humedad y brotaba musgo. El piso de ladrillos estaba cubierto de lo que parecían restos de instrumentos de tortura: cadenas rotas, cerrojos, cintas de cuero y la mitad de un cepo. Sobre un escritorio, un farol de mecha y un tintero, sin duda para anotar los nombres de los que ingresaban y notificar las órdenes sobre su destino. Se preguntó si la mujer

estaría anotada en esa lista. Si así era, ella estaba condenada, pues interferir en la decisión del mariscal era tomado como conspiración, y se penaba con torturas y muerte. Ni las mujeres se salvaban, si debía creer las habladurías que Dalila le transmitía desde la cocina. A pesar de eso, su espíritu fuerte y la confianza en su buena estrella le impidieron caer en pánico, y mantuvo su postura digna frente al ultraje del oficial, que le apretaba el brazo hasta producirle dolor. Con gusto le habría propinado un estacazo con su sombrilla, de haber podido. Lo odiaba en ese momento. Poco hombre, valerse de la fuerza para amedrentar a las mujeres...

—Aquí te quedas —le dijo él, gozando de la incomodidad de la muchacha.

Sacudió una campanilla de bronce hasta que apareció el encargado de aquella mazmorra, un tipo de aspecto servil, vestido con el uniforme del ejército que le quedaba grande, sin duda prestado.

—La señora está detenida por mi orden —le espetó, sin otra explicación—. Volveré por ella cuando notifique del hecho a su esposo, el coronel Vallejo Flores.

¿Había enunciado el apellido para evitar cualquier abuso de parte de los guardias? Muriel sospechaba que sí, que pese a su rabia y al odio que pudiese albergar hacia ella, Del Cerro no se arriesgaría a merecer la furia del coronel, en el caso de que a su esposa le sucediese algo. Esa convicción le devolvió la entereza y pudo soportar que la metiesen en un calabozo repugnante, donde la manta raída del catre denunciaba la presencia de ratas de gran tamaño. Muriel se pegó a la reja, buscando el rayo de luz que entraba desde el pórtico. Ahora ella era una cautiva también. Contó las horas que pasaban, ayudada por el goteo de una canaleta en el techo, y supo que anocheecía cuando escuchó de nuevo el ruido de pasos en la entrada del Fuerte, para el cambio de guardia.

La viuda Vallejo Flores y su hija escuchaban con expresiones hieráticas la decisión del oficial Del Cerro de llevar a Muriel adonde se encontraba el coronel, para que viese qué hacer con ella. Después de todo era su esposa, y era frecuente que los oficiales recibiesen la visita de sus familiares, sin contar

con que los soldados solían viajar con sus mujeres a cuestras, una práctica común en el Paraguay. Doña Melchora apretaba los dientes para disimular la catarata de odio que le despertaba la burla de su nuera; a ella no le importaba si la llevaban a la mismísima línea de ataque, pues jamás había aceptado ese matrimonio y deploraba que su hijo hubiese caído en las redes de una mujercuela en vez de apreciar las virtudes y los bienes de las señoritas asuncenas en las que ella depositaba su interés. Lo que le corroía las venas era saber que Muriel los había engañado a todos, que había sido capaz de desoír las órdenes de su esposo y rehuir la vigilancia de su familia política. A ella, viuda de un militar y madre de otro, que se encargaba de organizar la ayuda para el Estado y que, de haber sido aceptada, hasta habría secundado al mariscal en su cruzada contra el enemigo, aquella minúscula zorra se le había impuesto con su ingenio y su audacia. Eso no se lo perdonaría jamás. Deseaba que aquel oficialito no fuese tan íntegro, y que la dejara en la casa, para que entre su hija y ella pudiesen doblegarla hasta convertirla en una piltrafa obediente. Su hijo se lo agradecería, sin duda. Y ella haría cualquier cosa por su hijo.

Álvaro del Cerro estaba explicando que había enviado un chasqui con la noticia hasta el campamento donde se hallaba el coronel y que, como distaba a pocas leguas de Asunción, no dudaba de obtener pronta respuesta, que entretanto sería conveniente preparar un arcón con lo mínimo necesario para que la señora hiciese un viaje de esa naturaleza. Estaba seguro de que ésa sería la decisión del coronel cuando supiese de las imprudencias de su esposa, sobre todo tomando en cuenta el peligro en que colocaba a todos los de la familia.

Dalila se encargó de separar algunos vestidos para su ama y, sin que nadie la viese, escondió entre las ropas perfumes y lociones que ella usaba a diario, así como joyas y algunas baratijas: abanicos de pluma y nácar, una polvera de marfil, peinetas de hueso y un librito de tapas negras que era, según creía, del que su ama extraía las historias que le contaba. Luego aguardó, obediente, las indicaciones de la patrona vieja. Por las dudas, envolvió entre sus ropas dos o tres mudas para ella misma, deseando que las órdenes del coronel de trasladarse a la villa de Paraguairí, la incluyesen

también.

En La Loba Roja los días de la guerra no se diferenciaban demasiado de los del tiempo de paz. Las tropas paraguayas no habían llegado aún a la región, aunque se rumoreaba que habían estado cerca. Los ejércitos se desplazaban con lentitud, pues la vanguardia correntina los tenía a maltraer, si bien avanzaban más rápido de lo que se esperaba en Buenos Aires.

Delia y sus muchachas recibían la visita de los hombres que se enrolaban en las fuerzas que apoyaban al Primer Batallón de Corrientes. Acudían desde Empedrado, Saladas, Mburucuyá, Caacatí, San Miguel... en todos los departamentos se organizaba la resistencia. Hombres que ellas nunca habían visto se daban una vuelta por la casa de Delia para beber en buena compañía, jugar a los dados o a los naipes, y satisfacer sus gustos más íntimos. Aunque no eran muchas, las cachorras sabían darse maña para atender a todos los clientes.

Ese mediodía, Violeta se hallaba encaramada en el ramaje de un ñandubay, practicando su pasatiempo favorito: imitar los trinos de las aves. Desde el suelo la observaba con aire preocupado Dragón, quizá midiendo la distancia que separaba a su nueva dueña del piso. El mastín poseía la arrogancia de los perros que se sienten seguros del propósito para el que fueron criados; no se dignaba prestar atención a las pequeñas alimañas ni a las personas que no integraban su universo particular. En ese universo, Violeta ocupaba ahora el principal papel, y Dragón sólo tenía ojos para ella y sus extraños graznidos en las alturas.

Un par de calandrias brincaba de rama en rama, soltando variados trinos capaces de confundir al más avisado. Violeta los ensayaba todos, los melodiosos y los que parecían de bisagra oxidada. Las calandrias se desconcertaban cuando la niña lograba la perfecta imitación de su canto y ella reía, satisfecha de poder burlarlas. Dragón se echó, dispuesto a esperar el momento en que aquella dueña, tan diferente de su otro amo, se dignase caminar sobre sus pies. Desde aquella rama podía verse el interior de uno de los cuartos de la casa, el que daba al patio trasero. Violeta atisbó luz y

extraños movimientos y, aguzando la vista, captó la figura de un hombre corpulento, de barba y bigote, que se quitaba las prendas de paisano con parsimonia, un poco tambaleante. Una mujer lo ayudaba, entre risas. Clotilde. Si estaba Clotilde, debía estar también Lavinia, así que Violeta aguardó. En efecto, la otra joven apareció en enaguas, mostrando su exuberante busto, lanzándose sobre el hombre. Los tres rodaron sobre la cama, que se oyó crujir hasta donde ella se encontraba, y por un momento Violeta no distinguió nada de lo que ocurría en aquel cuarto, sólo escuchaba risas ahogadas por los gemidos y la voz sobresaliente del hombre, que pronunciaba palabras desconocidas. De tanto en tanto, alguna pierna desnuda se ofrecía a su inocente mirada.

De pronto, alguien gritó desde abajo.

—¡Válgame!

Era Delia, que corría hacia el ñandubay.

—¡Abajo, *Aña memby!* ¡Fuera, perro estúpido!

Dragón gruñía, mostrando los dientes a Delia, que no las tenía todas consigo. Dos rostros acalorados se asomaron por la ventana al escuchar el alboroto y pusieron idénticas muecas de horror al comprobar que los requiebros amorosos habían tenido por testigo a la niña. El paisano, que nada comprendía, se levantó sin preocuparse por su desnudez y se asomó también. Su aparición duró apenas segundos, pues ambas cachorras lo empujaron hacia abajo, chillando como monos.

Toda esa algarabía provocó que Violeta resbalara y cayese, lo que puso en guardia a Dragón. El perro se abalanzó sobre el pie del árbol, justo a tiempo para recibir el impacto del cuerpecito de la niña. Un milagro. Delia, demudada por la impresión, parecía a punto de desmayarse, en tanto que las otras muchachas acudían en montón, cada una en distintos grados de desnudez. Formaban un coro patético en torno a la figura despatarrada de Violeta sobre el perro.

Fue el cuadro que presenciaron los soldados que llegaban en ese instante preciso.

Y en el medio de ellos, Bautista.

Lo llevaban maniatado sobre una mula, con cara de pocos amigos. La

partida se había dividido y sólo cinco soldados rodeaban al prisionero. Cinco podían parecer muchos para controlar a un hombre y, sin embargo, ante la ferocidad con que Bautista había reaccionado al saber la noticia del secuestro de su hermana y la huida de su sobrina, podían no ser suficientes. No pudo eludir el rebencazo con que el oficial castigó su supuesta rebelión, aunque el hombre entendió después las razones que tuvo aquel sujeto para intentar estrangularlo con sus fuertes manos de leñador. El vecino de Goya le relató sus desdichas y le aseguró que, de ordinario, Bautista Garmendia era un hombre calmo y pacífico. Los tiempos que corrían cambiaban a la gente, y nadie era capaz de asegurar de qué lado caerían sus huesos. Había solicitado al jefe del pelotón la gracia de permitirle al joven visitar el sitio donde cuidaban de su sobrina, para que marchase a la guerra tranquilo, ya que ése sería el nuevo destino de Bautista: el ejército correntino.

Lo único que los ojos de Bautista veían con claridad en aquella escena, era la figura de su amada Violeta tendida en el suelo, sobre un perro de descomunal tamaño. Debajo de la hinchazón producida por el látigo en su rostro, sus ojos parecían incandescentes por la ira. Su boca estaba contraída por una mueca feroz, y bajo los andrajos de su camisa, los músculos abultaban las venas por el esfuerzo de cortar las tiras de cuero que lo sujetaban. ¡Su Violeta, a cargo de una recua de putas! Todas las mujeres debieron entender lo que pasaba por su cabeza, pues se separaron para que él pudiese ver que su sobrina estaba a salvo. Violeta se incorporó, atontada y sorprendida por el silencio extraño que reinaba, y cuando vio la silueta de su tío a lomos de una mula, le dedicó la sonrisa más deslumbrante que aquellos hombres hubiesen visto, y más de uno lamentó que fuese sólo una chiquilla.

—¡Batú! ¡Batú! ¡Batú!

La niña echó a correr y Dragón tras ella, fiel a la misión encomendada. Violeta intentaba, sin éxito, trepar a la mula, y por fin uno de los soldados entendió la situación y ayudó a Bautista a desmontar, cortando los tientos que lo inutilizaban. De rodillas, él se aferró a su sobrina como si fuese una tabla de salvación, tratando de contener sus lágrimas y preguntándose qué decir a una niña que acababa de ver secuestrar a su madre. Por fortuna, Violeta sí lo supo.

—Batú, los paraguayos se llevaron a mi mamá, pero Delia dice que los soldados de la patria la van a ir a buscar. ¿Es así, Batú, vas a ir por mi mamá? Yo también quiero ir, yo les vi las caras, puedo ayudar a encontrarlos. ¿Vas a matarlos, Batú? ¡Yo quiero matar a uno, déjame matarlo! —y a medida que hablaba, sus palabras se volvían débiles y ahogadas por el llanto que comenzaba a aflojarle el coraje que hasta el momento había demostrado.

Delia se acercó, y con tono maternal la indujo a ponerse de pie, ya que ambos habían caído sin soltarse.

—Vamos, linda, que tu tío tiene que verte fuerte para poder ir a pelear por Rosa. Si te ve triste no va a poder.

Uno de los milicos se quitó el quepis y se pasó la mano por los ojos, enfurecido por su propia debilidad. Todos tenían familia, hermanas como Violeta o como Rosa, y algunos también hijos de corta edad. A todos les tocaba el corazón ver de cerca el sufrimiento de los seres queridos cuando los hombres partían a la guerra.

«La pucha con la suerte perra», murmuró, y se calzó el quepis hasta las orejas.

—¿Por qué Batú tiene el ojo hinchado, por qué? —exclamó de pronto Violeta, al reparar en el aspecto de su querido tío.

Bautista pareció recobrar la cordura al escuchar la voz de su sobrina con su habitual forma de decir, señal de que los brutales acontecimientos vividos no la habían dañado de manera indeleble, y atinó a responderle con calma:

—Vengo de lejos, mi alma, caminando, porque perdí el bote, por eso me lastimé. Ya se me pasará, no tengas pena. Quiero que te quedes donde estás, con estas... señoras que te saben cuidar, porque yo no puedo solo, tengo que ir con los soldados a buscar a tu madre. Prométeme que serás buena —y se irguió para mirar de frente a Delia— y que si algo malo te sucede me lo dirás, para que pueda castigar al culpable.

Las últimas palabras fueron dirigidas a la madama y sus cachorras en un tono lo bastante alto como para que lo escuchasen todos, lo que provocó algunas risas entre los soldados. La seriedad del rostro de Bautista, sin embargo, las silenció enseguida.

Lily rompió la tensión del momento, al acercarse y tomar de la mano a

Violeta.

—Yo voy a cuidar de la *kuñatai*, no te preocupes, nada le va a pasar. Antes, tendrán que matarme.

La bravata resultaba chocante en la muchacha pequeña y contrahecha, sin embargo, nadie se burló. Había algo de solemnidad en aquellas mujeres que, ante las vicisitudes de la guerra, se mantenían de pie, sabiendo que corrían riesgos y que, tarde o temprano, las desgracias las alcanzarían, de un modo u otro.

Bautista alzó en brazos a su sobrina.

—Dame un beso, que yo se lo daré a tu mamá.

La niña estampó un sonoro beso en la mejilla barbuda y sucia de su tío, y se abrazó fuerte a su cuello, hasta casi asfixiarlo. Sólo se tenían el uno al otro.

—Ahora me voy. No mires, así no ves mi espalda.

—¿Por qué, tiene ojos atrás, como la del *kabure*?

Fue la última sonrisa que dibujaron los labios de Bautista, antes de partir hacia su destino incierto, en lugares lejanos y desconocidos.

—A lo mejor, para atraer lindas gurisas.

Violeta se echó a reír y Bautista atesoró el sonido de su risa de cascabeles para recordarlo durante los días que siguieran, en cada momento y en cada lugar donde la guerra le permitiese conservarse vivo.

El amante frustrado había salido también a ver qué sucedía, y de inmediato los soldados lo rodearon, observándolo con desconfianza. Se trataba de un brasileño, de seguro un desertor del ejército aliado. Tanto argentinos como uruguayos se sentían forzados a convivir con los soldados brasileños en esa guerra compartida, ya que ni unos ni otros sentían comunión de intereses con la gente del Imperio. Antes bien, se encontraban hermanados con el enemigo. Aquel desertor, un hombre joven de facciones redondeadas, había tenido la desgracia de caer en un sitio por donde pasaría la tropa. Se lo llevaron para entregarlo a su comandante, el vizconde de Tamandaré. Él decidiría su suerte.

Mucho después de que los soldados hubiesen partido, Dragón seguía sentado de cara al poniente, la vista perdida escrutando la lejanía, y cuando el último rayo de sol se hundió en el horizonte, se escuchó su aullido

prolongado y triste, que reverberó como un eco hasta la zona de los esteros.

Capítulo 10

Encuentros

La comitiva avanzaba con lentitud hacia el norte, bordeando el río a veces y otras, prefiriendo las soledades del interior, para evitar ser vistos por alguna partida enemiga.

Debían compensar con una marcha forzada el desvío que habían hecho en beneficio de Bautista. El capitán de la compañía tenía apuro por llegar a Santa Lucía, donde el enemigo se había acantonado después de abandonar la ciudad de Corrientes, así que ordenó a su segundo que acompañase a ese hombre, mientras él llevaba al resto del batallón al sitio indicado.

En cuanto a Bautista, después de haber visto a su adorada sobrina podía irse tranquilo, aunque la supiese en compañía de las malas hembras. Estaban en guerra, y eso tornaba del revés su mundo. No le cabía otra opción que aceptar la leva, o bien convertirse en desertor y huir, y si hacía eso perdería a Rosa y a Violeta para siempre.

En sólo unos días su vida había cambiado tanto, que le costaba reconocerla: Anselmo herido sin razón, su hermana secuestrada, su sobrina al cuidado de mujeres perdidas, y el país en pie de guerra contra los que hasta ayer habían sido hermanos de sangre.

Si eso no era torcer el rumbo del Universo, qué más lo sería...

Lo peor era el cambio que sentía en su interior. La ira que despertó la noticia de Rosa y el terror que le nubló la mente al pensar en la suerte de Violeta, le eran desconocidos. Él jamás había experimentado tal torbellino, ni siquiera cuando cayó rendido ante el amor de Dionisia. Toda su confianza y

su proverbial calma estaban en tela de juicio. Su propio juicio. Era un extraño hasta para sí mismo. Poco a poco, a medida que la partida atravesaba los esteros, durmiendo al raso entre los juncales y tiritando por la ropa mojada que jamás se secaba del todo, el corazón de Bautista se fue endureciendo. Forjó una barrera con su pasado para protegerse las espaldas en el presente. Pensar en cosas perdidas y bienamadas lo debilitaba, y no podía permitírselo. Su mente fue creando nuevos propósitos, y el primero era conservarse vivo para rescatar a Rosa y volver con Violeta, sin hacer proyectos, sólo mirando hacia adelante. Aquella coraza lo tranquilizaba, le permitía vivir el momento sin sufrirlo. Bien pronto sus compañeros de ruta se alegraron de haberlo sumado, ya que aquel hombre vigoroso no parecía resentirse por ninguna incomodidad ni esperar nada, sólo avanzar, aguardar la ocasión de batirse en el campo de batalla, y vencer.

Al cabo de varios días, la comitiva se unió al resto del pelotón y más tarde, al batallón dirigido por el sargento mayor Mendoza. Fue la primera vez que Bautista tuvo la sensación de estar en el ejército, porque aquella marcha a través de los pantanos, bajo la lluvia o el sol ardiente, padeciendo las picaduras de los mosquitos o cortando las cabezas de las víboras que les salían al paso, se le antojaba una especie de incursión de caza. Nunca avistaban al enemigo ni escuchaban los cañones que lo delataban. Recién cuando llegaron al campamento militar, con sus carpas blancas y sus clarines, sintió en los huesos que se hallaba en plena guerra. Allí le entregaron su uniforme, una casaca azul y pantalones blancos, acompañados de botas que le quedaban algo chicas y una bayoneta de fabricación casera. Seguían a la espera del armamento pedido a Buenos Aires. Ya era un soldado correntino. Según el sargento mayor Mendoza, un soldado argentino, porque en esa guerra no contaban las rencillas provinciales, estaban todos bajo la misma bandera. De cuando en cuando, las noches se poblaban de dulces melodías robadas a un recuerdo romántico, o a la necesidad de recuperar la proverbial tranquilidad correntina, con sus calles de tierra, sus palenques a la entrada de las casas, sus flores, sus telares y sus bellas mujeres. Bautista escuchaba sin comprometerse, se dejaba arrullar por los sonos que arañaban su corazón, sin ceder a la tristeza. Él también había sabido tocar la guitarra en las noches

solitarias del recodo.

El Bautista Garmendia soldado sólo tenía en mente una misión.

—*Che ruvicha* —le dijo una vez un soldado que vestía de paisano—, a ver si me lees esto acá —y le mostró una carta manoseada donde se veía letra fina de mujer.

—Yo no soy tu patrón —contestó Bautista, a lo que el otro contestó, divertido:

—Ah, caray, con esa jeta... cualquiera diría que sos el dueño de toda la provincia.

Bautista calló la réplica y leyó lo que el camarada de armas le pedía. Era apenas una misiva que reflejaba la ansiedad de las mujeres de la casa, que querían noticias del que había partido.

—¿No les has escrito?

—A mí no me tocó la ciencia, *chamigo*, todavía soy duro para la escritura. Cuando salga de ésta, de fijo me apunto en unas clases, para no ser tan bruto.

—Yo puedo ayudarte —ofreció Bautista, y se arrepintió de inmediato, pues no deseaba ablandarse con nada, ni siquiera con las penurias de sus compañeros.

En otra ocasión, se había acercado al fogón donde algunos paisanos compartían un mate de café, y en esa ronda escuchó decir que en Buenos Aires se criticaba el comportamiento del Primer Batallón de Corrientes, del que Mitre esperaba más. La indignación cundió entre los hombres y muchos blasfemaron contra la ciega porteña, que todo lo veía a través de un filtro, el de su conveniencia.

—A ver si vienen de una vez, ya que les parece mal lo que hacemos.

—Como si tuviéramos ayuda...

—Le han hecho el cuento a Mitre, digo yo...

Un hombre de aspecto severo se acercó ante el bullicio y al enterarse, replicó:

—Ésas son noticias viejas. El Presidente ya sabe lo que está ocurriendo, y que los correntinos hemos salvado la provincia al mantener en lucha al invasor. Hasta en los diarios de Buenos Aires lo ha dicho.

Un murmullo de protestas ofendidas siguió a la afirmación, y Bautista notó que aquel hombre tenía cierto ascendiente sobre los soldados, sin ser de rango ni poseer título alguno. Lo cierto era que las tropas enviadas por el gobierno habían liberado a Corrientes para abandonarla después, siguiendo el rastro del enemigo, y esa decisión del general Paunero había sido cuestionada en Buenos Aires, porque permitió a los paraguayos volver a tomar la ciudad. Claro que no quitaba valor al ejército correntino.

—A mí me parece que los porteños se van de boca nomás, que les falta coraje para la lucha.

La afrenta sonó dura hasta para los que no estaban incluidos en la boleada, y Bautista supo que habría pelea. Dos de los participantes del fogón se levantaron, indignados, dispuestos a vérselas con el deslenguado. El hombre que había hablado antes se interpuso.

—Guarden la energía para enfrentarse a los paraguayos, que ya falta poco. Entre nosotros arreglemos cuentas después, cuando se termine la guerra.

De nuevo el murmullo rabioso y la aceptación forzada. Al rato, los mismos que habían estado a punto de trompearse cantaban juntos una tonada al compás de la guitarra. Mantener en alto la moral de la tropa parecía ser la función de aquel hombre que, según supo Bautista, era correntino y se llamaba Severino Frías. Como un ramalazo, le sobrevino la idea de que sería un buen marido para su hermana. Y de inmediato desechó aquella preocupación, que no venía al caso en esos trances.

Más de una vez y contra su voluntad, la mente se le perdía rememorando los rasgos de la zorra que le había tendido una trampa en Asunción. De seguro sería la querida de algún jefe que le había encomendado la misión de seducirlo para que hablase, aunque él no entendía qué pretendían que dijera. Tampoco llegó a seducirlo, pues él había sido el que arremetió, besándola. Trató de desechar el atisbo de compasión que le brotó al pensarla como mujer perdida, siendo tan joven y bonita. ¿Por qué las mujeres torcían su camino cuando lo tenían todo para ser buenas esposas y madres? ¿Por qué Rosa había caído tan fácil bajo la seducción de un desconocido, cuando había recibido tantos cuidados y buen ejemplo de su familia? Su desazón le produjo rabia y

golpeó la tierra con el puño. Un compañero que dormía cerca se movió y comenzó a roncar, lo que le devolvió la serenidad. No debía dejarse llevar por esos derroteros.

Para colmo, el tema de las mujeres era una constante entre los soldados, pues la castidad era un azote tan insufrible como las pestes. Contaban anécdotas, se lamentaban de la distancia que los separaba de sus enamoradas, o bien hacían bromas chuscas sobre las mujeres que seguían a las tropas.

—Los paraguayos sí que saben cómo arreglarse —dijo uno—. Van a la guerra con otro ejército detrás: las chinas en sus carretas, para lavarles la ropa, cocinarles, y calentarles los pies en la noche. ¿Por qué no aprendemos, en lugar de pelear con ellos?

Las carcajadas no le dejaron proseguir. Otro contó que esas mujeres que seguían a los ejércitos eran a veces más cariñosas y atentas que las propias esposas, él lo sabía de buena fuente, pues conocía a un veterano que se había terminado casando con una de ellas.

—¿Y qué tiene de raro? ¿No son hembras todas, acaso?

—No creas, hermano, las hay bien bravas, como las montieleras. Ésas son de armas llevar.

—¡Una de éstas quiero yo en mi manta hoy! —exclamó un desaforado, y todos rieron.

A Bautista no le agradaba el tema y se mantenía distante. Descubrió que no le molestaba sólo a causa de Rosa, sino que también le desagradaba que la mujer de la bahía fuera una de aquellas perdidas.

La inacción de los días de campamento causaba descontento. Todos querían vérselas con el enemigo y acabar esa guerra de una buena vez. No hablaban de matar paraguayos, sino que su envidia se dirigía al que los gobernaba, Francisco Solano López. Ya lo decía Mitre, que ésa sería una guerra contra un tirano, no contra el pueblo.

Lo que no obstaba a que muchas veces corriesen por el campamento burlas destinadas a los soldados paraguayos, por esto o por aquello. Había, entre las tropas, paraguayos exiliados en Buenos Aires que se habían enrolado para luchar contra López, entendiendo que ayudaban a librar a su país de una tiranía, idea que circulaba mucho entre los liberales porteños.

Llegó junio, y con él el invierno, que resultó frío y lluvioso. Un aguacero tras otro embarraban la acampada y los caminos que seguía la tropa, que eran los de las postas y mensajerías, únicos posibles en un terreno anegadizo, lleno de pantanos y bañados.

A pesar de las distancias, llegaban con frecuencia las noticias de la guerra, y el portador de ellas era aquel hombre singular, Severino Frías. Para él, la información era el mejor antídoto contra las sublevaciones, de modo que solía congregarse a los soldados para darles el parte de los últimos acontecimientos, fueran buenos o malos.

Así, supieron que ya Mitre se había embarcado en un vapor hacia el litoral, para encargarse de comandar el ejército aliado de acuerdo con lo pactado entre las tres naciones: Argentina, Uruguay y el Imperio del Brasil. En un viejo periódico se leía sobre el despliegue de la multitud en el puerto de Buenos Aires, que aclamaba a su líder cuando subía a bordo de la falúa que lo escoltó hasta el vapor *Río de la Plata*. El vencedor de Pavón contaba con el fervor de los porteños.

También supieron, siempre de boca de Severino, que Mitre había instalado su campamento sobre el río Uruguay, en un lugar llamado Ayuí Chico. Aquel campamento oficiaba como lugar de instrucción, para desasnar a los reclutas. Algo que concitó la atención y sorprendió a los correntinos fue que en aquel ejército nacional figuraban hombres de Garibaldi, que se habían enrolado como voluntarios desde Uruguay.

—¡A no confundirlos, *chamigos*! ¡A ver si les disparamos creyendo que son los paraguayos, con sus casacas rojas! —decían algunos.

Severino les dijo que eran libertarios seguidores de la política garibaldina, y que en el país oriental los tenían en mucha estima, tanta, que hasta el propio Mitre, que había cursado su carrera militar allí, mantenía una relación de amistad de años con Giuseppe.

De a poco, a medida que se comentaban este y otros hechos, los soldados se iban formando una idea de la situación en aquella guerra, más grande y compleja de lo que pareció en un primer momento, tan sólo una locura expansionista de los paraguayos.

No todas las noticias eran alentadoras. A los contratiempos naturales,

como las lluvias y el frío, se agregaba la falta de medicamentos. Las carpas permanecían húmedas debido a los constantes aguaceros, y Bautista presencié los espasmos de fiebre que atacaban a algunos soldados, sin que el médico de la guarnición pudiera hacer otra cosa que recetar compresas y aguardiente. Quizás en el campamento de Mitre estuviesen mejor provistos, no lo sabía, allí se echaban en falta muchas cosas, y eso que todavía no habían enfrentado una batalla auténtica, salvo escaramuzas para evitar que el ejército del general Robles volviese sobre sus pasos y recuperase el terreno perdido en Corrientes.

Una vez, mientras churrasqueaban junto al fogón, les llegó la noticia de que a Urquiza se le había sublevado el ejército. La mayoría entendía las razones, puesto que a los federales no les simpatizaba la idea de unirse a Mitre para enfrentar a López. Esa noche, como presagio de funestas consecuencias, un viento helado azotó el campamento, y Bautista se dijo que, si no moría bajo las balas enemigas, lo haría víctima de las tormentas y las fiebres.

Su batallón avanzaba a la par del de Mitre, siguiendo el río Paraná en lugar del Uruguay, chapaleando en el lodo, con el agua hasta la cintura a veces, arrastrando sus capotes por el fango, cargando con espadas, fusiles, revólveres, mochilas, las pavas y los asadores. Había algunas desinteligencias entre la oficialidad que generaban incertidumbre. El general Paunero, que comandaba la Guardia Nacional, desaprobaba las estrategias del general Cáceres, que dirigía la caballería correntina, y éste tampoco justificaba sus actos, de modo que se percibían suspicacias que perjudicaban el espíritu de la tropa. Como si adivinara ese efecto, Severino Frías afirmaba que ya el Generalísimo, como llamaban a Mitre, estaba al tanto y pronto se reunirían todos para unificar criterios. Esta promesa de agrupar las fuerzas era el aliciente que empujaba a los hombres a seguir, esperando siempre que la situación mejorase. También operaba como estímulo la noticia de que los paraguayos estaban cerca, pues a medida que ellos marchaban hacia el norte, el ejército de Robles avanzaba hacia el sur, después de tomar otras localidades de la provincia. Severino se mordió los labios para aguantar su impaciencia cuando supo que las fuerzas paraguayas habían llegado a Goya y

saqueado la villa, destruyendo las casas para hacer fogatas con los materiales.

Bautista recibió correspondencia ese día. Los clarines anunciaban la llegada de las cartas y otros paquetes que las familias enviaban a los soldados, y el encargado de repartirlos dejó caer junto a sus botas un fardito rotulado donde una letra desconocida decía su nombre. Nervioso, rompió el envoltorio y leyó con rapidez. Era una misiva corta, escrita por la encargada parroquial de su pueblo, en la que lo tranquilizaba sobre la seguridad de Violeta, encomiando la labor maternal desempeñada por las mujeres de La Loba Roja. No decía mucho más, salvo que le deseaba un pronto regreso y con salud. Nada sobre Rosa ni sobre partidas de rescate. Bautista imaginó cuánto le habría costado a la pobre mujer de la parroquia acercarse al lupanar para verificar el estado de Violeta, e indagar a aquellas mujeres para informarle luego por escrito. Le habría gustado leer algún mensaje de la propia Violeta, aunque entendía que la mujer había hecho lo mejor posible, dadas las circunstancias. Quizá no había querido preocupar a la niña. Guardó la carta entre sus ropas y se echó a descansar. Soñó con Rosa, su rostro sereno y bello siempre triste... De pronto, aquellos rasgos se convirtieron en los de la mujercita de Asunción, desafiante y sensual, para luego combinarse con los ojos de Violeta y su sonrisa encantadora. Bautista despertó conmocionado. ¿Cómo podía mezclar en un mismo sueño a las tres mujeres? Se odió por mantener en la mente la imagen de la paraguayita, indigna de un solo pensamiento.

Dio vueltas sobre la manta húmeda y trató de soñar otra cosa.

—¿Alguna novedad?

El soldado analfabeto lo había visto leyendo su carta.

—Noticias de mi sobrina, que está a cargo de... unas parientas. Está bien, me dicen.

—Me alegro. A mí no me tocó nada esta vez —comentó sonriente el mozo.

—¿Es grande tu familia?

—Mi madre y mi hermana, nada más. Mi padre murió luchando contra Oribe, en los tiempos de Rosas. Parece que estamos meados por los perros, ¿no?

Bautista no supo qué decir. Él tampoco tenía muchos parientes, y esa guerra los igualaba a todos.

—No te ofendas, pero al principio pensé...

Bautista aguardó a que prosiguiera, pues notó incertidumbre en su tono.

—Pensé que eras uno de esos «comprados».

—¿Quiénes?

—Esos que las familias pudientes mantienen para que hagan la guerra en lugar de sus hijos.

El estupor en la expresión de Bautista lo animó a seguir.

—La mayoría son gente bien. Sus hijos deberían integrar la Guardia Nacional, pero para que no corran riesgos, le pagan a un personero. Son cinco mil pesos, más o menos. Mi familia no los tiene, claro que tampoco los pagaría. Es un orgullo defender a la patria. Otros se casan a las apuradas, ya que a los recién casados se los excusa.

Bautista no lo podía creer.

—¿Y por qué pensaste que era uno de ellos?

—Ya te dije, no te ofendas, pero al verte la cara... de enojo, quiero decir —agregó de inmediato—, creí que venías en reemplazo de algún señorito.

Era un mozo bien parecido, de rostro risueño. A Bautista le caía bien, y pese a su intención de mantenerse ajeno a los padecimientos de los otros, lamentó que los avatares de la guerra pudiesen borrar la sonrisa de aquel joven.

No pensaba en la suya propia.

—Me llamo Rufino Reyes y soy de Saladas —dijo él, extendiendo la mano.

Ya estaba. Había permitido que se creara un vínculo que después lamentaría.

La primera señal de verdadero descontento entre la tropa surgió durante una dura caminata a través de viscosos lodazales en los que se hundían hasta las rodillas. Les habían dado orden de dormir durante el día, para poder avanzar con más fresco y eludir a los mosquitos, que parecían incubarse entre los vapores fétidos de los pantanos. Además, algunos soldados padecían de congestión cerebral debido a los calores y al sol implacable sobre sus

cabezas. Marchaban a tientas, guiados sólo por un farol que portaba un carruaje por delante. Esa mortecina luz, titilando a través de los vapores, producía en Bautista una suerte de hipnotismo, como si estuviese adentrándose en un mundo irreal, hasta los sonidos le llegaban amortiguados por ese velo onírico. Algunos se santiguaban, porque aquel paisaje lúgubre parecía obra del demonio.

Fue entonces cuando a Bautista le llegaron las palabras, mordidas por lo bajo:

—La pucha con esta guerra... al final, ni sabemos para qué.

—Nos están comiendo crudos. Los mosquitos, digo.

—Jodida suerte —decía otro, uniéndose al coro de quejas—. Más me hubiera valido perderme en la selva montielera, donde naidés me encontrase.

Bautista regresó de su ensoñación y prestó oídos a la charla susurrada.

—¿Dónde están los paraguayos, digo yo? Hasta ahora, sólo vimos mulitas y perdices. De los enemigos, nada.

—Te olvidaste de los huesos de los animales muertos —añadió otro.

—Y de los soldados. Hoy murieron tres. De sarampión, dicen...

—Yo sólo pido que me entierren, nada más. Se me eriza la piel de pensar que puedo servir de pasto a los caranchos.

—No te preocupes, que para enterrar están mandados a hacer. ¿No ves todas esas cruces que dejamos atrás?

Bautista se rezagó para seguir escuchando y captó el sonido de una voz profunda:

—A no recular, hermanos. Mientras se pueda, sigamos de pie.

Los demás gruñeron como respuesta, y el que primero se había quejado agregó:

—Es que a mí nadie me explica por qué tenemos que movernos de acuerdo a los *kamba*. No me fío de ese Tamandaré. Y lo bien que haría Mitre en desconfiar también.

—El comandante brasileño dirige la escuadra, eso es lo que pasa. Nosotros no tenemos escuadra. Y los uruguayos, menos.

—¡Pues que arremeta con la escuadra entonces, carajo! ¿A qué dar tantas vueltas? Parece que estuviéramos bailando...

—La danza de la Muerte —dijo una voz nueva en la conversación.

Hubo un silencio reverente y Bautista supo que todos se persignaban.

—A mí no se me cuece —dijo otro—. Me está pareciendo que nos tienen de carnada, a ver si nos topamos primero con los paraguayos, mientras que los brasileños se cuidan de no tener bajas. Al final, son ellos los que quieren hacerse de esclavos en esta guerra.

—Esclavos paraguayos.

—Maulas...

Bautista recordó con aprensión las palabras encendidas de Anselmo, al referirse a las ambiciones del Imperio. ¿Sería así, el verdadero enemigo en esa guerra sería el Brasil? Lamentaba no haberse informado mejor de los asuntos políticos mientras vivía en el recodo. Aquella existencia apacible lo había preservado de las vicisitudes del país, y se daba cuenta de que ignorarlas no había servido para mantenerlo a salvo de ellas. Tenía razón Severino Frías. Tuvo deseos de participar en la conversación.

—¿Por qué dicen que los brasileños se cuidan las espaldas? —preguntó, volviéndose hacia los hombres que le pisaban los talones.

Apenas distinguía sus rasgos en la oscuridad.

—Por qué ha de ser... ¿No ves que siendo superiores en número y fuerza casi ni avanzan? Por lo menos hasta ahora.

La voz profunda que Bautista había escuchado intervino de nuevo:

—Se anotaron un tanto. Corre el rumor de que la escuadra brasileña aniquiló a la paraguaya apenas ayer.

Bautista contempló con detenimiento los rostros. El hombre de la voz peculiar era un individuo esbelto, vestido de gaucho, la tez morena firme sobre los pómulos acusados, y unos ojos de extraordinario color gris, refulgentes en la penumbra como luces misteriosas. Él no lo había cruzado antes, estaba seguro, pues recordaría aquella mirada penetrante, así como el modo de hablar pausado y de extraña sonoridad.

La noticia produjo diferentes reacciones entre los soldados: algunos festejaron que por fin los brasileños hiciesen algo, mientras que otros guardaron silencio, tal vez lamentando aquel golpe fatal para los paraguayos, entre quienes de seguro contaban parientes y amigos.

—¿Cómo la estarán pasando ellos? —murmuró uno, y todos supieron que se refería al ejército paraguayo.

La marcha prosiguió con ánimo sombrío. Bautista observó que el gaucho desconocido se rezagaba para acercarse a un soldado que estaba a punto de caer de agotamiento, o tal vez de enfermedad. El sarampión y las fiebres tropicales se habían extendido mucho entre la tropa. Y según él avizoraba, si llegaban a cruzar el río para asestar el golpe de gracia al Paraguay, sería mucho peor. A medida que avanzaran hacia el norte, el calor se tornaría más bochornoso y habría pantanales más grandes.

El encuentro de los ejércitos aliados fue un verdadero caos. Las tropas ofrecían una policromía digna de un bazar de turco. Allí había toda clase de uniformes: boinas rojas, quepis azules, camisas blancas, rojas, pantalones blancos o azules, y hasta la pintoresca combinación de todo eso. Los uruguayos se destacaban por vestir ropas de paisano, empezando por su líder, Venancio Flores, un gaucho de pies a cabeza con sus botas, su saco de paño negro, su sombrero y su lazo al cuello. Los argentinos contaban con uniformes azules, aunque también se distinguían las tropas que no habían sido bien provistas por el gobierno nacional, pues algunos soldados iban descalzos, al igual que lo hacía el enemigo.

Bautista y sus camaradas recibieron a su llegada una provisión de camisas, fusiles y una muda de ropa interior. Fue recibida con júbilo, ya que llevaban días soportando la ropa húmeda pegada al cuerpo. Muchos se zambulleron en las aguas del río para quitarse el olor a sudor y refrescarse la cabeza. No podían descuidarse, sin embargo, pues los paraguayos estaban muy cerca. También se les dio para vicios de entretenimiento, y como el campamento estaba rodeado de mujeres livianas que acampaban en torno, ahí fue a parar la soldada que recibieron.

Conoció Bautista, por fin, a las famosas «montieleras», y pudo comprobar que eran de armas tomar. Una, en particular, se había prendado del sargento mayor Mendoza, después de haber pasado una noche en sus mantas. El oficial no le daba más importancia que a las moscas que punteaban su carpa,

y eso enardecía a la joven. Era una mujer hermosa por su temple y la fuerza de su mirada. Aunque aceptaba requiebros de los demás soldados, sólo tenía ojos para el sargento, a quien había entregado el corazón. Una noche, luego de haber intentado en vano que Mendoza la recibiese en su carpa, la mujer salió en busca de otro revolcón y halló desprevenido a Bautista, que acababa de darse un baño nocturno. Él llevaba sólo los pantalones, ya que su campamento se hallaba cerca. La montielera lo interceptó en actitud de franca seducción y trató de que la siguiera a la espesura, para tener un rápido encuentro a cambio de algunos patacones o bebida. Era una mujer que derrochaba sensualidad, aunque de un modo burdo, con una camisa anudada bajo el busto, para realzarlo, y el cabello enmarañado sobre el rostro. Con razón el sargento Mendoza la rehuía en los últimos tiempos, pensó Bautista. La castidad impuesta por las circunstancias aflojaron su natural resistencia a relacionarse con prostitutas. Se dejó arrastrar hacia un montecito y allí cedió a las caricias desenfrenadas de esa amante despechada. Carmela, como se llamaba la montielera, trepó a la cintura de su elegido con sus piernas rollizas, mientras lo abrazaba por el cuello, instándolo a besarla. Bautista no deseaba esa intimidad con la mujer, de modo que la mantuvo separada, aunque acarició sus muslos y sus senos, intentando no pensar en ella sino en la otra, su Dionisia, con quien había disfrutado un amor intenso y puro. La imagen que lo acompañó en la oscuridad, sin embargo, no fue la de la dulce novia de su primera juventud sino la de la mujercita de Asunción, con su figura curvilínea y sus labios sedosos, que él había degustado de modo brutal. Pensar en ella lo enardecía, y correspondió a los avances de Carmela con idéntica pasión, clavando sus dientes en el cuello sudoroso de la joven y apretándola contra el tronco de un chañar, en busca del desahogo anhelado. Carmela lo dejaba hacer, contenta de satisfacerse con un hombre tan espléndido, y aguantaba a pie firme los embates de Bautista, soltando auténticos gemidos de satisfacción. Al acabar, ambos exhaustos por la energía desplegada, se derrumbaron sobre las malezas, casi sin mirarse, pues la noche era cerrada.

—Me resultaste un toro —le dijo ella, contenta.

Bautista mantuvo los ojos cerrados, disgustado consigo mismo y con la

traición que suponía, no sólo caer bajo el ardid de una puta, sino olvidarse de Dionisia. ¿Desde cuándo le importaba el recuerdo de una pérdida como la paraguayita?

Carmela no cejó en su empeño de atosigarlo.

—No me digas que me hiciste el amor porque no te lo creo. Vos estás prendado de otra, y te tiene bien agarrado. Por ésta —y se escuchó el ruido de un juramento.

A la mujer parecía divertirle el silencio empecinado de su amante.

—A lo mejor, ni lo sabías. Ahora te lo digo yo. Andá a buscar a la mujer que querés, porque esta guerra te lo quita todo, y luego será tarde.

Se inclinó y besó la boca desprevenida de Bautista, arrancándole el único beso que le había sido posible obtener, y desapareció en la oscuridad sin un ruido. Bautista regresó a su carpa. Ni siquiera le había pagado por sus servicios, y eso lo confundió más de lo que ya estaba. Las palabras de la montielera danzaron en su mente buen rato, antes de que conciliara el sueño.

Los conflictos entre los oficiales se resolvieron en una junta a la que acudieron los mandos: Mitre, Flores, y hasta el propio emperador, junto con los comandantes brasileños. Los términos del tratado firmado por los tres países delegaban el mando general de los ejércitos aliados en Mitre, aunque los brasileños se empecinaban en desobedecer el acuerdo. Brasil tenía sus razones para emprender esa guerra, y a veces se dejaban entrever esos intereses en las acciones de sus líderes.

Los días de campamento transcurrieron entre el tiempo de instrucción de los soldados, las actividades de carrear animales para almacenar alimento que pudiese consumirse durante la marcha, y las expediciones en busca de paraguayos en tierras aledañas. Esto último estaba a cargo de partidas que se turnaban en el reconocimiento del terreno.

Por las noches, los soldados compartían la comida, los juegos de naipes y los cigarros, tratando de soslayar las diferencias de carácter que había entre ellos.

Bautista trabó amistad con el gaucho de los ojos grises, Antonio Mamerto Gil Núñez. Era un hombre parco, atento a lo que lo rodeaba, y más de una vez notó que se acercaba a algún sufriente, ya fuese por heridas, picaduras o

peste.

—Quién sabe —le dijo Antonio una noche, mientras tomaban mate a la luz de las estrellas— en qué parará esta guerra. Cuando termine, cada uno se quedará solo con su conciencia.

—Como siempre —respondió Bautista, pensativo.

El gaucho lo miró con interés.

—Pucha que parecés torturado. ¿Acaso hay alguna prienda que te haya robado el corazón?

—Una, hace mucho. Pero ya debe de tener marido, hijos, y haberse olvidado de mí.

Antonio sorbió de su mate y guardó silencio unos momentos, antes de decir:

—Compartimos la misma pena, entonces, aunque en mi caso el diablo metió la cola desde el principio. Estaba todo condenado al desastre.

Como aquel hombre le resultaba curioso, y además siempre lo veía comportarse de manera prudente, Bautista aceptó ese nuevo ofrecimiento de amistad que luego lo comprometería pese a su voluntad, y lo animó a desahogarse.

El gaucho asintió y comenzó su relato:

—Yo soy de estos pagos de *Pay Ubre*, provengo de familia acomodada y principal, aunque no lo parezca. Mi santa madre me dio una buena educación y no es por falta de cuidados que se me ha torcido el rumbo en la vida. Quiso mi mala estrella que pusiese el ojo en la mujer equivocada, aunque en cuestiones del corazón, no hay errores, creo yo, sino falta de coincidencia. Esta señora, de la que me reservo el nombre, por respeto —añadió, al leer curiosidad en los ojos de Bautista— es pretendida por un comisario de mi pueblo, que no entiende que pueda dársele el esquinazo, sobre todo porque la mujer que yo amo es viuda y desamparada, con una hijita pequeña. Yo la frecuentaba con facilidad porque me había conchabado en su estancia, siendo ella sola para tales menesteres, así que me convertí en su peón y protector, y una cosa llevó a la otra... —dejó la frase inconclusa, dando a entender que, entre la viuda y él, el trato había pasado a mayores.

Bautista escuchaba con atención, olvidado de la nube de mosquitos que

los rodeaba, de la pestilencia que flotaba en el aire, subyugado por la manera cadenciosa de hablar del gaucho y, sobre todo, por el hipnotismo que emanaba de sus ojos claros.

—Una noche —prosiguió Antonio—, este comisario se llegó a la estancia bajo la lluvia y solicitó refugio a la viuda. Ella entendió que era impropio dejarlo pasar, y porque además sospechaba de sus intenciones, le negó el paso con el pretexto de que estaba cuidando de su hijita enferma. Creo que al comisario le cayó mal ese trago, sobre todo porque más de una vez habrá visto mi moro atado al palenque de la entrada, y se habrá maliciado que esa noche yo estaba ahí. Para colmo, los hermanos de la viuda ven con malos ojos que ella me brinde su confianza, y de seguro se aliaron con el milico para perseguirme. No me dejaron en paz, no hubo boliche donde no me picanearan con sus burlas, hasta que un buen día se me agotó la paciencia y me cabreé. Ahí nomás pelé el facón y lo desafié al milico. Mi error fue dejarlo con vida, porque desde ese momento el sotreta se dedica a perseguirme, tanto, que tuve que buscar el campo para no perjudicar a mi amada con la maledicencia. Así que acá me tienen, sirviendo a la patria más por necesidad de encontrar un sitio adonde ir, que por ganas de matar paraguayos.

—¿Y nunca supiste más de la viuda?

Antonio elevó sus ojos al cielo estrellado y pronunció enigmáticas palabras:

—Quién sabe lo que «ellas» me tienen reservado.

Las llamas crepitantes danzaron sobre la cara del gaucho y Bautista advirtió que llevaba bajo la camisa un amuleto de hueso, sostenido por una cadena de cobre.

—¿Te lo dio ella? —le preguntó, ya en confianza con aquel hombre.

Antonio sacó de entre los pliegues la figura de San La Muerte, representado en cuclillas, con una guadaña en una mano y un balde a sus pies. La giró entre sus dedos callosos y respondió:

—Me ha protegido hasta ahora de todos los peligros, igual que el recuerdo de mirienda. Está hecho con una bala tallada. Una bala justiciera —agregó, con un brillo fatídico en los ojos—, que yo mismo extraje a punta

de facón.

No hizo falta aclarar que él había disparado esa bala. Bautista entendió el silencio. Aquel santo, venerado desde los tiempos de la expulsión de los jesuitas, había sido un hombre miserable al que la propia Muerte se le apareció para ayudarlo, otorgándole el poder de sanar con la condición de que respetase su voluntad: si al entrar al cuarto del enfermo la viese sentada en la cabecera, debería decir que no podía hacer nada; si la viese a los pies, entonces podría proceder a curarlo. El propio San La Muerte entregó así su poder a los curanderos. Bautista sabía todo eso y se daba cuenta también de que estaba frente a un hombre peligroso.

Guardaron silencio durante un buen rato, cada uno rumiando sus cuitas, hasta que Antonio quiso saber la historia de Bautista, ya que intuía que bullían corrientes profundas en ese hombre de aspecto tranquilo. En honor a la sinceridad del gaucho, Bautista le confió sus penurias, que comenzaron el día en se malograron los amores de Dionisia, pues al parecer, aquella zancadilla del destino había desencadenado todas las demás. Le habló de la desgracia de su hermana, de la muerte de sus padres y de sus temores ante la suerte de Rosa y de Violeta, por quienes era capaz de todo. Antonio Gil escuchó sin interrumpir y cuando su interlocutor calló, dando por terminadas sus penas, encendió un cigarro y a través del humo que desdibujaba sus facciones, comentó:

—Sin desmerecer te digo que, salvo lo que acaba de acontecer con tu hermana, todo lo demás es cosa natural de la vida: desencuentros, amores desafortunados, la muerte de los padres... No importa qué forma adopten esas cuestiones, hay que tomarlas como lo propio que nos toca vivir. Yo mismo me lo repito cuando pienso en que me enamoré de una mujer prohibida, no por la religión ni por estar atada a otro, sino por la maldad humana, que es mucha. El secuestro de tu hermana es otro cantar, digamos que es inesperado, por lo menos. Y por tu sobrina no te preocupes, ella estará bien.

Aunque Bautista no acertaba a discernir por qué, las palabras de su nuevo amigo le inspiraron confianza. Quizá se debiese a su hablar calmo, o a su mirada electrizante, el caso es que sintió que se le quitaba un peso de encima.

Después pensó que no le había contado todo, se guardó el entripado que tenía con la paraguayita de la bahía. El gaucho, sin embargo, no necesitaba de esos detalles, ya que antes de marcharse a su carpa le dijo como al pasar:

—A esa otra mujer que te tiene obsesionado, a ésa prestale atención, porque puede ser la causa de tu mayor felicidad... o de tu desdicha.

El rumor sobre la victoria de la escuadra brasileña en el Riachuelo se confirmó cuando llegaron los partes de guerra. Las noticias aseguraban que la flota paraguaya quedaba inutilizada a partir de ese momento, un golpe que a Francisco Solano López le costaría remontar. Hubo cierto entusiasmo, fruto de la creencia de que la guerra sería breve entonces. Para festejar se carnearon unas vacas, pero los animales estaban tan flacos que la carne resultó magra. Por otro lado, la conservada se agusanaba con el calor y sabía a podrido. Ésa fue la razón de que Bautista y otros soldados se aventurasen a cazar pequeñas piezas, a fin de surtirse de comida fresca. Él conocía la vida salvaje en los esteros y guió a la expedición por los bañados cercanos, en busca de carpinchos o mulitas.

—Creo que hasta un mono me comería —masculló un miembro de la comitiva mirando hacia arriba, donde unos carayá alborotaban en las ramas.

Usaban las bayonetas como si fuesen arpones, y con ellas ensartaban a los desprevenidos yacarés mientras dormitaban al sol; los colgaban de una lanza que llevaban entre dos, tendida de hombro a hombro. Procuraban no acercarse demasiado a los afluentes, ya que los paraguayos solían incursionar desde la otra orilla «camorreando», robándoles víveres y ropa, y matando a los guardias. Ése era otro motivo de descontento de la tropa. ¿Por qué permitían ese pillaje, en lugar de acabar de una vez con ellos? El nombre de Tamandaré sonaba con rencor en los labios de los soldados, disconformes con el modo artero en que los brasileños digitaban los movimientos, pese a que la estrategia le correspondía a Mitre. Más de uno barruntaba traición, aunque la mayoría opinaba que todo se debía a una puja por el poder.

Al volver de la incursión de caza, uno de los soldados quiso acercarse a un brazo de río para beber agua y remojarse la cabeza. Los otros se

dispusieron a montar guardia, por las dudas, cuando un espectáculo horrendo se desplegó ante ellos.

Llevados por la corriente del río, flotaban los cadáveres de los paraguayos de la flota vencida días atrás. Sus rostros deformados, sus miembros mutilados, las ropas desgarradas por la lucha y las pirañas... Aquella evidencia, mucho más contundente que el parte de guerra, provocó náuseas en Bautista, que se apartó para vomitar lo poco que tenía en el estómago. Esa noche sintió la cabeza pesada, víctima de una fiebre que, por fortuna, resultó pasajera. A la mañana siguiente, tomó una decisión: hablaría de su problema con Severino Frías. El hombre parlamentaba seguido con el sargento Mendoza, y podría servirle de interlocutor para solicitar su ayuda.

Severino se hallaba supervisando sus armas. El correntino tenía buena relación con los soldados de los tres regimientos, pues actuaba con lealtad y no era afecto a las bromas pesadas que solían circular entre la tropa. Los argentinos burlaban a los brasileños, éstos a los uruguayos, y los orientales la emprendían con los paraguayos prisioneros, obligados a tomar las armas contra sus propios hermanos. La crueldad de la guerra se convertía, así, en motivo de jarana para todos.

Al ver acercarse a Bautista, apoyó su fusil en tierra y aguardó.

—Tengo una petición, y quisiera saber si usted podría transmitírsela al jefe.

—Diga, pues.

—Verá, mi hermana ha sido capturada por los paraguayos cuando tomaron Corrientes por primera vez, y desde entonces no he sabido nada de ella, ni siquiera adónde la llevaron. No sé si está en el Paraguay y tampoco supe de ninguna partida de rescate organizada por el gobierno de la provincia. Yo quisiera que se me permitiera ir en su busca, solo, si es necesario.

Severino contempló el rostro moreno de ese soldado al que ya había identificado como un hombre tranquilo, de los que aplacan las broncas en lugar de provocarlas. Le simpatizaba, pero debía ser sincero con él. La situación de las cautivas correntinas ya era cuestión nacional y, sin embargo, no se había hecho nada por rescatarlas.

—Amigo, lamento que su hermana sea una de las damas que el ejército

paraguayo secuestró, porque ése es un asunto que todavía no se explica. Por muchas vueltas que se le dé, no se entiende para qué molestar a unas señoras que sólo estaban en sus casas, criando a sus hijos. Tengo que confesarle que ha habido otros que solicitaron lo mismo que usted, esposos de esas mujeres.

La expresión anhelante de Bautista conmovió a Severino.

—Y no obtuvieron el permiso —terminó diciendo, para ahorrar eufemismos.

Bautista sintió que la sangre le calentaba los pómulos.

—¿Cómo es eso de que no se les permite a los ofendidos rescatar a sus parientes? No me parece propio ni honorable.

—Pues no lo es, mi amigo. Como esto ocurrió junto con la invasión a la provincia, todas las fuerzas reunidas se dedicaron a chucear a los paraguayos, tal vez pensando que tarde o temprano se darían cuenta de la inutilidad del secuestro de las damas.

Bautista no se rindió. Eran muchas las cosas que le habían sucedido en la vida, y si bien su espíritu se había templado en el sufrimiento, no estaba dispuesto a estirar el cogote para que se lo cortasen. Daría la lucha, al menos.

—Insisto en pedir el permiso. Al sargento Mendoza, si es necesario.

—Hombre, si es así, yo le diría que se presentase ante el Generalísimo.

El comandante en jefe de los ejércitos aliados se encontraba a solas en su despacho del campamento. Mitre reflexionaba sobre la derrota de la flota paraguaya en el Riachuelo y un regusto amargo le subía desde el estómago. Tal vez fuese lo mejor, para acortar los tiempos de esa guerra. De todas formas, saber que la estrategia suicida del mariscal había provocado la muerte de más de trescientos paraguayos, le causaba pavor. ¿Cómo se le había ocurrido atacar por sorpresa a los acorazados brasileños, a plena luz del día? Supo, por sus informantes del imperio, que el ataque había tenido visos de improvisación además, puesto que no había en ninguna de las naves cabos para el abordaje y salvo la *Tacuarí*, que era un vapor de guerra, los barcos restantes no eran sino chatas y barcazas de las que se usaban para el transporte o el remolque, sin contar los buques mercantes que Paraguay había

secuestrado: el *Marqués de Olinda* en el ataque al Mato Grosso y el 25 de Mayo y el *Gualeguay* en el ataque a Corrientes. Con todo, López debió de creer que era suficiente para enfrentar al enemigo, o no se habría arriesgado a enviar a sus jefes navales. Ahora los ríos eran de los aliados, por lo menos hasta la confluencia. Esperaba que aquel desastre decidiese al mariscal a deponer sus armas y a conferenciar.

Esperaba un milagro.

—Permiso, *che* general. Hay un hombre que solicita audiencia. Lo manda el sargento mayor Mendoza.

Mitre levantó la vista de los papeles que leía y se topó con la mirada de Bautista. Reconoció en ella el sello guaraní: ojos negríssimos y rasgados en las comisuras. La expresión del soldado era seria, y aunque se advertía cierto embarazo por estar en presencia del comandante en jefe, también se veía decisión y firmeza en los labios apretados.

—Adelante.

Bautista quedó solo ante el Presidente de la Argentina, al que jamás había conocido ni en fotografías del periódico. Le pareció un hombre muy delgado, con cierta finura inapropiada en aquellos parajes donde la vida se tornaba salvaje. Estaba ahí, sin embargo, al frente de los ejércitos, y no parecía inmutarse ante los mosquitos ni las incomodidades del clima de eternos chubascos.

—Solicito su venia, señor, para ir en busca de mi hermana, en una expedición de rescate.

El ceño de Mitre se acentuó. De todas las posibles razones que podían interrumpir su tarea, ésa no se le había ocurrido. Su mente estaba resolviendo tantas cuestiones, que pensar en una empresa así lo desconcertó. Él se mantenía en un débil equilibrio que le quitaba el sueño: debía ser enérgico con la tropa para que no decayese, riguroso con los enemigos y hábil para no malquistarse con los brasileños ni con Urquiza, de cuyos hombres dependía para acabar la guerra. A esto se unía la tenacidad que debía desplegar para tratar con un espíritu que conocía bien, el del mariscal López. Su meta era aplastarlo, porque sabía que los paraguayos eran dóciles a los mandatos de su jefe y lucharían hasta el fin. La petición de aquel soldado lo sorprendió.

¿Rescatar a una mujer?

Bautista comprendió que Mitre se hallaba lejos de allí con su pensamiento, y le aclaró que Rosa era una de las cautivas del ejército paraguayo. Mitre reflejó asentimiento. Estaba al tanto.

—Sabe que lamento desde lo más profundo la injusta situación de esas señoras, ya he hecho reclamos en carta privada al mariscal López, condenando el hecho. Él me ha respondido con argumentos pueriles que no puedo aceptar, diciendo que su propósito era proteger a esas mujeres. De momento no puedo hacer nada al respecto, salvo esperar y rogar porque la condición de esas damas correntinas sea la mejor posible. Es lo que he dicho al esposo de una de ellas, el sargento Desiderio Sosa, que me ha solicitado lo mismo que usted. ¿Cuál es el nombre de su hermana?

Al escuchar el apellido de Rosa, Mitre dejó traslucir cierta contrariedad, un gesto que no pasó inadvertido a Bautista. El comandante en jefe no dijo nada, no obstante, y concedió a Bautista una promesa: la de permitirle salir en busca de su hermana cuando hubiesen llegado a la orilla vecina, ya que ésa era la meta de los aliados: acorralar a los paraguayos en su propia tierra.

—Entienda usted, su preocupación es legítima, pero no puedo darle cabida en medio de las batallas que nos ocupan. Primero que nada está la defensa de la patria, luego las cuestiones personales, aunque sean de esta naturaleza. Dios mediante, llegará el momento de organizar el rescate de estas pobres mujeres que nada tienen que ver con los asuntos políticos.

Bautista se tragó su decepción. De buena gana se habría mandado a mudar, pero eso equivalía a desertar, y la suerte de los desertores no distaba mucho de la de los prisioneros enemigos. Para su mal, debía acatar la orden de permanecer y dejar a Rosa a merced de los soldados paraguayos. Salió de la carpa con el ánimo por el piso.

Severino Frías lo aguardaba afuera y lo interceptó.

—¿Y? ¿Qué le ha dicho el Generalísimo?

Bautista reflejó toda la desazón y la rabia en su rostro.

—No hay caso, estoy obligado a pelear primero.

Severino caminó unos metros junto a él, pensativo.

—Tenga fe —le dijo de pronto—. Yo me comprometo a acompañarlo en

su empresa cuando nos den la licencia.

Apoyó una mano sobre el hombro de Bautista y lo oprimió con fuerza.

—Usted es un hombre de bien, no querrá desgraciarse ahora, justo cuando nos vamos a enfrentar, por fin, al Paraguay. Deje pasar, *chamigo*, y verá cómo la ocasión se nos pinta sola.

Luego se marchó, dejando a Bautista desolado y de nuevo con esa ira desconocida que se adueñaba de él en los últimos tiempos.

Capítulo 11

Revelaciones

***E**stamos en guerra. Debo decir que esta nueva situación me ha favorecido más que cualquier otra cosa que hubiese podido hacer yo misma. ¡Hasta me han ofrecido una serenata a las puertas de mi casa! Ni lerda ni perezosa, pedí a Julie que me preparase una canasta con vendas y algodones y salí al balcón, para saludar y prestar mis servicios a los soldados en la contienda. Me vitorearon, como si yo fuese la Mariscal.*

Hubo fuegos artificiales, luces y baile en las calles. Improvisé un festejo en mi salón para la multitud: vino, licores y champán. Los deslumbró la elegancia de mis muebles, nunca antes habían entrado a mi casa.

No todas son flores, sin embargo: en el Semanario se mencionan apellidos de traidores, pero ya nos hemos encargado de que las propias familias los repudien.

Creo que toda Asunción ha comprendido, por fin, que tanto Francisco como yo somos las personas indicadas para modernizar este país.

Mi Panchito acompaña a su padre en la fortaleza de Humaitá, desde donde se planifica la estrategia. Estoy tan orgullosa... Ya tiene once años, y el padre lo adora. Sé que lo ocupa en tareas administrativas, de todas formas es un aprendizaje, pues también

presencia las reuniones de l'État Majeur.

Mi misión en esta guerra será mantener al tanto a Francisco sobre lo que ocurre en Asunción y fuera de ella; envió a mis propios espías, incluso entre las tropas, para que me den cuenta de las acciones de los jefes. No hay que descuidarse con estas tres naciones ebrias de poder que nos disputan los territorios, ni confiar demasiado en quienes aparentan ser lo que no son.

Di orden de vigilar al coronel Vallejo Flores, mano derecha de Francisco. Aunque es un hombre en extremo galante y gentil, tiene un no sé qué de sibilino que me disgusta. Lo mismo que su familia, tan pacata y severa. Esa mujer... doña Melchora, parece un áspid dispuesto a abalanzarse sobre la presa. Y su pobre hija... ¿Cómo pudo la naturaleza engendrar un espíritu tan anodino y feo? La única que destaca es la que no lleva la sangre familiar, la pequeña esposa del coronel. Es una cocotte de pies a cabeza. Conozco bien el paño, sé que esa mujercita haría furor en el demi monde del que provengo. Lástima que sus virtudes se opacarán en este sitio. La muy zorra quiso aventajarme el día de la cena que ofreció el coronel, me di cuenta. Como también del modo en que la miraba mi Pancho. No me importó. Él es mío, aunque mire a todas las paraguayas y extranjeras. Sin embargo, el coronel sí se vio afectado, quizá porque temía que Francisco la solicitase. No sería la primera vez que se enreda con una mujer casada. Mi hombre es un semental, por algo lo he seguido hasta aquí.

Hay una sola que me quita el sueño, una a la que no perdono que mi Pancho haya puesto en ella sus ojos. Pancha Garmendia. La paradoja es que ni siquiera la ha tocado. Una señorita de clase alta que osó rechazar al general. Lo que no le perdono es que haya difamado a Francisco diciendo que él entró en su alcoba una noche con la intención de violarla. O tal vez lo hayan dicho sus hermanos, no lo sé... ¿Qué necesidad de armar semejante escándalo? ¿Y cómo se atreve esa tilinga a repudiar a un hombre como Pancho? Debo reconocer que me provoca celos saber que él la odia por eso, que en

su mente debe de planear humillaciones para esa bruja que lo dejó anhelante. Pancha Garmendia, te odio más que a doña Pura, y eso ya es bastante. (1865)

El esposo de Muriel fue enviado a hacerse cargo del ejército del sur en Corrientes, en reemplazo del general Robles. Supuso que aquel destino lo colmaría de gloria, por eso, cuando recibió la contraorden de retirarse hacia el norte, se sumió en el desconcierto. Nada sabía del cañoneo en el Riachuelo, ni si Urquiza sería amigo o enemigo. Reunió a sus hombres agotados y enfermos, y marchó con ellos hasta la mitad de la frontera. Ignoraba que sus movimientos estaban siendo vigilados por los espías de Madame Lynch, que recibía puntual informe en Asunción. La Madama suponía que Robles se carteaba con los jefes aliados, de modo que había teleografiado al mariscal, y el general fue convocado a Humaitá para ser interrogado. Aquella decisión complicaba los planes que Eladio tenía para Muriel. Hasta que no supiese a ciencia cierta adónde le ordenarían ir, debía avisar a Del Cerro que postergase el viaje. Redactó una breve esquila que mandó con un mensajero:

«Cambio de planes —decía—. Hasta nueva orden, permanezcan en Asunción».

Se mesó los cabellos grises mientras pensaba que sus tropas estaban al borde del colapso, y las órdenes que recibía no se compadecían con la victoria que proclamaban los periódicos de la Asunción. Maliciaba un negro futuro, pues la furia del mariscal era conocida por todos. Al menos, con don Carlos sabían a qué atenerse, ya que la ira esculpía el rostro del viejo si estaba de malas. Francisco Solano López se caracterizaba en cambio por la rabia contenida, que estallaba en venganzas crueles contra los que él llamaba traidores. Y ese mote circulaba con sospechosa frecuencia en los últimos tiempos. Tenía razón su madre cuando decía que el mariscal vivía «con el aliento de Madame Lynch soplándole en la oreja».

Lo más seguro para su familia, por el momento, sería permanecer en Asunción. Allí tenían la casa familiar, el prestigio, las relaciones que los vinculaban con el poder. Oscuras premoniciones revoloteaban en su mente.

Ajena a las contingencias de la guerra, Muriel pasaba sus días sumergida

en el ocio y el malhumor. Doña Melchora vivía para las noticias del frente, recabadas de quién sabía dónde, pues no salía de la casa. Parecía creer que las órdenes no se daban sin su anuencia. Ridícula mujer. Lo mismo que Vicenta, empecinada en seguirle los pasos a Muriel. Faltaba que la acompañase a los servicios. Una semana más soportando ese encierro, y no respondía de su cordura. Para colmo de males, Dalila se aplicaba a nuevas tareas que habían dejado vacantes los muchachitos de la casa. Al menos con ella se entretenía tejiendo historias y riendo de sus ocurrencias. Álvaro del Cerro montaba guardia, inexorable, al pie de su ventana. Podía mostrarse desnuda en la balconada, que ni de ese modo se le movería un pelo, estaba segura. Además, después del encuentro desagradable en el depósito de víveres y del trato que le dispensó cuando la llevó al Fuerte, Muriel no las tenía todas consigo cuando del oficial se trataba. Él no era el títere que ella había creído, y la expresión de sus ojos oblicuos le producía escalofríos. Después de pasar dos días en el calabozo, Muriel había sido liberada por una orden enviada desde la casa de la colina, sin duda dada por el propio Del Cerro. ¿Obedecería a un designio del coronel, o lo habría hecho por su voluntad? Como fuese, se sintió humillada al tener que compartir con malhechores la lobreguez de un mísero calabozo.

—¿Qué puedo hacer en este sitio, Virgen Santa? —exclamó angustiada.

La irrupción del intruso aquella noche había sido una interesante distracción, aunque duró minutos apenas. También la noticia de que Rosa Garmendia había desaparecido, dejando tras de sí a dos guardias ejecutados. Pobres infelices, ni siquiera el mariscal podría haber impedido que aquel varón hiciese lo que deseaba, pues Muriel no dudaba de que fuera él quien había liberado a la prisionera.

«Un hombre así necesito», pensó. Un hombre fuerte, que se ganase su respeto a fuerza de coraje y determinación, capaz de dominarla con la mirada. Mejor aún, que midiese fuerzas con ella. De sólo imaginar a alguien así, sentía vibrar su cuerpo. Álvaro del Cerro no le llegaba ni a los talones al que había entrado en su cuarto.

¿Quién, entonces? ¿Quién representaba ese modelo de hombría que ella necesitaba? Se dejó caer sobre la cama, rendida de insatisfacción.

—Amita, la llama la patrona vieja.

Muriel pensó que si doña Melchora supiese de qué modo la identificaba Dalila, la echaría a escobazos.

—¿Qué quiere?

La mulata se encogió de hombros. Se la veía más delgada, sin duda le resultaban pesadas las tareas añadidas. Muriel sintió un asomo de compasión.

—Ven acá.

Cuando Dalila se acercó, la instó a que se sentara en el borde de la cama junto a ella. Sacó del cajoncito de la mesa de noche un envoltorio y se lo ofreció. Era un dulce de guayaba que había hurtado de la cocina, en un descuido del personal. Estaba harta de las diatribas de su suegra acerca de la austeridad que debía regir en la casa mientras los soldados estuviesen en el frente. ¿Y qué decir de Madame Lynch, entonces? ¡Ella sí que sabía vivir! Su casa de Fábrica de Balas era un sitio de agasajos y placeres. Las familias ricas de Asunción habían empezado a preocuparse por el cariz de la guerra, lo sabía por Tilda, que iba al mercado mientras le controlaban el tiempo con el reloj de arena. También los extranjeros se inquietaban. El cónsul francés había solicitado de su país un vapor de guerra para mantenerlo fondeado en la bahía. Doña Melchora lo había llamado «traidor e ingrato», porque ese gesto significaba que no confiaba en la victoria del ejército paraguayo. Luego había anotado su nombre, Cocholet, en una especie de lista que llevaba en el bolsillo del vestido.

—Guarda un poco para mí —reprochó a su criada, quitándole el dulce.

Dalila respondió con la boca llena:

—Dispense, amita, pero la patrona vieja está requeteenojada. Quiere verla enseguida.

Muriel resopló con disgusto.

—¡Falta eso, que me manden llamar como a un soldado! Iré si quiero — se empacó, golpeando con su zapatito en el piso encerado.

Siempre que se rebelaba de ese modo, Dalila empezaba a temblar, pues conocía el carácter de doña Melchora y temía que su ama tirase demasiado de la cuerda que un día se cortaría. Como había ocurrido con la pobre señorita Anabela...

—Vaya usted, mi ama, que ya sabe cómo es... Y la horneada no está pa' bollos.

—Está bien, iré sólo para salir de este cuarto, que me ahoga. ¡Hasta las ventanas debo cerrar!

Al bajar, encontró a su suegra y a su cuñada en compañía de una mujer de discreta hermosura. Su tez pálida y sus cabellos oscuros le recordaron a la prisionera que había intentado liberar. Esta otra, al estar rozagante en carnes, parecía aún más bonita, aunque Muriel detectó una sombra de preocupación en sus rasgos patricios. Doña Melchora, áspera como de costumbre, la saludó como si se tratase de una criada.

—Era hora. Hace rato que te estamos esperando.

La joven adoptó su pose de «esposa del hombre de la casa» e ignoró el comentario.

La recién llegada no esperó a que la presentasen, parecía tener urgencia por hacerlo ella misma.

—Pido perdón si interrumpo su siesta, señora. Sé que debe parecerle insólito que me apersono así, de este modo, pero han sucedido... algunas cosas, y temo que yo sea la causa de ellas.

Muriel no entendía nada, y al parecer su suegra tampoco, pues había desviado su mirada torva hacia la mujer, en lugar de mantenerla fija en Muriel, como solía.

—¿Supo usted de la existencia de una cautiva en la prisión del Fuerte, llamada Rosa Garmendia?

La pregunta, hecha a boca de jarro, tomó por sorpresa a Muriel. ¿Cuánto se sabía de sus andanzas? Echó un fugaz vistazo a su suegra y a su cuñada, antes de responder:

—Tengo entendido que hubo una prisionera allí, aunque ignoro cómo se llamaba.

—¡Mentirosa!

El estallido de Vicenta sorprendió a su propia madre más que a las otras mujeres.

En los últimos tiempos, la hermana de Eladio había desarrollado conductas raras; además de espiar a Muriel, se deslizaba por los patios para

vigilar a la servidumbre, y solía irrumpir a horas impropias en la cocina o en los dormitorios para pescar conversaciones privadas; también miraba con ansiedad a través de los visillos, como si de eso dependiese su vida. Estaba más ojerosa de lo habitual, y flaca en extremo. Cada día que pasaba su aspecto era más deplorable.

—¡Vicenta! —la cortó la madre con severidad.

Doña Melchora no iba a permitir que su hija levantase la voz por ningún motivo. Si alguien debía imponerse, sería ella.

Esa vez, sin embargo, la hija se rebeló.

—¡Es una arpía mentirosa! Ha estado visitando a Rosa Garmendia noche tras noche, y quién sabe a quién más, saliendo en lo oscuro, ayudada por esta *kambacita* que es su cómplice. Ya sabrá mi hermano en qué anda su querida esposa, mientras él combate por la patria, ya veremos a quién le cree Eladio, después de que sepa...

—¡Vicenta!

Doña Melchora había avanzado amenazante hacia la hija, y su expresión era temible. Muriel observó que la visitante no la miraba siquiera, seguía con la vista puesta en ella, aguardando la respuesta. Dalila, en tanto, se refugiaba tras la falda de su ama.

—A tu cuarto —ordenó la viuda.

Como si cayese de improviso en la cuenta de que había obrado con imprudencia, Vicenta bajó la cabeza y permaneció unos segundos así, hasta que dijo «permiso» con su habitual sumisión, y desapareció. Doña Melchora, impaciente por ir a castigar a su hija, las instó a terminar con la reunión.

—Y bien, doña Pancha. ¿Qué es lo que debería saber mi nuera?

La mujer seguía mirando a Muriel mientras hablaba:

—Me han dicho... es decir, hubo una cautiva en el Fuerte durante días y su nombre era Rosa Garmendia. Ignoro qué hacía aquí, pero usted debe saber, doña Muriel, que es mi prima, hija de un hermano de mi padre, que vivía con su esposa en la otra orilla hasta que murió y mi tía tras él, pues no soportó su viudez.

Doña Melchora contempló a Pancha con suficiencia. Ella, que había quedado viuda hacía años, jamás pensaría en morir. Bastante con que

muriera uno, no tenía ningún deseo de seguir a su esposo a la tumba.

—De pequeñas solíamos reunirnos en las fiestas familiares, compromisos o nacimientos, y nos queríamos mucho. Rosa es algo mayor, pero nos entendíamos de maravillas. Ahora me entero de que fue capturada allá, en su tierra, y que estuvo aquí, y me temo que todo se deba a un malentendido, porque corren rumores... Se dice que yo he desparramado infundios sobre el mariscal y eso no es cierto, pero es posible que los oficiales hayan creído esos dichos y tomaran venganza sobre la pobre Rosa. Por favor, doña Muriel, ¿sabe usted adónde la han llevado?

El verdadero temor de Pancha era que la hubiesen lanceado, como había ocurrido con algunas traidoras, a quienes no se les había permitido alegar en su defensa. Los ojos oscuros de la mujer horadaban los de Muriel esperando algo, una palabra de consuelo o de alivio. Doña Melchora también la miraba, aunque en su caso, la expresión que le dedicaba era de amenaza. «No hables, o te las verás conmigo».

El eterno diablillo que moraba en Muriel le dictó las palabras que irritarían a su suegra:

—Sólo sé que Rosa se ha escapado, nadie sabe cómo ni adónde. Sin embargo, doña Pancha, sospecho que ella está bien, puesto que no se ha reportado su muerte y en cambio, han muerto los guardias de la prisión. De haber conocido el parentesco que las unía, sin duda mi esposo habría dado órdenes de liberarla. Es impropio mantener a una mujer de su condición en una celda fría y oscura.

Si Muriel hubiese sabido el modo en que su suegra la estaba observando, no habría estado tan orgullosa de su audacia. Había secretos en aquella casa que ella no conocía.

Pancha Garmendia tomó una mano de la joven y depositó en ella un beso emocionado.

—Si usted la vio y la encontró bien, eso significa mucho para mí. Tenía tanto miedo...

Enfrente de doña Melchora no se podía decir más, por eso, cuando su suegra se excusó para ir a ver a Vicenta, Muriel corrió tras Pancha antes de que se fuese.

—Doña Pancha, espere, tengo algo que confesarle.

La mujer se detuvo junto al pórtico de las columnatas y recién entonces Muriel advirtió que no llevaba joyas ni vestía como una señorita de clase acomodada, sólo una falda oscura, una blusa y una pañoleta de flores que ella anudaba con manos nerviosas. Se le reveló, en ese instante, la verdadera condición de Pancha Garmendia: era considerada una traidora, y estaba huyendo.

—Quiero que sepa que estuve con su prima un par de veces... en secreto. Me dijo que vivía sola con su hermano en el país de abajo.

—Mi primo Bautista, sí, un hombre bueno como no he conocido otro. ¿Qué será de él en esta guerra? Ahora levantamos armas contra quienes llevan nuestra sangre y hablan nuestra lengua.

Después calló, temerosa de haber sido escuchada por la servidumbre. Bajó unos peldaños, invitando con el gesto a Muriel a que descendiera también, y agregó:

—Rosa tiene una hijita, no sé de qué edad, que vive con ella y su tío en Corrientes. Es todo lo que sé. Quiero agradecerle por haber visitado a mi prima, aunque... no sepa de su suerte.

—Algo sé sobre eso también.

La sorpresa de Pancha instigó a Muriel a contarle lo ocurrido con el extraño que la sorprendió aquella noche.

—Por eso le digo que su prima ha de estar sana y salva si ese hombre la rescató, pues parecía saber muy bien lo que hacía y además, nadie conoce su paradero.

—¡Dios la preserve de todo mal! —exclamó gozosa Pancha, y una lágrima escapó de sus ojos almendrados.

—Dígame, por favor, ¿cómo es que una dama como usted cayó en desgracia ante el mariscal? Prometo no divulgar su secreto —se apuró a aclarar Muriel.

Pancha la miró, evaluando cuánto podía decirle a aquella mujercita inocente, casada, sin embargo, con un coronel de Francisco Solano López. Decidió, por fin, que como retribución por la franqueza demostrada, debía advertirla de los peligros que corrían en esos tiempos.

—Yo estuve enamorada del mariscal cuando sólo era el hijo del Presidente. Lo amaba con la candidez y la ilusión que una jovencita puede albergar en su corazón. Él me parecía el colmo de lo apuesto, culto, valiente, y me cortejaba... Una noche, llevado quién sabe por qué demonios, Francisco se coló en mis aposentos con malas intenciones y aunque no pudo consumir su ultraje, el hecho se supo y eso lo enfureció. Desde entonces, no ha dejado de perseguirme, y a mi familia. Yo ya no tengo paz. Me deshice de todo para poder escapar, ya que conozco el destino que espera a quienes se culpa de traición, aunque en mi caso no hubo nada que lo justificara, ya que no hablé en su contra ni conspiré con sus enemigos. Creo que mi pecado es saber lo que ocurrió aquella noche, y no puedo esperar clemencia ni siquiera de esa mujer que tanto lo ama, porque ella es peor que él.

Muriel escuchaba perpleja, con el corazón latiéndole de prisa. En pocas horas se le revelaba la sordidez que se escondía tras los actos que ella suponía de guerra. ¿Dónde había estado metida? Luego, recordó la expresión salvaje de doña Melchora y comprendió que ella sabía todo esto y no deseaba que Muriel estuviese al tanto. Tampoco habría querido tranquilizar a doña Pancha sobre su prima, ya que doña Melchora era leal al mariscal. Para ella, Pancha Garmendia era una traidora, por eso el trato vil y grosero que le había dispensado. Así como se le reveló eso, también supo de inmediato que su interlocutora corría peligro conversando allí, al pie de la escalinata.

—Vaya, doña Pancha, que la Virgen la acompañe. No se demore o será demasiado tarde. Si alguna vez nos volvemos a ver, espero que podamos ser amigas.

Pancha Garmendia le dirigió una mirada triste y esperanzada. Nada dijo y echó a correr, amparada por la arboleda que rodeaba la casa.

Muriel regresó caminando despacio, pensando en la extraordinaria historia que le habían contado, en Rosa y su familia correntina, cuando advirtió que habían estado hablando sin testigos, pues ni siquiera Álvaro del Cerro estaba vigilando la entrada. Qué extraño... Sintió frío y se arrebujó en su chal de muselina. El viento empezó a susurrar entre las copas de los árboles. Parecía decirle: «Cuidado, cuidado».

La soledad del jardín de adelante le produjo una fea sensación. De pronto,

en su mente se formó una sospecha. ¡Del Cerro! ¡Pancha! Se volvió para advertirle, para impulsarla a que corriese o bien ayudarla a esconderse... Era demasiado tarde.

Supo, sin necesidad de verlo, que Pancha Garmendia había sido apresada cuando huía, víctima de las órdenes de su suegra y de la implacable lealtad de Álvaro del Cerro.

La barca se deslizaba en silencio, rozando con suavidad los camalotes. De tanto en tanto, sobre un islote cubierto de pajonales, una garza blanquísima los avistaba con un solo ojo, tan quieta como el paisaje que la rodeaba.

Iberá, la gran laguna. Cielo y agua se confundían en un solo tono de brillante azul.

En un extremo de la barca, de pie, Rete Iriarte hundía el remo con pericia, a un lado y al otro, eligiendo los pasos que sabía más profundos para evitar encallarse. En el otro extremo, Rosa. Acurrucada bajo las mantas que su salvador le había dado, tiritando, agradecida y asustada por su nueva situación.

Cuando él irrumpió en la celda aquella noche, Rosa temió que por fin hubieran decidido matarla, ya que no albergaba esperanzas sobre su suerte. Demasiados días sin explicaciones ni cambios. La única alteración de su rutina de prisionera era la aparición esporádica de la damita con su criada, y en el último tiempo no la había visto tampoco. Estaba resignada, su único ruego seguía siendo que Violeta se hallara a salvo y que Bautista la hubiese encontrado. Por eso, la llegada de aquel hombre embozado y armado con un gran cuchillo, la paralizó de terror. Él no habló en ningún momento. La empujó sin contemplaciones hacia la salida de la celda, y luego la arrastró a través de los pasillos húmedos, donde Rosa tuvo que esquivar los cuerpos de los soldados, sin duda muertos por su mano. El último al que vio fue el guardia, que roncaba con estrépito sobre la mesa de escritorio. Por lo menos, el hombre no tuvo que matarlo ante sus ojos. Rezó por esa pequeña gracia. Después se dejó llevar, ya que estaba demasiado débil para oponerse, a través de los matorrales que rodeaban al Fuerte hasta la playita, donde el

desconocido la metió en una barca y la tapó por completo con mantas. Así viajó durante lo que le parecieron horas, sin escuchar más que el chasquido del remo en el agua y los gritos agoreros de algún ave nocturna. Al cabo de esa eternidad, el hombre le apartó las mantas y se quitó su propio rebozo, mostrándole su verdadera identidad: Rete Iriarte, el hacendado al que ella tanto rehuía.

—No temas —le dijo con voz grave—. Estás a salvo, y también tu hermano. Yo mismo lo puse en otra barca rumbo al sur, hace días. Si tenemos suerte, en poco tiempo te reencontrarás con él.

Rosa articuló unas palabras que no llegaron a salir de su boca y que Rete adivinó.

—Tu hija está bien, la cuidan unas señoras en la costa, yo me encargué de encomendárselo y pagarán con su vida si no lo hacen.

Eran demasiadas noticias y aunque alentadoras, nublaron su mente agotada por el sufrimiento, y se desvaneció. El vasco la recostó sobre el fondo de la barca con cuidado, colocando su propio rebozo bajo la cabeza de la mujer, y la tapó de nuevo. Unos instantes contempló el pálido rostro de Rosa, sus rasgos marcados por la preocupación, y maldijo a quienes le habían provocado dolor. A partir de ese momento, Rosa Garmendia quedaba bajo su custodia, y el que se atreviese a mancillarla de algún modo, sería hombre muerto.

Rosa miraba con disimulo el perfil garrido del hacendado. Él parecía ignorarla la mayor parte del tiempo, aunque ella sabía que cuando perdió el conocimiento se había encargado de acomodarla, y había notado signos de cuidados, como un chifle con agua y un paño húmedo, señal de que había tratado de reanimarla. A pesar de su hambre, le costaba probar bocado, sólo había mordido el pastelito que Iriarte le colocó entre las manos.

—De a poco —la tranquilizó él.

Navegaron aguas abajo hasta la desembocadura del río Corriente, donde la barca se desvió, internándose en el misterioso mundo de los esteros. Entraron desde el sur, dejando atrás la laguna de Itatí, sumergiéndose en la maraña de palmeras, pajonales e islotes cubiertos de maleza y de aves que saltaban entre las ramas. Aquel mundo silencioso era un bálsamo para la

mente y el corazón de Rosa, torturados hasta lo indecible en su cautiverio. La presencia de Iriarte, no obstante, la inquietaba. Todavía no habían cruzado ninguna palabra y sabía que, tarde o temprano, él la interrogaría.

Se detuvieron junto a un islote de gran tamaño, en cuya orilla crecían palmeras pequeñas, preludio de otras que se elevaban al cielo en la parte central.

Rete saltó a tierra y extendió su mano, invitándola a seguirlo. La condujo hacia la playita y tendió su manta sobre la arena, para que ella pudiese recostarse. Luego la abandonó por unos momentos, para ocuparse de ocultar la barca y acarrear algunos víveres que llevaba escondidos. Tenía todo planeado, al parecer.

—Querrás asearte, sin duda. Aquí traje lo necesario —y le entregó un paquete encerado donde Rosa encontró un jabón de olor y un paño limpio.

—Yo me quedaré aquí, organizando el campamento.

¿Pensaba que ella se bañaría en las aguas delante de él? La expresión escandalizada divirtió a Iriarte.

—No te espantes, tengo mucho trabajo como para dedicarme a espiar, y no hay nadie aquí que pueda hacerlo, porque aunque lo lograra, no viviría para contarlo —y le mostró el cuchillo que ella ya conocía.

Rosa se dirigió a la orilla bajo la mirada del vasco, que no dejó de controlarla hasta que puso los pies en el agua. Sólo entonces se volvió para improvisar una carpa con cañas, hojas de palma y las mantas. Una especie de toldería bajo el sol de los esteros.

Rosa buscó el rincón donde los matorrales estuvieran más crecidos, y allí se agachó para despojarse de las sucias ropas que llevaba. El agua clara estaba fría, pero el sol entibiaba su piel y ella agradecía las sensaciones que le recordaban que estaba viva. Una vez que se sumergió hasta la cintura, se libró del resto de la ropa y se hundió hasta mojar su cabellera por completo. Era delicioso dejarse acariciar por las ondas que corrían bajo la superficie, notar la vegetación resbaladiza bajo sus pies o el roce de algún pez. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, permitiendo que el sol bañase su rostro. Poco a poco, aquella inmovilidad fue borrando las líneas que habían avejentado su hermosa cara, y Rosa se mostró como siempre, serena y hermosa. Rete la

observaba desde las alturas de un médano cubierto de espesura. No había respetado su promesa y no le importaba. Ella sería suya, de todos modos, lo decidió el día que emprendió la búsqueda de la joven.

Vio cómo se frotaba con el paño enjabonado el cuello lánguido, la espalda y luego sus caderas, hasta que aparecieron ante sus ojos las piernas, largas y esbeltas. Entonces decidió que no podía permanecer ni un segundo más ante aquel espectáculo y volvió al campamento.

La noche era fresca, y los nubarrones tejían un encaje que ocultaba la luna de a ratos. Rete había encendido una hoguera bastante grande como para que el calor los abarcara. Hizo café y calentó una tortilla de queso. A Rosa le maravillaba comprobar lo bien pertrechado que estaba. Quería preguntarle si llevaba todo eso porque sabía que iba a rescatarla, o si de casualidad la había encontrado. No se atrevía.

De pronto, y sin preámbulos, como acostumbraba a hacerlo todo, el hacendado le dijo:

—¿Qué pasó allá, con los paraguayos, te tocaron de algún modo? —hubiese dicho «te violaron», y cambió la palabra en deferencia a la incomodidad de Rosa, que se sentía abochornada en su presencia.

Sus ojos rasgados la taladraban en la oscuridad de la playa. Rosa desvió los suyos y miró sus manos, que aferraban la manta. Su silencio exasperó al vasco.

—¿Sí o no? No hay medias tintas en esto. ¿Hubo algún soldado que se propusiera contigo? ¿Algún oficial?

Rosa denegó con la cabeza.

—Mujer, no es tiempo de andar con vueltas. Las guerras echan por tierra todas las convenciones y hacen bestias de los hombres civilizados. No sería raro que, amparado por la circunstancia, alguno abusara de una cautiva.

—¡No lo hizo! —exclamó Rosa, alterada.

No estaba acostumbrada a conversar sobre esos temas, ni siquiera con su hermano. Especialmente con su hermano.

—Entonces, salvaron sus miserables vidas. ¿Qué buscaban, por qué te capturaron?

Ella se encogió de hombros. ¡Ya quisiera saberlo! Si al menos le hubiesen

pedido que confesase algo, pero nada... se limitaban a amenazarla y a burlarse de su miedo. A Rete Iriarte le parecía que había gato encerrado.

—Te pude hallar gracias a una asuncena a la que vigilé durante días. Me pareció que estaba muy al tanto de los vaivenes de los prisioneros.

—¿La dama con su criada?

—No vi a ninguna criada, sólo a ella, muy hermosa por cierto. Una mujer que haría temblar a cualquier hombre.

A Rosa la atacaron inexplicables celos ante las palabras de su salvador. Si bien no tenía derecho a pretender nada, deseaba que la atracción que ella sentía por ese hombre áspero fuese correspondida.

—Como tú.

Levantó la vista, sorprendida.

—¿Acaso no sabes lo bella que eres?

Silencio.

—Mírame —y le levantó el mentón con sus dedos callosos, de trabajador.

A la luz temblorosa de las llamas, las miradas se cruzaron, insegura la de Rosa, firme y decidida la de Iriarte. Él tiró de ella hasta que la acercó lo suficiente y rozó sus labios con los suyos. Un beso etéreo, el toque de una pluma. Como Rosa no retrocedió, él lo repitió, presionando más sobre la boca cerrada.

—Ábrela —exigió.

Ella no acató esa orden, y Rete se impacientó.

—Tarde o temprano voy a hacerte mía, Rosa, de nada sirve que lo dilates.

Espantada, ella se echó atrás. Recordó las palabras de la Loba, incitándola a formar parte de su tropa de mujeres livianas. ¡Ella no era así! Su desgracia no autorizaba a tomarla por una puta. Quiso explicarle eso a Iriarte, rechazarlo con dureza, como lo había hecho con Delia Guzmán, y las palabras se le atropellaron en la garganta.

Se echó a llorar.

Si había algo que desarmaba al hacendado, era el llanto de una mujer. Nunca había podido soportarlo, prefería arrojarse al río y luchar cuerpo a cuerpo con los yacarés, o enredarse en los anillos de una lampalagua.

—No llores, te lo suplico. ¡Basta! —gritó, al ver que ella no cesaba.

Rosa lo miró a través de un velo de lágrimas y balbuceó:

—No soy una mala mujer, no estoy disponible para cualquier hombre.

La expresión del rostro de Rete se tornó siniestra.

—Para cualquiera no, sólo para mí —y se arrojó sobre Rosa sin ninguna delicadeza, aplastándola bajo su cuerpo fibroso.

Sus manos la recorrieron de arriba abajo con vehemencia, deteniéndose en zonas que sabía vulnerables, como los senos, la curva de la cintura o la unión entre las piernas. Rosa se debatía, pero sus intentos de zafarse no eran auténticos, en verdad anhelaba sentirse amada. Lo que la detenía era pensar que para él ella sólo era un deleite del momento, un bocado que se le ofrecía con facilidad. Luchó bajo el cuerpo del vasco, murmurando protestas, hasta que él aprisionó sus manos y las llevó sobre su cabeza, quedando a un palmo de su boca, con el aliento entrecortado por la excitación.

—No te resistas, Rosa, es una lucha perdida. Mejor acepta que soy tu hombre y que así será por siempre.

¿Por siempre? Las palabras detuvieron a Rosa, que trató de descubrir la verdad en los ojos de Iriarte.

—¿Me quieres? —susurró.

Él tardó en responder.

—No busques palabras corteses, porque no las tengo. No soy amable ni considerado, Rosa, pero si quererte es desearte hasta que me duelan las ingles, si es anhelar verte asomada al patio de tu casa del recodo, o recogiendo naranjas en compañía de tu hija y soñar que estés en mi propio huerto haciendo lo mismo, entonces sí, puede que te quiera. A mi modo —agregó, temiendo que ella se emocionara demasiado.

Las lágrimas volvieron a emerger de los párpados de Rosa, y al ver que él se tensaba, se apresuró a tragárselas.

—No quería que pensaras mal de mí —dijo, en voz muy queda.

—¿Por qué? ¿Por tener una hija sin padre? ¿Crees que no puedo entender el engaño, la seducción manipuladora? Por Dios, Rosa, soy hombre, capaz de eso y mucho más. ¡Cómo no voy a darme cuenta de la diferencia! Eres una buena mujer, Rosa, y muy inocente. Para mí, ésta es tu primera vez.

Así diciendo y sin aguardar la reacción de ella, Rete le levantó la falda

raída y buscó entre sus piernas la humedad que sabía que encontraría. Hundió en ella sus dedos, solazándose al comprobar que también lo deseaba y mientras tanto, lamió su cuello húmedo como un animal salvaje hasta arrancarle gemidos. El débil sonido excitó su entrepierna, que empujó contra el vientre de Rosa.

—Déjame entrar —volvió a exigir.

Rosa, exhausta y rendida, abrió sus piernas para que el hacendado la poseyese. Se encontraba en un estado de irrealidad, como si aquello estuviese sucediendo en un sueño. Se obligó a no pensar en nada ni en nadie, ni siquiera en su hija, para poder disfrutar sin culpas. Ya vendría luego el arrepentimiento...

Rete la acarició hasta que Rosa se aflojó por completo y sólo entonces reemplazó los dedos por su miembro alzado, palpitante y deseoso de corcovear en el interior de aquella hembra que anhelaba desde hacía tiempo. Rosa Garmendia, dueña de su pensamiento. La penetró con fuerza, calmándola con besos y palabras, y una vez dentro de ella, embistió con todas sus ganas, jadeando y pensando: «mía, mía, mía», en cada sacudida, hasta que se derramó en su vientre con un rugido que se elevó entre los palmares y se extendió sobre los esteros. Permaneció sobre ella temblando de pasión, respirando con fuerza, gozando de la posesión, hasta que comprendió que ella seguía dura bajo su peso, inmóvil.

—Rosa, ¿me has sentido?

La joven no respondió. Había vuelto la cabeza hacia la playa y se mordía el labio, tratando de contener su desilusión. Aquel hombre la había tomado como una bestia, como ella suponía que actuaban los que visitaban el lupanar de la costa, no como un enamorado. Qué tonta al haberle creído... otra vez.

—Rosa, mírame. ¡Mírame, te digo!

A duras penas, ella consiguió volver los ojos hacia Iriarte, que la miraba con intensidad.

—Te advertí que no esperaras palabras bonitas ni requiebros conmigo. Pero no soy un animal tampoco, sé que no has sentido lo mismo que yo... todavía.

Salió de ella con cuidado, procurando no lastimarla, y comenzó a tocarla

con suavidad, formando círculos precisos, cada vez más cerca del punto que todavía palpitaba, insatisfecho. Vigiló con la paciencia de un cazador los ojos de Rosa hasta que percibió el velo de pasión que los cubría de nuevo. Bajó la cabeza y la besó, forzándola a abrir la boca. Paseó la lengua por ella, deteniéndose en las mejillas, los dientes, hurgando en todos los rincones, hasta que sintió la flojedad de las piernas de Rosa. Sólo entonces deslizó el cuerpo hasta sus ingles, y la misma lengua que la había besado lamió el punto anhelante de Rosa, dejándola sin fuerzas, sin control ni conciencia de nada, sólo pendiente de la culminación de su deseo. Lento, constante, Rete dedicó su esfuerzo a contentar a la mujer elegida, hasta que ella soltó un grito y se sacudió bajo sus besos, olvidada de sí misma y de lo que la rodeaba. «Ahora sí», pensó satisfecho, y por orgullo la volvió a lamer hasta conseguir una segunda rendición.

—Eres mía, Rosa, como no lo has sido de nadie.

Se echó junto a ella, la abrazó contra su costado y se durmió.

Capítulo 12

Primera sangre

El campamento aliado ya se había trasladado hasta la margen opuesta a la costa paraguaya. Desde allí podía verse, si la niebla lo permitía, la batería de Itapirú, en lo alto de un gran banco de arena. En cada amanecer, los ojos de los soldados se detenían en ella, esperando que escupiese fuego para definir por fin la suerte de la guerra.

Una maraña de tiendas se extendía, desperdigadas entre soldados que iban y venían, jefes que a caballo recorrían las huellas y grupos que conversaban sentados en el suelo, mientras custodiaban los fusiles; patrullas, partidas de caza, mensajeros, fogones...

Una gigantesca colmena, todos aguardando para dar el golpe de gracia. Liberada Corrientes, correspondía tomar al toro por las astas y atacar al Paraguay en su tierra, algo que los paraguayos trataban de impedir reforzando sus baterías a lo largo del río y atravesando cadenas, por si a la escuadra brasileña se le ocurría avanzar como en el Riachuelo, proa adelante y barriendo con todo.

Bautista, que aún no se había fogueado en una verdadera batalla, sentía cada vez mayor aversión a matar a sus vecinos de la otra orilla. Pensaba en Anselmo, en la paraguayita...

Se hallaba compartiendo unos mates con el sargento Mendoza y Severino Frías. Los tres hombres solían buscarse para entretener sus horas vacías, cuando no había que hacer instrucción ni marchar a través de los pantanos.

—La derrota del Riachuelo le cayó como plomo al mariscal, parece —

comentó Severino, mientras echaba a rodar los dados.

—Eso y lo de Uruguayana fueron golpes mortales.

—Entonces, ¿por qué no se rinde? —preguntó Bautista.

Mendoza lo miró con sorna.

—¿Rendirse *Karai Guasu*? ¡Antes muerto! Mitre lo conoce bien, sabe que llegará a las últimas consecuencias, por eso tiene esa cara el Generalísimo... No, el mariscal no es hombre de rendirse, sino de morir con su pueblo.

—Qué locura... Y sus jefes, ¿no parlamentan con él?

—Lo hacen sólo para apoyar las estrategias que él planea. Nadie le hará frente, eso es seguro.

—Lo que yo digo —insistió Mendoza al cabo de un momento— es que la batalla del Riachuelo la ganamos nosotros, aunque la gloria se la lleven los brasileños. Ellos tienen las naves, pero la garra la pusimos los argentinos.

—Los correntinos —corrigió Severino.

—A esta altura, es lo mismo. Si no hubiese sido por el práctico del *Amazonas*, la batalla habría sido un mojón en la historia paraguaya.

Todos asintieron, orgullosos y conmovidos. Por todo el campamento circulaban elogios a don Bernardino Guastavino, el hombre oriundo de Esquina que, ante la indecisión del almirante Barroso, tomó la iniciativa de reemplazar los cañones por la proa del barco y arremeter como un ariete con lo que se le pusiera por delante. Quién podía asegurar que, de otro modo, no se hubiese perdido la batalla del Riachuelo... La acción del correntino permitió a los aliados bloquear el río y privó al Paraguay del contacto con toda nación extranjera.

Bautista reflexionaba sobre eso: si en un solo día toda la flota paraguaya había sido destruida, ¿dónde estaba la formidable escuadra que todos mentaban? Ciertamente era que los acorazados brasileños no tenían parangón, pero de todos modos... Él acostumbraba a responderse solo, un hábito muy acendrado que Violeta había adquirido también. Supuso entonces que se habrían cometido torpezas en las maniobras y eso justificaba la completa aniquilación.

—Para mí que cuando crucemos el río el enemigo va a retroceder y ahí se

termina esta guerra —aventuró.

Severino lo miró con cierta pena.

—Sería lindo, sí, aunque lo dudo.

—Si es por errores tácticos, López ya cometió varios. Descuidó las columnas que envió al Uruguay y se engolosinó con las que mandó a Corrientes. ¿Para qué, digo yo?

La lógica de Mendoza era la misma que se planteaban los grandes jefes aliados. Una razón incomprensible había desviado la original intención de López de cercar al Brasil, para dedicarse a la provincia que, después de todo, consideraba amiga. Error que le costó pérdidas de lo mejor de su ejército.

Bautista no entendía de estrategias, sólo veía destrucción y muerte por doquier.

—Quisiera reunirme con mi familia y olvidarme de todo esto —murmuró.

—No se le ocurra desertar, amigo, que no le garantizo nada —advirtió Mendoza, mirándolo con seriedad.

—Eso no, señor, pero todavía puedo pensar sin que se me ordene cómo hacerlo.

Severino ocultó su sonrisa inclinándose para quitar la pavita del fuego. Era díscolo el muchacho, al fin y al cabo. Había calado bien a Bautista. Era un típico hombre de río, de los que no se aferran a nada, puesto que la creciente puede llevárselo todo, y luego siguen adelante pase lo que pase. Conocía el temperamento. Y se daba cuenta, ya que era correntino también, de que bajo la calma aparente existía una pasión capaz de aflorar en cualquier momento. Se preguntaba si sería ésa la ocasión.

—Una ronda más y nos vamos a dormir —anunció, conciliador.

Rufino Reyes se unió a la última ronda de mate y dados, divirtiéndolos con sus ocurrencias de mozo picaflor. Allá en su pueblo, había sido el terror de las doncellas, según él decía.

—Y me gustan todas —explicó muy serio—. Rubias o morenas, son todas lindas, como *panambi*.

—Y esas mariposas... ¿Pueden volar ahora, o les dejaste las alas machucadas? —se burló Severino.

—Qué va... soy un caballero, vea —y aparentaba ofenderse con la

pregunta.

Así pasaron las horas previas a la quietud nocturna. Bautista empezaba a disfrutar de la camaradería desenfadada de los otros milicos. En plena campaña no había diferencias de rango ni de origen.

Apenas apoyaron sus cabezas sobre las mantas húmedas y se acallaron los ruidos del campamento, se empezó a escuchar el bullicio proveniente del enemigo.

Del otro lado del río, muy cerca de Itapirú, López había levantado su cuartel general, donde se desarrollaban las actividades sociales que su dama le pedía. Elisa Lynch se había trasladado junto a su hombre a Paso de Patria, como se llamaba ese lugar situado tres millas adentro de la costa. Su optimismo mantenía encendida la mecha de la esperanza, y hasta las esposas de los oficiales se atrevían a pasar largas temporadas en ese sitio, mucho más atractivo que la entristecida capital. Allí, Elisa volvía a ser la anfitriona divertida de bailes, tertulias y paseos a caballo. Aún en medio de las incomodidades, logró que le levantaran una casa contigua al cuartel, con jardín de flores y telescopio, y hasta llevó el carruaje con el que solía mostrarse en las calles asuncenas, para pasearse allí, en medio de la tropa semidesnuda.

A los oídos de Bautista llegaron los sonos de un valsecito que todos conocían. Quién no había tarareado o silbado alguna vez *La Palomita*... Aquella melodía constituía un cruel recordatorio de que los que se enfrentaban en esa guerra desquiciada habían disfrutado antaño de las mismas cosas. Apretó los ojos, como si pudiese borrar el sonido de la música y la algarabía de las mujeres que reían, danzaban, coqueteaban. Imaginó que una de ellas podía ser la mujercita de la bahía, y la rabia aceleró la sangre en sus venas.

«Maldita», pensó, y de inmediato reprimió el insulto que le venía a la mente para ultrajarla. Concentró sus pensamientos en un solo punto: rescatar a Rosa y volver por Violeta, y pronto la serenidad del sueño lo envolvió.

Muriel batía palmas, divertida, mientras bailaba con su compañero de

turno. Ya había danzado al compás de un carapé londinense, el preferido de Madame, y una cuadrilla boliviana, siempre con un *partenaire* diferente, feliz ante la suerte que tuvo al ser enviada al campamento bajo la custodia de Álvaro del Cerro.

Su suegra había creído propinarle un castigo enviándola a hacer vida de campaña. Lo que no imaginaba la bruja era que allí, rodeada de uniformes y gozando de la esplendidez de Madame Lynch, se encontraba mil veces mejor que en aquella casa vetusta y bajo sus narices de cuervo. ¿Quién lo hubiese creído? Paso de Patria era una fiesta. Cada día Madame inventaba nuevas diversiones: paseos a caballo por entre las chozas de adobe, conciertos de arpas y violines bajo el alero del cuartel, o una reunión amable, mientras bebían digestivos, escuchando a Madame tocar en el piano de cola que habían robado en Corrientes durante la invasión.

Qué mujer tan encantadora... Muriel se arrepentía de no haber propiciado antes su compañía. Era una dama de pies a cabeza. Bien hacían las paraguayas en seguir sus pasos, su modo de vestir, de peinarse, de tomar los cubiertos y beber champán. Ella, sólo ella, sabía de qué modo hechizar a los hombres. Si no, bastaba con observar las miradas encandiladas que le dedicaban todos, hasta los oficiales más cercanos al mariscal, aunque a ninguno se le hubiese ocurrido tentar algo con su dama.

Lejos quedaban los días del rechazo. Ahora que estaban en guerra, Elisa Lynch era el alma que animaba a los soldados: los visitaba en sus catres de hospital llevando vendas y averiguando sus dolencias, consolaba a las viudas y adulaba a los jefes. Ninguno se resistía a su encanto europeo. Muriel estaba segura de que los paraguayos del campamento matarían por ella.

Y lo hacían, en realidad. Cada noche descendían hacia la costa para deslizarse en silencio por las oscuras aguas hacia las orillas enemigas, donde los aliados dormían. De la negrura emergían sus cuerpos desnudos con expresiones temibles, el cuchillo entre los dientes, y cobraban trofeos que luego ofrecían al mariscal y a la mariscala: orejas y cabezas de soldados aliados. Al principio, Muriel sentía náuseas al ver esas ofrendas secándose al sol, ensartadas en picas alrededor del cuartel. Al cabo de unos días se acostumbró al espectáculo, aunque intentaba no mirar hacia ese lado cuando

el atardecer teñía de rojo las muecas sangrantes de aquellos hombres.

Otro espectáculo, menos cruel, consistía en sentarse a observar los avances del *Gualeguay*, el vapor argentino secuestrado que se acercaba al otro lado, provocando a la flota brasileña; disparaba una bala y recibía, a cambio, cientos de proyectiles que levantaban trombas de agua alrededor. Luego regresaba a la seguridad del campamento sin un rasguño. Todos los que gozaban del aprecio de la pareja imperial reían y festejaban. Muriel entre ellos, satisfecha de tener, por fin, la oportunidad de alternar con gente que valoraba su belleza y su ingenio. Ya no le importaba Del Cerro, ni siquiera se fijaba dónde estaba, si bien su esposo seguía asignándole la tarea de cuidarla.

En cuanto al coronel, estaba ocupado siempre en asuntos de guerra, de una fortaleza a otra, ya que era uno de los jefes más allegados al mariscal, y su temperamento aburrido no le permitía apreciar las diversiones frívolas que Elisa organizaba. Muriel percibía que a Madame no le agradaba Eladio Vallejo Flores, y aunque en cierta forma eso la satisfacía, también le producía resquemor, pues sabía que entre las gentes del campamento circulaban los *akâ yvoty*, ojos y oídos de Madame, dispuestos a masacrar a quienes ella señalaba como traidores. Muriel intentaba no reparar en esas miradas feroces que atravesaban el gentío en medio de una danza o un requiebro, ni tampoco en las mujeres que llenaban de flores sus sombreros por cada lanceada. Los «cabezas floridas» eran un aspecto sombrío del campamento que ella prefería ignorar.

—¿Solita, mi dama?

El oficialito le sonreía, zalamero, con sus ojos achinados, mientras se inclinaba solicitando una danza.

Muriel sacudió su abanico de plumas teñidas con fingido cansancio.

—No se puede con este calor... ¿Me traerías un refresco?

Allá fue el mozo, solícito, a cumplir el pedido. Ignoraba que la donosa tenía dueño y que estaba custodiada con celo. Lo supo cuando Álvaro del Cerro lo tomó por el cuello y le susurró con ferocidad:

—Hacete humo, o a partir de ahora figurás en la lista.

Muriel se quedó sin su refresco.

Gran conmoción se produjo en la galería, al comenzar un espectáculo de

marionetas que causaron el asombro de todos. Madame Lynch se hallaba en el centro de la concurrencia, escoltada por las damas que pugnaban por ser sus amigas, las mismas que antaño la habían desairado en las calles de Asunción. Muriel se acercó, eligiendo un sitio donde sentarse y tratando de no entorpecer la visión de quienes lanzaban grititos de entusiasmo al ver las figuras danzantes, cuando escuchó la voz de Madame que la destacaba:

—Doña Muriel, acérquese, *s'il vous plaît. Ici, à côté de moi* —y le hizo un sitio a su lado, ante la frustración de la esposa de un sargento, que debió ceder su lugar.

Entre halagada y sorprendida, Muriel se instaló y captó la esencia floral que emanaba de la primera dama. Elisa vestía una muselina de color verde que le sentaba espléndida, pues realzaba el claro de sus ojos y el dorado de su cabello, entrelazado con perlas. Su cutis alabastrino no parecía afectado por los calores ni la suciedad. Claro que ella gozaba de una suite preferencial donde lavarse cada día. Muriel y las otras damas ocupaban chozas cercanas a la de Madame, más amplias y aireadas que las de los hombres, aunque no podían impedir las molestias de los mosquitos ni los vapores hediondos de los heridos y enfermos pestilentes, a quienes habían raleado lejos del campamento.

Elisa miró de reojo a su invitada. Era demasiado joven y cándida para ser una verdadera rival o convertirse en traidora. Debía vigilarla, sin embargo, pues aun entre los altos mandos solían susurrarse conspiraciones, y el mariscal necesitaba de sus oficios para cuidarse las espaldas. De momento, le bastaría con mantenerla cerca, ofreciéndole su amistad.

—¿Qué me dice de esta maravilla? ¿Había visto algo similar?

Muriel sonrió al ver las siluetas que parecían tener voluntad propia.

—Es la primera vez. Me pregunto cómo funcionará.

—Ah, *qu'importe...* Lo principal es gozarlo, *n'est-ce pas?* Ésa es mi filosofía de vida. ¿Se divierte, *ma chérie?*

—¡Oh, por cierto que sí! Agradezco tanto haber sido invitada...

—No me lo agradezca, querida. Es obra de su esposo, que sin duda la extraña más de la cuenta. El coronel Vallejo Flores es un hombre potente, debe ser todo un desafío contentarlo —y Elisa le guiñó un ojo en

complicidad.

Muriel sintió que se ruborizaba ante el comentario. Le pareció que Madame lo había dicho con intención malévola, aunque no podía entender por qué. Era imposible que supiese...

Las risas de los asistentes la distrajerón y luego no volvió a cruzar palabra con la Lynch. Aquel comentario, sin embargo, siguió importunándola, incluso durante la noche, cuando la luna atravesaba los palmares para inundar de luz su camastro junto a la ventana de su choza. Más de una vez, Muriel se había preguntado acerca de la extraña manera que tenía su esposo de satisfacer su lujuria. Parecía bastarle con tocarla o verla. Y no se quejaba, todo lo contrario, sólo que no le resultaba natural y, por alguna razón, la incomodaba. Recordó de pronto el beso profundo del fugitivo y se lo imaginó cumpliendo el papel de esposo.

«Mejor que no», se dijo, molesta por tenerlo en la mente, y se volvió de lado para conciliar el sueño.

Despertó envuelta en un alarido aterrador. Sudorosa y con el corazón alterado, atisbó por el hueco de su choza, sin percibir nada alarmante en el entorno. Los centinelas descalzos fumaban tranquilos y la guardia apostada donde los límites del campamento se fundían con los del hospital no revelaba nada anormal. Muriel estaba segura, no obstante, de que un grito terrible la había despertado, no era un sueño. Y casi tenía la certeza de que el grito provenía del otro lado del río, donde el ejército aliado aguardaba, día tras día, el momento de atacar Itapirú. Eso no le aguaba la diversión, porque la forma en que Madame hacía y deshacía a su antojo en el campamento, así como la expresión indulgente del mariscal, le inspiraban confianza. Si ellos, que conocían al dedillo los movimientos del enemigo gracias a su red de espionaje, no estaban preocupados, sería absurdo que ella se afligiese. Todo estaba bien.

El grito, sin embargo, decía a las claras que algo marchaba mal.

Muriel se calzó unas zapatillas que Dalila había colado en su equipaje y salió. La luna inmensa, amarilla, dominaba el cielo. Un arco de altos palmares protegía la zona de campaña, dejando desguarnecido sólo el frente; allí el mariscal había ordenado cavar una trinchera. Muriel recordaba el

cansancio de aquellos soldados semidesnudos, algunos ya mayores para esos trotes, que cavaron durante horas, sus espaldas curvadas bajo el sol quemante, hasta que la zanja quedó del agrado del mariscal. Rememoró entonces la conversación con Tilda en el huerto, cuando la mulata le dijo que todo hombre, joven o viejo, debía colaborar en el ejército. Se echó un chal sobre los hombros desnudos y avanzó unos pasos. Ya no podía conciliar el sueño, no después de aquel grito espeluznante. Un *sapukái*, eso había sido, el grito de algún bravo de sangre guaraní. ¿Dónde? En Paso de Patria todos dormían, o velaban la quietud nocturna. Sería en la otra orilla. ¿Qué habría pasado? Muriel se arrebujó en su chal y aguzó la vista. La negra noche envolvía el río como un sudario, apenas se distinguía el parpadeo de alguna fogata lejana. Esa noche no atacarían, podía volver a su catre tranquila.

Aquel grito, sin embargo...

Bautista había caído de rodillas sobre la tierra fangosa. Cuando el alboroto lo despertó, supo que algo irreversible había ocurrido. Lo leyó en los ojos de Severino, en las maldiciones del sargento Mendoza, en los gritos y llantos de sus compañeros de batallón. Corrió, descalzo, hacia donde un puñado de hombres lanzaba duros epítetos a la otra orilla, ya silenciosa. Allí, en el campamento aliado, como testimonio del desenfreno de una noche de juerga en la costa paraguaya, sobre las mantas mojadas, yacía un cuerpo, todavía palpitante. Los ojos de Bautista se negaban a aceptar lo que veían: el cuerpo profanado de Rufino Reyes, sin su cabeza. Reposaban a su lado los naipes con los que lo había desafiado apenas horas antes, mientras fumaban y reían, inconscientes por unos momentos de la gravedad de su situación.

Rufino, el picaflor de su pueblo, el mozo divertido que narraba la manera pícaro en que tomaba la cintura de su dama para acercarla sin que ella se diese cuenta. Rufino, el que le habló creyendo que él era un «comprado», y terminó siendo su amigo. Rufino Reyes, el soldado correntino. El valiente. Muerto sin haber podido siquiera labrarse una honra con el mérito en las batallas. Hasta eso le habían negado.

Bautista cayó de rodillas y fue entonces que algo se desató en su interior, una cuerda que llevaba durante años anudada en su pecho se rompió, sacudiéndolo entero con el cimbronazo. Una bola de fuego comenzó a crecer

desde su vientre, rodó hasta su garganta y estalló. El *sapukái* brotaba de sus entrañas sin que él lo advirtiese, un magma que quemaba su cuerpo mientras gritaba, surgiendo en forma de llanto de dolor y de rabia. Con la cara vuelta al cielo estrellado, los puños apretados, las rodillas hundidas en el barro, Bautista sufrió la transformación tan temida, la que confirmaba las sospechas de Severino. Se había roto la contención del dique. Declaró la guerra en ese mismo instante. No lo había hecho hasta entonces, a pesar de las desgracias vividas, la desaparición de Anselmo, el secuestro de Rosa, la pena de Violeta, porque mantenía la fe puesta en que, al volver, todo ese universo tan querido se restablecería. Ninguno de ellos había muerto, sólo Rufino, un joven amable al que había empezado a considerar su amigo.

El espantoso grito, mezcla de agonía y salvajismo, sobrevoló las aguas y llegó hasta la otra orilla. Ya nada sería como antes.

Llegaron en canoas, silenciosos como yacarés al acecho, y desembarcaron en la costa correntina, resguardándose en las zonas boscosas.

La calma del campamento se quebró ante la voz de alarma del centinela:
—¡*Ou co* los paraguayos!

Revuelo de uniformes y ruido de armas cargándose, desbande de las patrullas de reconocimiento que informaban de la presencia de los enemigos en la orilla. Desembarcaban de a cientos en la playa, mientras sonaba una banda militar.

—¡A las armas! ¡La Guardia Nacional por delante!

Bautista se puso en pie de un salto. Sabía que la Guardia iba al mando de Conesa, y que su batallón iría en la retaguardia para apuntalarla. En silencio, como si cumpliesen un ritual o los pasos de una danza, los hombres se aprestaron a ocupar sus puestos y asegurar sus pertrechos.

Vadeaban arroyos y riachos con el agua hasta el pecho, levantados los brazos para impedir que se mojasen las armas o la cartuchera. A lo lejos, el fragor de la lucha llegaba ahogado por las cejas boscosas que se interponían entre ellos y la costa. Había que hacer salir a los paraguayos de la protección del bosque. La consigna se puso en marcha y Bautista se guareció en la

foresta, listo para la descarga cuando el jefe de caballería consiguiese fingir la retirada que arrastraría al enemigo hasta el claro. Presenciaba los hechos en una especie de trance, como espectador, no como protagonista. Hasta ese momento, sus intervenciones habían sido escaramuzas sin mayores consecuencias, casi como un juego de escondidas para desconcertar al otro bando, nada que lo pusiese en contacto brutal con la muerte. Sospechaba, con esa certeza que lo acompañaba a lo largo de su vida en los instantes cruciales, que aquél sería su bautismo de sangre. La fatalidad lo había señalado.

En medio de la nube de moscas y mosquitos que lo importunaban, fija la mirada en el brazo que su superior mantenía en alto para dar la orden en el instante preciso, Bautista reflexionaba sobre la rapidez con que las cosas podían mudar. El Paraguay había sido una orilla amiga donde desembarcar para el comercio o compartir mates a la sombra de los lapachos, un sitio de placeres que prolongaba el remanso del Paraná. En el presente, era un terreno peligroso al que había que someter en defensa propia. Los paraguayos, que antes visitaban las casas correntinas, ahora se dedicaban a saquearlas o a quemarlas, según sus necesidades. La cabeza le pesaba, calentada por el sol, y la vista se le enturbiaba a causa de los vapores que emanaban del arroyo. Como a través de un velo percibió la irrupción de la caballería.

—¡A la carga! ¡Fuego a mansalva!

Los alaridos de triunfo anticipado se mezclaron con las exclamaciones de la tropa enemiga, que estaba a punto de caer en la emboscada. A punto, no del todo, pues un instante de impaciencia del coronel Conesa había arruinado la estrategia. Bautista lo advirtió en el gesto contrariado de Mendoza que, no obstante, permanecía en su puesto.

—Pucha con este porteño... —masculló el sargento—. Nos aguó lo fácil de la victoria.

Roto el silencio con el que pretendían confundir al enemigo, los soldados, alentados por sus jefes, salieron a perseguir a los paraguayos, que retrocedían en busca del refugio de la arboleda.

—¡Que no lleguen, cortar la retirada! —bramaba Conesa.

Bautista contempló desde su sitio cómo chocaban las primeras filas de ambos bandos. Hubo un remolino de colores cuando se confundieron los

uniformes, y un caracoleo de los caballos del regimiento. Los paraguayos habían arrastrado hasta allí dos cohetas y al ensordecedor ruido de la lucha se unió el de los petardos a la Congrève. Aunque el ejército paraguayo no hubiese quedado por completo a la descubierta, había que seguir adelante con el plan y rodearlo por los costados. Así lo hicieron los jefes de los distintos escuadrones, y la batalla se convirtió en un aquelarre.

El brazo del sargento Mendoza dio la señal y Bautista lo vio lanzarse con la bayoneta en ristre y la mano en la cartuchera, arengando a su gente a voz en cuello. La excitación del momento latió en las venas de Bautista, que sintió hormiguar los dedos que aferraban el fusil. Le habían dado un arma averiada, recompuesta en la ciudad de Corrientes por manos anónimas que ayudaban como podían a los batallones mal provistos. Una espada y una pistola completaban su arsenal. Comprendió en un segundo que el uniforme era un impedimento para avanzar, pues las botas se enfangaban y se tornaban pesadas; su conocimiento del terreno, sin embargo, le permitió esquivar los sitios peligrosos y cruzar el primer trecho sin problemas. Le parecía imposible distinguir a los aliados de los enemigos en ese entrevero donde los gritos desgarradores aturdíen al punto de nublar el entendimiento. Vio brazos que lanzaban mandobles a diestra y siniestra, y bien pronto se halló repitiendo esos movimientos con destreza. Repartió sableadas casi sin detenerse a ver las víctimas, seguro de no haber matado a nadie aún, hasta que un soldado enrojecido le cortó el camino con una espada apuntando a su pecho. Un centímetro hubiera bastado para ensartarse, y fue el momento en que Bautista decidió que quería vivir, a costa de cualquier cosa. Saltó hacia atrás mientras enarbolaba su propia arma y en un pase que hubiera enorgullecido a un duelista, perforó el pecho del desgraciado.

Se quedó perplejo, mirando la sangre derramada hasta sus botas.

—¡*Chake!* —escuchó a sus espaldas, y se volvió justo cuando otro soldado se abalanzaba sobre él, sediento de muerte.

Bautista tuvo un extraño sentimiento entonces. Su natural bondadoso se volcó sobre él en ese instante, llenándolo de congoja por el acto cometido, impulsándolo a explicar a su contrincante que él no había deseado matar a su compañero, que eran cosas de la guerra, ajenas a su sentir. Por fortuna para

él, Antonio Gil no sufría de ataques de conciencia, y al ver que Bautista no reaccionaba, cercenó el cuello del enemigo sin piedad.

—¿Qué te pasa? —lo increpó, acusador, y salió disparado hacia otro lance.

Bautista despertó de su ensoñación y cargó de nuevo, decidido a no morir esa vez.

Los paraguayos resistían con un coraje increíble, y aunque retrocedían, no dejaban de dar mandobles ni de disparar. Descalzos y vestidos apenas con un chiripá bajo la chaqueta, corrían con rapidez entre los bajos pantanosos sin la dificultad de las botas. Como los caballos se trababan en los malezales, los soldados del regimiento de caballería se arrojaban de las grupas para proseguir a pie, sin dar tregua al enemigo.

En una pequeña arboleda, Bautista se topó con un grupito que intentaba acabar con dos soldados aliados. Se unió a éstos, y sus estocadas obligaron a huir a unos, en tanto que los otros aumentaron el montón de cuerpos que alfombraban la zona. La avanzada lenta y trabajosa, aunque constante, resultaba un verdadero acto de arrojo. Hubo una clarinada y se corrió el rumor de que los hombres de López habían recibido refuerzos. En lugar de decaer el ánimo de los combatientes, muchos empezaron a extraer fuerzas de donde no había, cantando himnos patrióticos o recordando otras epopeyas, frescas aún en la memoria. Uno de los soldados cantó un cielito dedicado a Lavalle, otro recitó unos versos que elogiaban a Urquiza. Todo valía en aquellos instantes de conmoción, a ninguno se le hubiera ocurrido rechazar un aliento, viniera de donde viniese.

—¡Acabando, carajo! —gritó alguien a su costado, y Bautista vio el semblante distorsionado del cabo Cáceres.

Nunca le había gustado el mozo, era pendenciero y arrogante, y más de una vez el sargento Mendoza lo había colocado en su sitio. Era su camarada de armas, sin embargo, y cuando vio que sus fuerzas estaban siendo superadas por los contrincantes, acudió en su ayuda, librándolo de varios paraguayos que buscaban por dónde ensartarlo.

—¡Se dice gracias! —se burló Severino, al ver que Cáceres no había reparado en nada.

A Bautista le maravillaba que, en medio de semejante ordalía, se pudiese hablar y contestar las pullas. Sin duda, la guerra templaba el corazón de los hombres. Él mismo, cuando al ver el rostro negro de un soldado se le presentó la imagen de su amigo Anselmo, la hizo a un lado con frialdad, dejando la melancolía para después.

Luchaba a brazo partido, con las piernas hundidas en el lodo y la ropa empapada de sangre y de agua. Se le acalabraban los pies por el esfuerzo de resistir los embates, y no entendía cómo era capaz de sostener los brazos en alto durante tanto tiempo.

—¡Victoria o muerte! —gritó alguien.

El sol abrumador, el aire oliendo a sangre y a humo... Bautista recordó el rumor acerca de que López daba a sus tropas caña mezclada con pólvora para que resistiesen hasta el final. A juzgar por la ferocidad de aquellos hombres, podría decirse que era cierto. Los sonidos de la artillería fueron reemplazados por los de la lucha cuerpo a cuerpo. ¿Cuánto podía durar una batalla? Avanzaban o retrocedían, siempre intentando llevar al otro a terreno desfavorable. Si los paraguayos alcanzaban el bosque, cobrarían ventaja. Tenían que mantenerlos en el llano, donde no pudieran camuflarse. Bautista intentaba ignorar los cuerpos que pisaba al avanzar, pues tanto si eran sus compañeros como sus enemigos, en ambos casos sentía pesar, de modo que acabó por dejar su mente en blanco, ocupada sólo en solucionar el problema inmediato.

Que era bien grave, pues las fuerzas paraguayas habían llegado a la primera fila de árboles, y desde allí fusilaban a los porteños que, casi sin municiones, avanzaban porfiados.

—¡Estoy seco! —escuchó Bautista que decía uno de la Guardia con desesperación.

Pequeñas batallas se libraban, como rencillas personales, en un claro de bosque, al borde del barranco, junto a un bañado... Bautista estaba rodeado de ellas. Todos luchando hasta morir, sin dejar nada en pie.

Por fin, la contienda se definió. Los aliados habían logrado desalojar a los intrusos y los gritos de algarabía acompañaron la huida final, que no fue deshonrosa, porque los paraguayos seguían peleando como fieras. Muchos se

arrojaban desde las barrancas para salvar a nado la distancia que los separaba de su tierra. Otros conseguían trepar a las canoas dejadas en la orilla.

La tarde bañaba con luz mortuoria el campo. Manchas azules, blancas y rojas moteaban los espinos. Eran los cuerpos destrozados de los soldados de todos los batallones. El suelo estaba tapizado de muertos. Una bandada de loros barranqueros pasó estridente entre los árboles, donde las balas se habían alojado, y el cielo se pobló de cuervos y grajos que bajaban a buscar su parte del festín. La alegría de la victoria se ensombreció ante el horrible espectáculo y todos corrieron a recoger a sus muertos y ayudar a los heridos.

Las noticias de la última batalla junto al arroyo tardaron en llegar a la ciudad de Corrientes, y mucho más a Buenos Aires. A raíz de eso, circulaban rumores contradictorios. En la capital de la provincia, la gente dormía con las puertas abiertas, por el calor, y sobre todo, para ser los primeros en escuchar los clarines de la victoria. Las calles permanecían iluminadas por los candiles que filtraban su luz a través de los pórticos. Era común escuchar, como una letanía, los saludos que contenían la pregunta: «¿Qué se sabe?».

La aparición de las primeras carretas llevando su triste carga de heridos al hospital de la ciudad provocó un revuelo general y una vigilia permanente. Mujeres envueltas en pañoletas, muchachas llorosas, hombres descalzos y harapientos, todos aguardaban noticias de algún padre, un hermano o un novio, tal vez un hijo, que recién empezaba a vivir. Habían ganado, pero a qué precio...

En Buenos Aires, se avivaba el descontento. Muchas familias porteñas ya sabían de la suerte corrida por la Guardia Nacional, y tenían una muerte o un herido que lamentar. La guerra, vitoreada apenas meses antes, ya no resultaba tan buena idea.

Francisco confía en su pueblo, no en las familias distinguidas del Paraguay, que están prontas a darle la espalda si las cosas se ponen difíciles. Más de una vez me ha susurrado nombres para que diga mi opinión sobre ellos. ¿Qué puedo hacer? Mi lista de traidores se

agranda a medida que la guerra avanza, pues las campañas no resultan como deberían. Trato, siempre que puedo, de salvar a alguno, como el coronel Centurión, antes favorito y ahora sospechado. Sé que es leal a la causa, y sin embargo, mi Pancho recela de sus intenciones. Es que las cosas han salido mal y hay que culpar a alguien. Por fortuna, Centurión escuchó mi consejo y le escribió una carta con protestas de lealtad. Salvó su vida.

En cambio, no pude hacer nada por William Whytehead. Su muerte me dolió más de lo que dejo entrever. Él ya estaba enfermo de fiebres cuando solicitó permiso para ausentarse de los astilleros, y Pancho tomó ese pedido como indicio de traición.

En lugar de dejar que pasara la tormenta, el muy tonto fumó cianuro. Francisco se ocupó de hacerle los honores en el cementerio de la Recoleta, eso acalló las sospechas, que hubiesen recaído sobre mí. Siempre soy el chivo expiatorio, tanto si abogo por alguien, como si no.

Ahora los sospechados son los oficiales que volvieron de Corrientes, y los que se rindieron en Uruguayana. Sé que Pancho piensa ejecutarlos, por eso me pide que lo acompañe a Humaitá. Lo haré por él, porque lo amo y no puedo fallarle.

Si yo desmayara, todos se desmoronarían, es así de simple.

Todavía no me atrevo a decirle nada sobre el coronel Vallejo Flores, aunque voy a sugerirle que mande a buscar a su familia en Asunción y la traiga, para tenerla vigilada e impedir que huya. Doña Melchora ha sido una enemiga, pese a que frecuenté su casa del brazo de Pancho. Jamás estuvo presente cuando fui, siempre hubo excusas: que el rosario, que una visita de duelo, que una indisposición... No soy tonta como ella piensa, ato cabos y saco mis conclusiones. Lo lamento por la estúpida de su hija, que no corta ni pincha, pero la medida debe ser completa. Aún no decido qué hacer con la pequeña esposa. Quizá le haga un favor dejándola viuda...

Es imperativo que ordene mis cuentas, y para eso deberé viajar a Asunción tarde o temprano. Por ahora, Francisco ha seguido mi

consejo y ordenó a Saturnino Bedoya, el cuñado al que aprecia como hermano, que envíe algún dinero a Francia. He decidido que Julie vaya en el buque con el encargo, aunque sé que la extrañaré horrores. Ella me ha sabido acompañar hasta con su silencio durante diez años, pero alguien de confianza debe llevar el dinero.

Le he enviado una carta a Rete Iriarte y aún no me la contesta. Espero que no haya tomado partido por el enemigo, porque lamentaría tener que agregarlo a mi lista. Es un hombre práctico, dudo que cometa errores de esa naturaleza. Él y yo tenemos negocios comunes en el centro de Asunción, pues no olvido mi proyecto inmobiliario.

¡Si mi padre me viese ahora! Reiría divertido al recordar la diadema de brillantes que me regaló cuando era una niña. Nunca olvidaré ese regalo que marcó mi destino para siempre. Él me llamaba «mi reina», y lo fui en su corazón, para serlo ahora en el de Pancho y en el de todos los paraguayos, mientras dure la guerra y su necesidad de mí.

Así es la condición humana, lo aprendí desde muy joven.

Una está sola siempre, y debe procurarse el bienestar como pueda. (1865)

Capítulo 13

El cruce

Llegaron las lluvias y con ellas, el malhumor del ejército. Los soldados rumiaban en contra de sus jefes, que no se decidían a invadir. Circuló el rumor de que Mitre había enviado una misiva al almirante Tamandaré, increpándolo por no lanzar de una vez a sus acorazados, y que éste le había respondido: «Quizá llueva».

Algunos reían, otros maldecían, la mayoría vivía sumida en un ánimo tan malsano como los vapores que emergían de los pantanos después de cada chubasco.

En ese improvisado vivac de la costa correntina, Bautista se movía como autómatas, cumpliendo órdenes, manteniendo limpias sus armas, revisando sus pertrechos. Mantenía la mente fija en una sola meta: avanzar. El río desbordó y obligó a trasladar las tiendas. Los soldados vivían hundidos en el barro y sólo se escuchaban maldiciones y exabruptos. Un día, la temperatura alcanzó los cuarenta grados y se hizo difícil respirar. Bautista sentía la sangre galopando en sus venas, como si fuesen a estallar. Ese día empezó la fiebre. Primero dos soldados, luego cinco, y así, en proporción creciente. El desencadenante fue la costumbre de aliviar el calor bañándose en lagunas estancadas. Mientras los médicos corrían de un enfermo a otro, algunos se ocupaban de la horrible tarea de enterrar a los que morían, que a veces eran amigos o parientes. En medio de aquel espantoso panorama, llegó la noticia de que los brasileños habían conseguido obstaculizar la entrega de nuevas naves encargadas por López en Burdeos. Aquello generó cierta expectativa,

aunque hacía rato que la tropa vivía inmersa en tantos padecimientos, que las cuestiones bélicas parecían haber pasado a un segundo plano.

Estaban allí, arracimados en un trozo de tierra, hambreados, mal vestidos, enfermos de calor y de fiebre. Por eso, la orden de cruzar al Paraguay fue recibida con más alivio que entusiasmo. Atrás quedarían las penurias vividas durante la travesía por Corrientes, las tormentas eléctricas, los vendavales, las correntadas que se llevaban soldados y animales, las pestes, los mosquitos y los soles de fuego, pues por fin darían su merecido a los paraguayos.

Bautista tuvo la sensación de que recién entonces empezaba la verdadera guerra.

La crecida del río fue de gran ayuda, les facilitaba el acceso en bote desde Corrientes. Empezaron los preparativos del embarque y con ellos, una ola de melancolía invadió a los soldados argentinos: se despedían de su tierra, para alcanzar el borde hostil del país enemigo. ¿Qué los aguardaría allá?

La víspera la pasaron al raso, con la sola compañía de las armas, pues ya estaban las chatas y las barcas cargadas con la artillería, los animales y las carpas. Sólo los jefes conservaban sus tiendas esa noche. Cuarenta y dos mil hombres velaban el sueño en el Paso de la Patria argentino. El cruce se efectuaría desde la saliente de playa donde el Paraná se angostaba sin perder la profundidad. Del otro lado los esperaba el carrizal, ciénagas repletas de malezas y cortadas por albardones. Aunque lograsen encontrar alguna playa, los paraguayos los fusilarían durante el desembarco, pues la fortaleza de Itapirú se encontraba encaramada en un alto de cinco metros. Lo que animaba a los aliados era que los «pasados» afirmaban que López ya no tenía ejército y que reinaba el descontento porque había ejecutado a los jefes que fracasaron en sus misiones.

Mitre fue invitado por los pobladores de San Cosme, un villorrio cercano, para festejar la Navidad en una iglesita donde se custodiaba la imagen del santo ermitaño tallada por manos indias. Allí acudió el Generalísimo con su plana mayor. Su tradicional descuido en el vestir, su barba y su melena ensortijadas, le daban el aspecto de un mártir rodeado de cirios en esa noche mística.

Bautista contemplaba las estrellas, su habitual refugio. Ya no contaba las siete cabritas, sólo las miraba titilar, sumergido en sus pensamientos.

Había matado. Sus manos estaban manchadas con la sangre de sus hermanos paraguayos, que ahora eran sus enemigos. ¿Podría ver algún día a Anselmo como enemigo de su patria? Imposible, si el lastimoso estado en que se encontraba el negro le laceraba el corazón. Recostó el fusil sobre un brazo y apoyó la cabeza sobre el otro. ¡Qué débil resultaba la voluntad de un hombre para torcer el rumbo de las cosas! Rufino, por ejemplo, con su inocente picardía, no había podido salvarse aquella noche en que dormía como un bendito. Lo enterraron de inmediato, formando un túmulo en el que algunos de sus camaradas se empeñaron en dejar objetos queridos: un pañuelo, una navaja, los naipes con los que jugaba... Todos lo apreciaban. Una lágrima surcó la mejilla morena de Bautista al pensar que por fin cruzarían el río y Rufino no lo haría con ellos. Se quedaría allí, en su tierra correntina, eterno vigía de la confluencia y testigo mudo del día en que los ejércitos pasaron a la otra orilla para acabar con la invasión paraguaya. Las muchachas de su pueblo llevarían flores a su tumba algún día, cuando todo acabara. Y si él muriese, ¿quiénes lo lamentarían? Rosa y Violeta. Bautista no tenía demasiados conocidos que pudieran llorarlo, no de ese modo visceral con que se llora la pérdida del ser amado. De Dionisia no sabía nada desde hacía tiempo, y quizá tampoco lo recordase con tanto amor como antes. La guerra cambiaba a las personas. Él ya no era el mismo, ahora podía matar, puesto que lo había hecho una vez. Las siguientes, sería más fácil. Lo aterraba pensar eso, que pudiese legitimar el acto de matar, que Dios y la Virgen pudiesen bendecirlo cuando sus manos habían segado vidas. Cerró los ojos y murmuró una plegaria a la Señora de Itatí. La recordó en su nicho de la pared del patio, donde ya nadie le lavaría la mantilla ni le pondría flores de la enredadera. Por instinto buscó el rosario, y al no hallarlo se sintió desamparado. Aunque no quería caer en supersticiones, la pérdida del *paje* lo preocupaba.

A su lado hubo un movimiento sigiloso que lo despabiló. Era Antonio Gil, el gaucho que le había salvado la vida al alertarlo. No se lo había

agradecido aún.

—*Aguyje* —le dijo.

—Ni hablar. Es deber de hombres cuidar las espaldas del amigo.

Bautista se sintió reconfortado al ser llamado así. Quizá podía enorgullecerse de tener quién lo recordase.

—Mañana es el día.

—Así es nomás —coincidió Antonio—, pero se me hace que acá no termina la cosa.

—Yo pienso igual, tengo la sensación de que no hemos vivido lo peor.

—No te preocupes, nada te va a pasar —lo tranquilizó el gaucho.

Sonaba tan segura su voz, que Bautista se sorprendió al sentir que sus temores desaparecían.

—Sufro pensando en mi familia, mi sobrina, mi hermana...

—Ellas están bien.

Ante la mirada interrogante de Bautista, Antonio Gil sonrió:

—Con tener fe no se pierde nada.

Luego, se echó de lado y empezó a roncar.

A la madrugada comenzó el embarque. La noche se colmó de crujidos de fusiles, patear de animales en las balsas, voces quedas de soldados y órdenes de los jefes, pasos amortiguados por la maleza o la arena. Batallones enteros se ponían en movimiento, como fantasmales presencias en un ritual misterioso. Una vez que descendieron las barrancas, se agregó el chapaleo de los botes al desprenderse de la costa. Iban hacia los acorazados brasileños que, como gigantescos vigías, custodiaban el paso con sus luces intermitentes. Iban y venían las canoas, surcando el Paraná en su anchura completa. Contaban con ese día y horas más para pasar los tres ejércitos con todos sus pertrechos. Cuando la primera luz del alba platinó la superficie del río, los soldados comenzaron a darse ánimos cantando sus himnos patrióticos, y en medio de la epopeya del cruce, los acorazados brasileños soltaron sus primeros bombardeos. Las balas pasaron por encima de los árboles que ocultaban la zona de campaña, protegiendo a los aliados de los cañones de

Itapirú.

Porque también en Paraguay el amanecer blanqueó las aguas e iluminó el colosal despliegue que se estaba llevando a cabo, y la fortaleza de la otra orilla comenzó a escupir su rabia en forma de bombas que pretendían hundir al enemigo.

En lo alto de la barranca, Mitre contemplaba el cruce en silencio. Sería el último en partir. Ya se habían despedido de él los altos jefes. Quedó solo en la costa, con su catalejo y sus pensamientos, que nunca dejaba entrever del todo.

El primero en pisar tierra enemiga fue el general Manuel Luis Osorio, guiando a los brasileños con paso cauteloso hasta la base de la colina, bajo las tormentas eléctricas que se desencadenaban una tras otra. A ellos se sumaron los uruguayos y los argentinos, Bautista entre ellos, agachado para esquivar los troncos y los objetos que los paraguayos les lanzaban desde arriba y que se despedazaban en la playa. Pasó en esa posición casi todo un día, hasta que escuchó el estruendo de los cañones y vio volar por los aires barro, trozos de madera, penachos de palmeras y pedazos de soldados. Gritos de júbilo por un lado, de alarma y terror por el otro, aturdieron su cabeza. Entraban al Paraguay, la tan esperada invasión, y a él le tocaba cumplir su papel: avanzar.

Y morir, si era la voluntad de la Virgen. El día había llegado.

Apretó los labios y se arrastró hasta el borde de la colina. El espectáculo que vio desde allí lo abrumó: un desbande, no de soldados sino de mujeres, niños y ancianos que corrían despavoridos. A su lado, Severino fruncía el ceño con fiereza. Bautista pudo haber lanceado desde su posición a los que huían, sin embargo, algo le impidió hacerlo. Ésos no eran sus enemigos, eran paraguayos tratando de salvar su vida.

—¡Adelante! —los instó el sargento Mendoza.

Líneas enteras saltaron sobre Itapirú, batallando cuerpo a cuerpo con los que les hacían frente. Bautista se vio amenazado por un soldado que quería clavarle la bayoneta en un costado y consiguió desplomarlo de un sablazo. Se volvió, a tiempo de ensartar a otro que iba a degollarlo con su cuchillo. A partir de ese momento, se convirtió en una fiera que lanceaba, cortaba, golpeaba, disparaba, aspiraba el humo de la pólvora como si fuese un

afrodisíaco que le impelía a matar, pisaba los cuerpos latentes, corría en zigzag, como las serpientes, sin anunciarse, sólo matando a diestra y siniestra.

Llegó hasta una de las chozas que los propios paraguayos, al verse rodeados, trataban de incendiar y entró, pensando que quizá fuese la casa del mariscal. Vio baúles rodando por el suelo, ropas sucias de barro y algunos elementos femeninos. Ese detalle lo consternó. Desde adentro, el estruendo de la batalla se percibía lejano y la oscuridad resultaba reconfortante, pues permitía ignorar, aunque fuese un momento, la sangre que salpicaba y las muecas de horror que se veían por doquier. Estaba a punto de salir en busca de otra tienda, cuando escuchó una respiración entrecortada a sus pies. Debajo de un catre destrozado, oculta a medias por la manta raída, se encontraba una mujer. Lo supo por la falda de muselina celeste y un pie indiscreto que asomaba.

—Salga —ordenó, tajante.

La mujer no respondió, se ocultó aún más bajo la manta.

—Salga o la atravieso de lado a lado.

Las palabras sonaron terribles hasta para los propios oídos de Bautista. Dieron resultado, no obstante, ya que la mujer se deslizó con temor y mostró su rostro sucio de humo. Bautista no podía creer lo que estaba viendo. Sus ojos lo engañaban, se hallaba bajo el hechizo de un *paje*, o bien la guerra lo había desquiciado. Ella no podía estar allí, en el campamento enemigo, con su vestido de dama y su mirada de terciopelo.

Ella no, imposible.

—¡Usted!

La conmoción fue también para Muriel. Aún bajo el tizne de la pólvora, la sangre que manchaba el uniforme azul y la barba crecida que volvía salvaje su expresión, aquél no podía ser otro que el prisionero del Fuerte, el que ella intentó liberar aquel día.

En su cabecita alocada, aquella posibilidad jamás había surgido, que pudiese encontrar entre los enemigos al hombre que la había besado. Muriel tenía la idea de que la guerra ocurría en otra parte y no se corporizaba en personas de carne y hueso, personas conocidas. Qué tonta...

Tuvo el impulso de insultarlo y la ferocidad de aquellos ojos la frenó.

—Levántese —ordenó él.

Bautista era consciente de que no podía demorarse en un diálogo con una mujer en medio del despliegue de la invasión, y tampoco podía dejar a la prostituta de la bahía sola en aquel desastre. La urgencia le dictó una solución.

—Métase ahí —dijo, indicándole un enorme baúl volcado sobre el piso.

Muriel lo miró aterrorizada. ¿Escondarse en un arcón? ¿Y no saber qué sucedía mientras? De sólo imaginarse encorvada en el interior le sobrevino un escalofrío.

—¡Métase ahora!

Bautista enderezó el baúl de una patada y comprobó que los cerrojos funcionaran. Luego, empujó a Muriel hasta el borde. Le pareció más pequeña y más joven que cuando la vio en el Paraguay. La idea le molestó, de manera que procedió con rapidez y brutalidad: la levantó y la dejó caer en el interior del baúl. Después, intentando no mirar aquellos ojos agrandados por el miedo, cerró la tapa. Guardó la llave en su bolsillo y salió, dispuesto a seguir luchando.

El panorama había cambiado. El humo lo cubría todo y los soldados aliados circulaban por el campamento, revisando a los muertos y arrancando madera de los muebles para hacer acopio de leña. La invasión había concluido y no había rastro de López.

El sargento Mendoza se veía contrariado.

—Se ha corrido hasta Humaitá —dijo entre dientes, masticando su rabia.

Él deseaba acabar de una vez, al igual que todos. Contempló a un infeliz que agonizaba en medio de temblores incontrolables, los ojos ya mirando el otro lado de la vida, y en un impulso piadoso le descerrajó un tiro.

—Vete en paz —murmuró, y se marchó a reunir a su tropa.

Bautista quedó en medio de la humareda pegajosa, con los buitres planeando sobre las palmeras chamuscadas, bajo el sol blanquecino después de la lluvia. Abatido, dejó caer la cabeza. No quería saber a cuántos había matado.

—Eh, *chamigo*, no pienses mucho, o se te calentará la cabeza más de la cuenta.

El que le hablaba era un teniente de otro batallón, al que había conocido por medio de Rufino Reyes. Un hombre bien plantado, de ojos tan negros como su cabello, pulcro en sus modales y su vestir. Jamás lo había visto con el uniforme sucio ni descosido. Aún en ese momento, después del encuentro con el enemigo, René Salazar parecía recién salido de un desfile militar, mientras que Bautista se hallaba desharrapado. El otro lo palmeó con afecto, comprensivo.

—No pienses, en serio te lo digo. Vamos, que habrá reunión de mandos y veremos qué hacer después.

—¿Y López?

René se encogió de hombros.

—Quién sabe. Dicen los prisioneros que cuando se armó el desbande lo vieron cabalgar hacia el norte, hacia la fortaleza de Humaitá, pero no sabemos si lo dicen para hacernos caer en una trampa o qué.

René lo llevaba en medio de los escombros, y de pronto se detuvo ante un espectáculo que lo desencajó.

—Carajo —exclamó, con voz descompuesta.

A sus pies, justo en el camino que llevaba al cuartel general, yacían dos o tres soldados paraguayos. Niños de quince o dieciséis años, no más. Sus rostros, todavía suaves, más apropiados para recibir los besos de una madre que una bala, lucían serenos bajo el sol y las moscas. Quizá hubiesen muerto sin sufrimiento, pensó Bautista.

René interpretó ese pensamiento:

—Descansan en paz, pobres ángeles. Puta guerra...

Recién al cabo de un rato, mientras liaba un cigarro de cara al río, Bautista recordó que había dejado a la paraguayita encerrada en el baúl. Arrojó el cigarro y echó a correr, el corazón latiéndole a todo trapo, asustado de pensar que ella podía haber muerto asfixiada. Llegó jadeante a la choza, después de haber errado el camino dos veces, ya que en el desorden de los escombros todas las tiendas parecían iguales y allí, su corazón dio el salto más descontrolado de todos. Dos soldados rodeaban a la mujer de la bahía; uno era brasileño, el otro parecía uruguayo, aunque los del país oriental se asimilaban mucho al modo de ser argentino y costaba diferenciarlos. A un

costado se hallaba el baúl, destrozado de un hachazo. La escena era inequívoca. Por más que fuese una prostituta, Bautista no toleraría una violación.

—Déjenla —bramó.

Los hombres, sorprendidos, creyeron que se trataba de algún paraguayo rezagado y sacaron sus armas. Al ver a Bautista, sonrieron despreocupados.

—*Você tein chance* —dijo uno.

—Ya somos tres —agregó el otro—. Cerrá la puerta, o seremos demasiados.

—La puerta la cierro cuando ustedes se vayan.

El ánimo de los otros cambió de inmediato.

—Pero bueno, qué te pasa, si es sólo una puta del cuartel. Bastante linda, eso sí.

Bautista vio que Muriel montaba en cólera al verse llamada de ese modo, y supuso que ella intentaría salvarse argumentando que era una dama. El aspecto lo tenía, aunque su comportamiento la denunciaba.

—No importa —les contestó con firmeza—. Es mi puta y vengo a reclamarla.

No se podría haber dicho quién estaba más sorprendido, si los soldados o la paraguayita. Ella lo miraba con grandes ojos y labios apretados. Un hoyuelo se formaba en su barbilla.

—Eh... ¿quién lo dice?

—Esto —y Bautista desenvainó su espada.

Tal vez ése fuera su destino, perecer en un duelo y no sirviendo a la patria, quién podía afirmar cuál era la suerte de un hombre. Sólo Dios y la Virgen lo sabían. Envalentonado por ese fatalismo, resuelto a defender a la mujer de la bahía con su vida, Bautista cargó contra los otros, que se hicieron a un lado, entre asustados y despechados. El uruguayo levantó las manos en señal de paz. Mujeres que vendiesen o regalasen sus favores había muchas, no iba a desgraciarse por ésa, por bonita que fuese. El brasileño, en cambio, se sintió humillado y sacó su propia arma, dispuesto a lancear al inoportuno.

—*Argentino filho da puta... vai para o caralho...* —y arremetió.

Se trenzaron en un combate cuerpo a cuerpo, ante las miradas

desconcertadas del uruguayo y la paraguayita. Cada tanto, algún juramento surgía del polvo que ambos hombres levantaban. La oscuridad humeante de la choza tampoco ayudaba a ver con claridad. Por momentos, parecía que Bautista llevaba las de ganar, y entonces el brasileño atacaba con insultos, decidido a provocarlo y hacerle perder el control.

Muriel no entendía la razón de aquel enfrentamiento. ¿Acaso su captor no quería ultrajarla también? Eso le había parecido cuando la encerró en el baúl, que volvería a buscarla para satisfacerse en ella, era lo que los soldados victoriosos hacían con las mujeres indefensas de sus enemigos. Por lo visto, no aceptaba compartirla. Mientras miraba la lucha, pensaba de qué modo podría huir de todos ellos, aunque sabía que ya el campamento no era paraguayo, que había sido tomado por las fuerzas aliadas. ¿Adónde habría ido Madame? Ella la había visto correr de un lado a otro en medio del fragor de los cañones, preguntando por el mariscal. ¿Sería posible que él hubiese salido de Itapirú sin decírselo? A esas horas ya se habrían encontrado, pues no quedaban rastros de ellos en la fortaleza.

Bautista, con su descomunal fuerza, acabó sentado a horcajadas sobre el brasileño, oprimiéndole el cuello con saña. El otro se estaba poniendo bermellón bajo la piel aceitunada.

—Eh, cuidado, que lo vas a matar.

Bautista no escuchaba al soldado oriental, sólo apretaba, furioso con su oponente, con la guerra, consigo mismo, con la maldita suerte...

—¡Soltalo, que te van a fusilar después!

Esa advertencia caló hondo y aflojó el agarre. El brasileño se volvió de lado, tosiendo y escupiendo, y luego se arrastró hasta la puerta murmurando amenazas y maldiciones, algo sobre que la guerra la hacían los brasileños y los otros no contaban. El uruguayo temió que el argentino lo hubiese oído y todo recomenzase, pero Bautista había centrado su atención en la joven. Miró su vestido celeste, roto en el bajo y manchado de barro, su pechera descosida que dejaba ver un trozo de piel suave, su hermoso cabello enredado y sus ojos, que parecían desafiarlo a que intentase lo mismo que aquel hijo de perra. Sospechó que ella sería capaz de morderlo. La idea le arrancó un rictus de diversión. El uruguayo interpretó que quería quedarse a solas con su

amante y no opuso objeción. Levantó al otro del piso y lo empujó hacia afuera, donde la luz de la tarde bañaba de melancolía el campamento destruido.

—Si cree que va a forzarme, está muy equivocado.

—Si quisiera hacerlo nada me lo impediría, como puede ver.

—No voy a ir con usted.

—Eso es lo que va a hacer, a menos que quiera quedarse entre los muertos y compartir el alimento de los cuervos. Ya están bajando al campo.

Muriel esbozó un gesto de repugnancia.

—Soy la esposa de un coronel —adujo, intentando causarle alguna impresión.

Bautista soltó una risa hueca.

—Eso es lo que quisiera, pero en ese caso sería más útil para mí como carnada. ¿O acaso no se llevaron los soldados de López a las mujeres correntinas por la fuerza? Si usted es quien dice ser, puedo ofrecerla como prenda de intercambio. Más le vale aceptar que es una puta de clase y venir conmigo. Por lo menos, tendrá una ración que llevarse a la boca, aunque me cueste la mitad de la mía.

—¿A cambio de qué? —volvió a desafiarlo ella, con las manos en la cintura y el cuerpo echado hacia delante.

Vaya si tenía agallas la paraguayita, era todo un carácter, pese a su desventajosa situación. Un pensamiento fugaz cruzó su mente: ¿sería un error cargar con esa fiera? La perspectiva de calentarse en las noches con ella obró el milagro de decidirlo. Fuera o no una puta, era una mujer sola y abandonada a su suerte, como tantas otras que deambulaban por el país al ver destrozadas sus familias y carecer del sustento que antes tenían, con sus hombres en el frente.

—Nombre.

—¿Cómo dice?

—Quiero su nombre.

—¿Para qué?

—Para avisar a mi superior que me la llevo a mi cama.

Muriel se sintió acorralada. ¿Qué podía hacer? Quedarse sola no le

garantizaba la seguridad. Al menos, aquel hombre era una cara conocida, y por lo pronto, todavía no le había hecho nada. Ah, si su suegra supiera... qué contenta estaría... Esto era lo que la bruja quería para ella, el suplicio de la guerra, la humillación y el ultraje. Para esto le había escrito al coronel diciendo que la enviaba al campamento, con el pretexto de que Asunción se tornaba peligrosa con los espías. Aprovechó la visita de Pancha Garmendia para justificarse y le dio resultado, ya que Eladio tampoco sabía bien de qué modo proceder con ella. Su madre le dio la idea. Y aquí estaba, sin su esposo, sin su custodio, sin Dalila, que se había quedado en la casa de la capital. En compañía de un hombre brutal que una vez la había besado.

—Muriel —contestó en voz baja.

—¿Sin apellido? ¿O es un nombre de batalla?

La sonrisa del argentino era sarcástica y Muriel tuvo que controlar el deseo de borrarla de un golpe. Al recordar que su coartada de ser la esposa de un hombre importante podía jugar en su contra, eligió el apellido de su padre.

—Núñez.

—Está bien, Muriel Núñez, venga conmigo —y la tomó de un brazo.

Como ella se resistió, Bautista la encaró impaciente, y vio que la mujercita le señalaba algo.

—Déjeme llevar, al menos, algunas cosas que voy a necesitar.

—¿Qué cosas?

—No puedo vestirme con sus pantalones —exclamó, ofuscada, y advirtió que el comentario era inapropiado, pues los ojos del hombre se habían iluminado con ideas inquietantes.

—Tome lo que quiera y apúrese, que esto va arder por completo.

Bautista buscó a Severino Frías y lo puso al tanto de la nueva situación. Como no podía argumentar nada para justificar la compañía de Muriel, dio la razón que todo hombre entendería:

—Es mi amante paraguaya, la encontré justo acá, entre la gente de López.

Severino lo vio desaparecer entre las tiendas con su paso calmo y se rascó la barbilla, pensativo:

—Quién lo hubiera dicho —murmuró.

A pesar de que no faltaban mujeres entre la tropa, pues los brasileños acostumbraban a marchar acompañados de sus negras cimbreantes, Bautista no deseaba hacer tan pública la presencia de Muriel. Por eso, trasladó su carpa a un extremo del terreno donde acamparon y la conminó a meterse adentro. Ella le presentó batalla, como era de esperar.

—¿Piensa que voy a vivir acá, en este agujero miserable? ¡Usted será el primero al que mi esposo dará orden de fusilar!

Bautista la contempló con sorna.

—Su esposo no la cuida mucho, así que no creo que se moleste en fusilarme. Después de todo, le salvé la vida, ¿recuerda?

—¡Sí, para abusar de mí sin compañía, desgraciado!

Él se acercó y con su mano sucia, la que había enarbolado el fusil y despenado soldados, le envolvió el cuello fino.

—Es posible —dijo en tono quedo—. En todo caso, lo tomaría como un agradecimiento de su parte.

—Ya estamos a mano —corrigió ella—. Si usted también recuerda, fui yo la que quiso liberarlo de aquel cepo.

—Quiso, tal vez, para que me capturasen luego y me torturasen —y la mano oprimió, de modo inconsciente.

Muriel tragó saliva y ese gesto hizo que Bautista aflojase el agarrón. Todavía no era una bestia, se dijo malhumorado. Acomodó las mantas en el interior de la tienda y señaló con un gesto el montón de lana.

—Acuéstese.

Muriel palideció. ¿A plena luz del día? Hasta el momento, había salvado su dignidad. Si aquel soldado iba a disponer de ella, esperaba que fuese en la oscuridad de la noche, cuando nadie lo supiera. Ya podía ver algunas caras divertidas que señalaban en su dirección. Se acomodó el cabello e intentó subir la pechera rota del vestido. A sus pies, en un lío de ropa, llevaba algunas prendas de recambio, pero no podía hacer nada con eso en medio de un campamento de hombres. En el del mariscal, al menos, tenía una choza de adobe donde lavarse con un jarro. ¡Malditos hombres, maldita guerra, maldita

suerte! Sintió un temblor en el labio inferior y se lo mordió, esforzándose por no mostrar debilidad. Si algo podía salvarla, era convencer al enemigo de que era una dama de alcurnia de Asunción. Tenía entendido que había códigos en la guerra, y respetar a las damas debía de ser uno. Otra cosa sería con las mujeres del bajo pueblo, y su mirada se dirigió hacia un grupito que alborotaba repartiéndose unos objetos que sus hombres habían robado para ellas. Eran mujeres rotosas y sucias, de cabellos desgredados, descalzas y malhabladas. Hasta allí llegaban sus epítetos groseros al disputarse una prenda. Volvió la cabeza y descubrió a su captor mirándola fijo. Seguía siendo un varón imponente, con un matiz salvaje que la inquietaba. Aquella vez, en la bahía, había notado en él cierta elegancia que lo distinguía; ese porte se había transformado en otro, más brutal.

Bautista, en cambio, descubría en la joven un rasgo infantil que lo preocupaba. Daba por descontado que era la mujer de alguien o tal vez de varios, y sin embargo, aquel sollozo contenido lo había desarmado. Jamás creyó que una mala mujer llorase por nada, sus corazones eran duros como los acorazados del almirante.

—Acuéstese y duerma. Yo tengo que reponerme de la batalla antes de emprender... otras.

Sonrió de manera provocativa y a Muriel el corazón le dio un vuelco. Nunca Del Cerro le había sonreído de ese modo; ni su esposo, por supuesto. El coronel sonreía como si temiese resquebrajarse, apenas una mueca ladeada. Debía recordar que, por apuesto que fuese, aquel hombre era su enemigo, en la guerra y en lo personal, ya que pretendía abusar de ella cuando se repusiese del cansancio. Pues bien, que durmiese, ya vería cómo se las arreglaba para escapar de allí, aunque fuese disfrazada con sus ropas. Imaginó que lo dejaba desnudo, a merced de las burlas de los demás, y se sintió mejor; claro que también imaginó cómo se vería sin el uniforme y ese pensamiento alborotó su sangre, de por sí propensa a las fantasías desbordadas.

Era imposible que la noticia de la amante paraguaya de Bautista Garmendia no corriese como pólvora por todo el campamento, no por la fama de aquél, sino porque a nadie se le había escapado la belleza de la muchacha,

ni la manera posesiva en que él la arrastraba a través de las carpas para llevársela donde no alcanzasen las miradas furtivas. Muchos soldados correntinos tenían mujeres en la otra orilla, prueba de que eran un solo pueblo antes de la guerra; las circunstancias habían roto esos lazos, en parte porque los paraguayos se trasladaban cada vez más lejos de los centros de combate, y ya nadie encontraba a su prenda querida ni sabía qué suerte había corrido. Afortunado Bautista, que la había hallado justo durante la primera batalla en tierra enemiga.

Eso comentaban Severino Frías y René Salazar, mientras se pasaban una botellita de caña.

—Linda moza.

—Ajá —coincidió Severino, que la había visto de cerca—. Y fina, además.

—¿Qué estaría haciendo en el campamento del mariscal?

Severino le dirigió una mirada torcida.

—Las mujeres así buscan siempre un palenque ande rascarse.

—Pucha que fue suertudo el soldado.

—Habrà que ver —comentó misterioso Severino—. Habrà que ver si es suerte.

Al caer la noche, las luces de las fogatas parpadearon como estrellas caídas. Docenas, cientos, miles, por todo el lugar. Allí donde había estado el cuartel del mariscal, los mandos ocupaban sus catres de campaña y usaban los escritorios y demás muebles que habían quedado. Muriel escuchó las notas del piano de Madame y sintió rabia y tristeza. ¡Elisa no había podido salvar su querido piano! Ella ignoraba que era robado, y que hasta podría encontrar a su dueño en aquel campamento aliado. Las lluvias habían enfriado el aire y se arrebujó en la manta que le dio su captor. Él dormía al raso, sin cubrirse, aferrado a su fusil y a su cartuchera, que llevaba del lado opuesto al de ella. Temía que le agujereara el cráneo, y lo bien que hacía, pues ganas no le faltaban. El rugido de su estómago le recordó que no comía desde la mañana. En la tarde les habían alcanzado un jarro de lata con mate cocido y panes de maíz, pero ella se había rehusado a comerlos. Ahora lo lamentaba, aunque más resentía la imposibilidad de lavarse. En el

campamento del mariscal contaban con jofainas, y hasta con soldaditos que calentaban el agua para las señoras. Todo un lujo en la guerra. Madame Lynch sí sabía hacer las cosas, no como esos energúmenos que mantenían mujeres horrorosas compartiendo la vida del soldado en absoluta promiscuidad. Su pensamiento vagó hacia Dalila. ¿Qué haría su criada allá solita, en la casa de las harpías? De seguro se ensañarían con ella, le harían pagar su lealtad a Muriel, porque no se le escapaba que Vicenta le tenía tirria por usar sirvienta propia. ¡Que se buscara un marido, si deseaba ser consentida! Al final de cuentas, algún resarcimiento debía dársele por aguantar a un viejo como Eladio. Luego pensó en sus padres. ¿Estarían a salvo de la guerra en su pueblo? Se sorprendió de no haberse preocupado antes por ellos. Y ese mal nacido que roncaba enfrente de ella, ¿tendría familia de la que ocuparse? ¿Una esposa? La idea le disgustó. En el fondo de su ser, le agradaba saber que aquel hombre la deseaba, si bien no quería ser profanada como una vulgar prostituta, eso no. Quería castigarlo haciéndolo sufrir de algún modo. Su imaginación, siempre exaltada, voló hacia una situación hipotética: recibían la visita de un alto jefe de los aliados que le hacía saber al argentino que la pena por haber secuestrado a una dama era gravísima; el hombre, asustado, empezaba a tratarla con deferencia, convirtiéndose en su esclavo.

Sonrió, embelesada con su propia fantasía.

—¿Le causa gracia ser prisionera?

¡Él se había introducido en la tienda y ella ni siquiera lo había notado! Se apretó contra los bordes para evitar tocarlo, aunque en aquella estrechez era imposible.

—No soy su prisionera.

—Ah, ¿no? Le recuerdo que estaba en las filas enemigas, y que algunos soldados argentinos han perdido a sus esposas a manos de los paraguayos.

Muriel se preguntó si sería ése su caso.

—¿Cómo llama usted a su situación? —se burló él.

Ante el silencio tenaz, Bautista se acostó boca arriba, con los brazos cruzados bajo su cabeza, como si se dispusiese a disfrutar de una tarde al sol. Miraba las costuras de la carpa mientras decía:

—Muriel Núñez, déjese de juguetos conmigo y acepte que no tiene otra elección que atender mis necesidades durante esta guerra, y a lo mejor, quién sabe, después también. —Y extendió una mano para acariciarle la pierna que ella mantenía encogida.

—No me toque.

—¿Por qué tan arisca? Haga lo que mejor sabe y nos entenderemos bien.

—Búsqese a alguna de las mujeres de allá fuera, que estarán mejor dispuestas —le espetó Muriel.

—Usted es más bonita. Además, es mi amante, ¿no lo recuerda?

—Inventó esa mentira para lucirse ante los otros.

—No —exclamó de modo rotundo Bautista, serio de pronto—. La inventé para salvarla.

Se había incorporado y la miraba muy de cerca, horadando con sus ojos los de ella, buscando algún signo de falsedad, algo que le demostrase quién era aquella mujer desconcertante. Muriel se encontró desarmada por la mirada insistente. Era cierto que la había rescatado, y en el fondo de su ser se lo agradecía. ¿A qué precio, sin embargo? El de convertirla en su soldadera, una condición indigna de una mujer de su clase. Tenía que impedir que ese hombre empecinado la tomase por una cualquiera, y al mismo tiempo, fingir que no era alguien de importancia, porque de lo contrario la usaría como señuelo para presionar a su esposo. Supuso que lo mejor sería darle largas, para que él confiase en que, tarde o temprano, la haría suya.

—Es verdad, me salvó de aquellos descastados, y le estoy agradecida. Es sólo que me siento agotada y sucia. Desearía tanto poder bañarme, aunque fuese en la laguna...

—Me temo que no será posible —suspiró Bautista—. Muchos soldados enfermaron por bañarse en aguas estancadas. A menos que vayamos hasta el río...

—Por favor.

Ella ofrecía sus labios mientras suplicaba, y echaba hacia delante el busto pequeño, tentadora. Bautista sintió que la sangre corría desbocada por sus venas y que la ingle palpitaba, salvaje. Estaba a punto de desgraciarse allí mismo. Adoptó una decisión repentina:

—Vamos —le dijo, saliendo de la carpa con rapidez—. A estas horas habrá poca gente en la orilla.

Muriel, aturdida ante la reacción, alcanzó a recoger el bulto de ropa y lo siguió a través de la selva de tiendas, intentando no ver a los hombres que reían, socarrones, ante el modo intempestivo en que Bautista la llevaba. Un grupito de mujeres se abrió al verlos pasar, y una de ellas, más audaz que las otras, se interpuso.

—¿Adónde va mi potro esta tarde?

La grosera forma de dirigirse a Bautista le indicó a Muriel que aquella mujer deseaba ostentar ante ella. De inmediato recobró su dignidad y la miró como si fuese un insecto. Bautista, en cambio, parecía algo abochornado.

—¿Ésta es la *kuña* que te hice soñar, la otra noche?

Y Carmela avanzó para rozar el brazo del hombre con sus senos voluptuosos, a medias cubiertos. A Muriel le indignó el modo descarado con que se aproximaba y se coló entre ambos, con el pretexto de esquivar un matorral espinoso.

—Vamos, querido, o se nos hará tarde para lo nuestro —dijo con voz amorosa.

Perplejo por partida doble, Bautista siguió por el sendero que llevaba a la playa, dejando detrás a una Carmela sorprendida y furiosa. Avanzaron en silencio en dirección al río, por la huella roja que las matas insistían en cubrir con sus ramas duras. El sol caía a rayo partido, y al cabo de veinte minutos de marcha, Muriel se sentía más acalorada y sucia que antes. La cuesta se volvió escarpada y sus zapatitos, inapropiados para aquellas tierras, resbalaron, arrojándola sobre la espalda de Bautista. Él se volvió para sujetarla y quedaron enfrentados, con los cuerpos muy juntos y los rostros casi tocándose. La respiración del hombre era pesada, contenida, en tanto que Muriel apenas podía henchir su pecho, pues sus senos se oprimían contra la pechera del uniforme. La tentación era demasiado fuerte para que Bautista pudiera reprimirla. Como en un animal del monte, sus sentidos se aguzaron al percibir las señales de la hembra en celo. Muriel rezumaba una sensualidad que él podía oler, y ese aroma excitante lo estaba destruyendo. ¿Por qué sufrir, a qué esperar? Arrojó el quepis a la tierra y metió una bota entre los

pies de ella, para obligarla a aflojarse, y cuando sintió que trastabillaba, completó el movimiento con un hábil taconeo que la tumbó de espaldas. Muriel soltó un bufido, más de sorpresa que de dolor, y luego un gemido al comprobar que había quedado atrapada por el cuerpo del soldado, rodeada por sus brazos y sus piernas. ¡Y bajo el sol de la tarde! Quiso zafarse y apenas logró mover los pies, ya sin zapatos. Se estiró para evitar el beso, y sólo consiguió que los labios cayesen sobre su cuello, provocando en él más excitación. Bautista lamía su piel como lo haría un jaguar con su presa, anticipando el sabor del festín. Su boca caliente estaba por todas partes, desde la barbilla hasta los pechos que sobresalían del escote roto. Y ella no podía alejarlo, pues la presión era demasiado intensa. A su pesar, un aleteo incontenible comenzó a subir por su vientre, confundiendo sus intentos de huida, y al percibir la dureza que oprimía el hueco entre sus piernas, no pudo evitar un movimiento incitante que arrancó un rugido de satisfacción al hombre. Ella lo repelía y atraía, todo a un tiempo, y Bautista estaba loco de pasión. La ruda vida del ejército, las penurias pasadas, la incertidumbre sobre el futuro, todo se confabuló para que él decidiese tomarla allí, en medio del camino, sin detenerse a considerar nada. Y la coqueta Muriel, que no vacilaba en enseñar más de lo que correspondía a una dama, ni en incendiar corazones con su mirada ardiente, no era la mujer apropiada para enfriar ese ímpetu. Se dejó arrastrar, mordiéndose el labio para no proferir los gemidos de éxtasis que nacían en su garganta, y cerrando los ojos para que él no advirtiese la pasión que los velaba. Aquél era un hombre como los que ella soñaba. No necesitaba imaginar a ningún otro sobre su cuerpo; casi no podía imaginar nada, en realidad, pues las sensaciones que las manos de Bautista despertaban eran tan intensas, que su mente se nublaba. Él le subió la falda hasta la cintura y con su mano áspera cubrió su pubis, calentándolo más aún. La mantuvo allí, como si cobijase algo delicado, mientras su boca forzaba la entrada en la de la joven. Muriel no se hizo rogar y abrió sus labios, pues recordaba bien el anterior beso y anhelaba sentir de nuevo aquella sensación. Él no la defraudó. Recorrió con su lengua la suavidad de la boca femenina, saboreando cada rincón, y luego la clavó como una lanza mortal en el hueco de su garganta. Muriel se sentía desfallecer. De pronto, unos ruidos

desconocidos la envolvieron, hasta que descubrió que los producía ella misma, en un ritmo creciente que aceleraba los besos de Bautista. Él la estaba devorando. Y ella se ofrecía, gustosa, olvidada de su situación de prisionera, de su dignidad, de su condición de mujer casada. Su cordura pendía de un tenue hilo que estaba a punto de cortarse, cuando ambos se paralizaron al escuchar la voz que provenía de más arriba, del sitio donde ella había tropezado.

—Soldado.

El sargento mayor Mendoza los observaba, erguido en su postura de mando, con el sol brillando en sus botones y una expresión inescrutable. Bautista elevó hacia él su rostro distorsionado por el deseo, como si le costase recordar quién era y qué hacía allí, en la tierra, a medio camino de la orilla, sobre una mujer semidesnuda que lo miraba con horror.

—Vístase, señora. Y usted, soldado Garmendia, tendrá dos días de castigo por descuidarse.

Dicho esto, el sargento les volvió la espalda, como si la visión de aquellos amantes le resultase insoportable. Hubo un silencio profundo, roto sólo por los graznidos del chajá, que voló en ese momento con gran despliegue.

—Perdón —murmuró Bautista, y Muriel no supo si se lo decía a ella, o al superior que acababa de descubrirlos.

Se incorporaron sin mirarse y emprendieron el regreso, acomodando sus ropas en el camino. Bautista iba adelante, cabizbajo, y Muriel lo seguía, absorta en sus pensamientos. El sargento había llamado al argentino por su apellido, Garmendia. Aún en medio de su delirio sensual, ella estaba segura de haber escuchado bien. ¿Podía ser que aquel espléndido hombre fuese el hermano de la cautiva que ella y Dalila habían querido rescatar? ¿Y qué podía significar eso para ella? Tenía que pensar y mucho, debía elaborar un plan para salvarse.

Al llegar al campamento, ya las fogatas estaban encendidas. Muriel pudo ver el rostro satisfecho de Carmela, que desde su miserable tienda observaba de reojo el regreso de los amantes frustrados.

Capítulo 14

La Reina de las aguas

El viaje a través de los esteros fue sumergiendo a Rosa en un mundo irreal. Esa tierra, surcada por hombres solitarios como Rete Iriarte, que sabían de memoria todos los recodos, cada riacho y cada islote, creaba un embrujo imposible de resistir.

Después de la noche pasada en el campamento, él se mostró reacio a conversar y Rosa se encerró en un mutismo culpable. A pesar de las caricias, de la suavidad inesperada del hombre que la había poseído, ella no tenía certeza de sus sentimientos ni de sus intenciones. Y la luz del día echó por tierra la magia que habían compartido en la oscuridad. Rosa estaba ávida de detalles sobre la forma en que su hija pasaba los días, y Rete no era un hombre locuaz, se había limitado a tranquilizarla y punto.

La barca hendía las aguas calmas y se adentraba en recovecos de profusa vegetación. Grandes embalsados se abrían a su paso, mostrando a los viajeros su oculta belleza: la flor azul del jacinto, la amapola de agua, con sus corolas de radiante amarillo... La visión de los lirios le recordó los ojos de Violeta y Rosa tragó saliva, angustiada. Una y otra vez rememoraba los sufrimientos de la Virgen, madre por sobre todas las cosas, para aliviar los propios. Y encomendaba su suerte a la de Itatí.

El sol arrancaba destellos a las aguas. De cuando en cuando, el lomo de un yacaré, erizado de escamas negras, relucía en la hierba, sus ojos entrecerrados con fingida indolencia. Las *jacanas* caminaban con paso etéreo sobre las alfombras de musgo y el cielo se poblaba de chillidos de

cormoranes. La mañana era una fiesta para los sentidos, y Rosa sólo pensaba en su hija, en su necesidad de aferrarla contra su pecho. Iriarte remaba, incansable, clavando la pértiga en el lecho del canal cuando la madeja de raíces impedía el avance. De pie sobre la cubierta, la frente alta y la vista en el infinito, parecía un corsario buscando un sitio donde recalar para ocultarse. Rosa le lanzaba miradas furtivas, suponiendo que él se había olvidado de su presencia. Nada más alejado de la realidad. Rete estaba tan consciente de Rosa como del sol que ardía sobre sus cabezas. Aquella hembra se le había metido bien adentro y eso despertaba en él un ansia de posesión que lo asustaba. Desde que llegó a tierra americana se las había arreglado solo, y así pretendía seguir, hasta que conoció a Rosa. Al principio la veía en el pueblo, cuando los Garmendia aún vivían en la casa familiar. A cierta distancia, sin que ella se aperciese, admiraba su grácil figura y su altivez española. Más tarde, cuando Bautista se mudó al recodo en la ribera, se las ingenió para pasar de tanto en tanto, con el pretexto de intercambiar productos o buscar noticias. La primera que obtuvo fue la gravidez de Rosa. Los chismes circulaban rápido y supo que un soldado de paso la había desgraciado. Con paciencia aguardó el nacimiento de Violeta y envió con disimulo a sus informantes cuando se le hizo imposible la visita. Así, pudo saber que Rosa no abandonó a su hijita, que la cuidó con amor sin ceder a la tentación de buscar un pecho varonil donde cobijarse. Sola con su hermano, se las apañó para criar a la niña. Le gustó ese coraje, y empezó a pensar en quedarse con las dos. En su mente tiránica, aquella decisión era inobjetable. Jamás se le cruzó la idea de solicitar el permiso de Bautista, ni siquiera el de la misma Rosa. El secuestro de la mujer deseada le dio la oportunidad de poner en práctica lo que llevaba dispuesto desde hacía tiempo.

Ya había hecho el primer movimiento.

—Mira —le dijo de pronto, y señaló para ella un ave de gran tamaño que levantó majestuoso vuelo sobre un montecito de palmeras—, una cigüeña.

Rosa contempló el níveo ejemplar, de largo cuello festoneado de negro y rojo.

—Es el *jabiru* —lo corrigió.

Rete sonrió. La había obligado a dejar de lado sus preocupaciones por un

momento.

—Ten —la instó a beber de su cantimplora.

Rosa obedeció, algo cohibida bajo la mirada penetrante del hombre. Rete Iriarte siempre la ponía nerviosa, parecía desnudarla cuando la observaba. Y al fin, eso era lo que había hecho la otra noche.

—Pronto arribaremos a mi hacienda, y allí podrás descansar. ¿Tienes frío?

Ella denegó, temerosa de mostrarse descortés, y al mismo tiempo se arrebujó más en el poncho que aquel hombre le había prestado.

—Maldita sea, Rosa. ¿Tienes frío o no?

La mujer se encogió ante el exabrupto, y Rete murmuró algo en euskera. Dejó el remo tendido sobre la barca y se inclinó sobre ella.

—Mírame, Rosa. ¡Mírame!

Los ojos almendrados lo contemplaron con temor. Rete la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo de frente.

—Eres una mujer hecha y derecha, no una niña. Y yo soy un hombre. Hemos dormido juntos, conozco tu intimidad como conoces la mía. Entre nosotros no caben los remilgos, así que te exijo que digas lo que te viene en ganas, aunque sea un insulto. ¿Entendiste? Insúltame, Rosa —agregó, al ver que el recelo aún no había desaparecido de su mirada—. ¡Insúltame, te lo ordeno!

¿Se habría vuelto loco? ¿Sería un hombre despiadado? Rosa no entendía que pudiera mostrarse tan duro con ella cuando había sido suave y tierno horas antes. Sin embargo, aquellos ojos oblicuos no daban tregua, de modo que balbuceó algo que a Rete le resultó ininteligible.

—¿Qué dices, mujer? No te oigo.

Rosa repitió la palabra, medrosa:

—Suélteme.

—Nada de eso. Quiero que me insultes, que me digas en la cara que soy un bruto, un salvaje, un aprovechado.

Y al ver que ella negaba con espanto, la acicateó aún más:

—Dime que soy una bestia.

—No quiero.

—¿Por qué, Rosa, por qué no quieres?

—¡No quiero!

—¿Acaso no te gustó que te besara, te acariciara, te poseyera como lo hice? ¿Te gustó, sí o no?

—¡Basta! Déjeme.

—Dilo.

—¡No!

—Yo te diré por qué no quieres, Rosa —y la mantuvo sujeta por la barbilla para que ella no pudiese esquivarlo—. No quieres decirlo porque no es lo que sientes, ¿verdad? Te gustó que te hiciera mía, gozaste con ello, y ahora temes reconocerlo, porque en tu corazón vuelven los recuerdos amargos del hombre que te desvirgó sin hacerse cargo de ti y de tu niña. ¿No es así, Rosa? Odias a ese hombre. ¿O me equivoco?

La pobre Rosa intentaba zafarse sin éxito, pues los dedos de Iriarte eran pinzas de hierro. En su rostro se pintaba la desesperación, al removerse los recuerdos duros de su vida. Él arremetió una vez más.

—Odias a ese soldado, pero él no pudo acabar con tus ansias de mujer, y eso es lo que te asusta, que todavía vibras bajo el tacto de un hombre. Temes a tu propia condición, Rosa, la que yo descubrí cuando te tomé anoche.

Las lágrimas brotaron de los dulces ojos oscuros, rodaron por las mejillas manchadas de tierra y humedecieron las manos del vasco, que seguía castigándola con sus palabras.

—Has vivido como media mujer, Rosa, pero eso se acabó. Si tuviste las agallas para criar a tu hija sola, sin padre, las tienes para hacer frente a un nuevo amor. No te pido que me ames todavía, sólo que seas mi hembra, que vivas en mi casa y me permitas mantenerlas, como si yo fuese el verdadero padre de Violeta.

Rosa estalló en llanto, reventó la angustia que durante tanto tiempo había acumulado, la pena, la vergüenza, y un impulso de rebeldía brotó de su pecho y llegó hasta sus labios:

—¡Mi hija es mía, sólo mía! ¡Y no soy ninguna puta!

Rete sonrió, satisfecho.

—Ésa es la Rosa que quiero, mi Rosa, la que mora en el fondo de tu ser.

Luego la abrazó, hasta que el llanto cesó de sacudir los hombros de la mujer. Le enjugó las lágrimas y besó sus ojos, sus mejillas, sus labios.

—Vamos —la alentó, mientras se ponía de pie y tomaba el remo de nuevo—. Ya falta poco y no veo la hora de mostrarte la belleza de El Aguapé.

Atravesaron una inmensa laguna, más encrespada y menos inquietante que la del Diamante, e Iriarte le dijo que al llegar a la otra orilla verían los dominios que le pertenecían como dueño y señor.

Rosa no estaba preparada para la impresión que le causó la hacienda del vasco. Acostumbrada a las estancias correntinas, con su casa principal, dos o tres ranchos para los peones, los corrales pequeños para el rodeo y poco más que eso, El Aguapé se le antojó un lugar de ensueño. Los esteros lo rodeaban como una barrera protectora natural. Así aislada, la casa semejava una fortaleza, pese a su alegre color amarillo, su techo rojo y sus tinajas repletas de margaritas silvestres a lo largo de la galería. Dos toros tallados en madera flanqueaban el pórtico de entrada, a través del cual se veía un patio con aljibe. La Santa Rita crecía en roja profusión de flores, compitiendo con la delicadeza de los jazmines. Alrededor de la casa se alzaban otras dos, a cuál más bonita. Rosa supuso que se trataría de las viviendas del capataz y de los criados, y pensó que cualquiera de ellas era un palacio al lado del rancho que ellos poseían en la Punta del Tigre. Ambas estaban pintadas de celeste, y sus ventanas cuadradas desbordaban de pequeñas rosas amarillas. Los corrales eran gigantescos, sin duda Iriarte poseía muchas cabezas de ganado, no sólo para abastecerse sino para comerciar con él. Rosa pudo ver que en varios se estaban desarrollando las actividades típicas: la yerra, la doma y el aquerenciamiento, y que, más allá, las aspas de un molino giraban sin cesar, pues El Aguapé contaba con tahona «corriente y moliente». Un lejano brillo platinado denunciaba la existencia de los arrozales, en tanto que por doquier se alzaban muros que encerraban huertos repletos de árboles frutales. Y alrededor de todo aquel despliegue de producción, montes de ñandubay y de algarrobos alternaban sus troncos rugosos con la copa rosada de los lapachos.

Rete Iriarte contemplaba con orgullo aquel reino que había salido de sus manos laboriosas y su voluntad de hierro. Y también escudriñaba la

expresión de asombro de Rosa, con idéntica satisfacción. Descendieron en un pequeño muelle donde ya los aguardaban dos peones, dispuestos a recibir las órdenes de su patrón.

—Que venga Justina —dijo Rete, mientras tomaba a Rosa de la mano y les entregaba un fardo que acarreaba en el fondo de la barca.

Al cabo de una pendiente de tierra roja, arribaron al camino de piedras que llevaba a la casa principal. Allí, Rete Iriarte reinaba como un señor feudal, todos se le acercaban en actitud sumisa.

—¡Justina!

La mujer salió a su encuentro, secándose las manos en el delantal de lienzo.

—La señora necesita un baño caliente y ropa nueva, pues viene de un largo viaje. Ubícala en el cuarto pequeño que uso de despacho a veces.

Si a la dueña le pareció curiosa la orden, no lo dejó entrever, y con una sonrisa acompañó a Rosa, que volvía a sentirse intimidada entre tantos hombres que la observaban sin disimulo. Caminaron por la galería rebotante de flores hasta una puerta estrecha que daba al despacho del vasco. Era una habitación varonil, despojada y con pocos muebles revestidos de cuero. Sobre las paredes blanqueadas había algunos cuadros con bellas imágenes de lugares que Rosa jamás había visto.

—El cuarto de baño está al lado —le comentó Justina mientras acomodaba la manta sobre la cama con eficiencia de mujer acostumbrada a disponer en la casa—. El patrón instaló un sistema de tuberías, así que puede usar el agua con tranquilidad.

—No quiero causar molestias...

—Señora, es un placer atender a los invitados del patrón. ¿Trajo algún equipaje?

De pronto, Rosa reparó en lo inadecuado de presentarse así, como una paria, sólo con lo puesto, y no se le ocurrió ninguna excusa. Justina era una mujer sabia que se acomodaba a las situaciones con facilidad, así que no dejó que se sintiese abochornada.

—Mejor, así no hay que llamar a las chinitas para que trabajen. Son unas vagas —y le dirigió una sonrisa amplia que le achicó los ojos hasta formar

dos líneas—. Ya le hago traer una muda limpia y seca. Estos pagos están húmedos el día entero.

La conversación cotidiana, repleta de detalles domésticos, casi arrancó nuevas lágrimas a Rosa. ¡Hacía tanto que no gozaba de un bienestar semejante! Justina le entregó toallas, jabón de olor y un paño, junto con un peine de hueso y un frasquito de esencia perfumada para el cabello.

—Va a lucir bien bonito su pelo con esto —le aseguró.

Ya en la bañera de porcelana, Rosa se sintió como una reina, pues en el rancho del recodo no poseían tales lujos. Mientras su cuerpo se desentumecía, con el agua hasta el cuello, repasó en su mente los sucesos vividos: la captura, las miserias de la prisión, el miedo, y recordó a aquellas mujercitas que la visitaban en el Fuerte, llevándole pequeñeces que hicieran más soportable su cautiverio. Hasta habían intentado liberarla, si bien de manera torpe. Recordó la forma intempestiva en que Rete Iriarte se le apareció aquella noche. Ella había sentido temor y excitación al saberse en poder de aquel hombre al que tantas veces sorprendió mirándola. Él era impredecible, y sin embargo, en sus brazos se había sentido protegida.

Rete apareció en el cuarto de baño sin anunciarse. Rosa se encogió al verlo en el marco de la puerta. Se había cambiado de ropa y lucía imponente, aureolado de autoridad.

—¿Estás bien?

Rosa asintió, con los ojos bajos. El agua en torno a ella formaba arroyuelos de espuma que tapaban sus curvas. Esperaba que él no tuviese vista de lince, como Bautista.

—Justina me dijo que te estaba planchando un vestido. Si no es de tu talle, puede arreglártelo. Voy a ausentarme un par de días y quiero que te sientas a gusto, como si fueses la dueña de esta casa. Nada de modestia, Rosa, quiero que actúes como una reina, la reina de El Aguapé. ¿Entiendes?

—Pero mi hija...

—Yo me ocupo de todo.

La mujer se sintió de pronto desdichada, pues suponía que no bien llegasen, Iriarte propiciaría el encuentro con Violeta. Había soportado todo con la ilusión de ver por fin a su hija y no creía que pudiese aguantar más

tiempo sin ella. El vasco entendió su dilema y se acercó para consolarla, pero Rosa recordó que estaba desnuda bajo el agua perfumada y se sobresaltó. «Asustadiza como una corzuela», pensó él mientras observaba sus ojos agrandados. Aunque lo fastidiaba que ella conservase tanto pudor, también lo divertía incomodarla, sospechaba que éstos serían recuerdos gratos cuando compartiesen su vejez. Porque ése era el destino que le esperaba junto a Rosa, lo supo de repente. Sería la madre de sus hijos. Ambos venían con vástagos propios; tendrían por fin hijos que gozaran de ambos padres.

—Rosa, este viaje que haré tiene por finalidad buscar a Anselmo, pero te prometo pasar luego por la casa de la Loba, para recoger a tu hija.

—¡La Loba!

Rosa olvidó su desnudez y se incorporó en la bañera, dejando al descubierto sus senos. Rete no le había dicho con quién había dejado a Violeta, y ella supuso que sería alguien del poblado, hasta que Bautista volviese. ¿Cómo pudo confiarle la niña a un grupo de mujeres de mal vivir? La idea de que su Violeta aprendiese cosas indecentes, o que alguno de los hombres que las visitaban pudiese acercársele, le causó conmoción.

—Delia la cuidará, me lo aseguró antes de irme.

—¿Delia? —Rosa repetía, atontada, las palabras de Iriarte.

—Es una buena mujer, no hará nada malo a tu hija.

—¡Esa buena mujer se acuesta con todos los hombres! ¡Y mi hija es lo bastante grande como para comprenderlo! ¿Cómo pudiste dejarla a su cuidado?

—No tenía opción, si quería ir en tu busca. Violeta no podía venir conmigo, y con los paraguayos en la provincia, tampoco convenía viajar con ella hasta El Aguapé. En lo de la Loba no ocurrirá nada, las mujeres están al servicio de los hombres, no en guerra con ellos.

El crudo lenguaje despertó los demonios en Rosa. Además de escandalizarse por los razonamientos de Iriarte, le remordía saber que él tenía trato familiar con las mujeres de La Loba Roja, en especial con su dueña. Tan luego ella, que se había atrevido a proponerle trabajo como si fuese una...

—Espero entonces que tu querida Delia no ponga a Violeta a trabajar en su oficio como me lo propuso a mí —le dijo, envenenada por los celos.

Iriarte no comprendió del todo la alusión, aunque captó el enojo de Rosa con claridad, y percibió satisfecho que en gran medida se debía a cosas de mujer. Eso lo enardecía. Se inclinó junto a la bañera y hundió su brazo hasta encontrar la cadera de ella. Imposibilitada de esquivarlo, Rosa tuvo que soportar la caricia, si bien con los ojos en llamas le decía que no osara intentar nada, porque era capaz de matarlo.

—Creo que no hará falta pedirte que me maldigas, mi querida Rosa, ya aprendiste a hacerlo —y saltó justo a tiempo de eludir el manotazo cargado de agua que ella le propinó.

Lo último que Rosa escuchó fue la carcajada estentórea del vasco al abandonar la estancia.

Dragón gruñía mirando hacia el patio trasero. Alicia y Araceli, encargadas de la comida del día, resoplaron fastidiadas.

—Perro tonto —murmuró Araceli mientras revolvía un locro sencillo con la espátula de madera.

—Parece que ha visto algo —sugirió Alicia.

—Se le habrá aparecido un *póra* —se burló la otra, pues el patio se veía desierto.

El mastín insistió en su gruñido hasta que Alicia, más temerosa, decidió ir en busca de Delia, por si acaso. Los paraguayos no se habían presentado en el burdel hasta ese momento, así que vivían como si no hubiese ocurrido nunca la invasión a Corrientes. De todas formas, la guerra recién empezaba, sabían que no podían descuidarse. En su camino tropezó con Violeta.

—¿Adónde vas, *kyju*?

La habían bautizado «grillo» por su hábito de ir cantando todo el día, imitando trinos. La niña se había convertido en una especie de mascota para las cachorras, en especial para Lily, que le demostraba una devoción maternal inesperada.

—Al patio.

—Andá llamando a Delia, que tu perro está oliendo a alguien.

Violeta miró hacia donde Dragón seguía gruñendo, fija su mirada en el

infinito, y sin hacer caso de la recomendación de Alicia, se acercó al mastín. Era como un poni a su lado, y ella debía alzar el brazo para acariciarlo.

—Shhh... *kiriri*... —le susurró, conciliadora.

El perro se limitó a cesar el gruñido, sin dejar de observar un sitio preciso, en el que ninguna de las mujeres veía nada. La insistencia del animal tuvo su premio cuando se hizo visible la silueta de un hombre delgado y alto, vestido con ropas que le quedaban algo justas, y que se aproximaba con lentitud, más por hábito que por temor a ser mal recibido. Dragón, entonces, movió la cola y lanzó un ladrido que paralizó a todas, puesto que jamás lo habían escuchado ladrar. El recién venido se agachó, invitador, y Dragón se arrojó en sus brazos como si fuese un cachorrito faldero. Una escena sorprendente. Araceli no tardó en descubrir en el extraño al muchachito que acompañaba al vasco en su primera visita a La Loba Roja, cuando todavía pensaban que podía estar solicitando un servicio.

Manu era la fiel estampa de su padre, con veinte kilos menos y un aire todavía inocente, aunque aquel ceño podía fruncirse con idéntica fiereza. El mozo había crecido tan rápido, que la costurera no alcanzaba a alargarle los dobladillos cuando ya estaba otra vez escaso de ropas. El cabello largo, más tieso y oscuro que el de su padre, revelaba de manera sutil su sangre indígena por parte de madre. Nadie sabía de quién era hijo Manu, se sospechaba de alguna de las mujeres que servían en El Aguapé. Pocas había en la hacienda, sin embargo, fuera de Justina y alguna que otra mandadera. La estirpe vasca se le notaba en la fortaleza de sus músculos fibrosos y en cierta tosquedad que denotaba empecinamiento. Manu contaba con quince años. Hablaba muy poco, algo que su padre consideraba virtud, aunque en su caso se debía más bien a unas fiebres que sufrió de pequeño y que lo tuvieron al borde de la muerte. Como todos ignoraban esto, la manera hosca de Manu pasaba por peculiaridad de su carácter.

El joven se acercó a Violeta, sin reparar en las demás.

—Hola —le dijo.

—Hola, soy Violeta, de la Punta del Tigre.

—Ya sé.

Se quedó mirándola, embelesado por el color de aquellos ojos que

recordaban los lirios de agua, durante algunos segundos. A la niña no le pareció extraño que la mirara. Ella se tomó la libertad de hacerlo también, evaluando la altura de Manu y comparándola con la de Dragón.

—Te llega a la cintura —observó.

El joven puso la mano sobre la cabeza del perro, por toda respuesta. Parecía satisfecho ante el comentario. Luego levantó la vista y por primera vez pareció darse cuenta de que lo miraban. Alicia, que había estado a punto de salir corriendo en busca de Delia, se detuvo ante la confianza con que el perro saludó al joven; Araceli, en cambio, lo contemplaba con cierta avaricia. Estaba por verse a qué había llegado hasta allí.

—¿Buscas a alguien?

Se le acercó, contoneándose, segura del impacto que producía su belleza natural y felina. Manu le lanzó sólo un vistazo y volvió a Violeta.

—Vine a verte —agregó—. Me mandó mi padre.

—Tienes que hablar con Delia —insistió Araceli—. Ella es la dueña de este lugar. *Kyju* es sólo una niña.

Manu no parecía entender y Araceli se impacientó.

—¡Alicia! Anda a buscar a Delia, no vaya a ser que tengamos líos con esta chica, después de tantas molestias.

De todas las cachorras, la que menos simpatizaba con Violeta era Araceli, pues veía en la niña una belleza superior a la suya, y una posible competencia en el futuro. Si bien se trataba de una niñita, nadie sabía cuándo terminaría esa guerra ni qué consecuencias tendría, de manera que bien podía suceder que Violeta acabase quedándose para siempre en La Loba Roja. En ese caso, su destino sería inevitable.

Delia apareció a medio vestir, como solía encontrarse en esos días de bochornoso calor, y al toparse con Manu Iriarte, soltó un gemido.

—¡Válgame! ¿Qué le pasó a tu padre? ¿Está herido?

El mozo se sorprendió ante la angustia de la mujer. ¿Su padre herido? Ni siquiera se le pasaba por la cabeza, su padre era un algarrobo.

—No, señora, mi padre me manda cuidar de esta señorita —y señaló a Violeta.

—¿Cuidarla? ¡Pero si ya la cuidamos nosotras! Y tu padre lo sabe, si

hasta nos hizo jurar... —y dejó en suspenso la frase, pues no estaba segura de que el chico entendiese bien de qué había que preservar a la niña.

Manu estaba al tanto, sin embargo, y respondió con soltura:

—La madre de esta señorita está en El Aguapé, y mi padre me manda decir que está bien. Yo tengo que cuidarla hasta que él vuelva.

—¿Que vuelva de dónde?

Manu se encogió de hombros. Ésa era toda la información que le habían dado, y no necesitaba más.

—Bueno, conque ésas tenemos... —farfulló Delia, molesta por tener que compartir la responsabilidad de Violeta—. ¿Y qué vas a hacer, quedarte acá?

A las claras se evidenciaba que la sola idea le disgustaba.

—No. Voy y vengo.

La respuesta del muchacho agradó a Violeta.

—¿Vas a venir a verme todos los días? ¿Y me traerás noticias de mi mamá?

Manu centró toda su atención en ella, en la limpidez de su mirada violácea.

—Todos los días. Y que me muera si falto uno.

Ninguna de las mujeres sabía hasta qué punto aquella afirmación era un juramento inviolable para el mozo. Sólo la muerte podría impedir que cumplierse su promesa.

En un raptó de emoción y gratitud, la niña envolvió la cintura delgada de Manu y escondió el rostro entre los pliegues de su camisa. A su lado, Dragón jadeaba contento. Por fin las cosas se ordenaban en su universo canino. Delia contempló atónita la escena, mientras que Alicia corría a llamar a las otras muchachas para que viesan al nuevo adalid de Violeta. Amoscada, Araceli volvió a la cocinita de hierro, a revolver el loco.

En la laguna del Diamante, el *paje* José realizaba su labor de curandero luchando contra las fuerzas que reclamaban la vida de Anselmo. Después de la partida de Bautista, el negrito había caído en un profundo sopor del que no salía más que para balbucear incoherencias y sorber un poco del líquido que José le metía entre los labios. Tres lunas había durado el trance, y el cuarto día Anselmo amaneció con la expresión impávida, incapaz de contar lo

sucedido. El *paje* José tenía paciencia y no lo apuró. A él le tocaba interceder entre los espíritus y el hombre, y sabía que esas cosas llevaban tiempo.

Las creencias de José no estaban impregnadas de la influencia de las misiones, como ocurría con otras tribus guaraníes; en él vibraban las antiguas cuerdas de los ancestros, y ellas le decían que todavía les aguardaba la Tierra Sin Mal, la casa de *Ñande*, y en ese peregrinar aún les quedaban muchas lunas por vivir, hasta que por fin hallasen el *aguyje* y gozasen de la plenitud. Como chamán, José era el especialista en el camino, a él le tocaba recibir las instrucciones para recorrerlo; el problema residía en que su grupo había sido diezmado y no tenía a quiénes guiar. Por el momento debía rezar, cantar, danzar, los tres requisitos para elevar el espíritu. La aparente indolencia en que vivía el brujo del Diamante no era sino una mística profunda que lo mantenía ligado a los dioses. Un verdadero *paje* practicaba la abstinencia y tenía su propio canto, su *porai*, que lo llevaba al aislamiento y le permitía dominar las enfermedades de sus hermanos. Ese canto, que le había venido a José durante un sueño, era el arma más potente que poseía el hombre virtuoso en esta tierra de imperfecciones.

Por eso, el *paje* José cantaba, cada día, para que fluyese aquello que moraba en el interior del negrito, pues ya había succionado todo lo que podía y aún continuaba prisionero. El canto *paje* brotaba dulce, armonioso y puro de los labios del brujo, mientras los vapores de los cocimientos envolvían el lecho de Anselmo. Aquellas palabras remedaban el correr de las aguas en la tierra guaraní, su sonido burbujeante, cristalino. Era un *porai* de éxtasis y de agonía. Podía durar horas, hasta días, llevándolo al agotamiento emocional, y aún así, una expresión de beatitud se dibujaba en el rostro del cantor.

Anselmo permanecía mudo. Su mal era intenso, y José maliciaba que aquello tenía raíz del diablo. Había ensayado sus pociones más efectivas, sus danzas más propicias, y el mal persistía. No en vano preguntó aquel día a Bautista si el negro llevaba ropas. Él sabía bien que los que aparecían desnudos, sin conciencia de sí, habían sido poseídos.

Rete Iriarte irrumpió en la choza como era su estilo, de improvisado y sin hacer ruido. José lo aguardaba.

—Bienvenido.

El vasco se aproximó a la hamaca donde yacía Anselmo y contempló su rostro demudado, antes risueño, con un asomo de compasión. Todavía estaba por demostrarse lo que él sospechaba, no debía apresurarse.

—¿Qué le ha pasado?

El viejo achicó aún más sus ojos, como si se esforzase por pensar, y luego dijo:

—Un pasmo.

Iriarte sabía de las costumbres de los lugareños tanto como de las propias del país vasco, de modo que entendía los preliminares del *paje* José. Se apoltronó sobre una lona que cubría parte del suelo de tierra y extendió sus brazos bajo la cabeza, mientras observaba los pases mágicos del brujo.

—¿Cómo vino hasta acá en ese estado?

—Lo trajo Bautista Garmendia.

Rete imaginó que Bautista, después de verse liberado, habría retomado el camino hacia su casa y se topó con Anselmo, quién sabía en qué condiciones. Quedaba la posibilidad de interrogar al hombre del río, aunque era amigo del negro y no lo delataría.

—¿Cuánto hace?

José miró hacia lo alto, como contando lunas, y murmuró:

—*Ára ite...*

—Hace mucho, pero ¿cuánto? —insistió el vasco.

La mirada gris del anciano se perdió en la lejanía que entraba por la boca de la choza. Los silencios del *paje* eran incommovibles. Iriarte sabía que no lo sacaría de su mutismo si él no quería contestar. Y lo alarmaba el aspecto de Anselmo. Si lo hubiesen atacado para sonsacarle información, cabía que estuviese malherido y hasta conmocionado; no obstante, las pupilas vacuas, la mandíbula caída y la piel macilenta no se explicaban. Además, los esfuerzos del brujo eran auténticos, Iriarte lo advertía. Su antiguo peón sufría de un mal muy grave, de raíz desconocida.

José comenzó a murmurar cosas ininteligibles. El murmullo iba en aumento, convirtiéndose en un zumbido que pronto llenó los rincones de la choza y aturdió a Iriarte. Parecía que hablaba en lenguas, sin tener conciencia de lo que decía, pues se le secaba la garganta ante tanta locuacidad, y

entonces interrumpía para beber de un chifle que conservaba a su lado. Rete Iriarte se armó de paciencia para soportar el ritual. Sacó de su faltriquera un papel y lió un cigarro fino que encendió en el mechero aromatizado. El humo del puro se mezcló con el del incienso y todo el recinto se disolvió en una densa niebla. La hamaca que contenía el cuerpo flaco de Anselmo se mecía con suavidad, como si una mano invisible la empujara. A pesar de encontrarse inmunizado ante la magia de los pueblos nativos, Rete no pudo evitar interesarse en lo que veía.

José no era un indio acristianado, nada en él evocaba la influencia jesuita, sus ritos se hallaban en estado puro, intactos. De todos los grupos que formaron la diáspora guaraní después de la expulsión de los misioneros en el siglo dieciocho, los *mbya* eran casi los únicos que conservaban los rasgos primitivos. Sólo la lengua los unía a los demás *tupí guaraníes*, por eso Rete experimentó la sensación de viajar en el tiempo, llevado por el ritmo de las maracas y la letanía musical. Aquel sonido, por momentos idéntico al de la víbora de cascabel, estremeció al vasco. Al cabo de dos horas, Anselmo sufrió una convulsión. Iriarte se puso de pie, horrorizado por la manera en que los ojos del negro daban vuelta en sus órbitas y el color negruzco de su lengua, que colgaba larga hacia un costado. José no se inmutó y continuó su monótono rezo.

Era cosa sabida que toda enfermedad nacía de algún objeto o espíritu que se colaba en el cuerpo del paciente, de modo que la magia del *paje* se concentraba en hacerlo salir. Por fin, cuando ya parecía que el pobre Anselmo no podría resistir otro ataque, soltó un aullido espeluznante que se prolongó durante varios segundos y erizó el vello de la nuca del hacendado de los esteros. Si su peón sobrevivía a esto, no moriría jamás.

El enfermo quedó exánime, apenas un montón de huesos sobre la hamaca, pero el brujo ostentaba una expresión triunfal.

—¿Vivirá? —se atrevió a preguntar Rete.

—No era su momento.

—¿Qué ha sido?

José miró de frente a Iriarte con ojos que de pronto no parecían ni arrugados ni acuosos, y respondió con crudeza:

—El *luisón*.

—¿Cómo?

—Ya lo dije. Por ahora no volverá, pero no hay que descuidarse.

El *paje* se entretuvo en acomodar sus trastos, como quien ordena su casa luego de una fiesta, sin prestar más atención a Iriarte ni al mismo Anselmo, que dormía en paz por vez primera. El vasco contemplaba sin entender del todo, aunque sabía que el brujo le acababa de confirmar que Anselmo se convertía en lobo, según la antigua leyenda que los españoles habían traído siglos atrás. Claro que él no podía creer eso, por más que hubiese visto rasgos bestiales en el negrito durante su crisis. Tampoco podía dar crédito a las pisadas que José le mostró en el exterior de la choza, marcadas con claridad en la tierra gredosa. El pobre peón debió de caer preso de unas fiebres de los pantanos, tan frecuentes en esas épocas lluviosas, si bien él nunca había visto semejantes síntomas.

Al fin, lo que le preocupaba era lo que Anselmo había hecho antes de caer enfermo, y esperaba que el brujo le asegurara su recuperación.

—Quiero hablar con él cuando despierte —le dijo, con su habitual tono autoritario. José no se dejaba amilanar.

—Será cuando en lo Alto se decida.

—En ese caso, me quedaré a velarle el sueño, por si despierta en medio de la noche.

José se encogió de hombros y se aprestó a dormir también, que bien ganado lo tenía, después del trance vivido en pos de la curación del negro.

Las sombras cayeron sobre la choza de la laguna y reinó el silencio propio de los esteros, arrullado por los gritos de las aves zancudas que se amontonaban en sus nidales, y el croar de las ranas.

A la medianoche, cuando los ensordecedores ronquidos de los hombres colmaban la choza, Anselmo se incorporó y, haciendo acopio de sus pocas fuerzas, se inclinó para observar quiénes lo rodeaban. La figura del *paje* José no le sorprendió; durante sus estados de alienación lo había identificado una vez, pero al ver el rostro enjuto del hacendado vasco, casi perdió el color de nuevo. Saltó de su hamaca y echó a correr sin rumbo. La noche se lo tragó y no quedaron rastros.

No muy lejos de allí, una mujer solitaria miraba las aguas relucientes bajo la luna. La brisa llevaba el perfume del irupé, despertando sus sentidos. Rosa se hundía en un torbellino de pasiones. ¿Estaba enamorada? ¿Era eso correcto, siendo madre de la hija de otro hombre? ¿Bautista estaría de acuerdo? ¿Y dónde estaba él? ¿Sabría de lo ocurrido aquella mañana trágica en el huerto? Y lo más importante: ¿qué le diría a Violeta? La niña se había criado con su tío como padre, aunque sabía que no lo era, y Rosa temía que hubiese un conflicto si aceptaba la propuesta de Rete Iriarte.

En el fondo de su ser, no se sentía merecedora del título de Reina de las Aguas que el hacendado le había otorgado.

Capítulo 15

Juguetes del destino

El castigo que el sargento Mendoza le aplicó a Bautista consistió en una guardia sin relevos y la supresión del dinero que a diario recibían para vicios de entretenimiento.

Mucho más no podía hacerle, tomando en cuenta que necesitaba a todos sus hombres en esos días, en especial a uno como Garmendia, fuerte como el ñandubay. La disciplina era crucial en aquella campaña, donde los sufrimientos y los enconos podían echar por tierra las estrategias bien planeadas. Confiaba en que Bautista no reincidiera, si bien entendía que la falta estaba ligada a la señorita que lo acompañaba desde Itapirú.

Muriel, por su parte, había quedado librada a sus propios medios. Las mujeres que los soldados se procuraban eran sostenidas por ellos, les brindaban alimento, ropas, y parte de la soldada que recibían de sus superiores. El ejército no mantenía concubinas.

—¿Podrías decirme dónde acostumbran a lavarse? —le preguntó Muriel a una moza que le pareció más abordable que los otros esperpentos.

La muchacha se sorprendió ante el tono educado de aquella ramera, y pese a los andrajos, notó la calidad de la tela de su vestido. Algo cohibida, le señaló un claro con una laguna estancada donde solían reunirse a lavar las ropas. Hacia allá fue Muriel, intentando demostrar soltura y no reparar en las miradas lascivas de los soldados.

Había cinco mujeres parloteando y fregando en aquel sitio. Una de ellas era la comehombres que les salió al paso el primer día. Muriel se arrodilló

como las demás, al borde del agua, y sumergió sus prendas íntimas para lavarlas con el jabón que llevaba en su alforja. Trató de disimular, pues advirtió que las otras frotaban con arena, y ella no quería compartir aquel precioso jabón con nadie.

—Miren a quién tenemos, a la doncella del bosque, la putita del Paraguay.

Carmela vio su oportunidad de vengarse también en ella. Las mujeres nada sabían de la relación con Bautista, de modo que miraron a Muriel con curiosidad y algo de admiración.

—Espero que tu hombre te haga cantar los secretos de la tropa, así por lo menos servirás para que los nuestros ganen las batallas. Garmendia es muy bueno en eso de hacer cantar, aunque a mí me sacó otra letra...

Las carcajadas celebraron la grosería; Muriel continuó fregando, impertérrita. Lo peor que podía sucederle a Carmela era que la ignoraran, bastante tenía con el desprecio del sargento Mendoza, que todavía no había logrado tragar.

—¡Eh! Te estoy hablando, piragüita. ¿O es que estás sorda?

—La niña es de buena cuna, parece... —comentó otra, adulando a Carmela—. No habla con cualquiera.

—Ah, pero nosotras no somos cualquiera, somos las que mantenemos en alto la moral de los soldados, ¿no es cierto? Igual que ella, aunque hoy se haya quedado sin sustento. ¿O no le causaste ese castigo al pobre de Bautista? Hay mujeres que traen desgracias, y se me hace que sos de ésas.

Muriel sacudió las prendas y las metió en el zurrón que llevaba atado a la cintura. Luego, levantó su rostro sereno, con premeditada parsimonia.

—No sabía que me hablabas, como ni siquiera nos hemos presentado...

Todas se quedaron cortadas por los aires de superioridad de la nueva.

—Acá no hacen falta presentaciones —soltó Carmela, rascada—, pues de noche nuestros amantes no nos preguntan los nombres.

Nuevas risas. Muriel se incorporó, dispuesta a alejarse de aquella ronda de brujas.

—Entonces me reservo el mío. Con permiso...

Carmela enrojeció de furia al sentirse despreciada, y de un salto se

interpuso entre la joven y el camino.

—No te hagas la alzada, que allá, en el campamento enemigo, debiste de ser la más famosa de las zorras —y la empujó, provocadora.

Muriel la esquivó y mientras avanzaba, le espetó:

—Mejor zorra que kure kuña.

Al verse llamada «hembra del cerdo», Carmela explotó. Su brazo lanzó un puñetazo que le dio a Muriel en pleno pecho, tumbándola contra un tronco que le clavó sus astillas en la espalda. No acababa de reponerse del golpe, que la otra arremetía de nuevo, con la cabeza baja como un toro y los puños apretados. Muriel se hizo a un lado y Carmela casi se estrella contra el tronco. Enardecida y alentada por las compañeras, capturó a la joven paraguaya por las mechas, tirando de ella hacia atrás. Muriel sintió brotar lágrimas ante el dolor, y se mordió la lengua para no gritar y darle gusto a aquella bestia. Fue arrastrada un trecho por la tierra de ese modo, hasta que consiguió atrapar el pie de Carmela y hacerla trastabillar. En la trifulca, sus ropas cayeron y con ellas el preciado jabón.

—¡Miren! —gritó una—. La piragüita tiene privilegios, lava su ropa con jabón fino.

Todas se abalanzaron, intentando hacerse con el pequeño tesoro, incluida Carmela, que creía tener más derecho por habérselo ganado a golpes. Muriel aprovechó la distracción para huir mientras recogía sus ropas, otra vez sucias de tierra.

Corrió sin mirar, anegados sus ojos en lágrimas de humillación, y por eso no vio al soldado que cruzaba la huella roja. El hombre la detuvo cuando estaba a punto de chocar con él.

—Pero bueno, qué sorpresas esconde el monte... ¿Adónde va la chinita linda? ¿Acaso vio un *póra* que la asustó? Venga conmigo, que le curo el espanto —y tiraba de ella, como lo había hecho Carmela, con la aviesa intención de esconderse entre los matorrales.

Muriel pateó y chilló con todas sus fuerzas, ya menoscabadas por el anterior enfrentamiento. El soldado encontraba gracioso el intento y la sujetaba lejos de él, para observarla mejor.

—Qué guainita linda sos, vení para acá, *kuñami*, no te había visto antes.

Alguien tomó al recluta por el cuello y lo lanzó lejos; la misma mano ruda ayudó a Muriel a enderezarse y enjugó sus lágrimas con ternura.

—La acompaño hasta su carpa, señorita. Ya me hago cargo del zafado — y miró de soslayo al mozo que se sacudía, aturdido.

René Salazar, siempre prolijo y atento, llevó a la desconsolada Muriel hasta la tienda que compartía con Bautista y allí le entregó el morral, dejándole una recomendación:

—No salga por hoy, señorita. Usted parece una *kuñakarai* demasiado buena para este campo. Espere a Bautista Garmendia, que no tardará en volver.

Muriel siguió su consejo y se mantuvo dentro de la tienda. Cuando la noche enfrió la humedad y ante la falta de comida caliente, comenzó a tiritar. Se sentía desdichada. Comprendía que, cuando lloraba por estar casada con el coronel, aún no conocía las profundidades del sufrimiento. Aquel campo sembrado de aguas traicioneras, plagado de soldados desconocidos y mujeres mugrientas, era un infierno mayor que el que vivía en la mansión Vallejo Flores. Cuando estuvo en el campamento del mariscal, ignoraba las privaciones del recluta común, pues formaba parte de la corte de Madame, que ostentaba lujos versallescós en medio de la peste y el hambre de los soldados. La guerra no era una maraña de estrategias, ni el retumbar de los cañones; era la fiebre, los mosquitos, el barro de los pantanos y las bajezas de los hombres obligados a vivir en promiscuidad en un terreno desconocido.

Comenzó a llorar y a hipar, a causa del estómago vacío. Su fogata la encendió un soldadito joven que la miraba con adoración y entendió que ella jamás lo lograría. Le había dado las gracias con sequedad, por miedo a que malinterpretara su disposición. El gato escaldado no se acercaba al fuego otra vez. A la medianoche, cuando el sueño y el cansancio la vencieron, agotada de llorar y aterida de frío, se arrastró hacia el interior de la tienda y se echó boca abajo, resuelta a morir si debía pasar otro día en esas condiciones.

A esa hora regresó Bautista.

Más hurraño que de costumbre, al ver apagada la fogata temió que la paraguayita hubiese escapado con otro hombre. Entró a la tienda con brusquedad y casi cayó sobre ella, que dormía atravesada sobre la lona.

Durante su guardia le había resultado imposible encomendarle a nadie que se ocupase de Muriel, y tampoco sabía en quién confiar, como no fuesen Severino o el gaucho Antonio. La joven era veleidosa y capaz de echarse en brazos de cualquiera que le ofreciese mejor pasar. Hasta los oficiales hubiesen caído bajo su embrujo, estaba seguro. Y él no quería cedérsela a nadie, al menos hasta que la hubiese tomado unas cuantas veces.

Allí estaba, una piltrafa dormida en la oscuridad, envuelta en trapos y con la cara manchada... de lágrimas. Frunció el ceño y buscó con la mirada alguna señal que justificase el llanto. La tienda se hallaba en el límite de la acampada y más allá, estaba la hilera de guardias armados que custodiaban el sueño. A él lo habían enviado del otro lado, para alejarlo de la razón que lo había llevado a incumplir la orden de no trasponer las fronteras seguras del campamento. Se lamentaba de no haberle procurado algún sustento. En su fuero interno, mientras marchaba a cumplir su castigo, deseó que ella también tuviese que pagar de alguna manera, ya que por su culpa se había aventurado en lugar prohibido. El río era el camino por donde el enemigo atacaba, muchas veces oculto bajo los camalotes que pasaban, aguantando la respiración hasta que las sombras indicaban que había alguien en la orilla; entonces, con el instinto afilado por los hábitos, los soldados paraguayos se arrojaban sobre la presa y la degollaban. Había sido imprudente al acercarse al río con la paraguayita. ¿O sería otra trampa de la desvergonzada? Ella debía de conocer bien las costumbres de la tropa de su país. Bautista la miró con encono. La creía muy capaz de tenderle esa treta, sólo por verlo caer bajo sus narices.

Muriel soltó un pequeño ronquido y se volvió boca arriba. Dormía como si no estuviese sola en un campamento enemigo, rodeada de hombres y muerta de hambre. Bautista reparó entonces en un rasguño en su mejilla y luego, en un hematoma que asomaba a través del escote del vestido ruinoso. Se había golpeado. ¿Con qué? ¿O quién...? Una furia repentina lo sacudió al pensar que alguno podía haber intentado forzarla. Aun si ella lo había seducido, le haría pagar al que hubiese osado tomar lo que le pertenecía desde que la rescató del baúl.

—Muriel.

El nombre rozó el rostro magullado de la joven. Ella no reaccionó, sin embargo, hasta que Bautista la tocó con suavidad. Abrió los ojos, y por un momento no pareció reconocerlo; luego, se incorporó de un salto y se ovilló contra la pared remendada de la carpa. Temblaba.

—¿Qué ha pasado?

A medida que la voz le decía que aquel intruso era Bautista, Muriel fue retomando confianza. Él insistía.

—¿Qué ocurrió, por qué estás lastimada?

Ella se mantenía callada, lo que desesperó al hombre.

—Lamento no haber podido mandar alimento —comenzó diciendo, con la intención de tranquilizarla para que le contase lo sucedido—, pero me enviaron lejos, y de aquel lado no conozco a nadie. Ahora traje algo, mira — y sacó de su chaqueta un papel encerado que contenía una ración escuálida.

Era la que le habían asignado a él.

—Come y te sentirás mejor.

Muriel no pudo evitar que dos lagrimones rodaran por sus mejillas. Bautista pareció anonadado.

—¿Qué pasó, qué te hicieron? ¡Tienes que decírmelo, o te lo haré decir a la fuerza!

La estrategia no era la mejor, pero dadas las condiciones de debilidad de la joven, surtió efecto.

—¡Me dejó sola, a merced de las fieras del batallón!

Si había algo que podía desencadenar la ira de Bautista, era lo que aquella frase encerraba. Se alzó como un gallo de riña, tomó a Muriel de los brazos y la llevó con él fuera de la tienda, levantándola y sacudiéndola como a una pluma.

—¿Quién fue? ¡Dame nombres, señas, algo! ¡Quiénes fueron, que los ahorcaré ahora mismo!

Cuando pudo detener el castañeteo de sus dientes, la muchacha articuló:

—L... las... m... mujeres...

Bautista quedó petrificado, con ella alzada a tres palmos del piso.

—¿Las mujeres?

De inmediato comprendió lo sucedido. Carmela, que se había vengado de

su desplante denunciándolos ante Mendoza, habría querido cobrarse la deuda con Muriel, cuando la vio sola. Qué podía esperarse de una montielera... Ya le sobaría el cuero cuando la viese, aunque lo tranquilizó saber que no había ocurrido lo que él tanto temía.

—Bájeme.

Una vez en el suelo, Muriel se soltó del apretón y le espetó a Bautista el insulto que le tenía reservado desde que él la hizo prisionera:

—*Kurepi*.

Así llamaban los paraguayos a los argentinos: «Piel de chanco». Bautista ignoraba el motivo, pues Anselmo siempre reía cuando le preguntaba. Le causó gracia, y también nostalgia por el negrito, escucharlo de boca de aquella zorra.

—Algo habrá hecho para que las mujeres la ataquen, seguro que se pavoneó como una grulla —le dijo, adoptando el trato formal con ella.

—¿Sabe qué fue lo que hice? ¡Quise lavar mi ropa mugrienta, pues en este miserable campamento no tengo dónde adecentarme! Y esas... espantosas mujeres me quitaron mi jabón.

El llanto que siguió a la confesión sumió a Bautista en una mezcla de alivio y pena. Muriel se veía agotada e infeliz, y aunque fuese una enemiga, era ante todo una mujer. Él, que vivía entre ellas, conocía los estados de ánimo femeninos, de modo que no despreció sus lágrimas. Con cautela, ya que ella todavía tenía sus garras, le pasó un brazo sobre los hombros, confortándola.

—Yo le voy a conseguir otro. Acá en el campamento hay tiendas donde venden de todo, hasta lotería tenemos, no se preocupe por eso. Quizá no sea un jabón tan fino, pero tendrá uno para usted sola. Y yo me encargo de buscarle una mujer que la acompañe a bañarse adonde van las otras, una que sea buena y no como Carmela.

Muriel lo miró con rabia.

—¿La conoce?

Bautista se sintió desarmado.

—Bueno, acá todos la conocen.

—Ya me imagino —contestó con sorna ella.

Él no deseaba pelear, sino consolarla, de modo que no respondió a la pulla y continuó ofreciéndole el olivo.

—Vamos, coma su ración. Voy a calentarla un poco. ¿Por qué dejó que se apagase el fuego? Las noches son húmedas.

Muriel se encogió de hombros.

—Nunca lo encendí. Me ayudó un soldado.

Bautista reprimió una oleada de celos. Avivó la hoguera y calentó sobre las brasas la porción de carne que había traído para ella. La contempló mientras la devoraba y lo remordió el arrepentimiento por haberla abandonado a su suerte. Después de todo, ella estaba a su cargo, era su soldadera.

—Acuéstese y duerma —ordenó, ceñudo—. Mañana amanecerá repuesta. Y veré de buscarle el modo de que se lave y se sienta mejor.

Él se acostó afuera de la tienda, custodiando la entrada como la primera vez, más por temor a que ella huyese que a que alguien entrase. Aunque estaba hambriento, el sueño lo venció pronto, pues la guardia sin relevos lo había agotado.

Al día siguiente cumplió con su promesa, y antes de que Muriel despertase, fue en busca de Severino. Le confió que necesitaba una especie de dueña que protegiese a Muriel, y le contó el suceso con las mujeres de la tropa. Severino, que estaba al tanto también del ataque del soldado, pues el teniente Salazar se lo había contado, estuvo de acuerdo y le indicó acudir a Dorotea Barrios, una veterana que había estado en las guerras del litoral y que, según él sabía, hasta podía resultar paraguaya también. Así lo hizo Bautista, pues no tenía a quién recurrir.

Dorotea oficiaba de cocinera más que de prostituta, si bien lo había sido en los años mozos. A ella acudían las mujeres en procura de consejo y de remedios, ya que conocía las propiedades curativas de las hierbas y sus modos de aplicación. No le hacía ascos a la sangre ni se le movía un pelo cuando había que acompañar al médico de campaña para amputar una pierna o un brazo. Se decía que hasta los oficiales pedían que ella estuviese presente cuando se sometían a alguna curación, tanta fe le tenían. Se conservaba atractiva en su madurez, lo suficiente como para atraer la mirada de más de

uno.

Bautista la encontró fregando los cacharros donde prepararía el guiso de ese día.

—Buenas, doña.

—Qué se le ofrece, soldado.

Dando vueltas sobre sus palabras, Bautista le explicó su dilema, que no se reducía a la cuestión del aseo personal de Muriel, él se preocupaba también por la suerte de la joven cuando marchase al frente, puesto que nada le garantizaba la victoria, ni tampoco el regreso. Dorotea, que de tonta no tenía un pelo, captó de inmediato el interés de aquel fornido mozo y supo, antes que el propio Bautista, que él se estaba enamoriscando de la muchacha a la que pretendía ayudar. Como era curiosa y le gustaba saberse indispensable, prometió que iría a ver a ese portento de hermosura cuando se desocupase. Bautista regresó, satisfecho, y le explicó a Muriel que esa tarde podría asearse a gusto en compañía de una señora respetable. Después de todo, la edad de Dorotea permitía soslayar la conducta que había tenido en su juventud.

—Quiero ver el fuego encendido cuando vuelva, y espero que no haya más reyertas.

Con esas palabras admonitorias, se marchó hacia donde sus superiores organizaban los batallones de avanzada para los días siguientes.

Muriel trabó amistad con Dorotea desde el primer momento. La mujer le recordaba la frescura de Dalila, aunque aderezada con la sapiencia que dan los años vividos con intensidad. Dorotea le dio un trozo de jabón, más tosco que el que ella tenía, y la acompañó al ojo de agua donde era permitido bañarse, pues las corrientes lo limpiaban y no se corría riesgo de contaminación. Muriel pudo lavarse a gusto hasta el cabello, que parecía de estopa por lo apelmazado, al cabo de tantos días sin cuidados. Lavó también el vestido roto y se puso el de repuesto que Dalila le había guardado. Dorotea se ofreció a remendarle el otro, mientras tanto. Cuando volvían, avistaron a lo lejos la figura de Carmela, que las observaba con expresión resentida; Dorotea le dirigió un gesto grosero que obligó a la otra a volver el rostro. Muriel sonrió, divertida con el desenfado de la mujer. Ya en el campamento, Dorotea la ayudó a acomodar los trastos y le enseñó cómo

encender el fuego y mantenerlo. Agradecida, Muriel rebuscó en su bolsa y le ofreció un brazalete de cuentas, el que había comprado aquel día en el Mercado Guazú.

—Gracias, m'hija, pero no hace falta. ¿Dónde lo viá lucir yo? —y rió con ganas—. Pa' no desairarla, me lo llevo. A ver si conquisto a algún milico de los que usan galones.

Festejó su propia chanza y luego se despidió de Muriel, que la contempló alejarse entre las tiendas, una figura pequeña, como de saltamontes, saludando a unos y a otros; al parecer, todos habían recurrido a ella en algún momento.

Bautista volvió y encontró el fuego listo y la tienda con aspecto limpio, al igual que la mujercita de la bahía, que olía a perfume. Llevaba un nuevo vestido, de color crema con ramilletes de flores violáceas. Ese color le trajo el recuerdo de su sobrina y sintió una oleada de tristeza. Colocó la carne sobre un espetón de ramas para que se dorara a las brasas. Por el momento, podían carnear animales; no sabían si seguirían teniendo esa suerte más adelante. Bautista no comentaba con Muriel los sucesos militares, ya que era una enemiga, sin embargo, ella se daba cuenta de que estaban yendo hacia el norte, y que el propósito era alcanzar la fortaleza de Humaitá, donde de seguro se habría replegado el ejército paraguayo. Como no podía hacer otra cosa que aceptar lo que sucedía, decidió enfocar su atención en el tema que desde hacía rato ocupaba su mente:

—Dice que se apellida Garmendia —comenzó.

—Así es.

—Bautista Garmendia.

—Sí, y usted es Muriel Núñez, si no mintió.

—Sólo estoy confirmando algo.

Bautista mordió un trozo de carne y la miró a través de la fogata, suspicaz.

—¿Quiere saber por qué no me mataron en aquel depósito de víveres?

Muriel le lanzó una mirada retadora.

—Si hubiese querido que muriera, una palabra mía habría bastado. Soy una dama de alcurnia, no lo olvide.

—Sí, claro, tiene razón —se burló él.

—Preguntaba por su apellido porque en Asunción hubo una mujer prisionera en el Fuerte...

De pronto, el gesto divertido de Bautista se tornó de piedra.

—¿Quién?

—Una mujer que dijo ser hermana de un tal Bautista Garmendia. Yo pensé que sería un modo de esconder a su amante, pero ella resultó ser Rosa Garmendia, y cuando supe de su parentesco con...

Bautista se abalanzó sobre Muriel y la tomó del cuello.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi hermana? ¿Qué le hicieron? —bramó.

Muriel se asustó ante el exabrupto y entendió que, en efecto, aquél era el hermano de Rosa. Se apresuró a tranquilizarlo.

—Nada, no le ocurrió nada. Un hombre la rescató de su prisión. A esta altura, debe de estar en su casa, esperándolo. ¿No tuvo noticias de ella?

Bautista quedó confundido. ¿Quién habría rescatado a Rosa? ¿Y ella estuvo en Asunción, al igual que él? Le parecía algo extraordinario. Muriel tuvo un asomo de piedad al ver su expresión y decidió no prolongar su agonía.

—Si me suelta, le contaré todo.

Él aflojó los dedos y Muriel se sentó de nuevo. Le había costado mucho verse limpia otra vez, no deseaba que la mugre volviese a cubrirla.

—Como le dije, aunque usted no me crea, soy una dama de clase y vivo en una gran casa en Asunción. Llegaron unas mujeres cautivas del país de abajo, y una entre ellas quedó detenida en el Fuerte. Fuimos a conocerla mi criada y yo, y trabamos relación. Es una señora muy hermosa y distinguida, de piel blanca y cabello oscuro. Le dije a mi criada que tenía manos de artista.

La descripción de Rosa casi le arrancó lágrimas a Bautista. ¡Su hermana! Estaba bien, aunque hubiese padecido la prisión en el Paraguay...

—¿Dónde está ahora, qué le ocurrió?

—Los soldados la mantuvieron detenida sin razón, cosa que me pareció reprobable. Yo la visitaba algunas veces y le llevaba cosas para su aseo, pues me daba pena que se sintiese sucia —Bautista entendió la necesidad de

aquella muchacha de lucir siempre hermosa.

—Una noche, un hombre temible entró a mi cuarto y me pidió señas del sitio donde lo ocultaban a usted, en el sótano. Al día siguiente usted había desaparecido y después, también Rosa. No hay duda de que los liberó ese hombre, usó el mismo método en ambos casos.

Muriel estaba satisfecha del impacto que la noticia producía en Bautista. A la luz del fuego, sus rasgos lucían tallados, rígidos en una mueca de incredulidad.

—¿Cómo era ese hombre?

—Mmm... iba encapuchado, pero pude ver sus ojos, que echaban fuego. Me pareció peligroso, si se atrevía a enfrentarse solo a los guardias.

Un hombre peligroso que iba solo. Rete Iriarte. No podía ser otro.

Bautista experimentó tal euforia ante la noticia, que estuvo tentado de abrazar a Muriel y agradecerle los padecimientos vividos.

—¿Es entonces su hermana?

—Lo es —asintió, conmovido—, y su secuestro me torturó todo este tiempo. Había solicitado permiso para ir en su busca, pero me lo negaron.

—Quédese tranquilo, ella estará bien. Ese hombre no dejará que le pase nada.

«Iriarte me salvó la vida», pensó Bautista, y sintió que sus ruegos a la Virgen habían sido escuchados. Él no se había detenido a pensar de qué modo milagroso había aparecido a bordo de la barca en el río, pues la lucha por la supervivencia y el hallazgo de Anselmo ocuparon toda su atención desde entonces. Ahora se develaba el misterio.

—Sepa también —siguió diciendo Muriel— que la razón de su secuestro no fue otra que su parentesco con doña Pancha Garmendia.

Y le relató en forma breve lo que supo de labios de la propia Pancha cuando los visitó en la casa. Bautista, que hacía mucho no sabía nada de la familia en el Paraguay, permaneció mudo de asombro ante la magnitud de los hechos. ¡Él, que había atribuido el secuestro a un maldito error! Entonces, la ira contra Francisco Solano López desfiguró su rostro. Tenía más motivos para ir en su contra durante esa guerra, si aquel hombre era capaz de secuestrar a mujeres inocentes para vengar una supuesta afrenta.

Se sintió vulnerado en su amor propio, en su confianza, y deseó que aquella joven supiese cuál sería su objetivo a partir de ese momento.

—No veo la hora de acabar con el tirano que sojuzga al Paraguay — exclamó, con voz vibrante de ira.

Muriel adoptó una expresión de orgullo.

—Está por verse que lo logre —lo desafió.

Bautista no necesitaba más para desahogar su frustración sobre la mujer de la bahía. Durante mucho tiempo se había negado el permiso para pensar en ella con libertad, y ahora la tenía enfrente, sola e indefensa, prisionera de sus armas y poseedora de un secreto que acababa de develarse. Ella había estado involucrada en las desdichas de su familia, de un modo oscuro que todavía no entendía.

Muriel Núñez era la causa de todo su infortunio.

—Ven acá —murmuró, pasando al tuteo de manera premonitoria.

Muriel soltó su porción de comida al escuchar el tono de Bautista. Un cosquilleo de excitación la recorrió entera, a la vez que cierto temor ante la rotundidad de la mirada del argentino. Él la paralizaba como lo hacía el *kabure* con sus presas, para poder devorarlas a gusto. Ella era una avecilla hipnotizada por los ojos nocturnos de la lechuza. Iba a devorarla, lo sabía. Y lo peor era que lo deseaba.

Bautista alargó un brazo y la capturó con facilidad, por encima del calor de la fogata. Con agilidad felina saltó el fuego y cayó sobre Muriel, protegiéndola de su peso con sus brazos, como aquella tarde en el río. Percibió el aroma cálido del perfume en su piel, la suavidad de los senos bajo su pecho, las concavidades de la mujer, que parecían encajar de modo perfecto en sus propias formas, y las recorrió con manos avariciosas, deseando atravesar las telas del vestido. Muriel se retorció, él no supo si para escapar o de placer. Tampoco le importaba, estaba decidido a tomarla. ¿Qué lo detenía, al fin y al cabo? Mujeres como ella frecuentaban a los hombres para eso, era su objetivo, al igual que para la tropa el objetivo era avanzar hasta acorralar a López. Deslizó su boca por el hueco del cuello, lamiéndolo, hasta detenerse en la comisura de los labios tiernos. Allí succionó con pasión, obteniendo una pequeña victoria al sentir que la lengua podía penetrar con

holgura. Muriel era una caja de sorpresas. Al tiempo que lo rechazaba con las manos, lo albergaba en su boca. Una contradicción excitante. Bautista empujó una y otra vez, abriéndose paso, gozando de la tibieza femenina, hasta que los besos fueron insuficientes para tanto ardor. Con las manos recogió la falda y hurgó entre las prendas interiores para encontrar el sitio que anhelaba. Allí detuvo la caricia, insistente, hasta que la humedad mojó sus dedos, erizándolo de pasión. Muriel estaba dispuesta. Dejó escapar un gruñido de satisfacción que alertó a la joven en su ensueño.

—Aquí no —musitó.

Él se dio cuenta de que había estado a punto de tomarla a la vista de todos, iluminado por el resplandor de la hoguera. A regañadientes se incorporó y la arrastró a la tienda. Aunque el lugar era escaso para tanto movimiento, se las arregló para tenderse sobre la lona húmeda, con la mujer que latía entre sus brazos. Muriel ahogaba los gemidos que las caricias le provocaban y las atajaba con sus manos, pese a que disfrutaba con ellas.

Era una señora casada, de apellido ilustre, y gozaba con los abrazos de un soldado raso que apenas conocía. En su fuero íntimo, aquella conducta se veía despreciable, y sin embargo, la felicidad colmaba sus sentidos al saberse así deseada, al verse correspondida con el mismo ardor que ella sentía. Un hombre a la par de sus fantasías. Lo había encontrado, al fin. Esperaba conocer la plenitud que sólo alcanzaba en soledad, saber cómo era unirse en la carne con un hombre de verdad. Pronto tuvo ese conocimiento. Bautista, en el colmo de la exaltación, ya la estaba penetrando, ciego ante todo lo que no fuese aquel cuerpo suave que se le ofrecía con cierto recato incomprensible. Entró en ella como una estocada, ahogando el grito de triunfo que su orgullo le exigía. Hasta el fondo, brutal e inexorable. Y se quedó petrificado.

Muriel se volvió una estatua de dolor. Bautista alcanzó a teparle la boca para evitar que los demás oyesen su quejido.

—Maldita *kuñatai pyahu*...

Muriel era virgen.

Bautista permaneció unos segundos quieto, asimilando la novedad, y luego, ante la imposibilidad de hacer nada al respecto, comenzó a moverse con cuidado, procurando no lastimar a la mentirosa que lo había embaucado

de manera tan vil. Al cabo de unos segundos, el ritmo de sus embestidas fue en aumento y arrastró a Muriel, que lo siguió en idéntica excitación, abriendo maravillados ojos ante las sensaciones que percibía.

La cima del placer los envolvió a ambos, en un crescendo magnífico, y se desplomaron, exhaustos, después de haber tocado el cielo con sus sentidos. Jadeantes, confusos, frustrados, todo a un tiempo.

Apenas salió de entre las piernas de la mujer, Bautista le enrostró su perfidia.

—¿De dónde sacaste que eras una mala hembra? ¡Mentiste!

Como si aquello no fuese virtud. Muriel todavía no articulaba palabra, tan encandilada había quedado con el paroxismo vivido. Por eso, a medida que las acusaciones del hombre fueron aclarándose en su mente, comenzó a barruntar su enojo.

—Yo no dije que lo fuera.

—Perra mentirosa.

—¡*Kurepi* asesino!

—Debería entregarte a los soldados, para que aprendas el oficio que tan bien sabes disimular.

Muriel le lanzó una bofetada que Bautista alcanzó a esquivar. Luego, él le capturó las manos, impidiéndole moverse.

—¿Quién eres, Muriel Núñez? ¿Es ése tu verdadero nombre?

—Ya te expliqué, soy una dama de Asunción. No quisiste creerlo, ahora es demasiado tarde.

En la respuesta, Bautista creyó advertir un lamento, antes que un reproche.

—Al contrario, ahora estoy a tiempo de hacerte mi amante. Y por Dios que lo serás, Muriel o como te llames. Por lo que dure esta guerra y tanto como yo lo desee.

Semejante soberbia escandalizó a Muriel, que no podía entender el abandono con que se había entregado a un hombre tan odioso.

—¡Antes muerta!

—No pronuncies la palabra en plena guerra.

—Te lo advierto, soy la esposa de un hombre importante.

Bautista soltó una sonora carcajada, sin cuidarse ya de los oídos de los demás.

—¿Es tan importante que no tuvo tiempo de desvirgar a su mujer?

Había dado en el clavo, sin saberlo. Aquélla era la pregunta que se formulaba Muriel cada día de su vida de casada. El coronel, tan galante y aguerrido, que la buscaba para disfrutar con la vista de su desnudez y algún toque, jamás se mostró decidido a tomarla como ese hombre lo había hecho, poniendo el alma y el cuerpo. No podía consultarle sobre eso, no era apropiado. Además, se sentía tonta por no saber qué ocurría. Prefirió jugar el rol de persona enigmática.

—Tenemos nuestros motivos.

Bautista sonrió con descaro.

—No me imagino cuáles, pero lo celebro. Así puedo tenerte toda para mí.

—¡Mi esposo te matará!

—Como dijiste antes, eso está por verse.

Y para demostrarle que estaba en lo cierto, la besó con frenesí, hundiendo la lengua hasta el fondo de su garganta. Ya estaba excitado de nuevo. Muriel se asustó ante el ataque, y otra vez mezcló ese temor con la alegría de vivir las sensaciones por tanto tiempo esperadas. Volvieron a unirse, como si no hubiesen intercambiado aquellos insultos, como si fuesen amantes desde siempre...

O como si las estrellas, tejiendo un destino inexorable, hubiesen decidido que iban a encontrarse una noche en tierra paraguaya, en medio de una guerra prolongada y con los corazones huérfanos de amor.

Capítulo 16

Una nueva intimidación

Campamento del Tuyutí, Paraguay, mayo de 1866

Si la guerra había trastornado la vida apacible de la provincia de Corrientes y movilizó las tropas nacionales, en el Paraguay estaba esquilmando la vida de la gente. Hombres de toda edad partían para engrosar los ejércitos, mientras que las mujeres, los niños y los ancianos cuidaban de las casas, cultivaban la tierra y hacían los trabajos que la patria les demandaba. Y cuando eso no bastaba, debían evacuar sus tierras para que el enemigo no los encontrara en ellas. A pie o en carretas, los paraguayos, como gitanos trashumantes, se desplazaban procurando poner distancia con el frente de batalla, que se corría a medida que los aliados avanzaban. Practicaban el método de «tierra quemada», incendiando los campos para que el enemigo no aprovechara nada de ellos. Sólo albergaban la esperanza de encontrar, cuando todo acabase, las pequeñas fortunas que enterraban en lugares secretos. La falta de los hijos mayores creaba un conflicto en esas familias acostumbradas a que los niños se cuidasen unos a otros, y las mujeres iban de aquí para allá con los críos pequeños colgando de sus faldas, asustados ante la angustia que percibían en el seno de los hogares. Así y todo, cada paraguayo daba gusto la vida si *Karai Guasu* se lo pedía, y muchas veces los aliados cargaban con lágrimas cuando veían a sus contrincantes, desastrosos y hambrientos, enfrentarse con un coraje endemoniado.

El campamento aliado de Tuyutí se extendía, indolente, como una inmensa ciudad de ranchos de totora, en cuyo interior se alzaban los catres «a

la Crimea», apenas varas de juncos tendidas sobre estacas de lapacho. Y había quienes tenían aún menos que eso, como era el caso de Bautista. La pequeñez de la tienda obligaba al soldado a dormir afuera, para mayor comodidad de Muriel. Claro que ella hubiese preferido conservarlo junto a su cuerpo, porque la sensación de abandono que experimentaba cada noche al verlo arrastrarse hacia el exterior, era terrible. Sentimientos como ése la perturbaban, pues no eran lícitos, y no veía cómo podía resolverse su situación en el futuro.

El avance del ejército aliado era lento y tedioso. Si bien se habían agenciado importantes victorias, la acción no iba acorde con esa ventaja, y tanto los soldados rasos como los oficiales debían improvisar actividades para entretenerse, pues el ejercicio militar no bastaba. ¡Algunos hasta criaban gallinas! Otros establecían quioscos donde vendían sus objetos. Había quienes acudían a las carpas vecinas con sus escritos para polemizar, o bien invitaban a sus camaradas a compartir la ranchada que armaban con los víveres que les llegaban por correo: dulce de leche o de zapallo, guisos criollos, jamones, vinos, todo preparado por las manos femeninas para los hombres de la patria. Esos banquetes eran muy apreciados, y Bautista, que no había recibido nunca nada, salvo aquella carta de la asistente parroquial, aceptaba las invitaciones, a fin de guardar algunos manjares para Muriel. La joven fingía que no le importaban, y los devoraba con avidez cuando se encontraba sola.

El sargento Mendoza solía masticar la rabia en voz baja, cuando tenía la oportunidad de desahogarse entre la oficialidad.

—Yo entiendo las dificultades del terreno —decía— y la indisciplina que campea en las fuerzas, pero... ¡Hay que avanzar a paso de vencedores, carajo! ¿O es que no lo somos?

—Hay que prever las emboscadas —decía un oficial de menor rango, tratando de hallar explicación a las demoras.

—¡Qué emboscadas! Si los estamos corriendo. ¿No ven que la guerra se tornó defensiva? Ya López perdió la escuadra y lo mejor de su ejército. ¡Es ahora o nunca!

Los otros callaron. Algo de razón tenía Mendoza. Hacía rato que

avanzaban por tierra paraguaya, librando luchas de caballería, o guerrilleando en escaramuzas que revelaban la huida del ejército hacia el norte. Apenas días atrás, habían rechazado un ataque en Estero Bellaco. Sin embargo, los mandos mayores no tomaban una iniciativa estratégica que acabase con todo de un golpe certero. Y las malas condiciones de la tropa ahondaban el descontento.

—Pa' mí que ahora López se manda a mudar. Estamos jugando nada más, el mariscal no tiene ejército.

—En mala hora ese Tamandaré los dejó pasar cuando se rindieron en Uruguayana. Razón tiene el Generalísimo en su descontento. ¿Qué clase de militar es el que no aprovecha la ocasión de caer sobre el enemigo? ¡Si la tenía regalada!

La acertada observación de Mendoza provocó nuevo respaldo. Aquella extraña situación no cabía en la cabeza de nadie. ¡La guerra casi podría haberse terminado!

La inacción de los brasileños fue nuevo motivo de encono por parte de argentinos y orientales.

Y en Tuyutí las horas transcurrían, muertas.

Las relaciones entre Bautista y Muriel oscilaban en un delicado equilibrio. Cada noche, él la tomaba en silencio, como si cumpliera un ritual sagrado, y ella lo acogía con pasión desatada. Ese intercambio no se reflejaba en el trato que se brindaban durante el día, siempre distantes y hasta enfrentados, muchas veces.

Bautista sufría doble remordimiento. Por un lado, haber matado le escocía el alma, y pese a que compartía con todos esa indignidad, no tenía consuelo. Había pisoteado la sangre de sus hermanos. Por otra parte, su concupiscencia con la paraguayita era un recordatorio de que no actuaba con sinceridad cuando condenaba a Rosa por su deslíz.

En cuanto a Muriel, cada noche gozaba del amor carnal que siempre había soñado, y cuando todo acababa, en su mente aparecían las razones por las que debería matar al argentino, en lugar de abrazarlo y devolverle sus besos. Una, la principal, era que ella tenía esposo, un coronel del ejército enemigo.

Ambos se torturaban durante el día, para olvidarlo todo y caer bajo el embrujo de sus amoríos durante la noche.

Pronto descubrió Muriel que en el campamento había también mujeres decentes, esposas e hijas de oficiales, y comenzó a alternar con ellas, procurando que su condición de dama superase el oprobio de ser la amante de un soldado. Mientras no lo supiesen, todo iría bien. Muchas eran brasileñas, y su hablar almibarado y sus modos ostentosos la disgustaban un poco, sobre todo sabiendo que la guerra en su país había empezado por problemas con el Imperio, pero su necesidad de compañía femenina era mucha, así que hizo de tripas corazón y trató de caer bien a todas. La mayoría no notaba que ella era paraguaya, pasaba por correntina, y Muriel no hacía nada para sacarlas de su error.

Esa tarde, se encontraba lavando sus ropas en compañía de dos mujeres jóvenes, y una de ellas le preguntó si acudiría al baile que darían en la noche.

—Lo organizan los imperiales, y habrá danzas y juegos. Mi padre me permite ir, ya que me corteja un coronel y es la única ocasión que tendremos de conversar.

La que hablaba era la hija de un comerciante que lucraba con la guerra y sin duda vería con buenos ojos la unión de su hija con un héroe militar. La otra, una brasileñita amulatada, de caderas voluptuosas y risa fácil, contestó que ella era materia dispuesta si se cumplía el rito de la baraja, ya que, de otra manera, se vería obligada a soportar el asedio de los argentinos y uruguayos, siempre impertinentes con las damas.

—¿Qué es eso de la baraja? —inquirió Muriel, intrigada.

—*¿Vocé não sabe?* Hay que bailar con el hombre que tiene la mitad del naipe que *vocé* posee.

—Sí —acotó la otra, una morocha de relucientes trenzas recogidas en bandó—. Y es muy divertido, siempre que no le toque un manflora, o un chupado de ésos...

Muriel entendía poco y nada, aunque presumía que le iba a resultar difícil participar del juego si acudía Bautista. Quizá conviniese, sin embargo, demostrarle que él no era el único hombre en aquel campamento.

Esa tarde solicitó a Dorotea que la acompañase al ojo de agua en las horas

de mayor tranquilidad, para bañarse a gusto. Utilizó un trozo del jabón que le quedaba y la loción que Dalila le había escondido entre la ropa. Como sus prendas se reducían a tres juegos, optó por renovarlas combinando la falda de una con el corpiño de otra, y así lució un exótico vestido estampado de flores en la parte de abajo, con un busto amarillo, color que resaltaba la tez y los cabellos de Muriel. Agregó un cuello de puntilla sujeto por un broche de oro, y se calzó sus mejores zapatitos, a riesgo de ensuciarlos en el barro eterno de los campamentos.

Bautista la encontró compuesta y altanera, sentada a las puertas de la carpa, jugueteando con un bolsito donde metía un espejo de mano y un pañuelito.

—¿Adónde va? —le dijo en tono huraño.

—Al baile.

Él ya sabía que habría una fiesta, y estaba decidido a ignorarla, como en ocasiones anteriores.

—Más vale que se desvista, no iré a ningún lado.

Muriel alzó la barbilla en claro desafío.

—¿Por qué no? Me han invitado.

Bautista sonrió de modo insultante.

—Porque no saben que es usted la amante de un soldado, que si lo supieran...

La vergüenza tiñó las mejillas de la joven al escuchar la verdad de labios del que la había colocado en esa posición.

—¡No tengo más remedio, puesto que soy la enemiga aquí! Usted me ha tomado por la fuerza, y eso es lo que diré cuando me rescaten.

Bautista se aproximó bastante como para percibir el aroma de la loción. Muriel olía a flores blancas y dulces, un olor que lo perturbaba. Llevado por el demonio de los celos, la tocó de manera atrevida, procurando abochornarla.

—Por la fuerza, ¿eh? ¿Así? —y deslizó la mano del seno a la cintura, acercándola.

Muriel se resistió, y en ese momento vio, por el rabillo del ojo, que desde lejos los observaba Carmela. Su pequeño genio interior no pudo evitar

cobrarse la afrenta de la mujer en el objeto que ambas codiciaban. Se apretó contra Bautista, permitiéndole que la rodease con su brazo, y alzó hacia él su boca generosa.

—Bésame —susurró.

Atontado, Bautista cumplió el pedido y saboreó la boca suave de la que jamás se hartaba. Cuando se separaron, ambos latían de deseo. Bautista pensó que aquello era una concesión para que él asistiese al baile, y decidió darle gusto. Por otro lado, no le agradaba que fuese sola. Si bien los que los rodeaban veían que dormía con él en la tienda, sólo él sabía que Muriel no era una puta en realidad, sino una coqueta.

—Iremos juntos al baile —prometió.

La tienda de la recepción se alzaba en el centro del claro, rodeada de antorchas y de tocones dispuestos para que los asistentes se sentasen a conversar o a corear las estrofas que sugerían las guitarras. A pesar de los sinsabores de la guerra, el ánimo de los soldados repuntaba en las reuniones, pues por unos momentos podían olvidar la desgracia de hallarse en un sitio ajeno, medio muertos de hambre y de tedio, y de paso, empinar el codo de manera lícita. Algunos oficiales de rango también asistían, en gran medida para evitar desbordes, sobre todo cuando el licor soltaba la lengua y los batallones de diferentes nacionalidades corrían el riesgo de entablar su propia guerra.

Muriel no quería aparecer del brazo de Bautista, debido a su pretensión de aparentar decencia, aunque le resultaba difícil, si no tenía la compañía de alguien más.

Avanzaba, pues, por delante del argentino, sonriendo a diestra y siniestra, confiada en su belleza y su encanto, como siempre lo había estado. Soldados de todos los colores se tocaban el quepis al verla pasar, algunos con una mirada codiciosa que hacía fruncir el ceño a Bautista. Hubo quien le ofreció un vaso de cerveza; otro hizo una reverencia y solicitó una danza, a lo que ella respondió, afectada:

—Vamos a ver la baraja primero.

Bautista se preguntaba cómo lo habría sabido.

De manera inesperada, un soldado de chiripá, descalzo, se paró enfrente

de ella, con los ojos agrandados por el estupor.

—¡Su mercé! ¿Qué hace acá, con los *kurepi*?

Muriel reconoció al guardia que ella había intentado seducir aquella tarde en que se frustró la huida de Rosa Garmendia. En mala hora aquel «pasado» venía a reconocerla...

—Permiso, creo que se equivoca, señor...

—¡No, no! —insistió el otro—. Es usted la esposa del coronel, la recuerdo bien, y el oficial aquel casi me mata por permitirle entrar al Fuerte. Por fortuna para mí, no llegó a cumplir su cometido, que si no...

Bautista se colocó, en un solo paso, entre el atrevido y Muriel.

—No moleste a la señorita.

Pasaron casi rozando al pobre hombre que, sin proponérselo, soltó:

—La «señora», más bien.

Muriel rogaba por que Bautista no hubiese escuchado la última palabra. Ella había alardeado con ser la esposa de un oficial paraguayo cuando todavía eso podía resguardarla de la caída. Ahora que pertenecía al soldado argentino, no deseaba que esa verdad saliera a la luz. Era imposible saber si Bautista había escuchado o no, pues permanecía impertérrito, atento, al parecer, a una trifulca que se estaba armando en torno a un grupo que se disputaba su papel en la guerra.

—¡*Los brasileiros donos da guerra!*

—¡Qué va! Un solo argentino vale por diez brasileños.

—Macacos, nos hicieron perder posiciones por culpa del vizconde cobarde.

La disputa había comenzado por una simple burla, y amenazaba con crear una reyerta de sangre. Un argentino había cantado una estrofa insultante durante el juego del truco, que soliviantó los ánimos regados por el alcohol:

*Hay un macaco subido en lo alto de una palmera
Flor de burro ha de ser si al caerse no se quiebra.*

Volaron los naipes al calor de la contienda y varios oficiales acudieron,

momento que aprovechó Bautista para tomar a Muriel por un brazo y arrastrarla hacia la oscuridad de la espesura.

—¿Qué dijo el «pasado» aquél? —la urgió.

—Ni idea, es la primera vez que lo veo, debía de estar borracho.

—Me parece que la reconoció.

—¡Pues yo no lo conozco! Claro que puede haberme visto durante un paseo por la costanera... junto a mi criada. Como le dije, soy una dama asuncena.

—Usted es una *caté* de mala fama.

—¿Entonces para qué me retiene? Si valgo tan poco, déjeme ir, que ya habrá quien me aprecie mejor.

Y Muriel echó a correr a ciegas, tropezándose con las raíces que emergían de la tierra blanda y florecida. Bautista la alcanzó y la apretó contra un árbol. Allí mismo le levantó la falda y le abrió las piernas con el empuje de las suyas, clavándola en el tronco. La poseyó con cierta violencia, sin que eso impidiera que Muriel lo rodease con sus muslos, atrayéndolo. La joven reaccionaba a su tacto con tal vehemencia, que él se sorprendía de que hubiera sido virgen cuando la tomó por vez primera. Esa circunstancia lo volvía loco. Muriel era una contradicción permanente, un misterio que debía resolver. A la vez, temía hacerlo. Poco a poco, sus ansias de poseerla lo llevaban a la ilusión de que fuese para siempre, algo que no quería reconocer y que, sin embargo, lo sorprendía cada mañana, al despertar. Una nueva esperanza nacía en su corazón lacerado y temía que fuese, como las otras, un espejismo.

Volvieron a la tienda ensimismados en sus propios pensamientos. Muriel se despojó de las ropas y se hundió bajo la manta, en enaguas. Bautista se echó al raso, en la entrada.

La mañana estalló en clarines.

Todavía no se habían disipado las nieblas, cuando ya el cielo se enrojecía con los disparos, y los gritos espeluznantes de los soldados hendían el aire húmedo. La generala repicaba por todas partes.

—¡A las armas! ¡Ataque a mansalva!

Bautista se impuso en un instante de la situación, aunque en medio del

desbände su mente no alcanzaba a comprender cómo los paraguayos osaban invadir el inmenso campamento aliado, rodeado por doble línea de trincheras respaldadas por fortificaciones. Era inaudito.

Lo primero que hizo fue ajustar y comprobar sus armas, luego metió la cabeza en la tienda para alertar a Muriel. La joven ya se hallaba de pie, intentando enfundarse el vestido de la noche anterior, con los ojos agrandados por el miedo y el desconcierto.

—¡Apúrese! Pero no salga, a menos que se lo indique. Hasta acá no van a llegar, pero por si acaso, tome esto —y le extendió un cuchillo corto que él solía llevar atado bajo la pernera del pantalón.

No reparaba en que el enemigo era del mismo bando que ella.

Muriel asintió, confusa, y quedó sola en el interior de su tienda, escuchando las voces y las corridas que, junto a los cañones y disparos, se habían adueñado de la calma de la mañana. Pasó largo rato hasta que se animó a asomarse. La acción se desarrollaba más lejos, aunque podía verse el fragor del combate en la humareda azulada que enturbiaba el paisaje. Algunas mujeres, solas como ella, recogían prendas caídas y vigilaban, nerviosas, las alternativas de la acción. Le pareció que la muchacha correntina con la que había hablado el día anterior le torcía el gesto, y temió que hubiese presenciado el salvaje encuentro que había tenido con el argentino en el bosque. Su fachada de decencia caería sin remedio, de ser así. Dorotea Barrios, en cambio, la saludó con efusividad, haciendo ademanes tranquilizadores en cuanto al resultado de la batalla. Muriel sabía que la mujer era paraguaya, y sin embargo, vivía entre los aliados como una de ellos. Otra de las incógnitas de esa guerra. Ella misma se hallaba cautiva de un sentimiento ambiguo: detestaba la insolencia de su soldado, y a un tiempo, extrañaba el calor de su cuerpo cuando no lo tenía cerca, como en ese momento.

Muriel aguzó la vista hacia el escenario de la lucha. Los segundos parecían horas, y las horas, días.

—¡Ya vienen! —exclamaron algunas mujeres, corriendo hacia donde filas de soldados avanzaban penosamente.

Muriel corrió también, buscando desesperada la imagen familiar de

Bautista. Pudo ver entre los conocidos a Severino Frías, que arrastraba a un soldado herido en un costado; al teniente Salazar, que la saludó desde lejos; vio a Carmela dar un grito de alegría al encontrar al sargento Mendoza, pese a que iba maltrecho y llevaba a un compañero de armas moribundo, al parecer. Daban lástima los soldados portando los jirones de sus uniformes, los que los tenían, muchos cubriendo la sangre que manaba de sus heridas con las manos o con tapones de tela fabricados en el campo mismo. Los oficiales, serios, parecían cargar con el peso tremendo de la responsabilidad por los muertos en ese combate. ¿Cuántos? ¿Cuántos serían? Muriel no divisaba a Bautista. ¡Y él sabía que ella estaba ahí, aguardando! Pasada la primera fila, que se desparramó por los ranchos y las callejas, impidiéndole ver más allá, aparecieron soldados que cargaban angarillas hechas con cañas tacuara. Muriel no quiso mirar los cuerpos que yacían en ellas; algunos, de tan destrozados, eran sólo despojos. Un miedo cerval le recorrió el pecho. ¿Qué sería de ella si Bautista estaba muerto? ¿O tan malherido que no pudiese seguir? Corrió de uno a otro, mirando sin ver, clamando en su interior por toparse con la figura corpulenta de su soldado, que le brindaba no sólo placer, sino también confianza y protección, sensaciones que ella jamás había experimentado y que despertaron, por una burla del destino, en medio de una guerra cruenta, donde menos las esperaba.

—¡Eh!

El grito la alertó. Un hombre le hacía señas. Vestía poncho y pantalones de paisano. Al verlo más de cerca, descubrió que se trataba del uruguayo que la había sacado de aquel baúl, en Itapirú. La barba crecida, pegoteada de sangre, y la expresión extraviada le impidieron reconocerlo al principio. Venía arrastrando una pierna, estaba herido... pero no, no era él el herido, sino... ¡Bautista! El uruguayo lo traía apoyado sobre su hombro. Muriel lanzó un grito y corrió hacia ellos.

—Es la pierna —le anunció el hombre, sin necesidad.

Muriel no sabía qué hacer, no tenía ninguna experiencia en curar heridos, ni siquiera en aliviar fiebres o espasmos. Nunca en su vida había debido cuidar de nadie, siempre se habían ocupado de ella y de sus caprichos. Por primera vez, lamentó no ser ducha en algo que fuese de utilidad para alguien.

—Pongámoslo en el catre —seguía diciendo el uruguayo, y agregó, para conocimiento de Muriel—: ¡Ganamos! Fue duro, pero los rechazamos...

Quizás el hombre esperaba alguna reacción de alegría, que Muriel no fue capaz de emitir. Su atención estaba puesta en Bautista, y no sabía cómo ayudarlo. De repente, se le ocurrió: ¡Dorotea! La mujer era avezada en esas lides. Salió en su busca, dejando al uruguayo en la tarea de acomodar al herido sobre los juncos trenzados, y después de mucho merodear por las calles del campamento, regadas de sangre y repletas de soldados gimientes, oficiales que daban órdenes y mujeres que recogían agua o destapaban botellas, la halló, inclinada sobre un muchachito que miraba al cielo, como si estuviese más allá de cualquier dolor.

—Dorotea, por favor, ven conmigo, que Bautista está muy malherido —jadeó.

La mujer la miró apenas por sobre el hombro.

—Ahora no puedo, m'hija, este mocito me necesita. ¿Qué tiene tu hombre?

Muriel trató de no ruborizarse ante la pregunta, dicha delante de los demás soldados, que miraban.

—No sé, una pierna mal, creo.

—Eso puede esperar. Preparale una venda con tus enaguas, mientras buscan al doctor. Si tenés caña, mojala en eso y apretala bien.

Muriel se quedó mirando la espalda de Dorotea sin comprender. Le parecía una enormidad el encargo, no sería capaz... De pronto, un hombre que se hallaba agachado junto al herido, se levantó y le dijo con serenidad:

—¿Adónde está Bautista?

Muriel miró sus ojos de extraño brillo metálico, y sintió un escalofrío. Reaccionó, sin embargo, y le indicó que la siguiera. El gaucho iba tras ella, casi pisándole los pies, y cuando llegaron a la tienda donde aún aguardaba el uruguayo, Antonio Gil se adelantó y se arrodilló junto a Bautista.

Yacía boca arriba sobre el catre, con la pierna expuesta, pues ya el uruguayo le había roto el pantalón, dejando a la vista una fea herida de la que manaba una sangre negruzca.

—Fue un bayonetazo —aclaró el soldado—. Venía brava la cosa porque a

este hermano se le puso que tenía que salvar la bandera que llevaba un camarada atacado por tres paraguayos. Decir que uno de ellos resbaló en la sangre y se ensartó ahí mismo, que si no... éste no cuenta el cuento.

Antonio se inclinó sobre la cara de Bautista y lo miró fijo.

—Tranquilo —murmuró—, no te va a doler.

Y dirigiéndose a Muriel, ordenó:

—Tráigale un trago de caña y déme un cuchillo. Encienda el fuego y pase la hoja por él.

Muriel trastabilló al recibir el mandato, pero no se le ocurrió negarse ante aquella mirada hipnótica. Casi a tientas recogió un botellín que solía ver entre los bártulos de Bautista, y luego encendió un pequeño fuego según le había enseñado Dorotea; usó el mismo cuchillo corto que Bautista le había dejado, pues estaba limpio.

Antonio presionó la herida hasta que echó afuera toda la inmundicia, la lavó con caña y luego exigió:

—¡Rápido! —y recibió el cuchillo con la hoja caliente.

Sin dar respiro, apretó la hoja del cuchillo sobre el tajo abierto. Bautista, que hasta el momento mantenía los ojos cerrados, los abrió con un alarido de dolor tan profundo, que Muriel sintió aflorar las lágrimas, y se apretó la boca para no gritar también.

—No te duele —le decía el gaucho Antonio—. El dolor pasa, ya no lo sientes, estás más allá de él. Respira, Bautista, siente cómo el dolor queda atrás, muy atrás. Estás en otro sitio, más alto, donde el dolor no llega...

Las palabras, dichas en voz baja y clara, iban penetrando en la mente agobiada de Bautista, que se aferraba a ellas con desesperación. Poco a poco, el tono de voz y el sentido de lo que le decían fueron obrando como un bálsamo sobre la conciencia y aquietaron las sensaciones dolorosas. No supieron cuánto tiempo había pasado, hasta que Bautista volvió a cerrar los ojos, esa vez para adormecerse, tranquilo.

Muriel se arrodilló y preguntó al gaucho Antonio qué podía hacer.

—Quédese a su lado. Que la vea no bien despierte. Ésa será su medicina.

Luego, el extraño hombre se fue de la tienda y ya no supieron más de él.

En la nebulosa que la fiebre le producía, Bautista veía la mirada

aguardentosa de los paraguayos, fieros jinetes que atacaban sin tregua, dando alaridos que helaban la sangre. Él pensó, al ver la horda de frente, que había llegado su hora. Había que ser temerario, empero, la consigna desde que la guerra empezó. Coraje y temeridad eran una sola cosa. En su mente calenturienta, los gestos de valor aparecían agrandados por la fantasía, tornándose épicos, dignos de una epopeya. Los paraguayos venían taloneando a sus jamelgos con los pies desnudos, inclinados sobre el cogote del animal para acercarse más rápido al objetivo. Él había ofrecido el pecho a las balas enemigas como lo hacían todos, hasta el propio Presidente Mitre, siempre ocupando posiciones riesgosas durante los ataques.

—Generalísimo... —musitó con voz pastosa.

Muriel le limpiaba los sudores con un paño empapado en agua.

—Shhh... tranquilo, ya va a pasar —le dijo, aunque temía que aquella herida se infectara más de la cuenta y hubiese que amputarle la pierna, como había visto a menudo después de un combate.

Aún en medio de la fiebre, Bautista caía bajo el hechizo de la bravura del enemigo. En aquellas lides, los actos de desmesura eran celebrados por todos, y del mismo modo que los aliados alababan la fiereza de los paraguayos, admiraban éstos los excesos de valor de los aliados. Sin saberlo, Bautista, el manso Bautista Garmendia de la Punta del Tigre, rendía culto al coraje como el gaucho más pintado del desierto pampeano.

—Caballos... faltan caballos, dijo Mitre... —seguía delirando, ante la desesperación de Muriel, que no sabía otra cosa que enjugarle la frente.

Para su alivio, Dorotea Barrios entró en la tienda, gateando para hacerse sitio junto al herido.

—Acá viene el doctor —le anunció con entusiasmo—. Vas a ver que se pondrá bueno.

Antes de que Muriel dijese palabra, la mujer dejó paso a un hombre enfundado en una casaca azul sin vivos ni vueltas, con tres ojales de oro en el cuello y el sombrero elástico con la escarapela nacional.

—Permiso, señora —saludó Ricardo Gutiérrez.

Bautista tuvo suerte al ser atendido por un verdadero cirujano, pues la mayoría de los que actuaban en la contienda eran practicantes o alumnos, con

más voluntad que experiencia. Los médicos patentados, aún los prestigiosos, habían eludido prestar servicios en la guerra.

—Qué le ha pasado a este joven —comentó con simpatía, para aliviar los temores de aquella mujercita que lo miraba con aire perdido.

—Una bayoneta le perforó la pierna. Pero tiene fiebre. ¿Es eso malo?

Gutiérrez contempló el semblante enrojecido de Bautista y suspiró. Las infecciones, en especial el tétanos, hacían estragos entre los soldados. Poco y nada tenía él para solucionar los casos más graves, pues si bien Mitre pedía de continuo elementos de botica y trataba de organizar hospitales en las riberas de ambos ríos, había tal escasez de todo, que los pedidos quedaban en agua de borrajas, o bien eran respondidos con gran demora.

—Todo depende —contestó, sin comprometerse—. Es un hombre fuerte y está luchando para erradicar el mal, eso es bueno.

Muriel se hizo a un lado y dejó que el doctor revisase a Bautista.

—Ya le practicaron los primeros auxilios —comentó Gutiérrez, al observar que la herida estaba cauterizada.

—Un soldado amigo, no sé su nombre.

—Bien. Ahora veremos si no ha quedado infectada adentro, pues podría ser la causa de la fiebre alta.

El doctor destapó la herida y husmeó en ella, buscando detectar el olor de la carne putrefacta.

—Buen trabajo. Por aquí no hay problemas.

El médico abrió su portafolio y extrajo un frasquito con tapón de corcho. Formó un embudo con una gasa encerada y lo colocó entre los labios de Bautista, para suministrarle aquel líquido de a poco, contando las gotas.

—Es máspreciado que el oro —le explicó a Muriel—. Es sulfato de quinina, lo único que detiene las infecciones. Queda poco ya, y a la espera de nuevos medicamentos del hospital de Corrientes, suministramos éste en pequeña cantidad. Su esposo no necesita demasiado, ya el organismo está luchando por superar la fiebre.

Muriel enrojeció al no poder desmentir al doctor acerca de su situación.

—¿Podrá caminar de nuevo?

—Vamos paso a paso. Por ahora, fortalecerlo y acabar con la infección es

lo primero. Le encargo que mantenga los paños lo más fríos que pueda, con este calor... —y Gutiérrez se permitió sacarse el gorro para enjugarse la frente humedecida.

—¿Hay muchos heridos?

—Esta batalla fue la más tremenda que he podido ver hasta ahora. Lamento decir que la victoria ha exigido un precio demasiado alto a los aliados. Supongo que también a los paraguayos, pobres almas...

El doctor Gutiérrez ofrecía un aspecto cansado que conmovió a Muriel.

—Creí que había más médicos en el campamento —comentó.

El hombre sonrió con tristeza.

—Eso habría sido excepcional, tomando en cuenta lo feroces que solemos ser los médicos con nuestros colegas. Supe que hubo tantos entredichos como renunciadas. Al parecer, muchos patentados no quieren ponerse a las órdenes de los cuerpos del Ejército. Cuando el orgullo se entromete... Creo que el Presidente lo sabe bien, por eso le puso los puntos a la Comisión Sanitaria que se formó en Buenos Aires. Reclamaba más exigencias de lo que ofrecía. Al fin, una empresa de índole humanitaria debe brindar ayuda sin exigir nada, como hicieron en los Estados Unidos durante la gran guerra que sufrieron hace poco.

—¿Qué hicieron allá? —se interesó Muriel.

—Pues formar una comisión también, pero viniendo del pueblo mismo, sin reclamar reconocimiento oficial, anteponiendo las obras a los pedidos. Me temo que estamos lejos de ese espíritu.

Muriel absorbía las palabras del doctor con avidez. En su vida cómoda, jamás había oído hablar de comisiones de ayuda espontánea. Le avergonzaba comprobar qué alejada estaba de las realidades de los pueblos.

—Debo decir que esta comisión de Buenos Aires ha contribuido enviando botiquines y camas, lo que ocurre es que todo resulta escaso, dadas las circunstancias. Dígame, señora, ¿estaría usted en disposición de colaborar?

La pregunta sobresaltó a la joven, pues apenas se las ingeniaba para atender a Bautista, y ni siquiera sabía si lo estaba haciendo bien.

—Dios sabe que el alma femenina está hecha para las buenas acciones — siguió diciendo el médico— y prueba de ello es la labor de las Hermanas de

Caridad en Corrientes. Ahora mismo está por zarpar un buque que hace de hospital flotante, llevando a los heridos más graves que su esposo, que necesitan otra clase de atención.

El sonrojo seguía tiñendo las mejillas de Muriel al recibir tal andanada de ejemplos loables que, comparados con lo que ella hacía, la dejaban malparada.

—No tengo experiencia en curas —se justificó.

—Todo se aprende. Y las almas generosas están dispuestas a enseñar. Yo, por ejemplo, sigo el ejemplo del doctor Muñiz. ¿Lo conoce?

Muriel denegó en silencio.

—Francisco Javier Muñiz. Estuvo ya en otras guerras, es un médico veterano y con edad suficiente para mecerse en compañía de sus nietos, pero vea usted qué hombre ejemplar, se ofreció espontáneo entre los primeros que solicitaron su traslado al campo de batalla, y renunció al emolumento que le había asignado el Gobierno por decreto. Dijo que así había sido durante toda su vida, y no veía motivos para descender ahora. El Presidente Mitre lo idolatra.

Muriel se sentía peor que nunca. Todos parecían ser mejores que ella.

—Bueno, debo marcharme, todavía quedan algunos enfermos que visitar, y también organizar la partida de los que volverán a sus casas. Piense en lo que le dije, y si se decide, sabrá dónde encontrarme, sólo pregunte.

El doctor Gutiérrez salió de la tienda, dejando a Muriel muy amoscada.

Bautista había caído en un sopor profundo y respiraba entrecortadamente. La joven continuó aplicando los paños, que tuvo que refrescar en varias ocasiones trayendo agua en una palangana y agregándole hojas de una hierba que, según Dorotea, actuaba como desinfectante. Al cabo de unas horas, le sobrevino una idea: rebuscó entre sus cosas y extrajo el rosario de huesos que Bautista había perdido en la bahía de Asunción. Con fervor religioso, se lo colocó alrededor del cuello, como suponía que debía de llevarlo entonces, y luego cayó vencida por el sueño. Al despertar, su estómago le recordó que era tiempo de pensar en él. Como ella había dependido en todo de Bautista y no había trabado relación con nadie más, fuera de Dorotea, se encontró en un dilema para procurarse alimento. Salió de la tienda y recibió de lleno el

impacto del rayo calcinante. La ropa le pesaba y sentía los párpados hinchados. Debía de lucir como una campesina rústica de las que Vicenta se burlaba en la casa de la colina.

La calma posterior a la tormenta reinaba en Tuyutí. Las callejas entre los ranchos se veían vacías debido al calor, pero también porque las mujeres, que solían recorrerlas en sus tareas cotidianas, estaban atendiendo a sus enfermos. No había nadie que pudiese orientarla sobre dónde ir en busca de una ración para ella y para su soldado, cuando despertase. Se echó a caminar sin rumbo y al trasponer un albardón coronado de arbustos, se topó con una escena insólita: un hombre joven, ensimismado al punto de no sentir el sol sobre su cabeza, se inclinaba sobre unas hojas y trazaba en ellas rápidas líneas con carboncillo. Muriel se aproximó por detrás y vio que el dibujo representaba la escena de una batalla. Abigarrado ejército se encontraba de un lado del croquis, separado del bando enemigo por un estero que creaba una divisoria natural. Era un dibujo simple que reflejaba de modo drástico una situación de guerra.

—Perdón —se disculpó Muriel al notar que el artista había dejado de trabajar para observarla.

—Al contrario, es un honor el que me hace viéndome dibujar. ¿Le agrada?

—Está muy... claro todo —contestó ella, sin saber bien qué decir.

Entendía poco de arte, como de tantas otras cosas.

—Es sólo un esbozo. Lo principal lo haré luego, pero si no dejo constancia de los detalles, es probable que los olvide.

—¿Usted estuvo ahí?

—¡Pues claro! Soy soldado.

—Y artista.

—Una cosa no impide la otra. Hay otros, como yo, que se dedican a mejores cosas que matar paraguayos. El deber manda, sin embargo, y ahora estamos acá. Fíjese, por ejemplo, en el capitán Sarmiento. Se pasa el día escribiendo, a veces cartas, a veces cuentos... ¡Y son ingeniosos! Y mire a éste... —y el dedo manchado de carbón señaló una silueta en miniatura en un rincón del cuadro—. Es Pedro Nicolorich, del regimiento Primero de Santa

Fe, todo un poeta. Y acá, el «loco» Mansilla. ¡Quién se resiste a su oratoria! Creo que ha de haber viajado por todo el mundo. Intento reflejarlo todo. Pero dígame, señorita, ¿qué piensa usted de mi obra?

Muriel se acobardó. Para ella, ese dibujo era sólo eso, un dibujo, no sabía de qué modo alabar la mano de aquel soldado de ojos tiernos que aguardaba, paciente, su veredicto.

—Me parece... me parece estar viéndolo desde lo alto, como la cima de una colina.

—Es así —dijo él, satisfecho—. Es la impresión que quiero dar, de inmensidad, para que se vea hasta el mínimo detalle. No crea que soy el único que mata el tiempo dibujando. Mi camarada de batallón, José Ignacio Garmendia, también hace croquis sobre la guerra.

—¿Garmendia dice?

—Sí. ¿Por qué, lo conoce?

—Pero si Garmendia es mi... —y Muriel calló, horrorizada al comprobar que iba a descubrir su relación ilícita.

—¿Es su pariente?

—Creo... que es pariente de alguien... —contestó evasiva.

En ese momento, un soldado interrumpió para solicitar la presencia del joven teniente ante el Generalísimo. El artista se mostró algo preocupado ante la convocatoria. Recogió sus papeles y los guardó en su cartera, que llevaba repleta de bocetos, y extendió una mano hacia Muriel.

—Señorita, ha sido un placer conocerla y compartir con usted este intervalo. Si gusta y me lo permite, me gustaría hacerle algún retrato. Es usted muy hermosa.

Cuando ya partía, secundado por el soldado que trajo la orden, Muriel exclamó:

—¡Pero no sé cuál es su nombre!

El teniente se volvió, con una sonrisa avergonzada, como diciendo «así soy yo», y tras ensayar una pequeña reverencia, contestó:

—Cándido López. ¿Cuál es su gracia?

—Muriel Núñez.

—A sus órdenes, señorita Núñez, para lo que se le ofrezca.

Ella se quedó viéndolo marchar bajo la canícula, y recién entonces reparó en que el joven soldado había olvidado su ración en el sitio donde había depositado los bártulos de dibujo. La tomó y, acuciada por el hambre y ante lo impropio de salir corriendo tras él, la llevó consigo a la tienda.

El teniente López, del Batallón San Nicolás de la Guardia Nacional, encontró al Generalísimo enfrascado en una partida de ajedrez con un coronel. La carpa del Estado Mayor, más amplia que la de los soldados rasos, creaba sombras acogedoras en ese mediodía agobiante, en el que nubes de moscas se adueñaban de los ojos y las bocas de los que se atrevían a quedarse afuera. Mitre levantó la vista, y al comprobar que se trataba del artista del que le había hablado Paunero, se puso de pie y le pidió que le mostrase sus dibujos. Estuvo largo rato observándolos, captando los detalles con mirada penetrante, y por fin dijo:

—Conserve usted esto, teniente López, que algún día servirá para dar testimonio de cuanto hemos vivido en esta guerra.

Lleno de entusiasmo, Cándido López salió de la tienda sin ver las moscas ni sentir el calor, ni la humedad, ni recordar que se había salteado el almuerzo. Sólo tenía un pensamiento: dedicarse por entero a reflejar la guerra en sus lienzos.

Bautista había despertado y miraba en torno con expresión desconcertada. ¿Dónde estaban todos? ¿Dónde estaba ella? Le dolía la pierna herida, la sentía como de fuego, y un gusto amargo le bullía en la boca. Lo que más lo afectaba, sin embargo, era verse solo en la carpa. De inmediato se imaginó que Muriel, harta de atenderlo o de verlo dormir, se habría ido en pos de otro. Rechazó ese pensamiento mezquino al recordar que, mientras estuvo con él, no había dado alas a nadie, al menos, que él supiese.

El objeto de su desvelo apareció en la carpa, sudorosa y excitada. Otra vez Bautista sospechó de sus andanzas.

—¿Adónde fue? ¿Qué estuvo haciendo?

La voz, por tanto tiempo guardada, emergió de su garganta como ronquido, lo que sobresaltó a Muriel. Ella no esperaba verlo despierto tan

pronto.

—Fui en busca de algo para comer, como no nos dieron la ración de hoy...

—Debió estar atenta, de seguro pasaron entregándola.

Muriel recordó que ella se había dormido por un buen rato.

—Igual, algo conseguí. ¿Tiene hambre?

—Tengo sed.

La joven abrió un chifle que guardaba bajo tierra, para conservar el líquido fresco, y se lo tendió, pensando que él podría ser más amable.

Bautista bebió largamente, mirándola de reojo. Se la veía cansada. Él se había maravillado del arte que poseía la mujer para parecer siempre pulcra, y en ese momento lo apenó observar su desaliño.

—¿Quién atendió mi herida? —quiso saber, mientras levantaba la manta que le cubría la pierna.

—Un doctor cirujano. Y antes que él, un soldado que se ofreció, no sé su nombre.

Bautista recordaba retazos de lo ocurrido cuando regresó al campamento, y entre las imágenes que rememoraba, estaba el rostro de Antonio Gil, su amigo fugitivo. De seguro se trataba de él. Dos veces lo había salvado.

—Estoy empapado, me gustaría lavarme.

Al ver que intentaba ponerse de pie, Muriel acudió a sostenerlo, temerosa de que se hiciese daño. El argentino pesaba mucho para ella, estuvo a punto de quedar aplastada. Bautista encontró excitante la situación y aprovechó la proximidad para susurrarle algo atrevido en el oído.

—Qué escándalo, tan luego enfermo y...

—Sólo la pierna, no el resto de mi cuerpo —se burló.

Con la ayuda de ella, consiguió incorporarse a medias y contener el mareo que le sobrevino. Bebió más agua y luego pidió algo fuerte, ya que se sentía debilitado. Había perdido mucha sangre. Muriel le entregó la botellita de caña, más vacía después de las curaciones, y se quedó mirándolo, sin saber qué otra cosa hacer. La reconfortaba ver que el argentino se hallaba consciente y con ánimo de levantarse. Se preguntaba si debía aguardar a que el cirujano le diese el alta. Antes de que formulara la idea, Bautista ordenó:

—Ayúdeme, voy a lavarme.

—No, no puede... aún está enfermo.

—Me enferma la peste que tengo, con la ropa sudada y la sangre. Voy a lavarme, con su ayuda o sin ella.

A regañadientes, Muriel lo ayudó a volcarse sobre su costado izquierdo, para que apoyase la pierna buena y consiguiese ponerse de pie. A pesar de los alardes, Bautista no se encontraba tan fuerte, pues contuvo la respiración al ver que todo le daba vueltas.

—¿Adónde va a ir? ¡Es una locura!

—¿A qué distancia está el ojo de agua?

Muriel se cuadró como un general.

—No le permito salir. ¡Va a echar por tierra todo el trabajo del médico!

Bautista masculló algo ininteligible y se aferró a un extremo de la tienda, haciéndola tambalear. Al comprobar que ese hombre haría lo que quisiese sin atender razones, Muriel decidió acudir a alguien con autoridad y salió a toda prisa en busca del doctor Gutiérrez. Después de todo, él mismo la había alentado a que lo hiciera.

Lo encontró, por fin, junto a un soldado paraguayo que, sentado en el suelo, se aferraba a la parte inferior del cuerpo, destrozada por la metralla. Había un par de ayudantes médicos junto al doctor, que intentaban no descomponerse ante la vista de la carne quemada y los huesos triturados. El soldado enemigo no tendría más de dieciséis años. Muriel contempló su semblante sucio de humo, sus ojos renegridos y llameantes, y la furia con que masticaba un trozo de tabaco mientras gritaba:

—¡Cortámelas de una vez, *che* doctor, que no las aguanto más!

Muriel comprendió que el médico se disponía a amputarle ambas piernas, y vio con horror que tenía preparado el material quirúrgico y un jarro de vino carlón.

—Toma —le dijo al muchacho con firmeza no exenta de pena—, bebe de esto mientras trabajo, pero no mires, no hace falta.

Uno de los ayudantes entregaba al soldadito un trozo de corteza para que mordiese, si el dolor se hacía inaguantable. El muchacho, sin embargo, parecía rehusar toda intención de aliviarle el tormento, y se complacía en

apurar al médico. Muriel escuchó el gorgoteo de la sangre, mezclado con los tragos compulsivos que daba el joven.

¡A fuerza de embriaguez pretendían calmarle el dolor!

De repente, aquella situación le resultó imposible de asimilar y, atontada por el calor reinante y el olor nauseabundo que todavía flotaba en el aire, cayó redonda sobre la tierra.

El coronel Vallejo Flores contemplaba el objeto que el oficial Del Cerro le había entregado minutos antes. Le daba vueltas entre los dedos, perplejo. Se trataba de un coqueto bolsito, sujeto con cordoncillo, que contenía un espejo de mano y un pañuelo que él conocía bien. Llevaba las iniciales *M. V. F.*

—¿De dónde lo sacaste?

Álvaro del Cerro, imperturbable, informó que una mujer lo había levantado del suelo empantanado de Tuyutí, después del combate.

—Lo tenía un soldado muerto. Al parecer, era un traidor que se pasó al ejército enemigo.

—Maldición.

Del Cerro no supo si maldecía la traición de los paraguayos que se alistaban en los ejércitos aliados, o a la esposa rebelde que se encontraba donde no debía. Reprimió un rictus de diversión.

—¿Qué hacemos, mi coronel?

Vallejo Flores arrojó el bolsito sobre el escritorio y comenzó a caminar, furioso, por la carpa del campamento de Tuyú Cué, adonde se había trasladado la oficialidad después del fracaso del ataque en Tuyutí.

Muriel se había convertido en un problema. Las esposas de los oficiales bien podían caer bajo el estigma de traidoras si incurrían en desobediencia civil, y Muriel estaba en una cornisa muy delgada, al convivir con los aliados en su campamento, aunque fuese como prisionera, algo de lo que él aún no estaba convencido.

—Hay que buscarla, obligarla a salir de allí —porfió, empeinado como un niño en salirse con la suya.

Estaba más demacrado, y la prestancia que solía acompañarlo había sido sustituida por un tic nervioso que lo afeaba. Del Cerro contempló con frialdad el rostro del superior al que debía respeto y sumisión y que, en realidad, le inspiraba lástima. Vallejo Flores era una cáscara, él lo sabía. Durante años cultivó su amistad y compartió jornadas de entrenamiento militar, lo vio ascender en la consideración de Francisco Solano López cuando aún aspiraba a la Presidencia, y cumplir su objetivo de convertirse en mano derecha del mariscal en esos tiempos de guerra. Del Cerro conocía, sin embargo, el secreto que todos ignoraban, incluido López. La gallardía del coronel, su elegancia viril y su enérgico don de mando, provenían de él, su humilde oficial a cargo, que no era famoso ni respetado, que hacía el trabajo sucio cuando se precisaba y que sólo recibía el aprecio del coronel en su recámara, por las noches, y a escondidas.

Ni siquiera la matrona lo sabía. Si doña Melchora hubiese descubierto las inclinaciones de su adorado primogénito, le habría dado un soponcio. La vieja no era tonta, sin embargo, y Del Cerro suponía que algo debía de maliciar, ya que a menudo la pescaba observándolo con mirada de ave rapaz. Muy callado se lo guardaría, entonces, pues no le convenía sacar a relucir trapitos que descubriesen otros más vergonzosos aún.

La delicada Anabela era uno de éstos.

El coronel clavó su puño en la mesa, fuera de sí.

—¡Maldita perra! Ha sido mi desgracia desde el principio. Y yo, que la puse en un trono de abundancia, que la rodeé del respeto de mis pares... Cuánta razón tuvo mi madre al desconfiar de ella. Es una arrastrada.

—No sabemos qué hace allí —insinuó Del Cerro, satisfecho al comprobar que el coronel repudiaba a su esposa.

—Nada bueno. Una esposa debe secundar a su marido, sobre todo en los tiempos que corren. Sólo espero que Madame Lynch no sepa adónde fue a parar la mía, porque esa mujer tiene ojos y oídos en todas partes.

No bien lo dijo, se arrepintió. Tuyú Cué era el sitio menos indicado para soltar semejante afirmación. Del Cerro avanzó hacia el escritorio y recogió el bolsito.

—Yo me encargo. Como siempre —agregó.

El coronel no reparó en el tono, sino que se alegró al verse librado de la engorrosa tarea de perseguir a Muriel por donde a la desvergonzada se le ocurriese medrar.

—Te pido que actúes con mucho tino, esto no debe saberse por ningún motivo.

Del Cerro sopesó el bolsito en una mano y sonrió con una mueca ladeada.

—Por supuesto, mi coronel, sabe que soy una tumba.

Eladio Vallejo Flores se cuadró y exigió el saludo.

El oficial Del Cerro hizo lo propio, y al salir le dedicó una mirada intencionada. Cuando le dio la espalda, los ojos del coronel brillaban de satisfacción y lujuria.

Muriel despertó bajo los cuidados solícitos de Dorotea.

—Pero vea usted, el herido es Bautista y la señorita se hace atender — dijo risueña la mujer.

Al lado de ella, erguido como un poste, estaba su soldado, mirándola con fijeza. Se notaba la preocupación en el semblante aún pálido.

—¿Qué tuvo? —preguntó.

El miedo que reflejaba su voz se justificaba, ya que en el campamento había habido algunos casos de cólera, y el mal amenazaba con multiplicarse, dado lo inhóspito del clima y las malas condiciones de higiene. Pese a que las órdenes del comandante en jefe eran estrictas, el cumplimiento de las reglas dependía de las autoridades de cada división, y en ese sentido reinaba una anarquía descomunal.

—Flojera, nada más. Todo se resuelve con un mate de café y caña.

Dorotea preparó el brebaje y Muriel se vio obligada a tomarlo. Si debía ser honesta, la compuso en un segundo. Todavía tosía, cuando reparó en que necesitaba su pañuelito perfumado. Por más que buscó y rebuscó en la tienda, y revolvió entre sus cosas, no lo halló.

«Qué extraño», se dijo, «podría jurar que lo llevé la noche del baile, justo cuando ese malhadado guardia me descubrió. ¿Dónde lo habré metido?».

Cansada y entristecida por el curso de los acontecimientos, resolvió que

lo buscaría al día siguiente. Todavía podía acurrucarse entre los brazos de Bautista, cuando él abandonara ese semblante ceñudo con que la observaba desde hacía un rato.

Por lo menos, había conseguido llamar la atención del doctor, y el argentino recibió una buena filípica por haber intentado ir al ojo de agua para bañarse, en su condición.

Le gustaba la idea de tiranizarlo un poco. Era más divertido hacerlo con él que con su esposo, ya que las reyertas con Bautista solían terminar en un apasionado encuentro que cada vez la dejaba con ansias de más.

Capítulo 17

Compases de retirada

He llegado hoy a la Asunción. Ya no toleraba el ánimo de los campamentos, ni el humo de las piras funerarias, ni los lamentos de las mujeres de todas las nacionalidades que buscan a sus muertos entre los despojos del campo de batalla.

Después de la derrota en Tuyutí, Francisco se puso como loco. ¡Si llevaban todas las de ganar! Los paraguayos conocían esos esteros de punta a punta; confiaron en que podrían huir, después del ataque, por pasos secretos que los aliados no encontrarían. Mi Pancho creía que los argentinos atacarían el 25 de mayo para conmemorar el festejo de la patria, y decidió adelantarse y sorprenderlos en la víspera.

Fue una mala jugada. A raíz de la derrota, tuvimos que trasladarnos a Paso Pucú, pues el enemigo nos pisaba los talones. Ahora habrá que aleccionar a los oficiales que fracasaron en la misión, y no quisiera estar en sus suelas, pues mi Pancho monta en cólera ante las fallas de sus subordinados.

Antes de venir hacia aquí, le sugerí que incorporase a la leva a los niños de once y doce años. Si mi Panchito, a los quince, es ya coronel... ¿Por qué no podrían los niños luchar por la patria?

Decidí venir a la ciudad, ya que el mariscal me proveyó de una autorización para comprar bienes raíces en los alrededores, y usaré

mi influencia para convencer a Washburn de que actúe en mi nombre. El doctor Stewart podrá prestarme algunas libras esterlinas, al fin y al cabo, de mí dependen para enterarse de los sucesos y, tal vez, para salvarse de ellos.

El único al que no he conseguido amedrentar es el vasco Rete Iriarte. Pese a que abandonó las tierras cedidas por el gobierno sin pagar el canon estipulado, no muestra temor alguno por lo que podría sucederle. O es muy valiente, o es temerario y estúpido. Aquel negrito que me enviaba como contacto desapareció, y no tengo a quién confiarle los mensajes. Veré si en esta oportunidad encuentro a otro intermediario.

Qué triste se ve la ciudad... Mujeres llorosas, carretas repletas de heridos, gente amontonada a las puertas de los hospitales, hasta he podido ver montículos de cadáveres en las esquinas, por no poder enterrarlos a tiempo.

¡Y después se quejan de la epidemia de cólera! (1866)

Dos guardias se apersonaron en la mansión Vallejo Flores y pidieron hablar con doña Melchora.

Esa mañana, la viuda había reunido a varias damas principales con la intención de organizar una legación femenina de apoyo al mariscal. Entre las invitadas figuraban esposas de altos oficiales, amigas y parientas de la propia familia López. Una entre ellas, Juliana Insfrán, hasta cultivaba la amistad de Elisa Lynch.

Fue ella la que se colocó al lado de doña Melchora cuando le tocó enfrentar a la guardia.

—¿Cómo que la señora debe presentarse en el cuartel? —se indignó—. ¿Quién lo exige?

El policía encargado de transmitir la orden se alzó de hombros, con un dejo burlón. Las mujeres no estaban al tanto de los asuntos de gobierno. En atención a que doña Melchora era la madre del coronel, sin embargo, le dijo que la orden provenía del mismísimo *Karai*. Ante esa afirmación, doña Melchora palideció. Ella, que había colaborado desde el principio, que

ofrecía un hijo a la salvación de la patria, tan luego ella, viuda de un hombre ilustre... ¿Debía trasladarse al cuartel como si fuese una sospechada de traición?

Alzó la barbilla puntiaguda y contestó, altanera:

—Diga a su superior que allí estaré.

—A primera hora —aclaró el guardia— vendremos a buscarla.

Otra indignidad. No confiaban en su palabra. Cuando la puerta se cerró tras ella, Melchora ofrecía un semblante descompuesto a las damas asuncenas que cosían las escarapelas que llevarían en el pecho durante una peregrinación callejera. Ninguna se atrevió a preguntar, hasta que la propia Juliana anunció:

—Sigamos nuestra tarea. Sin duda todo se aclarará, es un error.

Ella misma no lo creía así. Juliana Insfrán era la esposa del coronel Martínez, que custodiaba la fortaleza de Humaitá, y buena amiga de Madame Lynch. Juntas habían compartido clases de piano y llorado sobre la tumba de la pequeña Corinne, aunque en los tiempos que corrían, Juliana notaba cambios en Elisa. Se rumoreaba que los demonios de la persecución obraban en ella y en el mariscal, impulsándolos a desconfiar de todo el mundo. En el fondo de su corazón, Juliana, que era una mujer íntegra, confiaba en que Elisa tuviese piedad suficiente para no condenar a inocentes.

Doña Melchora ocupó su lugar en la mesa de caoba, donde las escarapelas formaban montones coloridos, mezclados con el cesto de costura y las bandejas de bizcochos.

Continuaron la labor en un silencio comedido, en el que se escuchaba hasta el tintineo de la loza en la cocina. Vicenta miró de reojo a su madre, mientras daba gruesas puntadas. Las manos de doña Melchora temblaban un poco al sostener la aguja, y manoseaban las cintas tricolores sin saber bien qué hacer. Su hija jamás la había visto así, insegura.

—Voy a ordenar que sirvan chocolate —anunció, más que nada para tomarse un respiro.

Nadie respondió, y al cabo de un rato las damas fueron partiendo, cada una con un pretexto distinto.

Doña Melchora quedó sola en la gran sala. Los rayos de sol atravesaban

las hendidias de las ventanas como lanzaderas, dibujando líneas en el piso, y el calor se fue adueñando de la estancia. Tilda retiró las bandejas y ofreció un refresco a su patrona. Tuvo que repetir la pregunta, pues doña Melchora contemplaba ensimismada la bahía lejana, donde grupos de mujeres iban y venían, con sus faldas blancas, balanceando sus caderas. Desde la colina se percibía que se amontonaban, intercambiaban chismes, y luego seguían su camino. Ninguna de esas mujeres hacía nada por la patria y, sin embargo, a ellas no las citaban a declarar. Qué injusticia. ¿Y qué hacía su hijo para librarla de esa ignominia? ¡Nada! Estaría besando los pies de su mujercita, sin duda. Desde que envió a Muriel a Paso de Patria, Melchora no había vuelto a saber de ella, aunque suponía que se habría encontrado con Eladio, era lo que correspondía, que compartiese la dura vida de campaña con su marido.

Un poso de temor se formó en su pecho al pensar en la nuera. ¿Sería por culpa de ella que la citaban a declarar? En ese caso, su hijo debía de saber qué ocurría. Por primera vez en su vida, flaqueó su entereza. Trasladarse al cuartel significaba que podrían enviarla a algún otro sitio, y en ese caso debía dejar bien en claro que ella estaba dispuesta a colaborar en todo lo que el mariscal solicitase.

—Madre.

Vicenta la sobresaltó al presentarse a sus espaldas.

—¿Yo debo acompañarla?

A doña Melchora no se le había ocurrido esa posibilidad. Vicenta sería un estorbo, antes que un apoyo, quizá hasta metiese la pata, sobre todo desde que en los últimos tiempos no parecía muy equilibrada.

—No hará falta, de seguro estaré en casa al cabo de la jornada, cuando todo se aclare.

—Perdone, madre, pero ¿qué es lo que debe aclarar?

La joven mujer se retorció las manos, nerviosa, y sus rasgos habían adquirido contornos más afilados que nunca.

—Lo que se hace en estos casos —explicó la madre, de nuevo dueña de sí — es averiguar por medio de la persona citada cuál es la conducta de los sospechosos de traición. Las señoras que nos visitan, por ejemplo, puede que

alguna tenga un pariente que colabora con el enemigo, y como se sabe que nos frecuentan, se nos pide información, sólo eso.

—Pero si el traidor es un pariente —porfió Vicenta—. ¿Qué culpa tendría ella?

—Es una situación posible, nada más. Después de todo, en las familias se suele ocultar al traidor.

—Las criadas dicen que hay descontento en la plaza del mercado, que *Karai Guasu* suspendió la organización de un ejército de mujeres por eso mismo, porque no puede confiar en ellas —comentó Vicenta, no muy convencida del argumento de su madre.

—¡Por supuesto que puede! Mujeres como nosotras, que desde el principio nos dedicamos a recoger donaciones y a prestar apoyo, somos incondicionales del mariscal, aunque no se diga lo mismo de todas —y Melchora taladró a la hija con ojos entrecerrados, como si quisiese averiguar si era ella la del pensamiento disconforme.

—Será como dice...

—Basta ya de imaginar posibilidades. Voy a tomar una siesta reparadora.

Se dirigió a sus aposentos con paso firme, y al cerrar la puerta se dejó caer ante el reclinatorio, murmurando una oración a Santo Tomás.

Llegaron por ella bien temprano, en una mañana tormentosa como los pensamientos que la acosaban. Doña Melchora fue recibida en el cuartel general, donde un alférez le comunicó que sería trasladada a Humaitá. Ella aceptaba las indicaciones como si se tratase de un honor que le hacían, aunque en su fuero íntimo se daba cuenta de que aquello era el comienzo de una pesadilla. Aún así, albergaba esperanzas de poder convencer al mariscal de su patriotismo. Vicenta había quedado a cargo de la casa por primera vez, y se sentía tan preocupada por su madre, como excitada por la novedad de dirigir a la servidumbre y usar las llaves de la bodega colgadas de la cintura, como siempre lo hacía Melchora.

A bordo del vapor que la llevaba a Humaitá, la viuda pudo contemplar el espectáculo de las «destinadas», mujeres emparentadas con alguien que había caído en desgracia, y a quienes se castigaba siguiendo el principio medieval de que la infamia del crimen se transmitía a las familias del inculpado. Esas

mujeres, de toda edad y condición, marchaban en caravanas dolorosas custodiadas por soldados, algunos casi niños, que por cualquier retraso las «acariciaban» con la punta de la lanza, o bien les propinaban un rebencazo. Había jóvenes de alcurnia de semblante descompuesto, muchachas pobres que marchaban con la resignación pintada en sus rostros guaraníes, matronas como ella, que sostenían a las ancianas de la casa, a veces casi tullidas, gran cantidad de niños, y hombres viejos o enfermos. A éstos se los colocaba entre las mujeres, como medida de protección contra los golpes e insultos.

—¿Adónde van? —inquirió doña Melchora, espantada ante la imagen deplorable de aquellas infelices que iban en dirección contraria a la de ellos.

—Éstas —dijo con desprecio el soldado que la escoltaba— van a Caacupé, a sembrar legumbres.

La viuda se estremeció. Reconoció los rostros de antiguas amigas que solían frecuentar su casa cuando organizaba las fiestas de la Virgen, y entonces supo que el curso de los acontecimientos no podría ser desviado con facilidad. Necesitaba del apoyo de Eladio, coronel de la República, para evitar que esa confusión llegase demasiado lejos. Se abstuvo de preguntar más, aunque por momentos la visión de aquellas mártires le arrancó gemidos de angustia. Doña Melchora nada sabía de la derrota en Tuyutí, ni del avance aliado hasta Curuzú, donde los enemigos habían ocupado la isla y establecido su cuartel. Ella confiaba a ciegas en la capacidad de su hijo para descifrar la estrategia del mariscal. No podía imaginar que los oficiales, desautorizados por el propio López, que se indignaba ante los fracasos, iban hacia donde los mandarían, incapaces de tomar decisiones propias.

La noticia corrió como mecha encendida. ¡Una tregua!

Mitre y López iban a verse las caras con el propósito de llegar a un acuerdo. Los soldados, exultantes, anticipaban con cantos y música el feliz resultado de aquella reunión. Severino, fiel a su estilo, informaba de los hechos a los que quisiesen saber. Bautista se unió al grupo y escuchó las exclamaciones y los vítores.

—Ya sabía yo que Mitre iba a imponer su flema —decía uno.

—López es hábil —interponía otro, más cauto—. ¿Quién acompañará al Generalísimo?

—Justo ahora, que tenemos el camino libre hacia Curupaytí, qué raro...

La perspectiva de un encuentro impulsó a muchos a acercarse a los frentes de batalla, separados por una franja de esteros, y desde una y otra orilla, soldados de todas las nacionalidades intercambiaban saludos y noticias de parientes o amigos en común. Bautista se sentía impregnado de una emoción extraña: el posible final de la guerra alentaba su esperanza de volver a la Punta del Tigre y reanudar la vida junto a su familia, aunque una voz interna le decía que nada sería igual. Él ya no era el mismo. Además, estaba Muriel. ¿Qué haría con ella? Pese a los dictados de su mente, en el corazón palpitaba la idea de llevarla con él a la ribera.

Al regresar a la tienda la encontró remendando su vestido con los elementos de costura que le había prestado Dorotea. Fruncía el labio por el esfuerzo y aguzaba la mirada como si fuese corta de vista, cuando en realidad el problema residía en que jamás había empuñado la aguja. Bautista se enterneció ante ese intento, que revelaba la vida cómoda que había llevado, y ese pensamiento lo condujo a otro, que lo perturbaba desde hacía rato. ¿Cuál sería la verdadera condición de Muriel? Su porte y su ropa denotaban alcurnia, sin embargo, no poseía las virtudes comunes en las jóvenes de familia pudiente, como el arte de tocar un instrumento, o el de coser y bordar. El hecho de que hubiese tratado con Rosa en la prisión del Fuerte tampoco concordaba con el recato de una jovencita de buena posición, alejada de las miserias de la ciudad. Por otro lado, él había sido su primer hombre, y eso descartaba la idea inicial de que fuese una cortesana de calidad. Muriel Núñez era una rara combinación de cualidades desconcertantes.

Para acentuar la incógnita, cuando Bautista descubrió en su cuello el rosario de huesecillos que creía perdido para siempre, ella se había limitado a decir que jamás había visto un objeto tan desagradable.

Muriel levantó los ojos, agotada por el esfuerzo de acertar la aguja, y lo vio allí de pie, con el uniforme ajado y la pierna hacia delante, como si le incomodara sostener el peso de su cuerpo sobre la herida. Desde entonces, caminaba con un ligero balanceo que lo tornaba vulnerable ante los ojos de ella.

—¿Qué pasa?

Bautista se encogió de hombros, sintiéndose sorprendido en sus pensamientos ilícitos.

—Parece que habrá un encuentro de los jefes, por la paz.

El rostro de Muriel permaneció serio. Bautista pensaba que ella se alegraría, pues significaba que se intercambiarían prisioneros. Claro que no podía imaginar el derrotero de los pensamientos de la joven. Lo primero que se le pasó a Muriel por la cabeza fue que, si pactaban, su esposo enviaría por ella y debería regresar a la mansión Vallejo Flores. En el tiempo vivido en el campamento aliado, casi había conseguido olvidar su existencia anterior. Durante la guerra sólo contaban la batalla próxima, la cura de los heridos, el aprovisionamiento y las noches que pasaba envuelta en el calor de su soldado. Hasta en eso seguía siendo egoísta. El doctor Gutiérrez le había sugerido un modo de dejar de serlo y hasta el momento, ella no había aceptado el desafío.

—¿Dónde será eso?

—Dicen que en Yataytí Corá.

Muriel no tenía idea de dónde quedaba ese lugar, como tampoco sabía si el coronel estaba vivo. Habían muerto tantos soldados en esos días... y no sólo por la guerra, sino por el cólera y las infecciones. La gangrena era el fantasma de todo campamento.

Solía escuchar los comentarios de las mujeres acerca de los miedos de los hombres cuando marchaban al frente, o las supercherías que usaban para sentirse protegidos, y de a poco se le revelaba un universo masculino diferente del que ella conocía. Ni su padre, ni su esposo, ni el oficial Del Cerro habían abierto su corazón ante ella. Ninguno había llorado, rezado, o sufrido. Conoció la valentía del soldado paraguayo por boca de los propios argentinos que, después de cada batalla, encomiaban las hazañas de coraje del enemigo. El propio Bautista había dicho: «venden caras sus vidas», y a Muriel le pareció extraño ese tinte de admiración en sus palabras.

Una vez, mientras le hacía el amor, él la había acariciado con ternura, demorando el instante de la unión, y ella creyó advertir el brillo de una lágrima en la oscuridad. Todo aquello la despojaba de su habitual altanería, dejándola con una extraña desazón en el pecho.

La noche anterior a la entrevista, Mitre salió a fumar a las puertas de su tienda.

Una luna menguante que anunciaba desdicha campeaba en el cielo perfumado de Yataytí Corá. Era una posición conquistada con el refuerzo del Batallón Primero de Corrientes, bajo los mandos de Maximino Maroso y Desiderio Sosa. En esa contienda se habían lucido, además, varios batallones de línea, y la Guardia Nacional, ya fogueada en el combate. No podía decirse cuál de los grupos había demostrado mayor valor. Mitre mismo fue reconvenido por sus oficiales por permanecer en el área de peligro, montado en su caballo, mientras las balas de cañón y los cohetes reventaban a su lado.

Por una extraña jugarreta del destino, su vocación de hombre de letras se había revestido de uniforme militar desde la más tierna juventud. No renegaba de aquella contradicción, más bien la aceptaba con fatalismo, ya que su padre le había legado, junto con su reloj grabado y algunos libros, el mayor tesoro: su ejemplo de patriota. Lamentaba, eso sí, que los exilios y las contiendas lo hubiesen mantenido alejado tanto tiempo de la calidez del hogar. Añoraba las demandas de la esposa y los pequeños entuertos cotidianos, así como el recogimiento espiritual en su escritorio. Él, que se había debatido con la pluma, la espada y la oratoria, que se había curtido con los soles de cuatro países y templado su espíritu en la soledad del destierro, se enfrentaba a un nuevo desafío del que nunca resultaría del todo victorioso, lo sabía. Unos alabarían su medida; otros, por el contrario, lo tildarían de inepto. En su febril imaginación, ya podía trazar las frases elogiosas o lapidarias, y hasta escribir una pieza teatral con ellas, como lo había hecho en su tiempo y con bastante éxito.

—Mi general. ¿Todavía despierto?

Uno de los oficiales correntinos lo sorprendió en sus divagaciones. Llevaba el peto blanco que habían lucido, tiempo atrás, para diferenciarse de los federales en la odisea del Ejército Grande contra Rosas.

—En las horas previas a una decisión, es buena la soledad —repuso Mitre.

—Lo entiendo, señor. Y con todo respeto, no quisiera estar en sus zapatos en este momento.

El Generalísimo escrutó el rostro del joven en la oscuridad apenas iluminada por las fogatas. Aquellos hombres lo habían seguido, confiados en esas decisiones que él tomaba a solas, por zanjas y esteros, selvas y montes, hundidos hasta las verijas sin saber qué les aguardaba, seguros de que él sabría guiarlos en la dirección correcta. Habían soportado pestes, heridas, pérdidas, hambre y angustia. Muchos de ellos aprendieron a blandir un arma en medio de una contienda, y tuvieron su bautismo de fuego y su tumba en el mismo instante. Eran gajes del oficio, y sin embargo, para un hombre como él, que gustaba de desgranar versos, leer a los clásicos y despuntar ideas en un periódico, no constituían un modo de vida sino una necesidad, una acción que el país reclamaba y que debía terminar en algún momento.

Como si leyese su mente, el oficial insistió:

—¿Qué sucederá, mañana, señor? ¿Se podrá confiar en el mariscal López?

Mitre dio una calada al cigarro y fijó su vista tras las arboledas que ocultaban Humaitá, en un punto luminoso lejano: el campamento de Paso Pucú, donde imaginaba a su contrincante envuelto en las mismas disquisiciones que a él lo desvelaban.

—Somos hombres enfrentados por una causa, no somos enemigos, y si yo temiese una emboscada, López estaría en el mismo derecho de temerla. Prefiero pensar que ambos pretendemos mejorar las cosas.

El oficial se dio por satisfecho, se cuadró y volvió a su carpa, mientras que el Generalísimo permaneció un rato aún, mirando sin ver, hasta que adquirió la serenidad que necesitaba para dormir en paz.

Bautista fue llamado a formar parte de la reducida escolta, como soldado de refuerzo en retaguardia. Sabiendo que era una ocasión especial y que comparecerían ante oficiales enemigos, se ocupó de adecentar su uniforme, bastante estropeado. Entendía la importancia de ofrecer un aspecto digno al oponente. La propia Muriel se ofreció a coserlo, con puntadas desparejas, clavándose la aguja a cada rato en las yemas de los dedos, por culpa de la tosquedad de la tela.

Se habían cruzado mensajes entre ambos bandos y, si bien la idea original era que acudiesen los comandantes aliados en pleno, el jefe brasileño se excusó y envió una misiva. La idea de un acuerdo no agradaba a los imperiales.

López llegó en un carruaje que luego cambió por su famoso caballo, *Mandiyú*. Mitre y Flores aguardaban, montados en los suyos. El caudillo oriental se ofuscó ante las acusaciones del mariscal, que lo culpó de haber recurrido al Brasil, su enemigo natural, y desapareció corcoveando a lomos de su caballo.

Quedaron Mitre y López a solas.

El Generalísimo con su levita negra, un cinto celeste y blanco por todo ornamento, su chambergo y su expresión distante. El mariscal con su casaca bordada en oro, una espada de pedrería obsequio de las damas asuncenas, y su porte marcial.

La escolta de Mitre, con sus uniformes raídos y sus banderolas. Los dragones de López, con sus chaquetas escarlata, sus pómulos salientes y sus ojos almendrados.

Las comitivas se medían con recelo y se despreciaban en silencio. Después de un amable saludo, ambos jefes desmontaron, se instalaron bajo el frescor de un montecito de naranjos, y nadie supo de qué hablaron.

Transcurrieron largas horas y las escoltas comenzaron a ablandar sus posiciones. Ya no desconfiaban unos de otros, sino que intercambiaban fruta, fariña, patacones o libras esterlinas, mofándose de los brasileños o lamentando tener que batirse. La perspectiva de la paz debilitaba las rigideces del primer momento.

La entrevista se prolongó hasta la siesta tropical. Del suelo recalentado por el sol de septiembre subía un vapor que provocaba hormigueos en los pies, y las pocas nubes que salpicaban de blanco el cielo diáfano se mantenían suspendidas sobre las cabezas afiebradas de los soldados. El silencio de los cañones acentuaba la pesadez de la hora, sólo el graznido de las aves rompía la quietud en los esteros.

—¿Vendrá la paz? —preguntó un paraguayo a un argentino con el que compartía un cigarro.

—Quién sabe. Esta guerra no es con ustedes... ¡Ojalá se acabe de una vez!

Bautista permanecía apartado, estudiándolo todo con mirada atenta. Había sido un honor acompañar al comandante en jefe y a su comitiva de oficiales en aquella ocasión. Si resultase la paz, él habría pisado el mismo suelo donde esa paz se rubricó. Era consciente de la importancia del momento, y en lugar de participar de las chanzas con los paraguayos, prefería no perder detalle de lo que estaba sucediendo.

Desde lejos veía las siluetas de los jefes, sentados en sendas sillas, conversando como lo harían dos camaradas de armas que recuerdan sus hazañas. De tanto en tanto, sin embargo, el mariscal alzaba un dedo admonitorio, o apretaba los puños mientras Mitre hablaba. Las palabras se quedaban entre ellos, amordazadas por la distancia, aunque al ojo de águila de Bautista no se le escapaban las expresiones de tirantez que seguían a ciertos párrafos de conversación. Le sorprendía la austeridad del gesto del Generalísimo frente a los ademanes ampulosos del mariscal.

En un momento dado, una brisa repentina llevó hasta él el eco de una frase:

—... sobre mi última trinchera, en los confines del Paraguay.

Sonó con un retumbo de ira, y Bautista supo, en ese instante, que la entrevista había fracasado. Los dos hombres prosiguieron conversando, pese a todo, y de nuevo los gestos representaron un diálogo cortés. Dos horas más, y por fin, ambos se levantaron y estrecharon sus manos. Antes de despedirse, intercambiaron como recuerdo sus látigos y firmaron las copias del memorándum. Luego, el Generalísimo se unió a su tropa y las comitivas se separaron, cada cual a su destino. Los hombres murmuraban, inseguros de las consecuencias de aquella reunión. Para cuando regresaron a los campamentos, ya corría la voz, a lo largo de cada fila de carpas y alrededor de cada fogata, de que volverían a las armas.

Esa noche comenzaron los preparativos para alcanzar la fortaleza de Curupaytí, en medio de la tristeza y cierto fatalismo ante el fracaso del encuentro, quizá porque sospechaban que la guerra sería aún más cruel que antes.

Mitre repasaba los términos del documento a la luz de una vela. Su tienda era de las pocas que permanecían iluminadas a esas horas. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Atado de pies y manos por el tratado de las tres naciones, sólo cabía esperar de su oponente la rendición. Y aquella mirada felina que aguardaba sus palabras como si fuese a devorarlo de un bocado, le brindó la respuesta aún antes de formular la petición. El mariscal no se rendiría. «Antes, muerto», le decían aquellos ojos encendidos. Otro que no fuese él habría temblado ante aquella mirada, pero Mitre poseía una extraordinaria frialdad en los momentos críticos, como si su espíritu se elevase por encima de la adversidad, encomendándose a la Providencia.

El mariscal adujo que había enviado formal declaración de guerra al gobierno argentino antes de invadir Corrientes, y se indignó al saber que su mensajero había incumplido la misión. A Mitre siempre le había extrañado esa falta, por eso tomó la invasión a la provincia, defendida sólo por unos pocos fusiles de chispa, como una gran ofensa.

Se oprimió las sienes con los dedos, mientras releía la letra del memorándum. ¡Qué poco significaba lo dicho allí, comparado con la realidad sangrienta del campo de batalla! ¿Qué se dirimía en esa lid? Al fin y al cabo, que él hubiese querido mantener la neutralidad a ultranza, o que el mariscal no hubiese entregado la declaración a tiempo, eran sólo razones de circunstancia. Las causas profundas de esa guerra, que estaba carcomiendo la juventud más prometedora de los cuatro países, se le escapaban.

De pronto, como en una epifanía, se le reveló la respuesta. En vano sería hurgar en el presente para encontrar las razones de la guerra, pues se remontaban a una cuestión antigua: el eterno sueño de poseer la llave de la cuenca del Plata. Desde los tiempos en que España y Portugal rivalizaban, y la voracidad del Imperio se alimentaba de intereses extraños, la integridad de los países que antes formaron el Virreinato del Río de la Plata peligraba. Aquella revelación le produjo escalofrío. Como en una tragedia griega, ellos eran sólo títeres, aunque los hilos los manejaran, en lugar de dioses, hombres cuyo cetro se alzaba sobre miles de esclavos.

El Generalísimo apagó la vela y permaneció en la oscuridad. La suerte estaba echada. Y él era un hombre que vivía a merced del destino.

Capítulo 18

Los cuatro clarines

Muriel contemplaba en silencio los preparativos de Bautista para sumarse al asalto a Curupaytí. La noche anterior, y por primera vez, él le había contado un episodio: el encuentro entre Mitre y López. De los asuntos de la guerra no hablaban, ya que Muriel era una prisionera; en esa ocasión Bautista, impresionado por la solemnidad del momento, sintió la necesidad de desahogarse. Así fue como Muriel supo del brío de López y de la parsimonia de Mitre. Trató de imaginar la relación que tendría el mariscal con su esposo, un hombre tan frío y medido, aunque no hizo comentarios, pues Bautista dudaba de que ella estuviese casada realmente.

Las carpas del ejército amanecieron cubiertas de perlas de humedad bajo un cielo plomizo. Muriel se entretenía acomodando objetos en la tienda, para disimular la desazón que le producía ver partir a Bautista. Creyó que guardaría reposo por la pierna lastimada, aunque la mayoría de los soldados a su alrededor ostentaban heridas o padecían de alguna enfermedad, y eso no los eximía de cumplir con su deber. Algunos, incluso, lo hacían con mayor vigor, para demostrar coraje y lealtad. Sospechaba que Bautista estaba animado por el mismo sentimiento. Ella no entendía ese afán de sacrificarse, sabiendo que hacerlo no definiría la suerte de la batalla.

—Como siempre te digo, no salgas de la tienda hasta que escuches los clarines de la victoria —la amonestó Bautista.

Muriel calló el comentario que le venía a la punta de la lengua: ¿y si sonaban los de la derrota? Ni siquiera sabía distinguir unos de otros.

—Calculo que nos llevará la jornada entera llegar al sitio, así que no esperes que vuelva pronto. Si es que esperabas verme —agregó, pretendiendo ser sarcástico y sin poder evitar que una sombra de preocupación velara sus ojos.

Para Bautista era difícil dejar a Muriel en el campamento. Si bien había otras mujeres y se encontraban lejos de las filas enemigas, estaban en guerra y por ende, en peligro. Por otro lado, siempre lo azuzaba el temor de que ella escapara. Aún no confiaba, a pesar de la entrega que cada noche le ofrecía la paraguayita. Había un rincón del alma de Muriel al que él no llegaba con sus embestidas lujuriosas ni con sus besos profundos, un sitio que ella mantenía en el misterio y que era la causa de sus resquemores.

—Recorre a Dorotea si hace falta. Y si llegan heridos en los botes, ayúdala, porque el doctor irá con nosotros. Aquí quedan sólo algunos practicantes, y no son demasiado confiables.

—No soy muy buena con la aguja.

—Las puntadas de una herida son para lucir, no para esconder, como las de las ropas.

Al terminar de armar su miserable equipo de fajina, Bautista la encaró con severidad.

—Muriel —y al levantar ella sus bellos ojos castaños, agregó—, quiero verte aquí a mi regreso. Todavía eres mi prisionera. Recuerda que tu país está retrocediendo, que no encontrarás compatriotas que puedan ayudarte si huyes, al contrario, es probable que sean «pasados» que se ceban contigo para evitar que los denuncies. Corres mucho peligro si te alejas. ¿Entendiste?

Muriel asintió, callada, escondiendo su verdadero sentir. Hacía alarde de fastidio, cuando en realidad estaba muerta de miedo. El entusiasmo con que los soldados y oficiales vaticinaban el final de la guerra a partir de la toma de Curupaytí, le causaba zozobra. Ellos decían que, una vez allanado el camino hacia Humaitá, sería cosa de días acabar con López, pues ya no le quedaba ejército que oponer al enemigo. ¿Qué sucedería entonces? ¿Intercambiarían prisioneros, como le había dicho Bautista? ¿Los ejecutarían para dar una lección, como solía decir Dalila? Lo que más temía era que saliese a la luz su condición de esposa de un oficial mayor, ya que entonces su cabeza tendría

precio, y quizá Bautista no fuese lo bastante poderoso para protegerla. Suponiendo que quisiese hacerlo... ¿Qué sentía por ella el soldado argentino? Por momentos, cuando la tomaba entre sus brazos y susurraba en su oído palabras cargadas de pasión, ella percibía un sentimiento, algo indefinido que la hacía vibrar; pero cuando él la amenazaba y le recordaba su posición, lo sentía ajeno, como si la estuviese castigando, o usándola para su placer, sin otro interés. El despecho la inundaba en esos instantes y deseaba decir algo ofensivo, para que él supiese que tampoco ella lo tomaba en serio.

—Entiendo que soy un rehén del ejército aliado, nunca creí otra cosa. Y si no me he escapado hasta ahora, es porque no conozco sitios donde guarecerme. ¡Ya verías dónde hallarme, si los soldados de mi país me liberaran!

Bautista apretó los labios al escuchar su respuesta desdeñosa. Él no quería despedirse de esa manera, las palabras huyeron de su boca antes de poder detenerlas, como la piedra lanzada por la honda. El miedo a perderla se las dictaba.

—Adiós.

Muriel alzó la barbilla, encarándolo con aire de desafío, y dio a su respuesta un énfasis fatídico:

—Adiós, *kurepi*.

Bautista reprimió el deseo de ahogar ese gesto batallador con su abrazo y se calzó el quepis sin dejar de mirarla. No bien se alejó un trecho, Muriel se hundió en un pozo de desolación.

22 de septiembre de 1866...

Los cañones de los acorazados trepidaron en el aire de Curupaytí. Después de las dilaciones provocadas por el mal tiempo que acompañó a los preparativos, por fin se rompió el fuego. Las unidades marcharon al compás de las mejores piezas de las bandas militares, bajo un sol de primavera. Abría la marcha el Batallón Primero de Santa Fe, con su joven abanderado, el subteniente Mariano Grandoli.

El Generalísimo aguardaba, con paciencia infinita, la señal para iniciar el avance por tierra. Soldados y oficiales contenían el aliento, expectantes, anhelando ver la trinchera paraguaya y poner punto final a la guerra. Mitre había propuesto otra estrategia, que el barón de Porto Alegre y Tamandaré habían desestimado. Él, con su natural complacencia, acató para evitar inútiles enfrentamientos. Atacarían de frente la trinchera de Curupaytí. Bautista ya podía verla a lo lejos, a través del monte enmarañado.

Un solo grito brotó de los regimientos cuando la bandera roja y blanca se alzó desde el agua.

—¡A la carga!

Los alaridos triunfalistas emergieron del estrépito de la metralla y los cohetes.

—¡Vencer o morir!

El clarín del sargento mayor José Obregoso, veterano de los ejércitos libertadores, sonó con inusitada fuerza, y todos los bronces repitieron la orden del asalto a Curupaytí.

—¡A la victoria!

Los redobles acompañaban los gritos con su repiqueteo marcial.

Bautista avanzaba codo a codo con Cipriano, el alférez negro del batallón Florida, la gloria de la vanguardia uruguaya, ya diezmada. Hundían sus botas en las ciénagas y lidiaban con las ramas de los árboles que el enemigo había volteado en el camino, a manera de murallas. «La tregua de Yataytí Corá les dio tiempo para fortificarse», pensó Bautista, y esa idea se le clavó como una espina de mal agüero.

—¡Adelante, compañero! —lo alentó Cipriano.

Para dar el ejemplo, avanzó a grandes zancadas por sobre los troncos, dejando pilchas y trozos de piel en la espesura. Un cañonazo hizo saltar arena y piedras a sus pies.

—¡Cipriano!

El alférez había dejado el alma en el suelo empantanado. Sus ojos, grandes y asustados, lo miraron en el último estertor. Bautista se inclinó sobre él. Apenas lo conocía, pero habían marchado durante horas para llegar hasta allí y sentía que compartían algo más que los sinsabores de la guerra,

quizá porque le recordaba un poco a Anselmo.

—Jué pucha... —murmuró el alférez—. No podré almorzar con vos en Curupaytí.

Y su cabeza quedó tiesa, fija la mirada en el techo de ramas que los privaba de saber hacia dónde se dirigían en realidad. Avanzaban a ciegas, guiados por el sonido de la artillería o empujados por los otros compañeros, confiados en que ellos supiesen dónde los aguardaba la acción, el combate cuerpo a cuerpo con el enemigo. Por el momento sólo marchaban, recibiendo de lleno las bombas que los paraguayos lanzaban desde arriba.

—¡Tenía razón Mitre, carajo! —gritó el sargento Mendoza al pasar a su lado.

Bautista sintió el pecho de plomo. Su intuición ancestral le decía que iban hacia la muerte de modo inevitable. Sólo les quedaba una dirección que seguir: la línea recta hacia la fortaleza, y desde allí los bombardeaba el enemigo con extraordinaria puntería. Al haber rechazado la idea de rodear la trinchera por los costados, como quería Mitre, quedaron en la mira de los paraguayos. ¡Qué fácil resultaría morir ese día! Bautista no podía evitar los pensamientos que se agolpaban en su mente de manera desordenada: Rosa, a la que no había visto más; Violeta, que lo había despedido entre risas; su padre, que viajó a la selva sin saber que iba a morir... Un cohete voló la cabeza de una palmera que cayó sobre un grupito de soldados aliados. Los gritos de aliento se intensificaban a medida que el desastre se agravaba.

—¡Que no nos detengan! ¡Vamos a vencer!

Bautista no distinguía a los camaradas de armas, tanto era el humo de las explosiones. Le ardían los ojos y a menudo debía bajar la frente para eludir los disparos. Su corpulencia le permitía arremeter contra los obstáculos, aunque su altura le jugaba en contra. Pronto se halló a pocos pasos del foso. Era inmenso, profundo y traicionero. Pudo ver que los primeros en llegar se arrojaban para cruzarlo a nado y trataban con denuedo de trepar por las fortificaciones. Gran cantidad de bolsas de arena camuflaban aquella batería que no cesaba de escupir fuego por todas partes. Los que alcanzaban la cima eran capturados por los brazos o los cabellos, para ser degollados y arrojados a las aguas turbias. Nadie dominaba la fortaleza inexpugnable.

Bautista vio que el subteniente Grandoli caía, herido, y levantaba la bandera deshilachada para evitar que rozara el suelo embarrado con la sangre de los compañeros. De un salto llegó hasta él y le arrebató la enseña patria; le sostuvo la cabeza mientras el joven murmuraba una plegaria, encomendándose a la piedad eterna. Tenía diecisiete años, y su expresión era de desconcierto, como si en su inocencia no comprendiese que se podía morir en un día radiante como aquél. Sin tiempo para preservarlo de las pisadas de los soldados que venían tras él, Bautista siguió adelante con la bandera. Ya tenía enfrente las aguas del foso. En ellas flotaban cadáveres multicolores. Todos los uniformes de los regimientos aliados se hallaban allí, mezclados en pintoresco montón. Aún en medio del fragor de las armas, pudo escuchar los graznidos de los primeros buitres. Alzó la cabeza y a través del humo los vio planear. Esa imagen le dio fuerzas. ¡Él no sería pasto de los buitres, jamás! Con la bandera en alto cargó hacia el foso, dispuesto a dar batalla, aunque contase cien agujeros de bala en su cuerpo. De pronto, advirtió que junto a él había algunos paraguayos que se habían adelantado, seguros del triunfo. Varios de los soldados aliados se encontraban enzarzados en la lucha, blandiendo cuchillos, espadas, tacuaras, hincándolos en donde encontrasen un sitio para perforar la carne. Una escena a su derecha lo detuvo. Un brasileño intentaba subir al anca de su caballo a un soldado que vestía camisa roja, lo único que lo distinguía como paraguayo, pues iba descalzo y con pantalones raídos. El brasileño maldecía y forcejeaba, empecinado en alzarlo, mientras que el soldado lo eludía con agilidad, aunque en inferioridad de condiciones, pues pronto se vería rodeado por otros aliados. Bautista se mostró indeciso. Era un enemigo, y sin embargo, no deseaba ultimarle así, a traición, cuando el hombre se encontraba en un lance con otro. Alertado de su presencia, el paraguayo se volvió hacia él, y Bautista vio que era bajo y menudo, aunque su rostro estaba cubierto de barba.

—¡No lo dejes, señor, no lo dejes! —le gritó el paraguayo.

El soldado brasileño maldijo en su idioma y le propinó un sablazo que casi lo partió en dos. Desesperado por hallarse entre dos enemigos, el paraguayo optó por huir, confiando en su tamaño y su pericia para sortear los peligros del terreno. Al verlo pasar junto a él, Bautista advirtió con horror que

la barba había desaparecido, y quedaba sólo una mancha deslucida sobre la piel tersa de un niño de apenas once o doce años. Sin pensarlo, lo sujetó del brazo y detuvo su huida.

—¡Soltame, *kurepi py'aju!* —se revolvía el muchachito.

Bautista lo arrastró con facilidad hacia un rincón oculto por un montecito.

—¡Quieto o vas a morir! Ven conmigo.

—¡No! —chilló el niño—. Sos igual que los *kamba*, querés *tembiguai...*

Sólo entonces comprendió Bautista la razón del terror del paraguayito. Los brasileños solían capturar a los soldados guaraníes para llevarlos a sus haciendas, o para conchabarlos en sus batallones de esclavos. Él sabía que muchos prisioneros eran obligados a combatir en las filas argentinas contra sus compatriotas, pero la idea de la esclavitud le repugnó más aún. Recordó el temblor en la voz de Anselmo cuando le hablaba de las costumbres imperiales, y ese recuerdo le dictó lo que haría.

—¡Calla! —lo zamarreó, y a continuación le ordenó que se quitase la camisa.

Como era lógico, el pequeño se resistió, y Bautista optó por hacerlo él mismo. Desnudó al soldadito y lo cubrió con el capote que llevaba en su mochila, ajustándoselo bajo los brazos, pues era menudo y la ropa se le escurría.

—Quieto, o te mato aquí mismo —lo amenazó con ferocidad.

Agotado por el esfuerzo, el chico lo dejó hacer, y cuando estuvo revestido con la prenda, Bautista le entregó la bandera.

—Quédate a mi lado y haz lo que te digo.

Por piedad, le borró el resto de la barba ficticia, para que ningún aliado se confundiese creyendo que era un hombre. La decisión en los gestos de Bautista impuso respeto al muchacho, que caminó a su lado, empujado por la mano inexorable que lo mantenía erguido y lo sujetaba para que no escapase con la bandera. El soldadito ni siquiera reparaba en que portaba la enseña de uno de los países enemigos. Llegaron a un costado de la trinchera, desde donde podía olerse la pólvora de los cañones y escucharse los gritos de aliento de los paraguayos.

—Ahora —le dijo Bautista, en tono bajo y perentorio—, me das la

bandera y te vas hacia donde está tu gente. No mires atrás y mantente agachado.

Los ojos rasgados del pequeño guaraní lo miraban asombrados.

—¡Vamos!

El chico no se movía.

—No me hagas perder tiempo, que tengo que matar paraguayos.

El niño esbozó una sonrisa.

—Yo soy paraguayo —le dijo, divertido.

Bautista no podía creer que estuviese conversando con un niño soldado en Curupaytí, mientras la muerte y la desolación campeaban por todo el sitio. Lo empujó y el muchachito se lanzó a correr, gritando por sobre el hombro:

—*¡Dioselopague, kurepi!*

Bautista respiró hondo para recuperarse de la emoción que le había producido comprobar hasta qué punto llegaba la locura de López, al utilizar niños en el ejército cuando no le quedaban suficientes hombres. Él sabía que las pérdidas en Tuyutí habían sido cuantiosas para el enemigo. Además, la visión del pequeño soldado había tocado un lugar recóndito de su corazón. Le recordó a Violeta.

Se volvió, dispuesto a continuar la lucha, y escuchó la orden de retirada, los cuatro clarines, al tiempo que sonaban en sus oídos las dianas triunfales paraguayas.

Habían perdido la posición. El camino hacia Humaitá, y hacia el fin de la guerra, se cerraba de nuevo.

Los ayes de dolor de los heridos se confundieron con los graznidos de los cuervos.

En el campamento de Tuyutí, Muriel permanecía en el sector de las fuerzas argentinas, alejado de los batallones orientales y brasileños. Dedicó la mañana a revisar sus pocas pertenencias. Los vestidos ya tenían varios remendones y la loción de flores blancas se hallaba a la mitad del frasco.

Una de las privaciones que más sufría era la falta de acicalamiento diario. Dorotea solía acompañarla al ojo de agua, pero en aquella ocasión la mujer se

encontraba atendiendo a varios heridos que no habían podido ir a la batalla. Muriel decidió que podría arreglárselas sola. La frontera se encontraba lejos del campamento, y los soldados que quedaban eran conocidos o bien se hallaban impedidos de moverse. Las mujeres se abocaban al cuidado de los enfermos y aprovechaban la ausencia de los hombres para organizar los bártulos. Provista de los elementos de aseo que guardaba con celo y de un vestido limpio, se encaminó al ojo de agua.

El cielo brillaba, diamantino, sobre las copas de las palmeras donde las garzas blancas buscaban refugio del sol de mediodía. Sus aleteos la acompañaron durante el trayecto, así como los gritos destemplados de los guacamayos. Motas de fuego salpicaban el verdor de la foresta. Eran los federales, que competían con los cardenales en la búsqueda de alimento para sus nidos. Muriel se demoró contemplando la belleza de un ave singular, de plumaje tornasolado y cresta orgullosa. Se admiró de la línea sinuosa del cuello, recortada sobre el azul resplandeciente. «Qué distinguida», pensó, al ver cómo desplegaba sus alas y surcaba el aire con elegancia. Los monos alborotaban en la espesura sin dejarse ver, y apenas llegó a la orilla, descubrió que no era la única a la que le gustaba sumergirse en las aguas claras. Un grupo de carpinchos que chapoteaban, confiados, salieron de prisa al verla llegar. Aquel rincón era una delicia en medio de la dura vida de campamento. Muriel se despojó del vestido y se sumergió con las enaguas puestas. El frescor del agua la reanimó. Frotó con ahínco el jabón sobre su piel y luego se dedicó al cabello. Lo llevaba por lo general sujeto con cintas para evitar que se ensuciase, así que poder soltarlo y disfrutar del agua fría corriendo por su espalda era un placer sensual. Mientras, pensaba con tristeza en la despedida de Bautista. Él había querido aconsejarla, se daba cuenta, y por la mala elección de las palabras, ella lo había desairado. Si pudiese volver atrás el tiempo, besaría aquella boca severa en lugar de enfrentarlo con su lengua hiriente. Deseó que la batalla hubiese llegado a su fin. No le importaba el resultado, sólo quería que él volviese. Se incorporó y caminó hacia la orilla bordeada de juncos. Se sentó para desenredar su pelo y, al no contar con espejito, pues lo había perdido de manera misteriosa junto con el bolso, se miró en el reflejo de las aguas quietas. Una avecilla negra con

cabeza blanca como capucha de monja, la sorprendió balanceándose entre las achiras.

—¿Quién eres? —le dijo divertida, mientras admiraba aquel plumaje blanco que se destacaba como una flor.

—Una viudita —dijo la voz detrás de ella.

Muriel saltó, con el corazón desbocándose en su pecho. Parado a escasa distancia, en actitud displicente, se encontraba Álvaro del Cerro. A tal punto resultaba incongruente su presencia en el campamento enemigo, que Muriel se creyó víctima de una alucinación.

—Una viuda negra, como de seguro quisiera ser la señora —continuó la voz, y Muriel comprobó que aquella silueta era muy real y además, amenazante.

—¿Qué hace aquí? —balbuceó.

—Curioso, iba a preguntar lo mismo. Por lo visto, le da igual acostarse con un uniforme o con otro.

—Impertinente.

Del Cerro rió con sarcasmo.

—Me admiro de su desfachatez, señora Vallejo Flores. Porque no crea que ha dejado de serlo. Su esposo me encomendó que la encontrase para llevarla a su lado, como corresponde a una fiel esposa. Temió que la hubiesen secuestrado los aliados. ¿Es eso lo que sucedió? Si es así, deben de tener pocos guardias, pues no veo a nadie custodiando su baño.

Las palabras hicieron ruborizar a Muriel, aunque su principal preocupación no era que el oficial la viese en paños menores, sino que pudiese llevársela del campamento. Si bien iba solo, ningún soldado sería tan estúpido como para infiltrarse en el campo enemigo sin un respaldo. Fue entonces cuando, en una súbita inspiración, se le representó el modo en que aquel hombre pudo franquear la guardia. Carmela. La mujer se la tenía jurada. Dorotea le había recomendado que no permaneciese cerca de su vista, porque era una hembra resentida y loca de celos. De seguro había sido ella la que facilitó la entrada del oficial Del Cerro. Ya se imaginaba el precio de aquella misión. Con cautela, Muriel se puso de pie y dio dos pasos hacia atrás, manteniendo la vista fija en el hombre que, sin cuidarse de nada,

golpeaba su látigo sobre la rodilla con insistencia. Estaban a corta distancia, aunque Muriel tenía la ventaja de la proximidad del campamento. Un grito bastaría para que alguien acudiese, y aún si fuese una de las mujeres, Del Cerro tendría que vérselas con más de una persona y no contaba con el apoyo de sus soldados. Al tercer paso, chocó contra un cuerpo y unos brazos la sostuvieron. Del Cerro sonreía.

—Vaya con su gente, señora, que aquí tenemos suficientes putas —le dijo el hombre que la sujetaba.

Muriel se volvió y contempló un apuesto rostro varonil, de rasgos cincelados y fríos ojos celestes que la miraban con rabia. Llevaba el uniforme argentino. Jamás se le había pasado por la cabeza que alguno de aquellos hombres pudiese traicionarla o causarle algún daño por ser del país enemigo. Tampoco le pareció que Bautista pudiese temer eso. A lo sumo, él celaría las miradas lascivas que le dirigían. Aquel hombre, en cambio, decía a las claras que gozaba con su sufrimiento. La empujó hacia Del Cerro, que la sujetó con fuerza contra su propio cuerpo, duro y macizo. ¿Cómo había podido fijarse en él alguna vez? Escuchó el tintineo de unas monedas y vio el gesto del delator atrapándolas en el aire. Sospechó que, aunque no le hubiesen pagado, aquel soldado la habría entregado de todas formas, se le notaba el desprecio y el odio en la mirada. Muriel sintió deseos de llorar.

—Piérdase —ordenó el cabo Cáceres—. Que no lo vean aquí.

—Ya nos vamos —respondió Del Cerro con un dejo de diversión—. ¿No es cierto, querida? Estas hembras... no sé para qué las queremos, si en la primera ocasión nos dan la espalda.

El otro sonrió, como si compartiese la idea.

—Son todas putas —concluyó.

Del Cerro la arrastró hacia un extremo del campamento, donde un riacho corría, caudaloso. Había dejado allí una canoa amarrada. La introdujo en ella con brutalidad y le ató las muñecas con la cuerda que sobraba. Rápido y eficaz, clavó el remo y separó la embarcación de la costa para que entrara en la corriente. Muriel intentó arrojar al agua, segura de que prefería ahogarse antes que volver al dominio del coronel. Del Cerro lo advirtió y con la culata del remo le propinó un golpe en el estómago que la dobló en dos. Luego

completó la hazaña con una trompada que la tumbó. Antes de perder el conocimiento, Muriel divisó la silueta de una mujer exuberante que tomaba del brazo al traidor. Estaba segura de que sonreía.

El regreso del campo de la derrota fue lento y triste. Mientras arrastraban a los heridos y cargaban a los muertos en las carretas, los soldados maltrechos escuchaban el júbilo de los paraguayos desde la fortaleza incólume. Petardos, gritos, música y jolgorio laceraban aún más las heridas que llevaban.

—Hijos de mala madre —dijo uno.

—Ellos no, sino los jefes, que nos mandaron al muerte. Carne de cañón fuimos, carajo...

Bautista pensaba lo mismo. Le extrañaba el tremendo error cometido al atacar una batería encaramada en un cerro desde el frente, donde sin duda los paraguayos los verían como si fuesen figuritas en miniatura. Imaginó que se contarían las bajas por miles. Él mismo no sabía con certeza si volvería a ver a sus camaradas de armas cuando regresara al campamento. Los paraguayos no tendrían ni la cuarta parte de las pérdidas que habían sufrido ellos en ese día aciago.

—¿Por qué alzaron las banderas, por qué? —aulló un soldado cuya frente sangraba de manera tan abundante, que las palabras salieron entre borbotones, pues la sangre se le metía en la boca.

Aquél era otro misterio a descifrar. Si la escuadra ondeó la enseña roja y blanca, debió de entender que la batería estaba dominada, para qué exponer si no a la infantería. Bautista entendía cada vez menos la estrategia.

—Acá llevamos las de perder —dijo otro, con rencor—. Ni siquiera en Europa nos apoyan. Me dijo mi madre que a Buenos Aires llegan noticias de desacuerdo con los aliados. ¡Prefieren a los paraguayos!

—¿Y por qué? ¿Acaso el Paraguay no empezó la guerra? ¿Es que ellos saben cómo es esta historia?

—Las cosas se ven distintas desde lejos —acotó un soldado veterano de línea, más aplomado—. Es fácil dictaminar desde atrás de un escritorio.

Generales de pacotilla...

Por lo menos, los nuestros nos acompañan en el campo de la acción. ¿Ustedes lo han visto al mariscal López?

Hubo un murmullo y Bautista recordó que el sargento Mendoza decía siempre que a López le pisaban los talones, pero que nunca lo chocaban de frente, y esa idea repiqueteó en su mente.

—¿Por qué lo siguen, entonces? —insistió en saber.

—Lealtad, hermano. Los paraguayos son leales a su Presidente. Estoy seguro de que no hablan mal de él a sus espaldas, como se suele escuchar por acá... —y dirigió una mirada amenazante a su alrededor.

—Al que le quede el sayo, que se lo ponga —sentenció un guardia nacional con picardía.

Los vapores cargados de muerte y desolación llegaron a distintos puntos del suelo aliado. Algunos quedaron en la ciudad de Corrientes, donde el Hospital de Sangre atendió a los cientos de heridos que aún podían salvarse; otros, siguieron hasta el puerto de Buenos Aires, donde de seguro serían recibidos entre llantos y críticas. Bautista se alegraba de regresar a Tuyutí. Al menos, allí lo esperaba su paraguayita, cálida y vibrante, y en su regazo podría olvidar la angustia de esa jornada.

A bordo del vapor que chapoteaba sus paletas, se sumergió en una callada observación del paisaje que los acompañaba. La naturaleza parecía distante, como si las maniobras humanas no pudiesen perturbarla. Sólo de tanto en tanto manifestaba su rechazo con alguna catástrofe que ponía al hombre en su sitio. En ese momento de dolor y de rabia, la ribera ostentaba sus verdes profundos, sus racimos floridos, sus aves iridiscentes, y el río arrastraba sus islotes perfumados, aunque... Bautista contempló con espanto los miembros mutilados que flotaban entre los matojos y el color rojizo que fue tiñendo las aguas del río Paraguay. Pensó que, de algún modo, hasta el orden natural se veía conmocionado por tanta muerte.

En otro barco que navegaba en forma paralela, alcanzó a distinguir la silueta del Generalísimo. Bautista lo había visto supervisando la acción en el campo. Una bomba de metralla había caído cerca de las patas de su caballo y Mitre tuvo que cambiar de monta. El episodio no impidió que continuase

fumando su sempiterno habano, como una figura épica a la que nada conmueve. En ese momento, el Presidente miraba hacia la proa, donde el vapor hendía las aguas que de seguro habría imaginado surcar victorioso. La luz vespertina dio de lleno en su frente, y Bautista vislumbró una fea cicatriz. ¿En qué guerra había sido condecorado el Generalísimo con ese parche? Él no lo sabía. Qué poco sabía de todo, en verdad, qué aislado e inocente del mundo había vivido en la Punta del Tigre.

—En ese barco, Mitre acompaña los restos del hijo de un amigo.

Bautista se volvió hacia Severino, que también contemplaba el paisaje, acodado en la barandilla.

—¿Quién?

—El capitán Domingo Fidel Sarmiento, dicen que cayó en esta batalla.

—Nunca lo vi.

—Tampoco yo, pero sé que era el protegido de Lucio Mansilla, y a ése sí lo tengo junado. Como para no, si anda contando sus aventuras por todas partes... ¡Loco lindo!

La compañía de Severino le brindó consuelo. Era un hombre templado en la lucha y en el sufrimiento, que sabía disfrutar de los momentos de solaz sin rencores. El sargento Mendoza, en cambio, le resultaba demasiado fervoroso, si bien reconocía que tendría sus motivos.

—¿Y ahora qué? —aprovechó para preguntar, ya que esa incógnita le horadaba el pecho desde que emprendieron el regreso.

—Ahora —dijo Severino pensativo—, hay que aguantar a pie firme, *chamigo*. Se nos viene la noche, con esta derrota formidable. No habrá un solo lechuguino que no hostilice a Mitre, o que no reniegue de las razones de la guerra. Hasta van a congraciarse con los extranjeros, de seguro. Y yo soy como el chúcaro: si me azuzan, me pongo más fiero todavía. Si antes no apoyaba a Mitre, ahora pongo el pecho por él.

Bautista permaneció en silencio. Equivocado o no, Severino era un hombre de ley. Como él mismo decía cuando sentenciaba sobre un cristiano: «Es hombre de a caballo». Y estaba todo dicho.

Divisaron el campamento al anochecer, después de una marcha azarosa en la que murieron varios de los heridos que llevaban en el batallón. Bautista

creía que su misión ese día había sido cerrar los ojos de los muertos. Con ansiedad escrutó las figuras que les salieron al encuentro a la luz de las primeras fogatas, y al no encontrar a Muriel entre ellas, su corazón sufrió. La paraguayita se cobraría el enojo de la partida. Ya vería cómo ablandarla, pues le conocía el punto débil. Era como una tigre cuando se la cebaba con caricias. Avanzó esquivando a las mujeres que buscaban a sus hombres entre los heridos y cuando llegó a su tienda, la encontró sumida en las sombras. Extrañado, casi corrió el último trecho y entró a gatas, para sorprenderse con la carpa vacía. Aquéllas no eran horas de alejarse del campamento y Muriel lo sabía. Buscó en los alrededores y recurrió a quien podía darle razón del paradero de su mujer. Dorotea estaba asistiendo a un herido que traía un brazo casi colgando y un ojo destruido por la metralla. Apenas le contestó por sobre el hombro:

—La vide ir al ojo de agua más temprano, no sé cuándo volvió.

La respuesta heló la sangre de Bautista. Como poseído, ignorando el dolor que desde hacía horas perforaba su pierna lastimada, recorrió los terrenos aledaños, reprimiendo el grito que a cada momento subía a su garganta. No quería desgraciarse llamándola, todavía no.

La noche cayó tristemente sobre la tropa derrotada. Pronto todas las fogatas ardieron y en cada tienda se veían sombras movedizas. Quizá fuesen amantes reencontrándose, o tal vez heridos en agonía... Bautista estaba sentado frente a su fuego, pensando.

Muriel había huido. Contra todo pronóstico, de manera insólita, sin que nadie hubiese visto cómo, la pérfida había logrado burlarlo. Cuando menos lo esperaba. Debió de haber encontrado su oportunidad de repente, pues ni siquiera se había llevado sus cosas, apenas un vestido. ¿Habría acudido alguien en su auxilio? Él no creía que nadie pudiese trasponer la guardia, debió de haberla ayudado algún «pasado». Mejor sería que ese hombre no se hallase en el campamento, porque si no, él no tendría remilgos en ensartarlo, después de que le dijese dónde había ido Muriel.

La buscaría. Aunque removiese cielo y tierra, la hallaría. Se lo prometió mientras miraba las estrellas, sus antiguas amigas que jamás lo defraudaban.

—Te voy a encontrar, maldita —murmuró en una mezcla de congoja y

rabia—, y vas a saber quién es Bautista Garmendia. No el de antes, sino el de ahora.

La oscuridad ocultó sus lágrimas de infortunio. Todo el universo obraba en su contra: la batalla perdida, los compañeros muertos, la guerra que se prolongaba de modo indefinido... y la pérdida por la que su corazón más sangraba, la de su paraguayita.

—Aunque me lo quiten todo —dijo de pronto, levantándose—, aunque no tenga más que el río, ¡no me rendiré jamás! Con estas manos —y las levantó frente a sus ojos, callosas y cubiertas de costras de sangre— labraré un nuevo hogar y empezaré una nueva vida. ¡Lo juro!

Su silueta se recortó sobre el resplandor de la luna como un tótem antiguo. Las estrellas titilaban todavía cuando se durmió al raso, mirándolas. Y a la mañana siguiente, mientras la neblina del alba cubría el campamento, Bautista ya se hallaba de pie, fortalecido con un baño en el ojo de agua y listos sus pertrechos para acudir a las órdenes de quien fuese.

Capítulo 19

Sin pueblo y sin soldados

El buque ataúd que llegó a Buenos Aires con su triste carga fue recibido por una multitud silenciosa y acongojada. A medida que descendían los precarios féretros, se dejaban oír llantos y gemidos. Ocho mil víctimas se contaban, entre ellas Francisco Paz, el hijo del Vicepresidente de la República. Y el Regimiento Tercero de Infantería, llamado Tres de Oro por su heroísmo, había sido diezmado.

Ya circulaba la expresión «el déspota porteño» para referirse a Mitre, y los rumores se elevaban como el zumbido de las abejas en el aire primaveral de la ciudad, festoneada de madre selvas. Se cumplió aquella premonición que el propio Presidente tuvo antes de la batalla: los diarios se ensañaron con su persona, tildándolo de incapaz, inútil, empecinado, cuando no de aliado de la Casa de Braganza, que ya resultaba odiosa en el sentir popular. Al fin y al cabo, ¿qué sacaba la Argentina del famoso tratado? Todas las ventajas las había conseguido el Imperio.

De eso se hablaba en el café de Los Dos Chinos aquella mañana. Ya era tradición franquear el pórtico escoltado por dos grandes estatuas de oriente, y alternar con conocidos protagonistas de la vida política que solían frecuentarlo. En medio del tintineo de los vasos, se elevaban las voces de los concurrentes. Algunos habían juntado las mesas para formar un conciliábulo mayor, y discutían sin cuidarse de las opiniones del vecino.

Don Claudio estaba a sus anchas, eufórico y deseoso de dirigir el debate. Un hombre enarbolaba un diario donde se reproducía parte del tratado de la

Triple Alianza que lord John Russell, el canciller inglés, había publicado en una serie de artículos, y que Alberdi tradujo al español. Los diarios argentinos dispersaron como ráfagas esa información.

—¡Es inaudito! —exclamó un hombre con el semblante enrojecido—. ¡Se reparten el territorio paraguayo antes de saber si ganaremos la guerra! —y blandía el periódico donde había aparecido la noticia del tratado.

—No nos hagamos eco de los intereses británicos —dijo un caballero barbado, al ver el pliego que el otro sostenía—. ¿O no sabe usted que a Inglaterra le conviene acabar con una guerra que complica sus negocios, aunque sea difamando? ¡Paraguay era un cliente perfecto!

—Me extraña, señor, que no entienda los vericuetos de la política internacional. Publicar el tratado secreto en estos momentos es un plan, así de sencillo. Un golpe de efecto para atraer sobre los aliados la crítica de las naciones.

—No sería ésta la primera vez que desde afuera nos endilgan nuestros defectos, sencillamente porque los tenemos ante nuestras narices y no nos damos cuenta, así de necios somos.

—¿Y qué se dice de un diplomático que revela documentos secretos? ¿Qué nombre le daría usted a esa conducta? —bramó otro.

—Es probable que a Inglaterra le haya convenido esta guerra al principio y en cierto modo la haya fomentado, como quien no quiere la cosa, porque el control de los ríos por parte de López la perjudicaba, pero ahora, que se vieron las intenciones del Brasil... Ahora es cuando decide evitar que se prolongue —decía un hombre de aspecto distinguido y culto, en un tono de voz que causó impacto entre los oyentes.

Don Claudio se dirigió hacia esa mesa donde se barajaban cuestiones de mayor envergadura que los caprichos de Tamandaré y sus celos hacia Mitre.

—Tiene razón —aseveró, sentándose sin que lo invitasen—. ¡España es testigo de la malicia inglesa! ¡Nos han vituperado con la malhadada «leyenda negra», una sarta de barbaridades que sin permiso fueron traducidas al inglés y a otras lenguas! ¿Para qué, digo yo? ¡Para calumniar a España y justificar las revueltas americanas que luego llevarían a la independencia!

Un sujeto que había permanecido callado lo miró con severidad.

—Espero que no esté sugiriendo que fue un error luchar por la independencia de América.

—¡Claro que no! —se apresuró a aclarar el castellano—. Lo hecho, hecho está, qué remedio... Pero no deja de ser curioso que de nuevo tengamos a los extranjeros merodeando en una lucha que no es de su incumbencia.

—En eso tiene razón el caballero —intercedió otro, que hablaba a dos puntas, según los temas que se tratasen—. Esta guerra no habría sucedido si el Brasil no estuviera empeñado en meterse en la política del Río de la Plata.

—Veo que el señor se siente como en casa —agregó risueño un hombre de a pie que degustaba un licor junto a la barra, refiriéndose a la manera en que don Claudio había mencionado a «los extranjeros».

—A mucha honra —le respondió éste—. Hace rato ya que vivo con un pie en Castilla y otro en el Río de la Plata, qué le va uno a hacer, si se está criando a una hija criolla y entre criollos. No es que lo lamente, entiéndase bien...

Las risas disminuyeron la tensión del debate y uno de los asistentes aprovechó para introducir otro asunto en la discusión.

—¿Sabían que Mitre vuelve a Buenos Aires? Dicen que pasa el mando del ejército aliado a su par brasileño.

—¿Quién, Tamandaré? —exclamaron con horror algunos.

—No, ése también se va. El marqués de Caxías es el nuevo comandante en jefe. Y ahora que pueden obrar a su antojo, los brasileños van a cargar con todo contra el Paraguay.

Hubo un silencio conmisericordioso. ¡Qué sería del país ante una avanzada sin tregua, si ya el ejército y casi todo el Paraguay estaban destrozados! El imperialismo brasileño molestaba a los que comulgaban con principios liberales.

—No olvidemos cuál es el verdadero problema aquí, señores —sentenció una voz desde el fondo de la confitería—. Las rencillas políticas vienen desde antes. ¿O no sabemos que ahora los partidarios de Alsina apoyan la candidatura de Sarmiento en contra de Mitre? Y los jefes militares, que deben luchar juntos, ¿acaso no son los mismos que se apedreaban antes por las calles por sus diferencias de ideas? La guerra nunca dejó de ser el teatro de

las banderas políticas, mal que nos pese. Así nos va —agregó, y para dar énfasis a sus palabras, dejó la propina sobre la mesa y se fue.

Un estallido de protestas aumentó el barullo del local, y ni los aspavientos de don Claudio, ni intento humano alguno, pudieron calmar los ánimos exacerbados de aquellos hombres que vivían los sucesos con la pasión heredada de los conquistadores españoles.

—¡Señores!

La voz estentórea logró ese imposible. Un hombre fornido, vestido con el uniforme de la Guardia Nacional, se puso de pie entre las mesas. En el quepis, algo ladeado sobre el ojo izquierdo, se leía el número cinco, del batallón al que pertenecía, bordado en hilos de oro. Hubo un murmullo de conmiseración cuando la levita recta, desabotonada, dejó entrever la falta de la pierna derecha, acentuada por el pantalón doblado hacia arriba. Era una bella estampa viril, pese a las muletas que necesitó para erguirse.

—Es un teniente primero —susurró alguien, al ver los dos galones dorados en el quepis.

El oficial paseó su mirada irregular sobre la concurrencia antes de empezar, con voz calma que fue calando hondo en los asistentes.

—Entiendo que las noticias de los diarios y los rumores hagan su propia historia de la guerra, pero no puedo entender que se reduzca a un manojito de intereses mezquinos el sacrificio que nuestros hombres están haciendo en el frente. ¿Acaso ninguno de ustedes tiene alguien a quien llorar, un alma que le despierte misericordia? Allá, en la tierra hostil del enemigo, los batallones se cubren de gloria día tras día, sin que uno solo de los soldados sepa que aquí, en Buenos Aires, se arrojan sobre la mesa, como cartas mal barajadas, las páginas de sus hazañas. Hay prisioneros, señores, de los que no sabemos nada desde hace meses, y tememos no saberlo nunca. Otros han muerto en los cuarteles paraguayos debido al hambre, al cepo colombiano, a los latigazos y a las interminables tareas y marchas forzadas. Y en los campamentos, los soldados pasan sus días sin saber si esa misma noche sufrirán un ataque emboscado y acabará su vida, aún antes de ennoblecer su nombre con la valentía en la batalla. Muy fácil se habla, señores, cuando se tiene la panza llena y se descansa en plumones blandos cada noche; muy fácil se escriben

artículos y críticas de lo que sucede en la frontera, cuando no se duerme arrullado por la metralla ni urge tomar decisiones, tal vez fatales. Yo he perdido una pierna y un ojo en la guerra —y todos murmuraron, pues ya habían advertido que el ojo izquierdo del teniente miraba raro, como si no se dirigiese a nadie en particular—, y no me quejo, todo lo contrario; antes bien, lamento haber tenido que regresar a Buenos Aires para curarme y tramitar mi pensión, ya que mi deseo era mantenerme en mi puesto y dar mi sangre toda, si hiciera falta, para defender la patria. Yo no quería regresar —insistió con tono más subido—, por lo que pudiera pensarse de mí en la ciudad, tal vez que mi venida se debiera a cobardía, o a comodidad. Pero veo que mal pueden atribuirme esos defectos quienes se limitan a beber y opinar, con la mayor gratuidad, sobre un asunto que compromete al país. Ahora mismo me lanzaría de nuevo al Paraguay a ofrecer la pierna que me queda, aún herida hasta el hueso como la tengo, antes que permanecer entre gente que menosprecia la vida de sus compatriotas, mientras su sangre se está derramando a raudales en los campos de batalla.

Un silencio sepulcral coronó el final del improvisado discurso del teniente primero Fausto Sánchez. Los que habían tomado la palabra minutos antes, miraban el fondo de su jarro de café o tamborileaban sus dedos sobre las mesas. Nadie se atrevió a pronunciar palabra.

Nadie, salvo don Claudio Santander Olmos. El castellano, conmovido, corrió a ofrecer su mano al teniente Sánchez.

—¡Hombre! Ni en mi tierra podrían haber hecho una mejor defensa, ni con tanta labia. Caballeros —dijo luego a los demás—, veis ante vuestros ojos a un militar de pura cepa, un valiente, que hoy nos ha dado una lección. ¡Mandemos a paseo a todos los escribientes, que los sucesos los cuenten los que los han vivido!

Al romper don Claudio el hechizo que el teniente había creado, los concurrentes estallaron en aplausos y vítores dirigidos al oficial condecorado por sus heridas; los que habían vituperado los motivos de la guerra lanzaban sus proclamas con mayor vigor que los otros, y así, la confitería de Los Dos Chinos volvió a sumergirse en el tumulto ensordecedor que caracterizaba las reuniones en esos días.

Una vez en la calle, el hombre que había hecho su salida teatral antes de la intervención de Fausto Sánchez, se caló el sombrero, dobló en la esquina de Chacabuco y caminó por la vereda donde un sauce se recostaba sobre un muro capturado por la hiedra. La brisa del río sacudía las margaritas en los zanjones. Se detuvo para esquivar la rueda de un carro y luego siguió, acompasando su marcha al trino de los pájaros en la enramada. Sus pensamientos se iban desgranando con lentitud. No lo había dicho todo. En pocas horas se sabría que se tramaba una revolución para derrocar a Mitre y que las provincias del interior habían formado una poderosa liga en su contra. Suspiró y metió las manos en los bolsillos. Esa guerra había pescado a la Nación aún en ciernes, intentando organizarse. Sería un milagro que no volviesen a los tiempos de la secesión de Buenos Aires. Los países jóvenes podían ser presa de los intereses de otros más poderosos. Palpó en su bolsillo el pliego que no se animó a leer en la confitería. Era un artículo de Juan Bautista Alberdi, que desde París hostigaba a Mitre por participar en esa guerra. Lo desplegó y leyó para sí un párrafo:

«La guerra contra el Paraguay está llevada contra su propia raza, su pueblo, su familia a favor del pueblo portugués, que en 1817, cuando San Martín escalaba los Andes para defender la libertad de la Patria en Chile, incendiaba, saqueaba y convertía en escombros veinte pueblos argentinos que serían hoy el florón de la provincia de Corrientes, si existiesen».

No podía deshacerse el mal causado, aunque tal vez se estuviera a tiempo de ensayar una retirada honrosa. El hombre estrujó el papel en su puño y echó a andar, mortificado. Su figura se perdió en un centelleo de sol, justo cuando un cortejo fúnebre cruzaba la calle. En el carruaje, el ataúd de un soldado llevaba escrito, entre flores y cintas: «Muerto por la Patria, con honores».

Don Bartolo repasaba en su mente la discusión sostenida con Emilio Mitre, su hermano de temperamento tumultuoso, tan distinto a él. Al dirigirse al ministro de guerra, Gelly y Obes, éste les enrostró la realidad que les tocaba vivir: los pueblos del interior rechazaban ir al frente y batallones enteros desertaban. Ni los grilletes, ni las tratativas, ni los engaños habían

dato resultado. La Argentina parecía un caldero hirviente. El ejército entrerriano se había sublevado. ¡Dos veces! Nunca, como en esa ocasión, lo habían hecho hociquear a Urquiza. Idéntica situación se vivió en La Rioja, Catamarca, Salta, Córdoba... Si los correntinos se habían resistido al principio, ahora en cada territorio surgía la insurrección cuando de formar la tropa de línea se trataba. ¡Cuánta razón tenía el marqués de Caxías, actual comandante en jefe, cuando lo llamó «general sin pueblo y sin soldados»! Qué lejos quedaban aquellos días en que el fervor porteño le brindaba adhesiones continuas, ofrecimientos de espadas y pistolas, expresiones de solidaridad y pedidos de alta en el ejército de los veteranos de antiguas luchas...

Había sido un ingenuo al creer que aquella contienda finalizaría en tres meses.

No contaba con el heroísmo del pueblo paraguayo.

Los festejos por la victoria de Curupaytí se aguaron un poco a causa de la muerte del general Díaz, a quien Pancho tanto apreciaba. Él fue el héroe de aquella gesta gloriosa. Ah, qué momentos de esplendor hubo entonces, al término de la batalla donde los enemigos perdieron de manera ignominiosa... La banda tocaba el himno al Mariscal y brindamos en el cuartel general, en medio de la música de las arpas y los violines. Duró toda la noche el concierto de tambores de las mamákumanda.

Las trincheras rebosantes de camisas rojas, y Pancho entre ellas. Por fin obtuvo la recompensa que esperaba. Ahora se dará cuenta de que mis consejos son valiosos, pues fui yo quien le sugirió fortificarse, siguiendo el plan de Wizner von Morgenstein, después del desastre de Curuzú.

¡Qué elocuencia la de mi Pancho al ensalzar esta epopeya! Sus sueños de gloria son míos también, somos una sola alma en la idea de fundar un imperio, el Imperio del Paraguay. ¿Acaso no eran paraguayas las tierras de las Misiones? ¿Por qué no restituirlas a su

antiguo dueño? Junto con el Mato Grosso, serán un inmenso y rico territorio que no tendrá igual en esta región del sur.

El duelo por el general Díaz ocupa el pensamiento del Mariscal, por ahora. Tanto lo quería, que cuando hubo que amputarle la pierna, ordenó que la embalsamaran. Pero la gangrena avanzó y el glorioso general nos sumió a todos en la desdicha. Cómo lo lloró el ejército... Pienso que, si un hombre es tan amado por el pueblo, merece la gloria eterna. Lo mismo será en el caso de Francisco, pues los paraguayos lo idolatran.

No así los asuncenos de alta clase. Ellos traman en su contra, como quedó demostrado. Hemos conseguido desbaratar una gran conspiración, en la que estuvieron involucrados ¡hasta los familiares de Pancho! Sus hermanas, sus cuñados, su hermano Benigno y su madre, qué vileza... Pancho ha sido firme en el castigo. Hasta su propia madre recibió latigazos, por su orden. Creo que piensa perdonar a sus hermanas porque ellas le han suplicado, pero tanto sus cuñados como su hermano serán ejecutados. El interrogatorio no dejó lugar a dudas: querían destronarlo para que otro ocupase su lugar, de seguro Benigno, aunque harían la parodia de las elecciones en el Congreso. Todo un fraude.

Así se convencerá Francisco de que sólo puede confiar en mí por completo, ya que su propia sangre lo traiciona. Pude sonsacar la información clave al nuevo cónsul francés, Cuverville, que come de mi mano, buen vino mediante.

El coronel Vallejo Flores cayó en la redada. Se salvó cuando ejecutaron al general Robles, pero ahora que su esposa se pasó al campo aliado, no tendrá salvación, Pancho ordenará su fusilamiento. En cuanto a su estirada madre y su hermana, van a enviarlas lejos, junto con otras destinadas. Doña Melchora tuvo el tupé de insinuar que yo me había quedado con parte de las joyas ofrecidas en la Comisión de Damas. ¡Si ellas mismas fabricaron la espada de oro y piedras que regalaron al Mariscal! ¿Acaso reniegan de su vena patriótica, entonces? Además, con los ríos cerrados, esas joyas no

sirven para comprar nada.

Hay traidores por todas partes. El mismo Charles Washburn ofició de mediador para conseguir el exilio de Pancho, y ofrecía su casa para las reuniones. Todos: parientes, amigos, comerciantes y extranjeros (pensar que les abrí las puertas de mis casas), como ese infame de Cocholet, que no hace sino injuriarnos, quieren atraer el descrédito de los demás países. Ya la nación norteamericana envió un barco en auxilio de sus ciudadanos. Todos quieren abandonar el Paraguay ahora, después de haberse enriquecido a su costa. De Buenos Aires llegó una legación para pedir por los residentes ingleses. Pancho fingió aceptarla, y por fin se desdijo. Hay que vigilarlos a todos. Hasta teme que lo envenenen aquí, en Paso Pucú. Más de una vez se ha sentido mal del estómago.

A veces diviso unos globos que flotan sobre nuestras cabezas. Me dicen que los envían los del imperio, para saber dónde se hallan las trincheras paraguayas. Los mandos aliados han cambiado y el actual jefe, un tal Caxías, es muy osado. ¿Quién asegura que no fue aleccionado por Benigno?

Mucho me temo que evacuaremos de nuevo, ya que no hay escuadra que frene el avance desde el río, y por tierra las fuerzas están agotadas. Contamos aún con los niños y sus madres. Si son patriotas, lucharán hasta morir.

Ya se vació la fortaleza de Curupaytí, y Pancho ordenó evacuar a todos los pueblos que se hallan a cien millas alrededor del Cuadrilátero. «Quemen los cultivos», les dijo. Tiene que haber un páramo entre los aliados y nuestras fuerzas.

La infamia del enemigo no tiene nombre. El tratado secreto se divulgó en Europa y ahí se conocieron sus aviesas intenciones. Los países civilizados han levantado sus voces contra tamaña bajeza.

Hubo que evacuar Asunción. Lamento no haber podido poner en práctica mis planes de reforma, pero a la vez me alegra saber que las familias que tanto me despreciaron mendigarán por los caminos. Yo pude ir antes, porque Pancho dejó una brecha, un trozo de río, entre

la capital y Humaitá. Qué tristeza ver la ciudad desolada, recorrida sólo por lisiados o mujeres de luto. Todas las tiendas de la calle Palma estaban cerradas. Por suerte, había llevado conmigo algunas chucherías, ya que ni siquiera pude comprar jabón en el mercado. Saldé mis cuentas y volví enseguida junto a Pancho. Él me necesita. Cumplí con su encargo: recogí los títulos, las joyas, los cuadros y el dinero, aunque nada pude hacer con mis palacios, que quedaron a merced de lo que ocurra. Sólo busco asegurar el futuro de mis hijos. Ellos estarán conmigo, pase lo que pase.

Hay momentos en que me asalta el temor de que mi sueño de vivir como emperatriz de estas tierras generosas no se cumplan, y sin embargo, aquella diadema de brillantes que me regaló mi padre parecía profetizar ese destino. ¿Cuál será, entonces?

El campamento es una desolación, no hay papel ni tinta, salvo los que yo traje de mis casas de la capital. Usan fibra de palmera y jugo de poroto negro para escribir. Hasta la piel de oveja sirve como pergamino.

El otro día, mientras daba mi paseo matinal, me topé con una fila de soldados que orinaban en un tarro; el oficial que los animaba me explicó que dejarían evaporar la orina para usar la sal que quedara y mezclarla con pirita, a fin de fabricar pólvora. También sé que hacen jabón casero con grasa y cenizas. ¡Antes muerta que pasarme ese menjunje por mi piel!

Acaban de dar la orden de evacuar hacia el Chaco, siguiendo la ribera. Dejaremos Paso Pucú porque los aliados han conseguido rebasar el río y, aunque no tomaron la ciudad, siguen viaje aguas arriba. Todos los bienes y pertrechos deberán ser transportados en vapor. La soldadesca irá en balsas o canoas, están acostumbrados.

Nos espera Monte Lindo. Por ahora, será Luque la nueva capital, hasta que se recupere Asunción para los paraguayos.

[...]

Ya estamos instalados en San Fernando. Están construyendo las

chozas, los talleres de armería y una iglesia pequeña, pues Pancho se ha aficionado a oír misa.

Estas tierras son más elevadas que las que tuvimos que atravesar. ¡Cuánto barro, cuánto padecer en ese camino bordeando selvas vírgenes! El Chaco es un territorio salvaje que no conoce la huella del hombre. Bosques y barro, barro y bosques...

Hubo que improvisar puentes para cruzar los ríos, utilizando vigas y troncos. Pancho tiene un espíritu especial para tratar a sus hombres. En medio de las penurias de la travesía, él los anima en su lengua y ellos recobran sus fuerzas. Dormimos a orillas de un río rojo al que llaman Bermejo, pero ya estábamos fuera de la vista del enemigo. El cruce fue espantoso: el fango absorbía los carros y los animales sucumbían, tragados por la masa líquida. Mucho equipaje fue llevado sobre los hombros. Pancho, los niños y yo, marchábamos por delante, y nos seguía una caravana inmensa de paraguayos que pisaban sobre nuestros pasos.

Fue sorprendente que los acorazados nos dejaran cruzar los ríos. Pudieron haber bombardeado nuestro barco, si querían. Era imposible que no nos viesan acarrear animales, tropa, muebles... En ocasiones, los soldados y los civiles debían aguardar, con el barro hasta las orejas, a que pasaran los buques que patrullaban la costa, para luego seguir el cruce en canoas.

Así fuimos poblando San Fernando, y respirando el aire más puro que brinda la altura. Es un avance como el de las hormigas, esforzado y silencioso.

Mi asistente me comentó que los oficiales que entraron en Paso Pucú revisaron el cuartel, de seguro esperando encontrar tesoros enterrados. Uno de ellos atisbó bajo mi cama, vio mis zapatos negros de satén y se los llevó. No hace falta ser muy perspicaz para saber que piensa obsequiárselos a su esposa, tal vez a su amante...

¡Que aprendan del estilo de Madame Lynch! (1867-1868)

Capítulo 20

Cabos sueltos

Provincia de Corrientes, Argentina, septiembre de 1868

Rosa contemplaba los esteros desde el piso alto donde se había instalado, en el dormitorio que compartía con Rete Iriarte. Aquella habitación era un gigantesco mirador que dominaba el paisaje de El Aguapé. En una mañana como aquélla podía captar el centelleo de las aguas de la laguna bajo el sol, y contar las bandadas de patos y garzas que rozaban las palmeras lejanas. El inmenso camalotal que rodeaba la estancia se balanceaba, como una alfombra mágica, creando la ilusión de campos verdes.

También podía ver a Violeta en el Palacio de las Aves, erguido en medio de la llanura acuática, con sus cúpulas teñidas de azul y oro, sus ánforas y sus pabellones extendidos sobre el manto de grama. Una escultura del ciervo de los pantanos custodiaba el pórtico principal, coronado por una filigrana dorada. Aquel edificio había sido construido con la intención de albergar aves exóticas, aunque no habían podido impedir que las que habitaban los esteros incursionasen en él a través de las aberturas. Violeta pasaba allí gran parte del día, secundada por Manu Iriarte, convertido en su sombra guardiana.

Desde que Rete la sorprendió, al cabo de aquel viaje repentino, con la llegada de su hija, Rosa no pudo resistirse a sus avances y permitió que la cortejara como a una princesa y la llevase a su cama, sin papeles de matrimonio. Su gratitud hacia él no tenía límites. Saber que, durante todo el tiempo que duró su cautiverio en el Paraguay, Iriarte había estado preocupado por mantener a la niña segura, aunque fuese en manos de mujeres sin moral,

derrumbó la resistencia de Rosa, que pensaba mostrarse digna ante él. ¿Qué podía hacer? El vasco le había devuelto su motivo para vivir.

Mientras contemplaba la figura de Violeta, empequeñecida por la estatura de Manu, Rosa rememoró aquel día de dicha.

Se encontraba entonces bordando una túnica de algodón, pues en El Aguapé no le permitían hacer otra cosa sino bordar o cultivar el jardín. Las tareas rústicas a las que estaba acostumbrada corrían por cuenta de los sirvientes y, como le dejó en claro Iriarte apenas llegaron, ella era una huésped de honor. Una invitada a la que el patrón tenía acceso, por cierto, y con harta frecuencia. Rosa se avergonzaba de la facilidad con la que sucumbía a los avances de Rete. Él viajaba seguido, y cuando regresaba, los encuentros íntimos eran devastadores para su pudor.

Aquella mañana, Rosa lo vio venir desde lejos, acompañado por varias siluetas que no podía distinguir debido al contraluz de las aguas. A medida que los perfiles se fueron dibujando mejor, captó la presencia de dos mujeres. En una conoció enseguida a Delia Guzmán, y a punto estuvo de levantarse mordida por los celos, cuando su ojo captó la identidad de la otra. Iba montada en una yegüita que trotaba a la par de la montura de Iriarte, con una hidalguía que la sorprendió. Más atrás, como si custodiara la comitiva, un muchacho en el que reconoció al hijo del vasco.

—¡Violeta! —clamó su corazón de madre, y el grito resonó en la galería embaldosada.

Corrió, olvidando la costura que cayó a sus pies, y cuando llegó a cierta distancia extendió los brazos, demasiado conmovida para hacer o decir algo. La niña se arrojó de su cabalgadura y salió a su encuentro. Ambas se fundieron en un abrazo tan estrecho, que sus corazones latieron al unísono por un momento. Rosa reía y lloraba. Violeta sólo reía, pues había tenido tiempo de hacerse a la idea de ver a su madre de nuevo, durante el trayecto. Rete Iriarte observaba desde la altura de su caballo, satisfecho. Delia Guzmán se aproximó y Rosa miró con recelo con qué ternura acomodaba un pliegue del vestido de su hija, un vestido lleno de volantes que ella no le conocía. Reparó entonces en el cambio producido en Violeta. Seguía siendo una niña, aunque los ojos, de un añil más intenso, si eso fuese posible, aparecían

velados por espesas pestañas que le conferían una mirada lánguida y sensual; el cabello ya no iba desgreñado sobre la espalda, como ella acostumbraba, sino recogido por una cinta azul que hacía juego con las flores del vestido. Y su cuerpecito delgado vaticinaba una esbeltez que llamaría la atención. Su hija se había convertido en una belleza extraordinaria. Temerosa de lo que aquello podía significar, su mirada se enfrentó con la de la Loba.

—Acá está tu *memby kuña*. La cuidamos como a un tesoro, tu hombre te lo puede decir.

Aquella referencia a la relación que mantenía con Rete Iriarte la hizo sonrojar. La Loba no era ninguna tonta, lo debía saber desde antes de que sucediera. Rosa alzó la barbilla y respondió, tragándose su orgullo:

—Le agradezco como madre que haya cuidado de mi hija durante mi desgraciada ausencia. Si hay algo que pueda hacer para devolverle el favor...

Delia la miró con sorna. ¿Si había algo? Ya estaba la esperanza muerta en eso, desde que Iriarte la había elegido como su amante. Todavía podía haber soñado con llevarse a Rosa Garmendia al sitio donde pensaba construir su nuevo burdel, lejos de los avatares de la guerra, si no hubiese entendido que el destino de Rosa estaba sellado. Con un hombre como Iriarte, no cabía ninguna negociación.

—Ya vendrá un tiempo en que nos veremos las caras de nuevo. Por ahora, parto con mis cachorras hacia otro lugar. En esta tierra no quedan hombres que nos permitan sostener el oficio, todos están en el frente o estropeados.

Rosa acercó a Violeta hacia ella, como protegiéndola del significado de las palabras, pero Delia no se inmutó y prosiguió su relato.

—Dicen que en la selva hay un sitio donde no manda nadie, ni los de López, ni los de Mitre, ni el Imperio, es un lugar olvidado de todos, y hacia allí nos vamos. Fue obra de la Providencia que el señor Iriarte llegara justo en este momento para buscar a tu hija, porque de no ser así, habríamos debido llevarla, qué otra cosa podíamos hacer... Ella se ha encariñado mucho con nosotras, sobre todo con Lily.

El comentario despertó el interés de la niña.

—Mamá, quiero volver a ver a Lily algún día... ¿Podré visitarla?

Ante la confusión de Rosa, Iriarte tomó la palabra.

—Cuando la guerra termine. Yo mismo te llevaré a la nueva casa de Lily.

Rosa lo miró horrorizada, y se encontró con los ojos de fuego del vasco. Le estaba diciendo que olvidara sus remilgos y, quizá, que ella tenía más en común con las cachorras de lo que pensaba. Amoscada, Rosa bajó la cabeza.

—Cuando la guerra termine —repitió—, iremos a...

—Le dicen «el quilombo del Gran Chaco» —aclaró Delia divertida— y ya hay bastantes desertores viviendo allá. Dicen que hasta se matrimonian los argentinos y los brasileños con las paraguayas. Quién sabe... quizá sea la mejor garantía de paz.

Rete Iriarte sonrió. Se compadecía un poco de Rosa, pero ella debía perder ese envaramiento que la alejaba de los demás, entender que la guerra era un estado de cosas que cambiaba todo, y abrirse ante los otros como se abría ante él por las noches. Debía ser de una pieza, y no ocultarse tras un falso pudor.

Aquel día, Rosa se sintió dichosa y humillada a la vez. Tenía a su hija junto a ella, y también estaba en deuda con unas putas que su amante consideraba dignas de ser visitadas.

La risa cantarina de Violeta la sacó de sus recuerdos. La niña señalaba un abejaruco que revoloteaba en torno a la ventana de una de las naves.

—¡Vamos! —lo alentaba—. ¡Entra de una vez!

Manu sonreía y la miraba, embelesado. Junto a ellos, Dragón permanecía echado, como si aquellos menesteres no fuesen dignos de su atención. El otro mastín, Cíclope, sabía que no formaba parte de aquel grupo y seguía a su patrón a todas partes.

Rosa se abrazó la cintura, estremecida por todo lo vivido y por la conciencia de lo que podría haber sucedido. Sólo le faltaba una cosa para ser feliz por completo: saber de Bautista. Conocía que se hallaba en la guerra, combatiendo por Corrientes y por la patria, pero las noticias del frente no eran alentadoras. Rete era un hombre informado y con muchos contactos, por él se enteraba de los sucesos casi al tiempo que ocurrían. Así supo que el Presidente Mitre debió delegar el mando general de los ejércitos para hacerse cargo del gobierno, cuando murió el Vicepresidente Marcos Paz, y que una

sublevación de las provincias en Cuyo lo obligó a distraer parte del ejército de la guerra.

Había habido otras revueltas, como la de Felipe Varela, que tuvo el apoyo de los hombres fieles a Urquiza. Se alegraba de vivir en El Aguapé, a resguardo de las vicisitudes políticas y de los peligros que asolaban a las provincias del interior.

Había pasado tanto tiempo, sin embargo, desde que fue capturada por los paraguayos...

Conociendo la mansedumbre de Bautista, Rosa suponía que él también debía de haberse resistido a pelear, aunque no quería pensar que hubiese corrido la suerte de los desertores. Más de una vez revoloteó en su mente la idea de escribirle al frente de batalla, y siempre la retenía el mismo temor: que su hermano la juzgara mal por vivir en pecado. Bautista ignoraba hasta qué punto ella captaba sus sentimientos más recónditos. Y en ese pozo profundo no había perdón. Por otro lado, otro temor la asaltaba: que fuese demasiado tarde para implorarlo, que Bautista muriese en la guerra y quedase todo por decir entre ellos. Lo único que la tranquilizaba era la ansiedad que a menudo percibía en Violeta, pues la niña era intuitiva, y si su espíritu continuaba aguardando el regreso del tío, era porque él se encontraba a salvo.

—¡Mamá! ¡Llegaron las golondrinas!

El grito jubiloso provocó un par de ladridos de Dragón y un revuelo de mariposas, cuando Violeta echó a correr hacia la orilla del estero. Desde allí se veía un cúmulo de motas negruzcas que avanzaban raudas hacia el sur, con la extraordinaria precisión del instinto. Rosa sintió una punzada de dolor. Las golondrinas. Ella recordaba con cuánta alegría las esperaban, en vísperas de primavera. A veces aparecían algunas pioneras que se detenían en los alrededores de la casita del recodo para reponer fuerzas, mientras las demás llegaban, desde el norte del continente, cortando el azul del cielo con sus colitas sesgadas. Bautista y Violeta jugaban el mismo juego, cada año: intentaban contar el mayor número de aves antes de que el manchón viviente desapareciese de su vista rumbo a Goya, donde anidaban. El dulce recuerdo le horadaba el corazón. Enjugó una lágrima al escuchar el gozne de la puerta del cuarto al abrirse. Rete Iriarte se le acercó por la espalda y rodeó su cintura

con sus fuertes brazos.

—Esta noche —le susurró al oído— navegaremos hacia el manto de irupés. Quiero hacerte el amor en medio de su perfume.

Rosa se estremeció. Aquel hombre no parecía saciarse jamás de su cuerpo, inventaba mil formas distintas de amarla y satisfacerla, y ella debía reconocer que se había tornado audaz también. Al principio, su temor de ser malinterpretada la mantenía rígida en sus brazos, pero a medida que el vasco la obligaba a descubrir el placer que podían brindarse el uno al otro, se dejó llevar y aprendió a disfrutar. Lo único capaz de oscurecer esa dicha era la incertidumbre sobre el futuro. Le hubiese gustado atreverse a preguntar si él la veía como una esposa o sólo como una amante. Temía encontrarse amancebada con un hombre cuando la guerra terminase, cometer el mismo error dos veces.

Campamento aliado en el Paraguay

—Miserable. ¡Ladrón!

Bautista apenas conseguía sujetar al cabo Cáceres, empeñado en insultar al tendero que quería cobrarles ¡cuatro pesos!... la bolsa de tabaco. El campamento de Villa Franca se había convertido, como todos los anteriores, en un bazar turco. Por doquier se alzaban los ranchos donde todo se compraba y se vendía. Los soldados acudían con lo que se les daba para vicios, y el regateo comenzaba. Aquellos que medraban con las necesidades de la guerra no tenían piedad, y cobraban a precio de oro las mercancías que en cualquier otro lado valdrían mucho menos. Hasta el Generalísimo había denunciado aquellos abusos, sin que hubieran podido evitarse.

—Mal nacido.

—Basta ya.

La voz autoritaria del sargento Mendoza cortó el chorro de impropiedades que estaba a punto de soltar el cabo e impidió el altercado que de seguro sobrevendría.

—Pague al señor lo que debe o devuelva la mercadería.

A regañadientes, amenazando con la mirada al tendero, Cáceres arrojó sobre el catre que hacía de mostrador las monedas pedidas y se cuadró ante su superior antes de marcharse. Mendoza se quedó mirándolo y murmuró, para sí:

—Problemas.

Bautista permaneció unos segundos comprando un mazo de naipes para reemplazar el que las lluvias habían empapado, y luego echó a andar rumbo a su tienda. Aquella situación mercenaria lo molestaba profundamente. Era un rostro de la guerra que no se correspondía con los sacrificios y padecimientos de la tropa, tanto la de un lado como la del otro. Para él, los que lucraban enriqueciéndose con las necesidades del pobre soldado eran tan buitres como aquellos que planeaban sobre los cadáveres al terminar la batalla. Asqueado, se sentó sobre un tocón y peló el cuchillo para tallar un trozo de madera que llevaba en el bolsillo. Era una actividad que lo relajaba, como cuando cortaba la leña en el recodo, liberando toda su fuerza en cada hachazo. En los intervalos prolongados en los que no se luchaba, su necesidad de algún ejercicio que consumiese sus energías era imperiosa. Ya no tenía mujer con quien desahogarse ni ganas de buscarse otra, aunque lo merodeaban algunas cuarteras desde hacía tiempo. Salvo Carmela. La mujer lo eludía de modo ostensible, y si bien Bautista no guardaba un recuerdo especial del encuentro que habían tenido, aquello lo intrigaba.

La noticia de la huida de Muriel había corrido por todo el campamento, sobre todo porque la bella paraguayita nunca pasó desapercibida, ni para los hombres ni para las mujeres. Sólo Dorotea se atrevió a sacarle el tema, y fue más que nada para ablandarlo, pues lo notaba más violento, y se apiadó de él.

—Mirá que las hembras podemos sacar lo mejor o lo peor de un varón — le había dicho, a modo de advertencia.

Bautista no respondió, aunque el consejo caló hondo. Se volvió más taciturno y frecuentó sólo a los que le habían brindado su confianza desde el principio: Severino, Salazar, Mendoza y algún que otro soldado con el que compartía cigarros o el juego de dados en la noche, junto al fuego. Una y otra vez su pensamiento volvía al recodo donde habían sido felices, y luego hacia Anselmo. Le preocupaba el estado de su amigo, pero no tenía manera de

comunicarse con él, ya que dudaba mucho que una misiva llegase a la madriguera del brujo del Diamante.

—A punto estuvo el mocito ése de llegar a las manos con el viejo.

Leandro Paz era uno de los jóvenes porteños que no dudaron en alistarse al primer llamado del Presidente de la Nación, deseosos de ofrecer su vida por la patria, ilusionados con el regreso heroico y los amores de las niñas. A Bautista le caía bien, a pesar de sus maneras ampulosas y cierta altanería, fruto de una esmerada educación. Quizá porque le recordaba la picardía de Rufino Reyes, víctima prematura de aquella guerra. Y Leandro era muy joven, cursaba en el Colegio Nacional cuando se declaró la guerra al Paraguay. Era un mozo delgado y esbelto, de profusa cabellera castaña cuyas ondas empujaban el quepis hacia arriba, lo que provocaba la burla de más de uno.

La nariz, recta y altiva, y los ojos almendrados de color miel, completaban un rostro que, sin ser afeminado, poseía una rara belleza. Al principio, hubo miradas torvas y alusiones veladas a la masculinidad de Leandro Paz, pero no bien se produjeron los primeros entreveros, su maestría con la espada y la fiereza de la carga a la bayoneta eliminaron cualquier duda que pudiera caber sobre el joven de la Guardia Nacional.

—Tengo una novia que me espera en Buenos Aires —le había dicho una noche de juerga, un poco subido de copas—, una niña de los Lezica. Me escribe una carta cada semana.

Bautista ignoraba si lo de las cartas era cierto, ya que a medida que avanzaban sobre la tierra paraguaya, se hacía más difícil mantener contacto con la correspondencia. ¡Cuántas cartas de amor y de dolor se habrían perdido en aquellos pantanos infernales!

—No me gusta el cabo Cáceres —dijo, respondiendo a la alusión del otro.

—A mí me parece que usted tampoco le gusta, no sé por qué.

Ese comentario sorprendió a Bautista, pues casi no había cruzado palabra con el cabo en lo que llevaban guerreando. Leandro solía conversar con los soldados de diversos batallones y estaba mucho más informado que él, de modo que lo dio por cierto, y resolvió estar atento.

—Esa novia suya —dijo, cambiando de tema—, ¿esperará a que vuelva?

Leandro se encogió de hombros.

—Sería una tonta si no lo hiciese. No es lo mismo ser la prometida de un héroe de la guerra que de cualquier otro. Allá quedan algunos que fingieron enfermedades para esquivar el bulto, pero es una cuestión de honor ofrecer el pecho a las balas. Una mujer que se precie valoraría eso.

«Una mujer que se precie». Bautista pensó con amargura que Muriel no valoraba nada, ni el afecto, ni la lealtad, pues tampoco la había escuchado defender a su patria. Debía de ser una joven egoísta y malcriada, a la que todo se le brindó en bandeja, y no sabría o no querría devolver lo recibido. Recordó con nostalgia las noches de pasión, cuando la sentía vibrar en su abrazo y pensaba que ella sentía algo por él.

¿Cuánto sabría del amor aquel muchachito que con delirio poético se lanzaba a las lides de la guerra? Él lo había visto luchar con denuedo, alardeando de coraje. Quiso advertirlo, pero el corazón de Leandro Paz estaba demasiado henchido de vigor juvenil y pasión romántica, como para entender cuestiones que no fuesen de puro optimismo. Dejó que la vida se encargara de aleccionarlo y prefirió hablar de otros asuntos:

—¿Qué piensa hacer cuando todo esto termine?

El joven pareció sorprenderse. ¡Era tan obvio!

—Terminar de cursar mi último año del Colegio, por cierto, para ingresar en la Universidad. También me gustaría la carrera de las armas, aunque mi padre estará decepcionado si no estudio leyes como él... ¿Y usted?

Bautista no supo qué responder. ¿A qué podía aspirar él? Tiempo atrás, cuando la guerra aún no había caído sobre ellos, no le habría molestado decir que su única ambición era gozar de la vida salvaje del recodo y procurar el sustento de su familia. Ahora que se había abierto al mundo, conocido gente de otros países y lugares nuevos, aquel sitio se le antojaba casi irreal, como si nunca hubiese existido. Y su propia vida era un cabo suelto que no encontraba dónde anudarse. Se preguntó cómo lograría reunir a las personas amadas de nuevo en la Punta del Tigre, pues quizá también Rosa y Violeta sintiesen que ya no pertenecían a aquel lugar. Demoró tanto su respuesta, que Leandro Paz salió en su ayuda:

—Seguro que seguirá en el ejército. El peligro es excitante. Ya estoy

envidiándolo de sólo pensar que de esta guerra pasará a otra, o que la Nación lo requerirá para aplastar las revueltas en provincias. ¡Afortunado! Mientras yo me queme las pestañas leyendo aburridos artículos, usted viajará por todas partes y quizá, hasta llegue a General de Brigada.

Bautista sintió ternura por la explosión de fervor del muchacho, que en cierta forma le recordaba también a su sobrina, siempre dispuesta a la aventura. De pronto, experimentó la necesidad de hablarle de ella a ese joven porteño. Las palabras brotaron solas, sin censura. Le contó de la vida apacible en el recodo, de la dulzura de Rosa y la belleza de Violeta, le narró algunas sencillas anécdotas de la vida familiar, y hasta habló de Anselmo, sin sospechar que la figura del negrito podía ser cuestionada.

—¿No es paraguayo ese amigo suyo? ¿Y estaba justo viajando de una orilla a la otra?

La expresión de Leandro se tornó suspicaz.

—Estábamos tan cerca, que no era raro pasar de una a otra ribera —objetó Bautista.

—Los tiempos que corren no son propicios para eso, amigo mío. Mucho me temo que ese Anselmo haya sido un espía.

La mención sacudió a Bautista, no porque no lo hubiese pensado en algún momento, sino por la certeza con que Leandro lo afirmaba, como si cualquier otra excusa fuera fútil. El recuerdo de Anselmo en el médano volvió a su mente. Si lo habían torturado, se explicaba su espantoso estado. Lo que no cuadraba era la negativa del propio Anselmo a volver con su patrón, salvo que...

—¿Qué? ¿Qué sucede? —lo animó Leandro, sin duda porque vio el destello de comprensión de Bautista.

—Nada. Sólo recordé algo —contestó, evasivo.

Se le había ocurrido que el mismísimo Rete Iriarte podía ser el torturador. Después de todo, Anselmo era peón de El Aguapé, y si le había fallado... La idea le erizó el vello en la nuca. Porque Iriarte también había sido su salvador, y el de Rosa, y ella de seguro estaría a su merced. De nuevo lo asaltó la premonición y se llevó la mano al rosario de huesos. El gesto no pasó desapercibido para el porteño.

—Yo también llevo un amuleto —y se abrió el botón superior de la casaca para mostrar un pequeño cuerno de marfil—. Me lo dio mi novia, la de los Lezica, cuando nos despedimos en el puerto. Me dijo que serviría para protegerme y para que la recordara siempre. La verdad sea dicha: es más fácil para ella recordarme a diario que para mí, ocupado como estoy en guerrear. Las mujeres pueden pensar mucho mientras bordan o cosen ajuares, en tanto que nosotros... —y dejó la frase inconclusa, como dando por sabido lo que seguiría.

Leandro Paz se despidió para ir de recorrida por el campamento, sin duda para conversar con otros más locuaces que Bautista. Su ausencia lo hizo sentir más solo que nunca. De manera inexorable, todos los que lo rodearon durante su vida se estaban alejando, y no sabía cómo evitarlo.

Una reyerta cercana llamó su atención. A dos filas de carpas, un par de soldados armaban alboroto y las voces airadas resonaban en el aire puro de la mañana, sobre el parloteo de los loros. Al acercarse, Bautista vio al cabo Cáceres enzarzado en una discusión con un moreno de la Legión Paraguaya, el batallón que conformaban los exiliados de aquel país. Al principio, pensó que se trataría de una pelea causada por los juegos de azar, tan frecuentes en los campamentos, y que las más de las veces derivaban en cintazos o duelos a facón limpio. Por más que las autoridades habían querido limitar el afán de jugar por plata, no lo habían conseguido, en gran medida por la irregularidad en los pagos del ejército, que impulsaba a los soldados a probar si con el juego se hacían de un sueldo, sin depender del comisario de guerra.

El enfrentamiento no era por trampas, peleaban por una mujer. Carmela. Se la veía parada en la rueda de curiosos, en una pose descarada que resaltaba sus senos bajo la camisa, disfrutando de su situación de trofeo. A Bautista le resultó repulsiva. Un fugaz recuerdo de Muriel ofreciéndose al guardia de la bahía de Asunción le hirió el pecho, y tuvo que apretar los puños para contener su rabia.

Cáceres se movía como un pugilista en torno al negro, que se mantenía atento, con sus ojos echando chispas de furia. Era un hombre mayor, aunque en buen estado, con manos como mazas y cuello de toro. Al escuchar los comentarios, Bautista supo que la mujer había desairado al cabo

comparándolo con el paraguay.

Tenía razón el sargento Mendoza. Cáceres era un cúmulo de problemas.

Giraron en círculo, midiéndose, el cabo siempre ágil, moviendo sus puños con maestría, en tanto que Salustio se limitaba a mirarlo y a impedir que se le acercase.

—Cabrón, esperpento, negro sucio —decía Cáceres, en su eterno lenguaje insultante—. Qué te has creído, ser mejor que un cabo del ejército argentino... A ver, que te estampo un derechazo en plena jeta.

Los demás reían y aplaudían, contentos de tener diversión por un rato, sin advertir quizá que aquel enfrentamiento podía terminar en desgracia. Bautista percibió que el moreno conservaba una mano cerca del cinto y prestó atención. Justo cuando Cáceres intentó alcanzarlo con un golpe, Salustio peló un cuchillo corto y le rajó la mejilla. Hubo un coro de sorpresa al ver la sangre que manchaba el cutis blanco del cabo. Éste, al saberse herido, reaccionó como una fiera. Se arrojó sobre el otro sin medir las consecuencias, ofreciendo su pecho a la hoja cortante, y a punto estuvo de ocurrir lo inevitable, si la voz del sargento Mendoza no los hubiese frenado.

—¡Soldados! ¡Firmes!

Pese a todo, los más cercanos al entrevero debieron separarlos por la fuerza, pues habían llegado a un punto en que la furia no atendía razones. Sólo entonces se vio la herida del cabo y un corte que su puño había hecho sobre el ojo del moreno.

—Cada uno a su batallón. ¡Ahora! Cabo Cáceres, repórtese conmigo en el Estado Mayor.

Los bigotes de Mendoza temblaban bajo la ira que lo consumía. Bautista vio que el cabo le echaba una mirada de desprecio antes de partir. «Se insubordina, entonces», pensó.

Carmela acudió a curarle la herida, pero la detuvo la voz del sargento.

—Y usted, deje de acollararse a cualquier hombre. Búsquese uno que la mantenga contenta o váyase.

El rostro de la mujer se puso lívido ante el insulto. Por un momento, sus ojos negros llamearon con la misma furia que mostró el cabo Cáceres, aunque Bautista supo vislumbrar el dolor de verse despreciada por el hombre que

deseaba. Ella volvió la espalda y desapareció tras el cabo, sin duda esperando que eso motivara celos en el sargento.

El resto del día transcurrió sin mayores sobresaltos. Los del Batallón Doce organizaron un baile que concitó toda la atención, pues se esperaba que acudiesen oficiales de los tres ejércitos. Bautista decidió asistir, para evitar tristes pensamientos que lo acosaban en la soledad. La guerra se le hacía interminable, pues su único propósito era encontrar a Muriel Núñez, y si la tropa no se movía, no veía cómo lograrlo. Avanzar por tierra paraguaya era lo que necesitaba. Y el tiempo obraba en su contra.

Al atardecer, ya se habían unido varias carpas, formando un circo amplio en el que se dispusieron catres para sostener bandejas con bebidas. Varios soldados se esforzaban por limpiar de yuyos el suelo y apilar cajones de ginebra a guisa de bancos, donde las bellas se sentarían a recibir los halagos de los tenorios. Cubrieron de mantas los catres y cajones y colocaron otras a manera de cortinas, para crear espacios reservados donde los más osados pudieran solazarse con sus compañeras en la intimidad. La presencia de los brasileños, más afectos a las formalidades, exigía aquellos detalles, puesto que los soldados argentinos y orientales no precisaban de tales artificios para la conquista. No obstante, habían querido olvidar las rencillas por una noche.

—¿Trajiste los naipes? —le preguntó uno a Bautista.

Usarían el mazo nuevo para el artilugio de la media baraja. Las parejas así formadas evitaban las peleas y los raptos. Los oficiales querían una fiesta en paz.

Desde que pasaron a tierra paraguaya, los bailes habían escaseado, dado que las condiciones de los ejércitos aliados eran más duras a medida que se alejaban de los centros de provisión. El Gobierno conseguía apenas reunir el dinero de los sueldos, y el resto de las mercancías que necesitaban en el campo dependía de lo que pudiera comprarse con la plata de los empréstitos solicitados al país británico. Circulaba cualquier tipo de moneda, ya que todo era admitido en aras de conseguir lo que se deseaba, y también el mercado negro, en el mismísimo campamento y ante las narices de los oficiales.

Al anochecer, cuando las estrellas se encendieron en el cielo perfumado, también lo hicieron los candiles y antorchas con los que se embelleció la pista

de baile. Aquel rincón del campamento parecía un palacete en la oscuridad de la selva. Las luces disimulaban la miseria de los bártulos. Corrieron la bebida y las risotadas, se dejaron oír acordeones y guitarras, amenizados por las risitas de las toscas mujeres, tan halagadas por las atenciones recibidas, que los soldados las veían bellas, acostumbrados como estaban a la abstinencia.

Bautista permanecía en las sombras, bebiendo su ginebra en compañía de Severino y el teniente Salazar. Comentaban los enredos que producía el asunto del medio naipe. Un brasileño reclamaba su derecho sobre una mujer que había sacado la media sota de oro y que intentaba zafarse, argumentando que un soldado oriental la había solicitado para el baile antes de ver su carta. El tema no pasó a mayores porque el brasileño se contentó con una morenita de rostro picado de viruela que le sonrió, seductora. Así se iban sucediendo los momentos del baile, entre camaradería, chistes groseros, coreografías de danzas nativas y alguna que otra borrachera. Los oficiales no se quedaban atrás, ni con las mujeres ni con la bebida y, salvo algún comandante que guardaba las formas, la mayoría incurría en los mismos vicios que los soldados rasos.

—Habría que aguantar la pachanga hasta que despunte el día —comentó Severino mientras esquivaba el manotazo de un ebrio que buscaba donde afirmarse.

—Me extraña, Frías, que no le halle el gusto a la diversión sana de la tropa —bromeó Salazar, que tampoco se mezclaba con la soldadesca.

—De sana no tiene un pito —respondió el otro, riendo.

Bautista observaba el desenfreno del cabo Cáceres, que de seguro ansiaría revancha por el castigo que le habían infligido.

—Ahí va «problemas» —dijo, sabiendo que ya los otros lo tenían identificado con ese mote del sargento Mendoza.

Severino se echó al garguero su licor y chasqueó la lengua, disgustado.

—Mozos como ése, mejor perderlos que encontrarlos. Desde el primer momento en que lo vi, supe que era mala entraña. Lástima, y Dios me perdone, que hayan muerto tantos otros mejores que él en el campo de batalla...

—¿No dicen que yerba mala nunca muere?

—Ansina es, pero da bronca que sea.

Los tres hombres siguieron degustando su bebida en tranquila conversación, y la fiesta subía de tono al correr más ginebra y enfervorizarse los soldados con los avances de las mujeres. La mirada de los oficiales se desviaba cuando pescaban a alguno de su batallón en actitud lasciva, o perdido en los vapores etílicos. Después de todo, la muerte los acechaba y ése podía ser el último día de sus vidas.

Un estampido cortó por un momento la música.

—Los paraguayos —comentó Salazar— tienen envidia de nuestro baile.

Los tiros y los cañonazos se unieron a la algarabía general, y los soldados de los tres ejércitos seguían divirtiéndose, como si fuese natural festejar en medio del fuego del enemigo.

Bautista decidió que ya tenía suficiente por esa noche y se despidió de sus amigos para dirigirse a su tienda.

—*Chake* —le dijo Severino antes de que partiese— que no sabemos si los *pyragüé* nos andan rondando. Quédese, *chamigo*, no faltará mucho para que las velas no ardan.

Bautista desestimó el consejo, pues se encontraba molesto con una juerga tan distante de su estado de ánimo, aunque prometió ir con cuidado.

Una vez que dejó atrás las luces y el bullicio, la oscuridad y el silencio del monte lo envolvieron con su frescura. La tierra blanda amortiguaba sus pasos y una brisa húmeda le dio en el pecho, brindando alivio a su malestar. Estaba herido en el alma por la traición de Muriel. Aunque ella fuese del país enemigo, él la había salvado del ultraje y la había cuidado con los medios de que disponía en el campamento. Fue suave con ella, aun cuando en un principio la creyó disipada, y más todavía al saberla virgen. Ella no tenía qué reprocharle. ¿Por qué había huido, entonces? ¿Acaso alguien de su familia la había rescatado? Le resultaba raro, ya que se encontraban en tierra ocupada por los aliados. Aquella mujercita era una intrigante. Las ansias de venganza espolearon su sangre; hallarla y someterla se había convertido en su principal objetivo.

Un susurro seguido de risas llamó su atención. Provenía de los matorrales a su izquierda, y el ruido de las hojas reveló que alguien se revolcaba en

aquel sitio. Amantes casuales, sin duda. Iba a seguir adelante, cuando un nombre dicho en el paroxismo de la pasión lo detuvo.

Carmela. En la voz varonil reconoció Bautista al cabo Cáceres. Repugnado por la presencia de esos dos, aceleró el paso, hasta que en medio de carcajadas, escuchó mencionar su apellido.

—Ese Garmendia...

Aguzó el oído, quieto como un jaguar al acecho.

—¿Por qué le tenés ojeriza? —inquiría Carmela.

—En realidad él debería odiarme a mí, el muy zonzo, no sabe que gocé a su hermana hace mucho, una hija de españoles muy hermosa, una verdadera dama, que supo abrirse de piernas como vos, mi hembra caliente.

En medio de la ira que comenzó a hormiguarle en el cuerpo, junto con el golpeteo de la sangre en sus sienes, Bautista alcanzó a percibir las protestas de Carmela, que no deseaba ser comparada con otra mujer. Escuchó de manera entrecortada algunas frases más:

—Debe acordarse de mí... si la tuviera debajo...

—Mal caballero...

—Dama puta...

—¡Dejame, no me gusta que me manoseen!

Nuevas risas que Bautista ya no oía y de pronto, un alarido estremecedor que llegó del otro lado del monte, donde todavía se elevaban en el aire los sonidos de la fiesta. El grito heló la sangre de los amantes, que se levantaron a un tiempo y echaron a correr, olvidando su amorío. Bautista quedó clavado en la tierra, impedido de mover un músculo. La fría revelación lo había congelado. El cabo Cáceres, el soldado repugnante y soliviantado que él tanto detestaba, era el padre de Violeta. Su pequeña sobrina, tan delicada y bella, llevaba en su sangre el estigma de un padre corrupto y degenerado. No podía creer que Rosa hubiese quedado preñada de un hombre como Cáceres, por más que en aquellos años la juventud suavizase sus rasgos. A lo mejor, todavía no se había convertido en el crápula que ahora era. Sin embargo, Bautista estaba convencido de lo que decía su padre: «Genio y figura, hasta la sepultura». Era imposible que Cáceres fuese antes bueno y se volviese malo, hasta el punto de buscar camorra, asediar mujeres, insubordinarse, y quién

sabía cuántas cosas más.

Un puño de hierro oprimió su pecho, quitándole el aliento. Percibió, en medio de esa sensación espantosa, que todos corrían en el campamento, daban voces y sonaban estridentes clarines. ¿Los paraguayos? ¿Aquel concierto de balas habría acabado en una invasión repentina? Mal momento habían elegido, entonces, pues los soldados de los tres ejércitos, con sus comandantes, estaban presentes en el sitio.

—¡Garmendia!

La voz de Severino lo sobresaltó. El hombre se hallaba muy cerca, como si le hubiese seguido los pasos.

—¿Qué hace acá? ¿No sabe lo que pasó?

Atontado, Bautista alcanzó a negar con la cabeza. Debía de ofrecer un aspecto muy estúpido allí parado, en la oscuridad, a medio camino de cualquier destino.

—Asesinaron al sargento Mendoza.

Sin haberse recuperado del todo de la impresión recibida minutos antes, Bautista apenas pudo asimilar la nueva noticia, tan escabrosa como la otra.

—¿Cómo? —articuló.

—Lo hallaron en su tienda, boca abajo. Lo atacaron por la espalda, malditos, le clavaron su propio puñal, una y cien veces.

La morbosidad con que Severino relataba el hecho obedecía a la manera en que le afectaba. Se encontraba tan alterado como Bautista con la revelación del cabo Cáceres.

Pronto los sonos de la fiesta se convirtieron en voces de mando, órdenes de búsqueda, cascos de caballos y algún que otro disparo en la oscuridad. Todo el batallón había salido en busca del homicida. Bautista se unió a ellos, y aquel pandemónium contribuyó a aumentar la sensación de irrealidad que le produjo conocer la identidad del padre de Violeta.

Por fin, cuando las luces del alba desdibujaron las estrellas, los pesquisadores regresaron a sus tiendas, agotados. No había rastros del asesino, ni se explicaba nadie qué hacía el sargento en su tienda mientras se desarrollaba el baile tan esperado.

Atilio Mendoza era un hombre valioso para el ejército. Había sido jefe del

batallón en Goya durante las guerras mitristas, y rindió buenos servicios a sus jefes, mostrando siempre un proceder justo ante sus subordinados. Era un líder popular, valiente, decidido, todos lo lloraron. Se hablaba de trasladar su cuerpo en la ambulancia tirada por caballos hasta la frontera con Corrientes, para evitar sepultarlo en tierra paraguaya. Bautista se mostró conmovido durante el velorio de sus restos mortales, lo mismo que Severino, Salazar, Paunero, y hasta Emilio Mitre, a cargo de las fuerzas en ausencia de su hermano. Lo cubrieron con la bandera argentina y lo extendieron sobre un catre elevado donde todos pudieran verlo. Las mismas antorchas que en la noche anterior iluminaron la pista de baile sirvieron de pira funeraria, y hubo espontáneas lloronas entre las cuarteleras, mujeres condolidas con la muerte temprana de un oficial tan joven y apuesto. Se extrañó la ausencia de la que todos sabían enamorada de Mendoza. Bautista recordó que, cuando supo la noticia, acababa de oír a Carmela en compañía del cabo Cáceres. Tampoco se lo veía a él, y eso lo intrigó más todavía, ya que por disciplina le correspondía rendir homenaje a su superior. Más tarde, el nombre del cabo circulaba en boca de todos.

Era el principal sospechoso de la muerte del sargento.

Capítulo 21

El Vía Crucis

Territorio del Paraguay

Vicenta apretaba contra su regazo el bulto que llevaba a cuestas desde hacía meses. Cuando se dio la orden de evacuar Asunción, ella recién comenzaba a reinar en la gran casa donde su madre había sido dueña y señora. Maldita suerte. Aún en medio de la desgracia, creyó vislumbrar algún beneficio al poder, por fin, hacer su voluntad, comandar a los sirvientes que quedaban y pasearse por las estancias desoladas sin que nadie la abochornase con palabras desdeñosas.

Fueron sus antiguas amigas las que le aconsejaron permanecer en la capital, pues si bien los buques brasileños habían conseguido rebasar las cadenas del río y avanzaban para tomar la ciudad, no debía temer a los aliados, ya que no se meterían con la gente bien de la alta sociedad. Vicenta calló su disgusto. ¡Ella no era una traidora! Reprimió su opinión para no levantar sospechas y comenzó a esconder las cosas que podían acicatear la codicia de sus enemigos. En los gruesos muros de la mansión había nichos ocultos que servirían para conservar a salvo los bienes, y allí metió las joyas que aún quedaban de las donaciones de las damas asuncenas y otras que su madre heredó de su familia. Guardó también monedas de oro y los títulos de propiedad de la casa y de un terreno que su hermano había recibido como regalo del mariscal tiempo atrás. Lo hizo a solas, por las noches, pues no confiaba en nadie, ni siquiera en Tilda o en Dalila. La mulatita parecía un alma en pena desde que supo que no seguiría a Muriel a la campaña. Vicenta

no pudo ocultar la satisfacción que le produjo su cara de desconsuelo cuando se quedó, compuesta y con su bolsa, en la puerta de la casa, viendo partir a Muriel en un carruaje, escoltada por el oficial Del Cerro. Que aprendieran ambas... Muriel debería arreglárselas sola, y Dalila dejaría de ser la sirvienta exclusiva para convertirse en asistente de la cocina. Así lo dispuso ella, después de que su madre fue llevada a Humaitá. Como dispuso también muchas otras cosas. Descubrió que le agradaba mandar y ser obedecida. Ostentaba las llaves de la casa, la bodega y los cuartos en su cintura, como lo hacía su madre, e imitaba el tono de superioridad con que Melchora solía dar las órdenes.

Aquella dicha le duró poco. En medio de las terribles tormentas que se desataron sobre la ciudad, comenzó a fraguarse una conspiración para derrocar a López. El propio hermano del mariscal, Benigno, presidía la asamblea que trataría el tema de la sucesión. Y mientras la sorda traición se tramaba, las familias empacaban con lentitud, seguras de que no sería necesario huir de los invasores. Algunos extranjeros se refugiaron en la legación norteamericana, otros confiaron sus bienes a William Washburn, y muchos paraguayos comenzaron a emigrar, temerosos de quedar entre dos fuegos. Vicenta decidió ser de esa partida. Ella informaría al mariscal de lo que se pergeñaba en su contra. Quizá hasta recibiese una condecoración por su lealtad. La idea la sostuvo iluminada durante días, mientras los sirvientes, escandalizados, espiaban sus gestos de satisfacción y el modo febril con que anotaba nombres en una libreta que llevaba entre sus ropas y de la que jamás se desprendía.

—La patrona joven está loca —le dijo un día Tilda a Dalila mientras acarreaba el agua para el baño—. Yo me voy antes de que se le ocurra anotarnos en esa lista.

—¿Y adónde? —inquirió esperanzada Dalila, que no deseaba quedarse en compañía de la señorita Vallejo Flores.

—Me voy con mi hombre, pero no digas nada, que él está escondido en el monte, no puede hacerse ver.

—¿Y por qué no puede?

—Cha que sos metida —le reprochó—. Está bien, te lo digo por si alguna

vez se acaba la guerra y me buscás para algo. Silverio es riograndense.

—¡Del Imperio!

—Sí, del Imperio, y tan contento de ir a la guerra como vos o yo. Se escapó apenas pudo, por eso está escondido. Nos vamos para el quilombo del Chaco. A lo mejor, nos matrimoniamos también. Me voy esta misma noche, no vaya a ser que la desgracia nos corte el paso. Si querés venir con nosotros hasta allá... pero después te mandás a mudar, que queremos estar solos.

Tilda no deseaba que Silverio se sintiese atraído por Dalila. A pesar de haber perdido peso y de la tristeza que velaba sus ojazos, seguía siendo una bella muchacha, en la flor de la edad. La mulata dudó, y al fin decidió que, si la patrona joven iba a irse de todos modos, le convenía partir con ella, ya que cabía la posibilidad de que así volviese a ver a la señorita Muriel. Tilda se encogió de hombros al saber la decisión. Tanto peor. Cada uno debía labrarse su suerte a partir de ese momento, nadie jugaría su pellejo por el otro.

Después de que se publicó el bando que ordenó evacuar, Vicenta cerró la casa y arrastró a Dalila por las húmedas calles de Asunción, iluminadas sólo por el fanal que llevaban. La mulata recordaba el terror que sintió al verse en manos de una loca y sin techo donde cobijarse. Otros marchaban a la par de ellas, pero Vicenta insistía en que no debían unirse a esos desgraciados traidores y que debían hablar con alguien principal para hacerle saber que estaban de parte de la patria y del mariscal, y se colocaban a su servicio. El guardia ebrio que las recibió en la prisión del Fuerte, y que a la sazón se disponía a irse también, desechó los ofrecimientos de la joven Vallejo Flores y las insultó hasta que se perdieron en la noche. Deambularon hacia el puerto, donde algunos intentaban sobornar a los guardiamarinas para que les permitiesen remontar el río en una barcaza.

—Ven y mantén la boca cerrada —le ordenó Vicenta, y encaró a los oficiales con una sonrisa que, a la luz de las linternas que los hombres llevaban, parecía cadavérica.

«Pobre la patrona joven», pensó Dalila, y recordó con qué facilidad la señorita Muriel obtenía lo que deseaba de los hombres. Le bastaba con entornar los ojos y formar sus hoyuelos junto a la boca, para que ellos cayesen rendidos a sus pies.

Así anduvieron durante horas, buscando la manera de acercarse a la fortaleza de Humaitá sin carro y sin caballos, hasta que unos franceses que marchaban hacia Luque, armados con sus pasaportes y portando camillas donde transportaban a los ancianos, les permitieron marchar junto a ellos. Vicenta miraba de reojo a los extranjeros, convencida de que eran culpables de la conspiración de la que se hablaba, y a pesar de que ellos fueron amables, no se dignó concederles ni una sonrisa.

En todas las esquinas aparecían grupos de personas que, sólo con lo puesto y algunas bolsas de ropa y enseres, se unían a las caravanas que pululaban. Se mezclaban gentes de humilde condición, mendigos harapientos y familias pudientes que, por primera vez, experimentaban incomodidades de algún tipo. Entre éstas era frecuente presenciar escenas de desmayo y dolor, y hubo quienes se quedaron a pernoctar allí donde el cansancio los vencía. Vicenta y Dalila continuaron avanzando en esa noche tétrica, envueltas en el murmullo de la multitud que se movía bajo la luz de la luna.

—Nosotras somos *itanto jhu yba* —insistía Vicenta, más para sí que para Dalila.

Quería que no cupiesen dudas sobre su condición de ciudadana limpia, «sin ficha negra», y cifraba su esperanza en el parentesco que la unía al coronel Eladio Vallejo Flores. Claro que no había a quién hacérselo saber.

Después de caminar sin descanso durante esa noche y el día siguiente, y de atravesar lagunitas y arroyos, arribaron a Luque. Allí fue la decepción, al comprobar que las casas donde creían poder albergarse estaban ocupadas con oficinas administrativas, o bien destinadas a las familias más encumbradas. Vicenta, que no toleraba pasar otra noche al raso, empujó a Dalila y se dirigió a un empleado que había situado su escritorio al aire libre y consultaba una lista.

—Señor, exijo se me dé un albergue decente, digno de nuestro apellido.

El empleado la miró con aire cansado y deslizó su dedo por la larga lista de nombres.

—¿Y cuál es ese apellido tan agraciado, si puede saberse?

—Vallejo Flores —respondió en tono alto Vicenta, contoneándose como lo hubiera hecho su madre, de haber estado en ese trance.

El dedo del hombre se paralizó, y los ojos descoloridos se fijaron en la silueta descarnada de la mujer vestida de negro. Dalila percibió que algo cambiaba en torno a ellas, el aire se volvía tenso, y un soldado de aspecto desaliñado se acercó con prepotencia. El empleado no podía creer el descaro de aquella traidora. ¡Hija y hermana de traidores, reclamando por su privilegio! A una señal suya, el soldado aferró a Vicenta por un brazo y la arrojó hacia un costado, donde otro le quitó el bolso que llevaba y lo vació sobre la tierra. Vicenta no pudo articular palabra, la afrenta era demasiado grande, sólo atinó a mirar a Dalila con ojos inusualmente abiertos, como si se estuviesen formando demonios ante ella.

—¡Al galpón! —gritó el juez fiscal, y al ver a Dalila muda de terror, agregó—: ¡Y a ésta también!

Ambas fueron arrastradas, entre gritos y protestas, hacia un sitio techado donde otro grupo de gente se arracimaba, en confuso montón de ropas y bultos, todos mostrando idénticas expresiones de temor y sufrimiento. Había niños, mujeres jóvenes que se tomaban del brazo procurando darse ánimos, matronas preocupadas por sus madres moribundas, y los pocos hombres que se veían, enfermos, viejos, o tullidos. Vicenta y Dalila cayeron en medio de aquella masa sufriente sin entender lo que sucedía, hasta que un vistazo a la lista que enarbolaba otro empleado les aclaró el panorama: ya no eran «sin ficha negra». Por algún motivo inexplicable, los Vallejo Flores habían caído en desgracia y formaban parte del inmenso conjunto de traidores a los que se arreaba, cual si fuese ganado, hacia los pueblos más alejados de la cordillera oriental.

Dalila contemplaba la expresión cerril de Vicenta mientras el resto de las mujeres de aquella triste caravana se detenía para tomar un respiro. Habían caminado sin cesar, arrastrando sus pobres cuerpos, esqueléticos y mal vestidos, procurando mantener en pie a los ancianos, a fin de evitar que los soldados los lanceasen. Desde que iniciaron aquella trashumancia, lo único que contaba era sobrevivir para llegar a la siguiente estación que, según les anunciaban sus custodios, sería el pueblo de Yhu, donde les aguardaba un

terreno para cultivar en el que deberían levantar sus propias chozas, si querían tener un techo sobre sus cabezas.

—Tome un poco de agua, patrona.

Dalila le ofrecía un pellejo que había llenado junto a una lagunita. Al ver la expresión de la mujer retrocedió, asustada.

—La culpa es de esa arrastrada —masculló Vicenta, mostrando los dientes largos bajo los labios encogidos—. La esposa de mi hermano es la causante de todas nuestras desgracias. Ella debe de haber susurrado en el oído de la Lynch razones para nuestra caída. Quiere quedarse con todo, nuestro oro y nuestra casa.

Dalila, que contenía el aire por la impresión recibida, intentó tranquilizarla.

—No es así, patrona, la señorita Muriel también debe de estar perdida...

Vicenta soltó una carcajada escalofriante y luego murmuró por lo bajo:

—Perdida, sí, es una perdida.

A partir de ese momento, Dalila evitó dirigirle la palabra, como no fuese para lo imprescindible. Incluso comenzó a dormir algo alejada de ella, sobre una manta raída que conservaba como envoltorio para sus cosas. Vicenta, en cambio, dormía sentada, con la espalda contra un árbol. La mulata sospechaba que a veces ni siquiera pegaba el ojo.

Antes de arribar a Yhu, recalaron en un pueblecito. Allí se les dio un trozo de tierra pelado en el que se les ordenó cultivar lo necesario para alimentarse, ya que no recibirían ración alguna. Dalila consiguió levantar un miserable rancho, quizá llevada por el instinto de supervivencia que latía en sus venas africanas, y gracias a eso pudieron evitar empaparse con las lluvias que caían a diario. ¡Incluso el rocío mojaba hasta el tuétano! Como tampoco se les brindaban herramientas de trabajo, cavaban las sementeras con osamentas que hallaban en medio del barro. Dalila intentaba manipular un omóplato de mula, cuando vio que se aproximaban dos custodios. Los soldados que las escoltaban, apenas unos niños, actuaban con crueldad con todas ellas, por considerarlas *py'ajoyv́yva*. Usaban varas de junco para aleccionarlas si las veían remolonas, o les daban un talerazo en las pantorrillas. Dalila había intentado entrar en razones con algunos de ellos.

—Somos todos paraguayos —les dijo.

Aquellos muchachos inflamados de patriotismo no creían que las traidoras tuviesen nada en común con ellos.

—*Peju ápe peê mokôive!* —decía uno de ellos en ese momento.

Dalila acudió presurosa, con temor de que la patrona no respondiese con la rapidez que se esperaba.

—A partir de ahora, vos vas a ser sargenta.

El soldadito apuntaba con el dedo a Vicenta. La mujer no parecía entender lo que significaba el nombramiento, y el otro guardia desenvainó su espada para pincharla.

—¿Escuchaste, bruja? ¡Vas a ser sargenta! Y vas a hacer lo que te diga.

Dalila suplicaba con la mirada a su patrona para que demostrase algún agradecimiento por el privilegio que se le otorgaba, aunque tampoco entendía qué se esperaba que hiciese. Vicenta entrecerró los ojillos, como si desconfiase.

—¿Van a concederme, al fin, mis credenciales? —dijo con voz altisonante.

Dalila alzó los ojos al cielo. ¿Por qué le tocaban a ella patronas tan difíciles? La señorita Muriel con sus alocadas idas y venidas, y esta otra, con sus delirios de grandeza.

—Vas a vigilar a las otras traidoras, y si alguna se fuga o comete actos contra la patria, vas a pagar con tu vida.

¡Menudo nombramiento! Dalila se echó a temblar. Vicenta, en cambio, segura de su capacidad de mando recién descubierta, se alegró de tener un papel más importante que el resto de las desdichadas.

—Lo que sea para bien de la patria y del mariscal —respondió con altivez.

A partir de ese momento, ya no se ocupó de la siembra ni de lavar la poca ropa que tenían, se dedicó en cuerpo y alma a controlar a las otras desahuciadas, gozando en propinarles tirones de cabello o en zaherirlas con amenazas cuando las notaba perezosas. Las pobres mujeres, que ya casi no tenían fuerzas ni para sostenerse, encontraban en aquel escuerzo un vigilante mil veces más cruel que los uniformados.

Cuando creían que podrían permanecer en relativa paz en aquel lugar retirado, hubo orden de proseguir la marcha forzada, lo que arrancó nuevas plegarias y súplicas de aquellas mujeres de pies llagados, que ya no podían con sus huesos ni con sus enfermos, a los que debían llevar en camillas improvisadas con hamacas anudadas con palos. Los guardias usaron la vara y la espada en esa ocasión.

Por fin llegaron a Yhu, un pueblo que se suponía definitivo en aquel Vía Crucis.

El sendero de las destinadas quedaba marcado para la posteridad con cientos de toscas cruces que señalaban las tumbas de las que no pudieron soportar tamaña tortura.

Vicenta cumplía su rol de sargenta constatando, cada día, que las prisioneras de su campamento no se hubiesen fugado y, sobre todo, que no tuviesen contacto con ningún soldado aliado, en especial los brasileños, que iban pisándoles los talones, según se rumoreaba. La realidad era que aquellas infortunadas veían en el enemigo a sus salvadores.

Una mañana, llamaron a Vicenta para que presenciase un ajusticiamiento.

Era frecuente oír hablar de las muertes que se producían a diario, la mayoría a causa de los padecimientos, aunque también se decía en voz baja que, cada vez que el fiscal mandaba llamar a alguna destinada, ésa no volvía jamás.

El caso que Vicenta debía presenciar era muy sonado, al parecer, ya que había congregado a varios soldados y oficiales. Sintiéndose importante se dirigió, escoltada por guardias, hacia un rincón donde se destacaba un pindó solitario. Allí, encogida bajo el peso del dolor y la angustia, se hallaba una mujer cuyo cuerpo había sido esbelto alguna vez. Iba envuelta en un lienzo sucio que no alcanzaba a cubrir las laceraciones de su espalda. Desde el cuello hasta las nalgas, la piel tierna se veía ulcerada por los continuos latigazos. El cabello de la pobre infeliz, antes abundante y lustroso, caía en madejas apelmazadas como estopa, dándole aspecto de bruja. Aunque se mantenía de pie iba encorvada, y no podía recargarse sobre ningún tronco debido a las llagas en carne viva. Vicenta no pudo reprimir una mueca de horror ante ese desecho humano. Ella jamás había presenciado un

ajusticiamiento y comenzaba a arrepentirse. Al escuchar la voz del juez de paz que pronunciaba el nombre de la desdichada, se llevó ambas manos a la boca para ocultar un sollozo. Aquel despojo era la hermosa Pancha Garmendia, la joven de buena cuna que tantas veces había frecuentado su casa, la última vez para saber de su prima, Rosa Garmendia. Vicenta conocía el rumor que circulaba acerca del despecho de López hacia la bella que lo había ignorado, y también que Madame Lynch compartía la furia del rechazo, como si se sintiese injuriada por una mujer que osaba darle el esquinazo a su hombre. Eran historias que ella no había querido creer, puesto que la semilla de la traición se alimentaba de esos rumores falsos. Ahora que tenía ante sí la viva imagen de ese odio, se sintió desfallecer.

¿Qué pretendían que hiciera con la pobre Pancha?

Dos soldados se acercaron a la víctima y le vendaron los ojos con un pañuelo. Vicenta alcanzó a distinguir el brillo febril en las pupilas de la joven. Parecía anhelar la muerte, única salida para tanto sufrimiento. Por fortuna para ella, poco duró el martirio, ya que apenas la lanza la tocó, la muchacha se desplomó, sin vida.

—Atestigüe usted que ha visto morir a la traidora que conspiró contra nuestro mariscal.

Vicenta atinó a asentir ante el juez, muda, y luego regresó al campamento, escoltada por sus guardias.

A partir de ese día, su actitud cambió por completo. En lugar de hostigar a las otras víctimas, intentaba paliar sus sufrimientos, ocultándolas de la vista de los soldados cuando se hallaban exhaustas, o ayudándolas en sus menesteres cotidianos, que tan difíciles resultaban sin tener elementos apropiados. Solía leerles en voz alta párrafos de libros religiosos, mientras las mujeres cosían o preparaban la *chochoca*, un dulce hecho con la pulpa de las naranjas agrias que, en aquella escasez, resultaba exquisito. Como era más alta que la mayoría, Vicenta conseguía los frutos del *ambahy*, o golpeaba los panales de lechiguanas para extraer la miel que endulzaba los pobres alimentos que consumían. Mandioca, porotos, maíz... y muchas veces ni eso, ya que la tierra se encontraba yerma y ellas no tenían fuerzas para sembrar y cosechar.

El camino del martirio tuvo diferentes nombres, a medida que pasaban los días: Yhu, Curuguay, Iгатimí, Espadín... y en todos se repetía el conteo de las destinadas y la orden de levantar casa con hojas de palmera y troncos. Ya sin posibilidad de cultivar, debido al traslado permanente, se dejaba a las prisioneras libradas a lo que pudiesen hallar. Siempre estaban las naranjas agrias. Las marchas solían emprenderse a altas horas de la noche, y como las pobres mujeres no veían a un palmo de sus narices y temían perder a sus criaturas, la oscuridad se poblaba de gritos, llamados y lamentos.

La caravana de destinadas era una monstruosa oruga que se arrastraba en agonía. A través de arroyos, lagunas, pantanos y serranías, vibraba el *ysypo*, la vara de junco con que los soldados las «acariciaban» cuando no avanzaban con suficiente prisa, y aun eso era preferible a escuchar las amenazas de lo que les harían cuando llegasen a destino. Uno de los comandantes designó *chiñuelas*, mujeres guías que las condujesen por buen camino, como yeguas madrinas arreando una tropilla arisca. Cualquier gesto, cualquier demora, era motivo para castigarlas en sus carnes flacas o en sus almas torturadas.

Vicenta se conmovió al saber que algunas desdichadas habían comido unos frutos silvestres que resultaron venenosos. ¿Lo sabrían, y decidieron no sufrir más esa dolorosa peregrinación, o lo habrían hecho por ignorancia? Más se mortificó al enterarse de que habían dado el fatal alimento también a sus pequeños hijos. En represalia, los soldados negaron el permiso para enterrarlas, a ellas y a sus vástagos.

¡Que los comieran los buitres!

Vicenta se movía como autómeta, sin sentir el calor abrasador, ni la espantosa humedad que seguía a la lluvia cuando el sol se levantaba, ni los mosquitos. Su mente estaba enfocada en fugarse, ya lo había decidido. Aunque la descubriesen, nada podía ser peor que lo que estaba viviendo. Con el mismo fervor con que había abrazado la causa patriótica, se prometió largarse adonde ni la guerra ni López la alcanzasen jamás. Aquella decisión surgió nítida, calma y fría, la tarde en que los indios *cainguá* les llevaron carne a cambio de lo poco que les quedaba de dinero o alhajas. Al día siguiente supieron, con horror, que aquella carne dulce que habían devorado provenía del cadáver de una de las destinadas, que los *cainguá* conservaban

en su aldea para disponer de él en trozos. La espantosa revelación templó el ánimo de Vicenta. No daría un paso más en aquella caravana de muerte y desolación.

De manera insospechada, uno de sus guardianes se convirtió en su aliado.

Lorenzo Espínola era un joven aguerrido, cuya hirsuta melena caía sobre la frente, acentuando la ferocidad de sus ojos hundidos. Iba en patas, como todos, y llevaba un chiripá combinado con una desgastada chaqueta roja sin botones. Aunque tenía poca paciencia con las rezagadas y gustaba de alardear con el *ysypo*, el día en que Vicenta le detuvo el brazo castigador que iba a descargar sobre una pobre mártir que protegía a su criatura con su cuerpo desnudo, el hombre quedó impresionado con el vigor de aquella hembra. La mujer de negro nunca se quejaba, así la despertasen de madrugada para reiniciar la marcha, ni suplicaba que le permitiesen escribir peticiones para conmover al mariscal, como hacían otras. Su delgadez tampoco le impedía mantenerse erguida, y sus gestos enérgicos parecían reclamar a Dios, en lugar de rogarle.

Lorenzo admiraba a esa mujer.

Una tarde en que Vicenta se encontraba tostando hormigas sobre las cenizas, un plato al que llamaban *chicharó*, Lorenzo, que la observaba a distancia, resolvió acercársele. Ella advirtió la proximidad del guardia y se mantuvo concentrada en su tarea, segura de que él recularía como otras veces. La sorprendió escuchar el modo respetuoso con que la abordó.

—*Kuña tai*.

Vicenta se detuvo y observó de reojo al galán. Era un hombre rústico y desaliñado al que jamás habría mirado en otras circunstancias, pero estaban en guerra y había aprendido con rapidez que las circunstancias podían obrar transformaciones extraordinarias.

—Diga usted —le respondió, como si él fuese su sirviente.

—¿La ayudo con eso? —y Lorenzo señaló las hormigas crujientes.

Se daría cuenta de que una mujer de su categoría estaba acostumbrada a otros manjares. Vicenta se encogió de hombros.

—He comido mejores cosas, pero creo que ya está listo. ¿Quiere probar? —y con malicia le tendió una porción de aquel repugnante festín, con ayuda

de un palito.

Lorenzo no era remilgado, así que acercó la boca y con la lengua, como si fuese un oso hormiguero, peló las hormigas y las engulló.

—*He.*

¿Así que le parecía sabroso? La estaba desafiando, no cabía duda. Vicenta sabía recoger un desafío. Se hizo a un lado e invitó al soldado a compartir la comida. Él dejó la espada sobre la arena y se acomodó, encogiendo las piernas bajo el chiripá. Mientras paladeaba, contempló a la mujer de negro con curiosidad. Su rostro poseía rasgos de carácter que le recordaban a su propia madre, cuando él era un *kunumi* y cometía alguna travesura. Esa familiaridad le gustó, lo hizo sentirse como en casa, sin guerra y todos felices.

—¿Tengo monos en la cara?

El exabrupto lo tomó por sorpresa y se echó a reír.

Resultaba tan raro ver reír con ganas y sin maldad a un guardia, que Vicenta también sonrió, una sonrisa insólita en su cara avinagrada. Mostró sus dientes largos, menos amenazantes al no reflejar sentimientos de odio.

—*Jero kuña, me gustás, che.*

Vicenta se quedó pasmada. Jamás, en toda su solitaria vida, le habían dedicado un miserable piropo, mucho menos alguien tan por debajo de su condición. Mujer al fin, no reparó en la calaña del piropeador sino en el halago en sí, y sintió que sus mejillas enrojecían. No supo qué decir, de modo que recuperó el palito, ya sin hormigas, y dirigió una tímida sonrisa al guardia. Más valía no enemistarse con él. Lorenzo, satisfecho, volvió a sus funciones, decidido a cultivar aquella amistad.

Pasaron los días y Vicenta buscaba la ocasión para fugarse. El soldado cumplía servicio cerca de ella, y hacía la vista gorda cuando la pescaba favoreciendo a alguna cautiva. Esa combinación de bravura y misericordia la elevaba ante sus ojos. La mujer de negro debía de ser una santa guerrera. Hasta Dalila percibió el cambio en Vicenta, pese a su decisión de mantenerse alejada. Más de una vez la escuchó tararear una melodía en voz baja, algo inconcebible en medio del sufrimiento cotidiano, y el colmo fue cuando la descubrió acicalándose con un peine roto. Ni siquiera en la mansión se había

visto a Vicenta Vallejo Flores ocupándose de su aspecto, habría sido un impacto hasta para su madre.

Una tarde en que los *cainguá* se acercaron, como otras veces, pues seguían necesitadas de alimentos como el fruto del pindó, que crecía a gran altura, Vicenta y otras mujeres susurraron con ellos acerca del ejército brasileño. Los indios les dijeron que, según sus fuentes, los *kamba* se hallaban muy cerca, apenas tras una sierra que se veía desde allí. Convinieron en que las esperarían esa noche a la entrada del monte y que las guiarían hasta el ejército enemigo. Muchas no se animaron a emprender aquella huida azarosa. Vicenta se acopló de inmediato. Estuvo tentada de avisar a Dalila, y al recordar que aquella infeliz aún soñaba con encontrar a Muriel, prefirió no hacerlo, pues si había algo que no soportaría, era volver a tratar a su cuñada.

Los *cainguá* condujeron a las fugitivas por un sendero tan oscuro, que no veían ni dónde ponían los pies, y tan cerrado en la espesura, que se clavaban las agujas de los matorrales en las costillas, a medida que avanzaban. Habían llevado con ellas tan sólo una muda de ropa, pues no querían despertar sospechas. Los guardias sabían que las mujeres solían aventurarse en busca de intimidad para sus necesidades, o para cazar algún animalito nocturno, de modo que la partida, organizada con discreción, no había llamado la atención de nadie.

Salvo la de Lorenzo Espínola. El hombre se apersonó en medio del camino, con los ojos relucientes de ira y la espada desenvainada. Las infelices retrocedieron, espantadas, pensando ya en el castigo que les esperaba, hasta que Vicenta lo encaró, armándose de coraje.

—Déjanos pasar —le dijo con autoridad—. No ganarás nada con lancearnos. En cambio, podemos darte algo que te guste. —Hizo tintinear unas monedas en su bolsillo.

Era un pequeño premio que reservaba para los *cainguá*, pero ante la nueva adversidad...

Lorenzo pareció ofuscarse más con la idea del soborno. Dio un paso hacia Vicenta.

—No quiero dinero.

Tanto el indio baquiano como las mujeres se mantuvieron expectantes. Si

aquel soldado daba el aviso, los demás caerían sobre ellos y los ultimarían, a modo de lección. Presenciaron en la densa noche el duelo de voluntades en las miradas de Lorenzo y de Vicenta. Como la mujer era alta, miraba al soldado de igual a igual. Él sonrió de pronto, de manera espeluznante, como si se le acabara de ocurrir una idea cruel. Todos contuvieron el aliento. Sus palabras resonaron en el sendero del monte como el cascabel de la víbora.

—Te quiero a vos, *kuñatai*...

La voluntad de Vicenta flaqueó. Por primera vez en aquella ordalía, las piernas le fallaron y temió desmayarse. En lugar de sentirse ultrajada por la pretensión del hombre, la mujer sufrió el impacto de verse reclamada por alguien, aunque fuese un pobre soldado inculto. En su mente desfilaron año tras año de su existencia seca y solitaria, bajo el ala de una madre dominante y un hermano indiferente; se formaron imágenes de sus fantasías bajo las sábanas, cuando estaba segura de que nadie, ni la sirvienta, vería las formas sinuosas que dibujaba su cuerpo enfebrecido, al imaginarse en brazos de un hombre, cualquier hombre, el que esa noche crease su anhelo insatisfecho. A sus veintiocho años, Vicenta no soñaba más, sólo rumiaba su desesperanza como una raíz amarga. Y en aquel momento, en el lugar y la situación más inesperada, aquel sueño juvenil se corporizaba en la figura de un macizo soldado de la patria, mal vestido, maloliente y enamorado. De ella. ¡Cuántas veces envidió la suerte de su cuñada, a quien la naturaleza había dotado de formas perfectas y rostro arrebatador! ¡En cuántas ocasiones maldijo haber nacido sin gracia, una estaca enfundada en el luto que su madre le imponía! Así como le imponía también sus ideas, sus costumbres, su viudez y su soledad, Vicenta había recibido, como herencia agria, todas las amarguras que su madre supo cosechar a lo largo de su vida. Y la ilusión se le había cortado de cuajo. Muriel fue la nota que marcó la diferencia entre la vida que deseaba y la que llevaba, por eso la odió tanto, porque hasta que su hermano se casó con ella, Vicenta no había sentido la inmensidad de su resentimiento. Estaba adormecido por las convenciones sociales y las órdenes de su madre. Se había olvidado de soñar. Su cuñada le recordó que los sueños existían. Y ahora que ella podía empezar a imaginarse otra, creyó que deseaba ser como su madre, una mujer mandona a la que todos temían. ¡Qué equivocada

estaba! Ella no deseaba vestirse de negro toda su vida, recién se daba cuenta. Ella anhelaba la caricia de un hombre, conocer la pasión que sólo podía imaginar, incluso sin elementos tangibles para hacerlo. Lorenzo representaba ese sueño olvidado. Y la quería. A su modo, tal vez brusco o incompleto, pero la quería.

Las otras mujeres esperaron la respuesta de Vicenta como su tabla de salvación. Si la mujer aceptaba, seguirían su camino; si se negaba, el soldado las lancearía allí mismo, o bien llamaría al resto y entre todos las degollarían. Un urutaú soltó su trino gemebundo, y la voz de Vicenta lo acompañó.

—Está bien. Pero los *kamba* te van a apresar.

Lorenzo amplió su sonrisa.

—No vamos con los *kamba*. Te venís conmigo al Chaco. Ahora.

La expresión de la mujer reveló su sorpresa. Los ojos, achicados por el hábito de espiar, se agrandaron, mostrando una pupila negra y vivaz, y la boca, siempre apretada, se abrió con suavidad. ¡Al Chaco! Una tierra salvaje, todavía desconocida, donde vivían tribus incivilizadas...

—Allá van los que se emparejan —siguió diciendo Lorenzo, envalentonado por el silencio de Vicenta—, y nadie los busca, ni siquiera si son desertores. Yo puedo levantar casa y sembrar, *kuñatai*, vení conmigo. *Nde, che rayhupára*.

La declaración de amor, dicha ante extraños y en medio de una fuga precipitada, tenía visos de locura y podría haber resultado grotesca, sin embargo, aquella gente había presenciado toda clase de depravaciones y miserias, y la expresión lisa y llana de un sentimiento puro los conmovió. La mujer a la que Vicenta había salvado del azote se acercó con timidez y le susurró:

—Vaya, señorita, que ese hombre la va a salvar de sus iguales. Conoce todas las mañas del ejército y los lugares donde jamás los van a encontrar.

Vicenta la contempló azorada, incapaz de pronunciar palabra, en tanto que el guía *cainguá*, juzgando que ya se había hablado demasiado, las instó a moverse, antes de que amaneciera y la escapada se frustrara. Todos se fueron, tragados por la oscuridad, y quedaron solos Vicenta y Lorenzo, frente a frente. Él la tomó de un brazo y la guió a través de la espesura, lejos del

sendero, hacia un monte enmarañado. Allí depositó la espada en el suelo con ceremonia, se quitó el cuchillo y la pistola que llevaba en el cinto, y los dejó en un montón a sus pies. Luego, se aproximó a Vicenta lo suficiente como para que ella percibiera su aliento sobre el rostro. Con adoración tocó sus pómulos puntiagudos, su nariz algo ganchuda, sus labios y su cuello, que emergía de los ropones negros como el cogote de un buitre. Los dedos morenos desprendieron las cintas que cerraban ese cuello y se metieron por debajo de la tela, rozando la piel tibia. Vicenta contuvo la respiración. En la oscuridad, los ojos de Lorenzo parecían luceros, encendidos de pasión y fijos en ella. Sintió cómo sus manos paseaban por la cintura, buscando otro cierre para introducirse en su interior, y entonces lo ayudó, desprendiendo ella misma los lazos de la prenda raída. Lorenzo la acarició y ella ardió bajo las enaguas.

—*Che porayhu* —murmuró en su oído, y le lamió el lóbulo.

Vicenta se estremeció y cerró los ojos, apoyándose en el pecho varonil. En su mente volvieron a formarse las imágenes lujuriosas que habían acechado su juventud, alimentadas por las nuevas sensaciones. La boca de Lorenzo buscó la suya y le abrió los labios con ternura. Ella se dejó invadir, excitada y admirada de que pudiera besarse de ese modo, con la lengua hurgando, exigiendo, provocando, hasta que su propia pasión le dictó las reglas y arremetió también. El hombre soltó un gruñido de satisfacción y se volvió salvaje, hambriento. La mujer se abandonó a sus caricias. Él le soltó el pelo y hundió allí sus dedos callosos. Ella lo rodeó con sus brazos y deslizó sus manos por la espalda de Lorenzo. Él se quitó la chaqueta, ofreciendo la piel desnuda, ávida de caricias, y Vicenta no lo defraudó. Como si hubiese aprendido lo que debía hacer en su larga vida de privaciones, tocó al soldado allí donde él lo deseaba sin atreverse a pedirlo. Pronto se dejaron caer al suelo y rodaron enlazados en medio de gemidos, retorciéndose de placer, dando rienda suelta a su lujuria. Vicenta era un volcán de emociones contenidas; Lorenzo, un animal que había acechado por largo tiempo a su presa. La consumación los pilló desprevenidos. Ella no sabía que podía doler, y él no sospechaba que su hembra fuera virgen. El descubrimiento los acercó aún más. Vicenta lloró sobre el hombro de él, y Lorenzo besó sus cabellos llenos

de hojas húmedas.

—*Che kuña* —le dijo, suspirando.

Vicenta sintió que una piedra se desintegraba en su pecho.

La vida de Muriel había pendido de un tenue hilo.

Después de que el oficial Del Cerro la condujo frente a su esposo, ella supo que la aguardaba un destino incierto. El coronel la recibió en su tienda de campaña, erguido en su uniforme rojo, con la espada al cinto y las manos anudadas en la espalda. Su actitud era rígida, de superioridad y enfado. Ella conocía bien ese ceño gris, solía fruncirlo cuando una preocupación lo atormentaba, por lo general relacionada con ella. La curva de la boca y la dureza de la mandíbula, en cambio, le resultaban novedosas.

Y amenazantes.

—Señora.

El trato distante también. Eladio Vallejo Flores la miraba como si fuese una prisionera más, alguien a quien juzgar y condenar, no como a una esposa díscola a la que todavía podía enderezar. Algo había cambiado en sus ojos grises, poseían un brillo fatídico que la hizo temblar. Muriel, que jamás se amilanaba ante nada, sintió miedo del hombre que durante meses fue contemplativo y paciente con ella. Se le había acabado el plazo.

—Me dice el oficial que la encontró en el campamento enemigo.

Muriel guardó silencio. Que pensara lo que quisiera.

—Entiendo que fue tomada prisionera.

Las palabras del coronel eran subrayadas por una sonrisa sarcástica de Del Cerro. Sin duda, ya le habrían dicho que ella compartía tienda con un soldado aliado. Todavía podía argüir que estaba obligada por su vida. No dejaría que Del Cerro se saliera con la suya. Ahora comprendía por qué jamás pudo seducirlo ni sacar ventaja de él: la odiaba. Los golpes y los insultos que recibió durante el viaje por el río lo demostraban a las claras. Esa carta la guardaría para usarla con su esposo cuando mejor conviniese. Por el momento, era preferible escuchar, para saber qué le tenían preparado.

—Lo que no entiendo es por qué se resistió a que mi oficial la rescatase.

¿Acaso tenía dudas sobre a quién respondía él?

Muriel miró de reojo al aludido, que aparentaba severidad en su gesto. ¿Le preocuparía que ella denunciase sus abusos? ¿La creería su esposo? Pronto sabría cuál era su situación.

—Lamento decir que, en los tiempos que corren, no se puede albergar ni la mínima sospecha de traición, y es mi deber comunicarle al mariscal en qué circunstancias fue usted encontrada. Otras mujeres, de mejor condición social que la suya, han tenido contacto con los ejércitos enemigos, y ésa es una falta que no se puede pasar por alto. Así que, Muriel Núñez Balboa, conteste ante mí lo que de todos modos deberá decir ante el juez fiscal: ¿ha celebrado tratos con los aliados?

Muriel no podía creer que su propio esposo la interrogase. Incluso, le había cercenado el apellido de casada, como queriéndose desligar de ella. Del Cerro sacó un chispero del bolsillo y ofreció un cigarro al coronel. Éste aspiró el humo como si necesitase de alguna droga para calmar su ánimo, y se dirigió de nuevo hacia ella. No parecía notar el estado lamentable en que se hallaba, con el vestido rasgado y sucio, el cabello mojado y en desorden, los zapatos rotos, y llena de moretones. No parecía siquiera mirarla, sino que sus ojos, encendidos de ira, se dirigían más allá de ella, hacia un sitio imaginario donde depositaba su afán patriótico. Muriel lo despreció en ese instante. Si bien nunca lo había amado, muchas veces sintió lástima por aquel viejo impotente que no podía consumir su deseo con su propia esposa. Imaginaba que tendría amantes expertas que satisfacerían sus anhelos, y esa sospecha tranquilizaba sus escrúpulos. Ahora, que el coronel se valía de un hombre joven para capturarla y permitía que la maltratase, Muriel se daba cuenta de la miserable condición de su marido. Y se alegraba de que no hubiese hecho con ella lo que permitió al soldado argentino.

Su pensamiento voló, fugaz, hacia Bautista. ¿Qué sería de él? ¿Habría regresado sano y salvo al campamento? Y si así era... ¿Qué diría al encontrar la tienda vacía? Dudaba de que él pudiese adivinar las circunstancias de su desaparición. Nadie supo de ellas, salvo Carmela y aquel soldado, y eran los menos indicados para sacarlo de su error. Para Bautista, ella era una traidora, lo mismo que para su esposo, aunque por diferentes motivos.

—Tarde o temprano tendrá que declarar —seguía diciendo el coronel—, y puedo asegurarle que será más fácil hacerlo aquí, entre nosotros, antes que enfrentar a un tribunal. Por lo menos, sabiendo la verdad, podré interceder por su vida. ¿Trató o no con el enemigo?

De pronto, la escena se tornó confusa para Muriel. Aquel hombre aristocrático, encumbrado en su rango militar, por el que tantas mujeres habían suspirado y que se casó con ella por capricho o por lástima, según palabras de Melchora, comenzaba a parecerle extraño, como si estuviese mudando la piel que lo había revestido todos esos meses. Eladio Vallejo Flores empezaba a revelarse distinto ante ella. Había algo indescifrable que le molestaba, era sólo una sensación que se le escapaba por el momento. Contempló la imagen que le ofrecía el coronel con el habano entre los dedos a cierta distancia del rostro, los ojos entrecerrados en actitud suspicaz y una mueca que le desfiguraba la boca. A su lado, Álvaro del Cerro en pose nada marcial, con el cigarro colgando de los labios sensuales, una pierna recogida y la bayoneta apoyada en un pie, sonriendo de forma descarada.

«Entre nosotros», había dicho el coronel. ¿Entre quiénes?

—Las traidoras ya han sido llevadas a su destino. Deberán cumplir tareas para el ejército y la patria, purgar sus culpas. Está en mis manos conseguir que ese destino sea más suave para ti, Muriel —ella captó el cambio de trato y levantó los ojos—, pero no puedo hacer milagros. Si admitieras al menos que obrabas como espía, sirviendo a la causa... ¿Es así? ¿Sabes algo que pueda sernos útil?

—Ella no estaba interesada en averiguar nada —intercedió Del Cerro con desprecio—, más bien se mostraba sin pudor ante los soldados.

Hubo un destello de ira en los ojos grises y un sobresalto en los de Muriel. De nuevo la sensación que la incomodaba.

—¿Es eso cierto? ¿Actuabas como la puta del enemigo? Lo llevas en la sangre —sentenció Vallejo Flores sin esperar respuesta—. Ya lo decía mi madre. Debí escucharla cuando me alertó sobre tu familia. Qué podría esperarse de unos cazafortunas venidos a menos. Álvaro, deshazte de ella, que desaparezca sin manchar mi apellido.

Aterrada, Muriel estuvo a punto de suplicar por primera vez en su vida,

cuando Del Cerro se interpuso, encarando a su superior.

—No seas necio —le espetó—, van a condenarte de todos modos. Más vale que demuestres tu lealtad ofreciéndola como trofeo de guerra. Ya sabemos que es traidora, no seamos cómplices ocultándola. ¡Entrégala!

El telón cayó y la realidad se reveló entonces para Muriel. Aquélla no era la forma en que un subordinado hablaba a un superior. Entre Del Cerro y su esposo había un vínculo misterioso. Tal vez el coronel le debía algo, quizá el oficial lo había salvado en alguna batalla, aunque eso sería un deber de soldado, no tenía por qué convertirse en deuda... Atontada por el giro de la situación, la joven sólo atinó a retroceder, poniendo distancia entre aquellos hombres despreciables que con tanta facilidad decidían su suerte. El coronel parecía dudar sobre la decisión que tomaría. El oficial continuaba alentándolo:

—Ella es un estorbo, pero puede sernos útil si la sacrificamos como prenda de lealtad. Yo mismo la llevaré ante el mariscal, con tu venia, por supuesto.

De sólo pensar que podría compartir otro viaje con aquel hombre, a Muriel se le heló el corazón. Su esposo aún no respondía, la miraba como si temiese que su muerte fuera a pesarle en la conciencia. Del Cerro asestó el golpe final.

—Si no lo haces, me pierdes. No pienso compartir tu suerte negra. Ya estás condenado por la impericia en la campaña del Paraná, y el mariscal no otorga segundas oportunidades. Si la prefieres a ella, se hundirán juntos. ¿Tanto vale la pequeña zorra?

El joven hablaba muy cerca del rostro del coronel, tratando de evitar que la mirase, quizá para que no lo debilitara la vista de la que había sido su esposa. Muriel se preguntó si Del Cerro estaría al tanto de que no eran esposos más que de palabra.

Por fin, el coronel Vallejo Flores dejó de mirarla. Bajó la vista hacia sus botas, y luego asintió, algo contrito.

—Sea —dijo, en voz baja—, que la juzguen por su pecado. Yo escribiré la nota, para que el mariscal sepa que la hemos pescado *in fraganti* y es indigna de mi apellido. Sólo espero —y los ojos grises se fijaron en los de su

oficial, que permanecía en actitud dominante— que valga la pena, y no ocurra como con la otra...

Del Cerro resopló, molesto, y se dirigió hacia el escritorio. Sacó de la gaveta papel y pluma, y los ubicó de modo que el coronel pudiese tomarlos.

—Ahora —le ordenó—, antes de que vengan por nosotros.

Muriel observó cómo su esposo, el venerable coronel del ejército del mariscal, se inclinaba y mojaba la pluma en un tintero para garabatear las temblorosas palabras que marcarían su destino. Traidora. Entregada a los perros por su propio marido, para demostrar su buena voluntad hacia la causa. ¿A cambio de qué? Del perdón. Eso era lo que había querido decir Del Cerro cuando lo instó a ofrecerla como prenda. Comprendió que el coronel habría caído en desgracia y sólo un sacrificio de esa naturaleza podría salvarlo. Ella ignoraba cuánto había ocurrido en el Paraguay durante su ausencia, no sabía que doña Melchora y su hija habían debido abandonar la casa de Asunción, ni que las familias acomodadas a las que el mariscal y su dama habían otorgado privilegios en un tiempo, eran ahora perseguidas y acusadas. Muriel había vivido sin preocuparse jamás de otros asuntos que no fuesen los que atañían a su persona, y la guerra había abierto un abismo en el que estaba a punto de caer.

Recordaría siempre la escena que siguió a la firma de su sentencia. Del Cerro había tomado a su esposo por los hombros y delante de ella, sin cuidarse de nada, lo había besado. En la boca.

Aquel tiempo había pasado. Muriel se hallaba en uno de los campamentos de las destinadas, siguiendo la ribera del Chaco. Avanzaban día a día, recalando en cada sitio apenas lo suficiente para dormir, sin poder ni siquiera alzar una miserable choza donde guarecerse. Llovía, y el suelo se tornaba tan pantanoso, que con cada paso se hundían hasta las rodillas. Muriel solía brincar sobre los troncos y las piedras para evitar enlodarse. No soportaba estar sucia todo el tiempo. La primera vez que cruzaron un arroyo se demoró, a riesgo de su vida, para sumergirse en el agua clara y hacer desaparecer todo vestigio de fango de su cuerpo. El grupo de mujeres que la acompañaba en la desdicha era reducido, apenas unas quince o veinte. Muchas habían muerto y unas pocas habían conseguido huir cuando atravesaron espesos montes en la

noche. Muriel se sintió tentada de probar esa suerte, pero el guardia que las custodiaba se mantenía siempre muy cerca de ella, quizá porque acariciaba malas intenciones, ya que a menudo lo sorprendía mirándola con expresión lasciva. Esa atracción, sin embargo, era lo que la salvaba del maltrato diario, puesto que a ella nunca la mancillaban con el látigo ni la insultaban con procaces palabras. Sólo debía cuidarse de no permanecer a solas. Trataba de mezclarse con el resto y fomentar la amistad con algunas mujeres, a fin de sentirse respaldada. El recuerdo del apoyo de Dorotea le sirvió de inspiración para lograrlo. De nada valía mostrarse altiva en situaciones donde todas corrían el mismo peligro. Descubrió que algunas de las cautivas eran tan inocentes de culpa como ella, que nada sabían de las intrigas de la guerra, y que las habían echado a los caminos debido a sospechas que recaían sobre los esposos, padres o hermanos.

—¿Por qué no buscan pruebas para acusar a los verdaderos culpables? — preguntó Muriel un día a una de las destinadas.

La mujer se encogió de hombros y suspiró.

—No ha de haber pruebas, bastan los rumores para condenar. Yo estaba en mi casa, cuidando de mi pobre madre moribunda, cuando cayeron en busca de mi marido. No me permitieron armarle una muda de ropa, ni nada. Lo engrillaron ahí mismo, delante de mis ojos, y lo montaron sobre un caballo, diciéndome que iban a interrogarlo. Digo yo: ¿hacía falta esa crueldad? ¿Por qué no llevarlo como a una persona decente? Días después, estando yo más muerta que viva por la incertidumbre, llegaron otros para ordenarme abandonar mi casa. No importó que mi madre se hallase casi en agonía. Me vi obligada a dejarla con una amiga, que quizá se encuentre ahora comprometida por mi culpa, y a seguir a los soldados, que se limitaron a presentarme a un juez que me hizo un par de preguntas y me envió a prisión. Así estoy ahora, vagando sin rumbo por mi país...

Poco a poco, Muriel comprendía que la suya era sólo una de tantas historias. Mujeres de estirpe, esposas de diplomáticos, comerciantes de fortuna, políticos y hasta de militares eran tratadas como esclavas por supuestas culpas de los hombres de la familia. Y aunque fuesen ciertas las sospechas... ¿Por qué acusarlas a ellas? Muriel se preguntaba esa y otras

cuestiones que quedaban sin respuesta, ya que no había una sola mujer en el campamento que no hubiese sido víctima de alguna injusticia.

Una muchachita llamada Anamí le enseñó a fabricar una falda con fibra de palmera, y Muriel aguzó el ingenio para obtener también otras prendas, como una camisola que anudó en la cintura con un junco trenzado y adornó con flores que crecían al pie del barranco. Aquella coquetería le atrajo los celos de algunas mujeres, aunque a la larga, todas acabaron solicitándole que las ayudase a fabricar túnicas iguales. Aquellas pobres destinadas vivían tan faltas de todo, que cualquier detalle que las favoreciese en algo era como tocar el cielo con las manos.

Los montes selváticos abundaban en frutos de toda clase, y Anamí sabía distinguir los venenosos de los comestibles, de manera que pudieron degustar hongos y otras especies, además de las consabidas naranjas agrias. El agua era generosa, y por las noches y en silencio, las mujeres se turnaban para bañarse en la orilla de algún río, sin llamar la atención de la guardia. Vivían el día, sin pensar en el futuro. A menudo Muriel rememoraba escenas del campamento, en especial las vividas al lado de Bautista. Si bien ella lo hostigó y siguió considerándolo su enemigo, debía reconocer que él la había cambiado; sus caricias y cuidados la ablandaron, ya no se creía la dueña del mundo, con todos a su servicio. Ver los esfuerzos del doctor Gutiérrez, la generosidad de Dorotea, y la misma paciencia de Bautista para con ella, habían despertado la compasión adormecida en su espíritu. Muriel ya no era indiferente a los padecimientos de los demás. Por eso ayudaba a las otras destinadas en lo que podía, y se granjeó la simpatía de muchas que, al principio, la observaban entre ojos. Anamí le recordaba a Dalila por su frescura y su disposición. Juntas, organizaron la vida de los campamentos: acostaban a los bebés para que sus cuerpecitos se dieran calor entre sí, y los cubrían con mantas que a diario sacudían con palos, a fin de evitar que las alimañas anidasen en sus pliegues; se turnaban para acarrear los bultos pesados, que la mayoría llevaba sobre las cabezas o colgados de la cadera; atendían a las enfermas y animaban a las que sollozaban por las noches. Era una vida triste y resignada, que a Muriel le servía para reflexionar sobre la que había llevado antes, en la casa de sus padres primero, y en la mansión

Vallejo Flores después. La revelación del carácter de su marido era un tema que rondaba de continuo en su mente. Las notas oscuras que entreveía mientras vivió en su compañía cobraban nuevo significado. El coronel no había podido consumar su matrimonio porque lo atraían otros hombres. Ella jamás había sabido de nadie así aunque, en su fuero interno, aquello no la afectaba tanto como el hecho de haber sido condenada al exilio por él. Eso no se lo perdonaría. Sabía, por las historias que referían sus compañeras de infortunio, lo que sucedía en los campamentos de destinadas, y el coronel debía de saberlo también, mejor que nadie, de modo que la condenó a una muerte probable, sin escrúpulos. Ah, si pudiese volver atrás el tiempo y rechazar aquel matrimonio que sus padres le balancearon ante sus narices como si fuese un manjar deleitoso... qué dichosa sería...

«Tal vez», reflexionaba luego, «no habría conocido el amor de un verdadero hombre, como Bautista Garmendia». Debía creer que las cosas sucedían por algún propósito, o se volvería loca.

Esa idea se confirmó la tarde en que marchaban por un pantanal que dividía en dos un monte tan umbrío, que no se veía la luz del sol a través de sus árboles entrelazados. Muriel cuidaba dónde ponía el pie, ya que las víboras de agua eran habitantes comunes en aquel sitio y pasaban desapercibidas entre la hojarasca y las raíces. Una sensación de peligro hormigueó en su piel cuando rozó un matorral. Había una figura humana escondida entre las ramas. Su rostro moreno se confundía con la penumbra, pero sus ojos...

—¡Tilda!

—Shhh... cálese, o la pasaremos mal.

La mulata hizo una seña y se ocultó en el interior del montecito. Muriel la siguió, después de ver que el guardia se encontraba sacudiéndose las avispas de un camoatí que había tocado sin querer.

—¿Qué haces aquí? —susurró Muriel.

—Aquí vivo. Con mi... esposo.

—¿Cómo es eso? ¿Cuándo te casaste?

Tilda movió la mano, restándole importancia.

—Hace un tiempito, cuando nos fuimos de Asunción.

—¿Y doña Melchora lo sabe?

La mulata rió por lo bajo.

—No creo que le importe ya. Ella debe de andar por otro lado también.

En breves palabras y con crudeza, Tilda narró lo sucedido en la mansión cuando sonó la orden de largarse de la ciudad. Por lo que la muchacha sabía, la patrona vieja había sido llevada a la fortaleza de Humaitá y nunca más se supo, y la patrona joven se había marchado con Dalila, porque la muy tonta no quiso separarse de ella. Muriel se condolió al saber que su criadita se hallaba librada a su suerte, que no podía ser mucha, dadas las circunstancias.

—¿No supiste adónde se marchó Vicenta?

Albergaba la esperanza de dar con Dalila, si es que iba por aquellos andurriales.

—Ni jota. Pero la patrona joven llevaba la recomendación de dar con su hermano, el coronel.

Muriel suspiró. A buen puerto habría ido por leña, entonces...

—¿Y tu esposo quién es? ¿Alguien de la casa?

Tilda endureció la mirada. Calibró si convenía alertar a la señorita o no, y decidió que, de todos modos, era probable que no sobreviviese a esa ordalía, así que le dijo:

—Es un *kamba*, por eso nos vinimos aquí, donde a nadie le importa quiénes somos ni qué hacemos.

La desafió con el gesto a que opinase, pero Muriel se tornó pensativa. Había cierta libertad en la selva, hasta allí no llegaban las órdenes del mariscal. Quizá las fugitivas estuviesen a salvo, entonces. Se alegró por ellas.

—Tilda, tienes que hacerme un favor. Si llegas a ver a Dalila, dale esto de mi parte —y la joven se quitó una pulsera trenzada, la que había comprado en el Mercado Guazú cuando todavía la guerra era un rumor—. Dile que nos llevan hacia el norte, siguiendo la línea de los ríos, y que si ella se encuentra cerca intente buscarme, que yo haré lo mismo. Dile, por si acaso... —y la voz se le quebró un instante— que le agradezco la lealtad con que me sirvió, las cosas que puso en mi bolso el día de la partida y que, si nos encontramos de nuevo, ella será mi amiga, no una criada.

Atónita, Tilda miró el objeto sin dar crédito a sus oídos. ¿Estaría atacada

de fiebres la señorita? Jamás la había escuchado hablar de ese modo, ni expresar sentimiento alguno por nadie de la casa. Claro que estaban en guerra, y a todos los afectaba. Aceptó el encargo, aunque la previno sobre la condición de la gente que, como ellos, se guarecía en la selva: ninguno deseaba ser visto, ni querían recuperar su antigua condición, así fuese de gran prestigio. Preferían la seguridad del anonimato antes que portar un apellido que pudiese condenarlos algún día. Muriel entendía. Abrazó a Tilda, que permaneció rígida de estupor, y luego se reincorporó a la columna de destinadas. Ya el guardia buscaba en derredor a la bella joven que le robaba todas sus miradas.

Como la selva se tragaba todo, incluso los cadáveres insepultos que las caravanas dejaban a su paso, a Muriel se le ahorró el tener que ver los restos de otras infortunadas, como les sucedía a las que avanzaban hacia la cordillera. A menos que el agua desbordase; en ese caso, nada impedía que, a la bajante, quedasen los horribles cuerpos deformados que parecían más de esperpentos que de humanos. La fetidez en el aire también denunciaba la existencia de despojos. Un día comieron carne de mula muerta. Otro, sacrificaron unos perros que las seguían, famélicos como ellas, y esa vez Muriel se alejó, pretextando una indisposición. No había querido ver a los pobres animales morir por la mano de quienes consideraban sus amos. Después de mucho deambular, una noche recalaron en un pueblo indio abandonado. Las chozas eran pequeñas y las cercas de palos de baja altura, pero pudieron albergarse por fin bajo un techo, y colgar sus hamacas sobre terreno seco. Pasaron allí cuatro noches, lo que ya parecía un destino definitivo dada la celeridad con que se movían, y cuando empezaban a adaptarse a la aldea, ocurrió un imprevisto.

Un soldado de la guardia apareció, gritando como descosido:

—¡La tropa! ¡La tropa!

El otro soldado aprestó sus armas y ordenó a las mujeres que se metiesen adentro de las chozas y no saliesen, porque a la primera que asomase le volaría la cabeza de un chumbazo. Ellas corrieron a guarecerse, indecisas sobre si les convenía o no ocultarse del enemigo, pues muchas esperaban ansiosas ser rescatadas por los brasileños. Muriel se acurrucó bajo un

ventanuco y espió los acontecimientos. Vio que la guardia parlamentaba, confusa, y que un sargento al que no habían visto antes gesticulaba, señalando hacia donde las mujeres, mientras que el custodio que celaba a Muriel parecía ofuscado. Las voces en guaraní llegaban hasta ellas en alborotada discusión. Muriel entendió las palabras «prisionera» y «coronel», por lo que temió que aquello tuviese que ver con ella en especial. Por si acaso, le dijo a Anamí, acuclillada a su lado:

—Si nos separamos, te ruego que seas fuerte y recuerdes que tarde o temprano se acabará esta guerra y volveremos a vivir en paz. Reza por mí, que yo lo haré por ti.

Anamí sollozaba, inconsolable, cuando el soldado entró a la choza y se llevó a Muriel de un brazo, hacia el patio de tierra de la aldea.

Bajo un sol calcinante emprendieron la marcha, desandando el camino que habían llevado hasta el momento. Muriel iba en medio de dos hombres: el sargento que había irrumpido en la escena y un soldado de aspecto torvo. Ignoraba lo sucedido, aunque sospechaba que tendría que ver con su situación de esposa de Eladio Vallejo Flores.

Al llegar a un abrevadero, los hombres recuperaron sus caballos y montaron, obligándola a caminar a su lado como si fuese una sirvienta, sujeta por una cuerda que el sargento ató al cabo de su montura. Una ignominia más, entre tantas.

Al mediodía, debido al calor, decidieron descansar a la sombra de unos lapachos que crecían amontonados. Ataron las manos de Muriel a uno de los troncos, y luego se echaron sobre los recados a dormir a pata suelta. El sol fermentaba el suelo húmedo, desprendiendo vapores, y el aire denso se pobló de zumbidos de abejas y de moscas. Aquel ruido ensordecedor creaba una especie de somnolencia, y Muriel comenzó a cabecear en su improvisada prisión. Estaba casi dormida cuando unas manos fuertes le cubrieron la boca, empujándola contra las rugosidades del tronco. Con los ojos muy abiertos, vio la cara de un soldado del imperio que le sonreía, impúdico. Sintió temor, aunque se repetía que, si las demás destinadas ansiaban ser atrapadas por el enemigo, sería porque esperaban de él mayor compasión que de sus compatriotas. El *kambacito* la desató y la ayudó a levantarse. Recién entonces

vio Muriel que había despachado a sus dos escoltas, que yacían despanzurrados sobre sus recados, tal como habían quedado cuando se echaron a dormir.

—*Você é muito bonita, menina...* Con razón la busca su hombre.

Ese comentario sorprendió a Muriel. ¿Quién la buscaba? Su esposo no, por cierto, que de modo tan cruel se había deshecho de ella. ¿Sería una trampa? Como no dominaba la lengua del Imperio, se dejó llevar sin hacer preguntas ni ofrecer resistencia. Cualquier situación era preferible a la de destinada en la caravana del martirio.

El *kamba* la condujo hacia un descampado donde se había instalado un regimiento brasileño. Había mucho bullicio y su llegada pasó desapercibida. En la tienda del comandante la recibió un hombre de aspecto fatuo, engalanado con charreteras y ostentando un bigote entrecano que se movía sobre sus labios a medida que hablaba. Por suerte para ella, el militar sabía castellano.

—La oficialidad del ejército argentino nos ha entregado una lista de infelices mujeres apresadas por el tirano López. Presumo que será usted una de ellas, por los datos que hemos averiguado. ¿Su nombre?

Muriel dudó, puesto que el nombre con el que se la conocía de ordinario estaba maldito, así que optó por mentir a medias, como lo había hecho con Bautista Garmendia.

—Muriel Núñez.

El comandante cotejó en un pliego extendido ante él y ronroneó mientras la buscaba.

—Ajá. *Aquí a senhora está.* Muy bien. Tome asiento, por favor. Y firme junto a la cruz.

Muriel hizo lo que le pedían, sin saber si estaba sellando su suerte de ese modo. Se sentía tan cansada en cuerpo y alma, que casi pidió, como última voluntad, acostarse a dormir allí mismo, en el catre del comandante, y olvidarse del mundo que la rodeaba.

—Mi sargento la acompañará a su tienda, señora mía, no se apure, que habrá tiempo de aclarar las cosas.

Ella se dejó conducir hacia la única tienda que poseía cortinas, y entró a

un recinto en sombras que le resultó acogedor bajo el sol de la tarde. Había un catre de campaña cubierto por una lona de colores, una jofaina de plata con agua, una mesa en la que se veía una pila de papeles, una bandeja con tazas y una botella de ginebra. Muriel temió que hubiese un malentendido y ésa fuera la tienda del comandante. No iba a salir de una situación para caer en otra. Se volvió para aclarárselo al sargento, y quedó muda al ver en la puerta de la tienda al teniente Salazar, que la miraba con intensidad en sus ojos negros, mientras sostenía en alto la cortina.

—Bienvenida, señorita Muriel —le dijo, con voz acariciadora.

Ella había tratado al teniente en una ocasión comprometedora, y le debía la salvación. ¿Sólo por eso la buscaba? ¿Habría creído que tenía que agradecerle el favor de ese modo? La explicación del teniente la confundió más aún.

—Fue una suerte dar con usted. Hace mucho que la estamos buscando. En su estado... —y miró el cuerpo de Muriel de arriba abajo, frunciendo el ceño.

Ella no comprendía nada, aunque se alegraba de haber tomado contacto otra vez con aquel batallón donde conoció al hombre que le enseñó el amor. Se arriesgó a preguntar por él con disimulo.

—¿El soldado Garmendia le dijo dónde encontrarme?

Los ojos del teniente se achicaron con una sonrisa.

—Exactamente dónde, no. Fue una intensa búsqueda. Podría decirse que se tendieron varias líneas, como hace el pescador prevenido.

Muriel entendía menos cada vez. Aceptó, sin embargo, que su situación acababa de dar un vuelco inesperado en su favor, dado que aquel hombre había sido bueno con ella, y al parecer, no tenía otra intención que llevarla donde los oficiales habían ordenado su búsqueda. ¿Y Bautista? Su mente agotada empezó a tejer diversas tramas acerca de la razón de su rescate. Sin duda, él se hallaba a salvo y la recordaba, de otro modo, no habría mandado por ella.

—Descanse, que mañana nos espera un largo viaje.

Las palabras del teniente Salazar obraron como un sedante. Descansar. Dormir. Por fin cerrar los ojos sintiéndose a salvo, en lugar de temer las

lanzas o el látigo de los guardias. Muriel se arrastró hacia el catre y se echó sobre la lona sin fijarse si el teniente ya se había ido o permanecía observándola. Apoyó la cabeza sobre sus manos juntas y se durmió como un bebé.

Salazar la contempló un momento, antes de soltar la cortina y marcharse.
—Lo dicho: suertudo el mozo —murmuró.

Capítulo 22

Rencores

Las aguas del Iberá relucían bajo el último rayo de sol, y Violeta disfrutaba viendo a una pareja de *chajáes* que se turnaban para cuidar su nido. Ocultaba su vista del resplandor con una mano, mientras con su boquita imitaba el grito tan característico del ave, el que le dio su nombre. «¡Chajá! ¡Chajá! ¡Chajá!».

La pareja no pareció confundirse con su intento, y Violeta se echó a reír. Debería practicar más, si quería pasar por uno de ellos. Caminó sobre los pajonales de la orilla, esquivando los que sabía endebles, y luego brincó hasta el muelle en el que el vasco mantenía atracados sus barquitos. Adoraba ese sitio donde siempre encontraba rincones nuevos y misteriosos. A su mamá debía de gustarle también, pues se mostraba más complaciente que antes. Violeta era feliz en medio del pabellón de las aves, el estanque de los peces y la glorieta, donde la rosa del estero y la pasionaria competían entre las rejas blancas. Bajo la techumbre de flores, podía sentarse en los bancos de piedra, flanqueada por fuentes donde el agua, con su murmullo, atraía a los colibríes y a las abejas zumbonas. Violeta había aprendido a querer a Rete Iriarte, del mismo modo que a su hijo, Manu. Eran hombres buenos, como su tío, que no iban a la guerra por ser extranjeros, según le explicó su madre. A pesar de no comprender del todo las razones de aquella guerra, sostenía con fervor la posición de Batú, que lucharía siempre por algo justo. Su confianza en él era ciega.

Entró al pabellón central del Palacio y se detuvo, sorprendida por el

batifondo. Captó una energía distinta, como si las aves estuviesen enloquecidas. Paseó con lentitud entre ellas, observándolas. Los guacamayos azules se balanceaban en sus perchas, moviendo sus ojillos de perla negra; las cacatúas erizaban sus penachos blancos, y los grandes loros se cruzaban en audaces piruetas con los tucanes. El piar de las *catitas* enanas la aturdió. Nunca las había escuchado chillar de ese modo, ni siquiera cuando Manu, para fastidiarla, hacía extraños ruidos con la boca, ni cuando Dragón golpeaba con su cola las rejas ornamentadas. Algo pasaba. Con extrañeza siguió avanzando, y se sorprendió al ver vacío uno de los pabellones. Allí se aventuraban los federales y los cardenales, libres para entrar y salir cuando les viniese en gana. Le gustaba ese sitio en especial, porque sobre las paredes pintadas de azul las aves se destacaban como brasitas de fuego.

Sus pasos resonaron de forma inquietante.

—¡Pst!

El chistido provenía de unos cajones apilados. Violeta se inclinó sobre ellos y atisbó a través de las tablas. Unos ojos desmesurados la miraban con resquemor.

—¡Anselmo!

—¡Calla, gurisa, que me cuelgan!

La voz del negrito era rasposa, parecía que no había hablado en años. Y su aspecto deplorable, con los brazos flacos como cañas tacuara y las uñas largas y sucias. Violeta percibió un tufo extraño, desagradable, y retrocedió.

—¡No, no te vayas! Quiero saber... ¿Dónde está Bautista?

La niña sacudió la cabeza, confusa. Aquel hombre era Anselmo, sin duda, aunque no actuaba como él y distaba mucho de parecerse al simpático aventurero que llegaba en su balsa para compartir las achuras y unos mates.

—Batú no está —atinó a decir—. Hay guerra.

—Ya sé. Maldita guerra.

La expresión, dicha con furia, asustó a Violeta. Anselmo se dio cuenta y suavizó sus modales.

—Quiero hablar con él, decirle que... bueno, decirle algo. ¿No escribe? ¿No saben nada de él? ¿Estará muerto?

Violeta reaccionó al escuchar esa posibilidad.

—¡No, no está muerto! Mi tío no está muerto.

—Está bien, está bien, seguro que está vivo, más que yo, que estoy medio muerto. Mirá, gurisa, tengo que encontrarlo, porque estoy huido. ¿Entendés? No puedo mostrarme.

—¿Por qué, qué hiciste?

—Nada, no hice nada. Sólo que uno se entera de cosas, yendo de aquí para allá, y la gente no quiere que uno se entere de cosas, eso es lo que pasa.

Violeta no entendía, y la explicación de Anselmo le sonaba a disparate. De manera instintiva, trató de no contrariarlo y le siguió la corriente, como a los locos.

—Bueno, entonces no diré dónde estás. ¿Te vas a quedar acá?

Anselmo midió la posibilidad y luego la desechó.

—No, es peligroso. No digas a nadie que me viste, gurisa, si no, voy a comerme vivos a estos pajarracos.

Antes de que Violeta pudiese enojarse, los interrumpió un gruñido. Dragón había aparecido en el pabellón y miraba con insistencia la pila de cajones. El negrito se echó a temblar y Violeta, por piedad, decidió acabar con su tormento.

—No te preocupes, es mi amigo y me obedece.

Sin embargo, le costó trabajo convencer a Dragón de que saliese del Palacio de las Aves. El mastín parecía enconado, su pelaje se había erizado de manera alarmante. Violeta pensó que se parecía al *aguara guasu*, el que algunos llamaban «lobisón de los esteros».

Desde la ventana de su estudio, Rete Iriarte contemplaba a la niña y al perro mientras se dirigían al muelle. Le llamó la atención la actitud combativa de Dragón y por eso decidió vigilarlo. No temía que atacase a Violeta, sino que hubiese algo o alguien que hubiera despertado el instinto protector del perro. Nada vio, sin embargo.

El despacho estaba situado en un punto estratégico de la casa. Desde allí, el patrón vigilaba todo cuanto ocurría alrededor de El Aguapé, y dominaba hasta la laguna y los esteros, pues la habitación era redonda y sus ventanas daban a los cuatro puntos cardinales. Era un sitio sacrosanto al que no entraba nadie, ni siquiera Justina para la limpieza, y tampoco Rosa. Allí guardaba

papeles valiosos que nadie debía ver, muchos de ellos relacionados con esa contienda que comprometía a cuatro países.

A Iriarte no le importaba la causa real de la guerra, ni quería mostrarse partidario de uno u otro bando; lo único que buscaba era manejar los hilos de modo de conservar el poder e impedir que alguien se hiciese dueño de esas tierras, o dominase la actividad comercial que le daba sustento. Por eso trataba con unos y con otros, sin preguntar el color de su opinión. Era una suerte de mercenario, de su propia causa. Los tratos con Madame Lynch habían comenzado cuando ella pasó con su pequeño hijo nacido en Buenos Aires, remontando el río rumbo a Asunción. En aquella ocasión, el vasco los había recibido y agasajado por una noche. Corría cierto riesgo, dado que era uno de los fugitivos del plan de colonización de Carlos Antonio López, pero el heredero no compartía la xenofobia de su padre ni tampoco estaba interesado en el proyecto del Chaco. A Francisco Solano López le interesaba sólo la sucesión en aquel entonces. Lo había calado bien, lo mismo que a la hermosa Elisa, que supo apreciar los vinos y las exquisiteces con que amenizó aquella entrevista. Era una mujer mundana y cautivante. Comprendía que el general estuviese prendado de ella, al punto de desafiar a la opinión familiar y aun a la pública.

Era también una mujer ambiciosa con la que no hubiese podido congeniar. Rosa era la mujer perfecta para él: bella, suave, con carácter, aunque no irascible, y sobre todo, pura. La pureza de Rosa no provenía de no haber sido mancillada, sino de la bondad de su corazón, incapaz de causar un mal o desearlo siquiera.

Elisa le intrigaba, no alcanzaba a descifrar cuánto podía ganar quedándose en el Paraguay con López. Al parecer seguía interesada en él, ya que, más allá de los hijos que le dio, no estaban casados y podía marcharse en alguno de los buques franceses que recorrían los ríos aun en tiempo de guerra, puesto que había residentes franceses en tierra paraguaya. La Madama planearía algo, o bien estaría perdidamente enamorada. Se permitía dudar de esto último, aunque en cuestiones de amor nada estaba dicho. Pensar en Madame Lynch le recordó su asunto pendiente con Anselmo. Sus pesquisas no habían dado resultado, después de que el negrito huyó de la choza del

brujo del Diamante. Los hombres que envió en su busca no regresaron, ni mandaron recado dando razón de su paradero. Iriarte no sabía qué pensar. El argumento del viejo *paje* estaba descartado. Él no creía en el «luisón», como lo llamaban por ahí. Lo más probable era que Anselmo hubiese huido con el dinero y los documentos que le confió y que en el camino lo asaltaran, o bien que se hubiese fugado al Chaco, donde iban los desertores de la guerra. Si era así, removería hasta el último tocón y lo hallaría.

Nadie jugaba con Rete Iriarte.

En su campo de visión apareció de pronto Rosa. Contempló su cuerpo cimbreante, sus piernas ágiles, que ella mostraba cuando recogía la falda para no mojarla, y su cabellera ondulante. Llevaba puesto un vestido que él le había regalado, de color coral, con un corpiño ribeteado de puntilla blanca y mangas que se abrían como corolas a la altura del codo. Usaba el pelo suelto, como a él le gustaba, aunque en honor a su condición de dama, sujetaba una parte en la nuca, dejando caer las guedejas oscuras sobre los hombros. A pesar de que no veía su rostro, lo imaginaba terso, con los pómulos marcados y los ojos rasgados, mucho menos que los de su hermano. Los rasgos guaraníes en Rosa se combinaban de manera sutil, dándole un aspecto exótico y delicado. Era extraño que Violeta fuese tan distinta a su madre. La niña poseía una belleza fuera de serie, como una princesa de cuento. Rete sabía que Rosa temía por su hija, no quería que sufriese su mismo destino. Él se encargaría de dar a la niña una educación superior: la enviaría a un colegio de Buenos Aires cuando tuviese edad suficiente, y mientras, un preceptor se ocuparía de ponerla al tanto de los conocimientos necesarios. Ya había enviado por ese maestro, le daría la sorpresa a Rosa.

Observó el encuentro de madre e hija. Rosa se inclinaba sobre Violeta y escuchaba lo que la niña le decía con atención. Luego, miraba hacia el Palacio de las Aves y fruncía el ceño. Iriarte se inquietó. Algo había, entonces. ¿Se habría colado un zorro? Podía ser. ¿Un puma? Los perros habrían alertado. Dragón y Cíclope eran excelentes rastreadores.

Tendría que recorrer aquel sector de El Aguapé más tarde, cuando todos estuviesen durmiendo. Había mucha gente en movimiento debido a la guerra, y a él no le gustaban los merodeadores.

Las cartas iban y venían del territorio enemigo al patrio. Algunas, dirigidas a los periódicos de Buenos Aires con severas críticas al desempeño del ejército argentino, servían de argumento a los detractores de Mitre. Otras, las que los corazones compungidos por la ausencia enviaban a sus queridos soldados.

Bautista era de los que no recibían correspondencia. Fuera de aquella misiva que, por caridad, había enviado la asistente parroquial, nunca fue destinatario de cartas ni encomiendas. Tal vez por eso, varios camaradas de armas compartían con él sus tesoros. El más premiado con esos envíos que todo el regimiento aguardaba ansioso era Leandro Paz. Una carta de la madre, mojada con sus lágrimas, otra del padre, oculto entre las hojas un billete rosado del Banco de la Provincia, y una tercera de la niña de los Lezica, que el teniente ostentaba como trofeo, alardeando de su conquista con otros jóvenes. Esa mañana, en el campamento de Tuyú Cué, leía en voz alta la respuesta que pensaba enviarle:

Orgullosa has de estar de tu héroe, mi querida, cuando sepas la cantidad de heridas que poseo. ¡De cuchillo, que son las que valen! No le saco el cuerpo a las balas, aunque la metralla es cosa menor. Aquí todos son guapos, no he de ser menos, ya que mi honra está en juego. Podrás lucir sobre tu pechera de reina las medallas que me otorgue el valor. No permito que me allanen el camino. Vez pasada, en el bombardeo de la batería del Timbó, mientras me hallaba desalojando un puente infestado de paraguayos, el mayor Levalle me hizo el flaco favor de desembarazarme de uno de ellos. ¡No lo hubiera hecho! Le prometí que le perdería el cariño que le profeso si volvía a andarse con lástima para conmigo...

Y aquel pañuelo de batista que me diste, mi bien, lo llevo a la altura del corazón para que, si quiere el destino que allí se aloje una bala, lo recibas como última muestra de afecto, bañado con mi sangre.

—¿Qué le parece, Garmendia? —preguntó ansioso, interrumpiendo la lectura.

Bautista asintió, aprobando el relato. Él, al igual que todos, pensaba que el verdadero bautismo de sangre lo daban las heridas de puñal, no las de fuego, pues la hombría se demostraba en la lucha cuerpo a cuerpo. ¡Hasta esquivar la metralla era signo de cobardía! Era un concepto compartido por reclutas y oficiales, incluido el comandante en jefe. Y Bautista ya había tenido su bendición en ese sentido.

—Creo que mi prometida no verá la hora de arreglar nuestro casorio —añadió Leandro, petulante—. Mis hijos, los Paz y Lezica, serán herederos de la gloria de su padre.

Las maneras fatuas del joven teniente no ofendían a nadie, al fin y al cabo aquella contienda había estado jalonada de gestos de heroísmo rayanos en la temeridad, y no había quien no contase en su haber hazañas para vanagloriarse.

La diferencia entre ellos y Bautista era que él no tenía ante quién lucirse. La única que podría apreciar el sacrificio de la guerra era Violeta, y ni siquiera sabía qué opinión le merecería todo aquello cuando fuese una mujer.

Las cosas, con el tiempo, se iban tiñendo de otros colores.

—Voy a contarle cómo tomamos la fortaleza de Humaitá —seguía diciendo Leandro—, así sabrá que vamos ganando la guerra. ¡Fue cosa de ver los acorazados que avanzaban bajo el fuego graneado de los cañones!

—A las mujeres no les interesan tantos detalles de la batalla —aventuró Bautista.

Leandro hizo un gesto desdeñoso.

—¡Pues que aprendan! Es en esos detalles que se ven los héroes. Le diré que yo iba en la escuadra de madera que bombardeaba desde Curuzú.

—Pero si usted iba en las filas que entraron por el pasaje...

—Da igual, esto es más lucido, y al final, el resultado es el mismo.

El muchacho se puso a escribir con frenesí, y Bautista distrajo su atención hacia el movimiento del campo.

Poco a poco, los paraguayos habían desalojado la mítica fortaleza, después de una encarnizada y heroica defensa, ya que el mariscal los había

desahuciado al dejar una guarnición escasa y sin provisiones en aquel baluarte. Vacía y devastada, Humaitá ya no resultaba tan imponente.

Bautista reflexionaba sobre esas circunstancias, cuando un pequeño tumulto despertó su interés. Varios soldados se arremolinaban en torno a la figura extravagante de Lucio Mansilla. Observó la marcha del coronel, erguido en su típico atuendo, que más lo asemejaba a un turco que a un oficial argentino: su capa blanca ondeando al sol, revelando bajo la levita de cuello verde el cordoncillo de oro para el nudo húngaro de las mangas, y los pantalones mordoré de paño. Un gorro de hilo blanco completaba la vestimenta que su batallón, el Doce de Línea, imitaba con furor. Mansilla era un personaje en la guerra. Se rumoreaba que el ministro Gelly y Obes lo detestaba por mala cabeza, presumido y arrogante, y porque mandaba cartas a *La Tribuna* de Buenos Aires en las que criticaba las acciones de los mandos argentinos. Don Bartolo, en cambio, lo toleraba con afabilidad, no se sabía si porque era amiguísimo de su hermano Emilio, o porque su alma de periodista le impedía negar la libertad al que publicaba.

Nadie como Mansilla para contar cuentos o inventar charadas. Una de sus gracias, durante los cañoneos paraguayos, era colocarse de espaldas a la trinchera enemiga y abrir las piernas para mirar por debajo, invirtiendo la «aburrida posición» en que siempre se veían las cosas: «Los mismos cañones —decía—, los mismos paraguayos, los mismos esteros...». Los soldados amaban esas salidas pintorescas, y muchos lo imitaban.

Mansilla avanzaba con su barba de profeta, gesticulando, y todos iban pendientes de sus palabras.

—¡Miren! ¡Escuchen! Parece que han rescatado a una de las cautivas... —alertó uno.

Varios se acercaron para saber de quién se trataba, en especial los correntinos, deseosos de conocer la identidad de la que había padecido injusto martirio en tierra paraguaya. Bautista permaneció junto al joven Paz, pues la única mujer que contaba para él era Muriel. El grupo se disgregó al cabo de un rato y todo volvió a la normalidad. Hasta que vio la familiar silueta de Severino, acompañado por el teniente Salazar, y...

Quedó petrificado. Con lentitud se incorporó en toda su altura, rígidos los

brazos y la mandíbula apretada. Muriel avanzaba hacia él, escoltada por sus dos amigos. Parecía una niña en medio de soldados. Vestía de manera extraña, con una camisa larga y el cabello suelto sobre la espalda. Estaba bellísima. Más delgada, eso sí, aunque con el modo de andar cimbreante que tanto lo cautivaba.

—Garmendia —comenzó Severino, algo preocupado por lo que vio en su semblante—, acá está tu protegida.

La palabra no era la adecuada. Muriel era su prisionera. Lo había sido antes, cuando le ofreció su corazón, y con mayor razón ahora que lo había burlado. El teniente Salazar se mostraba satisfecho con el resultado de su misión.

—Tarea cumplida —dijo con humor—. Fue buena idea agregarla a la lista de las cautivas, aunque de las demás no tenemos ni rastros...

El silencio de Bautista era tal, que los otros se encontraron incómodos. Muriel, entretanto, miraba al hombre de sus recuerdos con los ojos muy abiertos, escudriñando su rostro endurecido, tratando de desentrañar el significado de aquel brillo en los ojos negros y la frialdad en sus labios apretados. ¿Acaso no la había hecho rastrear hasta la selva del Chaco? La miraba como si... la odiase.

—Creo que por razón de su estado se facilitaron las cosas —continuaba Salazar—, que si no, difícil lo veía yo. En fin, arreglen sus asuntos, ahora que pueden tomarse un respiro.

Y con un gesto, invitó a Severino a retirarse.

Bautista y Muriel quedaron enfrentados. Él evaluó el estado de sus ropas, sus pies envueltos en hojas de palmera, el cansancio en sus bellos ojos castaños. Un asomo de compasión afloró en su mirada, y Muriel se atrevió a tenderle una mano.

—He vuelto —susurró—, por un milagro.

Bautista negó con rotundidad.

—No por milagro, señorita, sino por el esfuerzo de mi gente, que la buscó por cielo y tierra hasta dar con usted.

—Gracias a ellos, entonces...

—Y todo por una burda mentira que tuve que inventar, a fin de darle

mayor seriedad a mi reclamo.

Muriel frunció el ceño, confusa.

—Usted espera un hijo mío, señorita Núñez, por eso la agregaron a la lista de cautivas correntinas, nada más que por eso. La maternidad es sagrada, no sé si lo sabe.

—¿Qué? —de manera instintiva, Muriel se llevó las manos al vientre.

Una carcajada amarga acompañó el gesto.

—No lo busque, porque no existe. Como le dije, tuve que mentir. Se compadecieron de mí, porque ya tuve una hermana cautiva, y porque después de Curupaytí quedé malherido. Además, el Generalísimo me había prometido tomar en cuenta mi pedido de búsqueda, de modo que lo utilicé en usted, mal que me pese.

Muriel sentía como «caricias» del ysypo las palabras hirientes de Bautista. No alcanzaba a comprender la magnitud de su enojo. ¡Ella había padecido lo indecible después de su secuestro!

—Usted era mi prisionera, y su huida es para mí un insulto —no quiso hablar del dolor que esa huida le había causado—, pero no tomaré riesgos ahora, señorita Núñez. A partir de este momento, la vigilaré día y noche, y cuando esté en batalla la confiaré a los centinelas, bien esposada.

Poco a poco, la debilidad de Muriel fue diluyéndose, y apareció su antiguo talante.

—¿Cómo se atreve? Después de lo que padecí... ¿Con qué derecho me dice que ahora soy su prisionera? ¡Seré prisionera de todos, entonces, pues vengo de un calvario mayor del que usted vivirá jamás! —y al ver que Bautista callaba, prosiguió—: Ustedes, los hombres, se creen con derecho a vapulear a las mujeres según su conveniencia. Si son esposas, las encierran en una celda de lujo para que nadie las mire; si son novias, las condenan a la espera eterna; si son malas, las usan y las aborrecen... y si son las esposas o novias del enemigo, las humillan. ¡Pues yo no soy ninguna de éstas, *kurepi*!

Bautista reprimió la satisfacción que le produjo encontrar de nuevo a la combativa Muriel. Aquella fachada triste con la que se topó al verla le remordía la conciencia. Fugitiva o no, los tiempos eran difíciles para todos, mucho más para una mujer sola, así que le costaba aplicarle su venganza. Si

la joven volvía a encararlo como antes, le sería más fácil mostrarse duro. Aunque lo que más deseaba era apretarla contra su pecho y amarla como un salvaje.

—Basta de cháchara —la acercó hacia su cuerpo con brusquedad—. Buscaremos a Dorotea para que la ayude a darse un baño. Apesta —agregó con saña.

Muriel no se amilanó. Mientras se retorció para liberar su brazo, le espetó: —Ya somos dos, entonces.

Severino Frías contemplaba la escena desde lejos. Se acarició el bigote, pensativo. Si la paraguayita estaba preñada, era toda una fierecilla. En lugar de sentirse disminuida, se encocoraba como gallina clueca. Sonrió con disimulo. Hembras como ésa valía la pena domar, aunque a sus años se inclinaba más por el carácter dulce, como el de la correntinita que le había dado la medalla de la Virgen. ¿Qué sería de ella?

Dorotea acogió a Muriel con el cariño que le hubiese dispensado a una hija o a una hermana. Abrió sus brazos y la envolvió en ellos unos instantes. Percibió que la joven se sacudía y supo que sollozaba. Y el bruto de Bautista se la había entregado como si fuese un bulto, con la recomendación de «adecentarla». Qué barbaridad.

—Vamos, vamos —cloqueó, mientras la conducía al interior de la choza—. Aunque no puedas creerlo, tengo jabón del que te gusta y algún que otro perfume. Contrabando —agregó, guiñándole un ojo—. A precio romano, eso sí...

Muriel se dejó llevar hacia el catre, donde Dorotea la recostó y le masajeó los pies llagados.

—Pero miren qué crimen, raspase una piel tan suave... Lástima que no tenemos por acá al doctor Gutiérrez. Hay otros —y miró en derredor como si temiese ser oída—, pero ninguno digno de confianza. Parecen matarifes. Peor los extranjeros. El otro día echaron a un par, uno inglés y otro francés, que estuvieron a punto de mandar al otro lado a un teniente. ¡Recetaban poca farina y mucha agua! Dónde se ha visto... Sirven para agotar los erarios

públicos, eso es lo que dicen.

El cotorreo de Dorotea alegraba el corazón de Muriel, marchito al ser recibida de tal modo por el hombre que le había quitado el sueño durante su cautiverio. Ni siquiera pudo relatarle las circunstancias de su rapto, aunque ahora que sabía lo que pensaba de ella, dudaba de que la creyera. Entre hipos, contempló las idas y venidas de la menuda mujer. Dorotea usaba chaqueta militar, recién reparaba en ello, y una falda amplia sobre la que colocaba un delantal para no ensuciarse. Sujetaba su cabello en una coleta trenzada, y en el nacimiento de las sienes se pintaban ya algunas canas. El cutis, avejentado de forma prematura, y los ojos sombreados de violeta, le daban un aspecto mayor del que le correspondía. La energía de su cuerpo, sin embargo, seguía siendo envidiable. Dorotea no se detenía a pensar si podía o no hacer algo, sólo lo hacía. Muriel se recordó que, justo antes de su malhadado secuestro, estaba a punto de dar un vuelco a su vida, tratando de ser mejor y de pensar en los demás. La condición de destinada le había dado la oportunidad de poner en práctica ese propósito. Le demostraría a Bautista que ella podía merecer la admiración de todos, si se lo proponía.

—Bebe esto, que te asentará el estómago.

Sorbió con lentitud el brebaje de manzanilla y sintió que sus músculos se aflojaban.

—Te bañarás luego —sentenció Dorotea—, porque primero dormirás. Qué se habrá creído... —agregó para sí, sin aclarar a quién se refería, aunque Muriel lo intuyó.

Cayó en un sopor profundo en el que perdió la conciencia de todo. Al despertar, ya era de noche y Dorotea dormía a su lado en el suelo, sobre una manta raída por todo lecho. Con sigilo se levantó y, envuelta en la lona que le había servido de cobertor, salió a la luz de las estrellas. Corría una brisa húmeda que revolvió su cabello y le recordó que estaba viva.

El campamento dormido parecía un inmenso colmenar, saturado de ronquidos de los hombres. Las chozas, que en territorio paraguayo habían reemplazado a las carpas de lona, eran tan calurosas que muchos de los soldados preferían dormir al raso. Por eso se veían cuerpos por todos lados, y Muriel tuvo que esquivarlos mientras se dirigía hacia un borde acantilado

desde el que se vislumbraba el resplandor del agua. Se arrebujo en su improvisado poncho al sentir el viento del río.

—Buenas noches.

La voz, aunque suave, la sobresaltó.

—Me parece que es usted la distinguida dama que tuve el placer de conocer tiempo atrás, cuando dibujaba mis croquis.

Muriel reconoció el rostro afable del soldado artista, aquel que fue llamado por el Generalísimo y dejó olvidado su rancho sobre las piedras.

—¡Ah, sí, lo recuerdo bien! ¿Cómo sigue su trabajo? —y le tendió una mano.

Las mejillas del joven se tiñeron de un rubor que pasó desapercibido para Muriel en la oscuridad.

—Lo lamento, sólo puedo brindarle ésta —y adelantó la mano izquierda.

Entonces reparó Muriel en que la derecha era una manga vacía, pegada al cuerpo del soldado.

—Curupaytí —dijo con simpleza Cándido López.

Al regresar a la choza, Muriel se arrojó sobre el catre, compungida. ¡Así habían sido las cosas, entonces! Las desgracias se repartían en partes iguales y a ella le tocaba conocerlas todas. Pobre hombre, tan joven, perder su brazo, el que sin duda hubiera ofrecido a una dama para asistir a la gala de algún teatro... Y qué decir de su afición al dibujo... Sintió deseos de llorar. Se enjugó la lágrima con rabia y tomó una decisión: ella sería una sobreviviente. Ya lo era, en realidad, después de su matrimonio, la vida en la mansión y su exilio entre las destinadas. ¿Qué más podía sucederle? Muriel Núñez Balboa no había nacido para ser pisoteada, ni siquiera por el hombre que le había enseñado a sentirse mujer.

Entre Dorotea y ella se entabló una apacible amistad en los días que siguieron en el campamento. Con el pretexto de reponerse de la azarosa marcha a la que se había visto sometida, Muriel permaneció en la choza de la mujer más tiempo del que a Bautista le hubiese gustado. La veía desde lejos, cuando la joven salía a cumplir alguna faena o a refrescarse, y la espiaba, rencoroso, si la distinguía conversando con algún recluta que se le acercaba. El orgullo le impedía abordarla. Eso y el ceño de Dorotea, que parecía

desafiarlo a que intentara privarla de la compañía de su amiga.

La paraguayita se fue poniendo más bella a medida que se alimentaba mejor y podía satisfacer su necesidad de mantenerse limpia y fresca. Su rostro se tornó radiante y la luz volvió a sus ojos. Dorotea le había pasado unos vestidos de cuarteras que ya no estaban entre ellos y, a fuerza de arreglarlos, parecían hechos para Muriel. El ungüento de aloe vera curó sus plantas y calzaba unas botitas graciosas que el teniente Salazar le fabricó con cueros de su tienda. Bautista estuvo a punto de retarlo a duelo por eso. Los celos lo carcomían, sobre todo porque la muy pérfida demostraba sentirse a gusto sin su compañía. Había desaparecido la súplica de sus ojos, y en su lugar brillaba un destello de malicia. Muriel volvía a ser la tirana, y él, prisionero de sus caprichos.

Estaban, además, las noches largas, solitarias, sembradas de estrellas que él ya no miraba como antes. Su cuerpo pedía a gritos el de la mujercita que sabía satisfacerlo como ninguna. Y en su imaginación calenturienta, Bautista sospechaba que ella le daba a cualquier otro lo que le negaba a él. Aquello tenía que acabarse. La había consentido lo suficiente, ya le tocaba volver al redil, someterse a su condición de prisionera y responder a sus exigencias. Faltaba la excusa para lograrlo sin reproches.

—¿Qué se ha hecho de la tal Carmela?

Dorotea demoró la respuesta. Se encontraban junto a la batea donde lavaban la ropa de los soldados. Arremangadas hasta los codos y cubiertas las cabezas por sendos sombreros de espartillo, las mujeres hundían sus brazos en el agua jabonosa tratando de refrescarse con ese contacto. Hacía un calor endemoniado.

—Allá ella, quién sabe. Se mandó a mudar hace tiempo, después de lo que pasó.

—¿Y qué pasó?

Dorotea enfrentó con dura mirada a Muriel.

—Mataron por la espalda al sargento Mendoza.

Muriel ahogó una exclamación. Había preguntado fingiendo desinterés, porque en los días que llevaba allí no había visto a la cómplice de su secuestro; no imaginó que pudiera estar enredada en otra trama más grave

aún.

—¿Lo mató por celos?

Dorotea se cuadró con los brazos en jarras y soltó una carcajada.

—¡Qué mandada a hacer estás vos, con tus juicios! Ya la condenaste. Buena serías como tribunal de guerra. Aunque, pensándolo mejor, harías una justicia más rápida. Se corre el rumor, sí, pero no de ella, sino de un cabo que le tenía ojeriza, y que también está huido.

Continuaron lavando en silencio, mientras sobre sus cabezas zumbaban las moscas y pasaban raudas las tijeretas.

—¿Y quién es ese cabo?

—Un tal Cáceres.

—¿Bien parecido, rubio, de ojos celestes?

Otra vez Dorotea se quedó pasmada mirándola.

—¡En serio digo que deberías formar parte del tribunal de guerra! ¿Lo conocés?

—En mala hora. Creo que es el mismo que me vendió a mi esposo. Por monedas, como Judas.

—A ver, mi niña —dijo la mujer, sentándose sobre el pasto—. ¿Te vendió? ¿A tu esposo? ¿Es que estás casada?

Muriel dejó escapar una sonrisa triste. Casada. Se decía fácil, aunque la realidad era más compleja. En breves palabras, narró a Dorotea su situación con Eladio Vallejo Flores, si bien ocultó el secreto que tanto el coronel como su oficial se guardaban.

—Pero... ¿Y Bautista Garmendia? —Dorotea no pudo evitar echar un vistazo hacia donde sabía que el soldado vigilaba sus movimientos.

Muriel dejó de fregar las prendas y se sentó también, suspirando.

—Yo no le mentí nunca, le dije que era casada y que mi esposo mandaría a buscarme, pero él no me creyó, se burlaba. Ahora ya no importa. Después de todo, el coronel tampoco quiere verme, él fue quien me mandó a peregrinar con las traidoras.

—¿Qué clase de esposo es ése? —exclamó horrorizada Dorotea.

La buena mujer estaba acostumbrada a la dureza de los hombres en la guerra, pero... ¡Condenar a la propia esposa a una muerte segura!

—Las cosas en mi país están muy complicadas, Dorotea, la gente tiene miedo de ser acusada por una nadería. Hasta mi suegra ha caído en desgracia, y eso que es gente principal de Asunción. Y sospecho que el coronel me acusa de haber labrado su caída.

—Qué hombre más vil.

—De la peor calaña.

—Mirá, m'hija, los hombres son muy celosos de su posición. Acá, en el ejército, algunos se fijan hasta en los ascensos de los otros, para criticar. Yo no digo que esté mal ser orgulloso del mérito, pero hay quienes se florean al cuete. No todos, muchos son gente bien, de corazón. Como tu Bautista.

—Él no es «mi» Bautista, Dorotea, es mi verdugo.

La mujer volvió a fregar en el agua para disimular una sonrisa.

—Claro, claro... eso quise decir.

Bautista aguardaba unos *lanuses*, los cigarros patrios que todo el ejército consumía sin descanso, en compañía de Severino y del teniente Salazar, mientras que, con el rabillo del ojo, espiaba a las mujeres a la distancia. Los hombres conversaban sobre las nuevas circunstancias de la guerra. A raíz de que los batallones habían sido diezmados y muchos oficiales muertos, se habían cambiado los mandos, y Bautista quedó bajo la autoridad del Quinto de Línea que comandaba Nicolás Levalle. Ese cuerpo hacía gala de coraje y temeridad, y su jefe, de cabellera y barba enmarañadas, predicaba con el ejemplo. En el asalto al Boquerón, cuando fue herido de gravedad, nadie lo supo hasta que el encuentro terminó. Recién entonces, los médicos ordenaron su traslado al hospital de Corrientes, de donde volvió con las presillas de mayor y de teniente coronel, por sus servicios distinguidos. Bautista admiraba a su superior y se alegraba de engrosar sus filas.

—Estamos en una guerra donde no gana ninguno, me parece —comentó Salazar.

Severino señaló la llegada de los ansiados cigarros de manos de un recluta presuroso. Los hombres se tomaron el tiempo para encenderlos y paladear el primer humo, antes de continuar.

—Como todas las guerras, al fin —respondió Severino—. Es que hay muchos frentes. La revolución de los Colorados le quitó fuerza a nuestro ejército, y Mitre debe dividirse entre el encono de los enemigos políticos, las tropas que manda a Cuyo y las que conserva aquí.

—De los batallones uruguayos casi no queda nadie —observó Bautista.

—Entre la malaria y los cañones... Dichoso el que vuelva a ver a los suyos.

El comentario los sumió en un silencio acongojado. Todos conservaban, como un tesoro, las remembranzas de sus hogares. Era la antorcha que los sostenía en las noches cuando padecían el frío o el calor, el hambre, los mosquitos y las fiebres. Su visión de los acontecimientos se reducía a lo que veían en el campo de batalla, nada sabían de las estrategias ni de las causas profundas de la guerra, y por eso algunos reclutas se rebelaban, convencidos de que era hora de regresar. El ejército de López estaba derrotado, y sin embargo, el mariscal insistía en replegarse a medida que los aliados avanzaban tomando posiciones, sin rendirse, exponiendo así a su pueblo a la masacre, que cada vez resultaba más repugnante, dado que la tropa estaba formada en gran medida por ancianos y niños. Bautista llevaba grabado con fuego el rostro del pequeño soldado al que ayudó a huir.

La muerte del Vicepresidente Marcos Paz retuvo a Mitre en Buenos Aires de manera definitiva, y las acciones bélicas corrían por cuenta de los mandos brasileños. Ese hecho le daba a la contienda un matiz extranjero que disgustaba a Bautista. Ahora que había recuperado a Muriel, su único deseo era regresar al recodo.

—Ya no faltará mucho, *chamigo* —le dijo Severino, como si adivinase su sentimiento.

—¿Y piensa llevarse a la paraguayita? —inquirió Salazar.

Bautista pensaba que el teniente la codiciaba para él.

—Espera un hijo mío —mintió—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Alguna familia que la reclame tendrá en su país.

Bautista apretó los dientes y miró en dirección a las mujeres que lavaban. Él sabía que Muriel tenía a alguien en Asunción, aunque no daba crédito al cuento del esposo. ¡Era virgen! Sin embargo, se le notaba la condición

refinada, sin duda pertenecería a alguna familia de apellido. Tal vez ya no le quedase nadie, si había de creer los rumores sobre las persecuciones y ejecuciones que López ordenaba. Así como en un principio su objetivo fue avanzar y vencer, en esos momentos su nueva meta era apoderarse de Muriel y llevarla a su guarida, para ahogar en su pasión el recuerdo triste de la guerra.

—Acá viene la Dorotea —anunció Severino, con un dejo de humor.

En efecto, la mujer menuda se acercaba a ellos a grandes trancos, balanceando los brazos como si marchase al son de las trompetas.

—¿Cuál de ustedes va a ayudar a volcar el agua del enjuague? —los encaró.

Los rostros desconcertados le permitieron decidir por ella misma.

—Soldado Garmendia, hágase cargo. Es forzudo y no negará el apoyo a las mujeres que lavan su ropa.

Podría haber agregado un «por favor» a su discurso, pero no era propio de Dorotea andarse con melindres de cortesía. Ella había dado su energía entera en aquella guerra, curando, consolando, enterrando... Bien podían los hombres retribuirle los servicios sin necesidad de que les rogase.

Bautista siguió a la mujercita a través del prado, bajo las miradas risueñas de los otros dos.

—Allá va el cordero.

—Listo para el sacrificio.

Severino y el teniente se echaron a reír y continuaron deleitándose con los *lanuses* un buen rato.

Muriel se hallaba de espaldas, acuclillada sobre la batea. Cada tanto sacaba una mano del agua para echarse el cabello hacia atrás y, de paso, refrescarse la cara. Otras mujeres tendían las ropas sobre los cardos, para secarlas al sol de fuego.

—La señorita Núñez le indicará lo que debe hacer —le dijo Dorotea no bien llegaron, y se mandó a mudar con rapidez.

Muriel giró y contempló, perpleja, la silueta que se perdía en el interior de una choza. Luego, al hombre que proyectaba su sombra sobre ella, como una torre.

—¿Dónde quiere que eche el agua?

Bautista se sentía estúpido bajo aquella mirada maliciosa. Muriel poseía una cualidad especial: la intención se reflejaba en sus ojos castaños, y en ese momento, su intención era burlona.

—¿Quién le dijo que necesito ayuda, *kurepi*?

—Dorotea.

—Pues mire que llega tarde. Ya tengo quien me auxilie —y Muriel dirigió una sonrisa encantadora al joven soldado que pasaba cerca de allí. Era Leandro Paz. Sin dudarle, el muchacho se acercó solícito, respondiendo a la sonrisa con otra de su cosecha, amplia y provocativa. Aquel jovencito podía estar comprometido, que su ánimo seductor no se vería disminuido en absoluto. Bautista lo vio inclinarse en cortés ademán, tomar la batea por uno de sus bordes y arrastrarla con cierta dificultad hacia un pozo disimulado entre los arbustos. También vio la expresión arrobadora que le dirigía Muriel, como si aquélla fuese una hazaña digna de condecoración. Reprimió la furia que le subió hasta la garganta y la réplica que estuvo a punto de brotar.

—Veo que tiene sus propios esclavos, no necesita a un hombre que la asista.

—¿Le molesta que recurra a los soldados? —le contestó con inocencia—. Es lo menos que pueden hacer por nosotras, que estamos a merced de las balas o las fiebres, por no decir de los asaltos lujuriosos.

—¿Acaso sufrió alguno?

La inquietud de Bautista era legítima. Él ignoraba si, durante su cautiverio, Muriel había sido atacada por sus propios paisanos. Por experiencia sabía que la guerra borraba toda convención. La joven bajó los ojos. Fue lo peor que pudo haber hecho. El argentino se agachó a su lado y la tomó por los hombros con fuerza.

—¿Fue así? —casi gritó.

Algo cohibida y avergonzada por el espectáculo que estaban dando, Muriel se apresuró a tranquilizarlo.

—No, y no entiendo por qué le importa tanto, si sólo soy su prisionera.

—Sólo eso no, Muriel, y lo sabes.

El tono de Bautista se había vuelto íntimo.

—Vuelve a la tienda, Muriel.

—¿Para qué? Usted sólo quiere vengarse en mí. Soy enemiga de su gente.

—Enemiga no. Estamos enfrentados por una guerra que no provocamos. Hasta ayer, yo tenía amigos en el Paraguay, buenos amigos —y aunque ella no lo sabía, Bautista estaba recordando los días en el recodo, cuando Anselmo los visitaba en su balsa. Se imaginó a sí mismo viviendo en aquel paraíso en compañía de Muriel, y un nudo se le formó en la garganta. Ni siquiera sabía si volvería a ver la Punta del Tigre—. Vuelve, prometo no maltratarte. Tendré cuidado de no dejarte libre, nada más, porque entonces huirás como la otra vez.

—No huí, *kurepi*, se equivoca. Me raptaron.

—Mentir no te hará mejor ante mis ojos...

—¡Es la verdad! —estalló Muriel—. Qué sabe usted de mi vida... Lo que le cuento no lo cree, y en cambio, se forma sus propias impresiones. Le dije que era una mujer casada de Asunción, y que mi esposo mandaría a buscarme. Eso fue lo que sucedió.

La vehemencia de la muchacha hizo dudar a Bautista. Después de todo, la vida que Muriel había llevado no era la de una señorita rescatada, más bien la de una traidora castigada, por lo que él supo de boca del teniente Salazar. Si ella había huido para encontrarse con un destino peor... él no estaba seguro.

—Está bien, dejemos eso —accedió— y volvamos a ser amigos.

Muriel lo miró de reojo. Amigos. Eran algo más cuando ella sufrió el rapto, lo recordaba bien. El recuerdo de las caricias de Bautista la ayudó a sobrevivir entonces. Ella también lo extrañaba.

—*Che rayhuha* —pronunció con suavidad.

Bautista se irguió como si le hubiesen propinado una estocada. Esa palabra encerraba una promesa, era muy íntima, y había brotado de los labios de ella sin pensarlo, estaba seguro. Los ojos de Muriel lo miraban asustados, prueba de que estaba asombrada de lo que había dicho. Bautista sintió que la sangre galopaba en sus venas.

Se incorporó, tomándola de una mano.

—Ven —susurró—. No te resistas.

La condujo a través del prado hacia su tienda, situada al comienzo de un

montecito de *yatay*. Muriel lo seguía con la cabeza baja, todavía sorprendida de su propia reacción, y temerosa de lo que podrían pensar los otros al verlos así, tomados de la mano. A pesar de que su convivencia con Garmendia no había sido un secreto, ella no se consideraba una cuartelera, pretendía conservar ciertas formas. Ignoraba que en ese momento Dorotea asomaba la cabeza por el agujero de su choza y sonreía con aire sabihondo, mientras que Salazar y Severino fingían buscar otro cigarro entre los soldados.

El calvario de doña Melchora había tenido visos de pesadilla, tanto más por tratarse de una dama de alcurnia poco acostumbrada al trato desconsiderado.

Después del interrogatorio al que fue sometida en Humaitá, la confinaron a una prisión de destinadas. Los jueces que escucharon su declaración estaban decididos a condenarla, ella lo advirtió en las expresiones socarronas de sus rostros y en la elaborada sentencia, escrita desde antes de su presentación. De nada valieron sus protestas de fidelidad a Francisco Solano López, ni la mención de su parentesco con el coronel Vallejo Flores. Antes bien, ese dato pareció obrar en su contra, ya que uno de los verdugos se puso de pie como un rayo y se inclinó sobre el escritorio para escupirle:

—¡No mencione usted el nombre de un traidor a la patria!

La miraba como un tigre cebado, y doña Melchora empezó a sudar frío por la espalda.

Un soldado la escoltó hasta la choza, donde tuvo que acomodarse entre mujeres desconocidas que la miraron con desconfianza. Comían lo que les dejaban, apenas mandioca hervida y unas sardinas que las enfermaron a todas. Así, enfermas y agotadas, conocieron la orden de destierro que las conduciría hasta Espadín.

Aquella peregrinación estuvo a punto de robarle el juicio. Partieron en carretas que se bamboleaban sobre el lodazal de los esteros y montaron mulas que casi se llevaba el río. Arribadas al primer destino, se les ordenó ocupar unas casitas abandonadas y sembrar para sustentarse, ya que el gobierno no tenía por qué alimentar a las traidoras. Melchora, que despreciaba los trabajos

serviles, creyó que podría aprovecharse de la labor de otras, pero había, entre las destinadas, mujeres como ella, de apellido y fortuna, que no se dejaron explotar. Tuvo que cavar sementeras con herramientas improvisadas y hundir los dedos en la tierra; se vio obligada a acarrear el agua para lavarse en la penumbra de las casas, y a compartir dormitorio con desdichadas que se despertaban llorando por las noches; padeció la ignominia de satisfacer sus necesidades al aire libre y sus uñas se rompieron por los trabajos forzados. Y cuando creyó que ya lo había soportado todo, las llevaron hacia otro destino más alejado, rumbo a Piribebuy. Allí permanecieron cerca de un mes y, sumada a los desprecios que padeció por ser familia de traidores, sufrió la angustia de saberse odiada por la propia Madama, artífice de su desgracia. Lo supo por una carta dirigida a otra de las destinadas, una señora de talante apacible, generosa con las demás y muy apreciada, a la que la misma Melchora debía favores. Esa buena mujer recibió un día una misiva que ocultó entre sus cosas. Melchora, acostumbrada a las intrigas, no dudó en hacerse con el papel en un momento de distracción, y leyó apresurada las siguientes palabras, de puño y letra de la Lynch:

«Mucho me pesa la situación en la que se encuentra usted, señora de... y deploro que se halle en tratos con gente de la calaña de Melchora Vallejo Flores. Es sabido la parte que esta mujer ha tenido en la conspiración que pretendió derrocar a Francisco Solano López. Ella y otras, cuyos esposos son conspiradores, tienen merecida la suerte que corren, pero usted, que ha sido víctima inocente de los enredos de su marido, bien puede gozar del perdón de López, si se aviene a nuestros propósitos. Yo no puedo influir sobre vuestras amistades, aunque sí recomendarle que se aleje de las pérfidas que acarrearán su caída».

Lívida por la indignación y el temor, Melchora guardó aquella carta donde la encontró y se alejó lo más que pudo, ya que de la misiva dedujo que aquella dama podía traicionarla de algún modo. Cambió su casa por otra, más

cercana al río, y allí permaneció en soledad hasta que partieron de nuevo, primero hacia Yhu, más tarde a Curuguaty. Si ella hubiese sabido que su propia hija hacía el mismo recorrido en una partida que les llevaba alguna ventaja, tal vez se habría sentido esperanzada, pero el aislamiento en que vivía, y la poca atención que prestaba a las otras confinadas, la mantenían en un estado de ignorancia con respecto a la suerte de la guerra. Ella sólo porfiaba en su inocencia y su fidelidad al mariscal, y por eso renegaba tanto de los infundios que alzaba la Lynch contra ella como de su nuera, a la que seguía acusando de todo lo ocurrido. Al igual que Vicenta, veía en Muriel una enemiga, y sólo vivía para lamentar la desgracia que atrajo sobre su hijo y su familia.

Una mañana en que, junto a otras mujeres, recogía unas mazorcas de maíz para el almuerzo, clavó en la tierra una cuchilla y maldijo en alta voz el nombre de su nuera. Las demás, asustadas por la maldad reflejada en el rostro afilado de aquella señora, retrocedieron y evitaron acompañarla en sus salidas en busca de comida. Así se fue quedando sola, con su rencor a cuestas y una obsesión: la venganza.

La estancia en Curuguaty no duró mucho, enseguida se vieron obligadas a desplazarse, muchas de ellas a pie, hacia Espadín. A lo largo del camino no siempre hallaban techo donde cobijarse, y debían dormir bajo las carretas. Melchora fue atacada de chucho una noche, y la sensación de fiebre y dolor la consumió hasta los huesos. Si antes ofrecía un aspecto de monje, ahora parecía una bruja: la piel del rostro pegada a los pómulos, afeada por las manchas que dejaban las picaduras de los mosquitos, las manos despellejadas, los ropones rotos y sucios, y la espalda encorvada por la delgadez y el esfuerzo por avanzar en el barro, donde las ruedas se atascaban y había que empujar las carretas. Tratadas peor que los esclavos, puesto que la orden era hacerlas sufrir, muchas de las mujeres quedaron en el camino. Preferían abonar con su cuerpo la vegetación de los esteros, antes que seguir padeciendo aquella infernal caravana. Melchora, a quien animaba un ansia desenfrenada de causar el mal, se sostenía por su propio espíritu y avanzaba con expresión alucinada, mascullando siempre palabras ininteligibles.

—Maldita, maldita, mil veces maldita... —se le oía decir, a manera de

plegaria.

Los custodios se burlaban al ver el temor que generaba aquella piltrafa humana y la azuzaban, para provocar más maldiciones y reírse a sus anchas.

—No insulte usted, señora, o traerá desgracia sobre nuestras cabezas. ¿No ve que pagamos todas las culpas de otros?

Aquel sabio consejo desencadenó una explosión de furia que hizo huir a la atrevida. Melchora puso los ojos en blanco y soltó espuma por la boca, en tanto profería palabras obscenas y lanzaba zarpazos, como si tuviese a alguien enfrente. A partir de entonces, hasta los soldados eludieron acercársele, ya que pensaron que estaba poseída por el demonio.

Unas mujeres fabricaron en secreto una bandera blanca de rendición, a fin de asegurarse la protección de los aliados si las alcanzaban en el camino, como se rumoreaba, y Melchora, al descubrirlas, las denunció a los guardias, acarreando sobre todas ellas latigazos y privaciones que causaron la muerte de las más débiles. La viuda se hizo odiar. Ya no había quién le dirigiese la palabra, ni siquiera para transmitirle una orden. Se convirtió en una paria de todos: soldados y compañeras de destierro.

Una noche en que deliraba, como tantas otras, Melchora sacó de entre sus ropas una estatuilla que había llevado con ella al partir, por si acaso. Era una réplica de San La Muerte, tallada en hueso. La acunó en sus manos sarmentosas y murmuró con fervor:

—Quítale lo que más le duela... Que sufra, hazle padecer el tormento, te daré a cambio lo que sea, hasta mi vida. Que conozca el dolor de perder lo máspreciado. Hazme el encargo, San La Muerte. Que se arrepienta por toda su vida del daño, y que se vuelva contra ella enseguida.

Con los ojos dilatados por la fiebre, encorvada sobre sí misma y balanceándose, Melchora vendía su alma al diablo, envuelta en vapores húmedos y agazapada en la oscuridad.

Al otro día, la claridad del alba denunció la forma de un bulto tendido sobre el barro. Casi no se dieron cuenta, antes de partir, pues de la viuda sólo quedaba un cuerpo escuálido, vestido de negro, que se confundía con los matorrales. Algunas destinadas se persignaron, asustadas por la expresión fija que mostraba el rostro cadavérico: los ojos fuera de las órbitas, la nariz

prominente y la boca torcida en una mueca de diabólica diversión, como si antes de morir la mujer hubiese visto lo grotesco de la vida. Era una máscara de maldad. Los guardias no permitieron que se la enterrara, como sugirió un alma piadosa, pues al considerarla endemoniada, era preferible que fuera pasto de los buitres.

Capítulo 23

La sombra de la sospecha

Le ordenaron que se levantase, y acompañaron la orden con una lluvia de palos. El alférez lo llevó hasta un rancho de paredes de mimbre y techo de paja, en el que sólo había una mesa cubierta de sebo, un candelabro de hierro en el que titilaban tres velas y una silla rota. La penumbra hedionda lo hizo retroceder, y el guardia lo empujó hacia adelante.

—¿Vos sos el que va a confesar? —le gritó el hombre de sotana.

Él se declaró inocente de todo.

—¡Traigan la Uruguayana! —clamó el sacerdote.

En un santiamén lo obligaron a sentarse con las rodillas levantadas y le colocaron el cepo famoso: un fusil bajo las corvas, otro sobre la nuca, atados ambos con fuertes huascas. Así permaneció, inmóvil, sintiendo que el fusil de abajo se incrustaba en su garganta y la espalda se combaba, tironeada por el fusil de arriba. Tremendos dolores, mientras escuchaba la voz monótona que preguntaba, una y otra vez:

—¿Algo para confesar? ¿Estás relacionado con la conspiración? ¿Qué sabés de Mister Washburn?

—No sé nada, no sé ni quién es...

Un martillazo en el fusil de arriba y nuevo dolor en la espalda.

—No nos hagas perder el tiempo. Llevabas una carta de un

extranjero. *¿Es él el cabecilla de la conspiración?*

La parsimonia del interrogatorio demostraba que aquello era rutina, que la escena había sido representada miles de veces, y que su vida no valía un pito. Moriría de todas formas. Prefería hacerlo sin tortura. Decidió inculparse de lo que fuere.

—¡Está bien, soy culpable! Voy a confesar.

Lo desataron, y se desarticuló en el piso de barro como un títere. El alférez lo puso en pie y le dio agua. El sacerdote pidió un escribiente y se sentó a la mesa, dispuesto a escuchar. Tenía ojillos maliciosos y una barriga prominente.

Comenzó el relato. Como había oído rumores de aquí y de allá, y además gozaba de inventiva, alcanzó a mentir de manera aceptable, construyendo una farsa donde él formaba parte de un gran complot. Era lo que deseaban oír. Al cabo de dos horas, el sacerdote decidió leer el texto en voz alta.

—Acá dice que vivís en el país de abajo. ¿Sos argentino o paraguayo?

Les dijo que ni una cosa ni la otra, que la patria era la tierra que le daba de comer, y esa confesión verdadera le valió una golpiza del alférez.

—Hablá.

—Soy paraguayo.

—Traidor.

—Soy paraguayo traidor, entonces.

Los hombres se miraron, y en tácita comunión decidieron que lo fusilarían al día siguiente. Era tarde y hacía calor.

—Firmá acá.

No sabía firmar, así que marcó con una cruz el sitio que le indicaban.

Luego se desmayó.

Se despertó a la medianoche, temblando de frío porque había llovido y él estaba a la intemperie. A su lado, yacía un cadáver. Sus ojos yertos miraban al cielo y las manos, rígidas, apretaban la manta

agujereada con la que lo habían cubierto. Él creyó que no podría resistir tanto horror, y su boca se abrió profiriendo un grito...

Anselmo se incorporó, gritando como un poseído. El sueño que le hizo revivir el martirio era tan real, que hasta sentía los dolores que le atravesaban la espalda, de la nuca al trasero. Respiró con dificultad, como le sucedía desde que había empezado aquella tortura, y por fin se sosegó. Estaba solo, estaba vivo, y en un paraje alejado de sus captores. No podrían encontrarlo en la región del Iberá, que él conocía mejor que ellos. La noche se extendía aún sobre las aguas centelleantes bajo la luna, y una brisa fresca disipó los calores febriles que acompañaban a sus pesadillas.

Una y otra vez soñaba con el calvario de su captura y los interrogatorios de los fiscales de López, empeñados en dar con la cabeza de la mentada conspiración. Anselmo nada sabía sobre eso. Él cumplía la misión que le había encomendado el patrón, cuando fue detenido por una patrulla que merodeaba y conducido, engrillado, hasta los oficiales inquisidores. Estaban empeñados en encontrar traidores, y entendió que era preferible no contradecirlos. Confiaba en su buena fortuna, que no lo defraudó. En la que iba a ser la última noche de su vida, pudo escapar gracias a su ingenio. ¿Qué cara habría puesto el cura al ver que el condenado que pensaban ejecutar ya estaba muerto? No le costó mucho envolverse en la manta del cadáver, después de colocarle su propia camisa. Al alba, cuando lo depositaron en un cuero y lo arrastraron hasta el río, sintió el alivio del agua fría al sumergirse, y nadó bajo la superficie hasta ponerse fuera de la vista de sus verdugos. ¡Que fusilaran al muerto!

Anselmo había sufrido un cruel desengaño. Él sentía verdadero afecto por el *Karai*, y había creído en la necesidad de esa guerra, sobre todo si se trataba de enfrentar al imperio esclavista. Sin embargo, aquellas persecuciones, las mentiras que se tramaban, los embustes con los que se justificaban las ejecuciones... ¡Hasta las hermanas del mariscal caían en la redada! ¡Su propia madre, por Dios! Doña Inocencia y doña Rafaela vivían presas en carretas de las que brotaban llantos de niños, Anselmo no sabía si propios o ajenos, en tanto que a doña Juana, a sus años, se la obligó a abjurar de sus

otros hijos y a proclamar a Francisco Solano. «Pueden cintearla», dicen que dijo el mariscal, al saber que su madre se empecinaba en no declarar. El negrito no creía posible que el *Karai Guasu* ordenase tamañas barbaridades. Debía de ser la Madama, que le tenía sorbido el seso. O los enemigos políticos, que ambicionaban su puesto. Vio con sus propios ojos a Benigno, el hermano de López, arrastrándose con grillos en manos y pies, engrosando la fila de los enjuiciados. ¿Podía traicionarse la propia sangre? ¿Era cierto lo que se decía, que Benigno encabezaba un complot contra el mariscal? Vio también el gesto desesperado de doña Rafaela, que optó por el sacrificio y se abalanzó sobre la fogata, en un descuido, con el propósito de llevarse un tizón encendido a la boca. Era un recurso para eludir la confesión. Por fortuna, o quizá por desgracia para ella, consiguieron detenerla a tiempo.

Los sucesos eran demasiado grandes para su comprensión. Anselmo sólo entendía de chismes. Él iba y venía con encargos para el patrón desde hacía tiempo, y nunca sospechó nada de esas misiones, ya que el vasco era rico y comerciaba con todo el mundo. Pobre Bautista, que lo socorrió cuando lo encontró medio muerto en aquel médano... Pensaría que era un traidor y que los había puesto en peligro. Tenía que decirle la verdad: él sólo cumplía un encargo, ignoraba su contenido. También debía decirle lo otro, lo que no se nombraba... aunque para eso le faltaba valor.

Reflexionaba sobre esto mientras caminaba hacia la orilla en procura de un chapuzón.

Pequeñas olas lamían los juncos y las achiras, y su chasquido completaba el concierto de las ranas. Anselmo se introdujo en uno de los barquitos del muelle, y con destreza usó la pértiga olvidada sobre los pastos para enderezar su rumbo hacia la parte más honda. Le parecía que sólo el agua del Iberá podía lavar la mugre de la terrible experiencia vivida. Surcó la laguna en silencio, moviéndose al ritmo de las corrientes y ejercitando de nuevo su cuerpo aterido. Él, que de ordinario disfrutaba de llevar y traer chismes y mercaderías, anhelaba ahora el sosiego de las aguas mansas, como le ocurría a Bautista. Se sentía otro en su interior. El dolor lo había cambiado. Y el miedo, el terror de no saber si seguiría vivo al minuto siguiente.

Cuando los soldados lo arrastraron hacia el río, creyéndolo muerto,

escuchó que comentaban, entre risas:

—Éste se salvó del Gran Moñái.

—Sí, pero todavía queda el otro para cantar. Esta mañana llegó con tres *aka ivoty*.

¡El Gran Moñái! Anselmo ni siquiera respiraba, pero saber que había estado a punto de caer en garras del oficial más mortífero del ejército de López, casi le provocó un sobresalto delator. Era conocida la sed de sangre del sargento apodado «Gran Moñái». El que figuraba en su lista fatal ya podía encomendarse al Santísimo.

Un murmullo distrajo sus recuerdos. Cerca del laberíntico camalotal flotaba a la deriva una barca. Un resplandor suave emergía de su interior, creando un halo mágico. Anselmo era supersticioso y se persignó, por si se trataba de una aparición. Cuidando de no quedar preso en un embalsado traidor, maniobró con firmeza, y pronto pudo advertir que en la otra barca había dos pasajeros. ¿Dos? ¿O uno? El candil derramaba una luz parpadeante sobre aquellas figuras en movimiento. Anselmo se echó sobre el fondo de su bote y guardó la pértiga. Se dejó flotar en la oscuridad brumosa y espíó, asomando apenas un ojo por la borda.

Un hombre y una mujer. Sus cuerpos húmedos relucían bajo el resplandor. Ella poseía una cabellera espléndida que el hombre retorció en su puño crispado, para mantenerla prisionera de su abrazo. Un gemido involuntario acompañó el gesto. Habían ingresado al manto de irupés, y la embarcación se balanceaba, detenida por aquellas hojas enormes y redondas como platos. Anselmo contempló la manera en que la mujer se abría al embrujo de su amante, como si ella misma floreciera bajo la luna.

Irupé. Sus pétalos encerraban el amor y el arrepentimiento. La hermosa hembra que desplegab su encanto en esa noche fragante era la encarnación misma de *Moroti*, la doncella que eligió morir con su amado *Pita*, el guerrero que la adoraba. Anselmo conocía la leyenda, pues de niño gustaba de escuchar a sus mayores relatando cómo aquel bravo guaraní se había arrojado al río para rescatar el brazalete que su querida *Moroti* echó a las aguas por puro capricho. Aquel juego inocente acabó en tragedia, cuando la hechicera del fondo, *Y Kuña Paje*, retuvo a *Pita* en su palacio de piedras preciosas, y

Moroti, asustada, se zambulló también, para morir junto a él. Desde entonces, el río consagraba aquel amor eterno ofreciendo la flor del irupé, roja como la sangre del guerrero, y de puro nácar como la virtud de la doncella.

Los amantes honraban esa memoria ancestral uniéndose sobre las aguas, bajo la luna, y Anselmo no podía dejar de mirarlos, hechizado por la belleza del momento.

En el punto culminante de la pasión, la mujer se echó hacia atrás, sostenida por los brazos de su hombre, y el negrito descubrió azorado que... ¡Se trataba de Rosa Garmendia! ¡Junto a Rete Iriarte! Casi vuelca en su bote por la impresión. La tímida Rosa, que apenas le dirigía la palabra durante sus visitas al recodo, a la que jamás se vio en compañía de otro hombre que no fuese su hermano, la triste y bella Rosa... ¿Cómo podía haber caído en las redes del patrón? No era raro que Iriarte tuviese amantes, si bien Anselmo ni siquiera sabía quién era la madre de Manu, pero... ¿Rosa?

De inmediato se preguntó si Bautista lo sabría. Entendió, por fin, la presencia de Violeta en El Aguapé. La madre de la niña era la querida del patrón.

Con sumo sigilo, maniobró la pértiga para alejar la barca de aquel rincón íntimo. Las sombras estaban a su favor, y la habilidad que poseía para pasar desapercibido también. Llevó el bote hacia una isleta coronada de ceibos y ancló allí, oculto por los pajonales. Se sumergió para reanimarse y aclarar sus ideas. Si Rosa estaba prendada del vasco, pensó mientras esquivaba las traicioneras barbas de un embalsado, él tendría una oportunidad para redimirse ante los ojos del patrón. Rosa era buena, no le negaría ese favor. Las cosas empezaban a mejorar. Emergió más lejos, donde las aguas ondeaban con fuerza, y se dejó acunar por su frescura. Qué linda era la vida, qué bueno poder disfrutarla. Había estado a punto de perder el pellejo sin saber siquiera el motivo. Frunció el ceño al pensar en eso. Quizás el que debería haber sido torturado era el patrón. Él mandaba las cartas y los sobres que le encargaba entregar en la otra ribera. Anselmo nunca supo qué decían aquellas misivas escritas con letra alargada, de trazo enérgico. No sabía leer.

Si se las hubiese mostrado a Bautista alguna vez... Podría haberlo hecho, si no hubieran caído sobre él aquella noche, sorprendiéndolo. Recordaba

haber gritado como una fiera cuando los soldados lo sablearon, haciendo que brotara la sangre por todas partes. En aquel momento, uno de ellos se asustó. «Es el luisón», lo escuchó decir. Y los otros rieron. Para Anselmo, fue una revelación. Él siempre temió la hora en que supiese con certeza que cargaba con la maldición. Era el séptimo hijo en su familia, pues la tercera hermana había nacido muerta. Su madre, una mujer ignorante, incapaz de llevar adelante semejante prole ella sola, no lo había bautizado. El peor de los temores de Anselmo era que hubiese cometido algún asesinato sin saberlo, ya que no recordaba todo lo ocurrido desde su detención, había nebulosas en su mente. Por ejemplo, recordaba la expresión conmovida de Bautista al verlo, pero no entendía cómo se encontró huyendo por los alrededores de la laguna del Diamante. Y al despertar de su desmayo en la prisión paraguaya, el hallazgo del cadáver a su lado lo sumió en la desesperación. ¿Lo habría matado él? Una vez, durante su cautiverio, encontró sangre en sus manos, al tiempo que oía voces diciendo que había un guardia degollado. Anselmo se sentía maldito.

Al llegar nadando a la isleta, se dejó caer sobre la orilla y permaneció boca abajo, con el rostro cubierto de arena y hojas. Debía pedir ayuda. El *paje* José era un brujo respetado, quizá supiese cómo librarlo de su tormento. Pensando de ese modo se durmió, por primera vez en mucho tiempo, gozando de un sueño tranquilo.

La noche se deslizó sobre el Iberá, arrastrando el manto de estrellas hasta el cenit, donde una claridad azulada comenzaba a vislumbrarse. Rosa dormía, acunada por los brazos de Rete Iriarte. El hombre contemplaba las aguas oscuras y reflexionaba sobre los misterios del corazón. Él, que jamás había necesitado de nadie, bebía de Rosa como de un cuenco de inagotable elixir. Ella obraba hechizos en su alma, cautivándolo más a cada momento. Amarla era sumergirse en el éxtasis y olvidarlo todo. Estaba tan a su merced, que anhelaba clavar en ella su simiente, para asegurarse de que no huyera de su lado. Entendía los reparos de Rosa, pues ser madre del modo en que ella lo fue, había marchitado su espíritu; sin embargo, él pensaba convertirla en reina y señora de El Aguapé. Sólo faltaba la bendición del hermano, y no dudaba de que Bautista lo aprobase, cuando supiera que se haría cargo de la

educación de Violeta. Bautista amaba a su sobrina, y todo cuanto tuviese que ver con ella ocupaba el primer peldaño en su vida. Hasta podría sugerirle que se mudase con ellos, aunque primero tendría que resolver algunos asuntos, como la traición de Anselmo y de Madame Lynch. Él le había prestado mucho dinero a Elisa, y aún no recibía los dividendos convenidos. La guerra no era excusa, ya que todos, desde los residentes extranjeros hasta los tenderos miserables en los campamentos, hacían su fortuna a costa de la guerra. Elisa era una mujer que no descuidaba sus bienes, de modo que tenía derecho a reclamarle. Rete sabía que ella había estado adquiriendo tierras fiscales autorizada por López, que obtuvo la aprobación del congreso para emitir moneda en abundancia. Sabía, también, que ese dinero ya no se utilizaba para pagar sueldos a los soldados, y si no era para atender las necesidades de la guerra... ¿Adónde había ido a parar esa suma? Los rumores que corrían sobre un desfaldo apuntaban a los extranjeros que hacían sus negocios en Asunción, y era probable que la persecución de López tuviese por motivo obligarlos a confesar el robo del erario, además de la mentada conspiración. Rete supo, por sus espías, que no existían pruebas de una cosa ni de la otra, pero los muertos no hablaban, y esa consigna marcaría el rumbo de las acciones del mariscal, sin duda. Su conocimiento del alma humana, en especial de los hombres, le dijo también que López no desampararía a la Madama ni a sus hijos, a los que amaba con locura. Si la ruta del dinero iba hacia ese lado, Elisa Lynch tendría con qué pagarle sus propias inversiones. Sólo con que deshiciese la espada de honor que ella misma sugirió fabricar, con su puño de oro macizo representando a San Jorge y al dragón, incrustada de piedras preciosas y envainada en oro con arabescos, estaría más que satisfecho.

Rosa se removió y Rete la oprimió contra su pecho. La brisa refrescaba el aire y ella estaba desnuda. El vasco la cubrió con su capote y la depositó con suavidad sobre el fondo de la barca, para tomar los remos. Salió del manto de irupés y se deslizó en la oscuridad, marcando una flecha de espuma en las aguas. Las estrellas lo guiaban; una en especial, de brillo rosado, que solía encaramarse en el cielo de El Aguapé cada noche. Hacia allí llevó su preciosa carga, su Rosa. Planeaba volver a amarla cuando la tuviese entre las sábanas

de hilo.

La mañana sorprendió a Manu y a Violeta trepados a un sauce.

—Aquí —decía la niña entusiasta—. Aquí quiero la casita.

Manu asentía y calculaba distancias con ojo crítico. Luego descendió a toda prisa y comenzó la tarea de recoger los troncos adecuados. Pensaba obsequiar a su adorada amiga una construcción sobre el árbol, para que ella se diese el gusto de avistar «pajarracos», como decía Justina cada vez que la veía mirando al cielo.

—¡Manu, desde acá veo hasta la otra orilla! ¡Hay cigüeñas del otro lado!

La alegría de Violeta resultaba contagiosa y Manu sintió henchirse el pecho de orgullo al saber que era él la causa de tanto regocijo. Amaba a esa niña bella que, además, no lo trataba como si fuese un tonto, sino que contaba con él para todo. Manu jamás se había sentido importante para nadie. Su padre lo toleraba con cierta amabilidad y, aunque lo llevaba en sus incursiones, Manu sospechaba que lo hacía para tenerlo vigilado y que no cometiese torpezas. Desde que correteaba en compañía de Violeta, ya no se sentía torpe.

Construiría para ella un refugio en lo alto, donde pudieran aislarse de los demás y disfrutar de su íntima amistad. Sería la casita de árbol más hermosa que existiese. El muchacho poseía una rara habilidad con sus manos, tan rústicas para otras cosas. Ató con lianas gruesos pilares que arrastró con sus brazos ciclópeos para formar el piso; hojas de palma trenzadas harían de techo, sostenidas por fardos de juncos, liados a manera de postes. Las aves no notarían el engaño, pues la casa sería una extensión del sauce. Hasta se las ingenió para simular la caída de las ramas como barbas, así ni siquiera el ojo humano podría descubrirla con facilidad. Violeta lo seguía, canturreando y opinando. Manu la dejaba hacer, condescendiente. Ella no sabía seleccionar las ramas apropiadas, ni tenía la fuerza para sujetarlas con huascas y formar nudos.

—Mi mamá no debe saber nada, Manu. Será nuestro secreto.

Él asentía.

—A mi mamá no le agrada que trepe a los árboles, dice que soy una niña. ¿Acaso las mujeres no deben saber trepar? A veces, me gustaría ser un

varón...

Manu, sorprendido, levantó la cabeza. ¡Una niña tan hermosa, desear ser varón! Dios no lo permitiera.

—Los hombres pueden fumar, tomar caña y decir palabrotas. ¿Qué palabras groseras sabes, Manu?

Él se echó a reír.

—Padre no me permite juramentar enfrente de las mujeres.

—Pero somos amigos, no soy una mujer, soy Violeta.

—Igual. Padre no me dejaría.

—Yo sí te lo permito. Dime una grosería.

—No.

—Vamos.

—No.

—Si no me dices la palabrota que prefieres, me enojaré y hoy no merendaremos en el río.

Manu la miró suplicante. Se devanó la sesera pensando. En ese momento, su inventiva le sugirió una palabra que ella no conocía, del repertorio de su padre. Total, nunca sabría el significado.

—Pelmazo.

—¿Cómo...?

—Pelmazo. Es una palabra horrible.

—Pelmazo —Violeta paladeó el término como si degustase un bocado apetitoso—. Gracias, Manu, eres muy bueno conmigo. A cambio, te daré un beso.

Apoyó su boquita fresca en la mejilla del joven, que se quedó paralizado. Manu era demasiado simple como para captar la picardía que ya afloraba en la niña, a temprana edad, y quizá Violeta misma no fuese consciente de ello, aunque por instinto él se sonrojó. Una oleada de amor le dio renovadas fuerzas, y completó el piso de la casita. Haría el castillo de una reina, si hiciera falta, sólo para ella, que era la reina de su corazón.

Rosa contemplaba desde la galería las andanzas de su hija y del hijo de Rete. Sabía que Violeta no corría peligro en su compañía, pero también que el joven la seguía como perro faldero y no se opondría a los caprichos de la

niña. Por eso, vigilaba que a Violeta no se le ocurriesen extravagancias. Manu le caía simpático, aunque se daba cuenta de que su madurez física no condecía con la de su mente. Una vez se lo había comentado a Justina con discreción, y la mujer le había explicado lo que sus creencias le permitían suponer:

—Sabe qué pasa, señora, que cuando era un *gurisito* así, de este altor —y Justina marcó una altura con la mano en el aire— lo miró un basilisco, y ha quedado medio, medio...

La mujer se tocó la sien con un dedo, compungida, y se santiguó.

Mientras recordaba ese comentario, Rosa punteaba en un telar pequeñas cruces de colores. Sobre el piso de la galería se balanceaba la sombra de la enredadera, creando figuras entre los destellos de sol. Parecía mentira que, en esa mañana esplendorosa, se estuviese librando a la distancia una guerra encarnizada entre gentes que compartían tanta belleza. Su pensamiento se remontó hacia Bautista. Su hermano era fuerte y resistiría, con la gracia de la Virgen, aunque... ¿Sería el mismo Bautista amable y callado cuando regresara, o la guerra lo habría transformado en un hombre resentido? Rosa entendía que eso era posible. Rezaba mucho por él y también por su propia suerte, para que Rete Iriarte no la usase como lo había hecho aquel otro. Rosa amaba al vasco, no era un deslumbramiento como le había ocurrido en su juventud, sino un sentimiento hondo, completo, en el que cabía la certeza de los defectos del hombre, y a pesar de todo lo amaba. Él era tierno con ella, Rosa presentía que podía amarla. No se lo decía, sin embargo, y eso, unido al silencio que pesaba entre ellos acerca de su situación en El Aguapé, la mortificaba. Sin querer, la imagen sonriente y burlona de la Loba se le presentaba a cada momento.

Un benteveo chilló desde el alero. Rosa se llevó la mano al pecho, sobresaltada. En la tradición, el canto insistente del benteveo anunciaba la llegada de extraños o de visitas inesperadas, cuando no de alguna desgracia. Sin querer pensar en esto último, deseó que el ave anunciase el regreso de Bautista. El *pitogüé*, como se lo llamaba por allí, remedando su canto, era la encarnación de *Sagua-á*, el niño tirano y egoísta que descuidó al abuelo que tanto lo amaba, burlándose de él cuando el anciano agonizaba. *Pito güé*,

«cachimbo que fue», decía el niño entre risas, y cuando su abuelo expiró, el niño se cubrió de plumas pardas y amarillas y salió volando, mientras gritaba para siempre: «*Pito güé... pito güé...*».

Los genios tutelares que mandaba *Tupa* se encargaban de premiar a los buenos y castigar a los malos. Rosa se quedó pensando si aquel soldado de ojos celestes tendría alguna vez su castigo por olvidarse de ella.

—¡Rosa!

La voz gutural la hizo saltar de la hamaca donde cosía su labor.

—Soy yo, Anselmo, no te asustes.

La cara morena de Anselmo emergía de un matorral donde hasta hacía unos segundos brincaban los cardenales.

—Acercate, que no deben verme.

Rosa se inclinó sobre la pasionaria y fingió oler las flores.

—Rosa, estoy jodido, me persiguen sin haber hecho nada, y quiero recomponerme con el patrón. Él cree que hice algo malo y te juro que no es así. Jamás traicionaría a los que quiero, Rosa, y Bautista debe saberlo también.

—¿Mi hermano? —Rosa susurró—. ¿Lo has visto?

—Hace tiempo, cuando me desgracié y él me salvó, pero ahora debe de estar en la guerra. Violeta dice que no está muerto, no te preocupes.

—¿Violeta? ¿Ella sabe que estás aquí?

—Ya hablamos, pero no dijo nada, me lo prometió. Y vos también debés prometerlo, Rosa, o me torcerán el pescuezo como a un gallo viejo.

Rosa no pudo evitar una sonrisa al recordar el modo de hablar de Anselmo. Había pasado tanto tiempo... y tantas cosas en el medio.

—¿Qué quieres de mí?

—Que hables con Iriarte, le digas que soy leal a él, que me persiguieron confundidos, porque creen que llevaba información secreta, pero yo sólo sé decir cuántos limones saca ña Justina, nada más. Y pasan cosas tremendas allá arriba, Rosa, no te imaginás. Hay olor a sangre por todas partes, y uno se salva por un pelo de ser carneado.

La crudeza de Anselmo estremeció a Rosa. Ella y su hija eran afortunadas al contar con Rete y su refugio inexpugnable. Temía por Bautista.

—Pero mi hermano...

—Él está bien. Tu hija es medio bruja y lo sabe.

Rosa frunció el ceño al oírle decir eso, y quiso protestar.

—Por favor, Rosa, estoy sin comer más que unas naranjas y un *patay* que me trajo Violeta. Si no me indultan ahora mismo, me muero.

—Voy a decirle a Iriarte que eres inocente.

—Sí, pero tenés que convencerlo, porque él me mandó con unos papeles comprometedores, y yo no sé qué dicen. Que vea si me salva, porque el que está enredado es él.

Rosa se marchó de allí preocupada. La mañana apacible se había desmoronado y en su corazón pesaba la sospecha como una losa. Anselmo había mencionado papeles, y ella sabía que Iriarte era un hombre muy relacionado. ¿A quién podía enviar papeles comprometedores? Ella era una simple mujer, no entendía de las estrategias a las que los hombres eran tan afectos, y su hermano era de pensamiento sencillo, de modo que no estaba familiarizada con argucias, no sabía lidiar con ellas.

Se encaminó hacia el santuario del vasco. A esa hora, de seguro estaría leyendo en su escritorio, como solía. Muchas veces lo veía asomado a las ventanas, observando los alrededores, y cuando la divisaba le lanzaba un beso para avergonzarla. Le gustaba reírse de ella. Y a la noche la compensaba.

La escalera se hallaba sumida en fresca sombra, y los pasos amortiguados de Rosa no despertaron la atención de la servidumbre. Golpeó quedo en la puerta de roble de recargados dinteles. Nada. Pegó la oreja a la cerradura y aguardó. Silencio. Con cuidado, Rosa movió el pestillo y la puerta se abrió. La habitación estaba en penumbras. Alguien había cerrado los postigos y apenas un rayo de sol furtivo se colaba entre los visillos, bailando sobre el escritorio. Allí se apilaban papeles. Rosa se aproximó, con el corazón latiendo feroz, y sus ojos recorrieron con avidez el papelerío incomprensible. La letra de Iriarte era aguda como él, y figuraba en cartas, documentos comerciales y formas de escribano. Su firma estampada por doquier, con su firulete de tinta gruesa que terminaba en una especie de gorro sobre la letra I del apellido. Rosa removió algunos papeles sin saber qué buscaba. Su intención al subir había sido exigir explicaciones a Rete sobre los encargos de

Anselmo, y luego abogar por el negrito, a quien conocía desde hacía mucho y no creía capaz de una traición. La curiosidad al verse sola en aquel recinto, sin embargo, le aconsejó hurgar un poco entre los documentos, en procura de algún indicio de la actividad del hombre que cada noche la tomaba en sus brazos y le hacía olvidar que era una mujer deshonrada.

Un cajón pequeño estaba abierto a medias y Rosa hundió sus dedos en él. Tocó monedas frías y un broche. Eso la intrigó, y decidió sacarlo. Era un espléndido prendedor de topacio, en el que se enredaban las iniciales E. L. ¿Quién sería? Rete Iriarte no tenía esposa, ni se sabía que la hubiese tenido antes. Lo devolvió al cajón y vio una letra distinta, femenina y seductora, que escribía: «Mi muy querido Rete». Un calor intenso le cubrió el pecho y coloreó sus mejillas. Ya no pudo sustraerse y sacó la hoja donde se leía:

... Es usted un perverso al mantenerme en ascuas sobre sus propósitos. No ignoro que es un hombre de fortuna pero también de riesgos, y asumo que le interesó mi propuesta. Mándeme a su sirvientito con la respuesta, no se haga rogar. ¡Quién dice que no podamos festejar nuestro mutuo acuerdo bebiendo de esos vinos tan deliciosos que usted guarda con celo en su bodega! Francisco también sabe apreciarlos, aunque no lo haya dicho. Tengo planes para el Paraguay y necesito apoyo financiero. Usted puede dármelo, al igual que otros extranjeros que conozco, pero confío en usted más que en ninguno, tal vez porque hemos congeniado tan bien en su hermosa finca. Permítame creer que, además de socios, hemos de ser buenos amigos. Le hago un pequeño presente para que me recuerde.

Suya,

Elisa Lynch

Rosa sintió que el suelo fallaba bajo sus pies. Ya bastante malo era que Iriarte tuviera tratos con el Paraguay en tiempos de guerra, para agregar a eso una relación ilícita con la mariscala. Con mano temblorosa colocó la hoja bajo el broche y salió de allí casi corriendo, sin acordarse de cerrar la puerta.

Bajó las escaleras y se refugió en el dormitorio de ambos. Por un momento, no supo qué hacer. Miraba todo como si no lo conociese: la enorme cama con su cobertor de satén, los barrotes de caoba de los que pendía un rosario de nácar, las suaves alfombrillas donde ella gustaba de caminar descalza... Abrió la puerta del ropero y un aroma de lavanda la envolvió. Aquellos lujos estaban pagados con dinero sucio, manchado con la sangre de los soldados argentinos... con la sangre del propio Bautista. Iriarte era un espía, un traidor, pues aunque fuese extranjero, vivía en esa tierra y le debía lealtad. ¿Cómo iba a casarse alguna vez con ella, si para él no existían votos sagrados? Con furia, arrancó de los ganchos las prendas que había llevado hasta allí, apenas un vestido remendado por Justina, y luego lo envolvió, junto con una estatuilla de la Virgen de Itatí, en una pañoleta. Corrió como loca hasta el cuarto de su hija. La niña no estaba, seguía jugando afuera con Manu. Rosa empacó también algunas ropas para ella y volvió a salir, presa del furor. Corrió descalza hacia el sauce de la orilla y llamó a Violeta con desesperación.

—Baja, hija, debemos irnos.

Su vocecita le respondió desde lo alto.

—¿A dónde?

—Baja, que luego te explico.

—Pero, mami..., estamos haciendo la casa del árbol...

—¡Baja ya mismo, Violeta, o subiré a castigarte!

Violeta jamás había escuchado a su madre hablar en ese tono. Las reprimendas de Rosa eran monótonas y tranquilas, hasta podía recitarlas de memoria: «no subas», «no bajes», «no corras», y así. Asustada, se deslizó por el tronco y cayó a los pies de Rosa, que la tomó de un brazo y echó a correr, sin atender a las quejas de la niña. Pronto desaparecieron entre los canteros de verbena roja, ante la atónita mirada de Manu desde el sauce, y de Anselmo desde la galería.

Al atardecer, cuando Rete Iriarte volvió de una de sus excursiones de pesca, lo aguardaba una sudorosa Justina. La pobre mujer, congestionada por la preocupación, no atinaba a decir las palabras adecuadas, y se secaba las manos de continuo en el delantal de liencillo.

—¡Habla, mujer, o te haré azotar! —bramó el vasco, asustado ante

semejante conducta.

Al amarrar el bote, había presentido algo grave, ya que los sirvientes que merodeaban en los alrededores eludían mirarlo. Había ocurrido algo, y tenía que ver con Rosa.

—La señora... —volvió a comenzar Justina— ...se fue, patrón, y se llevó a la niña. La pobrecita, en la noche y sin protección ninguna... qué ha de ser de la pequeña...

Justina recalcaba la inocencia de Violeta en esa huida pergeñada por la amante del patrón. Iriarte no estaba para sutilezas, de modo que ignoró la intención y se dispuso a organizar la partida de búsqueda. Rosa era suya, no permitiría que nadie se la arrebatase. En un santiamén estaban los hombres listos, con sus armas prontas. Él subió a su despacho para recoger dos pistolas de guerra del tamaño de un surubí, y al entrar, se dio cuenta de lo sucedido. Habían violado su recinto sagrado. Rosa. Sin adivinar todavía qué la había hecho escapar, se acercó al escritorio, maldiciendo, y allí obtuvo su respuesta: el broche de Madame Lynch. Rosa fue descuidada, no supo colocarlo como lo encontró. Estuvo a punto de sonreír pensando que ella se habría puesto celosa del amor de otra mujer, cuando sus ojos cayeron sobre la carta. Allí había otra cosa. Rosa pensaría que él tramaba una conspiración, por eso huía. Pensaba lo peor. ¡De él, que la adoraba como a la reina de las aguas! En cierto modo, se dijo irónico, tenía razón al pensar así, puesto que él era, ante todo, un hombre de negocios, y los negocios no entendían de pactos políticos ni de guerras. Lo único que no se detenía era el comercio, así había sido desde que el mundo existía, y así seguiría siendo. Rosa debía entenderlo y aceptarlo. Él se encargaría de eso.

Bajó como una ráfaga endemoniada y salió en busca de su caballo. Para recorrer los esteros que circundaban El Aguapé, era necesaria una buena monta.

—¡Traigan a los perros! —gritó mientras saltaba sobre el lomo de su criollo.

La partida se perdió en la creciente oscuridad, y el retumbar de los cascos se hizo eco por largo rato en la galería de la finca, hasta que fue reemplazado por el chirrido armonioso de los grillos.

A la luz difusa del anochecer, sólo una silueta quedó a la espera, inmóvil tras el sauce: Manu Iriarte; con el rostro adusto y su cuerpo desgarrado, miraba hacia donde su amiga había desaparecido, arrastrada por su madre.

Sobre la casita del árbol, apenas instalada, voló un benteveo que lanzó a los vientos su canto: «*Pito güé... pito güé...*».

Capítulo 24

Caminos cruzados

Carmela y el cabo Cáceres conocieron las penurias de su escapada a través de arroyos y esteros. Las lluvias anegaban el terreno que debían seguir para poner distancia con sus perseguidores. En las noches, sus cuerpos se enfriaban a causa de la humedad, y en el día, el sol ardiente sobre sus cabezas les provocaba delirios febriles. Carmela llevaba los pies llagados y un humor de los mil demonios. Su ocasional amante se había convertido en un hombre frío y rencoroso, que no cuidaba de ella en absoluto, preocupado en mantenerse alejado tanto de los aliados como de los paraguayos, ya que era desertor y enemigo de López. Se habían convertido en parias.

—No doy más, descansemos en este montecito, al fresco.

Cáceres miró en derredor y, mascullando improperios, se dejó caer sobre las raíces de un ñandubay. Aquella mujer era un estorbo. Buena estaba para revolcarse, pero no servía en ese trance. Además, por ella se encontraba así, librado a su suerte, que no era mucha. Estaba apurado por dejar atrás aquella región ponzoñosa donde los fragosos montes alternaban con selvas profundas, donde los barrancos caían de alturas vertiginosas y el río arrastraba troncos y lomos de yacarés de ojos brillantes. Quería llegar al bajo Paraná, guarecerse en su país, donde ya no había batallas. Y no quería cargar con la odiosa Carmela, que ya ni bonita le parecía. Su cabello era una mata desgredada y sucia, y su piel mostraba moretones causados por las caídas y las rasguñaduras de las espinas. En sus muslos calientes no encontraba el mismo placer que antes, y hasta le repugnaba pensarla desnuda bajo su

cuerpo. Quería deshacerse de ella.

Carmela hundió sus uñas rotas entre las raíces, en busca de alguna semilla o fruto que llevarse a la boca. La huida había sido tan precipitada, que no atinó a guardar algo de comida. Por fortuna, el agua sobraba. Mientras rumiaba, miró de reojo al cabo. Era apuesto, sí, aunque le faltaba esa prestancia que requiere la hombría. Aquel muchacho enamorado de la paraguayita era mucho más viril que su amante pálido. Ni qué hablar del sargento... Un nudo se le formó al tragar cuando pensó en Mendoza muerto. Y ella, que se había prendado de él... ¿Cómo habían llegado a esto? Escondió el rostro para no revelar su angustia. *Aña* se había apoderado de ella para obligarla a actuar de esa manera, no cabía otra razón. Se ovilló entre los matorrales y rememoró, por centésima vez, la cruenta escena de aquella noche: le había sorprendido escuchar la voz airada del sargento en su tienda, puesto que ella lo estaba buscando para proponerle un baile. Al acercarse, comprobó que discutía con alguien, y a través de la lona identificó la apostura del cabo. Cáceres detestaba al sargento, se sentía humillado de continuo por él, y en más de una ocasión le había confesado que deseaba que una metralla le perforase el cuerpo. Carmela, que también sufría los desplantes de Mendoza, a veces congeniaba con aquel talante y compartía sus críticas hacia el sargento. Esa noche, sin embargo, estaba dispuesta a hacer las paces y gozar una vez más de sus caricias.

—Cuádrese, cabo, y márchese a su choza. Hoy no habrá baile para usted.

Carmela escuchó la risa despreciativa de Cáceres.

—Eso que me lo diga un superior. ¡El mismísimo comandante!

—Está borracho, Cáceres. Voy a hacer constar esto en su foja.

La silueta del cabo se tambaleó y Carmela ahogó un grito al ver que intentaba golpear al sargento. Decidida a evitar que aquel hombre se desgraciara, irrumpió en la tienda. Mendoza la había contemplado con asco.

—Llévese a esta escoria. Los dos se merecen mutuamente.

Luego, les había dado la espalda y ella, enfurecida por el insulto, se había arrojado sobre él, blasfemando. Mendoza luchaba para sacarse de encima aquella gata salvaje, cuando Carmela tocó por azar el cuchillo que el propio oficial llevaba y lo desenvainó, en un raptó de locura. No supo cuántos golpes

asestó al hombre que amaba, sólo que no podía detenerse. Fue Cáceres quien la volvió a la realidad.

—¡Pará, pará, insensata! ¿Qué has hecho?

La sangre corría a raudales y Mendoza cayó fulminado, boca abajo, sobre el catre de campaña. Carmela no recordaba cómo habían salido de allí y cruzado la pista de baile sin que los viesan, ni tampoco por qué accedió a revolcarse con el cabo luego, en medio de la espesura, salvo que tenía en la boca un regusto amargo, quizá por haber bebido ginebra hasta perder el control. Lo único que recordaba con nitidez era el temor helado que la envolvió al escuchar las voces que proclamaban la muerte del sargento. Sólo entonces su pobre cerebro captó la inmensidad de lo ocurrido: había matado al hombre que amaba.

Se miró las manos, sucias de tierra, y vio sangre en ellas. Dio un grito y se incorporó.

—¡Estúpida! ¿Quieres que nos descubran? No estamos lejos lo suficiente, y sin caballos, además...

—Lo maté... maté a mi *tayhupára*...

—¡Callate! Buena la hiciste... Por tu culpa estamos así.

—¡Por mi culpa no! Vos quisiste matarlo también, yo te vi lanzarte sobre él...

—¡No tenía armas, perra! Pero conseguiste una, ¿eh? ¡Su propio puñal!

Y Cáceres lanzó una carcajada escalofriante, como si la ironía del destino le resultase graciosa. Se acostó boca arriba sin prestarle más atención, y Carmela permaneció atontada unos momentos. El agotamiento y el dolor eran malos consejeros.

—Fuiste vos el que me instigó. Yo quise protegerte del castigo, y vos...

—¡Callate!

—El pobre sargento... yo lo quería bien, pero él...

—Pero él te miraba como a un sapo, pedazo de infeliz. ¿No te dabas cuenta? Para el sargento no eras más que basura.

—Lo mismo que para vos.

Cáceres guardó silencio.

—Dios sabe que yo lo quise a Mendoza —siguió ella, como en trance—.

Lo quise mucho.

El cabo volvió el rostro, fastidiado. No le interesaba consolar a aquel despojo, causante de su desgracia. En mala hora se había acollarado con ella. Mujeres así traían siempre mala suerte.

—¿Pensás... que murió?

Él la miró como si tuviese cuernos.

—¡Pues claro, imbécil! Lo cosiste a puñaladas. Pensándolo bien — agregó, con sorna—, no conviene llevarte la contra, eres de armas tomar.

—Yo... no quería matarlo.

—Tarde piaste.

—Quizá deberíamos volver, y...

Cáceres se levantó de un salto.

—¡Eso no! No me vas a arrastrar más de lo que ya has hecho, hembra del demonio. Todos en el campamento deben pensar que fui el asesino, porque... ¿Quién va a desconfiar de una mujer? Para colmo, usaste el cuchillo del sargento, ni siquiera dejaste pruebas que pudieran salvarme. Estoy perdido.

El cabo se mesó los rubios cabellos con desesperación. A medida que pasaban las horas, veía con más claridad su situación. Viviría huyendo el resto de su vida, ya que el crimen lo perseguiría siempre, y todo por una mujer celosa. Miró con odio a Carmela, que seguía lamentándose, sin darse cuenta de su propia miseria. La detestaba. Una idea repentina le iluminó el rostro: entregarla, llevarla a la fuerza al campamento, fingiendo que la había perseguido hasta dar con ella. Estaba tan agobiada por la pena, que no podría dar un falso testimonio de lo sucedido, de seguro se inculparía, golpeándose el pecho. Con lentitud se inclinó sobre ella, y su tono se volvió zalamero.

—Carmela, ahora que lo pienso, tal vez podamos argumentar que el sargento quería violarte. O mejor aún, que quiso matarme y saliste en mi defensa. ¿Qué te parece?

Carmela lo miró, confundida. Cáceres tenía los ojos brillantes, tal vez debido a las fiebres que solían enseñorearse de los campamentos, o al sol de fuego que les quemaba la sesera. El hombre se encontraba muy cerca, podía sentir su aliento seco sobre la cara, y sus dedos acariciándole el brazo.

—Un tribunal te exoneraría, tomando en cuenta la situación de la guerra.

El cabo le apretó el brazo y la mujer se estremeció.

—Vamos, iremos juntos y lo enfrentaremos.

De pronto, Carmela tuvo la certeza de que aquel hombre sería su perdición. Se alejó de él como si fuese peste, y le escupió en la cara.

—¡Andá vos solo! Yo me largo.

Y echó a correr, tropezando con la raíz del ñandubay y sujetándose de los arbustos de ñangapirí que le salían al encuentro. Cáceres se quedó mirándola como poseído. Las piernas no le respondían para alcanzarla, estaba rendido. Se dejó caer sobre los pastos y se durmió allí mismo, con una maldición entre los labios.

—Perra...

Carmela corrió y corrió, con el corazón desenfrenado y los ojos fuera de las órbitas. Casi nada quedaba de aquella hembra voluptuosa que seguían con la mirada los soldados en el campamento. Las privaciones la habían consumido, y hasta los pechos le colgaban, flácidos. El instinto de supervivencia le dictó qué hacer. Durmió de a ratos, cuando el sol caía con más fuerza, y caminó durante las tardes frescas; esquivó los pantanos y vadeó los arroyos para borrar sus huellas; comió los frutos silvestres que su intuición le aconsejaba y en las noches, ante el peligro de ser atacada por un jaguar, se untaba con barro para disimular su olor. Así, agotada, muerta de miedo y famélica, arribó a una población campesina donde no se veían más que casas desperdigadas, aunque de buen tono, sin duda un reducto de verano de la gente bien. Caminó por sus calles de tierra y atisbó el interior de las viviendas. Al principio, creyó que estarían abandonadas por sus dueños; al cabo de un rato empezó a notar cierto movimiento, y se escondió entre los pastizales cercanos para observar. Había mujeres y ancianos que se reunían en las esquinas, como si conversaran, mientras los niños correteaban, inocentes. Los murmullos se elevaban en el aire cálido y Carmela escuchó que decían:

—Vienen hacia acá, escondamos las alhajas.

Ella no sabía de qué se trataba, y por prudencia se mantuvo oculta.

Al pasar las horas, los temores de la población se vieron confirmados. Una partida de soldados paraguayos arribó al poblado, haciendo ruido con

sus caballos y sus armas. Eran diez o doce, y de inmediato se esparcieron por todos los rincones, sin duda buscando a alguien. Un hombre mayor, de aspecto señorial, se apeó y llamó a la puerta más cercana. Dijo algo a la mujer que abrió y ésta retrocedió, asustada. Los soldados se encargaron de evitar que cerrase la puerta de nuevo, y a partir de ese momento, se distribuyeron en las casas, para husmear en ellas y obligar a salir a sus moradores. Pronto hubo familias enteras apiñadas en la plaza, rezando. En la única iglesia sonaron campanadas y algunas mujeres quisieron ir a la Misa, pero el hombre de aspecto venerable se los impidió. Les leyó en alta voz una lista y, a medida que nombraba ciertos apellidos, los portadores eran separados del grupo y conducidos a una casa donde la partida había establecido su cuartel. Carmela no entendía la razón de aquel procedimiento aunque, por los rostros preocupados, intuía que no auguraba nada bueno. Pasó la noche sin novedad, y a primera hora de la mañana, el suelo tembló bajo los cascos de más caballos. Una nueva partida llegaba, comandada por un oficial del ejército de López. Antes de escucharlo, Carmela sintió en los huesos el rumor de espanto que se extendió entre los habitantes de aquel sitio. El recién llegado vestía chaqueta roja y chiripá, como tantos otros; su pecho estaba sembrado de condecoraciones de hombro a hombro; sus manos repletas de anillos que relucían al sol, y de su cuello ancho colgaban cadenas de oro con sus dijes. Llevaba el cabello largo bajo el quepis y su expresión feroz se acentuaba por una sonrisa siniestra y el brillo de los ojos negros. En un santiamén la partida se movilizó, buscando a las personas cautivas. Las alinearon bajo el sol matinal, y el oficial las contempló con desprecio desde el lomo de su picazo.

—¿Éstas son las traidoras de la lista? —preguntó al anciano que había recitado los apellidos.

Ante el asentimiento, el oficial caracoleó en su caballo y gritó, con evidente gozo:

—¡Despójennas de sus alhajas y entréguenlas!

Las mujeres, ya que recién entonces Carmela reparó en que las cautivas eran todas hembras, obedecieron sumisas, sin duda porque la resistencia sería inútil. Se quitaron los anillos, las cadenas, los broches y los alfileres. El

oficial controlaba el procedimiento con ojo de águila.

—¿Eso es todo? —bramó, en apariencia disgustado.

Los soldados le alcanzaron sus quepis repletos de joyas y el oficial blasfemó.

—Ha de haber más en las casas —sentenció.

Los soldados obligaron a las mujeres a entrar a sus respectivas viviendas, para que les entregasen el oro que escondían. Carmela vio que salían a los empujones y que los soldados manifestaban su descontento ante el oficial.

—Con que no hay más, ¿eh? ¡Preparen las armas!

Carmela contempló con horror cómo las mujeres eran conducidas hasta un muro sombreado de naranjos. Allí les ataron las muñecas y los pies, y vendaron sus ojos. Hubo algunas que se resistieron, pero la mayoría aceptó resignada su destino a manos de sus verdugos. Carmela escuchó el espeluznante ruido de los sables al desenvainarse, y también el rumor creciente de los rezos. ¡Las infelices encomendaban su alma a Dios, sin tener siquiera un confesor! Dos sacerdotes que vestían sendas sotanas y calzaban sandalias, en lugar de cumplir con su misión, observaban el discurrir de la acción, impertérritos.

Cuando las mujeres estuvieron alineadas, Carmela contó veintitrés. Eran veintitrés las desgraciadas que iban a ajusticiar, no sabía ella por qué delito. Debía de ser bien grave para proceder de ese modo con mujeres de alta condición, pues no se le escapaba que se trataba de damas, algunas muy hermosas, aunque todas pálidas y desmejoradas. Una bandada de loros cruzó el cielo en medio de estridentes gritos cuando los soldados hicieron chirriar los aceros y lancearon a las infelices. Las mujeres se desplomaron como muñecas de trapo. Entre los charcones de sangre que se formaron sobre la tierra seca, Carmela vio rodar algunas estampitas de la Virgen. De inmediato comenzaron a chillar los niños. ¡Habían estado ahí, presenciando la ejecución de sus madres y hermanas! Eran chiquillos de apenas dos o tres años, semidesnudos, que lloraban sentados en la tierra o pataleaban asustados. Los soldados no les prestaban atención. El oficial volvió la vista hacia el resto de las casas.

—Busquen más —ordenó, implacable.

De nuevo los soldados se desparramaron por el poblado. Carmela escuchó una voz aguardentosa que le decía desde atrás.

—*Tupa rymba mi*, qué hacés acá...

Espantada, se volvió y se topó con el rostro fiero de un soldado que la miraba con lujuria. Su instinto le indicó seguirle la corriente.

—Acá estoy, disfrutando del espectáculo.

El hombre llevaba un sombrero en el que había prendidas algunas flores marchitas.

—¿Venís a ver al Gran Moñái?

—Sí, sí —respondió Carmela, fingiendo entusiasmo—. ¿Es él? —y señaló hacia el oficial desalmado que aguardaba sobre su caballo a que su gente le llevase la información.

—Yo puedo conseguirte alguna alhajita, si sos buena conmigo.

Carmela supo entonces que se hallaba frente a uno de los *aká ivoty*, los cabezas floridas que mataban por encargo y recibían de las mujeres flores como premio. Eran bien conocidas sus hazañas de sangre. Su vida estaba en juego, de modo que no podía elegir. Se arrimó al hombre y se restregó contra él, zalamera. Captó el interés inmediato del cabeza florida, que la atrapó entre sus brazos.

—Yo te voy a dar lo que sea, *porá mi...* —y le estampó un beso.

Carmela lo dejó hacer. Rodaron sobre los pastos y él le levantó la falda, para acariciarla por debajo. Bajo el sol pleno del día se metió en su cuerpo y se balanceó sobre ella, gritando su éxtasis. Carmela fingió gozar también, aunque en su fuero íntimo temblaba de pavor.

—Vení —le dijo cuando todo hubo acabado—. Te voy a regalar alguna cosita.

Ella se dejó arrastrar hacia los cadáveres, y reprimió su repugnancia al ver que su amante de turno rebuscaba entre las ropas, intentando descubrir alguna joya oculta.

El Gran Moñái observaba la escena desde lejos. Carmela casi podía verle los ojos refulgentes.

—¡Velázquez!

El acompañante de Carmela se cuadró, obediente.

—Si encuentra algo, hágamelo saber —fue todo lo que dijo aquel bárbaro.

Carmela sintió que se desmayaba. El soldado Velázquez pronunció algunas palabrotas al no hallar nada entre las víctimas, y de inmediato se conformó pensando en la próxima ejecución.

—¿Es que habrá más? —dijo Carmela con un hilo de voz.

—¡Pues claro! El Gran Moñái vino a poner orden en este pueblo. Son gente de la Asunción que se escondió acá para no entregar sus bienes al *Karai Guasu*. Traidores.

La expresión satisfecha de Velázquez heló la sangre de la mujer.

El resto del día transcurrió entre el recuento de las próximas víctimas y el saqueo de sus casas. Gran Moñái parecía ser una autoridad sobre todas, puesto que otros oficiales se cuidaban bien de interponerse en sus designios.

—¿Quién hizo esa lista? —inquirió Carmela con aparente desinterés, mientras dormitaba junto a su amante a la sombra de un alero.

—Mmm... creo que el mismísimo mariscal la escribe, o por lo menos la supervisa.

—¿Y el mariscal sabe que las mujeres fueron ejecutadas?

—¿Por qué? ¿Te parece mal que se castigue a los traidores?

—No, no, por cierto que no. Sólo me preguntaba si él no querría interrogarlas primero.

—Para eso están los curas —respondió aburrido Velázquez.

Carmela pensó que aquellos sacerdotes no hacían honor a su hábito, pero calló prudente, ya que el soldado ignoraba que ella venía del otro lado de la trinchera. En realidad, no le había preguntado su origen ni la razón de su presencia en el pueblo. Podía darse por bendita.

—Gran Moñái sabe lo que hace —agregó Velázquez—. Por eso lo envió el general Resquin.

Carmela desconocía los nombres de la oficialidad paraguaya.

—Yo no soy un soldado así nomás, soy alférez —se pavoneó Velázquez.

—¿Y cómo te llamás?

—Ventura me dicen. Vos decime como te guste, *che mburuvicha*.

Carmela se apretó contra el hombre, que apestaba a caña, y cerró los ojos

con fuerza. Tenía que huir de allí. Las cosas amenazaban con empeorar, y ella no poseía ninguna moneda de cambio, como no fuese su cuerpo, y dudaba de poder emplearlo, dada su actual condición. De pronto, vino a su mente la imagen del sargento Mendoza con su espalda tajeada, y las lágrimas se agolparon bajo sus párpados.

Cuando el cabo Cáceres despertó de su sopor, el sol caía tras la línea de agua, y el monte se había cubierto de sombras. Al principio le costó recordar la pelea con Carmela y la buscó con la mirada, extrañado. Después se sintió aliviado de no acarrearla con él. Debía procurarse una balsa. Caminó a la vera de los arroyos hasta desembocar en el río, ya al anochecer. Mala hora para encaramarse sobre las aguas.

Había dormido tanto, que se encontraba despejado por completo, de modo que siguió caminando, siempre junto al río y hacia el sur. Al cabo de dos horas, la suerte lo favoreció, pues halló una embarcación destartada que tuvo que arrastrar y recomponer con lianas. La botó y, luego de varios intentos fallidos, consiguió que soportase su peso sin volcarse. Usó una tacuara como remo y avanzó con rapidez en el agua. Se sentía más seguro a medida que dejaba atrás las tierras salvajes, aunque su oído entrenado descubría, en la quietud de la noche, algún que otro repiqueteo de balas, y entonces se detenía para flotar como camalote, a fin de no llamar la atención de la patrulla que estuviese merodeando. Ya no sabía distinguir las partidas aliadas de las enemigas, y en última instancia, todos eran sus enemigos.

Pasaron dos días y Cáceres ya desesperaba de hallar algún indicio de lugar conocido, cuando la piragua lo condujo hacia un torrente que, de un solo envión, lo lanzó río abajo a toda velocidad. El vértigo lo reanimó. Se puso de pie y, equilibrando el peso, sorteó los rápidos hasta desembocar en un brazo caudaloso más estable.

Por fin, se abrió ante él la confluencia, un remolino formidable de corrientes encontradas, donde estuvo a punto de perder la vida. La barquita era sacudida como látigo por las aguas, que rivalizaban en fuerza y bravura.

El rey de los ríos, el Paraná, lo absorbió con su caudal y lo arrancó de allí

para lanzarlo hacia la costa, donde naufragó contra los barrancos. Permaneció sobre la arena barrosa hasta recobrar el aliento, y luego continuó la marcha a pie. El sol caldeaba la tierra y producía engañosos reflejos en las aguas. Hubo momentos en que Cáceres temió vivir perdido para siempre, y ese mismo temor lo indujo a avanzar con más ahínco. Pasó dos noches aterido, bajo la luna amarilla de las tormentas, y otras dos aguijoneado por mosquitos temibles. Se sumergía en barro para refrescar sus picaduras, y proseguía.

Ya no era consciente del tiempo transcurrido, todos los días eran iguales, y apenas podía recordar episodios que le diesen una dimensión de su epopeya.

Una noche, lo atrajo el resplandor de una hoguera. Se hallaba en pleno monte, y podía oler las hierbas silvestres junto con el humo de la comida asándose. Con sigilo se aproximó, y a través de las matas espinosas contempló la imagen de dos mujeres inclinadas sobre el fuego. La más pequeña hablaba en voz baja, en tanto que la otra se mantenía callada, como si estuviese ausente. Su figura lucía esbelta a la luz de la fogata. Las espizó durante un rato, hasta que ellas devoraron la pieza que habían cazado y se acomodaron cerca de las llamas para dormir. No poseían nada, salvo una pañoleta que la mujer mayor extendió sobre la tierra. Se echaron allí juntas, y Cáceres vio entonces que una era una niña. Esperó paciente a que la luna asomase, para cerciorarse de que estuviesen dormidas, y luego se arrastró hacia ellas. El reflejo rojizo de las brasas parpadeaba sobre los rostros, y pudo apreciarlas a su antojo.

La mujer adulta era muy bella. Le resultaba familiar, aunque estando dormida se perdía el rasgo esencial de los ojos, de modo que se limitó a admirar la forma afilada del rostro, los labios finos y las pestañas espesas. Llevaba el cabello trenzado, sin duda para evitar engancharse en los innumerables arbustos que debían atravesar. ¿Quiénes eran? ¿Adónde iban? Huirían como él, de seguro, no cabía otra explicación. La mujer sujetaba a la niña por la cintura, atrayéndola, y ni siquiera en sueños se permitía aflojar el agarre. Debía de ser su hija. El mismo tono de piel, el mismo cabello, si bien la pequeña poseía un encanto especial: la línea de sus cejas se curvaba con gracia y su nariz tenía un respingo aristocrático. Ambas se veían miserables,

sus ropas destrozadas y sucias. Cáceres revisó los alrededores y vio que acababan de lavar las prendas que habían usado, de manera que se cambiarían día a día. Eso hablaba bien de las costumbres de la madre. Dado que no tenía otra cosa que hacer, decidió descansar también, y se echó a dormir a cierta distancia, con el arma a su alcance, por las dudas.

Lo despertó el grito agudo de un pájaro carpintero, y la sensación incómoda de ser observado. Las dos mujeres lo miraban, de pie junto al rescoldo, rígidas. La mayor le apuntaba con su propia pistola. ¿Cómo pudo ser tan estúpido? Se veía que el abombamiento del sol y la fiebre aún persistían.

Rosa temblaba con el arma entre los dedos. Desde la primera claridad del alba, captó la figura dormida y supo que debería actuar con rapidez. Era un soldado argentino por el uniforme, pero desertor, y eso lo convertía en una mala persona. Debía proteger a Violeta. La niña, con su natural audacia, había encontrado divertida la aventura. Rosa le explicó que aquel soldado no era honorable, sería capaz de cualquier bajeza.

Violeta lo miraba con encono.

—Tírale —susurró.

Cáceres abrió grandes ojos al escuchar eso.

—Esperen —dijo, extendiendo sus manos, pues su relación con Carmela lo había puesto en remajo con respecto a las mujeres—. No he hecho nada malo, les aseguro. Estoy regresando a mi hogar.

Rosa enarcó una ceja.

—¿Por qué no regresa con su batallón?

Cáceres fingió pesar.

—Está diezmado. Ni siquiera mi superior quedó vivo. Por eso vuelvo solo, para informar a las familias de los infortunados lo ocurrido —y miró a su alrededor, desconcertado—. Estamos en tierra argentina, ¿no?

—Sí.

Rosa conminó a Violeta a guardar silencio, pues no quería saber nada de aquel hombre, ni su apellido siquiera.

—Siga su camino —le ordenó.

—Señora, me condena a la muerte si me deja sin mi arma.

—Así hemos viajado nosotras y aquí estamos.

Cáceres estudió a la mujer, que le apuntaba sin dejar entrever su nerviosismo.

—¿Está familiarizada con las pistolas?

—¡Claro que sí! —intervino Violeta con altivez.

—¡Calla!

—Veo que son parientes —dijo él con suavidad—. Eso me recuerda lo lejos que me encuentro de mi hogar. Sin duda tendrán algún padre o hermano en esta guerra, sabrán lo que se siente...

Las dos guardaron silencio. Era una información que no deseaban dar al extraño.

El hombre se veía amenazador con su barba de días, el cabello apelmazado y sus ojos claros enrojecidos. El uniforme roto y las botas destrozadas podían haberles inspirado lástima, sin embargo, algo perverso molestó a Rosa desde la primera mirada. Su voz, cuando se tornaba meliflua, le despertaba incómodos pensamientos.

—Miren —siguió diciendo él—. Entiendo que desconfíen de un soldado que va solo, pero tengo mis motivos. En realidad, me tomaron prisionero los paraguayos y pude escaparme, por eso decidí viajar hacia el sur, en lugar de volver a mi campamento. Es algo que sabrán comprender los tribunales de guerra. Espero que también lo comprendan dos damas sensibles.

Violeta estuvo a punto de bufar al escuchar la zalamería. Rosa perdió el habla al entender, de súbito, lo que su mente quería decirle desde el principio.

Aquél era el hombre que había marcado a fuego su vida. Ahora lo veía, detrás de la barba desprolija, a pesar de los años transcurridos y las penurias que habían surcado de arrugas su rostro de efebo. El soldado que la sedujo y la abandonó, el que causó la muerte de su madre y el disgusto de su hermano, el padre de Violeta. Un desertor. ¿Qué misterioso designio había empujado sus pasos hasta ella? ¿Es que le aguardaba un castigo mayor que la ignominia, justo cuando creía estar a salvo en brazos de un hombre al que amaba y que, al final, resultó ser poco fiable también? Ella no tenía suerte en los amores.

Cáceres percibió la duda en el rostro de la mujer y aprovechó esa

distracción para abalanzarse sobre ella y quitarle la pistola, que rodó sobre los pastizales. La recuperó de inmediato y la guardó en su cinto.

—No mato mujeres —dijo, con cierta hidalguía—, y tampoco me gusta que ellas me apunten. Ahora, señoritas, hablemos con franqueza. Nos necesitamos mutuamente para subsistir. Ustedes querrán llegar a alguna parte, lo mismo que yo, de manera que nos conviene ayudarnos. De nada nos sirve traicionarnos. Me llamo Cáceres y soy del Taragüí.

«Cáceres». Nunca había sabido el apellido, se había entregado a una voz amable y unas manos hechiceras. Era indigna de merecer el verdadero amor. No quería que su hija lo supiese, pues ella no era culpable de su pecado, no debía saber cómo había sido engendrada. Hasta el momento, Violeta no reclamaba noticias de su padre, quizá porque Bautista cumplía ese rol a la perfección.

—Tengo el gusto de tratar con... —comenzó el cabo, induciéndolas a decirle sus nombres.

Rosa miró a su hija, y la niña captó el mensaje.

—Somos las hermanas Guzmán —soltó de repente—. Delia y Lily Guzmán. Yo soy Lily.

Rosa apenas pudo controlar un rictus de sorpresa. ¡Violeta había tomado los nombres de la Loba y de una de sus cachorras! Esperaba que el soldado no conociese el lupanar del recodo. A pesar suyo, admiró la entereza de la niña, que supo disimular ante el peligro.

—Encantado. Pueden llamarme Matías, si lo desean.

«Matías». Lo recordaba. Ése era el nombre que él pronunció cuando se presentó ante ella. Un nombre de pila y ningún apellido. Lo había borrado de su memoria durante todos esos años.

—Lo que debemos hacer —prosiguió él— es organizarnos. Dormiremos por turnos, y avanzaremos por las tardes, para evitar los calores extremos.

—Nosotras no vamos hacia el sur —dijo de pronto Rosa.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿hacia dónde van, si puede saberse?

El silencio le dijo a Cáceres lo que necesitaba: ellas huían, quizá por haber cometido un crimen. Después de conocer a Carmela, no le extrañaría. Entonces no eran madre e hija, sino hermanas. Podía ser, el parecido lo

justificaba. En fin, no las necesitaba, salvo para solazarse un rato con la mayor. La otra era muy niña.

—No importa, respeto su secreto. Permítanme compartir esta jornada con ustedes, así no me sentiré tan solo. Además, puedo servirles de ayuda para cazar o pescar. ¿Sabes pescar, gurisa?

—Mejor que muchos.

—Está dicho, entonces. Pescaré algunos *pacús* y repartiremos el botín.

Cáceres les dedicó una sonrisa que estremeció a Rosa y repugnó a Violeta.

—Te vas a morir de hambre —le vaticinó la niña cuando él les dio la espalda.

El Gran Moñái se había echado encima más collares y más anillos, pues del último despojo eligió las prendas que le gustaron. Estaba entendido que ese tesoro iría a parar a las arcas del gobierno, aunque nada malo había en que él lo luciera, entre tanto.

El nuevo día se presentó tan sangriento como el anterior, y los sacerdotes se dedicaron a solicitar confesiones y dar absoluciones, obligando a los infortunados a besar un escapulario con la efigie del mariscal y la mariscala. Las pobres víctimas creían que de ese modo podrían salvarse, cuando su destino estaba sellado desde el principio.

—¿Qué va a pasar? ¿Adónde vas? —inquirió Carmela al ver que su hombre se aprestaba a concurrir a la plaza.

—Tenemos trabajo. Vení, si querés. A lo mejor, esta vez te ganás algo.

La mujer mantuvo prudente distancia mientras observaba los acontecimientos. Habían empujado al centro de la plaza, como si se tratase de una vaca, a una mujer en estado. Era una hermosa dama de cabellos de oro y cutis alabastrino. En su rostro se leía una súplica que más parecía dirigida al Altísimo que a los hombres que tenía enfrente. Estaba sola, pues el resto de los pobladores se encontraba escondido en sus casas, ya fuera por miedo, o porque no soportaban el espectáculo que estaba a punto de comenzar. El anciano de la vez anterior preguntó a la mujer si ella era Fulana de Tal. La

dama asintió. Uno de los curas se acercó, con algo en la mano que Carmela no alcanzó a ver, y conminó a la prisionera a besarlo. «Debe de ser una estampa o un crucifijo», pensó. Acto seguido, el cura recitó en voz alta una filípica destinada a promover el arrepentimiento de la mujer y que no obtuvo resultados, porque la dama rubia se limitó a juntar las manos y a rezar en murmullos.

El Gran Moñái se impacientaba.

—Que diga si su esposo es el hombre que figura en la lista —lo apuró.

El cura preguntó ese dato, y no bien se vio a la dama asentir, el Gran Moñái hizo una seña a sus *aka ivoty*. Cinco de ellos se acercaron, sedientos de sangre, y Carmela comprobó con horror que el primero era su alférez, Velázquez.

—Lancéenla por partida doble, porque lleva en su vientre a otro traidor. ¡Y sy *jha imemby!*

El grito que brotó de la garganta de Carmela se confundió con el alarido de la víctima al ser lanceada por los cinco hombres, una y otra vez, hasta anegar la tierra con su sangre.

Aquel atroz asesinato hizo que Carmela olvidase dónde se encontraba. Fuera de sí, se dejó caer de rodillas, se arrancó los cabellos a mechones, y luego se puso de pie, con el semblante descolorido y la expresión extraviada. Sus ojos habían perdido todo brillo picaresco, eran carbones encendidos por el dolor y el espanto. Sin importarle que la viesan, se lanzó a la carrera, gritando como poseída. Corrió sin ver, sin sentir, sin saber adónde iba, y cuando la noche cayó sobre la selva y la luna dibujó un encaje sobre las copas más altas de los árboles, ella seguía corriendo... y riendo. Reía sin poder parar, mostrando sus dientes a los troncos enredados por las lianas, a los pantanos bullentes de vida, a las estrellas, que permanecían frías e indiferentes al dolor del mundo.

La selva se la tragó para siempre.

Otro grito se sumó al de Carmela esa mañana. Provenía de una muchachita delgada que acababa de llegar al pueblo, y que se creyó a salvo al encontrarlo habitado.

Dalila llegó a tiempo de horrorizarse al ver el crimen. Creía que había

terminado su pesadilla de peregrinación y padecimientos, y encontró otra peor aún. Se acurrucó en medio de un tacuará y, después de observar a los tonsurados que marchaban tras el hombre de las joyas, se arrancó del cuello su crucifijo de madera y lo arrojó lejos de sí, abjurando de su fe.

Capítulo 25

Compromisos

De Villa Franca a Palmas, y más allá...

El bullicio del campamento quedó amortiguado cuando Bautista cerró su tienda. Se volvió hacia Muriel, que lo contemplaba con expresión insegura, y la atrajo hacia su cuerpo.

—Te he extrañado —le susurró.

Muriel levantó su rostro para leer en el del hombre la intención. Bautista ponía el corazón en esa mirada que le llegó hasta el alma. Tales ojos no podían mentir. Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—También yo —concedió.

Se derrumbaron al mismo tiempo sobre la lona que cubría el suelo, y apenas alcanzó Bautista a colocar un vellón bajo la cabeza de Muriel, que ya se besaban con frenesí, bebiendo el uno del otro la pasión tanto tiempo contenida. Él recorrió con sus labios cada pedacito de piel expuesto, y cuando cumplió con ese propósito, sus manos tironearon para descubrir el resto. Ella lo ayudó, deseosa de sentir la tibieza de sus caricias. La luminosidad de afuera creaba un capullo de suave intimidad en el que Muriel se sentía protegida y a la vez expuesta, pues no había manera de esconder sus secretos a la avidez de su amante.

—Déjame verte —suplicó él.

Los bordes del vestido se deslizaron hasta la cintura y Bautista apreció las formas redondeadas de los senos, pequeños y erguidos, orgullosos de sus crestas oscuras. Lamió uno de ellos con dulzura, provocando cosquillas.

Muriel quiso rechazarlo y él le retuvo las manos, empeñado en degustarla cuanto quisiera. Le llevó los brazos hacia atrás, sobre la cabeza, y mientras la inmovilizaba con una mano, con la otra dibujaba caprichos en sus pezones. Muriel rogaba que se detuviera, sin saber bien qué decir.

—Basta... no, espera...

Bautista sonrió.

—Ya no se puede —y acompañó lo dicho con un tarascón que arrancó un gritito a Muriel.

—¡Nos van a escuchar! —gimoteó ella.

—Entonces quédate callada. Así —y volvió a atacarla, esa vez en el otro pecho.

Muriel se retorció bajo sus besos, excitada y asustada por lo que le provocaban. Bautista se colocó sobre ella y, sosteniéndose con los codos, dejó que sus caderas se frotaran contra las de la mujer, creándole una deliciosa sensación de abandono. Muriel cerró los ojos y se dejó mecer por aquel ritmo creciente. Era magia pura que le calentaba la sangre y la hacía sentir exuberante. No fue consciente de los gemidos que escapaban de su boca, ni de la manera en que sus piernas se flexionaban para acunar el pubis de Bautista. Llegó al paroxismo del deseo enseguida, pues su anhelo clamaba ser colmado desde hacía mucho, y casi lamentó que todo terminase tan pronto. Abrió los ojos y encontró los de su amante, cálidos y divertidos, que la horadaban.

—Ya está —murmuró, sintiéndose algo tonta.

—Ah, no, claro que no.

Bautista giró con ella y la colocó sobre él. Sorprendida, Muriel trató de verificar que nadie los observase, pero él no le permitió distraerse.

—Eres mi prisionera. Hazme sentir lo mismo. Ahora.

Las palabras sonaban duras, como órdenes; sin embargo, la mirada de Bautista era tierna. Parecía comprender todo lo que le sucedía y divertirse con ese descubrimiento.

—Muévete, como lo hice yo.

Muriel comenzó a balancearse de arriba hacia abajo, frotándose con timidez al principio, con más intensidad luego, hasta que no le bastó aquel

juego y, sin proponérselo, se encaramó sobre el cuerpo del hombre, montándolo como si fuese un caballo.

—Cabálgame, Muriel —le rogó.

Ella se sintió importante al ver que el placer de Bautista dependía de sus movimientos, y se adueñó de la situación. Las ropas que se interponían no alcanzaban a impedir las sensaciones. De manera increíble, Muriel experimentó otro éxtasis, al tiempo que Bautista, y ambos se fusionaron en un abrazo tembloroso que los dejó palpitantes y exhaustos. Habían hecho el amor sin desnudarse.

—Esta noche —prometió Bautista— me dejarás dormir adentro de ti.

Muriel no podía concebir que estuvieran hablando de tales cosas como si fuesen cotidianas, comunes. Se sentía una desvergonzada... y no le importó.

Esa tarde, Bautista se dirigió hacia la línea de carpas de comerciantes, que ocupaban un terreno de casi ocho cuabras. «Hay más comerciantes que soldados», pensó, si bien en aquel momento se alegraba, pues convenía a su propósito. Se dirigió hacia una situada en un extremo, atendida por un hombre menudo, de tez oscura y aire taciturno. El turco Almir ostentaba en su mesa todo tipo de chucherías. Las piezas brillaban sobre paños de terciopelo, la plata sobre el negro, las piedras preciosas sobre el rojo. Almir sabía cómo vender su mercadería.

—¿Qué anda buscando? —lo recibió sin ambages.

Bautista miraba una fila de anillos de filigrana.

—Uno de éstos.

—Ajá. Buena elección. ¿Cuál?

El rostro del soldado revelaba su desconcierto. Todos eran lindos, no sabía cuál podría encandilar a una mujer como Muriel, y no quería preguntar eso al turco.

—¿Cómo es su dedo?

—¿Qué dice?

—Que cómo tiene el dedo. Así —y Almir formó un círculo pequeño con su índice y su pulgar—, o así —y representó un enorme redondel con las dos

manos.

Se burlaba de él. Bautista siguió mirando los anillos.

—Quiero uno que no cueste mucho, y que sea bonito.

—Bonito y baratito.

Sin responder al sarcasmo, Bautista tomó uno y lo giró entre sus dedos. Era una pieza sencilla y romántica, muy al gusto de la orfebrería paraguaya: los hilos de plata se entrecruzaban hasta formar una flor.

—Ése es caro.

—¿Y éste?

El turco miró la nueva elección de Bautista con ojo clínico: se trataba del anillo «de los siete ramales», varias argollas engarzadas en una serie que se desplegaba hasta convertirse en una tiara, y que podía plegarse de nuevo, anillo sobre anillo. Era una vieja tradición, y ése en especial, muy hermoso, con una guía de flores en el punto donde las argollas se encontraban.

—Tres cuartos de plata y cinco libras esterlinas.

Bautista quedó mudo de asombro y desconsuelo.

El turco se echó a reír, cosa inusitada en ese rostro ajado.

—Se lo dejo por las libras esterlinas nomás.

Bautista miró de soslayo el sitio donde solían jugar al truco en los ratos de ocio. Si se esmeraba, quizá podría ganarse ese dinero en una partida, aunque la picardía no era su fuerte.

El turco aguardaba, paciente.

—Llévelo, muchacho, me lo pagará después.

La sorpresa dejó sin palabras a Bautista. ¡Nada menos que el turco Almir, dándole un préstamo!

—No es justo —respondió—, aunque se lo agradezco. Quiero pagarle, así sea en cuotas.

—Está bien. Déme dos libras ahora y el resto, después de la próxima batalla.

La próxima batalla siempre podía ser la última, y ambos lo sabían.

Bautista tomó la alhaja y la guardó en su bolsillo. Esa noche, después de su encuentro romántico, se la entregaría a Muriel junto con su declaración de compromiso.

Esperaba que ella aceptara ambas cosas.

Dalila aguardó el anochecer para despegarse de la protección del tacuará. Temblando de miedo y de hambre, se deslizó por la tierra arenosa, evitando pisar los regueros de sangre seca. Los soldados habían recogido el cadáver para arrojarlo a un lote situado tras los naranjales. Pensar que aquella mujer tan hermosa no tendría cristiana sepultura, habiendo sacerdotes para dársela, le repugnaba tanto como el asesinato mismo. Bien puesto tenía el mote aquel demonio: *Moñái*, como el monstruo anaconda de la mitología, con sus cuernos verdes, habitante de las cuevas del cerro Yaguarón, devorador de haciendas y leñadores del monte.

Caminó a tientas, esquivando el rayo de luna delator, cuando sus pies descalzos chocaron con un bulto suave y tibio. Estuvo a punto de desmayarse, hasta que vio que se trataba de un niño dormido. Ni siquiera había reaccionado ante el puntapié, de tan exhausto. Debía de ser alguno de los huerfanitos de ese día aciago. Dalila se hincó para comprobar su estado, y vio que el niño tendría apenas tres años. Una piedad infinita invadió su pecho. Ella, que se condolía de su situación, tenía ante sí a un ser aún más desgraciado, indefenso por completo. Sin dudar lo levantó, haciendo acopio de toda su fuerza, y se escabulló con el pequeño entre los pajonales. Los soldados dormirían su borrachera y nadie se metería con una mulata famélica. Antes de escurrirse fuera de aquel pueblo infernal, miró hacia atrás y descubrió, espantada, que una sombra furtiva se movía con cautela felina. Sus miembros se paralizaron, hasta que comprendió que aquella persona también deseaba pasar desapercibida, y entonces se agachó para espiarla a través de un cerco de tunas silvestres. Era el Gran Moñái, que se dedicaba a enterrar algo en el sitio donde había ordenado las ejecuciones. Un chispazo de claridad le dijo que aquel energúmeno estaba guardando para sí parte de los tesoros incautados. Con ese entendimiento que sólo da la experiencia, Dalila supo que aquel hombre acababa de sellar su destino. No pudo reprimir una sonrisa de satisfacción antes de abrazar con fuerza a su protegido y echar a correr.

—¡Campos Claros! —se escuchó el santo, y luego la seña—: ¡Combate! Pasado... —agregó la voz del centinela, y así, todo el batallón supo que había ocurrido un enfrentamiento en esa localidad.

Muriel y Bautista escuchaban también, abrazados, en el interior de su tienda aislada. Bautista había cumplido su promesa y había dormido abrigado por el tibio cuerpo de su amante. Después del santo y seña, salió de ella con delicadeza y la acunó entre sus brazos. La creyó dormida, hasta que Muriel preguntó con cierto temor:

—¿Está pasando algo?

Aquella ignorancia de los asuntos militares lo enterneció.

—Es sólo un informe. Algo habrá sucedido, sin duda, que al parecer nos favorece.

De pronto, recordó que ella era paraguaya y que cualquier ventaja para los aliados era una desgracia para su país.

—Perdona, no quise decir...

—No importa.

—Muriel —dijo Bautista, incorporándose a medias—, dejemos de lado nuestros pleitos. Ven conmigo cuando todo termine. Prometo tratarte bien.

—Contigo. ¿Adónde?

—A la Punta del Tigre, donde está mi casa. Es un lugar bonito y tranquilo, y todo esto que vivimos ahora nos parecerá un mal sueño.

Muriel permaneció callada. Bautista parecía ignorar sus protestas de mujer casada, sin duda porque no creía en ellas. Por mucho que vibrase en brazos de aquel hombre, seguía siendo la señora del coronel Vallejo Flores. Por primera vez en toda su vida consentida y ambiciosa, deseó ser una *kuña vera*, dueña de su corazón y de su cuerpo, para dárselo a quien quisiera.

—¿Cómo es ese lugar? —preguntó, sólo para ganar tiempo.

Bautista se echó de espaldas, los brazos bajo la nuca, como cuando miraba las estrellas en el recodo.

—El Paraná corre cerca de la casa —comenzó— con tanta fuerza a veces, que arranca pedazos de tierra y se los lleva como si fueran islas nuevas. Mi

rancho se apoya en un terreno alto, sembrado de naranjos, y desde allí puedo ver los bosques de quebracho y elegir los troncos para hacer mis piraguas. Soy carpintero de ribera —aclaró con modestia— y vendo mis barcas a lo largo del río. A veces uso la madera del timbó.

Muriel escuchaba casi sin respirar. La voz profunda de Bautista, soñadora al recordar el hogar, poseía un matiz religioso. Y le hablaba de cosas sencillas, reveladoras de su pobreza, como si fuesen tesoros.

—Hay un manto de azahares tras la casa, que cada noche nos envuelve con su perfume.

—¿A quiénes?

—Vivo allí con mi hermana Rosa y su hija Violeta, mi sobrina, casi tan bella como tú —agregó con picardía, y la miró con tal devoción, que Muriel se sintió desfallecer.

—¿Y el esposo de Rosa?

—Murió.

La rotundidad de la respuesta no dejaba lugar a más preguntas, así que Muriel siguió escuchando.

—Crié a Violeta como si fuese mi hija. Es la niña más inteligente que podrás conocer.

—Eso es porque no me conociste cuando era una niña.

La pulla divirtió a Bautista, que se giró y la oprimió bajo su corpachón.

—Tal vez —acordó—, pero eso ya no tiene remedio —y la besó en la boca hasta que ella olvidó de qué estaban hablando.

—Cuéntame más —pidió jadeante.

Bautista volvió satisfecho a su posición anterior, y siguió rememorando:

—Tenemos una vaca lechera que Violeta llama Tutuna —se preguntó qué habría sido de ella, mientras lo decía— y un huerto en la parte de atrás. Yo mismo levanté un cerco de piedra para proteger los cultivos de los zorros y los jabalíes. Llevamos una vida sencilla, pero somos felices, Muriel. Te gustará Rosa, es una mujer buena y piadosa. Y Violeta te hará reír, como me sucede a mí, que casi nunca puedo enojarme con ella.

Muriel contempló el rostro del hombre, tan cerca que podía sentir el hálito de su respiración, y una fibra íntima de su ser se conmovió hasta

arrancarle una lágrima. Aquel soldado, capaz de avanzar degollando y ensartando cuerpos, soñaba como un niño con paisajes y situaciones tan inocentes, que parecía pueril. A ella la habían educado en la pretensión de gran dama, preparándola para un matrimonio de campanillas, enseñándole con sutileza las artes de la conquista y exigiéndole que pusiese la mira a cierta altura. Eso había hecho, por cierto, y obtuvo como recompensa el matrimonio con un viejo de alcurnia, impotente y siniestro. ¿Cómo habían podido equivocarse tanto sus padres? ¿Y qué habían ganado con ello? Nada, puesto que los Vallejo Flores no deseaban compartir la herencia con la familia política, y se lo habían hecho saber sin disimulo. Si no fuese una calamidad en su vida, se habría reído de la patética situación en que estaba.

—Sé que estás acostumbrada a cierto lujo —dijo entonces Bautista, como si el silencio de ella fuese acusador—, pero no pasarás privaciones. En el recodo nada te faltará, mucho menos amor —y la envolvió en un abrazo tan poderoso, que a Muriel se le cortó la respiración.

—Para —lo detuvo sofocada—. ¿No te expliqué que era casada?

Bautista resopló, fastidiado.

—No empecemos, Muriel. Si no, me harás pensar que no eres buena. Una mujer casada no tendría amoríos con un soldado desconocido. Si tienes familia en el Paraguay, iremos a buscarla cuando todo esto acabe, verás que a ellos les gustará la vida en el recodo también, sobre todo porque la guerra dejará mucha destrucción aquí. Y podremos visitar la capital alguna vez. Dicen que hay paseos de playa muy bonitos en Campo de Marte, iríamos al teatro Vera...

Muriel no podía concebir la inocencia de Bautista. Porfiaba en lo que deseaba creer. Fatigada, se rindió ante su insistencia.

—Está bien, quizá vaya contigo, aunque falta mucho para eso, primero veremos cómo termina esta guerra.

Bautista recuperó el buen humor.

—Entonces —susurró con cierto temblor en la voz— ten esto, lo compré para ti —y sacó del bolsillo del pantalón arrugado el anillo de los siete ramales.

La pieza de plata brilló bajo un chispazo de luna. La joven contempló la

joya con aprensión. Aun cuando fuese libre para aceptarla... ¿Quería ella enterrarse en un lugar recóndito para vivir de la pesca y de la siembra? Eso no era lo que sus ambiciones le dictaban. Su mente punzante le repetía «déjalo, no aceptes, estás destinada a mejores cosas», en tanto que su corazón clamaba «tómalo, esto es el amor verdadero, el que no tuviste nunca». Se llevó la mano a la frente, angustiada. Era incapaz de desilusionar a Bautista, sobre todo después de conocerlo en la intimidad, sabiendo que se entregaba a ella por completo, sin guardarse nada, y obligándola a actuar de la misma forma.

Por primera vez en su vida, Muriel se había vuelto generosa en brazos de su amante.

—¿Para mí?

Por toda respuesta, Bautista le colocó el anillo en el dedo. Parecía hecho a su medida. La joven contempló aquella prenda de compromiso en su mano. A pesar de sus temores y sus dudas, se sentía amada, y esa nueva sensación la embargaba de felicidad. El coronel la quería quizá como adorno para su casa y su condición social; por cierto no la amaba como mujer, si desviaba sus impulsos hacia otro hombre. ¿Cómo tomaría eso Bautista, que interpretaba de modo tan simple todas las cosas? Decidió dejar que el destino guiara sus pasos. La guerra era un monstruo que devoraba todo, y ella sólo una mujer. Así como el azar, o tal vez un designio más elevado, había resuelto que conociese el amor en manos del enemigo, de la misma manera se resolverían las cuestiones que quedaban pendientes. Después de todo, partir junto a Bautista Garmendia era una forma de poner distancia con el coronel y su maligna disposición hacia ella. ¿Quién podía juzgarla?

Le echó los brazos al cuello y lo envolvió en una sonrisa seductora.

—Prométeme que me harás feliz —le exigió.

—La más feliz de todas las mujeres, te lo prometo.

Se amaron con renovada pasión, volcando en cada abrazo y en cada beso la emocionada esperanza de una vida nueva.

Afuera, la noche se había cerrado sobre el campamento.

—Este país no tiene crepúsculo —comentó el teniente Salazar mientras le tendía un mate a Severino.

Ambos habían contemplado el instante en que la bola de fuego se hundía tras el horizonte en forma abrupta, sin melancólicos rayos oblicuos.

—Ni caballería, ya que estamos —respondió Severino, devolviendo el mate.

El ejército de López tenía allí su punto débil. Aunque los caballos sin duda no servían en los terrenos pantanosos, selváticos y traicioneros, ni podían traspasar abatís o trepar barrancos empinados, la verdad era que entre los paraguayos no campeaba el orgullo de jinete, como sucedía en los llanos argentinos y orientales. Severino añoraba su vida de centauro de las pampas, la cabalgata salvaje a través de la inmensidad, recostado sobre el lomo de su caballo y bebiéndose los vientos.

—Demasiado silencio del otro lado, ¿no? —dijo el otro, sacándolo de su ensoñación.

—Me anda pareciendo que quedaremos peinados y sin visitas.

—Y de acá, a otro campamento, vaya uno a saber si mejor o peor.

—Siempre puede ser peor —bromeó Severino.

—¿Y qué me dice del idilio?

Salazar señaló malicioso hacia la carpa sellada, donde se adivinaba la presencia de los enamorados. Severino se rascó la barbilla, pensativo.

—Yo habría jurado que esa china era para un rato nomás. Cómo se equivoca uno...

—Todavía no está dicha la última frase —insistió Salazar—. Vea que éstos no son tiempos de compromisos.

Severino lo miró de reojo.

—Yo no soy quién para recomendaciones —comenzó con prudencia—, pero si anda revoloteando en torno a la paraguayita, por la dudas prepare su facón, porque a Garmendia le conozco la trama, es hombre manso mientras no se lo provoque. Antes de echarse a pastar en campo ajeno, digo...

Salazar desechó la idea con un gesto indiferente.

—Yo también tengo palenque ande rascarme, no se angustie.

Pisoteó el rescoldo con su bota y se marchó, dejando a Severino con una nueva incógnita.

Del campamento de Villa Franca pasaron al de Villa Oliva, y de éste al puerto de Palmas, setenta leguas al norte de Humaitá, después de un penoso viaje en vapores por el río, siempre tras la pista del enemigo, que se mantenía oculto para aparecer de súbito y atacar con fuego graneado las columnas de reconocimiento. Los mandos aliados resolvieron permanecer en Palmas el tiempo necesario para estudiar los flancos del ejército paraguayo. Aquél fue el peor de todos los campamentos, como lo vaticinó Severino: el terreno gredoso volaba con los vientos cuando había seca, y se volvía pantano cuando caían fuertes aguaceros. Para colmo, el clima se tornó impredecible, y las lluvias podían durar días, sumiendo a todos en un barro asqueroso que penetraba en el interior de las chozas e inutilizaba las tiendas.

Bautista se preocupaba por el bienestar de Muriel, pues percibía su fastidio ante tanta incomodidad. Ya no tenía la posibilidad de refrescarse en el río, que se encontraba poblado de barcos de todas las nacionalidades, y si bien aquello proporcionaba entretenimiento, robaba la intimidad. No lograban ni calentar el agua, pues vivían sumergidos en un pantano, con las ropas siempre húmedas. Como era de esperar, aparecieron nuevos brotes de cólera. Los jefes dispusieron que los batallones se asentaran alejados unos de otros, para evitar el contacto promiscuo y los contagios. Pese a tanta precaución muchos enfermaron, y por las noches se escuchaban los clamores de los que pedían algún remedio. No conocían otro colchón que el barro, ni otra sábana que la lluvia. Morían a montones, y nada podía hacerse, puesto que el clima era la principal causa de la enfermedad. Eso y la falta de carne, que aumentaba la debilidad de la tropa. Por eso se recibió con gran júbilo el toque de fajina, anunciando carneada. ¡Había llegado la hacienda que estaba empantanada en el camino por las lluvias! Argentinos y orientales, acostumbrados a vivir de carne y mate, festejaron como si fuesen las fiestas de mayo. Ese día, Bautista consiguió para Muriel un buen trozo de carne asada, y se deleitó viéndola devorarlo. Temblaba al pensar que la joven pudiera caer enferma.

Sin embargo, el destino le reservaba una sorpresa: el cólera eligió a Severino, hombre robusto y avezado en todas las vicisitudes. Horas antes,

había estado conversando con él acerca de la estrategia de usar uniformes blancos como defensa ante el calor quemante.

—Preciso es conformarse —le había dicho con filosofía— cuando no se puede hacer otra cosa que aceptar lo que venga.

A la oración, ya se encontraba preso de los temblores de la fiebre. Se le trabajó un ranchito en los límites del campamento, cercano a un bosque de palmeras que podían traerle algún frescor. El aprecio que sentía el regimiento por aquel hombre se puso de manifiesto en el dolor y la preocupación que generó su estado. Todos se turnaban para velar su sueño o preguntar por él. Bautista pasó varias noches al lado de su catre, tratando de bajarle la fiebre con agua fresca del río. Los médicos le suministraban un aceite espeso que poco efecto le hacía. La que más se desvelaba por el enfermo era Dorotea, que había plantado su cama en la misma choza, sin cuidarse de nada, y pasaba las horas atendiéndolo.

Una tarde en que el sol parecía un ascua en el cielo blanco y los vapores cubrían a la tropa como miasmas del demonio, Severino despertó de su sopor y miró a Bautista y a Dorotea con ojos asustados.

—No me dejen morir —dijo con voz débil, y antes de que pensarán que hablaba por temor, agregó—: No quiero morir de fiebres cuando no he logrado morir peleando por la patria.

Ése era el miedo de aquel hombre bravo: que después de salvarse de tantas, y justo cuando la guerra estaba por terminar, la muerte lo pillase en el catre.

Dios y los Santos estuvieron de su lado, y al cabo de muchos días de padecer los terribles síntomas, Severino Frías pudo sentir la tibieza del sol en su rostro pálido, aunque imponente como siempre.

Sus superiores decidieron premiar su vida de soldado con un ascenso, y todo el regimiento se amontonó para homenajear a esa figura tan discreta y querida.

—Van a decir que me he enfermao para esto... —protestó, medio en serio, medio en broma, al recibir los nuevos galones.

El teniente Salazar lo palmeó, también bromeando:

—Y tienen razón. Usted, de envidioso nomás.

Durante la enfermedad de Severino, Bautista había decidido no dormir con Muriel para preservarla del contagio, ya que él permanecía mucho tiempo junto al amigo. En esos días, la joven se sintió desdichada. El campamento de Palmas era demasiado grande como para forjar amistades, y las mujeres que había no eran sólo cuarteleras, sino también esposas de los oficiales. Ella se sentía fuera de lugar, no sólo por ser del país enemigo, sino por compartir la tienda con un soldado. Sentía que la miraban de reojo. Para colmo, Dorotea se había dedicado a cuidar de Severino, de manera que no pudo consolarse con ella. Fue la ocasión que aprovechó el teniente Salazar para visitarla, con el pretexto de llevarle noticias del enfermo y de su enfermero, o bien obsequiarle alguna delicadeza que era bien recibida en tiempos de escasez. Él siempre conseguía confituras o bebidas en el comercio desembozado que regía en todo el campamento. Muriel se dejaba adular y gozaba, con cierto despecho, de las atenciones de otro hombre, si bien sabía que Bautista no le fallaba por descuido, sino por necesidad.

Una tarde en que Salazar le llevó unos dátiles y se sentó a su lado, sobre un tronco seco, Muriel supo que se hallaba frente a un seductor nato, del mismo modo que lo había sido ella, aún viviendo con su esposo.

—Demos un paseo —le propuso el teniente—, así se ventilará usted un poco.

—¿Tan abatida me ve? —le dijo ella, coqueta.

—Está cada día más hermosa —y Salazar se preguntaba si sería por su embarazo—. Sólo que el ambiente en el campamento es asfixiante, con tantos enfermos. Vayamos a ver los barcos junto al río.

—Prefiero recorrer las tiendas —respondió Muriel.

—Ah, veo que los días de combate me hicieron olvidar cómo agasajar a una dama. Nada les entusiasma más que comprar chucherías. Vayamos, pues, sus deseos son una orden militar para mí.

El galante caballero y su dama enfilaron hacia los laberintos que formaban los puestos comerciales. Caminaban sin rozarse, aunque Salazar aprovechaba las ocasiones en que el terreno se tornaba resbaladizo para sostenerla con suavidad por la cintura. A pesar de ir vestida casi con harapos, ya que sus prendas estaban desgastadas a causa de tanto barro, Muriel

caminaba contoneándose como si llevase el más elegante de los atuendos, pues su coquetería innata afloraba a la menor provocación.

Aquel día los comercios se hallaban concurridos debido a que había llegado el comisario pagador, después de tanto tiempo, y los soldados se ponían al día. Reinaba el bullicio en los pasillos cenagosos de las tiendas, aumentado por la noticia que circulaba en las mesas de juego: Mitre acababa de traspasar el mando presidencial a Sarmiento. Las tropas confiaban en que la nueva dirigencia gestionase la paz y acabase tanto con esa guerra, como con las luchas civiles en las que habían vivido envueltas las provincias argentinas.

—¿Y qué piensa hacer cuando todo termine?

La pregunta de Salazar desconcertó a Muriel. Ella no tenía pensamiento futuro, por eso la propuesta de Bautista la desasosegaba. No quiso informar a aquel hombre de los planes del argentino, de modo que respondió con otra pregunta:

—¿Es que está por terminar?

—Ya debería, tomando en cuenta que estamos corriendo a López por la retaguardia. Claro que con la tranquilidad de los mandos navales, no sé...

—¿Desconfía de la pericia de los soldados imperiales?

—Todos opinan que no ponen suficiente energía en acabar de una vez con el tirano. Disculpe que le hable en estos términos, señorita Muriel, no sé cuáles son sus sentimientos hacia el Presidente del Paraguay. Dicen que su pueblo lo ama, y darían la vida cien veces por él.

—Nunca me interesé por la política de mi país —repuso con sinceridad Muriel— y ahora no sé bien qué pensar de esta guerra. Madame Lynch me pareció una dama sensible, y el mariscal... bueno, un hombre imponente.

Salazar esbozó una sonrisa.

—Sin duda lo es, o no estaríamos los ejércitos de tres países lidiando con él. Se cuentan muchas historias terribles sobre su carácter.

Muriel se encogió de hombros.

—La que más escuché está referida a su fama de seductor, y de eso puedo dar fe.

Ella recordaba los ojos encendidos del general aquella noche, fijos en su

escote.

—Es extraño que nadie reclame su presencia, Muriel, tomando en cuenta que es usted una dama, si bien reconozco que mucha gente aristocrática se ha marchado de Asunción.

Muriel se encontró incómoda de pronto, pues las preguntas de Salazar le sonaban a interrogatorio. Por fortuna para ella, una discusión entre varios soldados le sirvió de distracción.

—Venga —dijo solícito el teniente, y la tomó del brazo para arrastrarla lejos del incidente.

En ese momento, quedaron frente a una tienda alejada del resto, donde los dijes y las cadenas relucían al sol.

Junto a ella, Bautista los miraba con fijeza.

Ninguno pudo desentrañar con exactitud el significado de aquella mirada: dolor, desengaño, furia, desconcierto... Muriel atinó a sonreír, en tanto que Salazar endureció el gesto. Vinieron a su mente las palabras prudentes de Severino: «Es hombre manso mientras no se lo provoque». De modo inconsciente, el teniente tocó el mango de su cuchillo en el cinto.

Bautista sentía un volcán de emociones en su pecho. Había acudido a la tienda del turco Almir para saldar la deuda del anillo, pues contaba ya con el dinero del comisario pagador. Se sentía feliz de poder cancelarla y sobre todo, feliz de haber comprometido a la paraguayita con esa joya. Al preguntarle si la aceptaba, sintió el temor natural de que ella tuviese ya compromiso en su país, algo razonable, si bien muchos de esos lazos se habían visto destruidos por la guerra. El modo en que Muriel lo había abrazado disipó toda duda en él. Y ahora... la ingrata se floreaba por todo el campamento del brazo del teniente Salazar. Pensó en Dionisia, a la que había olvidado desde que conoció a Muriel, y luego en Rosa, víctima de la seducción de un crápula. ¿Es que las mujeres podían ser así, buenas y malas al mismo tiempo? Muriel era auténtica cuando se dejaba amar en la oscuridad y respondía con creces a sus avances, de eso estaba seguro. ¿Qué la impelía entonces a aceptar requiebros de otros hombres? ¿No le bastaba con su amor? Recordó la sonrisa que le obsequió a Leandro Paz, y ese recuerdo hizo que la furia distorsionara su rostro.

Muriel retrocedió y Salazar se irguió.

En ese momento, hendieron el aire malsano las salvas de veintiún cañonazos con que el ejército argentino saludaba la asunción del nuevo Presidente de la República, seguidas por otras tantas de parte del ejército oriental, que acompañaba el festejo, como era de rigor. La interrupción tuvo el efecto de sacar a Bautista de su trance. Adoptó una pose fría y pasó entre los dos traidores como si fuesen incorpóreos.

Muriel ya no gozaba del paseo, y el teniente lo comprendió.

—La acompaño a su tienda —ofreció.

—Sé dónde queda.

La joven corrió para alcanzar a Bautista y explicarle que no estaba haciendo nada malo al recorrer el campamento en compañía de un oficial. Como no pudo hallarlo entre el montón de soldados que vitoreaba el nuevo acontecimiento, se dirigió hacia la choza de Dorotea, segura de encontrar consuelo en aquella amiga.

La mujer se apantallaba con una hoja de palma, recostada en su catre. Sus ojos oscuros y vivos se perdían en el paisaje que recortaba la ventanita en la pared de adobe. Muriel contempló su cuerpo, delgado y enérgico, sus rasgos delicados, endurecidos por los sufrimientos, y sintió compasión. Dorotea era bonita, debería encontrarse en su casa paraguaya, sembrando mandioca en su parcela, o caminando hacia el mercado con un canasto sobre la cabeza, fumando y cantando, como solían hacer las mujeres de su país, siempre dispuestas a reír y a compartir confidencias. En lugar de eso, estaba vestida de hombre, con el cabello duro y las manos ajadas, durmiendo de a ratos para no abandonar a los enfermos que ayudaba a atender. Por segunda vez, Muriel sintió vergüenza de no ser capaz de dar más de sí a los otros.

Dorotea la miró con seriedad, sin dejar de abanicarse. A pesar de su silencio, Muriel se sentó confiada a sus pies y le reveló el motivo de su aflicción. Después de contarle con detalle hasta la expresión asesina de Bautista, se quedó aguardando una respuesta que no llegó. La mujer volvió el rostro hacia la ventana, como si la ignorara. Desconcertada, Muriel pensó que ese día los hados se habían ensañado con ella, pues nada le salía bien. Triste y arrepentida, salió de la choza y caminó hacia la tienda, sospechando que

pasaría la noche sola.

Jamás supo que Dorotea, mientras la miraba partir desde su catre, derramaba una lágrima.

A la medianoche, los ejércitos aliados trabajaron «abatís» en toda la línea del frente, turnándose para hacerlo. El avance por la ribera del Chaco era inminente.

Acurrucada en su tienda húmeda, Muriel escuchaba los ruidos familiares de la guerra: el toque de diana para el relevo, el tropel de las caballadas y el fuego graneado de fusilería. Ignoraba dónde se hallaba Bautista, aunque lo imaginaba participando de las tareas del embarque.

El estero que separaba las trincheras, formado por el arroyo Pikysiry, era muy ancho, como de cinco cuabras, y tenía un solo paso, donde el agua les llegaría hasta el pecho a los infantes. Estaba dominado, además, por la metralla enemiga. Aquel asalto podía ser fatal para los aliados, Muriel lo sabía, ya que su pueblo estaba familiarizado con ese terreno cenagoso, y favorecido por la protección de una gran loma detrás de la cual, se decía, se hallaba el cuartel general de López. Imaginó que también estaría allí Elisa Lynch, y se preguntó cómo viviría la elegante dama esas contingencias, si se hallaría tan desastrada como ella, si comería salteado o sufriría la tortura de no poder lavarse a diario. Acongojada, lamentó una y mil veces el desliz de mostrarse en compañía del teniente Salazar. Bautista no era un hombre mundano, no comprendía los juegos cortesanos de la alta sociedad. Para él, las cosas eran simples: blanco o negro, sin matices. Esto podía verse hasta en su manera de caminar, lenta y segura. Recordó un dicho popular: «el modo de pisar caracteriza a los hombres».

Temía que Bautista Garmendia no volviese jamás sobre los pasos dados. Si así era, estaba perdida.

Dalila se refugió en la espesura, poblada de sonidos amenazadores. Los jevenes la hostigaban sin piedad. Sólo merced a su empecinada resistencia pudo salvar los pantanos donde acechaban las alimañas. Eludió los lomos de los yacarés, sumergidos hasta los ojos, y se sobresaltó ante el maullido del

gato montés. Tenía la piel infectada de picaduras y las plantas de los pies desolladas. Lo más importante era que estaba viva. Y junto a ella, el pequeño Tití.

Había bautizado así al huérfano debido a que parecía un monito de la selva, y porque no conocía su nombre verdadero, ya que no hablaba. Dalila supuso que el espanto lo habría enmudecido, aunque la mirada de Tití le decía cuanto precisaba saber. Un mechón de cabello dorado se pegaba a su frente despejada, signo de clara inteligencia, y daba marco a los ojos, de límpido color verde. Tití era bello, y Dalila lo protegía con celo de leona herida. Nada ni nadie le causaría más daño del que le había tocado sufrir.

—Duerme, *kunumi*, que mañana el sol nos dará calor y *Tupa* la fuerza para seguir. *Ñesûhápe* te pedimos, *Tupa*, que nos cuides y des abrigo por esta noche, para que mañana sigamos vivos.

Y mientras acunaba al huérfano entre sus bracitos flacos, la mulata entonó una nana antigua que recordaba de su madre esclava, cuando cantaba en la cocina mientras dormían los hijos del patrón. La dulce plegaria se elevó desde el pastizal hasta la altura del guatambú. Con la cabeza colmada de fantasías míticas y temores populares, Dalila entremezclaba la letra con súplicas a los espíritus del monte, para que no se ensañasen con ellos, pobres fugitivos que nada malo habían hecho.

—Duerme, niño mío —decía— y no abras los ojitos, que el Pombero te verá. Duerme la noche entera, mi negrito, que el padre Río tu sueño velará...

Firme en su propósito de mantenerse alejado de Muriel, Bautista dormía al raso junto a los camaradas del batallón, con el pretexto del calor que inundaba tiendas y chozas. Traspasar la gran loma que separaba a los ejércitos se había convertido en la meta esencial, como antes lo había sido tomar Humaitá, y los esfuerzos de todos se dirigían hacia ese punto. El río era ahora de los aliados, y López no tenía otro recurso que seguir hacia el norte, a menos que aceptase la rendición. En su avance, las tropas se topaban con grupos de paraguayos que permanecían inmóviles de pura inanición, sin fuerzas para echarse a morir siquiera. Los soldados no entendían cómo podía

López seguir arreando a sus compatriotas, que se sustentaban apenas con miel, semillas, naranjas agrias y corteza de árbol.

—Estos naranjales silvestres del Paraguay son una bendición —dijo un día Severino, al contemplar un monte repleto de árboles cargados de frutos agrios.

—O una maldición —refunfuñó Leandro Paz, harto de pisar lodazales—, porque se sigue alimentando a la tropa con ellos y López no se rinde.

Bautista se encontraba sumido en sus propios pensamientos amargos. Llevaba cinco días lejos de Muriel. La había condenado, y con ello se condenaba a sí mismo. En su fuero íntimo, lamentaba haberse precipitado a declararle su amor. Se sentía ridículo por haber comprado el anillo, y sospechaba que sería motivo de burla, tanto para la pérvida como para el teniente. Desde aquel encuentro entre las carpas, no había vuelto a dirigirle la palabra a Salazar, hecho que no pasó desapercibido a Severino, aunque el hombre no era dado a importunar con averiguaciones. Si Garmendia necesitaba confiarle algo lo haría y si no, era que no lo necesitaba.

—No tienen sal, y los burros de carga están famélicos. ¿Cómo es que siguen oponiéndonos resistencia? —porfiaba Leandro Paz fastidiado.

—Todavía les queda su sangre —acotó con cinismo Salazar.

En todas partes se hacían los mismos comentarios. Se sabía, por los paraguayos hambrientos que encontraban, que ya no había comida en ninguna parte, que la gente subsistía poco menos que alimentándose de raíces, que faltaban drogas en los hospitales y que la pólvora se fabricaba con una mezcla de piritas de hierro y cenizas, por lo cual se utilizaban los sables y las lanzas en las ejecuciones.

—Como quien dice, no gastan pólvora en chimangos —comentó sin ánimo de mofa un coronel, ofuscado ante la obligación de seguir avanzando pese a las condiciones del oponente.

Tal vez fue esa necesidad de acabar con el martirio lo que elevó el espíritu de la tropa cuando se dijo que, si se traspasaba la loma, se acabaría la guerra.

Y la loma fue tomada en el Día de los Inocentes.

Después de intimar a la rendición una vez más sin éxito, las columnas de

ataque se concentraron en aquel punto que el general Gelly y Obes llamaba Itá Ibaté, y otros, Lomas Valentinas o Cumbarití.

Muriel se encontraba sola en su tienda, escuchando el horrible repiqueteo de los fusiles, unido al de los tambores. Para ella, que tenía el corazón dividido entre el hombre que amaba y el pueblo de su patria, los ecos de muerte que llegaban a sus oídos eran la peor tortura. Imaginaba terribles mutilaciones, huecos que dejaban los cañones entre los soldados, y la imagen de Bautista despedazado acudía una y otra vez a su mente, que se desbocaba a causa de su sensación de culpa. En los días que siguieron, también se sintió raleada por los camaradas de Bautista, si bien con ellos no solía tener mucho trato. Le había parecido que Leandro Paz, siempre atento con las mujeres, le mostraba una expresión dura, y que el mismo teniente Salazar ya no buscaba su compañía, aunque esto último la alegraba. Hasta Dorotea se veía distante.

Cuando el entrevero se convirtió en un espeluznante entrechocar de armas blancas, Muriel comprendió que se estaba librando la lucha cuerpo a cuerpo, y que los aliados habrían tomado la línea fortificada de los cañones. Se ovilló sobre sus piernas, escondiendo la cabeza entre las rodillas, deseando no escuchar ni saber nada, no pensar más, y como eso era imposible, empezó a cantar a voz en cuello, recordando valeses y polkas que solía bailar cuando era una niña casadera, ilusionada con el boato y los privilegios. Se hamacaba en sus tobillos, elevando la tonada a medida que la batalla se volvía más estridente, hasta que su garganta se tornó áspera y acabó sollozando, también a los gritos.

Un silencio espectral sacudió su mente agotada y Muriel se incorporó, temerosa de lo que vería. Una humareda blanca y espesa ocultó el campo a su vista congestionada. Caminó como un fantasma, casi sin hollar el suelo, hasta que la magnitud del desastre la detuvo.

Sobre la franja de la trinchera, desde lo alto se veían los cuerpos alineados de los paraguayos, como un ejército de cadáveres. Más acá, el campo estaba sembrado de soldados aliados, y hacia uno y otro lado se movían grupos de hombres que cargaban a los heridos o cerraban los ojos de los agonizantes. Imposible distinguir a Bautista entre ellos. Supo que aquél había sido un triunfo argentino cuando vio avanzar a la División Buenos

Aires con los jirones de la bandera en alto, lanzando vítores, aunque a ella le parecieron graznidos. De pronto, de los esteros lejanos levantó vuelo una bandada de flamencos que pasó sobre su cabeza en perfecta formación, como si hasta la naturaleza se hubiese impregnado del ánimo guerrero. Muriel cayó de rodillas, y con las manos apretadas contra su pecho, elevó una plegaria.

Bautista se había adentrado en el monte contiguo al campamento del mariscal, anhelando, al igual que todos, atraparlo de una vez y acabar con la persecución. Los hombres se desparramaron en todas direcciones, agotados y ensangrentados de pies a cabeza, pero envalentonados por la victoria que les permitía suponer algún cambio en el curso de la guerra. Siempre que encontraran a López, de lo contrario...

Un gemido detuvo sus pasos y lo obligó a retroceder. Allí había alguien. Bautista arremetió en la espesura y se detuvo en seco al toparse con una muchachita famélica que sostenía a un niño con un brazo y enarbolaba una rama podrida en el otro, amenazándolo. Lo miraba con ojos dilatados, mientras el pequeño ocultaba el rostro en el cuello de su protectora. A Bautista le pareció que lloraba. Ese llanto suave, casi un balido, lo enterneció y borró el gesto adusto de su rostro.

—¿Quién eres?

La mulata se mantuvo rígida, con la rama en su mano. Era una patética estatua guerrera de las que Bautista ya había visto muchas.

—Ven, trae a tu niño, que en el campamento hay comida para ambos.

Aquellas palabras obraron magia en el ánimo de Dalila. Dejó caer la rama y bajó la cabeza, rendida ante la necesidad. Bautista se acercó con cuidado, para no espantarla, y como entendió que ella no deseaba soltar al niño, se limitó a empujarla hacia el linde del monte, a fin de escoltarla hasta su tienda. Si Muriel no se ocupaba de ese par, lo haría Dorotea. La buena mujer estaba siempre dispuesta.

Muriel lo vio llegar desde su puesto de vigía. Era inconfundible su corpachón erguido de paso cansino. ¡Estaba vivo! Quiso fingir indiferencia, por puro orgullo femenino, cuando la visión que se presentó ante ella le quitó

el aliento. Caminó dos pasos hacia el grupo y se restregó los ojos. Bautista también percibió algo extraño al ver su expresión desorbitada, y quedó boquiabierto cuando la mulata que lo acompañaba lanzó un alarido parecido a un *sapukay* y echó a correr, como si de golpe recuperase la energía perdida. Lo que más lo sorprendió fue que Muriel echara a correr también, y que ambas chocaran en un impacto que incluía al pequeño que la mulata llevaba encajado en su cadera. Escuchó llanto y risa entremezclados, sin comprender nada, salvo que aquellas dos se conocían desde antes, quién sabía de dónde.

Muriel abrazó a Dalila como a una vieja amiga. Ya no existían la patrona y la criada, eran dos mujeres unidas en la desgracia. Ambas estaban sucias, descalzas y desgreadas, y ambas eran infelices, cada una a su modo.

Recién después de unos momentos, Muriel captó la presencia del niño y preguntó, mientras se enjugaba las lágrimas:

—¿Es tuyo?

Dalila se echó a reír. ¡La primera carcajada auténtica en mucho tiempo!

—¡Claro que no, patroncita! Lo encontré perdido —ya habría tiempo de aclarar en qué circunstancias—, pero lo cuido como si fuese mi *memby*, para que no me lo quiten —y lanzó una mirada de reojo a Bautista, que permanecía petrificado a cierta distancia.

—Él no te lo va a quitar. ¿No lo recuerdas? Es aquel espía argentino que quisimos salvar en la casa.

Dalila enfrentó a Bautista con ojos desmesurados. Entonces, también él la recordó. Al ver un atisbo de la expresión sagaz que solía tener la mulata, reconoció a la acompañante de Muriel Núñez en sus andanzas. Y el pequeño sería, sin duda, algún desdichado que ya no tenía familia. Pensó en Violeta, que si bien estaba protegida en esos momentos, tampoco podía gozar de una familia a causa de la guerra, y un dolor profundo se clavó en su pecho, como si hubiera recibido la carga de una bayoneta.

Muriel malinterpretó la expresión de su rostro y acercó a Dalila hacia ella, con ánimo protector.

—Es mi amiga —le dijo, desafiante— y voy a conservarla a mi lado.

—Me alegra —respondió Bautista tajante—, así ya no dormirás sola.

Dio media vuelta y se alejó de las mujeres, resuelto a no pensar más en

Muriel, a no albergar esperanzas para el futuro, y a mantener en alto la única razón de su existencia: avanzar y dar fin a la guerra.

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Capítulo 26

La fatalidad

Ay, Juliana, Juliana... ¿Por qué callaste, por qué te mantuviste terca ante los requerimientos de los fiscales de sangre? ¿Acaso no entendías las reglas del juego? Tan inteligente y clara como fuiste siempre... ¿Por qué te rehusaste a confesar? Nunca fuiste culpable, yo lo sé bien, fue la falla de tu esposo lo que te condenó. Sólo debías abjurar de él, Juliana, para seguir viva. Pancho ya no tolera errores.

Desde que Estigarribia se dejó encerrar en Uruguayana y Robles se detuvo en Goya, desde que la escuadra quedó deshecha en el Riachuelo... y, sobre todo, desde que supo la terrible verdad... Pero tú, Juliana, mi amiga y confidente, la única que he tenido aparte de mi fiel Julie, no debías morir así, escarnecida por la sospecha, humillada por los azotes, con tus carnes amoratadas y el espíritu apaleado. Tu muerte pesa sobre mi conciencia porque nada pude hacer. Mi dominio sobre el Mariscal ya no logra impedir los vejámenes, ni siquiera los que aplica a su propia familia. ¡Ni a su madre! Y no es que quiera evitar el sufrimiento a los López, pues bastante he padecido sus desprecios, sino que eso me revela hasta qué punto Pancho se encuentra fuera de sí. Ya no es el hombre galante y de voluntad serena del que me enamoré en París. Un oscuro propósito se ha adueñado de él. Una luz siniestra se filtra bajo sus párpados. En sus ojos afiebrados leo la implacable decisión de

acabar con todos los que planean su desgracia. ¡Es que fue una perversidad tramar su destronamiento! ¡Y que esa idea se cocinase en las habitaciones de su madre!... ¿Hay acaso una herida más dolorosa que saberse odiado por su familia? Yo, que tuve una tan gentil y cariñosa, que llevo en mi sangre la de obispos, magistrados y hasta la de un almirante de la escuadra de Nelson, puedo entender el oprobio de saberse excluido, de beber de la copa del desengaño hasta las heces, ofrecida por la propia madre. Si al menos ella hubiera tenido la deferencia y cuidado de decirle al hijo la verdad primero, en lugar de utilizarla con el malvado propósito de tramar en su contra... Muy dura ha de ser esta mujer, tanto para resistir los golpes del castigo como para soportar el peso de la conciencia. Pobre mi Pancho, tan sensible al género femenino, con cuánta crueldad le pagan esa debilidad. Creo que los fusilamientos y los azotes a los conspiradores en San Fernando se debieron, más que nada, al tormento de la impotencia. Si los reveses militares no alcanzaron a quebrantar el ánimo del Mariscal, esto otro, esta innoble traición de la sangre, ha sido la causa del furor desatado en el que, como talados por un vendaval, caen tanto culpables como inocentes. Tú entre ellos, amiga mía. Entenderías esto si yo te lo explicara, pero ya no cuento contigo. Sobre tu cabeza recayó el castigo reservado a tu esposo por rendirse en Humaitá. Ya sé que dijo que se estaban muriendo de hambre y se habían comido hasta el último caballo, pero ¿no es ése un sacrificio que la patria exige? Pobre coronel Martínez, compadezco la angustia de su corazón, solo y triste en el exilio. Bien sabía él la suerte que te aguardaba, querida Juliana, porque él mismo les dijo a los aliados que los paraguayos resistían por miedo a lo que el Mariscal haría a sus esposas, madres o parientes si desertaban. El día en que vinieron en tu busca estuve tentada de decirte: «Confiesa, no importa que no sepas nada, confiesa cualquier cosa», pero la guardia de Luque estaba presente, y yo sabía que Pancho aguardaba como tigre en celo la posibilidad de encontrar más traidores. Ahora pienso que podría haberte evitado, al menos, que te entregaran a ese

oficial lujurioso que le dijo al Mariscal que «sería un gran placer» hacerte hablar.

La culpa de su furia la tienen sus parientes, en especial su madre, doña Juana. Conozco el desprecio porque lo he vivido, y entiendo que mi Pancho, Presidente y Generalísimo de los ejércitos, se desmorone así, al conocer la ignominia de su origen, negado hasta hoy. No sé cuánta verdad habrá en esa afrenta, ni si fue un artilugio para desmerecer su nombramiento por el Congreso, pero decir que él no es hijo legítimo del anterior Presidente, es una estocada en su corazón, como lo fueron los clavos en la frente de Cristo, un baldón que mancilla su nombre. Los López han sido siempre muy orgullosos de su estirpe.

Me desahogo en estas líneas que no leerás, porque no tengo con quién vaciar mi alma de tanto sufrimiento. Francisco y yo estamos solos, ante los demás y ante la posteridad, por eso es que sólo confiamos el uno en el otro. Nos une el amor por nuestros hijos y la certeza de un destino que compartiremos, sea el que sea.

Aunque Pancho es hombre de emociones hondas, que no deja aflorar casi nunca, sé que alberga el temor de morir denigrado por sus enemigos, y que sea ésa su lápida.

Muchos huyen en la oscuridad pantanosa y se pliegan a los brasileños que nos persiguen, o se pierden en la selva umbría para siempre. Los que se mantienen fieles son hombres valientes pero toscos, incapaces de servir para una confianza de su jefe.

Murmuran que Francisco no está en sus cabales. Las habladurías son un caldo de cultivo donde los traidores adquieren formas del demonio. Para eso están las leyes y los guardias, para acabar con las murmuraciones. La mayor prueba de ecuanimidad en su aplicación es el propio Venancio López, que nos sigue, desnudo y engrillado, carcomido por las llagas y a diario azotado, para que expíe su culpa.

Tampoco confiamos en los adulones, que provocan náuseas a Francisco. Pese a su vanidad, tiene la inteligencia para detectar si la fidelidad es de oro o de latón.

Ya no acuño sueños de riqueza ni de fama en esta tierra a la que he empezado a querer. Sé que no ceñiré la corona de Emperatriz, Mister Washburn me lo ha advertido con claridad, y a él le debo que haya guardado cierto dinero, por lo que pudiera ocurrir. Falta que tome contacto con Rete Iriarte, el estanciero de Corrientes, para saber si también cuento con el aporte que me prometió. Si no pude alzar aquellos edificios que enaltecerían a la Asunción, a lo mejor logro construir una fortaleza en los límites de Bolivia, un lugar donde se pueda desarrollar el comercio y la vida cortesana que aquí no se conoce en absoluto. Por el momento, poseo las tierras confiscadas a los conspiradores de San Fernando. ¡Qué mejor destino para ellas! (Piribebuy, 1869).

Los ladridos de los perros y el chapoteo de los caballos ahuyentaron a las garzas y a los carpinchos, que desaparecieron entre los juncos. Un *jabiru* montó vuelo, majestuoso, y Rete Iriarte recordó la vez en que Rosa lo corrigió, ufanándose de su saber ante él. Apretó los dientes y espoleó a su monta, deseoso de recuperarla. Cada hora que pasaba era una posibilidad perdida de hallarla viva.

Los laberintos de canales y embalsados eran peligrosos, y si bien Rosa conocía la región donde vivía, no estaba habituada a los esteros profundos, donde hasta el más pintado podía perderse. Los únicos dueños y señores de aquel mundo acuático eran los mariscadores, que rara vez se dejaban ver, y que Iriarte adivinaba ocultos en sus canoas frágiles, espiándolo, listos para enarbolar la «fija» o el machete como armas de guerra, llegado el caso. Eran hombres de oficio, y de cuidado. Sobrevivían merced a su destreza, y su contacto con el mundo civilizado se limitaba al intercambio de productos de la pesca o de la caza, para proveer a su familia.

En el Iberá regían leyes propias, y todo el que se atrevía a desafiarlas, pagaba con su vida.

—Se está por venir el tiempo, patrón.

La observación de uno de sus peones era acertada: desde el sur avanzaban nubarrones grises de fulgor metálico, y las aguas se habían tornado espesas,

inquietantes. Rete maldijo, sin importarle que su gente supiese lo furioso que estaba. Él también dictaba leyes, y castigaba a quienes no las respetaban. Rosa no sería la excepción. Además, había puesto en peligro a una niña, y él iba a jugar esa carta para hacerla sentir culpable. Sus ojos sagaces recorrieron la orilla del estero en busca de un sitio donde encender los fuegos y tenderse a pasar la noche, que prometía ser borrascosa. De sólo pensar que las mujeres podían estar a la intemperie, ateridas de frío y sin comida, la sangre le bullía. Algunos embalsados ondularon sobre las corrientes profundas, y las aves volaron rumbo a sus refugios. Pronto el cielo se tornó bajo, ominoso, y un viento helado sacudió las barbas de las achiras.

—¡Dragón! ¡Cíclope!

El silbido del amo hizo regresar a los mastines, que saltaban sobre los islotes como si hubiesen nacido en el agua. Dragón iba rezagado y cada tanto, se detenía para olfatear el aire de tormenta. Iriarte prestó atención. Confiaba más en él, porque el lazo que el animal había creado con Violeta lo convertía en un certero sabueso. Fue buena idea llevar una prenda de la niña para dársela a oler durante la rastrillada.

—Acamparemos aquí —ordenó, desmontando y librando al caballo de la silla para que se guareciese donde quisiera.

En pocos minutos los hombres alzaron un refugio casi al ras del suelo, con troncos, hojas de palmera y las mantas que llevaban enrolladas en las grupas de las cabalgaduras.

Eran tipos rudos, acostumbrados al silencio y a la soledad, no necesitaba emplear muchas palabras con ellos. Ramón, el mayor y más avezado, sacó de su faja un tremendo machete y se introdujo en un cañaveral, para luego salir provisto de una caña larga en la que había tallado una suerte de arpón. Desde esa distancia miró al patrón, que con una seña casi imperceptible lo autorizó a probar suerte con la improvisada fija. Conociéndolo, preveía que Ramón volvería con un yacaré o un carpincho para la cena. Los otros prepararon un fogón pequeño para ir mateando. Las ropas coloridas de los peones de El Aguapé contrastaban con la severidad de sus gestos y sus ceños adustos, y se destacaban en el profundo verdor como el plumaje de las aves exóticas. El vasco compartió con ellos mate y cigarros. Al cabo de unos minutos, la

cerrazón fue completa, era de noche sin acabar el día. Los perros estaban inquietos, al igual que los animales del monte y la laguna, y podía palpase la electricidad en el aire frío. Los truenos no se hicieron esperar, y con ellos, el oleaje encrespado llevó intensos olores hasta el minúsculo campamento. Todos fumaban impávidos, aguardando que la furia de la naturaleza hiciese su obra. Rete se tendió boca arriba, la cabeza sobre sus brazos, y dejó vagar su mirada por el cielo plomizo. Extrañas siluetas fantasmagóricas tras las nubes le recordaron las leyendas acerca de las magas del Iberá, deidades misteriosas que moraban en las márgenes de la laguna, desde tiempos remotos. Era una historia tejida por la fantasía popular, con la que Justina intentaba calmar las ansiedades de Manu a la hora de dormir. En el temor de que sufriese las convulsiones a que los tenía acostumbrados, la buena mujer llenaba la cabeza del niño con historias que le dieran algo en qué pensar y se olvidase de sus dolencias.

¿Cuál de las hechiceras sería Rosa? Pensó en *Ysiry*, la diosa de la corriente, que ordenaba el desborde de los ríos... pero no, Rosa no era tan exultante. ¿*Ara Poti*, entonces, la que sembraba flores en primavera? Tampoco, ese papel era más propio de Violeta, que con una sola sonrisa hacía florecer el semblante más austero. Rosa sería *Iví*, la diosa tierra, que arrojaba las semillas fecundas. Sonrió satisfecho al encontrar la maga que la representaba. Sí, Rosa era la promesa del porvenir, ésa era su esencia.

—¡Patrón, mire!

El grito del peón atravesó el rugido del viento y Rete se incorporó como un resorte. Florencio le señalaba a Dragón, que insistía en ladrar de cara al monte, con el lomo arqueado y las orejas gachas. La superstición, siempre latente en las gentes de aquel rincón misterioso, hizo vacilar a los peones, capaces de enfrentar a un tigre, pero sensibles a las señales de las tinieblas. El vasco no creía en aparecidos, de modo que se calzó su revólver y corrió adonde el perro gruñía, con los pelos erizados.

—Qué hay, amigo, qué ves...

Iriarte se empeñaba en descubrir algo en la oscuridad reinante. En eso apareció Ramón, con su presa colgando de los hombros, un yacaré overo de mediana longitud.

—¿No viste a nadie?

—No, patrón. Estábamos éste y yo —contestó el hombre, señalando al animal, que todavía chorreaba agua y mojaba sus pantalones a rayas.

—A comer, entonces.

Todos volvieron a la rueda del fogón, aunque Rete quedó intranquilo. Dragón no se equivocaba. Algo había allí, en la espesura, algo que acechaba.

La tormenta se desató en un aguacero que desdibujó el límite de los ríos y empastó las orillas, tornándolas cenagosas.

Rosa y Violeta trabajaban una tienda en lo alto de un barranco, para evitar la crecida. Hacía rato que el cabo Cáceres había partido en busca de sustento, y aún no regresaba.

—Se habrá ahogado —dijo Violeta, en un tono que expresaba deseo antes que convicción.

—Hija, no debemos injuriarlo.

Rosa vivía atormentada por su descubrimiento. Al tiempo que anhelaba que aquel hombre desapareciese de sus vidas para siempre, temía que la niña lo odiase, al fin y al cabo era su padre, aunque él no lo supiese.

—Mami, yo puedo pescar para las dos.

—Ni se te ocurra. Con esta agua, hasta los peces deben de estar en problemas.

—Batú me enseñó a pescar con lluvia —porfió.

—Batú no está aquí para protegerte, y yo no soportaría perderte también.

—¡No digas eso! —estalló Violeta—. Batú está vivo, no lo hemos perdido.

—Querida, no quise decir eso, es que hace tanto que no está, que es como si no lo tuviéramos. Y me hace falta...

—Ya sé, mami, a mí también. El vasco no es lo mismo.

Rosa miró a Violeta, su carita compungida, sus manos enrojecidas por el trabajo, y se sintió terrible por haberla sometido a esa empresa alocada. ¡Qué importaba si Rete comerciaba con la Lynch! Después de todo, cada uno sobrevivía como podía, ella lo sabía bien. Lo que jamás le perdonaría era que

fuese un espía, eso no. La sangre de Bautista estaba en juego.

—Ven, calentémonos las manos, que hace frío.

Las dos se sentaron junto al fuego y extendieron sus manos: largas y finas las de Rosa, pequeñas y movedizas las de Violeta. La lluvia arreciaba y el techo de palmas que habían construido amenazaba con desplomarse. Rosa decidió que durmieran bien lejos del barranco, por temor al desmoronamiento. Se arrastraron, empapadas, hasta el límite de un bosque del que emergían copudos sauces y gigantescas palmeras. En su interior, aullaba el viento con un ulular siniestro.

—Entremos —dijo Rosa, al ver que la borrasca iba en aumento.

Violeta miró hacia arriba, donde el follaje se balanceaba, y luego hacia adentro, hacia el corazón de aquel bosque que se abría ante ellas como las fauces de un monstruo dispuesto a devorarlas.

—Mami, está muy oscuro.

—No temas, hija, dame la mano.

Entraron juntas, y sus pies hollaron senderos desconocidos para el hombre, recorridos sólo por los monos o las serpientes. El bosque se cerró tras su paso, y quedaron prisioneras de esa catedral verdosa que desprendía aromas resinosos.

En su fuero interno, Rosa sabía que estaba huyendo de Matías Cáceres.

El cabo maldecía su suerte mientras resbalaba en las arenas lodosas de la orilla del río. En mala hora se le había ocurrido ofrecerse a conseguir comida, si él jamás había cazado ni pescado nada. Después de todo, las mujeres se las habían arreglado muy bien sin su ayuda hasta el momento. Miró hacia lo alto del barranco y decidió trepar para alejarse de esa ribera peligrosa. Pronto el río rebasaría su cauce y se lo tragaría. Arrojó lejos las botas, que estaban destrozadas ya, y hundió los pies descalzos en los huecos que formaba la tierra, procurando mantenerse aferrado a los matojos que crecían entreverados en la roca. El agua lo cegaba, y más de una vez estuvo a punto de resbalar hasta el fondo y estrellarse. Por fin, sintió que sus manos recorrían un terreno llano y se encontró en la cima, cerca del sitio donde las mujeres

dijeron que lo esperarían.

No estaban. Debería haber sabido que iban a jugarle sucio, hacían honor a su condición femenina. Las mujeres habían sido una perdición en su vida.

Cáceres caminó mirando el suelo, hasta que encontró los restos del fuego. El bosque se mostró ante él como una invitación al resguardo. Decidió guarecerse bajo el follaje espeso hasta que amainara la tormenta, y después las buscaría, porque no quería irse sin probar a la mujer llamada Delia. Se merecía al menos una satisfacción, después de tanto padecer. Bajo la bóveda de los árboles respiró profundo y se sintió más sereno. El aguacero se percibía lejano, como si resbalase por la cúpula de hojas. Avanzó, algo inquieto a causa de la oscuridad y lamentando que la pólvora de su pistola se hubiese mojado, cuando se encontró con una escena insospechada: en un claro formado por un cerco de pasionarias, la niña Lily dormía, cubierta por una pañoleta, mientras que la hermana intentaba envolverla con su propia falda. Cáceres contempló extasiado las piernas esbeltas de la mujer, desnudas y mojadas, y sintió el golpeteo de las ansias en su pecho.

Rosa se esmeraba en abrigar a Violeta, sin pensar que estaba siendo observada en su intimidad. Supuso que el padre de su hija aguardaría a que cesara la tormenta en algún sitio protegido, y como en aquel bosque no había señales de vida humana, se atrevió a quitarse el vestido y usarlo de manta, temerosa de que la niña pasase frío. Las enaguas finas se adherían a sus piernas con impudicia y revelaban más de lo que ocultaban.

El cabo se pasó la lengua por los labios, degustando por anticipado el festín. Era una imprevista oportunidad la que se le brindaba, con la chica dormida. Por fin la maldita suerte le daba la cara. Esperó a que la mujer dejase de atender a la más pequeña y se deslizó hasta el límite del claro. Ya sentía tensos los pantalones en la entrepierna.

Rosa se recostó sobre su lado derecho, para mantener a Violeta a la vista, y suspiró. Pasarían esa noche en el bosque y luego, emprenderían el regreso. Había cometido un disparate. Rete estaría preocupado por ellas, y con razón. En una noche como ésta, perderse en un lugar salvaje sin otra compañía que una niña... ¿En qué estaba pensando al comportarse como una malcriada? ¿Tenía la edad de su hija, acaso? Violeta demostraba más sensatez que ella.

Cerró los ojos y decidió acunarse con la idea del regreso, a fin de conciliar el sueño. En medio de semejante borrasca, no corrían peligro de ser atacadas por animales, todos estarían refugiados en sus cuevas.

Todos salvo el cabo Cáceres, que con el sigilo de una fiera llegó hasta Rosa y retuvo el aliento al ver su rostro plácido y su cuerpo esbelto. Ella dormía con abandono, rendida sin duda por el esfuerzo, y su cabellera mojada caía sobre los hombros, rodeando el seno erguido. «Es bellísima», pensó Cáceres. Admiró los pómulos altos, el arco elegante de sus cejas oscuras y la finura de los labios. La piel satinada le pareció suave como un durazno, y no pudo resistirse a rozarla con sus dedos. Rosa dormía un sueño de agotamiento y no se movió. Envalentonado, el cabo depositó un beso sobre el hombro desnudo, y el aroma de la mujer lo envolvió. El viento huracanado escondía los ruidos que pudiese hacer, y decidió aprovechar lo que se le ofrecía. Su mano calenturienta recorrió el costado de Rosa, afirmando la curva de su cintura para evitar que huyese. Cuando hundió la cara en su cuello, Rosa se despertó con un grito de terror, pues en su mente se figuraba que un animal la estaba devorando. El cabo utilizó el movimiento en su favor, capturando la boca de la mujer y penetrándola con su lengua. Rosa le clavó las uñas y pateó sus ingles, pero el cabo era un hombre fuerte, ducho en esas lides. La sostuvo de las muñecas y abrió sus brazos en cruz para inmovilizarla, mientras que sus piernas hacían otro tanto con las de Rosa, dejándola indefensa bajo su cuerpo excitado.

—No te resistas —murmuró contra su boca—. Te va a gustar.

Rosa intentaba decirle lo que él ignoraba, devolverle la cordura con esa confesión y, sobre todo, evitar que Violeta viese a su padre violando a su madre. Horrorizada, abrió mucho los ojos y gimoteó.

—Sos linda, muy linda, la mejor *kuña* que he tenido en mucho tiempo...

Cáceres se movía sobre ella como un león sobre su presa, no le importaba despertar a la niña, era una fiera sin control, concentrada sólo en su propósito. Apenas podía aguantar el momento de deshacerse de las molestas enaguas que se interponían, y su mano ansiosa las desgarró.

El ruido de la tela al romperse se confundió con el amartillar de una pistola y Cáceres, familiarizado con esos sonidos de guerra, levantó la

cabeza, desconcertado. Fue el último movimiento que hizo antes de caer fulminado sobre el cuerpo de Rosa.

Rete sostenía el arma ante sí, con la mirada clavada en la mujer semidesnuda que yacía en la tierra húmeda. La visión de su Rosa debajo del cuerpo de un desconocido le había sublevado la sangre, y apenas demoró un segundo en dispararle. No sabía quién era ni le importaba. Tampoco permitió a sus hombres auxiliar a Rosa, se acercó él mismo para quitarle de encima al muerto y levantarla de un tirón, como si ella fuese un fardo. Rosa estaba paralizada. No atinaba a cubrirse, le temblaban las manos y miraba a Cáceres con ojos espantados. Iriarte malinterpretó esa mirada.

—¿Lamentas que haya matado a tu amante?

Ella dirigió entonces la vista hacia Violeta, rogando porque siguiese dormida, pero la niña se encontraba sentada sobre la falda que ella le había arreglado, muy quieta y silenciosa, con el enorme perro negro a su lado.

—Vístete.

Rosa se miró las prendas desgarradas y cruzó los brazos sobre su pecho. Violeta, con esa extraña madurez que poseía, tomó el vestido de su madre y se lo alcanzó. Rosa se lo puso, bajo la mirada inflexible de Iriarte y la calculada indiferencia de los peones. Cuando estuvo decente, Rete siguió lanzando órdenes.

—Llévenselo —dijo—. Arrójenlo al río.

—¡No! —exclamó desesperada Rosa.

—¿Por qué no?

—Porque... porque no sería cristiano.

—Me importa un cuerno.

Los hombres no sabían qué hacer. Las órdenes del patrón no se discutían, pero la manera en que aquella mujer había reaccionado los desconcertaba.

—Rete, por favor...

—¡Échenlo a las pirañas!

—¡Rete, escúchame, por Dios!

—Habla, mujer. No estoy para discursos ni sermones.

Rosa dio otro vistazo a Violeta.

—Hija, déjanos solos un momento.

La niña se levantó y se arrimó al límite del claro seguida por Dragón que, una vez cumplida su tarea, se consideraba con derecho a disfrutar de la recompensa. Cíclope se mantenía al lado de los peones.

—Rete, este hombre no es un desconocido.

—Ya veo.

—Tampoco es alguien que me importe.

—Ah, ¿no? —respondió sarcástico.

—Te pido que hables en voz baja, para que no nos escuche mi hija.

—Extraño pedido, cuando ibas a consumir la unión con ese infeliz delante de tu propia hija. ¿Para eso escapaste, para huir con él? Creía que tenías otra razón, Rosa, creía que estabas celosa. Veo que me toca a mí ese papel.

Rosa tragó saliva. A pesar del impacto que la muerte de Cáceres le producía, tenía que explicarse con claridad, o las cosas irían demasiado lejos. Sólo pensaba en ocultar a Violeta lo sucedido.

—Él es... el padre de mi hija.

Rete no podría haber recibido peor confesión. Si por un momento dudó de la sinceridad de Rosa, el amor que sentía por ella lo convenció de que bien podía ser una víctima. El muerto llevaba el uniforme de soldado, y si se encontraba deambulando solo, sin duda era un renegado. De un hombre así podía esperarse cualquier cosa.

Si se trataba del que ya había conocido a Rosa en la intimidad, el asunto tenía otro cariz.

—Era un reencuentro, entonces.

—¡No! Él apareció de súbito, y no lo reconocí sino después de un tiempo. Sé que él no me reconoció. Y Violeta nunca lo vio en su vida. Yo... no deseo que ella sepa quién era su padre. No me siento orgullosa de él, ni de mí tampoco.

Rete apretó los dientes. Se encontraba en un atolladero de emociones. Sus entrañas le gritaban que Rosa era sincera y a la vez, la situación era confusa. ¿Cuánta casualidad podía haber en un encuentro semejante? Después de tantos años... Ella jamás le había contado quién era el padre de Violeta, si bien Rete sabía, al igual que todos, que nunca había vivido con ellas.

—Por favor, no lo dejes sin sepultar. Aunque haya sido un mal hombre, es el padre de mi hija. No me eches otra culpa encima.

Las lágrimas desbordaban los ojos almendrados de Rosa y rodaban por sus pómulos, donde se veía un arañazo, de seguro producido por el cabo. Rete lo miró con frialdad y ordenó a los hombres que cavaran una fosa. Lo sepultaría, por pedido de Rosa, pero no lo cargaría hasta El Aguapé, no se rebajaría al punto de permitir que semejante escoria descansara bajo su hacienda.

—Cuando ellos terminen, nos vamos.

Dio media vuelta y dejó a Rosa de pie en medio del claro, temblando.

El regreso fue penoso, bajo la lluvia y por senderos enfangados. Rosa iba sentada delante de Iriarte, y Violeta a la grupa del caballo de Ramón.

—¿Cazaste un overo? —preguntó la niña.

El peón asintió en silencio.

—¿Y con qué?

Forzado a responder, el hombre gruñó:

—Con una fija.

—¿A verla?

Ramón se removió, incómodo. Era un hombre poco acostumbrado a hablar y menos con niñas, sobre todo con una tan desconcertante, que acababa de vivir una situación dramática y conversaba como si nada.

—Ya la tiré.

Violeta permaneció callada un momento.

—Mañana me enseñarás a fabricar una —decidió.

Y dejó que Ramón se mortificase con esa idea durante todo el camino.

En la grupa del caballo de Iriarte no había diálogo. Rosa se mantenía erguida mirando al frente, mientras que el hombre la sujetaba por la cintura sin delicadeza alguna.

A medida que avanzaban, en la mente de Rosa iba tomando forma una idea: si bien las circunstancias la hacían sospechosa, la realidad era que ella no había hecho nada malo, así que no tenía por qué avergonzarse ante Iriarte. Si huyó de El Aguapé, fue por una razón que lo incriminaba a él, de modo que el sospechoso acababa siendo Rete y no ella. Ese sencillo razonamiento

ocupó su cabeza durante todo el viaje, y cuando vieron a lo lejos las luces que rodeaban la casa del vasco, Rosa tomó la decisión de hacerse valer, por una vez en su vida.

Justina acudió al encuentro, agitada y contenta a la vez.

—¡Niña Violeta, por fin! ¿Se encuentra bien la señora?

El rostro de Iriarte acalló las expresiones de júbilo y pronto todos marcharon a sus respectivas habitaciones sin que supiesen bien qué era lo que había ocurrido, ni por qué el patrón volvía más enojado de lo que estaba al partir.

El único que no se movió de su sitio en la galería fue Manu. El muchacho había permanecido, mojándose, todo el tiempo que duró la búsqueda. Tenía las ropas pegadas al cuerpo y tiritaba; sin embargo, no quería irse a dormir sin saludar a su amiga. Apareció chorreando agua en el umbral de la habitación donde Justina había dejado encendida una vela para Violeta, pues presumía que la niña podía tener pesadillas después de semejante aventura. La cara avinagrada del patrón impidió a la mujer hacer todos los aspavientos que tenía preparados para recibir a las fugitivas, de manera que la casa quedó pronto sumida en el silencio.

Manu golpeó la puerta. Violeta, enfundada en un camisón limpio, echó a un lado la manta y saltó de la cama.

—¡Manu!

Corrió hacia su amigo y lo abrazó por la cintura. Le parecía que él había crecido más, pues ya no le llegaba al pecho con la cabeza.

—Cómo te extrañé...

El joven sintió un nudo en su garganta. Eran las palabras que él quería pronunciar y no podía. Se limitó a apretar a Violeta con fuerza, hasta que los pies de la niña no tocaron el suelo. Nunca, en toda su vida, había necesitado tanto a alguien.

Rosa fue conducida al cuarto que compartía con Iriarte donde encontró, sobre la cama, una bata de seda y unas pantuflas. Justina había dejado también un canasto que contenía jabón, un paño de lavar y un frasco de

colonia. La mujer debió de pensar que ella le brindaría una fiesta de agradecimiento al patrón por haberla rescatado.

¡Pues se equivocaba, se equivocaban todos! Tomó las cosas de tocador y se encaminó hacia el que había sido su primer cuarto de huésped. No compartiría el lecho con un hombre que pensaba lo peor de ella, en especial si ese hombre todavía no le había demostrado que no era un espía de la Lynch.

Una vez limpia y fresca, se sentó frente a un pequeño espejo de escritorio para cepillarse el cabello. La bata color malva era nueva, se daba cuenta, de seguro la habría comprado Rete con dinero mal habido. Ese pensamiento la mortificó tanto, que quiso arrancársela, y el nudo de la cintura se atascó. Mientras luchaba con eso, apareció el vasco con un ímpetu del demonio.

—¿Qué es esto? —bramó—. ¿Qué haces en este cuarto?

Rosa palideció, pero sacó la fuerza para responder con altivez:

—Dormiré aquí mientras no sea digna de tu confianza. Y ya que estamos —agregó, ante la sorpresa de Iriarte—, hasta que pueda confiar en ti de nuevo.

—¿De qué hablas, mujer? ¿No tuviste suficiente con la aventura que creaste? No me busques, Rosa, o...

—¿O qué? ¿Qué harás, Rete? ¿Tratarme con brutalidad, como lo hizo ese mal nacido? Primero se aprovechó de mi inocencia cuando era demasiado tonta para darme cuenta, y luego, sin reconocermelo, estaba dispuesto a violarme, aún delante de mi hija. ¡De su propia hija! Ya no soy más una tonta, Rete, y por eso, decidí no someterme a ningún hombre, salvo el que yo elija. Y no te elijo hasta que aclares qué turbia relación tienes con la amante del dictador del Paraguay en medio de una guerra donde mi hermano se juega la vida a cada momento. Porque si descubro que estás vinculado a ella de algún modo, te juro que... —y Rosa se detuvo, buscando algo terrible para amenazarlo.

—Rosa.

—Contesta. ¿Qué te une a Madame Lynch?

—Negocios.

—¿Qué negocios?

—No lo entenderías.

Rosa enrojeció de furia. Sus ojos brillaban y su cabello recién peinado lucía selvático alrededor de su rostro oval. Iriarte pensó que era la mismísima Iví, como él había pensado.

—Soy un comerciante, tengo negocios en todas partes. Ya tenía mis inversiones en la Asunción, no veo la razón de echarlo a perder todo.

—¡Pero estamos en guerra!

Rete descargó un puñetazo sobre el escritorio, haciendo saltar las plumas y el tintero.

—¡El comercio es lo único que ni la guerra puede detener! —gritó, ofuscado.

Rosa se mantuvo tiesa, pese a la ira que trasuntaba él. El vasco era un hombre temible, no tanto por el porte como por la expresión de sus ojos. Cosa curiosa, pensó en Bautista, tan corpulento y sin embargo, con una mirada tan apacible. Era la antítesis de Iriarte.

—Dicen que ya no quedan comercios ni nada en ese país. ¿Cómo es que tienes inversiones, entonces? Tendrías que estar arruinado.

Rosa era tenaz. Iriarte decidió darle una explicación sencilla.

—Elisa Lynch es una mujer de negocios. Al llegar al Paraguay, se ocupó de reunir en torno al gobierno de López a los extranjeros inversores, y facilitó algunos contratos. Esas letras deben cumplirse, eso es todo.

—¿Y cómo se explica que te envíe cartas personales y hasta una joya de su propiedad, con dedicatoria, si sólo es cuestión de negocios?

La astucia de Rosa lo sorprendía. No se dejaba convencer con facilidad, y él estaba ansioso por estrecharla en sus brazos y hacerle olvidar el cuerpo de su antiguo amante. Le cosquilleaban las manos de ansiedad reprimida.

—Habla mañana, Rosa. Vuelve al cuarto.

—No, señor. Habla ahora, y si su explicación es clara, mi mente la comprenderá. De lo contrario, seguiré en esta habitación hasta que regrese mi hermano. Entonces nos iremos mi hija y yo. Y si no decido irme ya mismo, es porque no soy capaz de sostenerme en medio de esta situación. Ni siquiera sé si nuestro rancho estará en pie. No quiero someter a Violeta al sufrimiento añadido de pasar hambre o miseria. Usted permítame quedarme, que trabajaré para ganarme el pan, para mí y para mi hija.

La terquedad de aquella mujer no tenía límite. Rete sintió que la rabia lo embargaba hasta ahogarlo, no obstante, tuvo el tino de controlarse para no empeorar las cosas. Además, temía que Justina y los sirvientes tuviesen el oído pegado a las cerraduras de sus puertas. Había advertido las miradas curiosas a su llegada. Salió de la habitación y el portazo hizo vibrar los goznes, prolongando los ecos hasta la galería.

Allí, apoyado en un pilar, bajo la luz tenue de una farola, esperaba Anselmo. Había tenido la intención de hablar con el patrón, pero el talante que demostraba le hizo temer que no fuese el momento apropiado. En realidad, lo había seguido en su búsqueda de Rosa sin que él lo supiese. Hubo un momento en que temió ser descubierto por Dragón. Por fortuna, la tormenta le permitió esconderse.

Aquel calvario debía terminar. Estaba exhausto y se sentía desdichado.

Capítulo 27

La tragedia.

Los cambios de mando en el ejército aliado permitieron albergar la esperanza de que por fin, en ese año, la guerra concluyese. El general Emilio Mitre, a cargo ante la renuncia de Gelly y Obes, llevaba la instrucción del nuevo Presidente Sarmiento en el sentido de acelerar las cosas. Ya casi no quedaban oficiales superiores, muchos habían regresado enfermos, o muerto en el campo de batalla, de modo que abundaban los tenientes y sargentos al mando de las tropas. Y éstas se hallaban extenuadas, hartas de la guerra y avergonzadas de tener que ultimar a los paraguayos para alcanzar a López, que siempre se les escurría como un pez en el agua.

Muriel vivía toda clase de privaciones. La lejanía de su amado y la tirantez que percibía en Dorotea la afligían. Ella no se explicaba los acontecimientos, se limitaba a sufrirlos. Si bien se le hacían más llevaderos al compartirlos con Dalila, a veces las confidencias no le bastaban. Sólo el pequeño Tití era fuente de alegría, pese a su mudez, pues el niño resultó ser una sabandija cariñosa y divertida. La mulata, en cambio, había recuperado su talante ingenioso y se convirtió en una especie de mascota del campamento, pues los soldados, asqueados de tanta sangre, encontraban refrescante el temperamento de la muchacha.

—Patroncita, le traigo unas fibras de caraguatá para hacernos otros trajes. Ése que lleva parece trapo de fogones, y usted, que fue siempre tan elegante y principal, no puede andar así nomás. Vea cómo se trenza, así... —y Dalila sacaba a Muriel de su apatía mostrándole las artesanías a las que ella estaba

acostumbrada.

Otro día, la impulsaba a cocinar utilizando el jugo de las naranjas silvestres y el néctar de un fruto amarillo y dulce que crecía en unas zarzas, llamado *guavirami*.

—Comiendo esta carne seca y dura se va a poner mala. Hoy voy a recoger yerbas del bosque, a ver si encuentro algo rico de verdá. Vamos, Tití, no te hagas el distraído —y hacia allá iban los dos, la criada y su lazarillo, al que ya todos llamaban Tití con naturalidad.

Además, Dalila era llamativa y atraía las miradas. Su pelo rizado había vuelto a relucir, pues lo lavaba con agua de lluvia y lo anudaba en moños apretados que cubría con vistosos pañuelos. Dorotea simpatizaba con la mulata, y a menudo compartían lo que obtenían del comercio. Ante la escasez, el jabón se fabricaba en el mismo campamento con sebo y cenizas, y resultaba tan alcalino que raspaba la piel. Era preferible bañarse en el río.

—Vamos ahora, que todavía no aclara —le dijo un día Dalila a Muriel, y la arrastró fuera del catre rumbo a un codo de río que se escabullía de la vista de los soldados.

La joven disfrutó del momento placentero, pese a sus cuitas. Se despojó de la túnica de caraguatá y hundió sus pies descalzos en el agua fresca. Poco a poco, el lecho arenoso la condujo hacia un sitio más profundo, y allí se dejó llevar, mecida por las aguas, con el cielo aún estrellado sobre su cabeza.

—Frótese con la arena, amita, es mejor que cualquier jabón —la aconsejó Dalila, y ella misma daba el ejemplo frotándose como si quisiera arrancarse la piel a tiras.

Enrojecida por el baño y por el frío que precedía al amanecer, Muriel salió del río desnuda y fue en busca de sus ropas. Inclineda bajo el arbusto comenzó a vestirse, cuando de pronto descubrió unos ojos que la miraban con fiera intensidad.

Bautista nunca había dejado de observarla, aunque ella no lo sabía. Cada mañana, antes de partir rumbo a su fajina, echaba un vistazo a la tienda, lo mismo que al regresar de las partidas de reconocimiento y antes de compartir el fogón con sus camaradas. Si llovía en exceso, verificaba que la carpa no estuviese inundada, o bien procuraba que las raciones le llegasen con

puntualidad. Velaba por ella, a pesar de su ingratitud.

Muriel tapó su desnudez con aprensión. Desde que él había dejado de frecuentarla, a menudo lo pensaba como un extraño, le parecía mentira que hubiesen disfrutado de tanta intimidad. A la luz del amanecer, el anillo de los siete ramales brilló en el dedo de Muriel. Ella no se lo había quitado. Bautista sintió el calor de la expectativa inundando su pecho. Dio un paso hacia la joven y se detuvo, inseguro de su reacción.

Muriel casi no respiraba. La presencia de ese hombre la dominaba con su altura y la petrificaba con sus ojos negros. Él extendió un brazo y tironeó del sayal con que ella se cubría. La prenda rústica cayó y el cuerpo de Muriel, más delgado aunque siempre armonioso, quedó expuesto. Bautista iba descalzo y llevaba sólo una especie de chiripá que habían adoptado casi todos los soldados para facilitarse la travesía por los fangosos caminos del monte. Dio otro paso, hasta quedar pegado a ella. Y cuando Muriel levantó su rostro, pálido en aquella semipenumbra, Bautista capturó su boca con frenesí. Su lengua barrió con todos los escrúpulos de la muchacha, y sus manos recorrieron el camino de su cuerpo, tantas noches imaginado en medio de los ronquidos de sus compañeros. Muriel se ablandó y se entregó a sus caricias. Cayeron bajo el arbusto y en silencio, acompasando sus leves quejidos al canto de las primeras aves, se amaron con pasión desatada. Bautista no le dejaba resuello, la montaba con desesperación, como si se estuviesen despidiendo para siempre, y Muriel respondía a ese salvajismo con bravura, sorprendiéndolo con un toque osado que lo excitaba y animaba a improvisar también, en esa danza que ambos habían iniciado en las circunstancias más hostiles y contra todos los pronósticos.

—Mía —murmuró él, al poseerla.

—Sí —atinó a responder ella, casi sin voz.

Se derrumbaron entre los pastos, jadeantes y asustados de la intensidad de su unión. Ninguno se acordó de Dalila que, en puntas de pie, había vuelto al campamento.

Los episodios de coraje protagonizados por las fuerzas argentinas en la

batalla de las Lomas estaban muy presentes en todos los corazones, eran la antorcha que sostenía las voluntades de aquellos hombres extenuados. El joven coronel del Regimiento Córdoba, Agustín Olmedo, contaba en rueda de fogón:

—Le grité a Juan Ignacio Garmendia: «¡Protéjame, que nos concluyen!», y entonces el teniente coronel equilibró las cosas, que si no... Pero él me contó que se arrepentía de haber insultado a su capitán al pensar que estaba huyendo, cuando el hombre tenía un agujero en el pecho de donde manaba tanta sangre, que era imposible que siguiera de pie.

Los hombres fumaban y mateaban, concentrados en los detalles de las hazañas que ellos mismos habían realizado, pensando tal vez que nadie sabría nunca el trasfondo de lo ocurrido, quedarían sólo los hechos, desnudos y fríos, sin calar la dimensión del esfuerzo y la valentía.

—¿Y qué me dicen de Levalle? —exclamó Leandro Paz, con su entusiasmo característico—. Parece que cuando le ordenaron que pusiese su batallón a la altura del Cuarto, dijo: «¡El batallón Quinto no sabe dar media vuelta frente al enemigo!», y mandó retroceder de frente, a tambor puro, pasito a paso, soportando las balas.

Hubo festejos y carcajadas ante la bravata de Nicolás Levalle, conocido por su carácter fanfarrón y su coraje. Bautista reía también, aunque había sido bravo en aquel momento retroceder de espaldas, impasibles, mientras llovían las balas por todas partes, temiendo siempre que alguna fuese la definitiva. Después de todo, muchos compañeros encontraron la muerte en Lomas Valentinas.

—Recuperamos el cañón alemán —constató un soldado, impresionado por la suerte de encontrar la famosa pieza que el gobierno había logrado comprar con esfuerzo, y que los paraguayos habían retenido en el ataque sorpresivo de Tuyutí.

Estaban tan pobres de baterías, que aquel cañón había sido una gran pérdida entonces.

—¿Y ahora? —preguntó alguien desde la oscuridad que rodeaba al fogón.

Hubo un silencio y se escuchó el crepitar de las llamas que alejaban las nubes de jejenes.

—Ahora, *chamigo*, queda aguardar el final.

—Lo que resista López.

—Ajá.

Se sabía que el mariscal había trasladado su cuartel a Piribebuy, llevándose sus hombres y sus cañones, y hacia allí dirigían los aliados la marcha forzada que los estaba dejando en harapos. Si bien el ejército paraguayo se hallaba en retirada, resistía cada enfrentamiento hasta morir, sin ceder un palmo. Sólo López desaparecía misteriosamente del campo de batalla, para aparecer más al norte, en un nuevo campamento, acompañado de Madame Lynch y de sus hijos.

Era como seguir a un fantasma.

—¡Esto es inaudito!

El grito furioso provino de la oscuridad circundante, y alarmó a la rueda del fogón.

—¿Se enteraron ya? ¡Han saqueado la Asunción!

Un soldado del Regimiento Santa Fe se dejó caer, agitado por las noticias que traía. De inmediato se formó un círculo más grande con los curiosos que se acercaron.

—Los macacos se ensañaron con la ciudad vacía. ¡Dicen que se llevaron hasta las alfombras! Cargaron los acorazados con pianos, muebles, y hasta cavaron pozos bajo las casas, buscando tesoros enterrados. Lo que no podían llevarse, lo destrozaron. ¡Ni los santos de las Iglesias respetaron!

Hubo un murmullo de sorpresa y de indignación entre los hombres. Y una pregunta no formulada en la mente de todos. Severino se irguió como si un lanzazo hubiese acertado en su pecho.

—¿Y Mitre?

Era lo que todos ansiaban saber. El honor del ejército dependía de aquella respuesta. El soldado que había traído la noticia se serenó con un par de mates y concluyó:

—El general Emilio Mitre, como no podía ser de otra manera, acudió a imponerse de los acontecimientos, pues tampoco quiso dar crédito a las habladurías.

Otro murmullo, de satisfacción, coronó esas palabras. Severino los hizo

callar.

—¿Y? —alentó al soldado.

—Nuestro general en jefe ordenó hacer alto a su columna y marchó hacia el alojamiento de los mandos brasileños. Allí, cuando Caxías le dijo que le había reservado las mejores casas para él y su Estado Mayor, Mitre le respondió que no entraría a la ciudad, porque no quería que el ejército a sus órdenes se confundiese con el del señor marqués y se hiciese cómplice de la destrucción. A la media hora de la entrevista, ya todo el pueblo y los campamentos sabían la noticia. Hasta los comercios se enteraron de lo dicho en ese encuentro.

—¡A ellos les toca contestar los cargos! —gritó uno, refiriéndose a los brasileños.

Los demás asintieron con un coro de protestas y Severino, satisfecho, se volvió hacia Bautista, que se encontraba junto a Paz.

—Cuando no se tiene nada, la honra lo es todo —les dijo. La campaña de Piribebuy agotaba las últimas fuerzas. El sitio estaba emplazado a las puertas del Chaco feroz, donde el jaguar afilaba sus garras y las lianas oscurecían el cielo. Allí, silbaban las cerbatanas de los *caingú* y reinaban oscuridades que nadie conocía.

Mientras, en el campamento se escuchaban a diario los cañones del enemigo, que eran respondidos desde la escuadra o desde la trinchera. Soldados de uno y otro bando se agachaban y seguían tomando mate, sin interrumpir su rutina más que para soltar alguna broma al respecto.

Bautista no había vuelto a su tienda, ocupada por Dalila y el pequeño Tití, aunque solía aguardar a Muriel en las noches estrelladas, detrás de alguna línea de arbustos, para reanudar los amores interrumpidos. Ya no se hacían promesas ni recordaban los planes de volver al recodo, sólo se amaban, sin que mediaran palabras ni reproches.

Dalila estaba feliz de ver a su ama contenta. Ella también solía escabullirse, ante los requerimientos de un soldado de la Legión Paraguaya, un mozo que había estudiado en Buenos Aires y le hablaba de su proyecto de instalarse en la ciudad de abajo cuando la guerra terminara. El teniente Salazar se mantenía alejado, y las cosas parecían haber encontrado una nueva

armonía.

Fue cuando se dio la orden de atacar Piribebuy.

Reinaba el descontento porque, después de Lomas Valentinas, el comando brasileño había alardeado diciendo que la guerra estaba concluida, y la inacción que siguió permitió al enemigo reorganizar sus defensas. Tal vez por esa razón, el marqués de Caxías fue reemplazado por el conde D'Eu, yerno del Emperador.

—De todas formas, batallar ahora es inevitable —filosofaba Salazar mientras revisaba sus pertrechos—. Y el conde parece más consciente de la realidad que el marqués.

Bautista no podía perdonarle aún el cortejo de Muriel, de modo que no respondió. En su corazón latía un feo presentimiento acerca de los próximos sucesos. Una y otra vez se había convencido de que la guerra terminaba, y en cada ocasión se había visto defraudado. Aquélla era una de tantas.

Llevado por su instinto, se quitó del cuello el rosario de huesos y fue en busca de Muriel, para dárselo. Revisó en vano la tienda y el soleado donde las mujeres lavaban la ropa e intercambiaban chucherías. Se encaminó a la choza de Dorotea, y la encontró atareada armando emplastos y vendas, en compañía del matasanos.

—No sé dónde está tu hembra —le dijo sin ambages, en un tono que Bautista desconocía.

Frustrado, volvió sobre sus pasos y se topó con un sargento de su batallón, que lo conminó a prepararse de inmediato.

—Partimos con la primera diana. Más vale que aliste las armas y deje los bultos en manos de las mujeres.

Bautista se colgó el rosario de nuevo y, con el pecho contraído, se encaminó a cumplir su deber. Se despediría de Muriel en la noche, si es que ella dormía en la tienda, se dijo con amargura.

Piribebuy era una aldea situada entre colinas. Hombres y mujeres hambrientos dormían en las galerías de las casas, en compañía de perros esqueléticos, en tanto que otros más afortunados eran distribuidos en las viviendas de los campesinos. Todos fueron obligados a cavar trincheras en torno al poblado. Oscuras siluetas se deslizaban, prestando oídos a los

rumores sobre el avance de los aliados.

El batallón de Bautista iba a la vanguardia, como otras veces. Él sabía que más atrás marchaba Muriel con Dalila y Tití, engrosando la legión de acompañantes, sin embargo, lo atormentaba no haber podido encontrarse con ella en la víspera. Los pertrechos que cargaban sus espaldas se le hacían más pesados ante esa desilusión.

El bombardeo de la artillería brasileña comenzó a las seis de la mañana y luego, la infantería avanzó a bayoneta calada a través de las colinas, en un ataque combinado con las fuerzas argentinas.

Bautista no podía creer lo que veían sus ojos, acostumbrados a tanta desgracia, pues volaban proyectiles que nada tenían de marcial: piedras, botellas, sartenes, huesos, junto con lanzas y sables que sembraban de sangre las losas de la plaza. Era un lamentable ejército de mil quinientos hombres que el mariscal había dejado para poner distancia con el enemigo. Aún en medio de la refriega, mientras se batía a brazo partido, Bautista supo que allí no se encontraba López, que de nuevo los había burlado, escurriéndose en un carruaje con la Lynch y la mejor parte de sus tropas. Asqueado, sintiéndose miserable, a punto estuvo de arrojar al suelo sus armas, cuando de repente escuchó tremolar un alarido bajo el sol neblinoso. Otros, a su alrededor, también se paralizaron. Cabalgando como látigo del demonio, envuelto en una polvareda seca y blanquecina, bajaba de las colinas un jinete que profería gritos desgarradores. Su caballo parecía desbocado, apenas tocaban sus cascos el suelo pedregoso. Aquel hombre llevaba una dirección precisa, pues enfilaba hacia el centro de la batalla. Fue inevitable que se abriese un hueco entre los soldados ya que, tanto paraguayos como aliados, se vieron hipnotizados por aquella visión.

—¿Quién es? ¿Qué pasa? —escuchó decir a Leandro Paz, a su izquierda.

Bautista no podía afirmarlo. Era víctima de un hechizo, como los demás. Severino rompió ese tiempo fuera del tiempo, al exclamar:

—Dios bendito, es una Tigra...

Las palabras reflejaban tanto sorpresa como admiración. Recién entonces todos vieron lo que estaba sucediendo: allí, sobre el arenal enrojecido y húmedo por la sangre, yacía un soldado argentino al que un paraguayo de

apenas quince años estaba a punto de ultimar de un lanzazo. Su brazo escuálido se detuvo en el aire al escuchar el alarido que se impuso sobre el fragor de la lucha y sus ojos, todavía impresionables, contemplaron atónitos la figura que se abalanzaba sobre él a todo galope.

Una mujer menuda, vestida con chaqueta militar y quepis, la trenza deshecha en el viento, el semblante contraído de furia y desesperación, se arrojó de su cabalgadura para echarse sobre el cuerpo inerte. En lugar de sollozar o golpearse el pecho con sus puños, gritando al cielo su dolor, la mujer cargó al yacente con increíble esfuerzo y trató de subirlo a la grupa de su caballo. Un soldado, no se supo de qué bando, pues en las condiciones en que estaban parecían todos iguales, se acercó a ayudarlo, y una vez que el herido quedó atravesado sobre la montura, la mujer trepó de un salto y puso distancia con el campo de batalla, dejando tras de sí la misma polvareda con que se había anunciado.

Después de ese instante casi irreal, la lucha cuerpo a cuerpo prosiguió con ferocidad, y mientras lanzaba mandobles, Bautista escuchó a Severino que decía, con voz cargada de emoción:

—La pucha, quién diría... Dorotea...

Muriel había visto a Dorotea salir más temprano ese día, a la zaga de la tropa. La vio separar un caballo y desaparecer cuando todavía no clareaba, algo que le llamó la atención, pues la mujer solía avanzar en compañía del médico, a bordo de la ambulancia tirada por caballos. La noche anterior a la partida, Muriel se había ocultado en los alrededores de la choza de su antigua amiga, aguardando un momento apropiado para hablarle y averiguar por qué se comportaba con ella de esa forma, como las que miraban a Muriel de reojo. Dorotea había sido su protectora, un bálsamo para sus cuitas y un refugio, y ella no se conformaba con esa relación distante. Le dijo a Dalila que cuidase de Tití, y se encaminó hacia los matorrales que cercaban la tienda. Estuvo a punto de quedarse dormida de cansancio, cuando un murmullo la despabiló. A través de las zarzas vio salir a un hombre de la choza. El resplandor de las fogatas recortaba su figura y le impedía conocer

su identidad, pero al escuchar su voz profunda lo comprendió todo. ¡Dorotea y el teniente Salazar mantenían un romance! Con razón la mujer se había mostrado ofendida con ella: creyó, al igual que Bautista, que Muriel flirteaba con el teniente y cuando, en su ingenuidad, ella acudió a contarle lo sucedido, en lugar de aclararle el panorama debió de haber azuzado sus celos, ya que su rechazo a los avances del teniente implicaba que él la estaba cortejando. Pobre Dorotea, callando su dolor, incapaz de echarle en cara su conducta... Muriel decidió hablar con ella al día siguiente y ofrecerle su ayuda en las curaciones de los heridos. Con ese propósito regresó a su tienda, donde se durmió, confiada en el porvenir. El destino, sin embargo, torcía las cosas a su antojo. Dorotea había desaparecido antes de que ella pudiera hablarle, y Muriel se sentía desdichada. Resuelta a impedir que continuasen los malentendidos, resolvió seguirla, después de recomendar mucho a Dalila que vigilase a Tití y tranquilizarla sobre su seguridad.

—Nadie me verá —le dijo—, porque todos están más adelante, donde se libra la batalla, y Dorotea se mantiene siempre en los alrededores, para dar a los heridos las primeras curaciones. Es hora de que ayude, Dalila. Nunca lo hice y me siento mal por ello.

—¡Justo ahora! —porfió la criadita—. Cuando más la necesitamos el *gurisito* y yo.

—Sólo me adelantaré un poco, más tarde nos reencontraremos. Ten —y le ofreció a Dalila el anillo de los siete ramales—. Cuida de él hasta que termine esta batalla, no vaya a perderse entre los yuyales.

Dalila se quedó mirándola con tristeza. Luego contempló la joyita en la palma de su mano. De nuevo su ama actuaba como en la casa de los patrones, cuando la endulzaba con regalos para que hiciese cuanto a ella se le antojaba. Bien se decía que el zorro perdía el pelo, no las mañas. Sonrió con picardía al pensar que estaba llamando «zorra» a su patrona. Se puso el anillo en su dedo y lo lució, coqueta, imaginando que se lo había dado su amante de la Legión.

Muriel no disponía de cabalgadura, de modo que caminó tras las huellas del ejército, confiando en toparse en algún momento con Dorotea. Después de todo, la mujer no podía ir más allá de lo permitido. Comenzó a encontrar señales claras de la marcha y renovó sus bríos. Aquel camino que llevaba al

nordeste estaba sembrado de naranjos, palmeras, y también... osamentas. Por doquier se veían restos que la joven no sabía si eran de animales o de humanos, y esta posibilidad la aterraba. Encontró cruces hechas sólo con ramas, cruces de pobre, rodeadas de piedras que formaban figuras para identificarlas luego; se topó con mujeres andrajosas que revolvían entre las cenizas en procura de algún alimento y que huyeron al verla; y se ocultó, a su vez, al ver grupos de hombres que no pudo diferenciar por sus uniformes, puesto que iban semidesnudos. Aunque todos parecían huir, ya que iban en sentido contrario, podían resultar peligrosos. Muriel se preguntó si Bautista los habría cruzado también.

La tierra, gredosa y roja, se le metía por los ojos y la nariz, y le impedía respirar bien.

La huella se perdía entre las serranías y Muriel comenzó a oír el retumbar de los cañones.

—Voy bien —se dijo, y trató de guiarse por la humareda.

Posó su pie descalzo sobre un promontorio de rocas, en procura de mejor vista, y un lanzazo de dolor atravesó su pierna. La quemante sensación se propagó con rapidez, y acalambro su músculo. Muriel cayó desplomada entre el polvo y las piedras, mientras veía con horror el cuerpo aceitoso de una gran serpiente que desaparecía bajo las zarzas. Había ocurrido a tal velocidad, que no atinaba a explicarse cómo, cuando ya estaba tendida en el piso, de cara al sol de la mañana, con la visión turbia y la cabeza pesada. Un vendaval de pensamientos desfiló por su mente: su infancia caprichosa en Villa Rica, exigiendo de su madre que le comprase los mejores vestidos, la edad en que descubrió su fatal atractivo entre los hombres, la primera visita del coronel a su casa, cuando sus padres quedaron impresionados por su galanura y su firmeza de hombre maduro; luego, imágenes de desconcierto y frustración: ella ataviada con su camisón de gasa y sus chinelas de raso, aguardando en vano al hombre que iba a convertirla en mujer; los desplantes de la suegra y la cuñada, el desprecio con que Melchora le dijo una vez «cuando se es tilinga, no hay vuelta que darle»... La catarata de recuerdos la agobiaba, hasta que entre ellos apareció el rostro sereno de Bautista, sus ojos dulces mirándola hondo, prometiendo una vida que ella no conocía y temía conocer.

—Bautista... —murmuró, afiebrada.

El sol giraba sobre su cabeza, estaba en todas partes, había muchos soles, todos ardientes, feroces, que martillaban en su mente y en su pecho hundido, le costaba tomar el aire. Quiso volver la cara y no pudo. El cuerpo no le respondía, parecía tener vida propia, independizarse de su voluntad. De pronto, ya no lo sintió. Era una masa derramada sobre la tierra roja, una gran cabeza que pensaba y no tenía cuerpo a quién mandar. El azul del cielo lastimaba sus ojos. Alcanzó a bajar los párpados y fue el último movimiento que logró antes de perder el conocimiento.

Los hombres regresaron acongojados. Había sido una victoria completa y, sin embargo, no tenían deseos de festejarla. Los brasileños habían lanzado cohetes y gritado vivas a su emperador y al jefe del ejército. Los argentinos arrastraban sus pies entre el polvo y las cenizas, muchas formadas por los restos de los hombres calcinados. El avance sobre Piribebuy confirmó lo que todos rumoreaban: López formaba un ejército de retaguardia con niños, ancianos, tullidos y hasta mujeres, las madres de los pequeños que enarbolaban lanzas que apenas podían sostener con sus bracitos enclenques. Sus oficiales y lo más granado de la tropa lo seguirían, sin duda, rodeando sus carretones repletos de víveres, rumbo a otro sitio donde emplazar su cuartel.

Bautista caminaba imbuido de extraños temores. La visión de Dorotea llorando a su hombre lo había afectado. Era un sufrimiento que podía tocarle a Muriel, o a él, llegado el caso. Apenas enfilaron hacia el nuevo campamento que se levantaba en Piribebuy, vieron la figura menuda de Dorotea inclinada sobre el cuerpo de su amado. Salazar tenía una fea herida en la frente que sangraba sobre el ojo derecho, y un brazo colgando, inerte, que el médico y ella misma ya habían logrado entablillar. Daba pena ver a semejante hombre tendido, sin fuerzas, expuesto a la conmiseración de los demás. Era de envidiar, sin embargo, la ternura con que aquella mujer enérgica lavaba sus heridas y murmuraba por lo bajo, sin duda algún latiguillo de consuelo, dándole ánimos. Bautista volvió el rostro,

conmocionado. El despliegue del nuevo campamento creaba una sensación de empuje en medio de la desesperanza. Avanzar. Era lo que él se había propuesto, y lo estaban haciendo. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta dónde?

—¿Qué es eso?

El comentario de Leandro Paz lo obligó a formar visera sobre sus ojos para mirar lo que le señalaba.

—Parece un cuerpo —siguió diciendo el joven de la Guardia Nacional.

Bautista sintió un sudor helado correr por su espalda. El cuerpo que se destacaba con nitidez en la huella estaba cubierto por una túnica de color claro. Muriel.

La enormidad de aquel pensamiento taladró sus sienes y le nubló el entendimiento. Ya corría Leandro Paz hacia ella, gritando:

—¡Es la señorita Muriel! ¡Ayuda!

Bautista se lanzó a toda carrera, sin ver a los otros que acudían al grito, sin darse cuenta de que empujaba a los curiosos, ni que dejaba caer sus armas en el camino. Llegó hasta ella, que parecía dormida al sol, y se derrumbó a su lado.

—Muriel, Muriel... ¿Qué pasa? ¿Qué haces acá?

La sacudió, con cuidado al principio, con fuerza después, al comprobar que ella no reaccionaba, y supuso que estaría insolada.

—¡Agua! —gritó con voz desgarrada por la angustia.

Alguien vertió líquido sobre los labios resacos de Muriel, que no dio muestras de sentirlo. Un redondel de sombras cayó sobre la joven cuando los soldados se apiñaron a su alrededor. Muriel se veía como una vestal, con su túnica recogida sobre un lado, la piel satinada, su cuello de cisne y la cabellera oscura en torno al rostro, mezclada con el polvo rojo.

—¿Duerme? —preguntó uno.

El silencio ominoso fue la respuesta. Nadie podía dormirse así, a pleno sol, estando en sus cabales. El calor de aquellas latitudes había matado a muchos soldados, antes de que lo hiciera la guerra. La única explicación posible parecía ser el cólera o la disentería, que hubiesen minado sus fuerzas, pero... ¿Qué hacía allí, lejos de su tienda y de toda compañía? Si estaba enferma, debería haber permanecido en el hospital de campaña, al cuidado de

los ayudantes de médico. Aquello no tenía sentido.

Fue Bautista el que supo la razón de la inconsciencia de Muriel cuando, en su afán por reanimarla, tocó la pierna hinchada. ¡Bien sabía él a qué se debía aquella tumefacción!

—¡No!

Su alarido de desesperación reverberó entre las sierras rojas, repiqueteando en ecos que semejaron los cañones paraguayos. El círculo de curiosos se abrió para darle paso, y él avanzó entre sus camaradas con la mujer amada en sus brazos, la cabeza colgando y los miembros espantosamente hinchados.

Dorotea había extendido el espartillo donde yacía Salazar bajo la sombra de un frondoso naranjo, y se encontraba arrodillada a su lado, embebiendo un trapo en agua fresca para bajar la fiebre que ya empezaba a perlar su frente. Lo hacía, ensimismada en su pensamiento y en los detalles del rostro del hombre que amaba. Cualquier señal, por ínfima que fuese, llamaba su atención y la inundaba de alivio o la sumía en el dolor. No existía el campamento, que a su alrededor formaba gran bullicio, ni las voces del médico dando órdenes a sus ayudantes, ni los gemidos de los heridos en la batalla, sólo el rostro apuesto de su teniente tenía sentido para ella. El pecho de Salazar subía y bajaba con movimientos cortos y tenues, tanto, que a veces Dorotea inclinaba la cabeza para percibirlos. Estaba grave. Ella lo había seguido esa madrugada sin que él lo supiese, porque la noche anterior se habían amado con tanta pasión, que no podía mantenerse separada de él. Tenía que verlo, aunque fuese desde lejos. Por supuesto que no comentó a nadie su propósito. El primero en impedirselo habría sido el médico, que la necesitaba a su lado. Además, un oscuro temor la impelía a seguir los pasos del teniente. Ella no era tonta, percibió en el encuentro íntimo que Salazar tenía la mente puesta en otra mujer. Muriel. La joven lo había flechado con su belleza y su encanto, al que ninguno de los hombres era inmune, si bien Salazar había sido el único que se atrevió a disputarle la paraguayita a Bautista Garmendia. Dorotea no sabía hasta qué punto habían llegado las cosas aunque, si Muriel fue sincera cuando la visitó en su choza, el teniente no quería tener líos con Bautista. Ella podía perdonarlo, después de todo era

sólo la mujer que lo abrigaba en las noches y lo amaba con locura, ni su esposa ni su prometida, nadie que lo obligara a cumplirle. Sin embargo... cuando él la tocaba, le parecía sentir que esa caricia llegaba hasta las fibras más profundas de su ser, intuía que para él era importante acudir a ella cada noche, lo veía amanecer feliz y animoso, partir a la lucha con el brío de un hombre satisfecho que se sabe amado. ¿No era suficiente, acaso? Dorotea enjugó una lágrima que estuvo a punto de caer sobre la frente sudorosa del teniente.

—Dorotea.

Su nombre atravesó varias capas de dolor hasta que llegó a ella.

—Dorotea, te necesitamos. Ocurrió algo.

—Que vayan los ayudantes, el teniente está grave.

—Es que nadie sabe nada sobre esto.

—¿Qué puede ser tan raro? ¿Una mano aplastada? ¿Un brazo desprendido? ¿Un ojo colgando? Todo eso ya lo vimos —rabió la mujer, volviéndose hacia el que la llamaba.

Se topó con Severino, que la miraba con tristeza. El hombre llevaba el quepis roto entre los dedos, dejando al aire su cabellera hirsuta que el viento caliente despeinaba. Si hubiese sido cualquier otro, Dorotea lo habría despedido con cajas destempladas, pero Severino era un hombre al que ella respetaba, y sabía que no hablaría por hablar. Algo importante ocurría, y la necesitaban.

—¿Qué?

—Es la mujer de Garmendia, está muy mal.

¿Muriel? ¡Si ella la había visto el día anterior lo más fresca, llevando al pequeño monito ajustado a su cadera, como lo hacía la mulatita!

—¿Qué tiene? ¿Pescó la fiebre?

—Tal parece —comenzó Severino angustiado—, que la picó una víbora. Una bien brava.

Dorotea se quedó tiesa. Aquello significaba la muerte. En un sitio desolado, sin antídotos ni tratamientos, la picadura era mortal. Se suponía que las víboras se mantenían a raya cuando se alzaban los campamentos, ya que, como todo animal salvaje, huían de los humanos, no obstante, podía ser que

siguiendo a Tití la muchacha se hubiese aventurado más allá... Se irguió en su escasa altura y echó una mirada a su teniente.

—Yo lo cuido —prometió Severino, pues sabía lo que preocupaba a Dorotea— y te llamo si veo cambios.

No quiso decir «si agoniza». Salazar estaba muy grave, y a él también lo afectaba la pérdida del camarada amigo. Maldita guerra.

—Está bien, te lo encargo.

Dorotea le entregó el trapo para que continuase la tarea de bajarle la fiebre, y se encaminó hacia donde se levantaban las primeras tiendas que habían trabajado los soldados en Piribebuy.

Muriel yacía en el interior de una choza que Bautista conservaba fresca merced a una cortina de cuero que había cruzado en la puerta. El problema del cuero era que se recalentaba al sol, y provocaba un calor de horno en el interior, por eso Bautista lo mantenía húmedo, regándolo con abundante agua. Había levantado un catre con tablones colocados sobre dos pilas de troncos para que la joven respirase mejor aire, lejos del suelo. Y él la apantallaba con hojas de palmera anudadas. Dalila iba y venía, con agua que dejaba correr sobre la boca de su ama, instándola a beber aunque, a juzgar por la pechera empapada de la túnica, no lo había logrado aún.

La mirada que Bautista le dedicó le taladró el alma. Podía comprender bien esa desesperación, era la misma que sentía ella. Se agachó junto a Muriel y palpó sus miembros.

—Está muy caliente —observó.

Bautista no hablaba, sólo la miraba con tal intensidad, que Dorotea pensó que debía de ver en ella una presencia celestial, una respuesta a sus ruegos más ardientes. Temía no poder responder a esa plegaria.

—Vamos a presionar la picadura todo lo que se pueda. Tendrás que ayudarme.

Él obedecía ciegamente. Masajearon las piernas de Muriel en dirección opuesta al corazón, con una presión fuerte y precisa, y cuando vieron que los orificios que habían dejado los colmillos de la víbora supuraban, ambos succionaron ese líquido viscoso por turnos, escupiéndolo luego sobre el piso de tierra. No era suficiente y lo sabían, pero luchaban con denodado esfuerzo

para salvar a la condenada. Dorotea se secó el sudor de la frente con el brazo y suspiró.

—Hay que encontrar un remedio, ha pasado tiempo y eso es malo.

Bien lo sabía Bautista, que había visto morir a su padre por la misma razón. Las imágenes del querido rostro distorsionado por el veneno acudieron a su mente y lo hicieron tambalearse de dolor. ¡No podía ocurrirle lo mismo a Muriel! Justo ahora, cuando les habían prometido el regreso...

—Esperame acá, que voy a buscar, a ver si encuentro algo que sirva. Muchacha —agregó, dirigiéndose a Dalila—, ¿podrás hacer lo que yo hago?

Dalila acudió solícita, con los ojos brillantes de pena, y se ubicó junto a su ama, dispuesta a chuparle el veneno de la herida todo lo que hiciera falta.

Pasó el rato hasta que la mujer regresó, sucia de tierra, exhausta y acalorada, con la falda ahuecada para contener la mayor cantidad posible de hierbas. Se veían sus piernas flacas, surcadas de rasguños; de seguro se habría internado en la selva, en busca del remedio. Ella misma podría haber resultado picada, o atacada por algún felino. Bautista puso su mano sobre el hombro de Dorotea y presionó con suavidad.

—Gracias —murmuró.

La mujer se encogió como si no importase, y se inclinó sobre la enferma para ver su estado.

—No está mejor, pero tampoco peor —diagnosticó, a modo de consuelo.

Lavó las hierbas en una palangana varias veces, y luego encendió un fuego pequeño.

—Vamos a preparar una cataplasma —le anunció a Dalila, y la muchachita se mantuvo a su lado, dispuesta a lo que fuera.

Criada en aquella tierra, Dorotea conocía palmo a palmo lo que ella brindaba, lo bueno y lo malo, y sacó provecho de ese conocimiento para buscar las hojas de *mboí ka'a*, un pasto curativo. Sabía que la tierra proporcionaba los remedios para los males que ella misma provocaba, era la ley de la naturaleza, así que había rogado porque hubiese quedado algo de *mboí ka'a* en la región. Si estaba la víbora, estaría el antídoto.

Decidió obrar con osadía: preparó un emplasto que colocó sobre la herida, al tiempo que filtró un brebaje que introdujo a la fuerza entre los

labios de Muriel. Sólo quedaba aguardar y ver si había algún cambio. Mientras lo hacía, contempló el rostro de la mujer que le robaba la atención de su teniente. Era bella, sí, y muy joven. Salazar era un hombre hecho y derecho, tenía sus años y, aunque fuese fornido como un toro, no podría encontrar lo que necesitaba en esa *kuña tai*. Precisaba una hembra completa, que hubiese vivido lo suficiente como para no ofenderse con detalles. Muriel Núñez no perdonaría una infidelidad de Bautista, estaba segura. Esos dos eran tal para cual: celosos, posesivos, ingenuos a su modo, tenían mucho que aprender de la vida. Bautista ya habría acuñado experiencia en la guerra, aún le faltaba adquirirla en el amor. Era un hombre idealista, soñador y crédulo. Dorotea sospechaba que sufriría mucho a causa de la coqueta Muriel. Si él supiese que tenía un marido en el ejército de López, de seguro se enfurecería y la dejaría ir, desilusionado.

Que resolvieran ellos su dilema, se dijo fastidiada, bastante tenía con su propia vida.

Muriel soltó un quejido que atrajo a todos a su catre.

—¿Despertó?

—Veremos.

Pasaron largas horas durante las cuales Dorotea, ayudada por Dalila, cambió los emplastos y continuó los masajes. Bautista refrescaba la piel seca y tirante de Muriel, mientras tanto, y trataba de infundirle vida con sus manos, tocándola en lugares que sabía sensibles, como el hueco tras las orejas, la comisura de sus labios, un punto sobre la clavícula... Dorotea fingía no ver esos mimos y seguía firme en su labor de enfermera. Cuando la noche ya envolvía la choza, Severino descorrió el toldo y se quedó parado en la puerta. Dorotea sintió que su corazón se detenía.

—¿Y?

—El teniente quiere verte —le dijo, escueto.

Apenas tuvo tiempo de dejar el emplasto en manos de Dalila, se subió el borde de la falda y echó a correr con toda la energía que pudo robarle a su cuerpo agotado.

—¿Cómo sigue? —preguntó Severino, adentrándose en la choza.

—No está mejor, pero tampoco peor —sentenció Dalila, remedando a

Dorotea.

Bautista se acercó a su amigo.

—¿Y el teniente?

Era la primera vez que lo nombraba desde su ataque de celos, pero las circunstancias habían cambiado de modo drástico.

—Ahí está. Luchando.

—¿Se salvará?

—Si no lo saca adelante esa Tigra, nadie lo hará.

—Igual que con Muriel. Sólo confío en Dorotea para salvarla.

Severino se sentó sobre un tocón donde antes había estado la mujer, y acompañó a Bautista mientras velaba el sueño envenenado de su amada.

El teniente seguía en la misma postura en que ella lo había dejado: boca arriba, con el rostro vuelto a un costado. Dorotea pudo ver que tenía los ojos abiertos. Se dejó caer a su lado y tomó su cabeza entre las manos. Salazar movió los labios sin que saliera una palabra de ellos. La mujer vertió agua sobre su boca y refrescó sus sienes con el maltrecho trapo. De un vistazo, comprobó que el médico había pasado por allí, que había usado sales y un polvo cicatrizante en la herida de su amado.

—Doro...

—¿Sí? Shhh... no te esfuerces.

Él hizo una seña para que se acercase, y Dorotea pegó su oreja a los labios resecos.

—Gracias —musitó el hombre.

—¿Por qué? Si hago lo que sé hacer. Estas manos —y levantó sus manos sarmentosas frente a su cara— han curado a tantos, ¿cómo no iban a curarte a vos?

El teniente movió la cabeza con impaciencia.

—Gracias —insistió— por quererme así, chúcaro como soy.

Dorotea se quedó petrificada, sin advertir que las lágrimas corrían en regueros por sus mejillas sucias. Nunca aquel hombre le había hablado de cariño, ni siquiera para referirse al que ella le brindaba, era la primera vez.

Los bellos ojos negros la miraban, penetrantes pese a la fiebre y al padecimiento, y le decían cosas que su voz todavía no podía pronunciar. Esa certeza la colmó de vigor y le devolvió la fuerza que había estado a punto de perder. Como una guerrera, alzó el rostro humedecido y su voz, aún ronca a causa del alarido estremecedor que había lanzado, exclamó:

—Te curarás, teniente Salazar, como que me llamo Dorotea Barrios. ¡De ésta te saco bueno, quieras o no!

El hombre esbozó una pequeña sonrisa y se durmió, aliviado por la seguridad con que aquella mujercita le vaticinaba su futuro.

Las estrellas asomaron, tímidas, rehusando descubrir el horror de los cuerpos mutilados, y una luna audaz bañó los senderos rojos que se hundían en la selva.

Hacia allá iba López con sus carruajes bamboleantes, su amante extranjera, sus hijos y sus hombres más leales. Sus enemigos pisaban la huella que dejaba, y todo un pueblo deambulaba sin rumbo.

Ya no importaba. La guerra había concluido para los argentinos. El regreso a casa estaba asegurado, había dicho el teniente general Luis María Campos.

Bautista contempló la inmensa luna amarilla que pendía de la noche paraguaya, y sintió el llamado de su tierra como si estuviese pisando el río, *su río*, como si nunca hubiese partido de aquel recodo en el que había conocido la dicha. Esa vida ya no era posible después del horror padecido, y sin embargo, algo nuevo podía construirse. En el reencuentro con su familia, si Muriel sanaba, él podía intentar otra felicidad, nacida del sufrimiento y del regocijo de estar vivo.

Volvió junto a la enferma y depositó un beso en su frente, que ya se notaba tibia.

—Te pondrás buena —le susurró—. Se lo pedí a la Virgen, y ella siempre me escucha.

Apoyó la cabeza sobre el pecho de Muriel y se quedó dormido, acompasando su respiración a la de la joven.

Afuera, el trino quejumbroso del urutaú resonó en las profundidades de la selva.

Capítulo 28

El regreso

*Al Excmo. Ministro de Guerra y Marina,
Coronel Martín de Gainza:*

Llevo conmigo a toda la Guardia Nacional, menos los batallones de Entre Ríos y el Correntino, pues cambié mis planes de hacer desembarcar a las tropas al saber que V. E. prepara allá un gran recibimiento.

Vamos, eso sí, algo apretados, por lo que solicito a V. E. prepare algunas lanchas de repuesto para el desembarque.

Hay muy buen ánimo en la tropa y la oficialidad, sobre todo por la promesa de pagarles los haberes atrasados.

A su disposición,

*Emilio Mitre,
General en Jefe del Ejército Argentino.
(Diciembre de 1869).*

La suerte estaba echada, no habría vuelta atrás. Muriel se hallaba a bordo del vapor que los llevaría río abajo, rumbo al sitio que Bautista le había descripto como un verdadero paraíso. A su lado, Dalila la miraba con fijeza, formulando miles de preguntas que Muriel no sabía responder. Ella era paraguaya, casada con un coronel del ejército de López, y Bautista quería convertirla en su esposa y vivir con ella en la ribera correntina. Un imposible que iba a suceder, sin que Muriel pudiera resolver el dilema. Estaba huyendo de su patético matrimonio y de su incierto futuro en la Asunción.

Los cuidados de Dorotea durante la convalecencia dieron sus frutos, y la

cercanía de su amiga permitió a Muriel hacer las paces con ella, y si bien Dorotea se mostraba hermética con respecto a sus amores, ya no mantenía las distancias, por eso ambas lo sintieron tanto cuando se despidieron en la orilla del río Paraguay.

—Cuidame a esta muchacha, o se meterá en líos —dijo Dorotea a Dalila, que asentía muy seria, triste por tener que separarse de su amante de la Legión.

El soldado paraguayo contemplaba la partida desde lo alto de un barranco, con el quepis estrujado entre los dedos. Se habían hecho mil promesas, pero todos sabían que, en tanto no acabase la guerra y se restableciese la institucionalidad en el Paraguay, las tropas que quedaban no volverían, y nadie podía asegurar cuándo sería eso.

—Y vos —agregó Dorotea tomando las manos de Muriel—, cuidá de esta *kambacita* que te quiere bien y de su *mitâ*, que Dios lo bendiga, sin culpa de nada.

—Dorotea, ¿por qué no vienes con nosotras? —Muriel quería agregar «si tarde o temprano, el teniente Salazar volverá a su tierra», y no se atrevió a poner en palabras lo que había constituido motivo de enfrentamiento entre ambas.

—Aquí me necesitan todavía. El doctor se quedará mientras haya soldados que atender, y ahora ya casi me *dotoré* yo también —y la mujer se echó a reír, una risa inusitada en su rostro endurecido por el sufrimiento—. Ya veremos lo que Dios y la Virgen disponen, m'hija. Usté se va donde la lleve el corazón, ¿vio lo que le decía? —y bajando la voz—: Pero mejor cuéntele a ese hombre lo que usté y yo sabemos.

A punto de sollozar, Muriel abrazó a Dorotea hasta hacerla tambalear.

—Vamos, pues —se escuchó decir a Severino, que seguiría con ellos para tomar el rumbo de su pueblo al desembarcar.

A bordo del vapor reinaba el entusiasmo y algo de melancolía. Después de casi cinco años de atravesar juntos las contingencias de una guerra que había hecho jirones al país, los soldados sentían la nostalgia de separarse de sus compañeros de infortunio, quién sabía si para siempre. Algunos se encontrarían en las filas de nuevo, los que estaban decididos a seguir en el

ejército; otros, iban dispuestos a terminar sus carreras, o los esperaban los negocios familiares. Severino engrosaba la categoría de veterano, que era la más difícil. Conchabarse de nuevo, cuando no se tenía tierra propia, o conseguir un trabajo diferente a sus años, era un desafío. Lo sabía y, con esa fatalidad que lo había ayudado a sobrevivir en esa y otras luchas anteriores, esperaba lo que el destino le reservase.

El *Pavón*, que había trasladado al Presidente Mitre a Buenos Aires en enero de 1868, comenzó a despegarse rumbo a las corrientes que lo llevarían hacia el país de abajo, en medio de la tumultuosa despedida de los que, desde la costa, hacían señas y lanzaban voces que se perdían en el viento. Atrás quedó Dorotea, con su típico delantal y la chaqueta militar, saludando con la mano hasta que fue apenas un punto entre los demás, ya irreconocible. Muriel enjugó sus lágrimas y Dalila le rodeó la cintura con un brazo, mientras que con el otro sujetaba a Tití para evitar que resbalase en la cubierta y cayese al agua. Como la tropa iba en formación, las mujeres viajaban solas, y Muriel sintió la falta del hombro de Bautista para apoyarse y no desfallecer.

Eran varios los barcos que surcaban el río en ese día soleado y caluroso. La mayoría transportaba a la tropa que desembarcaría en Buenos Aires; otros eran barcos de menor calado que abrían paso a los buques, señalando los canales de navegación seguros.

A cierta distancia, sobre las aguas brillantes, Muriel y Dalila vieron que desde la cubierta de una goleta hacían señas desesperadas.

—¿Quién será? —se interesó Dalila.

Ante la falta de catalejo, Muriel se las ingenió para comunicarse con un pequeño espejo de bolso que había comprado en el comercio del campamento. La artimaña dio resultado, pues el de las señas se mostró entusiasta. Al acercarse en un canal la goleta, llamada *Argos*, vieron que el alborotador era Leandro Paz. El joven ahuecó las manos y saludó a las damas con un estentóreo «¡feliz viaje!» que las hizo reír y olvidar la pesadumbre del momento. Se acomodaron en un sector de la popa poco transitado, sobre unos cajones de vino, y cubrieron sus piernas con una de las mantas que usaban en la tienda. En ella sentaron a Tití, que se aferraba a la baranda con ansiedad y señalaba con su dedito cada detalle asombroso de ese viaje inesperado.

—Pobrecito —comentó Muriel—. ¿Hablará algún día?

—Cuando se olvide de lo que vio, amita. Fíjese, lancearle a la madre delante de sus ojos... ¡Espero que ese bruto esté colgando de una estaca al sol, y que los buitres le coman los sesos!

—¡Dalila, por Dios, que el niño va a escucharte! Es mudo, no sordo.

La mulata calló, y se dedicaron a contemplar la belleza de ese río inmenso, rodeado de selvas y surcado por corrientes encontradas. Muriel nunca había visto otro mundo que el de su pueblo natal y la Asunción, hasta que la guerra la llevó de campamento en campamento por su propio país. Ahora conocería una tierra distinta, y no podía evitar sentir gran expectativa.

Al principio, la exuberancia de las orillas ofrecía a la vista un paraíso salvaje: matorrales espesos de los que emergían copetes de palmeras, bandadas de guacamayos chillones y algún ciervo tímido que se acercaba a beber y huía con rapidez al paso del barco, provocando las expresiones más cómicas en Tití. Dalila se mostró extasiada ante las flores violetas que coronaban las copas de un grupo de árboles y alternaban con los racimos dorados de las acacias. Algunos rozaban las aguas hasta desprenderse, y entonces acompañaban el curso del barco como islas brillantes, repletas de mariposas. Por momentos, la costa se tornaba escarpada y roja, y aún ese terraplén tenía su belleza, al contrastar con el azul purísimo del cielo, surcado por nubes deshilachadas. Parecía imposible que esas orillas llenas de vida encerrasen un país devastado en su interior, y que los senderos de greda que serpenteaban entre el follaje condujesen a los osarios donde los muertos se convertían en polvo. La imagen de la destrucción se hizo palpable cuando el vapor pasó frente a las baterías que López había construido sobre el río. La vista de aquellas fortalezas que tanto les costó derrotar produjo una impresión tal en los soldados de a bordo, que algunos se quitaron el quepis en honor a los que habían dejado su vida entre las piedras.

Humaitá era un castillo en ruinas. Del promontorio donde se alzaba surgían troncos de palmeras descabezadas, y en la torre de la iglesia se veían los huecos causados por las bombas. Grupos de ladrillos amontonados dejaban ver el esqueleto de las construcciones. Allí se había resistido hasta límites inhumanos. Un silencio emotivo campeó en la cubierta mientras el

Pavón dejaba atrás los restos de la mítica fortaleza. De seguro los que habían participado en la toma recordarían los sucesos, así como las esperanzas concebidas cada vez que se lograba una posición, para después descubrir que siempre había que ir más allá.

—¿Cómo estás?

La voz profunda de Bautista sacó a Muriel de su hechizo. Él se le había acercado con sigilo, como si anduviese descalzo. Dalila recogió a Tití, que estaba dormido, y se alejó con prudencia. Bautista ocupó su lugar sobre el cajón.

—Ya podemos circular, el jefe nos dejó en libertad. ¿Te sientes bien?

Se preocupaba por la debilidad de ella después del envenenamiento.

—Dorotea dijo que no necesitaré ningún remedio.

Él asintió, satisfecho.

—Le debemos mucho.

—Era mi amiga, la extraño.

—En el recodo conocerás a Rosa y te harás amiga de ella, estoy seguro.

Muriel no estaba tan segura. ¿Qué pensaría la hermana de Bautista de una aventurera?

—¿Le parecerá mal que llevemos a Dalila y al niño?

—Ustedes son ahora mi familia, Muriel, y Rosa lo aceptará. Además, Violeta estará encantada de jugar con Tití, será su hermanito menor. En cuanto a nosotros...

Muriel lo miró y un destello de sol iluminó sus ojos castaños.

—Eres hermosa —musitó Bautista, admirado.

—Debo de parecer un esperpento.

—Eso dicen todas las mujeres cuando esperan elogios.

—Pues ahora es cierto, mírame.

Antes de emprender la vuelta, les habían conseguido ropas decentes, para reemplazar las rústicas túnicas de caraguatá. Muriel llevaba un vestido de lino color maíz, con el típico volado en el escote, y una faja colorida en la cintura, en tanto que a Dalila le había tocado una blusa de brin azul con una falda estampada en florones rojos que se veía a la distancia como una antorcha.

—Yo te veo hermosa —insistió Bautista— y cuando arribemos a

Corrientes, te compraré algunos vestidos para que te luzcas. Tengo mi paga completa.

Muriel sintió colorearse sus mejillas. Su situación era la de una mantenida, y faltaba lo peor: la confesión. Eludió la intensa mirada de Bautista y volvió el rostro hacia el agua. Por donde mirara, aparecían vestigios de poblados en total abandono, lugares que habían sido bulliciosos o apacibles, donde la gente había vivido existencias sencillas, tejiendo hamacas de fibra, cosechando yerba o intercambiando frutos. Eran cáscaras vacías, habitadas sólo por las aves y las víboras. Se preguntó si alguna vez el Paraguay volvería a ser lo que era, y también si sus padres formarían parte de ese otro ejército, el anónimo que circulaba por todo el país sin saber adónde ir.

Bautista interpretó su expresión.

—¿Dejaste a tu familia allá?

—Sólo... a mis padres, pero hacía tiempo que no los veía. Deben de haberse refugiado en el campo.

Bautista no respondió. Casi no había rincón donde refugiarse, como no fuese el Chaco salvaje. Quizás allí hubiesen huido los padres de Muriel. No sería raro, él había visto grupos de desertores nadando hacia esa orilla. Prefirió cambiar de tema.

—Apenas lleguemos, hablaré con el Padre de la capilla del Diablo para que nos case. Se alegrará, es un hombre bueno.

—Qué extraño nombre para una Iglesia.

—Hay una leyenda. Los pobladores veían luces que revoloteaban y supusieron que habría un demonio enterrado allí desde el tiempo de la colonia, y jamás pisaban ese suelo. Dicen también que no podían mantener los cirios encendidos, de ahí que la gente comenzara a murmurar que era cosa del diablo, y le quedó el nombre, nomás.

Muriel compuso un gesto de horror.

—¿Y en ese lugar espantoso quieres que nos casemos?

Bautista rió con malicia.

—A lo mejor, nuestro casorio permite que las velas se enciendan de una buena vez.

—¿Celebran la santa misa allí?

—El Padre va y viene, tiene otra capilla que atender, pero cuando está, hay misa, sí. A Rosa le gusta asistir de vez en cuando.

Muriel permaneció pensativa, y su silencio preocupó a Bautista.

—Muriel, no esperes que el recodo sea un lugar concurrido, como la ciudad de Asunción. El pueblo más cercano es Goya, y tampoco hay mucho para ver, pero te prometo que viajaremos a Corrientes cuando podamos. Sé que estás acostumbrada a ciertos lujos.

—Ya no quedan lujos —comentó con acritud ella—. La guerra se lo llevó todo.

—Aún así, podemos darnos algunos gustos. No quiero que te falte nada de lo que necesites.

Mientras lo decía, Bautista se preguntaba de qué modo podría satisfacer los caprichos de una mujer como ella, pues aunque hubiese vestido túnicas de fibra y caminado descalza, la sangre que corría por sus venas era de categoría, él lo notaba. Ese pensamiento le amargó el momento apacible que compartían.

—¿Y cuánto falta para ver la ribera de Corrientes?

—Cuando lleguemos a la confluencia, te darás cuenta por el color de las aguas. Vendré a verte para que estemos juntos cuando toquemos tierra correntina.

Depositó un beso suave en la mejilla de Muriel y se marchó para reunirse con la tropa. Ella permaneció mirando el río, compungida. Su corazón se enternecía ante los cuidados de Bautista, él era como un bálsamo para sus heridas, y a la vez, el temor de no poder adaptarse a la nueva vida y de sufrir el castigo por no ser sincera, la agobiaban. Se imaginaba que entraba a la capilla del Diablo para casarse, y que los cirios se encendían con tales llamas, que lo consumían todo, y entre las lenguas de fuego el sacerdote la maldecía, gritándole: «Hija del demonio, mereces estar sepultada en este suelo maldito».

Un escalofrío la sacudió y desechó ese pensamiento horrible. Rezó un Ave María y se prometió contarle todo a Bautista, incluso la verdadera esencia de su esposo, apenas pusiesen un pie en la ribera.

Violeta dormía, envuelta en su colcha de plumas de garza. Nenúfares y jazmines desprendían el perfume que entraba por la ventana del cuarto. La niña había retomado su rutina en El Aguapé con alegría, aunque la actitud de su madre la mortificaba. Rosa había vuelto a ser la mujer triste que ella conoció siempre, la luz de sus ojos se había borrado después de lo sucedido en aquel bosque, y Violeta no sabía cómo devolverle la sonrisa a su mamá. La pequeña entendía que el vasco había liquidado al hombre malvado porque intentaba hacerles daño, y ella estaba muy de acuerdo, por eso no comprendía el talante esquivo de Rosa, que ya no le dirigía la palabra. Para compensarlo por esa falta, Violeta llevaba a Iriarte pequeños tesoros que ella y Manu encontraban en los pajonales, o bien lo consultaba sobre los secretos del Iberá, para demostrarle que él seguía siendo importante en sus vidas.

«*Cu cucú... Cu cucú...*», se escuchaba al *alicuco* en la oscuridad, y un pájaro *curiango* le respondía con su trino apagado y monótono. Violeta abrió los ojos y escudriñó las tinieblas de su cuarto. Había una luz azulada que ella nunca había visto. Se incorporó y atisbó a través de las cortinas que la brisa desenvolvía. La noche profunda de los esteros albergaba miles de sonidos formando un coro aturdidor. Un olor almizclado se difundió bajo la ventana de Violeta. ¡Un zorrino! O tal vez un *aguara pope*...

Saltó de su cama y se asomó, mirando hacia los canteros que bordeaban la galería. Estaban inundados por la luna, que dibujaba fantasmales sombras entre las flores. Allí, sin embargo, donde empezaba la fronda de los lapachos... ¡Una figura! Azul, como la luz que entró a su cuarto. Violeta no podía lanzarse desde allí, aunque sí trepar a las ramas del jacarandá que, golpeteaban contra los vidrios en las noches de tormenta. Con agilidad subió al alféizar y, arremangándose el largo camisón, alcanzó la rama con una pierna. Su osadía hizo el resto, y comenzó a encaramarse en el árbol para acercarse a la visión.

Un niño. Vestido con harapos y de cara triste. Tan triste que no podía llorar, porque... ¡No tenía ojos! Sus cuencas eran dos agujeros inmensos. Todo el niño estaba envuelto en esa luz extraña, como si no perteneciese al

mundo, como si estuviese hecho de luz de luna. Violeta lo miró con intensidad, procurando desentrañar el misterio, cuando escuchó al *alicuco* que, en lugar de chistar, decía con claridad:

—*Acosta Ñu, Acosta Ñu...*

¿Qué era aquello? Un frío de muerte le recorrió el espinazo y se encontró tendida en el suelo cálido de su habitación. ¡Había tenido una pesadilla y se había caído! No del jacarandá, sino de su propia cama, qué tonta... Violeta se enderezó y, a pesar de la evidencia, sintió que aquel sueño era muy real, que ese niño existía en alguna parte y que le quería contar algo. Sobándose el golpe, decidió que al día siguiente se lo preguntaría al vasco. Él siempre conocía historias de aparecidos.

La llegada al puerto de Corrientes fue apoteótica. Las autoridades habían organizado una recepción con toda la pompa: fuegos de artificio, montañas de flores que las mujeres lanzaban a los que desembarcaban, y un tinglado en el que se preparaban discursos de bienvenida. La pequeña ciudad se vestía de gala para recibir a sus hijos dilectos. Los mutilados de la guerra, los que habían debido ser llevados al hospital de Corrientes durante la contienda, ocupaban los sitios de preferencia, y fueron los primeros en abrazar a sus compañeros de armas. La emoción embargaba los corazones, y Severino sintió que pertenecía a esa tierra como nunca antes lo había sentido.

Bautista, que ostentaba sus cintas de medallas futuras, al igual que la mayoría, no podía articular palabra, tanta era su alegría al pisar el suelo de su provincia.

El Batallón Correntino en pleno inundó el puerto con su presencia, entre bulliciosa y conmovida, y se sucedieron escenas de reencuentros y llantos, pues también recordaron a los parientes y amigos que no volvieron del Paraguay.

Esa tarde habría una fiesta en el club y se repartirían galardones conmemorativos.

—La pucha, no pensé encontrarme con tanta bulla.

—¿Es que no tiene familia aquí?

Bautista jamás había preguntado a Severino si tenía esposa, y ése era el momento de saberlo.

—*Chamigo*, mujer es lo que vengo a buscar ahora. Tuve una hace tiempo, pero eso —hizo un gesto— ya pasó. Cosas que es mejor no recordar. Espero que mi tierra me brinde la esperanza de otro ranchito en tiempo de paz.

Bautista sintió el impulso de ofrecerle albergue en su propia casa en el recodo hasta que se estableciera, cuando Severino se irguió de repente, como si viese algo insólito. Y de verdad lo era: en medio de la multitud colorida y los *sapukay* que muchos soltaban para dar rienda suelta a su alegría, se encontraba una figura pequeña, muy quieta, que miraba con fijeza hacia el muelle. Resultaba imposible no distinguirla, pues era la única persona que no reía ni danzaba: una muchacha de largo cabello trenzado que enmarcaba su rostro un poco infantil, de grandes ojos. Esos ojos renegridos se detuvieron en Severino y entonces, el rostro redondo se cubrió de hoyuelos. La muchacha no avanzó, ni se movió siquiera, todo su cuerpo decía lo que anhelaba y el hombre lo comprendió. Se giró hacia Bautista.

—Bueno, *chamigo*, hasta acá llegamos. Venga un abrazo, que no se nos olvide lo vivido.

Se fundieron en un apretón sentido que arrancó lágrimas a ambos. Cuando se separaron, Bautista ofreció su invitación.

—Cómo no, cuando me asiente, le haré la visita. Eso sí, no me espere solo, iré acompañado —y le guiñó un ojo con picardía.

Bautista se quedó viendo las espaldas de aquel amigo que el destino había puesto en su espinoso camino. La multitud se lo tragó antes de que pudiese apreciar el momento del encuentro entre el gaucho avezado, curtido en batallas y entreveros, y la correntinita de jóvenes años, llena de sueños de amor y de ilusiones de hijos.

Hijos. Él también soñaba con eso. Se volvió hacia donde Muriel aguardaba, junto a Dalila y Tití, para emprender el retorno a la casita del recodo, en la que todos iniciarían una nueva vida. Decidió alquilar los servicios de un carretero para el resto del viaje, pues no quería someter a más incomodidades a las dos mujeres con el mitacito.

Y porque quería pasar por la laguna del Diamante, y el recorrido se haría

largo.

La tierra correntina mostraba a las recién llegadas su cielo de verano y las casas coloniales del Taragüy. Comparada con la Asunción, la ciudad era modesta: sobre sus calles arenosas se derramaban los aleros de las casas bajas, muchas de adobe con techo quinchado. La plaza central ostentaba la cúpula de la Iglesia Matriz con su campana de bronce y su blancura, que el sol hacía restallar. Iban y venían las mujeres, con sus trenzas y sus faldas fruncidas, llevando a los críos prendidos a ellas, o bien cargando canastos rebosantes de verdura de las quintas. Muriel observó que el calor no era tan sofocante como en la Asunción, e imaginó que en el interior de las casas estarían tomando mate y conversando, en lugar de tenderse en hamacas para pasar la larga siesta. A pesar de la advertencia de Bautista, le gustó esa ciudad pueblerina con rejas de hierro en las ventanas y rodeada de cercos de tunas silvestres florecidas. Al bordear la costa, vieron una playita de arenas claras y muy finas, que moría sobre el caudaloso Paraná. Una hilera de lapachos coronaba de rosado el límite entre el río y el cielo. Tití miraba con detenimiento las bandadas de cormoranes y las cigüeñas, y señaló con su dedito gordezuelo a una que hundía el pico en las aguas amarillas y luego desplegaba sus alas, llevando un pececito atravesado.

—*Tujuju...* —soltó.

Muriel y Dalila lanzaron un gritito, espantadas.

—¡Hablaste, Tití! ¡Hablaste, *che mitái!* —decía emocionada Dalila, mientras Muriel sentaba al niño en su regazo.

—¡Bautista, recuperó su voz! —exclamó, riendo.

El carretero miraba extrañado la conducta de las mujeres. A él le parecía normal que un chiquillo de esa edad hablase, tanto aspaviento por nada...

El viaje prosiguió más animado, ya que la primera palabra de Tití se consideró un buen augurio para el tiempo que se avecinaba. Atravesaron un arroyo en las inmediaciones de la capital correntina, rodeado de arbustos que le prestaban su nombre: Arazá. Los montes costeros fueron quedando atrás, y se internaron en unas tierras bajas que formaban aguazales. La carreta, recalentada por el sol, se introducía a veces en zonas inundadas de suelo arcilloso y otras, en cañadas de abundante canutillo.

Dalila cabeceaba, Tití dormía desde hacía rato y Muriel se abría el escote del vestido en procura de aire fresco, cuando las aguas del Diamante brillaron como espejismo bajo los rayos candentes. Bautista decidió, tras echarles un vistazo, que no los obligaría a caminar por los pastizales, pero como Muriel prefirió acompañarlo, dejaron al carretero con su caballo escuálido para que descansara, y ellos dos siguieron de a pie.

El *paje* José se encontraba durmiendo su siesta a la sombra de un timbó, sobre un colchón formado por las mismas semillas del árbol. No se mostró sorprendido, ni reparó en el tiempo transcurrido desde la última vez, aunque al ver a Muriel dijo:

—Se ha salvado de una pesada maldición. Fuerte medicina debió de ser, aunque lo mejor es ponerse un cuchillo fogueado con azufre. Alguien la quería muerta, señorita, alguien que ya no puede con usted.

¿Cómo supo José que había sido picada por una víbora? ¿Y qué significaba la maldición que ya no podía hacerle daño? Misterios de aquel hombre, tan inquietante como las aguas de la laguna del Diamante. La joven se estremeció al percibir el extraño silencio del sitio. Se sentaron en el interior de la choza, que olía a hierbas y a tierra fresca, como siempre. José impuso a Bautista de la huida de Anselmo, de la partida de la Loba y sus cachorras al Gran Chaco y, lo más importante, de la situación de Rosa y de Violeta. Muriel captó la curva de disgusto de su boca al saber que la hermana estaba viviendo en El Aguapé. Ese gesto mínimo le causó cierto resquemor. Ella conocía sólo al amante, no al hombre. Ignoraba cómo era Bautista en la vida diaria, si le molestaba la cháchara de las mujeres, o si exigía que lo atendiesen. El coronel solía sentarse a la cabecera, y reclamar si la sopa estaba fría, o no habían servido el vino de su gusto. Las mujeres de la casa corrían entonces a complacerlo, orquestadas por doña Melchora. Muriel se juró, al presenciar aquellas escenas, que jamás sería la esclava de ningún hombre. Claro que era fácil decirlo cuando vivía en una mansión rodeada de comodidades y con un ejército de sirvientes. Sus circunstancias habían cambiado tanto, que se sentía como si pisara en el aire, sin poder afirmarse. La idea de quedar a merced de Bautista, aunque él hubiese sido bueno con ella, la molestaba porque no estaba en condiciones de evitarlo.

—Lleven esto —les dijo el *paje* José al despedirse y deslizó sobre la cabeza de Muriel un cordón con un diente de yacaré.

—Si la pican de nuevo, va a sacar el veneno por la boca —le aseguró, sin tomar en cuenta la repulsión de ella.

Dalila y Tití los aguardaban despiertos, algo impresionados por el magnetismo del paraje. La carreta se balanceó por la cuesta que descendía hacia el camino que los llevaría a la hacienda del vasco. A pesar de que esa decisión implicaba alargar la distancia, Bautista se empeñó en volver al recodo con Rosa y con Violeta.

En especial le preocupaba la situación de Rosa, pues él conocía los intereses del vasco.

—Rete, ¿qué es Acosta Ñu?

Se encontraban en el muelle, donde Iriarte amarraba la barca en la que había salido a mariscar con sus hombres. Aunque no precisaba hacerlo, le gustaba ese ejercicio, entendía que vivir como lo hacían ellos era un modo de dominarlos, ya que el patrón debía ser el primero en conocer los oficios que dirigía.

—¿Dónde escuchaste eso?

—No sé, me pareció oírlo la otra noche.

Rete observó a Violeta con desconfianza. La niña solía mezclarse entre los sirvientes, que la idolatraban, y a menudo se enteraba de chismes inapropiados para su edad.

—Es el nombre de un lugar.

—Sí, pero ¿dónde queda?

El vasco se enderezó, cargando su mochila, y echó a andar, subiendo la rampa que conducía a la galería.

—En el Paraguay.

—¿Y qué ocurrió ahí? —jadeó Violeta, que trotaba tras él.

Como de todas formas se enteraría, y además ya conocía el temple obstinado de Violeta, el vasco decidió contarle la verdad suavizada.

—Es un sitio donde se libró una batalla en la que murieron muchos niños.

No podía contarle los detalles, decirle que era un batallón de niños, con las barbas pintadas y fusiles de madera.

—¿Niños como yo?

Él la miró con tristeza.

—Sí.

—Ah, con razón.

—¿Con razón qué?

Violeta saltó por delante, como si ya no tuviese importancia la pregunta.

—Con razón me sonaba tanto... Me lo dijo un niño —y echó a correr gritando—: ¡Manu!

Iriarte permaneció de pie, contrariado, sobre la rampa. Violeta lo sobrepasaba a veces, pues su curiosidad inacabable no era la de una niña común, parecía dirigida siempre hacia un propósito que sólo ella sabía. Se volvió hacia el embarcadero y contempló los patos que surcaban la superficie espejada, dejando tras de sí una estela de espuma. Atardecía, pronto el lugar se poblaría de misteriosas luces y sonidos ocultos. Otra noche sin gozar del calor del cuerpo de Rosa, sin beber de su dulzura ni compartir sus silencios. Al pensarla, giró el rostro hacia la ventana. Allí estaba, tras las cortinas, mirando hacia la orilla distante como si añorase estar en otro sitio. La furia se había ido acumulando en su pecho a medida que Rosa se mantenía firme. Lo que más le afectaba era que ella poseía la convicción de que él le había infligido una ofensa tan grande, que no era merecedor de su perdón. Prefería mil veces enfrentar a una mujer celosa, que hubiese encontrado una prenda comprometedora en su cajón, antes que esa helada indiferencia con que Rosa lo castigaba.

En la galería lo aguardaban los sirvientes, que lo despojaron de su mochila y otros pertrechos y Justina, mate en mano.

—Sírvase, patrón. Hoy tendremos viento del norte.

—¿Y qué con eso? —masculló Iriarte, fastidiado.

—Y... que a veces trae cosas que mejor no... vaya una a saber.

—Pavadas. ¿Dónde está mi hijo?

—Donde siempre, correteando con la hija de la señora, que más parece una corzuela. Mire que inventar lo de la casita del árbol... Ya ni Dragón se

anima a seguirle los pasos.

—Cosas de chicos. ¿Y la señora?

Rete solía preguntar por ella para mantener las apariencias, ya que desde que habían regresado de la expedición de búsqueda, Rosa comía en su cuarto. El pretexto era siempre el mismo: el agotamiento nervioso causado por la peregrinación. Sin embargo, todos murmuraban que la tal Rosa Garmendia debía de tener muchos ases en la manga para hacerle frente así al patrón. Iriarte era famoso por su mal carácter.

—Ella tomó su baño temprano, luego se paseó por el Palacio de las Aves con su hija. ¿Vio que la niña quiere saber todos los cantos? Después les serví la merienda en la galería, y más tarde...

—Estoy preguntando, no interrogando.

El vasco dejó el mate en la mano extendida de Justina y entró a la casa, con un humor de los mil demonios.

La gran mesa de quebracho resultaba inmensa en el comedor vacío. Nunca antes le había molestado la soledad para cenar, al contrario, solía ser un buen momento para gozar de tranquilidad y pensar en sus asuntos del día siguiente. Un licor, un buen cigarro, y se retiraba a dormir con un libro. Su rutina le parecía insulsa desde que aprendió a compartirla con Rosa y con Violeta. Ahora la niña comía más temprano porque su madre lo había dispuesto así, y Rete cenaba solo como un perro. Al menos era como se sentía, por eso llamaba a sus dos mastines para que le hicieran compañía.

Dragón y Cíclope comenzaron a gruñir en el momento en que encendía su cigarro.

—Espero que no me condenéis al ostracismo también vosotros —bromeó con acritud.

Los animales se crisparon aún más, y Rete se asomó al ventanal que daba al frente. Ya habían salido los guardias armados para afrontar lo que fuera. A la luz de las farolas, vio que daban voces y hacían señas.

—Alguien viene —murmuró, y pensó en el comentario casual de Justina.

Al salir él también, se topó con una pequeña comitiva, que en las sombras parecía más bien un grupo de mendigos. Una carreta los había dejado a cierta distancia que ellos recorrieron a pie. Rete contó con rapidez tres adultos y un

niño, o tal vez dos adultos y dos niños, las alturas eran muy desparejas. Recién cuando el resplandor dio de lleno en la figura más alta, reconoció a Bautista Garmendia. Estaba más delgado, vestía uniforme de parada bastante roto, y su cabello le caía lacio sobre el cuello. Entre las manos sostenía un quepis de verano, con el liencillo cubrenuca. La llegada de un guerrero del Paraguay habría sido ocasión de contento, de no ser por la expresión de Bautista: dura, casi combativa. El vasco contempló a las dos mujeres que lo flanqueaban: una era la misma que él había asaltado en la balconada de la Asunción, para sonsacarle el paradero de Bautista. Muy hermosa, aunque bastante desastrada. La otra sería una muchacha del servicio, muy bonita, por cierto... que llevaba a un niño rubio calzado en la cadera. Ese niño le recordó su niñez en su país lejano, cuando jugaba con sus vecinos de dorados cabellos y ojos azules como los arroyos que bajaban de la montaña.

—Garmendia.

—¿Dónde está mi familia?

—Pase y la verá, ellas están bien.

Muriel había apoyado una mano sobre el brazo de Bautista, y sintió que sus músculos se tensaban. Ella sólo deseaba pasar una noche cálida, seca, y con el estómago lleno. Esperaba que Bautista no la arruinase.

—¡Batú! ¡Batú, volviste! ¡Yo sabía que vendrías, yo dije que no estabas muerto!

La aparición de Violeta, con su largo camisón rozando el piso, rompió la tensión, pues Bautista se inclinó para recibir el impacto de su sobrina, que saltó hasta caer en sus brazos. Al estrecharla, se dio cuenta de que pronto dejaría de ser una niña, y lamentó haberse perdido esos años tan preciosos. Nada podía hacer, sin embargo, salvo dedicar su vida a compensarla a partir de ese momento. «Cómo la ama», pensó Muriel. Jamás había visto esa expresión en su rostro, ni siquiera cuando la miraba a ella, y sintió celos de la pequeña capaz de dominar a ese hombre con un gesto.

Los guardias depusieron sus armas y acudió más gente de la hacienda para ver al sobreviviente de la guerra tan bien acompañado. Violeta reparó en las mujeres y sus ojos se detuvieron en Tití.

—¿Trajiste un huerfanito? ¿Es de Acosta Ñu?

Aunque la sorpresa le impidió contestar, Bautista se alegró de ver con qué naturalidad su sobrina aceptaba la presencia de aquel desdichado.

—Lo llamamos Tití —le informó— y a partir de ahora, vivirá con nosotros.

Lo que significaba que las mujeres también.

—Por favor, acepten mi hospitalidad por esta noche —insistió el vasco, un poco amoscado por la manera en que se lo ignoraba.

—Gracias, señor —contestó Muriel, avanzando un paso.

Bautista hubiese deseado sujetarla, pero en ese momento otra persona hizo su entrada.

—Rosa.

La mujer se encontraba vestida sólo con el camisón y una bata de seda color gris perla, que acentuaba su palidez a la luz de las antorchas. El largo cabello ondeaba libre sobre su espalda, y los pies descalzos demostraban a las claras el tipo de intimidad que vivía en la casa. Era el atuendo menos indicado para presentarse ante su hermano. Rosa no pudo evitar salir a su encuentro, después de haberlo extrañado tanto, de haber temido tantas veces no verlo más, pese a las afirmaciones de Violeta. Tampoco Bautista pudo evitar el temblor que lo sacudió al ver a su hermana. La guerra había sido terrible también para los que se quedaban, circularon muchas historias de desdicha, en especial las referidas a las cautivas. Después de todo, él sólo contaba con lo que le decían o le vaticinaban, como cuando compartió el fogón con el gaucho Antonio Gil.

—He venido a llevarlas a la casa, Rosa —anunció con voz templada.

—Es un poco tarde —comenzó a decir Iriarte, y su frase quedó trunca al ver a Rosa corriendo hacia su hermano. Se abrazaron, y el vasco apreció el fervor con que Rosa se apretaba contra el cuerpo del hombre. Él pensaría que la tenía esclavizada o algo así. Muriel sintió que debía resolver aquella situación. Estaba tan agotada, que no quería dar un paso más en ninguna dirección, y aquel hombre amable les estaba ofreciendo la comodidad de una casa espléndida en un lugar increíble. Ella no iba a desear semejante oportunidad, de modo que se dirigió a Dalila con el mismo tono con que solía darle órdenes en la mansión Vallejo Flores.

—Trae al niño, que debe de estar desfalleciente. Señor, le agradecemos su hospitalidad. Hemos hecho un largo viaje y nos preocupa la salud del pequeño, que es algo enfermizo.

Rete admiró el temple de esa muchacha, que actuaba en beneficio propio haciendo que pareciese una sencilla formalidad. Ella no lo había reconocido, por supuesto, y el vasco era una máscara del disimulo si se lo proponía, así que aprovechó el pie que le brindaba y se valió del ardid de Muriel para continuar con el suyo:

—Adelante. Mi casa es vuestra casa por esta noche y todo el tiempo que quieran. Un soldado de la patria debe recibir la gratitud que merece. Justina, prepara los cuartos y ordena que en la cocina calienten la sopa y echen al fuego una pierna de ternera. Señoras —añadió con cortés movimiento—, no permanezcan ni un minuto más en el frío nocturno.

Muriel hizo señas a Dalila y siguieron al vasco hacia el interior, sin mirar atrás. Bautista quedó en compañía de Rosa y de Violeta, que había tomado de la mano a Tití. Buena jugada la de la pérfida, pensó Bautista, valerse del pequeño y dejarlo, para que no hubiese más remedio que seguirla.

La pobre Justina se vio en figurillas para organizar el hospedaje, pues no sabía de qué modo acomodar a comitiva tan dispar. Por sentido común, y porque le pareció la solución más inofensiva, dispuso una habitación grande para que fuese compartida por las dos mujeres y el niño, en tanto que ubicó a Bautista en un cuarto pequeño que había en el piso de abajo. Esperaba que su patrón estuviese de acuerdo.

Esa noche la vigilia se prolongó, pues se sirvió la cena para los recién llegados luego de que se hubiesen aseado y ocupado sus respectivos cuartos. Rosa se vistió para acompañar a Bautista mientras comía, y Rete pretextó tener que revisar unos papeles de negocios, a fin de dejar en libertad a los hermanos. Dalila y Tití comieron en la cocina, en compañía de Violeta, que encontraba encantador al pequeño, sobre todo porque no hablaba.

—Un día va a hablar —vaticinó, mientras observaba cómo le preparaban un batido de leche y dulce de caña—, cuando se olvide de lo que le pasó.

—¿Y cómo sabe usted lo que le pasó, niña, es bruja, acaso? —exclamó Dalila, sin poder contenerse.

—Algo así —contestó Violeta, enigmática—. A veces, me dicen cosas. Dalila la miraba con ojos dilatados, en tanto que Justina fruncía el ceño.

—Vamos, que a su madre no le gusta que ande contando cuentos.

—¡Pero si es verdad, Justina, no son cuentos! Son las voces que tengo acá —y se tocaba la sien—. Me dicen cosas cuando duermo.

Dalila casi se atragantó, y Justina se persignó. Tití miraba a Violeta ensimismado.

En el comedor, Bautista apenas notaba el sabor de los alimentos. Estaba mortificado por partida doble: deseaba haber presentado a Muriel de otra forma, sin testigos extraños, y tampoco quería que ella supiese que Rosa era la amante del vasco. Porque de eso no cabía duda, sólo con verle los ojos al hombre lo había comprendido. Era la misma mirada que debía de tener él cuando devoraba a Muriel. Por otra parte, esos sentimientos lo avergonzaban. ¿Acaso no le debía a Rete Iriarte la vida de su hermana y de su sobrina? Él había rescatado a Rosa y cuidado de Violeta, sin contar con que también lo había salvado a él aquella noche en la Asunción. Lo sabía con certeza, del mismo modo que sabía que ese vínculo lo comprometía para siempre.

—Rosa, debo agradecerle estas prendas —comentó Muriel, más dueña de sí al verse limpia y bien vestida—. Pensará que soy una pobre mendiga.

Lo que Rosa pensaba era que Muriel llenaba ese vestido verde que Rete le había comprado como nunca lo llenaría ella. La joven se veía voluptuosa bajo la tela tirante, con sus senos desbordando el escote cuadrado. Tenía arte para peinarse, además, pues se había recogido el cabello castaño en una red de la que consiguió sacar algunas mechas que rozaban sus hombros. Y ostentaba un diente de yacaré entre los pechos, un detalle incongruente con la belleza del anillo de plata que brillaba en su dedo.

—Ese vestido le queda mucho mejor que a mí —repuso con sencillez Rosa— y me alegra poder dárselo.

—Antes nunca te vestiste de esa manera —comentó con acidez Bautista.

Rosa se ruborizó y Muriel, que no era ninguna tonta, entendió a qué venía la intervención.

—Pues debería haberlo hecho, es un vestido precioso, y de seguro a tu hermana le quedará estupendo, con esa piel tan clara y ese cabello tan

hermoso.

Bautista la fulminó con la mirada, y Rosa se apresuró a cambiar de tema.

—Tuvimos tanto miedo... Me sostenía Violeta, aunque te parezca mentira, porque ella estaba segura de que estabas bien —y apoyó una mano sobre la de Bautista, que se puso rígido.

Él se había cambiado de ropa también, aunque se sentía renuente a dejar el uniforme, como si nunca hubiese vestido de otra forma. La milicia formaba parte de su vida, al punto de que casi no recordaba haberse dedicado a otra cosa.

—Rosa —comenzó, un poco inseguro—, te habrás dado cuenta de que Muriel es mi novia. Nos conocimos en la Asunción, donde fui prisionero un tiempo.

—Conozco a tu novia —dijo Rosa con dulzura—. Es una *kuñatai* muy valiente, estuvo a punto de salvarme durante mi cautiverio, sólo que la descubrieron.

—Es cierto, Rosa y yo nos conocemos. ¿Recuerdas que te lo conté, querido?

Bautista se encontraba más sitiado que cuando los paraguayos lo atacaban en los desfiladeros de los barrancos. ¡Claro, si Muriel le había dado señas de su hermana! Él le creía tan poco, que a menudo olvidaba las cosas que le contaba.

—Bueno, pero en ese momento Rosa no sabía que entre nosotros... —y tragó saliva, para darle a su vínculo con Muriel un nombre digno. Habían viajado durante días, y compartido el vapor y la carreta. Dalila no era una chaperona de fiar, saltaba a la vista, apenas una muchachita de la misma edad que su patrona.

—¿Cuándo se casarán?

Fue Muriel la que estuvo a punto de ahogarse ante la inocente pregunta de Rosa. ¡Casi había olvidado su situación!

—Apenas regresemos —respondió él, mirándola con intensidad—. ¿Y cuándo te propondrá casorio el vasco? —agregó de inmediato, volviendo el rostro hacia su hermana.

Parecía que no deseaba soltar a su presa, a ninguna de ellas.

—No sé, con esto de la guerra...

Lo que menos quería Rosa era que Bautista conociese sus sospechas sobre Iriarte, de manera que eligió una respuesta ambigua.

—Esperábamos a que se resolviesen las cosas, y pudieses ser nuestro padrino, además.

«Buena jugada», pensó Muriel divertida. Le gustaba Rosa, era una mujer fuerte en su sencillez bondadosa, intuía que se entenderían. Si tan sólo pudiese resolver del mismo modo su adulterio...

Las mujeres se retiraron a sus dormitorios y Bautista se encaminó al suyo, a su gusto demasiado alejado del de Muriel, si bien se daba cuenta de que ningún acercamiento era posible bajo el techo de Iriarte.

El vasco le salió al cruce cuando lo vio pasar hacia el fondo.

—Garmendia, tenemos que hablar.

—Ya lo creo, señor.

—Pasa, tengo cigarros y licor.

Bautista entró a una salita forrada de rojo con arabescos dorados y muebles recargados. Pensó que era un cuarto más bien femenino, y le sorprendió que el vasco durmiese allí, a menos que ése fuese el que ocupaba su hermana. La idea le produjo náuseas.

—Siéntate, hablaré sin rodeos.

—Se agradece.

Rete puso sobre una mesita francesa una caja de puros y dos copitas que llenó con un jerez dorado. Bebió hasta el fondo y se sirvió otra. Bautista, en cambio, jugueteaba con la suya, distraído.

—Amo a tu hermana, Garmendia, y pienso casarme con ella.

Bautista quedó perplejo. Esperaba un enfrentamiento verbal, quizás un ocultamiento, iba preparado para exigir y se encontraba con una rama de olivo. Sabía que el vasco era hombre de palabra; si le prometía matrimonio a Rosa, cumpliría.

—Ella me dijo que me esperaban.

Rete disimuló su sorpresa. ¿Eso había dicho Rosa? Buena señal, al menos no renegaba de él en forma abierta.

—¿Te molesta que me convierta en tu cuñado?

—No. Es lo que vine a pedirle.

—Bien. Entonces, está todo claro. Habrá que aguardar a que... en fin, se solucionen algunos asuntos.

—¿Lo de Anselmo?

La franqueza de Bautista decidió a Rete.

—Sé que es tu amigo, Garmendia, pero tengo razones para pensar que me ha traicionado con gente del Paraguay. Él llevaba un dinero destinado a un negocio, y nunca llegó.

—Tampoco llegó él a ningún lado —dijo con firmeza Bautista.

—¿Por qué dices eso? ¿Lo has visto? ¿Dónde? Estuvo en lo de ese brujo de la laguna, y huyó de allí cuando me vio llegar. Se me escapó por un pelo.

—Iriarte, Anselmo es un poco loco, pero no es un ladrón. Además, creo que está enfermo.

—¿Quién te dijo eso?

—El *paje* José. Hoy estuve allá.

Para qué aclarar en qué condiciones había hallado a Anselmo hacía años, no valía la pena confundir más las cosas. Lo importante era que el vasco no lo creyese un traidor. Lo malo era que el propio Bautista no estaba tan seguro de la fidelidad de su amigo. De todos modos, sería él quien le exigiese la verdad, antes que Iriarte.

Durmió más tranquilo esa noche, al saber que Rosa tendría quién velara por ella. Su única tristeza era que, al casarse con el vasco, abandonaría la casita del recodo. Él estaba tan ilusionado con volver a compartir ese sitio con Muriel y su familia... Parecía que sus sueños nunca se cumplían: primero Dionisia, luego sus padres.

Tocó el rosario de urutaú y murmuró, antes de caer rendido:

—Esta vez tendré lo que ansío. Muriel será mía, yo seré su esposo.

El día del arribo de los vapores con las tropas del Paraguay, la ciudad desbordaba de gente que recorría las calles donde se esperaba que desfilasen. Una comisión popular, encabezada por Héctor Varela, se había hecho cargo de los preparativos, con clara intención de privar al gobierno de los laureles

del festejo.

El itinerario previsto, desde la Capitanía del Puerto hasta la calle Florida, pasando por la Plaza de Mayo, la Catedral y el Teatro Colón, había sido modificado, y los ánimos se caldearon bastante. Sarmiento quería que la Guardia Nacional fuese recibida con honores, y esos desencuentros hacían peligrar la ansiada recepción.

La guerra y sus consecuencias estaban en boca de todos, cientos de versiones y puntos de vista que, como era de esperar, se debatían en las mesas del café o las pulperías. Los canillitas voceaban los titulares de los diarios más leídos, que les eran arrebatados de las manos y comentados en plena vereda, buscando la opinión de los transeúntes para confirmar la propia o discutirla. Se daba por sentado que capturar a López era cosa de días, y que nada modificaría el curso de los acontecimientos que la fatalidad había trazado desde hacía tiempo.

Las puertas del Club del Progreso se abrieron, dando paso a dos hombres maduros y distinguidos, justo cuando el reloj del convento de San Francisco dio las once campanadas. Los caballeros lucían acalorados a la luz de las farolas, debido a las discusiones que habían sostenido en el interior del recinto.

—Vamos, Armando, no te tomes tan en serio las bravuconadas de estos jóvenes, que más saben de corsos y serenatas que de cuestiones políticas.

—Eso mismo es lo que me fastidia, Rogelio, que no escuchan a sus mayores.

—Tampoco somos vetustos, mi amigo.

Don Armando Zaldívar, un tipo criollo bien plantado, moreno y de mirada franca, no podía disimular, bajo la elegancia del saco, su modo campechano de caminar, adquirido durante años de supervisar su estancia en las sierras del Tandil. Su temperamento sereno se resentía a causa de los ánimos exaltados de algunos miembros del Club. El otro era un hombre alto, de aspecto remilgado y gesto soberbio que restaba encanto a su apostura.

—Al menos, tienes dónde refugiarte cuando las cosas arden, ¿no es así?
—insistió Rogelio Peña.

—Eso es cierto —convino Armando sonriendo—. No veo la hora de pisar

El Duraznillo. Es el único lugar donde me siento a gusto por completo.

—Tienes la suerte de que tu hijo te secunde en eso.

—Julián es un hijo modelo, su madre y yo estamos orgullosos de él.

Rogelio suspiró con teatralidad.

—En cambio, yo no puedo decir que mi primogénito lo sea, en ningún aspecto.

Zaldívar soltó una carcajada.

—¿En qué quedamos? ¿No debía yo ser indulgente hace un rato?

Rogelio rió sin ganas.

—Creo que es más fácil recomendar. Mira eso, Armando, parece que llegaron.

—¿Tan tarde? Creí que las naves arribarían mañana, con la primera luz del día.

—Hubo mucho desorden. Ese periodista, Varela, es especial para crear conflictos —dijo con desprecio Rogelio.

—¡Pero estos muchachos tienen que recibir un homenaje adecuado! Hay que deponer las diferencias cuando se trata de bienes mayores —protestó el estanciero.

—Estuviste demasiado tiempo en el campo, mi amigo. Acá las noticias se disparaban como en el frente, haciendo puntería donde más dolía.

—¿Y qué ocurrió? —se interesó Armando, mientras miraba las calles oscuras desde la esquina donde se habían detenido.

—Encontronazos, qué otra cosa. Sarmiento, que se peleó con los ediles. Como todavía el Presidente está de prestado, mientras no se establezca la capital de la República, tiene que pedir permiso para usar los salones del palacio municipal.

—Y lo de otorgar tierras fiscales a los guerreros para premiarlos, ¿se suspendió?

—No creo, ya la provincia de Santa Fe lo está haciendo. ¡Acá vienen!

Los hombres apuraron el paso para no perderse la caravana. Aunque mucho público se había retirado ya, dado lo avanzado de la hora, en la calle Florida quedaba una multitud considerable, entre ellos don Claudio, que lamentaba no haber llevado la escalerilla de su biblioteca para mirar por

encima de todas las cabezas.

—¡Vivan los héroes de la patria! —gritó, ensordeciendo a sus vecinos.

Cualquiera hubiese dicho que provenía de alguna antigua familia patricia, por su entusiasmo. Hubo aplausos, vítores, y el carruaje presidencial, ante el cual desfilaban los batallones de veteranos, encabezados por el brigadier general Emilio Mitre. No obstante la emocionada algarabía, se palpaba en el ambiente la amargura por los enconos políticos que habían enturbiado la recepción.

—Están muy serios, parecen derrotados —murmuró desilusionado don Claudio, y por suerte nadie lo oyó.

Los periódicos señalaron el hecho como «imperdonable», y el propio Presidente dispuso un gran desfile patrio en los días siguientes, para enmendar la afrenta.

Si don Armando Zaldívar hubiese permanecido un tiempo más en la ciudad, habría disfrutado con esa merecida recepción a quienes expusieron su vida en tierras lejanas.

Muchos de ellos dormían en Buenos Aires después de casi cinco años de ausencia, y otros, por primera vez.

A nadie resultó indiferente el fervor con que se agasajó a las tropas ese día.

El paseo de la calle Florida era una apoteosis de ramos multicolores y cohetes lanzados desde los balcones, donde las porteñas derramaban sonrisas y agitaban pañuelos blancos y celestes en beneficio de los soldados. Sonaban brillantes piezas en las bandas que marcaban el paso de los veteranos e inflaban el pecho de los más jóvenes, orgullosos de ser el centro de tanta atención. Leandro Paz, con sus recién estrenadas jinetas de teniente, parecía el mismísimo comandante, a juzgar por su bizarría. Y no pocas señoritas suspiraron de manera dramática al verlo pasar a su lado, con esos ojos color de miel que, a pesar del ceño severo, traslucían la dulzura de sus promesas de amor.

Las tropas atravesaron los arcos floridos, pisando la alfombra que formaban los ramilletes de las damas. La multitud abigarrada aclamaba a los batallones que desfilaban con porte marcial, hasta que la euforia alcanzó su

cima cuando la caravana pasó frente al balcón donde Bartolomé Mitre aguardaba, acompañado por su familia y algunos amigos políticos. El batallón San Nicolás se detuvo a vivir al antiguo Presidente.

—¡Viva el general Mitre!

—¡Viva! —prorrumpió el público, enfervorizado con aquel saludo espontáneo, que le costó al jefe del batallón un día de arresto, ya que la amistad entre Mitre y Sarmiento se había deteriorado bastante.

Don Bartolo respondió con un gesto de su mano, con su proverbial sencillez.

La fiesta se prolongó durante días, pues las tropas se establecieron en carpas que eran visitadas tanto por hombres públicos como por el pueblo en general. Todos querían llevar obsequios a los soldados de la patria, algunos por interés político, muchos por verdadera gratitud. Don Claudio iba y venía, como si cumpliera un ritual, sin faltar un día, y consiguió arrastrar con él a su esposa, que se mostró maravillada ante la familiaridad con que las damas entraban a las carpas de los oficiales y los saludaban con afecto. Ella, acostumbrada a la discreción y al recato, nunca lo hubiese creído posible.

El campamento urbano se había convertido en un paseo.

Las promesas debían cumplirse, sin embargo, y llegó el momento de prender en el pecho de los soldados las cintas que presagiaban las futuras medallas que se acuñarían. Hubo nuevo homenaje en la Plaza del Parque y depósito solemne de las banderas destrozadas de la campaña, algunas manchadas con la sangre de los que no volverían.

Fue emocionante el abrazo de los soldados con sus superiores, luego de entregar las armas y declararse que eran libres de regresar a sus hogares. Habían compartido el horror, y también cimentado vínculos que jamás se romperían. El público observaba conmovido, y el encendido discurso del general Rivas arrancó lágrimas hasta al más recio de los asistentes.

También fue emotiva la despedida, en el puerto, de los batallones del interior que volvían a sus hogares. Río arriba de nuevo, esa vez para poner el pie en su tierra y abrazar a sus familias. Los que partieron como niños, regresaban como hombres. Con su licencia y la paga cumplida, estaban listos para empezar una nueva vida.

Buenos Aires recobraba, poco a poco, su calma pueblerina.

Capítulo 29

Vuelta de página

Bautista no había mentido, el recodo era un lugar bello y muy tranquilo, quizá demasiado para el espíritu inquieto de Muriel.

Después de vivir unos días en El Aguapé emprendieron el regreso, que tuvo un regusto amargo para Violeta y para Rosa, ya que ambas dejaban allí un sentimiento: Violeta extrañaría a Manu, y Rosa... amaba a Iriarte sin remedio. A pesar de su reticencia, no pudo evitar sentirse desilusionada cuando el vasco aceptó sin chistar la noticia de su partida. Ignorante de la conversación que él y su hermano habían mantenido, Rosa creyó que aquel hombre ya no se interesaba en ella, y lamentó haberse mostrado tan rígida. Después de todo, no estaba segura de lo que significaba la carta de Madame Lynch.

Y había otra razón para su desdicha: aguardaba un hijo de Rete Iriarte.

El hacendado dispuso una escolta de dos hombres, pese a que Bautista insistía en que no había nada que temer del trecho que les faltaba, y por fin llegaron a la Punta del Tigre, que en su honor había desplegado todo su encanto.

Las acacias y los ceibos enhebraban la ribera, respunteándola de rojo y dorado. El jacarandá manchaba de violeta los montecitos de urunday, mientras que el sauce sumergía sus barbas en la corriente lechosa, para que el zorzal labrara con ellas su nido.

El rancho de los Garmendia estaba intacto, aunque el monte se había adueñado de él. De Tutuna no quedaban rastros y Bautista se alegró, pues

temía encontrar un triste espectáculo de osamentas. El muro de piedra había caído bajo el abrazo de las enredaderas silvestres, que lo engalanaban con sus flores azules, lilas y blancas. La vereda de ladrillos donde Rosa cebaba el mate era un matorral; en las junturas habían crecido pastos tan altos, que la brisa peinaba sus brotes amarillos. La Virgen aún los aguardaba en su nicho celeste, ya sin ofrendas, y una de las hamacas del patio flameaba como la bandera que Bautista había defendido con su vida. Soplaban el viento en la ribera, como si quisiera llevarse los malos recuerdos, haciendo lugar a otros por venir.

—Habrás que trabajarlo un poco —anunció Bautista de modo innecesario.

Dalila se mostró horrorizada, aún más que Muriel, ya que ésta tenía muchas cosas en su cabeza como para preocuparse por el trabajo de enmendar un rancho venido a menos. Mientras Violeta enseñaba a Tití los alrededores, Rosa entró a la vivienda para verificar que no faltase nada. Dalila y Muriel quedaron junto al horno de barro, observando cómo Bautista despedía a la escolta del vasco.

—Esperabas algo más lindo —comentó al reunirse con ellas.

—Mi casa de Asunción ha de estar peor. Dicen que cavaron pozos bajo los cimientos, en busca de tesoros.

—Aquí el único tesoro es la tierra y lo que nos rodea. ¿Te gusta?

—Es muy bonito... y muy salvaje también.

Bautista sonrió.

—Más salvaje que otra cosa, ¿no? No te aflijas, en pocos días estará como antes. Hemos levantado cien campamentos en sitios más difíciles, así que esto me parece un juego. Dalila, acompaña a Violeta, no quiero que meta al niño en problemas.

La mulata obedeció, a sabiendas de que los enamorados querían hablar a solas.

—Muriel.

La atrajo hacia su cuerpo moldeándola, capturando su tibieza.

—Te extrañé estos días en lo del vasco. Hubiera querido dormir en tu cama, pero había que salvar las apariencias.

«Menudas apariencias», pensó ella, y una vez más se admiró de la manera

sencilla que tenía él de ver las cosas. Bautista bajó la cabeza y tomó su boca con maestría, movió sus labios sobre los de ella, hasta que la sedujo de a poco y Muriel permitió la entrada a su lengua voraz. También ella lo había extrañado, sobre todo porque, a medida que el momento de la verdad se acercaba, la posibilidad de perderlo se acrecentaba.

—No sé si podré guardar las formas delante de Rosa y de Violeta.

—Eso depende de cuántos cuartos haya en tu rancho.

—Maliciosa —sonrió él—. No necesitamos cuartos, conozco muchos rincones donde dormiríamos más frescos y cómodos que en la cama.

Muriel abrió grandes ojos.

—¿Me arrastrarías por el suelo de tierra?

—Eso depende de tu buena voluntad. Si tengo que arrastrarte, lo haré.

Los ojos de Bautista la envolvían con una pasión quemante que debilitó a Muriel. Quizás ése era el momento de hablar, cuando todavía no habían movido ni una piedra de ese rancho modesto en el que él pretendía labrar su vida juntos. Muriel calló.

—Por ahora, no pienso arrastrarme con el único vestido que tengo, que además es prestado.

Bautista soltó una carcajada.

—Muriel Núñez, jamás conocí a mujer más coqueta en toda mi vida. Y ya no soy tan joven —agregó, empujándola contra un azarero que crecía detrás del horno—, por eso quiero que pensemos en los hijos.

La besó de nuevo, llevándose toda la resistencia de Muriel, y la dejó tambaleante para que se las arreglase con sus emociones. Ella se apoyó en la pared de barro y suspiró.

—Mi ama, ¿sabe el argentino que usted es casada?

—¡Calla, insensata! ¿Quieres que nos echen antes de haber llegado? Tengo que pensar, mucho que pensar, para saber cómo salir de esto.

Entró a la casa, a fin de ayudar a Rosa en lo que hiciera falta. El trabajo le brindaría consuelo y, tal vez, alguna solución para su enredo.

Tal y como Bautista predijo, levantar el rancho fue sencillito, pues al no

haber una gran construcción, tampoco hubo grandes destrozos que lamentar. En una semana estaba limpio el patio, cortados los pastizales, reparado el muro de la huerta y cosidas las cortinas con las telas que Dalila y Rosa fueron a comprar al poblado. Los cuartos se adaptaron para dar cabida a los nuevos miembros de la familia: donde antes dormía Rosa se instalaron Violeta, Tití y Dalila, ya que era el cuarto más grande. Muriel eligió un pequeño rincón en la parte de atrás, que daba al patio de los naranjos y gozaba de cierta independencia, en tanto que Rosa ocupó la antigua habitación de Bautista junto a la cocina. Bautista decidió que, mientras adquiría el material para ensanchar la casa, dormiría al fresco de la galería. Tendido en una de las hamacas, fumaba, miraba las estrellas y soñaba. Y cuando estaba seguro de que todos dormían, se deslizaba con sigilo hacia la parte trasera y visitaba a Muriel en su pequeño cuarto, apenas un depósito de trastos que habían vaciado y limpiado hasta dejarlo como un guijarro pulido por el río. Ese nido de amor fue testigo de las pasiones encendidas y de muchas confidencias, aunque ninguna referida al estado civil de Muriel. La farsa seguía adelante.

—Rosa, me gustaría darme un baño como hacíamos en el campamento — dijo Muriel un día de calor en que se ocupaban de separar hojitas de laurel para secarlas al sol—. ¿Hay un sitio reservado por aquí?

—Hay muchos, pero no es fácil dar con ellos. ¿Por qué no esperas a que vuelva Bautista de su pesca?

—Es que necesito algo de intimidad.

Rosa dejó caer las hojas sobre la falda.

—Muriel, somos mujeres y nos comprendemos. Sé bien que compartes con mi hermano mucho más que la mandioca del almuerzo.

Muriel se sonrojó, sin poder refutar aquello.

—Aún así, hay momentos en que una mujer debe estar a solas. Además, a tu hermano le disgusta demostrar que somos amantes. Creo que es por Violeta...

—Es por Violeta y por mí, pero no por lo que crees. En lugar de temer darnos el mal ejemplo, quiere hacerme notar que mi conducta es inadecuada.

—¿Cómo es eso? ¿Es que reprueba tu relación con el señor Iriarte?

—Reprueba la relación que tuve con el padre de mi hija, un amor fugaz del que me quedó lo mejor, aunque para mi hermano fue un desliz imperdonable. Y tiene razón, nunca debí caer tan bajo, entregándome a un hombre del que no sabía nada, un desconocido.

«Lo mismo que yo», pensó Muriel, y agregó:

—Me parece injusto. Ese hombre debió ser responsable también.

—Ya no importa, ha muerto.

—Si ya murió, eres casi viuda, Rosa, qué más da. Creo que tu hermano te juzga con demasiada rapidez. Tuviste que criar a una niña sola y lo hiciste bien. Para mí, tu comportamiento es admirable, no vergonzoso.

Rosa la miró con indulgencia.

—Estás viviendo una situación similar, y eso te hace más comprensiva. Las mujeres del pueblo murmuraron, y ésa fue la razón de que viniéramos al recodo, para alejarnos del mundo. Sin embargo eres afortunada, Muriel, porque conozco a mi hermano y sé que jamás te abandonaría, menos aún si estuvieses encinta —y el rostro de Rosa adoptó una expresión de tal melancolía, que Muriel habló antes de reflexionar:

—¿Y estás encinta ahora mismo? ¿Del hacendado?

El susto que afloró a los ojos de Rosa le dio la respuesta. Muriel se inclinó hacia delante en su silla para tomar las manos de la mujer.

—Esta vez no será como la otra, ya verás. Yo te apoyaré con Bautista. Además, el vasco no me pareció un irresponsable.

—No lo es, pero me comporté muy fría con él, a raíz de una situación confusa... —y pensando que tal vez Muriel sabría de aquel asunto, inquirió:

—¿Conoces los negocios de la Lynch en el Paraguay?

—La he conocido a ella. Sé que tiene negocios de tierras o algo así, y que algunos ingleses le guardan dinero. No sé qué será de todo eso, a estas alturas.

—Perdona, no quise afligirte con recuerdos tristes.

—Alguna vez volveré a mi tierra, Rosa, pero no será por ahora —y Muriel pensó en el coronel, que la había enviado a una muerte segura—. ¿Por qué te preocupan los negocios de Madame?

—Porque temo que Rete Iriarte esté involucrado en ellos.

—¿Y no es un hombre dedicado al comercio?

Rosa bajó la voz.

—Tengo miedo de que esos negocios estén liados con el espionaje.

Muriel quedó pensativa.

—La mayoría de los extranjeros que conocí allá se vieron perjudicados por esta guerra, ya que los ríos quedaron bloqueados, y además, López demandó muchas donaciones para solventar a los ejércitos. Eso lo supe mientras iba de campamento en campamento. No creo que a un hombre como Iriarte lo favorezca tramar enredos con el actual gobierno, que casi está derrotado.

Las palabras de Muriel devolvieron la esperanza a Rosa. Quizás aquella misiva tan íntima que la Lynch le envió se debiese a la natural seducción que aquella mujer ejercía sobre todos los hombres, no a una relación estrecha con Rete Iriarte. Tal vez había sido injusta con él y ahora, que aguardaba un hijo, había llegado el momento de aceptarlo.

Fue tal el alivio que sintió ante esa posibilidad, que quiso satisfacer el deseo de Muriel y le indicó por dónde debía ir para encontrar un riacho escondido.

—Es un sitio precioso, yo misma lo he utilizado.

Hacia allá se dirigió Muriel, después de recoger algunos artículos. Todavía conservaba un jabón de los que Dorotea le daba en el campamento. Con melancolía lo guardó en un cesto de mimbre, junto con un paño y unas barbas secas de sauce que solían usar para fregar. Rosa compartía con ella sus vestidos, de modo que separó uno sencillo, de lino blanco, con flores azules en la pechera. Siguió el sendero señalado, invadido por las pasionarias, y sorteando pequeños cursos de agua, caminó sobre la tierra arenosa que daba la impresión de feracidad inculta.

El riacho, alimentado por las lluvias del verano, corría caudaloso en su estrecho cauce. Muriel dejó las cosas sobre el llano de césped y se sentó para refrescarse los pies y disfrutar de la sensación. Sus dedos rozaban el lecho blando, incrustado de conchillas. Recogió la falda sobre sus muslos y, más animada, decidió caminar un poco. Las aguas reflejaban en ese tramo el verde

glauco de los alisos de la orilla. «Pensándolo bien», se dijo, «no es malo vivir aquí, protegida de todo». Un griterío de monos sacudió la modorra del ambiente. Parecían asustados, y Muriel miró en derredor, atenta ante la aparición de algún animal salvaje. Violeta le había explicado que podía toparse con carpinchos, tapires o algún zorro, y sintió la inquietud de encontrarse sola en un lugar tan aislado. La ribera se tornó espesa, el riacho corría encajonado y no podía verse el campo más allá. Muriel se encontró de pronto encerrada entre malezas y algún que otro timbó de gran talla que formaba un techo sobre su cabeza.

«Estoy en un túnel», observó, «un túnel verde».

Un castañeteo de dientes la sobresaltó. Unos cerdos salvajes salieron de la foresta, espantados. «Qué tonta», se repitió, para darse ánimo. El castañeteo siguió, sin embargo, y ella hubiera jurado que no estaba sola. Se dio la vuelta para emprender el regreso, y descubrió que la parte recorrida estaba en sombras, como si a sus espaldas hubiese crecido nueva vegetación a la vera del cauce. «No puede ser, si es el mismo río».

Se arremangó más la falda y comenzó a correr en el sentido opuesto a la corriente, sin advertir que los guijarros dañaban sus pies. El agua estaba fría y las zarzas arañaban sus brazos desnudos. Se paró en seco al ver a un hombre en su camino. Metido en el río también, se afirmaba en el lecho con las piernas abiertas, impidiéndole seguir.

Muriel contempló su apostura, el uniforme hecho trizas, las botas que sostenía en una mano, su pecho amplio y desnudo a través de la chaqueta roja sin botones. Llevaba el cabello más largo y la barba crecida, pero era él: Álvaro del Cerro.

Se fijó en la medallita de oro que relumbraba entre el vello oscuro, como si ese detalle fuese esencial, cuando en realidad lo habría reconocido en cualquier parte y bajo cualquier disfraz. La sonrisa sarcástica y cruel descubría sus dientes parejos, muy blancos, y los ojos la miraban bajo una luz demoníaca.

—Te encontré —dijo con voz rasposa.

Muriel podría haberse preguntado mil cosas: cómo la había seguido y por qué, o qué habría sido de su batallón y del coronel... pero, en el fondo de su

corazón, sentía que aquello era fatal, que debía ocurrir tarde o temprano, y que toda su existencia en los campamentos aliados había sido una ilusión. Del Cerro había colmado sus fantasías antes de la guerra. Desde que compartía el lecho con Bautista, no lo había retenido ni un segundo en su mente, como si se hubiese diluido en un pasado lastimoso. Tal vez, debido a que ahora conocía la verdadera relación que lo ligaba al coronel Vallejo Flores, o quizá porque Bautista Garmendia había ido ganando su corazón sin que ella pudiera oponerle resistencia. Con su terquedad, su candidez, su simpleza para resolver los asuntos y su pasión, el soldado que la hizo cautiva durante la guerra acaparaba toda su existencia. Cualquier hombre que ella hubiese admirado antes, perdía solidez.

Del Cerro la miraba con inquietante fijeza.

—Te busqué —le decía—, porque aquel trabajo quedó inconcluso. Sabía que eras una zorrita difícil, pero él no quiso escucharme. Debí hacerme caso, te hubiera hecho desaparecer sin dejar un rastro. Tantos desaparecieron... tantos huesos hubo en los caminos... quién sabría descubrirte. No quiso escucharme —repitió, insistente.

Muriel se echó a temblar. La voz del oficial sonaba antinatural, como si estuviese recitando y hubiese memorizado aquel discurso durante meses. Dio dos pasos hacia atrás, insegura sobre dónde poner los pies. La paralizó la carcajada de él.

—¡Putá! La vieja tuvo razón, por eso me ordenaba vigilarte. Creo que en el fondo deseaba que cayeses en mi cama, la muy imbécil, para que él te repudiase. Claro que eso me hubiera condenado también, y yo no lo iba a permitir.

Muriel extendió la mano, un gesto inútil para detenerlo.

—Vete. Déjame. No voy a regresar, no te voy a molestar, puedes vivir la vida que quieras con Eladio.

Una risotada espeluznante reverberó en el túnel verdoso donde se encontraban.

—¿Eladio? ¿Eladio? —graznó.

Avanzó dos pasos y Muriel retrocedió al mismo tiempo.

—Hace rato que Eladio dejó de pertenecerme, zorra, gracias a tu

intervención.

—Yo... no hice nada.

—Claro que sí. El idiota se creyó un caballero al protegerte, se dejó torturar hasta perder los dedos de una mano, padeció el cepo y los tientos de cuero. Los fiscales ordenaron cien latigazos con el lazo doblado y luego, como seguía encubriéndote, le machacaron la mano con la maza. Yo supliqué —murmuró bajando el tono— y me rebajé para rogarle que dijese dónde estabas, te culpase de todo por traidora, espía de los aliados, pero debiste de ser algo importante para él, porque no me escuchó. ¡Eladio no me escuchó!

El oficial tenía los ojos desencajados y la mandíbula prominente. Inclina el torso hacia delante, como un depredador listo para abalanzarse sobre su presa, y Muriel, horrorizada, no veía el modo de salir del cauce del riacho sin ser atrapada.

—Yo no delaté a nadie —se defendió.

—¿Qué importa? ¡Lo importante era que lo creyeran! Miles murieron por simples sospechas, sólo había que pronunciar la palabra adecuada: conspiración. Pero él no quiso echar a los lobos, y eso, pequeña zorra, fue lo que más me dolió. Fue distinto con Anabela.

—¿A... Anabela?

—La pobre, delicada y sensible Anabela, a la que todos consideraban una santa. La muy ladina nos vio un día, a Eladio y a mí, y en su cabeza de chorlito no pudo asimilar lo que veía, iba a delatarnos ante la vieja. Melchora me hubiera echado a patadas, o mejor, lo hubiese obligado a él a echarme, para hacerlo más sádico. Ella supo lo que hice con la nuera y no le importó, creyó que Anabela era estéril y que por eso no le daba nietos. Eladio siempre estuvo manejado por la vieja, ella tenía los pantalones en la casa, pero yo lo amé de todas formas, y me debía eso, me lo debía...

La voz del oficial revelaba la intensidad de sus emociones: ira, dolor, repulsión. Muriel comprendió que estaba fuera de sí y que haría lo que fuese para satisfacer sus ansias de venganza. Estaba perdida.

—Maté a Anabela. Tenía un cuello frágil, como toda su persona. Era una infeliz con ansias de ser la esposa perfecta. No como vos, querida, que mirabas a todos los hombres como si no te bastase Eladio. Anabela lo amaba

en serio, por eso no pudo resistir saber lo nuestro, y creyó que echándome lograría recuperar al coronel. Qué estúpida... Hace años que estamos juntos, y ninguna zorra nos hubiese separado. Sólo la muerte...

—¿La muerte?

—Sí. La que nos alcanza a todos, a algunos antes que a otros. En tu caso, la estás mirando a la cara.

—Pero... ¿Eladio murió?

La expresión de Del Cerro se tornó feroz.

—¡Muerto! Tras días y días de tortura y prisión, murió en el polvo... Ni siquiera pude despedirme, lo arrojaron a la fosa antes de que me enterara. Tuve que huir, porque iban a sacar conclusiones. La familia Vallejo Flores ya había caído en desgracia, a todas las lanzaron a los caminos.

Muriel no podía asimilar tantas noticias terribles. El coronel muerto, las mujeres Vallejo Flores también, quizá, y ella... ¡Viuda! Aun en medio de esa situación desesperante, sintió tal alivio, que casi sonrió. El gesto fue captado por el oficial.

—¿Te causa gracia?

—No...

—Ya no reirás más, pequeña puta.

Un bramido ensordecedor acompañó el movimiento veloz con que se lanzó sobre ella, chapoteando en el agua. Muriel cayó bajo el cuerpo del hombre, hundiéndose hasta el fondo. El frío la despabiló de ese trance que vivía y manoteó hasta aferrar un junco de la orilla y emerger. Del Cerro no la soltaba, se había montado sobre ella y riendo como un loco, la manoseaba.

—Puedo tenerte, puedo hacerlo. No te irás sin saber de qué soy capaz...

Muriel sollozó al sentirse impotente bajo la presión. Al fin, aquel recodo tan bello iba a ser su tumba. Justo ahora, que estaba libre para ser la esposa de Bautista...

Bautista encaró con furia a Rosa.

—¿No te das cuenta de que no conoce el lugar? Es tarde y no regresa.

—Sabrá volver por donde vino, no te preocupes tanto.

—Me preocupo —recalcó— porque hay peligros cuando atardece, animales que salen a cazar, quizá mariscadores que navegan entre los juncos.

—Batú, yo puedo encontrarla —insistió Violeta, asustada ante la furia de su tío—. Conozco todos los rincones.

—También yo.

Bautista se cruzó un poncho corto sobre la espalda y guardó su cuchillo de monte en el cinto. Dalila y Tití lo miraban con expresiones contritas. Al partir, como una ráfaga, dejó su indicación incuestionable:

—Que nadie se mueva de acá.

La ira y el temor se agolpaban en su mente, dándole alas. Avanzaba a los saltos por sobre las piedras y los pequeños esteros que se le interponían. En lugar de seguir el sendero, iba a campo traviesa, porque de ese modo acortaba distancias, aunque siempre vigilaba el otro camino, por si la veía regresar por allí. Como un presagio, el rosario de huesos golpeteaba en su pecho. Insensata Muriel. ¿Es que esa mujer tenía que probarlo todo? Sin pensar en que era eso lo que más le atraía de ella, Bautista maldijo en todas las formas que conocía la audacia de la mujer que amaba. Podía haber caído en un pantano, pisar un yacaré, o... La idea de que hubiese sido picada por otra víbora le erizó el vello de la nuca. Al menos, esta vez llevaba el diente que le dio el *paje* José, aunque su miedo le impedía confiar en hechicerías. Murmuró una oración a la Virgen que su madre le había enseñado cuando pequeño.

Durante el trayecto, y a pesar de que su atención iba fija en el camino, presintió que lo observaban. Mantuvo la mano cerca del cuchillo y arremetió hacia el riacho donde debía estar Muriel. ¡Tenía que estar allí!

Álvaro del Cerro cabalgaba sobre la joven con furia desatada, gritando y carcajeando como lo haría un jinete descontrolado. Era tal su excitación, que Muriel pensó que moriría de un ataque al corazón. Si no hubiese estado a medias adentro del río, podría haberse defendido mejor, ya que el agua que empapaba sus ropas tiraba de ella hacia abajo y le impedía cobrar fuerzas para empujarlo. Las manos del oficial se clavaban en su costado como garras afiladas.

—¡Si me vieras, Eladio! —exclamaba—. Esto me lo debías, maldito, me

traicionaste...

Los gritos llegaron a oídos de Bautista antes de saber de qué se trataba y, cuando arribó al sitio donde su amada se debatía, la visión nubló su mente. Sin entender por qué ni quién la atacaba, se arrojó al riacho con el ímpetu de su rabia y su desesperación. Cayó sobre Del Cerro. Eso hizo que Muriel se hundiese y el oficial aflojase el agarre, por la sorpresa. La joven pudo deslizarse y emerger más allá, medio ahogada, tosiendo y escupiendo. A escasa distancia, los hombres se anudaban en una lucha sin cuartel, rodaban en el agua y se daban puñetazos que sonaban con chasquidos terribles. El silencio había caído sobre el río de modo extraño, y los ruidos de la pelea adquirían dimensiones brutales. Muriel, angustiada, se mordía los nudillos cada vez que Bautista quedaba debajo del cuerpo de Del Cerro, que a veces no parecía darse cuenta de que no estaba sosteniéndola a ella, tal era su descontrol. La hoja del cuchillo reverberó cuando Bautista la alzó para asestar un golpe fatal, pero Del Cerro, avezado en batallas cuerpo a cuerpo también, lo desarmó con una patada. Ahora ambos tenían sus puños para defenderse, pues cualquier arma que hubiesen portado estaría inservible. La lucha era sorda, los gritos del oficial ya no aturdían la soledad del riacho, una rabia muda se había apoderado de ambos. Muriel contempló el semblante de Bautista y descubrió una expresión que jamás le había visto. Se imaginó que así se mostraría durante las batallas, resuelto a matar o morir, sin nada que perder. Esa imagen contrastaba con su ternura al poseerla, o al soñar junto a ella con una vida apacible en la ribera. De pronto, los hombres quedaron separados, listos para abatirse de nuevo uno contra el otro, y Muriel vio que Del Cerro llevaba una mano a la espalda. Tal vez guardase allí un puñal. Decidida a todo, la joven nadó bajo la superficie, se quitó la horquilla que aún le quedaba en el pelo y la clavó con todas sus fuerzas en la ingle del oficial. El alarido le llegó amortiguado por el agua y sirvió para que Bautista atacara de nuevo. Chorreando y agitada, Muriel se recostó jadeante sobre el borde. Ya no podía hacer otra cosa que aguardar y rezar.

Fue cuando sucedió aquello.

Las sombras misteriosas que ella había visto antes se movieron, y un bulto enorme salió de entre los matorrales circundantes. El agua que le cubría

las pestañas le impedía ver con claridad la figura, que se bamboleaba en dirección a los contendientes. La joven retuvo el grito. El aterrador aullido que brotó entre los juncos paralizó a los hombres, entreverados en un abrazo mortal. Muriel no había escuchado semejante bramido en toda su vida, ni creía que pudiese brotar de ninguna garganta humana. El bulto oscuro, desmañado y torpe, cayó en medio del agua, levantando olas a su alrededor. Hubo un chapoteo y se escuchó la voz de Del Cerro, ahogada por la sorpresa. Bautista permanecía de pie, muy cerca, rígido, cuando el animal emergió del agua y sus ojos fosforescentes relumbraron en el verdor del túnel. Muriel vio que sus orejas eran grandes y parecían desgarradas, pero no pudo distinguir ningún otro rasgo, sólo escuchar el castañeteo que la había acompañado mientras caminaba sobre el lecho del río. Así, tan de súbito como apareció, huyó la bestia, dejando una estela de espuma color marrón tras de sí.

Del Cerro no estaba muerto. Sus ojos desenfocados parecían ver más allá de lo que lo rodeaba, aunque todavía murmuraba amenazas. Le sangraba un costado de la cara y tenía un brazo inerte. Bautista contempló la agonía del hombre hasta que el propio oficial le suplicó que lo rematara. Se abrió de piernas, aguardando el golpe, cuando la muerte vino en su auxilio, haciéndolo caer de espaldas, fulminado. Salió a flote segundos después, con la cara vuelta al cielo, una mueca sádica y la garganta desgarrada por un zarpazo.

La corriente del riacho se lo llevó hacia la desembocadura.

Bautista la levantó con cuidado. Muriel era una piltrafa, con el vestido roto y colgando, llena de arañazos, el cabello que le cubría la cara y el pecho, llorando en forma convulsiva.

—Ya pasó —murmuró conmovido, mientras la llevaba hacia tierra firme.

—Qué... qué era... —hipó Muriel—. ¿Un lobo?

Bautista sonrió con tristeza.

—Acá no hay lobos.

Muriel alzó la vista hacia el rostro pétreo de su hombre. Él parecía determinado a mantener silencio.

—Entonces... —siguió Muriel, y su insistencia le recordó a Bautista la obstinación característica de Violeta—, debió de ser uno de los cerdos salvajes que vi antes.

Él la miró con una expresión indescifrable en sus ojos, de nuevo dulces.
—Sí.

Fue todo lo que dijo, y lo que se dijo en adelante del episodio ocurrido en el riacho. Jamás pudo Muriel sacar el tema delante de Bautista, ni se supo nunca del animal que había irrumpido en plena lucha, el día en que el sueño de vivir juntos en la ribera estuvo a punto de romperse.

Anselmo se detuvo, jadeando, junto al portón de la galería. En su cuerpo mojado apretaba la carta que había encontrado junto al morral, en el riacho escondido. Como no sabía leer, ignoraba a quién iba dirigida, pero su intuición le indicó recogerla y guardarla, por las dudas. Ese asunto de las cartas podía ser la salvación o la perdición.

Había decidido que no seguiría huyendo. Si el patrón no estaba dispuesto a aceptarlo, que supiera al menos que no lo había traicionado. Ya buscaría dónde ir, no sería la primera vez que deambulara sin rumbo, procurándose el sustento.

Arrojó un guijarro y aguardó. Cuando se abrió la puerta y Justina salió, secándose las manos, se escabulló con ligereza y atravesó el vestíbulo hacia el despacho del piso de abajo. Esperaba que Iriarte estuviese trabajando en sus asuntos comerciales.

Lo encontró inclinado sobre un mapa, marcando cruces en sitios estratégicos. El vasco levantó los ojos y fijó en él su mirada de halcón.

—Viniste.

—Para servirle, patrón.

—¿Para servirme bien o mal?

—Como lo he hecho siempre.

—Pasa.

Anselmo se sentía pequeño en la sala de muebles oscuros y tapices medievales. Rete hizo a un lado los mapas, y sacó otra silla para él.

—Siéntate y habla. No mientas —agregó, con tono amenazador.

El negrito se dejó caer, exhausto, sobre el tapizado de damasco, y su boca desgranó un sinnúmero de infortunios. A su manera graciosa, exagerada y

dramática, relató cómo una partida de paraguayos lo había cercado cuando llevaba el encargo con el dinero, cómo lo habían robado y luego hecho prisionero por espía. También contó que la carta dirigida a la Madama salvó su vida, aunque no pudo evitar que lo enviaran con los fiscales de sangre, ya que en ese tiempo las lealtades cambiaban como los colores del camaleón. Le narró al vasco las torturas sufridas, sin ahorrarle detalles, y la suerte de otros que, como él, caían víctimas del error o la envidia, dejando la vida o la cordura en los cepos y prisiones. Por último, contó con un dejo de orgullo la jugada que ideó para escapar, la víspera de su ejecución, y la ordalía vivida desde entonces.

Rete Iriarte lo miró durante unos momentos.

—¿Y por qué estás desgarrado y todo mojado? ¿Viniste a nado desde el Paraguay?

—No, patrón, pero ando escondiéndome de todos, usté sabe.

—Entonces, mi carta nunca llegó a la señora.

—Pienso que no.

—Y los que la leyeron te quisieron condenar, de todos modos.

—Eso mismo, y me extraña, señor, como si quisieran echarle el guante a usté también.

Iriarte pensó un instante y asintió.

—Ha de haber espías muy cerca de ellos. Elisa debería cuidarse.

Anselmo no respondió. Él simpatizaba con el *Karai Guasu* y con la Madama, si bien las desgracias vistas y vividas le hacían desconfiar de todos, hasta del patrón, llegado el caso. Frunció el ceño mientras esperaba la respuesta.

Rete calculaba con rapidez la situación. El negrito no sabía que en la carta dirigida a la Lynch, junto con el dinero del préstamo figuraba una oferta de buena caballada para el mariscal. En aquel momento, al vasco le pareció la mejor manera de hacer negocio. Era una carta que lo comprometía con los aliados y, sobre todo, con Rosa. Se arrepentía de haberla escrito, pero el mal estaba hecho. Sólo podía contar con el perdón de su amada y la benevolencia del que leyese la misiva. Con un poco de suerte, yacería en los bañados del Paraguay y su tinta se disolvería en el agua.

—Vamos a hacer una cosa, Anselmo. Me harás un favor y en ello irá tu vida. Si me fallas, no habrá lugar en la tierra adonde puedas huir de mí. Esto es mil veces más importante que la carta a Madame Lynch.

—Sí, patrón.

—Vas a llevarle esto a Rosa Garmendia, que está en la Punta del Tigre — y Rete sacó de su bolsillo un anillo—. Se lo das, y le dices que puede arrojarlo a los peces, porque el único anillo que me importa es el que le daré a ella. Para que te crea, llevarás mi sello personal.

Iriarte calentó la tinta de lacre y hundió allí un sello con sus iniciales. Estampó el grabado en un papel donde garabateó unas palabras que sabía que Anselmo no leería.

—Esto es mi salvoconducto, y puede ser el tuyo también. Vuelve cuando hayas cumplido.

—¡Sí, señor!

—Y otra cosa.

Anselmo se detuvo, expectante. Haría todo lo que su antiguo patrón le pidiese.

—De las cartas que llevabas... ni una palabra a nadie. Sobre todo a Rosa. ¿Entendiste?

—¡Sí, patrón!

El negrito salió corriendo, sin entender nada, aunque bien seguro de lo que le diría a Rosa. Agregaría algo de su cosecha: que en lugar de arrojar el anillo al río se lo regalase a él, ya que mal no le vendría para intercambiar río arriba alguna vez, cuando la guerra terminase, o para engatusar a alguna mulata bella algún día.

Rosa era buena, no se lo negaría. Y juntos le guardarían el secreto al vasco. No harían daño a nadie.

Bautista se sumió en un mutismo que preocupaba tanto a Muriel como a Rosa.

La noche de ese día aciago, cuando ya todos dormían, agotados por la intensidad de los acontecimientos, él permaneció despierto en la galería,

contemplando el cielo y pensando.

Recordaba bien al hombre que había atacado a Muriel, a pesar de su aspecto salvaje y desgredado: era el oficial paraguayo que lo torturó en el sótano de aquella casa en la Asunción. Si le sorprendió encontrarlo en tierra correntina a esa altura de la guerra, más lo conmocionó captar que su presencia estaba relacionada con Muriel. Que ella vivía en aquella casa entonces era una certeza, sin embargo... ¿Qué podía llevar a un hombre derrotado a perseguir a una muchacha por todo el país y aún más allá, a fin de ensañarse con ella? Bautista no daba con el motivo, que debía de ser poderoso. Se bajó de su hamaca y caminó descalzo hacia el cuartito del fondo. Esa vez no pretendía gozar de las caricias de Muriel, sino observarla, mirar con atención su rostro sensual, sus pestañas húmedas, sus labios entreabiertos por los que escapaban suspiros entrecortados... Descifrar los secretos que aquella mujercita le ocultaba.

—¿Qué hay dentro de ti, Muriel? —susurró.

Se echó en el suelo, junto a su catre, intentando respirar el mismo aire y adivinar la esencia de la mujer que amaba.

La condición femenina era un misterio para él. Su madre, Cristiana, había sido la mujer mártir: sufrida, abnegada, silenciosa; Dionisia, la doncella tímida a la que fue moldeando a su manera; Rosa, la vestal ofendida que perdió brillo a raíz de su desgracia, y huía de todo desde entonces; Dorotea era la mujerhombre, dotada del espíritu de sacrificio, combinado con la pasión guerrera; Muriel era un volcán pronto a quemar a todo el que estuviese cerca de su estallido; también un mar de sorpresas, donde él podía ahogarse con facilidad. Cuando creía que le pertenecía por completo, ella dejaba caer un dato, un detalle, que le revelaba aspectos desconocidos. Bautista comprendió que había dado por sentadas muchas cosas. Había algo oscuro en el pasado de Muriel, y no podía ser lo que en un principio pensó, puesto que él había sido su primer hombre, debía de ser otra cosa: un estigma, un crimen, un misterio...

Echó un último vistazo a la bella durmiente y salió al fresco nocturno.

Si Muriel no era la mujer que él creía, de todos modos se quedaría con ella. Lo que importaba era su voluntad, y estaba claro que ella también lo

amaba. Fuera lo que fuese aquello de lo que huía, había quedado lejos y Muriel no deseaba volver a eso.

De pronto, se sintió liberado. Su pensamiento recuperó la sencillez que le era característica: ésta era Muriel, la que moría de amor en sus brazos, la que lo miraba con dulzura o picardía, la que se le entregaba en cuerpo y alma, y le permitía soñar.

La otra Muriel, la que él no conoció, no le pertenecía. Podía ignorarla, o quizá... perdonarla.

La idea lo golpeó. Perdonar. Ése era su propio estigma, su incapacidad para perdonar.

No había perdonado a Rosa. No podía perdonar a Anselmo. Ahora venía esta mujer, cargada de culpas, quizá, y le daba otra oportunidad para ser bueno.

Se dirigió al nicho de la Virgen de Itatí y se quedó mirándola, conmovido. ¿Cómo podía rogar el perdón, si no era capaz de perdonar también? Nunca lo había pensado así. Buscó en los alrededores pequeñas flores silvestres y armó un ramillete que prendió en el gancho del altarcito. Luego, encendió en la cocina una vela y también la dejó a los pies de la Misericordiosa. Se arrodilló. Una oleada de emoción recorrió su cuerpo.

Todo había terminado. Era un hombre nuevo. Había recorrido un largo camino para llegar al punto de partida, al mismo recodo, la misma casa, pero con el corazón renovado.

—Gracias.

Permaneció de rodillas largo rato, hasta que se le acalambraron los músculos. Volvió a su hamaca cuando ya las estrellas habían cambiado de lugar.

Sería un nuevo amanecer.

Capítulo 30

Cae el telón...

Cerro Corá, primer día de marzo de 1870

Cerro Corá es un anfiteatro, un escenario natural que espera la última representación. Los actores son pocos, y se amontonan en el proscenio. Hay dos puertas que no usarán: Chirigüelo al sudeste y Yatebó al noroeste. Y un arroyo, el Aquidabán, que lo parte en dos. Nadie saldrá, todos están presos del drama que se desarrolla.

Itororó, Avahí, Ibicuy, Caacupé... la dulce fonética esconde terribles presagios detrás de esos nombres. Son la senda por la que retrocede el orgullo de un pueblo que no se rinde. El mariscal memoriza esos sitios guaraníes que quedarán como recuerdo de una epopeya. «Por aquí pasaron», piensa que dirán.

La primera actriz sale a la luz, pues en la choza arde el calor de marzo. El sol funde destellos de oro en su cabello. Es hermosa y lo sabe. Camina hacia el mariscal con un contoneo seductor que le nace en forma natural. Lo entiende como nadie, y lee en sus ojos la fatalidad del destino que los consumirá.

Sólo queda aguardar el final.

Este lugar es tan bello, somos tan felices aquí... Mi Pancho ha vuelto a ser el de antes, amable y gentil, compañero de sus hombres. Parece determinado a quedarse en este sitio. Hasta mi pobre

Leopoldito nada junto a sus hermanos en el arroyo, como si fuese un niño sano. Creo que por fin ha concluido nuestra peregrinación. Este paraje es el rincón perfecto para mi sueño de construir un palacio en tierra paraguaya.

Lo único que enturbia la belleza es la vista de las carretas hediondas con los prisioneros aún no ejecutados, sobre todo la de doña Juana Carrillo. Todos temen la decisión que pende sobre la cabeza de esta anciana, como una espada justiciera.

Tengo tiempo de sobra para escribir estas impresiones, que tal vez lean mis hijos cuando todo haya pasado. Más que nada, deseo que sepan cuánto he amado a su padre.

En estos días que transcurren con tanta placidez, Francisco ha ordenado acuñar una medalla en honor de la campaña de Amambay, en la que los paraguayos burlaron una vez más a los «kamba». Por supuesto, sólo tenemos cintas, por ahora. Me tocó la misión de coserlas en los uniformes raídos de estos soldados imposibles. Ya vendrá el metal después.

Los niños van a pescar en compañía de su padre, y la dicha que lo embarga en esas excursiones le hace olvidar su eterno dolor de muelas.

Junto a mi amiga Isidora y a la querida Rosita, nos dedicamos a holgar entre las chozas, manteniendo los fuegos y conversando de nuestras cuitas.

Esta mañana, Francisco conversaba con sus hombres de confianza; parecían reservados y tristes. Sospecho que se trata de la madre y que, al fin, ha firmado la sentencia para su ejecución. Ignoro qué demonios lo han guiado, si esto es cierto.

[...]

Acabo de saber que los soldados imperiales están cerca. Mi Pancho no parece sorprendido ni angustiado. Temo por mis hijos. Los oficiales dicen que este lugar encerrado es seguro, que tienen las dos puertas de entrada controladas, sin embargo... una madre sabe cuando sus hijos están en peligro.

Francisco se muestra inescrutable, me cuesta penetrar hoy en su pensamiento.

Todo ha cambiado de manera repentina: el día se nubla, mi felicidad se hace añicos, hasta mi letra tiembla mientras escribo.

Escucho voces airadas, no sé qué sucede. Saldré a hablar con el Mariscal.

(1 de marzo de 1870).

La dama alcanza a ver fumarolas lejanas, y la expresión pétrea de su hombre le indica que sabe lo que se avecina. Los ruidos del choque con la guardia llegan hasta ella, mezclados con graznidos de patos y aleteos furiosos. Detrás de la línea de árboles, se está luchando cuerpo a cuerpo.

De pronto, el escenario cobra vida. Soldados imperiales logran penetrar desde el foro. López actúa con rapidez y llama a sus oficiales más cercanos, actores principales hasta el fin: Caballero, su continuador; Aveiro, servidor fiel al extremo... Duda frente al Padre Maíz, que siempre se mostró ambiguo. Al fin, llama a su hijo mayor, el amado Panchito, y le recomienda que proteja a su madre. Las protestas de la rubia dama no son escuchadas, y la familia real se introduce en una de las carretas, para huir a toda marcha. Una postrer mirada los une.

El mariscal monta su bayo favorito y parte al galope, seguido de sus hombres.

Pasa junto a la carreta sellada donde la madre aguarda su veredicto. Ella lo ve a través de una rendija y se da cuenta de que se acaba la función.

—¡Hijo! —le grita.

Es su hijo, pese a todo.

—Madre, confía en tu sexo —suelta López, mientras enfila hacia el norte.

Hay gran confusión en el proscenio. Las macilentas figuras que alentaban los fuegos para el mate y enderezaban la enramada de las chozas, levantan sus sables y lanzan mandobles que no llegan a herir, pues casi no se sostienen en pie. Los imperiales son ruidosos, aúllan su triunfo, y su jefe, el general Cámara, revisa con codicia los rincones del campamento en busca de lo principal, el trofeo que lo colmará de gloria.

La suerte le es esquiva, pues el mariscal no está, cabalga río arriba.
Hacia allá va la tropa brasileña, enfebrecida.

El bosque, silencioso y húmedo, acalla el fragor de las galopadas. López dice a sus oficiales que salven su pellejo y sigue solo. ¿Adónde va el mariscal? Quiere que su huella sea pisada por sus perseguidores, quiere que su actuación reciba la medalla del recuerdo eterno, quiere salvarse... quiere volver a ser el general de antes, cuando todo le sonreía...

Lo descubren.

—¡Allá va! ¡Es López!

Un soldado lo detiene y él se defiende. Otro dispara. El vientre se le abre como una uva hinchada y su preciosa sangre, defendida por todo el pueblo paraguayo, se derrama sobre el lomo de su bayo. López se deja caer junto al río. El agua corre, indiferente al color rojo que la tiñe, y murmura palabras en guaraní.

Karai Guasu... paraguái... oquetâ... py'a rovu...

Los soldados no pueden olvidar la letra: le ordenan rendirse.

López ensaya su última máscara, y suelta su agónico parlamento:

—¡Muero con mi Patria!

El recluta que consigue ultimarle no puede creer su suerte: le tocó a él, un don nadie, la gloria de matar al hombre que tuvo sobre ascuas a cuatro naciones.

Pero han ofrecido una recompensa, y el sucio dinero interviene en esta muerte ritual.

El hombre que vivía entre ríos murió abrazado por las aguas.

Lo sacan y lo extienden boca arriba, sobre la orilla barrosa. La bajeza de la condición humana hace su infaltable actuación: alguien le corta la oreja, otro un dedo, hay quien pretende llevarse más reliquias... El oficial Cámara pone fin a esa andanada de brutalidades. Él es responsable del cadáver del mariscal.

Lo llevan hasta los restos del campamento, donde otro acto tiene lugar.

Una partida ha descubierto la rubia cabeza de Madame Lynch adentro del carruaje, y anuncia con lujuria:

—¡La amante de López y sus bastardos!

Todos se abalanzan, en parte por curiosidad, en parte para cumplir con el arresto.

Panchito desempeña su rol.

—¡Ríndete, niño! —le exigen, en un español forzado.

—¡Un coronel paraguayo no se rinde!

—¡Panchito, hijo, ríndete! —grita otra voz, tan conocida y amada.

El gesto del niño-hombre decide a los soldados y Panchito recibe la estocada fatal.

Cae la estirpe de López sobre el suelo de Cerro Corá.

Elisa lanza un aullido desgarrador, sale del carruaje para recuperar el cuerpo de su hijo, y algunos soldados pretenden capturarla.

—¡Atrás!

La mirada azul es fiera, el gesto crispado impone respeto.

—¡Soy inglesa, no me toquen!

Los otros hijos, asustados, se esconden tras los pliegues de su lujoso vestido de raso.

Algo indefinible en esa mujer europea, tan distinta a todos los que la rodean, hace retroceder a la soldadesca, que contempla apesadumbrada el llanto de la madre sobre el cadáver de su hijo.

Y aún no ha bebido de la copa del dolor lo suficiente. Ya le traen, en andas, el cuerpo de su amante.

—Señora —dice Cámara—, acá está el mariscal.

La Lynch, la mariscal, la amante, la madre, la Emperatriz del Paraguay, se arroja sobre el cadáver de López y lo cubre con sus lágrimas, que alcanzan para todos. Llora su muerte, tan anunciada, y su profanación, pues está desnudo y mutilado.

—Rosita, Isidora... —alcanza a decir, entre sollozos—. Ayúdenme.

Y entre todas cavan la tumba.

No hay instrumentos para hacerlo, ya no queda nada en el Paraguay: ni semillas, ni comida, ni útiles de labranza, ni municiones, ni armas... Envuelven los cuerpos en trapos y los dejan descansar en la tumba que han cavado para los dos.

Todavía yace de rodillas, manchada con la sangre de su hombre y de su

hijo, cuando ve acercarse a la madre, sostenida por su hija Inocencia.

La anciana llora sobre la tierra removida, y la hermana de López, con la mirada fría, clavada en el bello rostro surcado de lágrimas y suciedad de Elisa, le espeta:

—Madre, no llore, éste no fue hijo ni hermano. Fue un monstruo.

Cae el sol sobre el Aquidabán. El anfiteatro se cubre de sombras. Una luna fantasmal se enseñoera del escenario. Los actores secundarios se han retirado, quedan sólo los principales.

Elisa Lynch acuna entre sus brazos a sus otros cuatro hijos varones. Una nana irlandesa le sube a los labios, mientras piensa en los pasos a seguir.

Ella es extranjera, le cabe la protección diplomática, pero tiene que resolver sus asuntos. Ha dejado bienes en el Paraguay, sus hijos necesitan que ella cuide su herencia. No es tonta, sabe que habrá hostilidad hacia la amante del hombre que tuvo en jaque a la sociedad asuncena, habrá víctimas de sus abusos que querrán despojarla, vendrán los deudos de los ejecutados, las dueñas desposeídas de sus joyas, los acreedores de sus negocios... Un fugaz pensamiento le trae el recuerdo de las cartas de Rete Iriarte, que aguarda en El Aguapé a que ella le pague sus préstamos e inversiones.

La nana se le ahoga en la garganta al pensar que, después de tanto sacrificio siguiendo al hombre que amó, pueda morir pobre y miserable en algún tugurio desconocido.

—¿Montevideo? ¿Buenos Aires? ¿París? ¿Inglaterra? —enumera, y los nombres sustituyen las dulces notas de la melodía.

Ya la cabeza de la irlandesa está tejiendo la trama de la nueva etapa de su vida.

Ése será otro drama, un nuevo acto en distinto escenario.

Buenos Aires, 8 de marzo de 1870

Del diario La Tribuna:

«¡López ha muerto, la guerra ha terminado!».

Por fin se puso fin a la Triple Alianza, y vuelven a reinar la paz y

el equilibrio en la región del Plata.

Es incierto el destino de Madame Lynch, la mujer que fue concubina del mariscal durante todo este tiempo. Los cónsules ingleses en Buenos Aires deliberan acerca de su suerte, nadie sabe bien qué hacer con ella.

La señora insiste en demandar el reconocimiento de ciertos bienes en el Paraguay, aunque acaba de ser expulsada de allí y, recientemente, del puerto de Montevideo.

El barco que la lleva enfilado hacia Río de Janeiro, curioso rumbo para la mujer del principal enemigo del Imperio.

Se espera que de ahí parta hacia Europa, donde alguna de las nacionalidades que esgrime le serán reconocidas, sin duda”.

Un soldado brasileño permanece escondido tras los árboles. Mucho después del violento final, él ha quedado en silencio observando, en lugar de unirse a los festejos.

Le intriga ese pueblo que prefirió inmolarse antes que rendirse, ese hombre que les infundió tal noción de patriotismo, esa mujer que pudo ser la cortesana más famosa del París mundano, y eligió enterrarse en un país desconocido.

Se acerca a los restos del carruaje de Elisa Lynch y revuelve entre las maderas rotas y los tapizados ensangrentados. Encuentra un libro pequeño, de tapas nacaradas, que está marcado por una pluma a la mitad. Lo abre, y una letra femenina lo sorprende. No entiende lo que dice, está en otro idioma, pero alguien sabrá traducirlo. Lo guarda en su bolsillo y, tras echar una última mirada al anfiteatro vacío, se encamina hacia el campamento brasileño. Cae el telón, la tragedia ha terminado.

Epílogo

Meses después...

Reinaba gran alboroto en El Aguapé, pues se preparaba el viaje de Violeta Garmendia a Buenos Aires. Y una boda doble.

Rete Iriarte, en su flamante papel de futuro esposo y futuro padre, se impuso en su decisión de costear los estudios de la jovencita en una escuela de señoritas muy respetada en la ciudad. Bautista aceptó al fin, ya que no estaba en condiciones de solventar ese gasto todavía, y no le parecía justo sacrificar la educación de Violeta, un sueño que él acarició desde siempre. Sus ahorros habían menguado bastante con los preparativos de la boda y la construcción de una nueva casa en el poblado de Goya. Ya no huirían de los comentarios malintencionados. Un guerrero del Paraguay era respetado, y Muriel sería una esposa digna de admiración, tanto por su belleza como por su peculiar don para hacerse querer. La costurera que le preparaba el traje de novia y el ajuar estaba encantada con ella, ya la había presentado a las damas más notables de la capital de Corrientes, para que cultivasen su amistad.

Se encontraban viviendo todos de manera temporal en la hacienda del vasco para ultimar los detalles, tanto del viaje como de las bodas. Y para aguardar la llegada del segundo hijo de Rosa, que esa vez tendría un padre que lo cuidara y lo defendiera.

Rete pensaba en *Ará Potí*, la maga del Iberá, que estaría sembrando de orquídeas el ramaje, o punteando de azahares los naranjos. Y también en la otra, *Iví*, guardiana de la semilla que el amor había sembrado en su fecundo cuerpo.

Nunca hubo una primavera tan bella y resplandeciente en El Aguapé.

La casa, austera en su construcción, se engalanaba con el capricho de las mujeres que reinaban en ella: la verbena desbordaba los canteros, y los macizos de salvia alternaban con las margaritas del campo. La naturaleza también era caprichosa, y sobre las cúpulas del Palacio de las Aves había tejido encajes de campanillas y lazos de *yagua pinda*. Al fondo, los lapachos sombreaban de rosado la foresta, y los ceibos alfombraban de rojo los senderos. El esplendor alcanzaba a las aguas bienhechoras, que ostentaban mantos de nenúfares cubiertos de mariposas.

Ese renacer era un símbolo para Bautista, señal clara de un porvenir. La muerte había quedado atrás, con su saldo de tristeza, y el camino se abría ante él con una promesa. «Esta vez se cumplirá», se dijo, mientras contemplaba a Muriel lidiando con Violeta para que aceptara guardar más vestidos en su baúl. Cuando salió, todavía repiqueteaban en su oído las protestas:

—Esto, esto y esto, no lo voy a usar —porfiaba la niña, que ya no lo era tanto.

—Eso es lo que te parece. Cuando te inviten a una tertulia o a un paseo por la alameda, será lo primero que te pondrás —y Muriel no le iba a la zaga en porfía.

Rosa escuchaba la disputa con indulgencia, mientras sus manos hacendosas cosían un primor de batitas y baberos.

—¡Yo voy a Buenos Aires a estudiar, no a bailar!

—Se pueden hacer ambas cosas, por fortuna.

Dalila doblaba calzones, camisas y enaguas, intentando no llamar la atención de su dueña. Lo primero que Violeta había querido llevar en su baúl era un par de binoculares que Rete le había regalado, y un tablero de dibujo para retratar las aves que vería en la ciudad del Plata. Todo lo demás, le parecía superfluo.

—Mami, acá dice que el Presidente está llamando a maestras de otro país —y Violeta señaló un párrafo de *La Tribuna*, donde se ridiculizaba el intento de Sarmiento de modificar el rumbo de la educación—. ¿No será mejor que me enseñen ellas?

—No veo por qué —repuso con paciencia Rosa—. Después de todo, las señoras de la Sociedad de Beneficencia ya tienen mucha experiencia con

niñas.

Violeta permaneció callada, pensando.

—Puede ser. Espero que esas señoras no me impidan recorrer la ribera del Río de la Plata, pues quiero dibujar las gaviotas.

—Y yo espero —contestó Rosa, algo más firme— que no des trabajo a las personas encargadas de tu educación. Una señorita sabe comportarse dondequiera que vaya.

El tono de su madre le recordó las advertencias de su niñez, cuando Rosa se mostraba temerosa de que hiciera algo inadecuado. Había un matiz distinto, sin embargo: la Rosa de entonces era sufrida y callada, la de ahora se mostraba segura y confiada.

—Está bien, mami, lo intentaré.

Muriel golpeaba impaciente con el tacón de su zapato, y su dedo señalaba inexorable las prendas que aún quedaban sobre la cama.

—El azul y crema, y el verde con vivos negros. Costó mucho dinero hacerte esos trajes, jovencita, y no los vamos a desperdiciar.

—Con al azul parezco un marinero, y con el verde una...

—¡Violeta!

La niña se detuvo y aceptó la imposición de los vestidos nuevos. Después de todo, allá decidiría qué ponerse y cuándo. Dalila alzaba los ojos, entre divertida y asustada. Le parecía revivir la vida en la mansión junto a su amita, cuando Muriel la reprendía y la azuzaba, obligándola a secundarla en sus caprichos. Vaya si tenía merecido lidiar con la niña Violeta... era un castigo del Señor. Le preocupaba, sin embargo, que la que tendría que lidiar en verdad era ella, ya que sería la criada de Violeta en la ciudad. Estaba orgullosa del encargo y a la vez, temerosa de lo que les depararía la vida en la desconocida Buenos Aires. Ella no había estado en otra ciudad que la Asunción, y sólo recorriendo la distancia al Mercado Guazú y la costanera, nada más.

Muriel salió al sombreado de la galería para descansar un poco de la disputa con Violeta, y vio a Bautista junto a Rete Iriarte en el muelle. Ambos fumaban y conversaban de modo apacible. Entre ellos se había entablado una relación armoniosa. Al vasco se lo veía menos irascible, y Bautista se

mostraba más locuaz. Los dos hombres conservaban su esencia, sin embargo, y Muriel entendía los silencios de Bautista, cuando se alejaba de ella y de todos para internarse en el río y volver al cabo de dos días. Esa libertad con la que había crecido no lo abandonaría nunca, estaba en su espíritu. Como él le dijo una vez, era «un carpintero de ribera». Muriel entendía su necesidad de recobrar su independencia, como así también imaginaba que muchos malos recuerdos lo agobiarían por momentos.

La guerra recién terminaba, y su huella estaba en carne viva.

¿Quién sabía cuántos años necesitaba un soldado para sanar las heridas del alma?

Por eso, Muriel no le había contado la razón de que el oficial Del Cerro la atacase aquel día en el riacho, ni insistió en que supiese que había estado casada con un coronel paraguayo. Era un nuevo dolor que ella no quería infligirle. El sacerdote de la capilla del Diablo le había aconsejado que fuese sincera con el hombre que iba a ser su esposo, aunque, dadas las circunstancias que todos habían vivido, eligiese el momento apropiado para decirle la verdad. Después de todo, Bautista había sido su primer hombre, y en eso ella no había mentido.

Rosa también guardaba secretos. La muerte del padre de Violeta a manos del vasco era algo que ella se llevaría a la tumba. Temía que alguna vez la niña se enterase, y Rete pudiese quedar mal ante sus ojos. Por otro lado, pensaba que Bautista no merecía cargar con otra preocupación sobre sus espaldas. Bastante había cargado con ellas durante toda la vida. Le tocaba ser feliz y tener sus propios hijos. Sabía que era el anhelo más intenso de su hermano, y veía en Muriel a la compañera ideal. A pesar de su coquetería innata, la joven valoraba la sencillez de Bautista, la guerra le había enseñado a apreciar las cosas duraderas y a desdeñar lo superfluo. Había días en que Rosa sentía que Bautista se guardaba sentimientos muy profundos que no diría a nadie, y eso la acongojaba, pensaba que podría obrar en contra de su felicidad. En otras ocasiones lo veía alegre y bromista, lleno de ilusiones. Quizás así fuese la vida, y ninguno pudiese evitar las sombras que los años creaban en el corazón.

Detuvo la puntada en el lienzo y dejó vagar sus ojos por sobre el

horizonte, donde el agua del estero brillaba como una cinta de plata.

—*Y porã...* —murmuró en dulce guaraní.

«Agua hermosa», era cierto. Junto al agua habían crecido, y a lo largo de las aguas vivieron los peores años. Río arriba se fueron los soldados a luchar, y río abajo vinieron los cadáveres, flotando...

El río siempre fue testigo de todo cuanto ocurrió, y así seguiría siendo. Esa certeza le infundió confianza. Dos hombres de río la apoyaban: Bautista y Rete. Su hijo, si era varón, también sería uno de ellos, y si era niña, sería bella como el irupé y acunaría, igual que la flor, sus sueños en el río.

Bautista tenía los ojos fijos en las aguas que corrían incansables bajo el muelle y se perdían en los embalsados del estero. Su mente vagaba por la tierra caliente donde pasó cuatro años de su vida. La selva ya se habría tragado los cadáveres insepultos, y el viento abrasador se habría llevado las cenizas que quedaban. La frescura del río le estaba devolviendo los bienes que creía perdidos: su casa, su familia, también el amigo. Anselmo se había presentado ante él para decirle que volvería a servir a Iriarte, pero que primero debía resolver un asunto grave. Acostumbrado a los secretos del negrito, Bautista no indagó, aunque creyó advertir un brillo de complicidad en sus ojos. Sospechaba, con más certeza que duda, que ese asunto tenía que ver con el brujo del Diamante y sus poderes para romper maldiciones.

—Acá tenés, por si te sirve —le había dicho Anselmo con estudiada indiferencia, y le extendió un papel doblado en varias partes, marcado por la tinta corrida y sucio de tanto manoseo.

Era una carta dirigida a Muriel, escrita por su madre y entregada a una muchacha de nombre Tilda. Bautista sacó sus conclusiones. Esa carta inocente habría guiado los pasos del oficial paraguayo hacia Muriel, aunque no se explicaba las razones que tendría. Eran cuestiones pendientes entre ellos que no opacarían el amor que se tenían, estaba decidido a perdonar lo que fuese.

Muriel se acercó, silenciosa, y le abrazó la cintura por detrás. Él, sin mirarla, acarició las manos que lo anudaban.

—¿Cómo llamaremos a tu sobrino, Bautista?

El hombre sonrió, tocado en su punto débil.

—Habría que preguntar a los padres. ¿Qué te parece Rufino? —había estado pensando en el amigo muerto.

—¡Pero puede ser una niña! —protestó Muriel.

Bautista giró de pronto y la miró de tal modo, que a ella se le aflojaron las rodillas.

—No —dijo rotundo—. La niña estará aquí —y apoyó su mano callosa sobre el vientre chato de Muriel.

Una tibia sensación la embargó: dicha, excitación, sorpresa...

—Si es así, la llamaremos Dorotea —anunció, pícara.

Bautista se mostró confuso.

—No es lindo nombre, aunque ella ha sido tan buena...

Muriel estalló en risas.

—Bautista... ¡Estoy tomándote el pelo!

—Ah, ¿es eso? Entonces... —y la alzó, sosteniéndola en vilo sobre las aguas.

—¡No, para! ¡Auxilio!

Lo pensó mejor y, en lugar de soltarla, se arrojó al río con ella, que no podía creer su atrevimiento.

—¡Mi vestido! ¿Cómo pudiste...? ¡Bautista, te voy a...!

El enojo se convirtió en risas cuando escucharon los aplausos desde la orilla. Violeta y Manu estaban encantados con aquel espectáculo.

—¡Un vestido menos para llevar! —gritó la jovencita, y echó a correr, seguida de Manu, que se encontraba más feliz que nunca. Su padre le había propuesto que lo acompañara en el viaje que harían para llevar a Violeta a Buenos Aires. Su aflicción al saber que su amiga se iría se vio atenuada por la posibilidad de estar más tiempo junto a ella y, si lograba convencer a Rete, hasta podría quedarse conchabado en algún oficio en la ciudad. ¿Quién mejor que él para proteger a Violeta?

Bautista sostuvo a Muriel por la cintura. Ella capturó sus caderas con las piernas.

—Creo que te voy a aplicar el cepo —le dijo, fingiendo furia.

—En ese caso, voy a inventar nuevas formas de tortura. Hay una... —comenzó a decir, pensativo, mientras hundía una mano en el agua y buscaba

bajo la falda de ella.

—¡Bautista!

Dejó de reír cuando la mirada de su hombre la retuvo, prisionera de una sensación que la dejaba vulnerable. Bautista besó la boca mojada y, sin separar sus labios, nadó con Muriel a cuestas, buscando la privacidad de un recodo oculto a la vista de todos. Siempre había un recodo en alguna parte.

Siempre se podía ser feliz.

Los gritos de júbilo de Violeta llegaron hasta ellos amortiguados por la espesura.

Una bandada surcó el cielo como flecha oscura, guiada por el instinto.

En esa primavera, como en las anteriores, las golondrinas volvieron a Goya.

Nota de la autora

Los hechos señalados en esta novela son verídicos. La Guerra de la Triple Alianza fue la gran tragedia sudamericana, digna de figurar entre las epopeyas de la historia clásica.

Dejo a otros la tarea de interpretar sus razones y consecuencias, yo sólo quiero contar las pequeñas historias que nacen a la sombra de los grandes sucesos.

Madame Lynch, única persona en la que Francisco Solano López confió de veras, no ha dejado memorias, de modo que su diario es un recurso que me permito a fin de mostrar su papel en este dramático episodio que comprometió a cuatro países.

Gran Moñái es un nombre de fantasía para un personaje real, que aparece en las fuentes consultadas como *Toro Pichaí*. Mucho se dijo sobre los tesoros enterrados en todo el Paraguay aunque, como suele suceder, la leyenda se acopla a los hechos y después, toma vida propia.

Finalmente, la Capilla del Diablo existe en las cercanías de Goya, con el nombre de Nuestra Señora del Buen Consejo, y fue construida unos años después de finalizada la guerra. Debe su nombre a los extraños bajo relieves que su constructor, el italiano Tomasella, fabricó con sus propias manos en el retablo, y que recuerdan las escenas dantescas del infierno. Me tomé la licencia de introducirla para acentuar el misterio de la región.

Y porã rinde homenaje a los hombres y mujeres de entonces, en especial al heroísmo correntino y al patriotismo paraguayo del que todos, cronistas y oficiales del Ejército Aliado, hacen mención.

Agradecimientos

A mi amiga Aída Mohe, que me brindó todos los contactos en su provincia natal.

A Oscar Mohe y Marisa Báez, mis espléndidos anfitriones en Goya, que me proporcionaron valioso material.

A María Silvia Chamorro, por abrirme la puerta de su casa y de su corazón con tanto amor.

Al Dr. Jorge Díaz Colodrero, que me recitó un poema inolvidable y compartió conmigo su conocimiento profundo de la historia y el ser correntinos.

A Leonor Vargas de Zenón, por la dulzura de su guaraní paraguayo.

A don Leopoldo Zini, que con generosidad me mostró sus reliquias de la guerra.

A Alejandra Gómez, mi incansable anfitriona en Bella Vista.

A don Juan Pesoa, por sus recuerdos y el té compartido.

Al Dr. Edmundo Monzón, escritor y amante de la historia correntina.

A don Edgardo Péndola, por compartir su colección de tesoros conmigo.

A Karina Ayala, de la Dirección de Turismo de Paso de la Patria.

A la directora del museo de la casa de Mitre en San Cosme.

A José Ramón Frete, estudioso del alma y la lengua guaraní en la Colonia Carlos Pellegrini del Iberá, por su generosidad al asesorarme.

A Valeria Verdaguer y la gente del Rincón del Socorro, que me brindaron una estadía inolvidable en los esteros.

A la inspiración del Gauchito Gil.

A Guillermo, compañero de todos mis viajes.

A mi amiga Sonia Cortés Conde, por confiarme valioso material para esta historia.

A mis queridas lectoras Agustina Antonucci y Andrea Vázquez, por la misma razón.

A mi amiga Zulma Vicente, por alentarme a elegir este tema.

A la queridísima Gelly, por su mirada esencial.

A Paloma, que bendijo con su nacimiento este libro.

A mi familia, que respeta mis tiempos de escritura.

A mis amigas de antes, de ahora y de siempre, que me hacen mejor persona cada día.

A los que bucearon en nuestro pasado y permitieron, con su esfuerzo, que yo pudiera darle forma a Y porã.

Y un homenaje final a la provincia de Corrientes, de la pluma de José Ramón Frete:

TARAGÜÍ, CHE AVA RETÃ

Purahéi ñe'ê José Ramón Frete mba'e

(07/02/2005).

Aníke retî, chamigo,
Reñe'êrõ guarani,
Ndetujárõ, ndepyahúrõ
Anive rekirirî;
Oimehápe reguahêrõ,
Jepera'e pynandi,
Epyrû hatã porãke,
Taraguípeko ñaî.

Reikuaátamo, chamigo,
Mamoitéguipa jaju,
Mba'érepa ñane retãme
Hetaite py'aguasu,

Máichapa ñande rukuéra
Ko yvýre oñangareko
Ha okapúrõ pe okapúva
Kysépente oñerairõ.

Kuarahy opu'ãháguio
Pe Uruguay osyry,
Umi oikeséva ñandéve
Upépe ipy syryry
Umi ñandejuraséva
Haimete ñandereity
Ha ñandejopy jepérõ
Ñapu'ã, pe añamemby.

Ha péicha opytapaitéma
Ko yvy ñandéve guarã,
Ñandéko ita'yrakuéra
Ha ñande ru umi AVA
Omoíva ipirekuéra
Jarekopáma hagua
Ha upévare, che irûnguéra,
Aju pomomandu'a.

AVA pe oikóva ñúre
Imitã'írõ guive,
Ha'e heta oikuaáva
Napeimo'ãiva pende;
Oky ha ijepe'a'írõ
Pema'ênteke hese
Takurúpe ojatapýne
Ha pe so'o heiteve.

Oikórõ mba'apohápe
Opo ha'e raête,

Vakara'y jeityhápe
Ha'e jeýma itenonde,
Ára porã, ára aiguépe
Opu'ã ko'ê mboyve
Ha oiko pyhare pytépe
Peikotevêrõ hese.

Kavaju ári, aretépe,
Pehechátamo chupe
Oimépane ohupytýva
Porã oñemonde jave,
Pepo guasu iñakãre
Ha iku'áre ikyse
Oho vy'aguasuhápe
Ojeroky chamame.

Taragüí, che aikovehápe,
Taragüí, che vy'aha,
AVA umi nemopu'ãva
Ha AVA nde jekoha,
AVÁre reikotevêrõ
AVA ne pytyvõha
Ha pe AVA avei omanóne
Nde rehe, che AVA RETÃ.

CORRIENTES, TIERRA DE HOMBRES

Letra de José Ramón Frete

(08/02/2005)

No te avergüences, mi amigo,
Si es que hablas guaraní,

Seas anciano, seas joven
Ya no calles tu sentir,
Y donde quieras que llegues
Aún con los pies sin vestir,
Afírmate en lo que es tuyo
Que este suelo es Taragüí.

Corrientes, has de saberlo,
Es nuestra propia Nación,
Tierra en la que nacieron
Hombres de tanto valor,
Como el padre corajudo
Que a su suelo defendió,
Con tan sólo su cuchillo
Hasta el cañón enfrentó.

Donde sube el sol de oriente
Al Uruguay vio correr,
Al invasor de otros lares
Él consiguió detener,
Cuando afanes opresores
Nos quisieron someter
Con derroche de coraje
Siempre se puso de pie.

Así, esta hermosa tierra
Nos quedó como heredad,
Nosotros somos sus hijos,
Nuestros padres, esos AVA
Que dejaron su pellejo
Para darnos bienestar,
Por eso, amigos míos,
Hoy los quiero recordar.

Hombre que creció en el campo,
Viril y feliz niñez,
La ciencia que él conoce
Nadie más puede saber,
Con lluvia y leña mojada,
Viéranlo el fuego encender,
En un tacurú el asado
Aún más gustoso ha de ser.

Cualquiera sea el trabajo,
Primero se ha de ofrecer,
En el trajín de la yerra
Siempre por delante él;
Con tiempo bueno o no tanto
Al alba ya está de pie
Y con la mano dispuesta
Lo encuentra el anochecer.

En la fiesta, de a caballo,
Ojalá lo puedan ver
Vestido con tanto esmero
Para mejor parecer,
Sombrero de alas anchas,
Al cinto el cuchillo fiel,
Rumbeando hacia la bailanta
A bailar el chamamé.

Taragüí, donde yo vivo,
Taragüí, solar de paz,
El AVA fue tu progreso
Y tu sostén, el AVA,
Si del AVA necesitas
Ese AVA te ayudará

Y entregará hasta la vida
Si es por ti, mi AVA RETÃ.



GLORIA V. CASAÑAS es argentina y abogada de profesión. Su gran pasión ha sido siempre la escritura y desde pequeña ensayaba poesías y cuentos que la fueron llevando hacia el terreno de la novela. Su dedicación a la cátedra de Historia del Derecho de la Universidad de Buenos Aires le permitió profundizar en algunos temas que suele tocar en sus libros, como las luchas políticas, los malones y las guerras, o la vida cotidiana en nuestro pasado. Amante de la naturaleza y de los animales, procura reflejarlos en sus obras.

En su anterior novela, *En alas de la seducción*, el misticismo de las culturas ancestrales de la Patagonia se entremezcla con la protección del cóndor andino y un romance que sacude las raíces de la tierra. La autora vive en Buenos Aires junto a su esposo, sus dos hijos y sus mascotas, que la acompañan fielmente en sus jornadas de escritura.